



Rebelión en **BABILONIA**

Novela Histórica de los Tiempos de Ciro, el Grande, por

VALERIO FERREYRA



Lectulandia

Una novela histórica de los tiempos de Ciro el grande.

En el oriente se suceden extraordinarios hechos políticos y militares como resultado de los cuales quedan reducidas al olvido las teocracias semitas. Así, en pocos años pasa la influencia de la zona de los semitas a los indoeuropeos.

Pero es en ambas orillas del mar Egeo, en Jonia y Atenas donde florece la primavera de las ideas, en el curso de dos siglos aparecen el pensamiento filosófico, político, cultural y militar junto a los nombres de aquellos hombres que dejarían su huella inmortal y perenne en la historia. Ellos, hombres y hechos, son los que sirven como perspectiva histórica a la base de esta novela.

Lectulandia

Valerio Ferreyra

Rebelión en Babilonia

ePUB r1.0

Pepotem2 10.01.14

Título original: *Rebelión en Babiloni.*

Valerio Ferreyra, 1963

Editor digital: Pepotem2

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

FONDO HISTÓRICO

Entre los años 700 y 500 a. C. se produce un Renacimiento como no brillara otro desde la Revolución Neolítica, varios miles de años antes, cuando los hombres hicieron los quince o veinte «inventos» fundamentales que hoy todavía condicionan los modos de nuestras acciones y nuestras vidas.

En el Oriente se suceden extraordinarios acontecimientos políticos y militares como resultado de los cuales quedan conmovidas hasta sus cimientos las inmemoriales teocracias semitas; finalmente en pocos años el señorío del mundo pasa de los semitas a los indoeuropeos.

Pero es en ambas riberas del mar Egeo, en Jonia y en Atenas, donde florece el milagro de una maravillosa primavera humana, cuyos hechos inmortales salvarían el porvenir de la humanidad. En el decurso de estos dos siglos aparece y brilla con esplendor sin par el pensamiento científico y filosófico en una constelación de hombres geniales, actores y testigos de acontecimientos culturales, políticos y militares de eterna memoria.

El rápido ritmo de grandes acontecimientos y grandes hombres se hace visible en el escueto cuadro de fechas y nombres, que al mismo tiempo sirve de perspectiva histórica para los hechos y personajes de esta novela.

Entre 700 y 600 a. C. florecen Tales de Mileto y Anaxímenes; se difunde el uso del dinero; Sennaquerib construye en 700 el primer gran acueducto conocido.

En 638 nace Solón, ateniense, poeta, militar y reformador político.

A partir de 636, gran invasión escita en toda el Asia Anterior.

En 626 muere Assurbanipal dejando la gran biblioteca vuelta a encontrar en 1851.

En 620. Leyes de «sangre» del ateniense Dracón.

Nace en 617 el pensador Jenófanes de Colofón, fallecido en 520.

En 616 ó 615 comienzan babilonios y medos la gran guerra contra Asiría.

Año 612. Nace la inmortal Safo. Nínive es sitiada por los babilonios y los medos.

En 608. Nínive tomada. Fin del imperio asirio.

En 606. El último ejército asirio es destruido cerca de Harrán.

En 605. Nace el famoso Pisístrato, dictador popular de Atenas desde 560.

En 604. Célebre batalla de Karkemish. Nekao es derrotado por Nabucodonosor, quien sube al trono de Babel ese mismo año.

En 594. Solón es elegido arconte de Atenas para reformar el Estado y establecer la paz social. Muere el faraón Nekao.

En 587. Destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor. Fin del reino de Judá.

En 584. Muere el medo Ciajares, vencedor de Nínive; lo sucede Astyages.

En 562. Nace Buda; muere Nabucodonosor.

En 559. Nace Confucio; fallecen Solón y Safo.

En 555. Ciro derroca a Astyages y se constituye en Rey de los Persas y los medos. Nabonid sube al trono de Babel.

En 545. Ciro destruye el reino de Lidia; Creso, prisionero.

En 539. Ciro se apodera de Babilonia; la hegemonía de la «oikumene» pasa de los semitas a los indoeuropeos hasta Mahoma.

En 529. Ciro muere combatiendo con los masagetas. Lo sucede Cambises.

En 525. Nace Esquilo. Cambises conquista Egipto.

En 522. Muere Cambises. Rebelión en el imperio. NIDINTA BEL, rey de Babilonia.

En 521. Asesinato del falso Smerdis. Darío es proclamado Rey de Persia.

En 519. (Setiembre). Darío toma a Babilonia.

En 516. Segunda rebelión de los babilonios; proclaman rey a Arakhú.

En 510. Revolución republicana en Atenas.

En 508. Darío invade Europa; fracasa ante los escitas. Tercera rebelión de los babilonios.

En 500. (Aproximadamente). Leucipo funda la teoría atómica. Florecen grandes pensadores y sabios: Jenófanes, Parménides, Xenón, Pitágoras, Heráclito —nacido hacia 540—, y otros. Gran Escuela Médica de Koos. Esplendor de la ciencia positiva de observación y experimentación. Frínicos lleva al escenario acontecimientos públicos de ardiente actualidad como la toma de Mileto por los persas (499 a. C.). Se afirma en Atenas la revolución republicana.

Año 490. Los atenienses vencen a los persas en la inmortal batalla de Maratón.

Hacia 484. Nace en Halicarnaso Herodoto, Padre de la Historia.

En 480, 20 de Setiembre. Famosa batalla de Salamina. La flota ateniense derrota a la de los persas.

Hacia 470. Esquilo escribe el «Prometeo».

ESPLENDOR DE ATENAS, SIGLO DE PERICLES.

INSCRIPCIÓN DE BEHISTUN

Los pasajes sobre Nidinta Bel

Así dice Darío el Rey:

Hubo también otro hombre, un babilonio, NADITA BIRA por nombre, hijo de Amiri, que se alzó en Babel mintiendo al pueblo así: Yo soy Nebukadnezar, hijo de Nabonedo.

Entonces el pueblo babilonio se pasó todo a ese Nidintu Bel; Babel me abandonó; él se apoderó de la soberanía de Babilonia.

Así dice Darío el Rey:

Entonces marché yo a Babel y contra aquel Nidintu Bel que se llamaba Nebukadnezar. El ejército de Nidinta Bel defendía el Tigris; allí tomó posición y estaba en barcos.

Entonces eché yo un ejército... Ahura Mazda era mi fuerte auxilio; bajo la protección de Ahura Mazda pasamos nosotros el Tigris; allí derroté yo al ejército de Nidintu Bel. El día 26 de Kisleu (Atriyadiya), dimos nosotros la batalla^[1]

Así dice Darío el Rey:

Entonces marché yo a Babel. Cuando aún no había acabado, de llegar a Babel, habíase ido a una ciudad, Zazanu por nombre, a orillas del Eufrates, el tal Nidintu Bel, con su ejército, para contra mí dar una batalla.

Entonces dimos nosotros una batalla; Ahura Mazda era mi fuerte auxilio. Una parte del mismo ejército fue empujada hacia el agua; el agua se la llevó. Nosotros dimos la batalla el 2 de Tebet (Anamaka)^[2]

Así dice Darío el Rey:

Entonces se fue este Nidintu Bel con unos pocos soldados que montaban caballos a Babel; marché yo entonces contra Babel, hice prisionero a Nidintu Bel y lo maté en Babel.

Berhistun, en persa antiguo *Baguistana*, «lugar de los jardines», está en el camino que del valle del alto Tigris lleva a Hamadan. Allí, sobre una roca vertical, se ve la inscripción —perfectamente conservada—, que hacia el año 500 a. C. mandó grabar

Darío I: «versión oficial» de la guerra que durante seis años sostuvieron los pueblos y en cuyo transcurso se dieron diecinueve batallas campales.

CAPÍTULO I

Un encuentro en Mileto

Era al caer de la noche, en la gran ciudad imperial y libre de Mileto, un día del año que llamamos quinientos setenta y uno antes de Cristo. En la hostería «Afrodita de Oro» el confuso vocerío de los marinos de veinte pueblos salía por las ventanas y rodaba en el aire del tibio atardecer sobre las aguas del golfo Látmico, cerrado en dirección del Poniente por la isla de Lade, cuya masa oscura se distinguía como a contraluz.

Se oían las voces rudas y guturales, llenas de aspiradas, de los cartagineses y fenicios; las palabras de ritmos sacudidos, de los egipcios. Había marinos procedentes de Tartessos en el extremo occidente, cerca de las Puertas de Gades, que los griegos llamaban Columnas de Herakles, tras de las cuales se extendía el mar sin confines donde estaban las Islas Felices. Otros provenían de Massalia, fundada hacía unos treinta años por los foceos, huidos, justamente desde estas mismas costas próximas a Mileto; otros, de las islas Pithyoessas, patria de honderos famosos. Había hombres de las riberas del Pontos Euxinos: sármatas y escitas. Tenían cabellos de color de oro pálido, ojos azules y estaturas gigantescas, y se enganchaban en las flotas de Mileto.

Pero si los orígenes y lenguas de todos estos lobos de mar eran distintos, el incesante intercambio y trato habían creado una jerga internacional, una «koiné», con la cual se entendían más o menos bien.

Por otra parte, existía total coincidencia en lo que iban a buscar en la «Afrodita de Oro», y sus similares, comida, bebida, juego... y la perspectiva de mujeres que habitaban por millares los barrios de los cuatro puertos del emporio más grande de la época.

A medida que cerraba la noche aumentaba la concurrencia a tabernas y hosterías, y quienes atendían se multiplicaban para satisfacer los pedidos de la clientela, cada vez más numerosa y barullera. Se sucedían los servicios de pescado preparado con la famosa «karuke», salsa inventada por los lidios, cocineros sin rival que hacían maravillas con las especias. Muchos pedían otro plato lidio afamado: el «kandaulos», compuesto de carne hervida, salsa, queso, huevos duros, miel, vino y condimentos. Y luego, asados, pasteles, tortas, frutas y dulces, todo ello bien regado con cerveza y vinos que en ánforas y jarras enormes traían incesantemente los ayudantes del hostelero.

Era una clientela de cuidado, de hábitos violentos; poco cuidadosa de la vida propia y menos, por supuesto, de la ajena. No era extraño, ni podía exigirse mucha

templanza y circunspección a hombres que se jugaban la vida en frágiles cáscaras de nuez sobre los abismos del mar; emboscados por los repentinos ciclones del estrecho de Trinacria; cazados en la trampa de las Sirtes, los bancos de Libia, las barras nilóticas y las tormentas del Euxinos; y que padecían penurias innarrables hasta llegar a puerto... cuando llegaban. El látigo de los cómitres, los tormentos del hambre y la sed y el terror de las tempestades, hacían un martirio de la vida de estos hombres.

Llegados a puerto, se consideraban con razón como salvados de la muerte y se precipitaban ciegamente sobre cuanto placer les brindaba la tierra firme.

La burguesía comercial de Mileto había establecido una policía rigurosa para evitar todo lo que pudiera alejar gentes y naves de sus puertos; guardias escitas que usaban sin vacilar las anchas y cortas espadas tracias, propinando formidables mandobles a la menor salida de tono. Mas, ni aún así se podían suprimir del todo las riñas, homicidios, robos y habilidades de tahúres en aquel caleidoscopio de razas.

Había cerrado ya la noche cuando llegó a la «Afrodita de Oro» un hombre, muy joven todavía, que a pesar de la manera discreta y silenciosa con que entró, y del amplio manto que recataba los detalles de su vestimenta, emanaba una sugestión inmediata de importancia, insinuada acaso por muchos detalles: la rica calidad del manto que descubría de cuando en cuando los brillantes flecos inferiores del *kaunakes*, así como los borceguíes que sugerían algo militar. Y si alguien hubiese estado observándolo, en cierto momento, cuando entreabrió el manto, habría podido ver que le cruzaba el pecho un lujoso tahalí del que seguramente pendía una espada.

Lo militar se trasuntaba, asimismo, en la erguida cabeza y en la segura tranquilidad de todos sus ademanes, que hablaban de una autoridad indiscutida.

Llevaba bigote corto, casi rubio, y la marcada diferencia de color entre los atezados pómulos y la parte inferior del rostro parecía indicar que hasta muy recientemente había usado barba, quizá durante un largo viaje desde lejanas tierras.

Lo acompañaban dos jóvenes. A pesar de la semejanza de vestido y del trato familiar que evidentemente reinaba entre ellos, se notaba al instante que el primero era su jefe, si se observaba la atención alerta y la deferente prontitud con que, en cuanto les hablaba, volvían a él sus rostros tostados por el viento y el sol.

El hostelero, que había notado al punto la entrada de los tres hombres y que de una ojeada profesional los había clasificado como clientes de primera, confirmó su opinión cuando habiéndolos saludado y puéstose a sus órdenes, nuestro primer joven le habló en excelente jonio y con palabras comedidas le pidió una mesa y ciertos platos y vinos de calidad.

El hostelero expresó su sentimiento por no disponer en el instante sino de una mesa pequeña, donde seguramente estarían incómodos, pero añadió que antes de mucho quedaría libre otra mayor.

—No te preocupes —respondió el joven, sonriendo—. Pero eso sí, trata de que

estemos cerca del escenario.

Sus ojos brillaron traviesamente a tiempo que metía una mano debajo del manto y luego la extendía al hostelero. Este vio, resplandeciendo en la palma, una gran moneda de oro de las llamadas Cabeza de Istar, y, ni lerdo ni perezoso, la hizo pasar a su mano.

Momentos después nuestros desconocidos se sentaban en torno de una mesa que resultó mucho mayor de lo que el hostelero había dado a entender. Seguramente, la señora Istar había hecho un milagro ...

Luego el hostelero rompió el sello de un ánfora, de la que salió un aroma exquisito.

—¡Ah, señor mío! Los dioses nos son propicios. Mira la fecha.

Juntó los dos trozos del tapón de fango, plástico como arcilla, y nuestro joven leyó la inscripción impresa a sello en caracteres griegos y en dialecto de Chipre:

«Khittim año quinto de Nabukodrossor el gran Rey. Viñedo de Neomides de Patos».

En el rostro expresivo de nuestro joven se reflejaron vivamente las traviesas reflexiones que pasaban por su mente.

—¿Y de Pafos, eh? —sonrió alegremente—. Bien, pues, ¡que Istar nos sea propicia en este intervalo del servicio del Rey, nuestro señor!

—Amén —respondieron fervorosamente sus compañeros y los tres degustaron el espeso mosto de Khittim, nombre oriental de Chipre.

Al parecer, nuestro joven formó juicio en firme sobre el vino, porque dirigió una mirada al hostelero, que acudió solícito.

—¿Hay más de estas ánforas, amigo? —inquirió a media voz.

—Cuatro o cinco más, señor.

—Nuestras son. ¿Cuánto valen?

—Con otra moneda creo estar bien pagado, señor.

—¡Eres el ave «bennu» de los hosteleros! —exclamó el joven.

—Pues, tu buena voluntad para con los servidores del Gran Rey de Babel merece que también te inicie en el sagrado culto de Shamash —continuó con maliciosa solemnidad, y junto con una segunda Cabeza de Istar le pasó una de las llamadas Cabeza de Shamash, el gran dios del Sol.

Inclinado en actitud de profunda piedad nuestro hostelero tomó las santas imágenes mascullando algo que todos interpretaron cortésmente como una oración a la intención de su magnífico cliente...

—Dime: ¿este tablado...? —inquirió este mientras iniciaban el ataque a un soberbio ganso del Meandro preparado a la babilonia.

—Las muchachas están al llegar, señor —respondió el hostelero—. Esta noche tenemos una cantante de Sámos, una bailarina de Creta y una flautista siria que...

Y quedó lentamente con los ojos en blanco, como en éxtasis.

—¿Piadosa, también? —preguntó el joven con una chispa traviesa en sus vivos ojos.

—¿Qué es un ser humano si no posee los retratos de los dioses en esos discos áureos? Pero Izebel es una breva en miel, señor... y hasta ahora, ciudadela inexpugnada...

Notó que lo llamaban desde otra mesa y se volvió a nuestro joven.

—Perdón, señor. Que Istar te sea propicia.

—Que lo será por mediación de Afrodita, que es la que rige aquí los negocios de esa especie —habló uno de los jóvenes y los tres se miraron traviesamente.

Estaban en lo mejor de un pescado con salsa cremosa de Khíos y habían probado algo de una segunda ánfora cuando aparecieron las artistas, recibidas con entusiasmo y aplausos por la concurrencia, que luego esperó en silencio, mostrando su expectativa.

—La cantante es un sueño de amor —comentó uno de los tres.

—¿Y la bailarina? Un milagro de los señores del Cielo.

Nuestro joven no quitaba ojo de la flautista.

—¿Y qué decir de esta maravilla?

Aquí y allá otros comentarios rodaban a media voz.

—¡Qué colirio! —enunció uno, que por los bordados vestidos que llevaba debía ser de Fenicia o del Aram—. Mi vista ha mejorado otro tanto: la siento fresca y penetrante...

—¡Qué pedazo de mujer!...

—Es plato para el señor Sandon, el del Hacha Doble —dijo un cario en su jonio chapurreado.

—¡No encontrarme a medianoche con ese fantasma! —suspiró devotamente otro, que por su indumentaria demostraba que era de los santos varones de la Gran Madre de Frigia.

—¡Amén! —asintieron a coro los que lo oían.

Entretanto —y quizá por discreta mediación de nuestro hostelero—; entre nuestros jóvenes y las muchachas se había entablado un diálogo de miradas, anuncio de otros acontecimientos cuyo desarrollo y culminación dejamos suponer al lector, porque otros sucesos exigen nuestro relato.

Sobre el confuso rumor que llenaba el local, algo atrajo de pronto la atención de los jóvenes y ello fue la discusión trabada entre un marino y dos o tres hombres de nacionalidad indefinida.

El motivo del altercado era una cuestión de juego, a juzgar por alguna palabra que les llegó. El marino parecía aducir que le habían hecho trampa y los otros exigían la suma ganada; y cuando el lobo de mar se negó resueltamente a pagar y se puso de

pie, apareció como robusto y muy capaz de sostener un rudo combate con los que evidentemente eran unas ratas de puerto.

Pero no había contado con la huésped y cuando el altercado estaba en su apogeo, nuestro primer joven notó que uno de los presentes se acercaba disimuladamente al marino con la diestra en posición de tirar de un arma, mientras en el calor de la discusión el marino usaba un jonio cada vez más deficiente hasta dejar escapar varias palabras en otra lengua, muy distinta por cierto.

—¡Un babilonio! —exclamó nuestro primer joven interesándose vivamente. Se puso de pie y se dirigía al lugar donde ya los tahúres tenían aislado al marino. Entonces vio que el de la actitud sospechosa levantaba el brazo armado de un puñal. Nuestro joven dio un salto tirando al mismo tiempo de un estoque cuya punta le asestó a un dedo de la garganta, intimándole con voz recia:

—¡Alto, asesino, o te ensarto!

Aterrado, el malandra dejó caer el arma al suelo mientras con ojos desencajados miraba la expresión terrible del otro, por cierto, muy dispuesto a cumplir su amenaza. Los otros tahúres se habían esfumado.

—¡Vete, perro, y cuida de que no vuelva a encontrarte! —amenazó nuevamente nuestro desconocido.

Hizo un ademán como si fuera a aplicarle un puntapié y el frustrado asesino huyó todo encogido como si ya recibiese el golpe, mientras resonaban las carcajadas de los espectadores.

Sin concederle más atención nuestro desconocido se volvió al marino, que solamente ahora se daba cuenta del peligro corrido, y le dijo en babilonio:

—Ven a nuestra mesa, amigo.

El marino se rió, y, muy contento, habló también en esa lengua, evidentemente natal para ambos.

—Gracias por haberme salvado. Me llamó Amil Marduk, mi casa está en Babel, en la calle...

—... Malkat Hassamayim —terminó el otro, sonriendo traviesamente.

—¿Cómo? —exclamó el marino, mirándolo fijamente—. Pero... ¿por la barca de Nabu! ¿No eres Amiri, capitán de los Azules?

—¿Y tú, el terrible jefe de los Rojos?

—¡Menudo chichón me hizo la bola de arcilla que me acertaste una vez en la cabeza! —evocó el marino—. ¿Recuerdas aquella batalla con espadas de madera, de la que salimos varios con las cabezas rotas?

—¡Y cómo no, si ha sido la batalla más importante a que he asistido en mi calidad de oficial de los ejércitos de Su Majestad! —respondió riendo Amiri, que apartando un poco el manto dejó ver a su amigo las insignias.

—Justamente a raíz de asuntos como ese, papá comprendió que mi temperamento

no se avenía a escuchar horas y más horas las peroratas de los respetables profesores del Etemenanke, en la Gran Casa de las Tabletas. ¡Y, por la barba de Herakles!, como dicen aquí. ¡No es que no me guste aprender, pero, qué latas!

—Sí que era como para dormirse de pie... —corroboró Amiri—. Una vez estábamos escuchando a Nabubaaliddin, que hablaba y hablaba... De pronto... ¡bbbrrrrummm! Todos dimos un salto, y ¿qué vemos? Kusar, dormido sin duda desde hacía un rato, se había ido al suelo.

—Me acuerdo de Kusar. ¿Un medo rubio, grandote?

—Ese mismo. El caso fue que ni con el golpe se despertó. Lo sentamos y un instante después, roncaba...

—Habría pasado la noche con las muchachas del Innini. —Muchachas y copas. Le gustaba de todo.

—¿Y cómo has llegado hasta aquí? —inquirió Amiri.

—Pues... con muy buen juicio, mi viejo accedió a dejarme hacer práctica de comercio en la gran casa que un tío mío tiene en Sidón. La vista del mar y la vida del puerto con sus buques que entran y salen me encantaron. Luego de un tiempo mi tío me permitió embarcarme y viajar hasta Salamina de Khittim y hasta el Mizri. Mi desempeño lo satisfizo y, desde entonces, navego de continuo por estos mares como representante de varias casas asociadas, con no poco provecho. Mi maldito genio inquieto me metió esta noche en una aventura estúpida en la que salvé la vida solamente gracias a tu intervención.

Amiri sonrió e hizo un gesto restando importancia al asunto.

—Lo principal es que terminó bien. Tú mismo te salvaste al hablar en nuestra lengua.

Luego Amiri esbozó los motivos que lo habían traído a tanta distancia de la ciudad mundial del Eufrates.

—Nuestros padres —comenzó Amiri en tono reflexivo—, que conocen la vida más que nosotros, tratan siempre de buscarnos una profesión pacífica. Como el tuyo, también el mío soñaba con que llegara yo a convertirme en un magnífico dupsharru, capaz de redactar impecablemente un acta, un contrato, una crónica real, o, sencillamente, una carta. Llegué a serlo, pero mi gusto no paró ahí. Por un tiempo pensé hacerme médico...

—Para lo cual tenías tus buenos estudios previos de cabezas rotas —interrumpió Amil Marduk, riéndose.

—La mía inclusive —respondió Amiri—. Pero vi que aquello, más que medicina era un sin fin de fantasías sin pie ni cabeza. De modo que terminé por ingresar en el preparatorio militar, donde aprendí muchas cosas útiles, como, por ejemplo, tirar velozmente de la espada, lo que nos ha sido útil esta noche; nadar y andar bien a caballo y hasta más de arte médica que la que aprendíamos en la escuela, ya que en

los ejércitos se producen a menudo heridas graves y aún mortales. Nuestro adiestramiento militar no se reduce a tímidas imitaciones, sino que a veces es la guerra misma, de modo que oficiales y soldados sabemos tratar los casos de urgencia...

Amiri se detuvo y por un momento consagró su atención al róbalo, al vino y a la flautista siria.

Luego continuó:

—Un día cruzamos el Purattu. Como resultado de la operación Perdimos varios hombres y otros fueron extraídos semiahogados. ¿Crearás que los ashipi, entendiendo que el trance de los pobres diablos se debía a sus pecados, se preocupaban de averiguar cuáles serían estos, en vez de ayudarles a echar fuera el agua y sacudirlos para que pudieran respirar? Felizmente, se hallaban a mano un médico ianuna y otro, mizrita, quienes intervinieron en forma racional, de modo que todos los que habíamos extraído del río se salvaron. Luego de pasar mis pruebas fui enviado a varias guarniciones de frontera, donde hice la vida más pacífica que se pueda imaginar, ya que todo el mundo sabe, a menudo por dolorosa experiencia propia, que no se puede jugar con nuestro Rey. Un par de años transcurrieron y entonces, debido a mi conocimiento de la lengua ianuna, Su Majestad me envió en una misión que comprende un poco de todo...

—Entiendo —habló Amil—, conocer a la gente y, sobre todo, lo que ambiciona cada uno y encauzar esos sentimientos...

—... por donde deben ser encauzados..., de modo que el interés de ellos y el nuestro resulten ser una misma cosa...

—¡Eso! Y muchos descubrieron algo muy interesante: desde que tomaban en cuenta mis puntos de vista —tan amistosos para Mileto, Efesos o Kolofon—, sus asuntos particulares marchaban que era una maravilla.

—¿Como si la mano invisible de un dios las arreglara todo?

—¡Justo! —exclamó Amiri—. Imagínate cuan ventajoso resulta a un ciudadano conocer con un par de meses de anticipación la llegada de una caravana; qué mercaderías trae, y otros datos que le permiten calcular sobre seguro, y si además de tan valiosa información le cae en las manos un crédito que le permite aprovecharla al máximo...

—Y el buen amigo resuelve sus problemas de una vez para siempre...

—¡Claro! Y puedes estar seguro de sus convicciones —rió Amiri—. Pero además de eso, contrato excelentes oficiales y soldados, médicos, ingenieros, artesanos de toda clase, escribas, artistas. Nuestro Rey es curioso y desea llevar a su imperio a todo hombre que sepa hacer cosas. Por otra parte, ve lejos...

—¿Los medos? —inquirió en voz baja Amil.

—Ellos y los otros pueblos innúmeros y bravos que viven más allá de las Tierras

Altas. Hombres que parecen nacidos sobre el caballo y, manejando la lanza o disparando flechas, no yerran el blanco. Nuestro Rey... —Amiri bajó la voz—, se considera sucesor de Nínive...

Y heredero de sus amigos y enemigos.

—Exacto. Volvemos así al juego de alianzas de Sargon, que hace unos ciento cincuenta años neutralizó el poder de Urartú, provocando un ataque escita a su retaguardia y también a la política de Assurbanabal. De modo que... ¿hay cierto acuerdo...?

—Sí... Su Majestad anda, sin embargo, con cuidado. Tú sabes que son gente tan numerosa que sus arqueros y lanceros a caballo llenarían nuestra Asia si volvieran como hace sesenta años.

—Cuando sólo se salvaron las cuatro ciudades reales, Nínive, Assur, Arbela y Kalakh, y la santa Harrán.

—El rápido mar de sus jinetes se extendió desde Media hasta las fronteras del Mizri y sólo pudo pararlos la peste. Bien: nuestro Rey es demasiado juicioso y no atraerá cien mil aliados inciertos para destruir a veinte mil adversarios, con los cuales no se lleva mal del todo al fin y al cabo...

Amil Marduk sonrió.

—Sobre todo con Amytis.

—¡Eso! —asintió Amiri recordando a la princesa meda casada con Nebukadnezar en prenda de alianza entre Media y Babel—. Lo boda había tenido lugar poco después de Karkemish y el joven Nebukadnezar había hecho construir los Jardines Elevados, provistos de colinas artificiales y torrentes para que la bella dama no extrañara los de su tierra natal.

La conversación se llevaba a media voz y en lengua de Babel ya que era seguro que algún hombre, cuando no varios, se interesaban en Amiri y cada uno de sus pasos, desde el embajador de Astyages hasta el de Nebukadnezar mismo...

Luego la charla fue más alegre y superficial. El ambiente ruidoso y pintoresco, los buenos vinos y la juventud de nuestros amigos alejaron de sus espíritus las sombrías preocupaciones de política y poder, de oro y estrategia.

Amil Marduk no había perdido de vista el escenario donde las tres bellas lucían sus gracias, y se le había alcanzado muy bien el sentido de las miradas que iban y venían entre ellas y los de la mesa, muy discretamente recordó en el momento oportuno cierto compromiso urgente y se despidió de los tres amigos, luego de convenir que al día siguiente, para el que por cierto no faltaba mucho ya, se encontrarían en «El Laurel de Apolo», donde preparaban un pulpo a la crema y un pescado con «karuke» que eran de chuparse los dedos.

Muy pronto Amiri y Amil Marduk trabaron la estrecha amistad a que los llevaban todas las circunstancias: la de haber sido compañeros de infancia y compartido los

mismos bancos de arcilla; su calidad de conciudadanos de una ciudad ilustre y lejana; igualdad gustos y opiniones generales. Por otra parte, se complementan admirablemente. Amil era andariego y atractivo, al par que sagaz y generoso con quien le servía bien; de una ojeada juzgaba con acierto cosas y personas. Sus vinculaciones y amistades se tendían desde el Mizri hasta el Euxinos y lo que él no supiera de ese mundo de marinos y comerciantes no valía la pena aprenderlo. De modo que resultaba un asesor inapreciable para Amiri. Este, a su vez, más quieto pero no menos agudo, tenía el respaldo político, social y financiero del monarca más famoso de la época, con todas las ventajas que ello significaba.

En breve, Amil no necesitó ya moverse de Mileto: los asuntos de trascendencia venían solos a él. Entre comida y comida se convenían transacciones y se ajustaban acuerdos, cuyas consecuencias llegaban muy lejos sin que nadie sospechara cosa alguna.

Mensajeros sin credenciales pero bien provistos de oro partían de Mileto hacia las lejanas costas del Euxinos, ricas en trigo y sólidos soldados, o se internaban en Lidia.

Organizadas y en marcha sus actividades, ambos jóvenes vivían como dos patricios más de la gran ciudad. Se saturaban de aquella vida tan distinta de la del Oriente, sumido aún en el sueño teocrático. Como hablaban muy bien el jonio pudieron penetrar desde el primer momento en el alma de aquella revuelta democracia, hirviente de agitaciones sociales, y de inquietudes y búsquedas de las que en Oriente no tenían la más mínima idea. Amil, con un manto de color de azafrán con exquisitos bordados en círculos, de fabricación corintia —famosa en aquel tiempo—, y un elegante bonete con figuras zoomorfas, paseaba con sus amigos, y en cuanto a Amiri, cuya posición oficial limitaba un tanto su modo de vida, solía concurrir a las cenas con un vestido de color rojo-fuego y un largo manto púrpura.

Admiraron sobre todo a los filósofos, cosa sin igual hasta entonces. Eran pensadores libres que buscaban el saber por medio de averiguaciones y pruebas, y con razonamientos donde no entraba cosa que no estuviese probada.

Allí oyeron decir que la tierra era redonda y que la luz de la luna no era propia, sino reflejo de la del sol. Cuando oyeron los motivos de esta opinión intuyeron que aquí nacía un mundo de gigantes.

Cierto: en Babel existía una casta de hombres «que conocían su saliva», es decir, eran sabios. Mas, ahora caían en cuenta de que aquellos sabios nunca probaban nada... Entonces, ¿qué sabios eran?

Al principio, estos pensadores jonios habían inspirado una pobre idea a nuestros amigos. Lejos de formular afirmaciones tajantes a los de Babel, estos pensadores respondían a menudo: «No sé; a averiguarlo». Pero, curiosamente, tenían un modo de explicar su ignorancia que hacía a esta parecer como verdadera y robusta sabiduría.

—Cuando estos hombres hablan de lo que dicen no saber, me parecen grandes

sabios... —decía Amil una vez— y los nuestros, que afirman saber, me resultan grandes ignorantes —completó Amiri, pensativo.

—Cuándo preguntaste a Menandro «quién ha hecho el mundo» sonrió y a su vez inquirió «¿cómo sabes que alguien ha hecho el mundo? ¿Dónde estaba antes ese alguien?». ¡Cáspita! Pensando en lo que significaba aquella pregunta comprendí que nuestras cabezas están llenas de cosas muertas y de nubes de humo.

—Esas palabras, averiguar, buscar, investigar, estudiar, pensar, que tanto usan aquí...

—¿Recuerdas cuando nos explicaba que el culto de la muerte y la resurrección del Niño Duuz no eran más que una ilusión bonita con la que los hombres —iguales a niños que tratan como a vivientes a sus juguetes de madera o arcilla—, representaron el invierno triste y la alegre vuelta de la primavera? Cuando apliqué ese modo de explicar a otras de nuestras zikari... me quedé sin aliento: comencé a ver cosas tan grandes...

—Como cuando nos contó que antiguamente los hombres adoraban a un dios que según creían les indicaba los lugares donde existía hierro, pero cuando por práctica y observación aprendieron a hallar por sí mismos aquellos sitios, no necesitaron más de ese dios y lo olvidaron.

—¿Y cuando nos enseñaba que la zikar del gigante Prometeo era una explicación de los alzamientos de los humildes contra los poderosos, y de cómo los hombres, al principio de los tiempos vivían lo mismo que los animales, pero que eran animales que aprendían a nacer cosas?

¿Y cuando Anaximandro explica cómo nacen los mitos y como morirán? Lo que nos había parecido un portento misterioso que nos ponía de rodillas, queda reducido a una sucesión evidente y sencilla de causas y efectos que un niño puede entender y explicar a otros.

... Y uno se siente liberado.

—¡Claro! Los mitos abruman, son una cosa final, una puerta cerrada.

—Aquí todo se mueve: el camino está abierto a todos los vientos.

Amiri estaba ensimismado; el entrecejo contraído, la cabeza sobre el pecho. Cuando la levantó formuló una tremenda pregunta:

—¿Habrán que matar a los dioses para que viva el hombre?

—¿Habrán existido alguna vez? —osó inquirir Amil—. ¿O sólo existen cuando el hombre está en tinieblas?

—Pero no cuando se halla a plena luz del sol, ¿eh?

Luego la conversación descendió de las alturas sublimes y se remontó desde las profundidades insondables.

—¿Y tu flautista? - Quiso saber Amil.

—¡Oh, melodías divinas! —recitó Amiri.

—No hablo de sus melodías sino de su...

—No se puede hablar de lo Inefable —respondió Amiri, extático.

Ocho años habían pasado desde el encuentro con que comienza nuestro relato, cuando llegó la noticia de que el Gran Rey había dejado de existir, y todos se dieron cuenta de que había terminado una época en el mundo.

Amiri había perdido a su amada hacía poco tiempo, y ahora, con la muerte del gran emperador se sintió desarraigado no sólo de, Mileto sino también del servicio, y logró que el nuevo soberano le concediera permiso para regresar.

Amil empezaba, asimismo, a Sentir nostalgias de su tierra natal y resolvió arreglar sus asuntos para viajar con Amiri. Luego de algunos meses llegó de Sidón su sucesor, Aziru, joven despierto que hablaba jonio como si hubiese nacido en Mileto, y nuestros amigos se embarcaron para Kitión de Chipre.

Llegados a esta ciudad se hospedaron en casa de Leokares, vinculado a Amil por amistad personal e intereses comerciales.

Pasaron allí días muy agradables y cuando embarcaron de nuevo, esta vez para Ugarit, Leokares les dio una carta para su pariente Erixíkrates, hombre interesantísimo que sabía más que ningún otro sobre las plantas. Por ello Nebukadnezar lo había traído a Babel, haciéndolo su Jefe de los Lugares de Reposo... —parques—, donde, sin reparar en gastos ni trabajos, aclimataban toda clase de especies vegetales.

—En vuestra ciudad es todo un personaje.

—¿Quién no conoce su nombre? —respondieron los dos amigos.

De Ugarit, ciudad antiquísima, viajaron hasta Karkemish sobre Alto Eufrates, donde admiraron viejos monumentos hititas y mifios. La caravana, bien custodiada por soldados, costó el Gran Río por el Camino del Rey, en dirección a Babel. Por fin, luego de semanas de penoso viaje, distinguieron en un atardecer del mes de Elulu las interminables murallas, la ziggurat del Etemenanke, la masa colosal del Bit Tabraat Nishim —«Palacio Maravilla de los Pueblos»—. Caía la noche cuando pasaron los formidables bastiones de la Bab Belti y se internaron en un laberinto de parques y palacios, puentes y canales, murallas y callejuelas.

—¿Iremos mañana a saludar a Erixíkrates?

—De acuerdo —respondió Amiri.

El barrio donde vivía Erixíkrates había tomado nombre de las plantaciones y viveros creados por él, y cubría las inmediaciones del Palacio Imperial hasta el canal Banitu, donde comenzaba el barrio de Kasiri, y se llamaba Lugar de Reposo de la Señora... lo que diríamos Paraíso de la Dama.

Un cerco bajo, de arcilla, corría a lo largo de la vivienda de Erixíkrates, medio oculta entre los árboles. Amiri tiró de una cuerda de fibras de palmera en el portal y les llegó el sonido de una campanilla.

Apareció un servidor y Amiri se adelantó:

—Llegamos ayer de Khittim y traemos una carta para tu señor.

El hombre sonrió y abriendo una puerta baja condujo a los jóvenes por senderos umbríos y frescos que resultaban una bendición luego del terrible resplandor solar de afuera.

—Verdaderamente es un Lugar de Reposo —comentó Amil Marduk, contemplando la diversidad de plantas y arbustos traídos de tierras distantes y aclimatados en la Baja Mesopotamia.

La casa era sencilla, pero cuando entraron pudieron notar su amplitud y comodidad. El servidor les hizo tomar asiento en una sala muy amplia, llena de rollos y tabletas en anaqueles, papiros con dibujos e plantas y sus partes, planos y mapas, idénticos algunos a los que habían visto en Mileto. Uno de los muros, estucado, estaba cubierto de pinturas.

El servidor pidió permiso para ir a llamar al dueño de casa, quien apareció unos instantes después con la carta de Leokares en mano. Era joven aún, de cuerpo robusto y grande, alegres ojos y expresión cordial. Tras él venía el servidor, quien, luego de acercar a los asientos una mesa baja colocó sobre esta una garrafa de cerveza y vasos.

Luego de los saludos y palabras de rigor, Erixíkrates agradeció la atención de los muchachos, hizo una referencia al calor y les rogó que lo acompañaran a beber. En el curso de la conversación se informó de cómo habían dejado a Leokares, qué tal había sido el viaje y otras cosas propias de la ocasión. No tardaron en darse cuenta de que no había sencillez ni ausencia de presunción que pudieran ocultar la superior cultura de Erixíkrates, y el hecho de que, aunque acababan de llegar de las Islas Occidentales, poco podían decirle que fuera novedad para él.

No supieron cómo, los jóvenes se sintieron como en su casa y miraban interesados los originales de un tratado sobre las plantas que Erixíkrates tenía por terminar, cuando se presentaron dos muchachas ante las cuales costó trabajo a nuestros amigos no quedar con la boca abierta. Luego de presentar a sus hijas, Mylitta y Nereida, Erixíkrates añadió a modo de explicación:

—Pocas costumbres del Mizri merecen mi aplauso, pero una que admiro sobremanera es la libertad de que gozan sus mujeres, circunstancia bien extraña ya que los hombres, que son los que mandan, no la tienen; al menos en el modo y sentido en que yo entiendo la libertad.

Erixíkrates se refería a que en las Islas, y aún en Babel misma, donde por cierto las mujeres disfrutaban de libertades relativamente amplias, pudiendo vender y comprar por su cuenta, no eran presentadas a desconocidos.

Mylitta tenía ojos verdes, bellísimos, que por momentos parecían dorados; y en cuanto a los de Nereida, Amiri pensó en las noches de Caldea, llenas de las estrellas de Sivan o Elul, y se encontró sin saber cómo, evocando a Afrodita-Astarté, la Gran Divinidad...

Erixíkrates les dijo que, seguro de que los visitantes los acompañarían a comer, ya había dado las órdenes del caso, y que entretanto los llevarían a ver algo del parque.

El paseo resultó un sueño entre la penumbra dorada de los senderos, porque las muchachas tenían trato y conversación tan exquisitos como el padre, y una instrucción tal que no había otra en Babel ni acaso en las Islas, iluminadas en aquel tiempo por los maravillosos versos de Safo, la inmortal.

Las horas pasaron como minutos, y cuando se despidieron al atardecer, nuestros amigos salieron absortos y ensimismados, la causa...

Amil caminaba tan ausente que, habiéndole hablado Amiri dos o tres veces ni siquiera lo oyó.

Este lo tomó de un brazo.

—¡Despierta, amigo! ¿Qué piensas, por...?

Amil lo miró como si despertase, y luego le confió:

—Es ella, de seguro.

—¿Ella? —exclamó Amiri, desconcertado—. ¿Qué dices?

—¡Es la diosa!

Amiri lo miró atentamente. Luego soltó la risa.

—¿Tan mal te ha dejado?

—¡Ah, la diosa rubia! ¡Ay mi corazón!

Amiri arrugó burlonamente la nariz.

—¡Tu corazón!... Tiene su buena historia el pobre... ¿Te queda algo luego de los sucesivos reinados de Eumenia y Heliadora, Estratónice y Damasippa?

Amil lo contempló con aire doliente.

—Tú... ¿Y tú? ¿Pero, no te ha flechado la hermana de la diosa rubia?

Amiri se puso serio y confió a su amigo que jamás habría creído que pudiera existir una belleza como Nereida.

—Y eso que has conocido bellezas en las Islas. Digo, conocido... de vista —completó Amil con cierto retintín.

Amiri prefirió ignorar el tonillo de su amigo.

—¿Así que la madre de ellas era hija de la Gran Sacerdotisa de Afrodita-Astarté en Pafos? —habló como para sí, pensativamente.

El tono, un es no es misterioso, de Amiri, sobresaltó la atención de Amil.

—¿Qué tiene de raro? ¿No se les puede hacer hijos a las hijas de las Grandes Sacerdotisas? ¿No se los han hecho a estas también?

—Quién fuera el afortunado, ¿eh? —comentó Amiri con un dejo cínico que

resultaba simpático por la sincera fruición con que planteó la posibilidad—. Mas... ¿no te parece como si en torno botara algo misterioso?

—Sobre todo, en torno de Nereida... ¿hum? —rió Amil Marduk. Pero, de pronto y sin saber por qué, se le ocurrió que su tono jaranero estaba fuera de lugar.

—¿O será que aquí... aquí están todavía inmediatos los dioses y nos rodean como las nubes envuelven la cúspide del Etemenanke? —murmuraba en voz baja.

Amiri estaba profundamente ensimismado y habló como en sueños.

—Ahora comprendo, hermano, lo que han hecho los ianunas. Nosotros... somos como niños no nacidos aún, todavía en el seno de la madre sagrada. Ellos han nacido ya, se mueven en el aire y el sol, y... - Pensó un momento buscando cómo expresar exactamente lo que pensaba —... y se distinguen bien uno de otro.

Amil meditó un momento en las palabras de su amigo.

—Y tienen su individualidad bien marcada, cada uno. Has notado que nuestros dioses... parecen todos lo mismo.

—Como si fuesen aspectos de una sola cosa... ¿El Uno o la Una...?

—Eso —confirmó Amil Marduk—. Una cosa así, sí.

Luego se volvió a Amiri.

—¿Has observado los ojos de Mylitta?

Amiri lo miró sin comprender, pero sintió el leve frío de algo arcano.

—Sólo la Divina Señora podría tener ojos como esos... —susurró Amil.

Amiri sintió un vago temor porque se dio cuenta de que había estado pensando lo mismo sin concretarlo en algo inteligible. Y le dieron miedo las palabras de su amigo, como si cerca de ellos los escuchara una grande y celosa divinidad.

La gloria sin par del reinado de Nebukadnezar había durado cuarenta y dos años. Iniciada con la fabulosa victoria de Karkemish contra el faraón Nekao, casi dos generaciones de hombres se habían acostumbrado a mirar a Babel como la Ciudadela de los Dioses, invulnerable a la fragilidad de los destinos.

Pero ese Año Magno había terminado según los signos. El nuevo emperador, Amil Marduk, vivía entre sus mujeres y cortesanos, y en las calles se susurraba sobre las fiestas y placeres desenfrenados, y los asesinatos secretos de amantes y favoritos.

Aduciendo mala salud, Amiri había logrado su retiro del ejército sin llamar la atención de los temibles delatores de la corte.

—Son tiempos en que lo mejor es que los que gobiernan no se acuerden de uno —confiaba Erixíkrates a Amiri.

—Y menos aún de la novia de uno —respondió este, aludiendo a las numerosas muchachas que desaparecían, secuestradas para el harén del rey.

Los novios y sus familias habían convenido en que la doble boda se realizaría con el menor ruido posible, porque se temía, y no sin fundamento, la insolencia de los favoritos reales, muy capaces de raptar a las novias en plena ceremonia.

Pero antes de las bodas estalló la tragedia. En alguna de sus cámaras secretas de placeres el rey fue asesinado por sus propias mujeres y favoritos, aterrados por los caprichos imprevistos del monarca, que ponían en peligro sus vidas.

Durante varios días reinó gran incertidumbre en la capital y aún se llegó a temer que estallaran sangrientos tumultos. Finalmente, Nergalusur fue encumbrado en el trono de Marduk y las cosas parecieron estabilizarse, por el momento al menos.

En el otoño, a fines del mes de Marchesvan, Mylitta quedó unida a Amil Marduk, y Nereida a Amiri. Durante mucho tiempo se habló de esas bodas porque aun en una ciudad inmensa como Babel era muy difícil encontrar un par de bellezas como aquellas. Y luego el tiempo pasó...

CAPÍTULO II

La puerta de la dama

El viejo Shanel mandaba la guardia de la Bab Belti —Puerta de la Dama—, y no se dormía, de modo que apenas el grupo de muchachos pisó el glacis del castillejo avanzado, asomó un centinela con la flecha ya puesta en el arco.

—¿Quién viene? —les espetó con voz clara y fuerte.

Balnabu, sobrino de Shanel, se desprendió del grupo y se adelantó hasta que el centinela, ya con el arco tenso, lo reconoció.

—Un momento.

Dio otra voz, y salió corriendo de la guardia un segundo soldado que luego de escuchar al primero volvió al interior del bastión.

Luego de un par de minutos vieron venir a Shanel, sólido y alto. Su barba oscura fluía por encima del pectoral de escamas de bronce contra las que tintineaba su collar de oro de Jefe de Quinientos —coronel.

Mientras se acercaba, la pesada pica que llevaba en la diestra parecía marcar su paso al sonar contra las lajas del pavimento.

—¿Son amigos tus compañeros?

—¿Podrían no serlo? —preguntó a su vez, riendo, Balnabu. Entonces el fiero rostro del jefe se distendió en una mueca cariñosa.

Shanel hizo una seña a los muchachos para que se acercaran; Balnabu presentó a los que su tío no conocía; luego se dirigieron al interior. Veían a los arqueros asomarse por las aspilleras o por los intervalos entre las almenas, protegidas por mascarones compuestos de escudos en báscula. Había aspilleras invertidas detrás de las cuales estaban instaladas máquinas que lanzaban pesados proyectiles, y que más tarde los griegos llamaron balistas, catapultas, polibolos y gastrofetes, y también largos tubos para arrojar nafta en los corredores y pasillos.

Cuando hubieron subido las sucesivas terrazas y llegaron a la más alta, transpiraban y sentían entumecidas las piernas.

—¡Por la barba de Marduk! —exclamó Belnishishu—. Esta Puerta es imposible de tomar por fuerza de armas.

Nidinta Bel había estado pensando lo mismo, pero había ido más lejos.

—Sí, siempre que la defensa tuviera agua y víveres, y sobre todo valor incommovible.

Quedó pensando un momento y luego añadió:

—Digo, y si un enemigo se apodera, sin reparar en pérdidas, de toda la planta

baja, ¿qué hacen los de las terrazas?

Shanel levantó un brazo y señaló las líneas de ventanillos y aspilleras.

—Todos los corredores y escalinatas están bajo el tiro de los arqueros, y contruidos en zig-zag, para que el enemigo avance prácticamente a ciegas mientras los defensores observan todo.

—¿Significa que dentro de lo que se sabe y puede hoy, esta *fortaleza es* inexpugnable? Pero siempre hay una solución para todo —comentó Nidinta Bel, pensativo. Shanel lo miró curiosamente, le tocó un hombro y le dijo:

—Cuida esa cabeza, hijo, que no se deja imponer por los imposibles.

En la terraza más alta los vigías de ojos penetrantes oteaban el horizonte distante, por encima del mar de casas, del cinturón del Imgur-Bel, de los caseríos de extramuros. Uno de los vigías alcanzaba a distinguir la ziggurat de Nippur, y como vagas manchas blancuzcas a Kish y Kutha.

Arriba soplabá un viento casi fresco. De algún sitio aparecieron unas garrafas panzudas de cerveza de cebada roja, y un soldado distribuyó tacitas de madera y vidrio blanco de Sidón a los muchachos.

Más honores y con mayor alegría hubieran hecho a la aromática bebida, de no tener los espíritus conmovidos por los acontecimientos que se sucedían.

Ya desde las primeras horas del 13 de Tammuz de este año 192^[2a] de la era de Nabonasar, muchos dispersos de la batalla de Kish habían comenzado a llegar, como aventados por la ola extrema del océano de hombres, propios y enemigos, que avanzaban hacia la capital.

Los propios pertenecían a las unidades deshechas en los combates de la mañana del 12 y nada sabían del final. Pero uno de los dispersos contó que lo habían dejado atrás jinetes enemigos que no prestaban la menor atención a los dispersos. Eso significaba que los Persas, sobrados de tropas, avanzaban sin preocupación.

Los rumores más contradictorios circulaban entre la muchedumbre. Tan pronto afirmaba alguien que el ejército del Mizri venía en socorro de Babel y ya se encontraban en Harrán, como algún otro decía saber que la Gran Señora había sido vista combatiendo en las primeras filas caldeas. Había un tercero que, por lo que narraba había sido testigo de cómo el Príncipe Belsharusur se abrió paso hasta Gobryas y lo tendía de un lanzazo, mientras no faltaba quien sabía de la mejor fuente que Belsharusur había llegado secretamente en compañía de su esposa Belkiss Makheda y preparaba defensa de la capital.

El calor era terrible y durante la noche grandes muchedumbres se congregaban a la luz de antorchas y lámparas de cobre o arcilla resguardadas en los nichos de los muros, en las inmediaciones del Maravilla de los Pueblos, la Torre de Nabucodonosor o el castillo de Kurigalzú, buscando esperanza y consuelo en estos formidables símbolos de la soberanía. Muchas mujeres del pueblo lloraban postradas en el gran

templo de Innini-Istar y, conmovidos, los hombres se aglomeraban en el santuario del Toro Celeste y escuchaban angustiados el enuma elish, en la esperanza de un milagro.

En la noche del 13 el escucha de la Bab Belti había oído los toques de campanilla, un complicado santo y seña.

—Un correo del ejército —dijo a su compañero que salió disparado a comunicar la novedad a la guardia. Esta se adelantó a la carrera mientras se pasaba la señal de alerta a todo el mundo en previsión de una celada.

Todos escuchaban sin respirar. Oían cómo el puesto de escucha pedía respuestas a sus santo y seña y alcanzaban a percibir las, amortiguadas. Shanel llegaba ya. Arrimaron antorchas a un ángulo, vieron que dos soldados traían a un hombre vestido de labrador, visiblemente agotado.

Shanel se había estremecido cuando reconoció en el campesino a su primo Nabunasir, Jefe de Cien. Observó que este parecía haber envejecido años.

Nabunasir le tendió un rollo, y el jefe llamó a un oficial.

—Toma veinte hombres y lleva esto al Palacio. Destaca delante una avanzada que vaya a cincuenta pasos para que no caigáis en una emboscada. ¡Mucho ojo!

Nabunasir se caía de fatiga. Shanel lo había hecho sentar en un poyo y mandado que le trajeran vino y comida, mientras el recién llegado daba algunos informes, superados ya por lo que se sabía. Había sido despachado poco después de medio día, cuando aún estaba en pleno desarrollo la batalla de Kish, y confirmó que la caballería enemiga no se preocupaba por los fugitivos. Se había retrasado a causa de las comunicaciones que llevaba, temiendo llamar la atención de algún enemigo si apresuraba su marcha, y había tenido que dar un sinfín de rodeos. Así había pasado por Sippara, cuando la gente de Marduk se levantó de golpe y copó una puerta por la que de inmediato entraron los persas...

Luego Nabunasir se quedó dormido como una piedra. Shanel, ahora, siguió hablando.

—Hoy han estado llegando muchos dispersos de la fase final de la batalla.

El ejército *había* sido destruido en un combate gigantesco. Ya se conocía la sublevación de muchas ciudades de Akkad, donde les agentes del Esagila se habían impuesto a la población y abierto las puertas a Gobryas. Una división de jinetes hircanos había entrado en Nippur, donde los traidores se habían trabado en lucha callejera con los leales.

—Eso sucedía anteayer... Todo ha terminado esta mañana. Los hircanos y sacios mandados por un general llamado Arsames han ocupado Nippur, Kutha, Kish y Sippara. Toda la tarde he estado aguardando su aparición en masa.

Justamente entonces uno de los vigías se enderezó y quedó mirando fijamente hacia el Este.

—¿Qué hay? ¿Qué ves? —preguntó Shanel.

—De golpe han desaparecido los caseríos del cruce Nippur-Kish, señor. Tierra levantada por tropas en marcha.

Quedó callado, clavados los ojos en la distancia. Todos se habían recostado en el reborde y miraban hacia el Este. Nidinta Bel observó las casas al pie del bastión. Parecían de juguete; las calles eran como estrechas y profundas cortaduras. Mirando hacia el Viento Superior vio una cinta azul-plateado que se alejaba hacia el horizonte hasta desaparecer en él: era el Purattu.

—«¡Qué cinta hermosa para Mali Kalita!» —se encontró pensando Nidinta Bel. Una suave oleada le recorrió el corazón al recordar a su prometida, hermana de su íntimo amigo Nersar.

Aquella cinta plateada era el Gran Río que venía desde las lejanas montañas de Urartú y ya era formidable cuando cruzaba la Alta Naharanna, donde muchos siglos antes habían vivido y reinado los antepasados de Mali Kalita, los jinetes mitannios altos y esbeltos, entre los que abundaban los ojos azules y verdes, las cabeceras de color dorado. El reino de Mitanni había tenido sus siglos de gloria que sin duda sus hombres —trémulas luces de un día—, creerían de siempre y para siempre. Luego todo se había derrumbado y Mitanni se había desvanecido como un sueño...

—Gentes tan distintas de cuerpo tienen que tener un alma diferente de la nuestra —pensaba Nidinta Bel. Un tanto triste recordó que a menudo no se entendía con Mali Kalita. A veces le aparecía como una diosa extraña y ausente y no se habría asombrado mucho si de pronto hubiese visto que se disipaba en los aires. Pero, luego una niebla de emoción velaba los ojos verdes que sombreaban largas pestañas y la diosa enigmática no era más que una bella muchacha entristecida. Nidinta Bel se arrodillaba y reclinaba la cabeza en el regazo de Mali Kalita.

—Corazoncito... ¿Te he dado pena con alguna palabra?

Ella le acariciaba los cabellos.

—Tontito... cada palabra tuya es una delicia...

La muchacha le tomaba la cabeza y oprimía su rostro contra el de él, mientras susurraba:

—Dueño mío; querido...

En ese instante una exclamación de los presentes lo volvió a la realidad del momento.

—¡Allá! ¡Allá!

Nidinta Bel miró. Ahora era visible una gran polvareda que, iluminada por el sol poniente, se destacaba contra el cielo violeta del Este.

—Se ven relámpagos de corazas, lanzas y cascos —anunció un vigía.

De pronto, allá abajo, del recodo de un caserío cercano, quizá a quinientos pasos de la Bab Belti, surgió un grupo de jinetes. Desde la terraza, hombres y caballos no parecían mayores de un palmo.

—¡Curioso, pensar que mañana serán dueños de todo esto! —habló Shanel.

—¿Cómo así? —inquirió Baalnabu.

—Hemos estado recibiendo señales desde la Puerta de Nippur y los bastiones de Imgur-Bel. En esas zonas el enemigo está a la vista desde esta mañana —comunicó a los muchachos que, juntas las cabezas, lo escuchaban sin respirar—. Anoche el Rey y su familia han abandonado secretamente el Maravilla de los Pueblos y ahora están en los castillos de la orilla derecha, porque no hay fuerzas ni para defender el Palacio, cuando más la capital.

Bajó la voz hasta un susurro.

—Tengo una carta del general Ai Nekem con instrucciones de no abrirla hasta la noche. Pero me figuro lo que contiene. Es la orden de evacuar la Puerta para no sacrificar inútilmente las vidas de los soldados.

—¿Cuántos tienes aquí?

—Setecientos noventa y siete. En realidad, apenas alcanzan para las guardias y defender los accesos principales. —¿Y adonde iréis?

—A los castillos.

«Los castillos» eran el gran campo atrincherado al otro lado del Eufrates. Shanel les explicó que la guardi a de la Bab Nippur y los tres mil hombres del Imgur-Bel ya se estaban retirando por secciones y por diversas partes para no sobresaltar más aún a la población.

—¿Así que no hay salvación? —preguntó Baalnabu mientras descendían.

—El pueblo y muchos extranjeros querían ocupar las murallas. Hisír, el médico real, propuso hacer libre a todo esclavo que tomara las armas. Pero otros, entre ellos casi todos los generales, adujeron que era ya demasiado tarde para organizar nada...

Luego añadió:

—Quizá tienen razón. No hay víveres.

Cuando llegaron a la planta baja de la Bab Belti, ya estaban en sombras, espesadas por las gigantescas edificaciones inmediatas.

Estaban en un pequeño patio abierto cuando de pronto cayó algo, soltado desde arriba. Los jóvenes vieron que era un trozo de pergamino que envolvía un bastoncito. Shanel desenrolló el pergamino.

—Los enemigos que vimos hace un rato han enviado un parlamentario —informó.

Llamó a un soldado y le impartió instrucciones.

—Por lo menos veremos la cara del hombre —comentó. Estúvose un instante con la cabeza inclinada; luego la levantó y paseó su mirada por el grupo de muchachos.

—Hijos: quizá los dioses hayan decretado que no volvamos a vernos. Si es así, guardad esto en el corazón: no nos han vencido esos montañeses rudos, sino los traidores, las víboras que hay entre Nosotros. Aprended de todo lo que veáis, porque

ha de llegar el día en que hará falta...

Abrazó precipitadamente a todos.

Haced caso a vuestros ojos y *corazón*, nada más, hijos míos, exhortó y volvió la espalda. Un instante después se perdió tras ángulo de un corredor desde el que llegaba claridad.

Los muchachos tomaron por la Aiburshabu, llena de gente que ululaba nerviosamente. Las antorchas y lámparas empotradas en los muros daban aspecto fantástico a los dragones esculpidos y desde una calle transversal les llegó el son del arpa y la melopea de un ciego. Pero los muchachos iban como embargados de estupor y no miraban nada. Se apresuraron a pasar el puente que daba acceso al barrio Kasiri y que poco después quedaría cerrado al tránsito hasta la mañana siguiente. En la peligrosa situación reinante los guardias no escuchaban explicaciones y tenían la mano pronta para disparar.

CAPÍTULO III

La entrada en Babel

En la mañana del 17 de Tammuz del año que llamamos 539 aC, las muchedumbres que vivían en Babel comprendieron que todo había terminado.

Durante la noche había reinado gran agitación y produciéndose numerosos tumultos porque los partidarios del extranjero se habían atrevido a salir a la calle y el pueblo había reaccionado como un solo hombre.

Los espías de Karakhardash ^[3] observaron la evacuación de la Bab Belti y el comando entreguista envió un destacamento poderosamente armado para coparla.

Corrió la noticia entre la multitud que rodeaba el E-daragh-anna y el castillo de Kurigalzú. En un instante grandes grupos de pueblo invadieron todas las inmediaciones y luego de un rabioso combate dominaron a los traidores y los arrojaban desde las terrazas. El estruendo de la lucha atrajo a los persas que, encontrando una poterna abierta, asaltaron la fortaleza al amanecer y de inmediato comenzaron a meter tropas. Guiadas por sus partidarios ocuparon el Maravilla de los Pueblos, las Puertas de Nippur y del Sur, el gran puente sobre el río y otros lugares estratégicos.

Desde todos los lugares públicos los heraldos anunciaban la paz de Kurash, el respeto a los dioses, la seguridad para todos. Una poderosa guardia de arqueros fue acordonada en torno del Esagila para ponerlo a cubierto de la ira del pueblo. Los heraldos informaban también de la entrada de Gobryas para tomar posesión de la capital en nombre del nuevo señor del País de los Dos Ríos.

Una inmensa muchedumbre silenciosa se agolpaba en las inmediaciones de las avenidas de Marduk y de Nebo, las explanadas la Bab Belti, del Innini Istar, del Maravilla de los Pueblos.

Nuestros conocidos Nidinta Bel, Baalnabu y sus compañeros Belnahid, Nersar Belnishishu, Alyattes el lidio, los medos Huvadaiva y Chintraktahma y otros, habían logrado ubicarse en la escalinata del E-daragh-anna y desde allí presenciaron la llegada de los persas. Hacía mucho que fluían columnas de infantería cuando el rumor llegó hasta nuestros conocidos.

—Gobryas ha pasado la Bab Belti.

Todos volvieron las cabezas en dirección a la Puerta y luego en la brisa que se movía cálida y lenta, llegó el sonido de tambores y trompetas, luego el rumor cada vez más terso de cascos de caballos sobre el pavimento de la Vía Sagrada, y un instante después desembocaron los primeros escuadrones: sacios de alto gorros

puntiagudos y pantalones escitas, que pasaron velozmente en sus caballos del desierto; cisios de altas mitras blancas y brillantes lanzas; sarangas con trajes de vivos colores y botas hasta la rodilla; baktrios de rostros extraños, cuyos arcos pequeños tenían formidable alcance, y, al fin, la guardia persa: mocetones de gran estatura pantalones de cuero, corazas de escama y lanzas con banderines.

Casi enseguida de los primeros escuadrones iba a todo galope el Mando Supremo: una muchedumbre de jinetes imponentes, con doradas mitras, mantos azules, blancos, rojos...

Algunos de ellos alzaban los rostros hacia los edificios, los bastiones ingentes; muchos pensaron acaso que entraban en una extraña ciudad de otro mundo.

Pero el grupo espléndido de generales pasó a todo galope mirando al frente, salvo uno, rubio, de manto azul claro, que se volvía a derecha e izquierda en actitud tranquila y levantaba a veces el bastón dorado saludando a la multitud: era Gobryas.

Después el grupo centelleante se detuvo ante el Esagila, del que una Comisión de Notables salió a saludar al conquistador.

De nuevo se habían puesto en marcha, ahora hacia el Maravilla de los Pueblos, el formidable castillo fuerte de los reyes de Caldea resplandeciente bajo el sol, con sus terrazas escalonadas que parecían impulsarlo hacia los cielos.

Los conquistadores pasaron el gran puente levadizo, traspusieron la inmensa puerta. Y aunque el sol brillaba en toda su fuerza la muchedumbre sintió frío en el alma cuando vio, ya en poder extranjero, el maravilloso palacio, símbolo sin par de la soberanía.

Se había hecha un enorme silencio.

—Y así... ¿ha terminado todo? —habló Belnahid.

Alyattes, travieso y a veces mordaz, no tuvo ánimo para hacer un chiste a su amigo; lo conmovió la inmensa tristeza de su rostro. El también bajó la cabeza y dijo con voz neutra:

—Sí... como en Ecbatana, como en Sardes.

—¡No me puedo convencer de que todo esto sea otra cosa que un mal sueño! —profirió de pronto Nazibugash.

Iban caminando por una callejuela a cuyo largo corría un murallón de los Jardines Elevados. Como todos estaban ensimismados, la exclamación de Nazibugash resonó en sus almas como un trueno.

—Lo mismo estaba pensando yo —asintió Baalnabu—. Hace semana teníamos el ejército; vivían los Príncipes...

—¡Y yo, que imaginé que antes se hundirían los cielos! —anunció Belnishishu, sacudiendo la cabeza.

—¡Bah!, tampoco se hundieron cuando la tomaron los hititas hace novecientos años.

—Ni las dos veces que la arrasaron los asidos.

—Y al fin y al cabo, ¿por qué tenían que hundirse los cielos? —interpuso Nidinta Bel.

—Y además, ¿no dicen que los dioses ordenaron así las cosas? —recordó Belnahid.

—El hecho es que Khatti, Mitanni, Asiría, han desaparecido, pero Babel existe aún.

—Existe, sí, pero no vive ya —aclaró torvamente Baalnabu, mientras desenvolvía del cuello una chalina de tejido de Berytos, tenue como pluma.

—¿No pasarán estos extranjeros como pasaron los otros? —inquirió alguno del grupo, mas nadie encontró respuesta satisfactoria, y en eso desembocaron en una plazuela donde higueras y entoldados de esteras prestaban bienvenida sombra ante los portales de un mercado, en el que muchos hombres bebían cerveza y vinos del Aram.

Mientras pasaban por entre los grupos les llegó el rumor de veces que al parecer, altercaban, y Alyattes que no se perdía esas cosas, propuso:

—Vamos a ver qué pasa.

Un hombre alto y flaco decía:

Los dioses castigan nuestros pecados.

—Sí —confirmó otro que parecía un desenterrado. Del rostro filoso pendía el reseco pergamino de la piel, y de esta, una barba negra que sugería suciedad—. Castigan nuestros pecados —repitió con lento y cavernoso acento de cuco.

—¿Qué pecados? —explotó enojado un tercero que hasta ese momento había dedicado a un trozo de cordero cocido y un jarro de cerveza.

La momia Parlante lo miró con inefable suficiencia.

—Hombre ¿Por qué no han venido los dioses este año?

El de la cerveza lo miró apaciblemente, de soslayo.

—¡Humm!... habría que preguntárselo a ellos mismos —respondió sin mayor interés, y levantando su gran jarro lo mantuvo dirigido al interior de su cuerpo, continuando la conexión hasta que vio el fondo sobre el que resaltaba en vivo esmalte la imagen de la venerable Istar, sin otro vestido que su belleza. El efecto sedante de la cerveza y la piadosa contemplación de las líneas de la sagrada imagen —ninguna recta—, daban al buen hombre un aire de bienaventurado...

—¡Oh, tengamos fe! —exclamó otro en tono de mofa—. ¿Quién nos dice que todos esos dragones y estatuas del Esagila no salten contra los extranjeros?

No sentó nada bien a la momia el tono zumbón del otro.

—¡Oye, tú, que hablas como un perro pagano! ¡Lo que sucede está decretado por el señor Marduk!

El increpado frunció el *ceño* y movió el brazo con ademán inequívoco. Pero al parecer lo pensó mejor y riéndose burlonamente, inquirió imitando el tonillo gangoso

del otro:

—¿Síiii...? Pues mira, lo que decretó ahora es famoso. Pero dime, cuero seco: ¿te lo ha dicho él mismo?

Resonó una carcajada general y la cosa pintaba como al filo de una tremolina, cuando la atención de todos fue atraída por otro parroquiano que mantenía en suspenso a un segundo corrillo con las prodigiosas informaciones que les impartía.

—Todos saben que el Rey había entregado su hija Beltiyar a un mago mizrita, negro como betún, a cambio de conjuros para descubrir tesoros ocultos. Pues bien, anoche se vio un cocodrilo con alas, venido en menos de lo que se tarda en beber esta cerveza, a buscar al mago y ponerlo en salvo.

—¿A quién? — preguntó uno que había escuchado boquiabierto tan portentosa noticia. —¡Hombre!, al mago.

—¿Y se llevó también a la hija del Rey? —insistió el bobalicón.

—¡Quiá, no! —rió despectivamente el informante—. Allá en el Mizri lo espera una hija del faraón.

En ese instante, y con no poca sorpresa de los presentes, el supuesto bobo se adelantó; cogió con poderosa fuerza un brazo del narrador y volviéndose a los demás preguntó:

—¿Sabe alguno si la Princesa, hija de nuestro buen Rey, está casada con un mago negro como el betún?

—¡Quién afirme tal cosa es un vil traidor! —exclamó uno, se oyeron muchos «¡eso!, ¡eso!», asintiendo vigorosamente:

—¡Que le arranquen la lengua sucia!

El supuesto bobalicón se volvió al de la historia, que se había pálido y sentía la inminencia del peligro al notar que varios de los presentes habían formado un cordón en torno suyo, manteando ominoso silencio.

—¿Son los Siete y los Siete de la Justicia? —inquirió el preto bobalicón, sin dirigirse a nadie en particular.

Sus tres hombres se adelantaron.

—Sí, lo somos y la haremos.

Antes de que nadie comprendiese algo, el traidor yacía bañado en sangre, mientras otro grupo había echado mano a los dos profetas Y silenciosamente les propinaba una paliza tal, que sin duda los retiraría de la circulación por mucho tiempo. El resto de la clientela se había esfumado como por encanto.

El que había dirigido la ejecución habló:

—El hostelero es hermano. No le dejemos esta basura. Cogieron el cadáver y por entre unas higueras fueron hasta el Banitu, que estaba a unos cien pasos detrás de la casa, y mandaron al muerto de cabeza al agua.

—¡Lástima tener que ensuciarla! —comentó uno de los hombres.

Entretanto, nuestros muchachos, confundidos con el público se habían retirado del lugar, no poco impresionados con lo que habían visto. Al fin, Baalnabu levantó la cabeza y sugirió: —¿Sería Nishi el que se apoderó del traidor? Nishi era un nombre fabuloso en Babel; el legendario jefe del contraespionaje. Acerca de él se contaban mil relatos extraordinarios, y de seguro, la mayoría eran ciertos. Había sido el mejor estudiante del Etemenanke, tan bueno que bien pronto comenzó a averiar por su cuenta. Comprendió que todo lo aprendido en el Etemenanke era un palabrerío sin ninguna realidad; apariencia de saber para espíritus dormidos, pero no para el suyo. Un día un compañero le preguntó como al descuido si conocía la lengua ianuna; Nishi contestó que no, pero se dio cuenta de que el omnipresente espionaje estaba tras él y que si quería vivir era necesario que pusiera distancia entre él y los del Esaglia. Cuando menos pensaban se perdió sin dejar rastros. En la santa Harrán oyó decir que la bella esposa del shangu mahhu del dios de la Luna estaba a punto de morir. Nishi la devolvió a la vida y a la dicha usando tratamientos audaces e ilegales que el código de Hammurabi castigaba con la amputación de las manos, sanción que le hubieran aplicado con placer los de Esaglia. Poniendo en práctica iguales procedimiento detuvo la hemorragia nasal que extenuaba al joven Nabonid, hijo de aquellos. Nishi aconsejó al shangu mahhu —lejano descendiente de la extinta casa real de Mitanni y pariente de la dinastía asiria, desaparecida setenta años antes— no hablar palabra sobre los procedimientos mediante los cuales había salvado a su esposa y a su hijo, para ponerse todos a cubierto de peligrosas acusaciones de sacrilegio. El shangu mahhu, cabeza de un culto rival del de Marduk, siguió el buen consejo. Por otra parte, lleno de reconocimiento, recompensó principescamente a Nishi, y le dio cartas de viva recomendación ante los sacerdotes de la Gran Madre de Frigia y los de Sandon, el del Hacha Doble, así como para grandes señores de Kue y de Licia. Con protecciones tan poderosas, todas las puertas se abrieron para Nishi y así llegó hasta la isla ianuna de Koos, donde existía una gran escuela de medicina.

Allí entabló fraternal amistad con muchos hombres, sabios de espíritu libre y noble corazón, y especialmente con un médico del Mizri —otro expatriado—, quien no sólo le transmitió todo lo que en el arte de curar se sabía en el País del Cocodrilo, sino también procedimientos propios y por cierto no muy ortodoxos.

El talento de Nishi no se detuvo ahí. Al contacto de los audaces pensadores ianunas, emancipados de mitos de toda clase, se internó en nuevos caminos de ideas, captó relaciones hasta entonces desconocidas, los invisibles motores de los intereses y del pensamiento.

Hacía tiempo que era uno de los grandes maestros de la Escuela cuando un día lo alcanzaron mensajeros de la lejana Babel, con noticias extraordinarias. La corona del País de los Dos Ríos ahora estaba ceñida a la cabeza de aquel muchacho, al que había curado en la santa Harrán, y que lo llamaba contando con su inteligencia y abnegada

amistad.

Nishi no había olvidado a su patria, cuya situación conocía porque a Koos llegaban enfermos de todas partes y, como regla, bien enterados, porque en aquel tiempo sólo podían afrontar tal viaje gentes muy poderosas y próximas a los tronos.

Nuestro médico sabía que se avecinaban grandes acontecimientos y, fuere por unos motivos o por otros, el hecho es que abandono su vida tranquila y segura para afrontar lo que el destino le deparara. Tan secretamente regresó, que sólo mucho tiempo después Los enemigos sospecharon su identidad bajo las diversas personalidades que asumía: sacerdote de la Tierra de Martu, bailarina del Sindh, caravanero del Mar Superior, púgil de Kaphur. Era legendaria la hazaña de haber personificado a la Gran Sacerdotisa de Nippur.

En tal carácter había conferenciado con el urigallu del Esagila, quien pensado que hablaba con su colega y pariente, había deslizado palabras traidoras contra el Rey y su Reino. Así se comprobó la vileza del urigallu.

También se contaba que, una vez, los del Esagila sabían positivamente que Nishi se encontraba en una procesión dentro del templo. Sospecharon de todos menos de la muchachita paralítica que han en unas parihuelas para que tocara una estatua santa...

En los jardines del Innini-Istar estaban los pabellones de las hieródulas o esclavas sagradas, a lo largo de las derivaciones de los anales Shabil y Banitu, en torno de profundas albercas.

Una muchacha bellísima que se hallaba a la puerta de su pabellón les sonrió, y Belnishishu, con ánimo de intrigar a Belnahid, insinuó que muy bien podía ser Nishi en una de sus caracterizaciones. De soslayo Belnishishu observaba a Belnahid y su redonda cara perpleja.

—¿Sabéis por qué? —susurró Belnishishu con aire misterioso—, por una confidencia sé que anda por ahí...

—Hum... —interpuso inesperadamente Belnahid—: ¡Imposible!

—¿Cómo? ¿Qué sabes tú? ¿Por qué imposible? ¡A ver, di! —lo sitiaron todos.

—Porque esa muchacha es Gestin Anna.

—¿Cómo sabes? —inquirieron, un tanto admirados de que Belnahid, al que siempre daban bromas por su candidez; conociese a una muchacha del Innini.

—Porque paso muchas tardes con ella... ¡Oh, sé bien que es una muchacha!

Hubo al pronto un silencio de sorpresa y luego una explosión de chacotas.

—¡Bien te está! —exclamó Nidinta Bel, dirigiéndose a Bel-nishishu, que era el experto en damas; y todos reían de su fiasco y cara de asombro. Luego intervino Alyattes.

—Ahora que pasamos por aquí recuerdo lo que le ocurrió a Shapibel los otros días. Todos sabéis que está apasionadísimo por una de las muchachas, venida de

Berytos; y que en cuanto se hace de unos siglos la visita. Días pasados un hermano de su padre le obsequió una Cabeza de Istar, y Shapibel no perdió instante en vida de su bella.

—Bien —continuó Alyattes—. Sucedió... lo que tenía que suceder y luego. ... ¡Figuraos el disgusto de Shapibel cuando descubrí que ha perdido su hermoso disco de oro! Fue tal su enojo que, vuelto a su casa tomó una estatuita de Innini-Istar, la puso en el suelo y ¡palabra!, la...

—¡Oh! —exclamó Belnahid, chocadísimo—, la Señora.

—Mira —interpuso Huvadaiva—. Tu Señora ha de ser una real hembra, con un...

—¡Por vida de Nabu! —comentó el rubio Nersar—. ¡Qué sería estar en los brazos de la diosa!

—Es la única lección de historia que escuché con atención-agregó riendo Nazibugash.

—¿Recordáis cuando el viejo Iddinasar nos explicaba la zikar de Gilgamesh?

—¿Cuándo llegaba a aquella parte en que la Señora y Gilgamesh...?

—¡Qué profesor maravilloso era!

—¡Quizá gracias a esa lección tan interesante! —suspiró Belnahid y no pudieron menos de admirar el robusto buen sentido de gordo.

—¡Qué años felices pasamos en la Gran Casa de las Tableta! —exclamó Nidinta Bel con nostalgia.

Chitrantakhma evocó:

—¿Os acordáis del trabajo que nos costó, a Huvadaiva y a mí, aprender vuestra lengua? —dijo—. Nos hacíamos cada embrollo...

—Sí, pero en la clase de sumerio... —elogió Baalnabu—. Tú —se dirigió a Chitrantakhma— y Huvadaiva nos dabais quince y raya en eso. Mardukiddin nos explicaba siempre que hay no sé qué relación entre el medo y el sumerio. Parece que en días muy lejanos los hombres que hablaban esas lenguas eran un solo pueblo...

—Por eso le gustaban tanto las muchachas de Ecbatana como las de Larsa.

—Y reunía sabiamente dos placeres divinos... —insinuó Nersar—. Practicaba con ellas no sé qué ejercicios...

—¿De pronunciación? —inquirió Belnishishu con aire escéptico.

—¿Y qué dirán nuestros profesores de todo esto? —exclamó de pronto Baalnabu. Nersar levantó la cabeza.

—¿Qué pensará nuestro gran Mardukiddin? Propongo una cosa. ¿Vamos a visitarlo mañana?

Miró hacia el cielo, quedó un instante pensando, y luego habló de nuevo:

—Compañeros: no sé cómo expresarlo... Pero ha terminado la vida antigua... empieza una nueva... y sólo el sabio Mardukiddin ha de saber decir lo que... hay que decir —completó Nidinta Bel.

—¡Ese es un hombre! —elogió Belnishishu—. ¿Os acordáis de esa sonrisita que tenía cuando oía a los figurones?

—Nunca lo vi serio dos minutos seguidos —recordó Nidinta Bel y sin embargo, ¡qué frescura y profundidad había en sus palabras!

Por unanimidad acordaron ir a visitarlo al día siguiente.

Luego el grupo comenzó a desgranarse, pues sus padres les habían permitido salir a la calle sólo a condición de andar todos juntos y conducirse con prudencia. Ahora, de vuelta, iban dejando a cada compañero en su casa respectiva. Los primeros fueron Belnishishu y Belnahid, cuyas casas estaban casi inmediatas a menos de cincuenta pasos una de otra, en el barrio Escudo de Gilgamesh, separado del Kasiri por el canal Banitu. Luego que pasaron el puente estuvieron ya en el Kasiri. Había pelotones de arqueros extranjeros en los puentes y bocacalles principales, y de cuando en cuando pasaban grupos de jinetes.

La casa de Nersar se levantaba en la calle de las Rosas —llamada así por un gran vivero que allí había y que era una dependencia de los Lugares de Reposo del Rey—, cerca de los canales Shebil y Pukudu. La casa era de estilo antiguo, pero sólida y amplia, construida con piedra y ladrillos cocidos en tiempo de Assurbanipal, cuando el bisabuelo del señor Dushratta, padre de Nersar y Mali Kalita, había venido a Babel desde el Khanigalbat, como alto funcionario de Nínive, para reconstruir la red de canales, destruida durante la sublevación de Shamashumukin, hermano de Assurbanipal.

Los muchachos fueron acogidos con alegría por Dushratta y la señora Walukhita, que habían estado preocupados por ellos a causa de la situación de peligro. Habían tenido noticia de serios tumultos producidos en algunos barrios de la capital, porque la masa del pueblo no se avenía en modo alguno a la ocupación extranjera.

Mientras comían, los muchachos describieron lo que habían visto y oído. Mas todos ellos intuían que ello no era más que el símbolo de otra cosa, y al no poder definir esta cosa que era lo esencial y que daba sentido, se hallaban como perdidos en lo irreal. Toda palabra, aún la más sabia, nada era frente a los acontecimientos.

Muchos años después, cuando los muchachos se habían convertido en hombres llenos de experiencia, recordaban aquel día como un sueño.

Nidinta Bel se quedó con Mali Kalita, que en un arpa del Khanigalbat ejecutaba una melodía antigua de Mitanni, evocación de una vida ya disuelta en el pasado. Resultaba incomprensible a Nidinta Bel pensar que su novia descendía de una raza que luego de siglos de triunfos y derrotas, alegrías y penas, se había disipado y no era más que un relato.

El la escuchaba, y lo fue envolviendo una insondable melancolía al comprender que acaso había sonado la hora postrera de Babel, como en siglos inciertos había sonado la de Mitanni.

Se arrodilló junto a Mali Kalita y ella le acarició la cabeza con dolorida ternura. Sintió que su novia estaba triste por él, más triste de lo que pudiera decirlo palabra alguna...

CAPÍTULO IV

En el tiempo de la humillación

—¡Esclava, la que fue reina!

—¡Sobre libación vertida, caída la madre santa!

—¡Enmudecida, la boca que pronunciaba la palabra pura!

—¡Atadas tus manos, Hija Única! (¡Oh, Bel Pirishti, señor de los destinos!).

—¡Mudos sus mashmashi! (¡Oh, Bel shipti, señor de las encantaciones!).

—¡Mashmash Ilani —Conjurador de los Dioses—, pronuncia tus palabras de poder!

—¡Hija querida, cautivada!

Así salmodiaban los hijos de Babel porque se sentían caídos en humillación y sombra sin nombre, y sus pensamientos no se encontraban unos con otros.

¿Por qué los habían abandonado sus dioses poderosos? ¿No decían que antaño la Kusarikka misma —la Sirena—, había encrespado las ondas del Purattu y cubierto con ellas las hordas de los Guti? ¿No enseñaba la tradición que Gilgamesh, de pie en la terraza del Nimitti Bel había proferido un grito tan espantoso que las armas habían caído de las manos de los Hatti, y su gran ejército se había disipado como las arenas del desierto?

¿Y no sabían todos, acaso, que los ejércitos del Elam habían sido extraviados por la divina Señora, Istar, que los miraba con ojos que parecían profundas praderas? Los invasores, víctimas de ese espejismo, se habían dispersado en todas direcciones y creyendo entrar en Babel se hundían en las aguas del Purattu, en los pantanos de Nagiti, en los tembladerales del Mat Tamtim...

Estaban confundidos, irritados, prontos a acusar. Algunos culpaban al pueblo de vagos pecados y no faltaban quienes admitían esta explicación.

Pero, el pueblo había llenado los santuarios, el E-daragh-anna, el Innini-Istar, el Etemenanke, las cincuenta capillas de la Señora, y las de la Belit Shimati —Dama de los Destinos— y de Mami, la Gran Madre. Y luego sus hijos habían caído por millares bajo las lanzas y las flechas de Kurash. ¿De qué pecado del pueblo se hablaba, entonces?

Felizmente, Babel no estaba poblada solamente por fideístas idiotizados; se hallaba en el cruce de todos los caminos y de todos los hombres. Y estos aprendían unos de otros. Abundaban las mentes sagaces, liberadas hacía mucho de las fantasías corrientes, despreciadoras de las fórmulas vacías. Reflexionaban fríamente, seguras de que las cosas de la tierra suceden por causas que están en la tierra, y de que ningún

dios ha intervenido en ellas. Y además... desde hacía poco más de cien años había surgido en las islas y costas del Mar de Poniente una casta de hombres inquietantes y batalladores, alegres como niños y audaces como demonios. El hombre de Oriente los imaginaba casi tratándose de igual a igual con los dioses, porque el pensamiento y la acción de aquellos eran como una llama y reducían a nada todo mito o religión que tocaban.

Estos hombres, llamados iavanas en Israel, ianuni en Babel y jonios por nosotros, se introducían en todas partes. Anunciados por un oráculo famoso como «los hombres de bronce», habían entronizado a un faraón en el Mizri y eran la parte sólida de sus ejércitos. Cubiertos de bronce combatían de un modo organizado que nadie podía resistir. Pero más temibles que sus líneas de picas eran sus ideas que disolvían como si fuera humo, dioses, mitos, tradiciones y creencias; y su modo de vivir que liberaba a los hombres de la infancia mental.

Y este mundo de «bárbaros», divinamente frescos, infantiles y heroicos, había comenzado a conmovir la carcomida estructura teocrática y corroía las formaciones ideológicas de milenios fabulosos.

Ellos andaban por todas partes, comerciantes, soldados mercenarios, «theoristes»^[4] curiosos y aventureros que viajaban por ver y saber; ingenieros, médicos, artistas, artesanos... y la audacia ingenua de sus actos y palabras asombraba, espantaba y encantaba al mismo tiempo. Porque abrían montañas, tendían puentes, realizaban medidas y hacían cosas que parecían cambiar el mundo tal como lo habían hecho los dioses, y salvaban enfermos condenados por estos... Por otra parte, luego de pasar un tiempo entre los extraños ianunas los embajadores, soldados y comerciantes orientales regresaban a los viejos centros de poder, con singulares ideas, palabras, expresiones y relatos que resultaban a los oyentes tan enigmáticos como fascinantes...

¿Y acaso el gran Nebukadnezar mismo no había seguido ejemplo del dios del Mizri, que según se sabía gustaba de rodearse de guardias y asesores ianunas?

Se contaba que en la batalla de Karkemish Nebukadnezar había contemplado esas filas acorazadas de hoplitas que avanzaban y combatían al compás de flautas; y había echado sus cuentas. Una táctica nueva e irresistible.

Se había vuelto a su jefe de estado mayor, Nabuzardan.

—Comparadas con esas formaciones, las nuestras no pasan de hordas. Mira esas filas brillantes. ¿A qué te hacen recordar?

—Señor, a labradores que siegan trigo maduro. Sólo que aquí, en vez de trigo.

—Siegan soldados nuestros —había completado Nebukadnezar y se había quedado pensando. «Trigo maduro», ¿eh? Verdaderamente los tiempos parecen maduros también, pensó. Con la destrucción de Nínive parecía comenzar una nueva hora del mundo: algo que todos parecían aguardar sin saber qué era.

Desde la altura observaba el avance de los jonios y carios contra la infantería babilonia. Veía las filas moverse al compás de trompetas y flautas, subir y bajar las líneas de picas brillantes; y sus propias filas se deshacían.

—¡Qué trabajo! Menos mal que mi hermano del País del Cocodrilo no trajo más que esa brigada. Si no... —comentó muy pensativo Nebukadnezar.

Más de ochenta años habían pasado desde Karkemish y ahora los ianunas habían llegado a ser una causa de división entre los hombres. Quien admiraba a los ianunas —cosa, por otro lado, peligrosa y pertenecía a un mundo de ideas y sentimientos abismalmente distinto del de los que los odiaban y temían.

Los del Esagila y los poderosos creían que Kurash no sólo detendría a los ianunas y los echaría del Oriente, sino que los barrería de la tierra. Y como temían como a la muerte el que los hombres se hablaran y se entendieran, admiraban una frase que se atribuía a Kurash: «No temo a hombres que se reúnen en una plaza para en engañarse unos a otros». Pero había muchísimos hombres, persas inclusive, que veían muy bien que los hombres se reunieran a discutir sobre cosas y no creían que fuese sólo para engañarse. Más aún: pensaban que el día en que esos los mundos se encontraran en el campo de batalla, el mundo viejo se disiparía como humo...

—Estamos aquí como envueltos en una polvareda de confusiones —enunció Amiri—. Una construcción inmensa se ha venido abajo al primer golpe.

—Como era inmemorial todos la creían sagrada.

—Y como tal, pensar en renovarla era un sacrilegio...

—Y, sin embargo —dijo el viejo Mardukiddin—, no había como engañarse. Dos grandes hombres, Nabopolasar y su hijo Nebukadnezar supieron aprovechar una serie de circunstancias extraordinarias pero, como tales, efímeras y cargadas de posibilidades funestas Alzaron Babel a un estado esplendoroso. Pero fue a costa de dejar que en las Tierras Altas se afanzara un peligro mortal.

—¿Fue, entonces, un error, aliarse con los medos contra Nínive? El gran profesor del Etemenanke reflexionó un momento. —Nadie puede verificar las consecuencias finales de sus actos, prever es andar entre tinieblas. ¿Quién podía adivinar la aparición de un hombre, como Kurash; el vuelco producido en las Tierras Altas; el súbito derrumbamiento de Lidia?

—¿Entonces, acertaba el faraón del Mizri cuando, hace setenta y cinco años, envió sus tropas para apoyar a los asirios?

—¡Claro! Asiria no era gran peligro ya y convenía mantenerla para estorbar a otros y conservar a salvo el País del Cocodrilo.

—¡Cuan encontrados los caminos de los hombres! ¡Pues, nosotros, y justamente con igual deseo de salvar a nuestro país, marchábamos ebrios de gloria al asalto de las murallas de Assur!

—Por camino que era el mismo y no lo era, íbamos a igual cosa que no era

igual... —reflexionó Amiri en voz alta.

—Esos modos de pensar huelen horriblemente a ianuna —sonrió con malicia Mardukiddin, y con burlesca seriedad prosiguió—: Menandro decía ayer, comentando los grandes negocios de Nabubba-liddin, que este se ha hecho tan rico que es un verdadero pobre.

—Eso, aunque no lo comprenda mucho, porque me recuerda lo que en mis tiempos de navegante me decía una vez un capitán cartaginés en Náukratis. Este, hombre ya de edad, había navegado más allá de las Puertas de Gade que los ianunas llaman Columnas de Herakles; había visto y vivido mucho. No sé porqué yo le había caído en gracia.

—Hijo mío: la vida es un viaje al cabo del cual te das cuenta de que no vale las penas y fatigas que cuesta. ¡Cuánto mejor no haber nacido!

—¿Pero el saber y la experiencia? —objeté.

El viejo capitán sonrió con melancolía.

—Esos tesoros llegan, pero cuando ya no puedes gastarlos, hijo.

—Bueno, pues; ese amigo me dijo varias veces que estos mares son poco más de pequeños lagos al lado de las infinidades de agua que existen. Y cuando yo le preguntaba por direcciones, me contestaba que para viajes de distancias tales, podías ir al oriente navegando siempre a poniente y viceversa. «Por qué sucede así, no me lo preguntes, hijo, pero hay constancias seguras de ello; y hay ianunes que han osado dar su explicación...».

Dushratta, que estaba presente, levantó la cabeza.

—Vosotros sabéis que los ianunas gustan de explicar las cosas por medio de figuras de comparación que resumen miles de casos. Uno de estos hombres, gran amigo mío, me decía una vez:

—Nos podemos alejar tanto de un punto que en cierto momento comenzamos a acercarnos de nuevo a él...

—Me pareció bastante raro su modo de expresarse, y le contesté:

—Por supuesto: volviéndose.

—¡No! —me replicó con cierto ímpetu—. ¿Qué gracia tendría eso? No; al contrario: siempre alejándose. En cierto instante comienzas a ir directamente a ese lugar.

—Confieso que me pareció un disparate lo que decía. Pero ahora comprendo que aquel capitán hablaba como el ianuna.

—No sólo esos dos hombres —y ambos de gran juicio—, han sostenido cosa tan enigmática. Me contaba mi padre que poco después de la caída de Nínive llegaron aquí unos extraños viajeros de ojos puestos como de través en sus rostros amarillos. Luego de interminable navegación habían llegado a nuestro mar del Viento Inferior, y venido a Babel trayendo telas maravillosas, especias aromáticas y maderas

translúcidas que exhalaban un vago olor delicioso. Uno de ellos estaba siempre escribiendo con un pincel sobre una tela brillante —una extraña escritura que por momentos, no sé cómo, parece una pintura, tal que a uno y aún sin saberla leer se le alcanza sigo de lo que dice—, y hablando de viajes dijo un día:

—Si no fuese que se interponen todas estas tierras, regresaríamos a nuestro suelo siguiendo siempre esta dirección —y señaló hacia el poniente.

—Mi padre quedó asombrado de que hombre tan sensato hasta entonces dijera lo que le pareció tan gran contrasentido, pero creyó Prudente cambiar de tema. Sin embargo, sorprendió una sutil sonrisa del hombre amarillo, como de anciano sabio a niño que se admira de cosas sabidas...

Mardukiddin habló también de ciertos escritos conservados en el Etemenanke y sobre los que estaba prohibido hablar porque contradecían las doctrinas oficiales del Esagila. Para leerlos se requería una autorización especial del urigallu, que por cierto nunca la concedía. Pero, en los revueltos tiempos de la Liberación, no se sabía quienes —algunos culpaban al clero de Sin, tradicional enemigo de los de Marduk—, habían sacado copias de esos peligrosos documentos y, según se aseguraba, las habían multiplicado en lo posible y hecho llegar al archivero del Maravilla de los Pueblos, al del templo de Nannar en Ur, al de la santa Harrán, y quién sabe a quiénes más...

—¿Y si dijeran la verdad? —se atrevió a preguntar Nidinta Bel.

El viejo sabio sonrió largamente y con fruición llena de malicia.

—Tanta mayor razón para prohibirlos, hijo mío. Imagínate que todos conocieran esas cosas. Pensaríamos como los ianunas.

—¿Qué diferencia hay? —inquirió alguno.

—La diferencia entre un anciano caduco que vive de los recuerdos inciertos de su remota infancia, y un muchacho que no está ligado a ningún pasado y sólo mira las realidades que tiene ante sí. Así hacen nuestros médicos que en vez de examinar a sus enfermos buscan tabletas de conjuros y otras fantasías, mientras los ianunas observan a sus pacientes.

La memoria del Rey Nabonid fue atacada con ferocidad por los del partido antinacional. Que había sido un santurrón y no atendía los negocios del reino. O que era ateo y suscitó la maldición de los dioses. Que se lo pasaba rezando... o que no rezaba...

—... sino que leía los rollos impíos venidos de las Islas, y en los que se trata atrevidamente de las cosas del cielo y de la tierra.

—Y que permitía que en su presencia sus hijas y los secretarios hablaran con elogio de los ianunas.

—Hasta aprovecharon unas palabras entre el shangu mahhu y el embajador de Mileto, Eupator, cambiadas en presencia de Su Majestad —contó Mardukiddin.

Discutían la introducción de ciertas mercancías y el shangu mahhu reclamaba determinados diezmos, una Cabeza de Istar por cada carga.

—Es mucho... ¿Para quién es ese impuesto? —había inquirido Eupator.

—Es lo debido al señor Marduk —fue la respuesta del Venerable.

—¡Cáspita con vuestro señor Marduk! Buen diente tiene, —había comentado el milesio.

El episodio había venido bien a los enemigos del Rey, los que llegaron a difundir que él había inspirado el comentario irónico de Eupator.

Luego Nidinta Bel había quedado pensando en ese colosal embrollo, del que resultaba que los que habían luchado por Babel eran los traidores, y los leales quienes la habían entregado.

Dos o tres días antes había estado de visita Hillel ben Hadad, hebreo muy culto y que había pertenecido a la cancillería real. Con Amiri, Amil Marduk y otros amigos de confianza, Hillel había conversado largamente en el jardín. En cierto momento Nidinta Bel había visto que su padre golpeaba la mesa con el puño y gritaba:

—¡Ese canalla! Por un sido de arcilla vendería a su hija...

Amil Marduk le había puesto la mano en el hombro.

—Calma, hermano... Te enfureces, ¿y qué? Existe esa especie inmundada.

Mas, como es fácil dar consejos pero difícil seguirlos, él mismo estaba furioso.

La señora Nereida había acudido.

—Amiri, por favor, no te exaltes. Se te oye desde la calle...

—¡Qué lío! —se decía Nidinta Bel. Pero seguía dando vueltas al problema. Le parecía estar internándose en malezales cada vez más inextricables, en laberintos que se implicaban unos en otros. Era una infinidad de caminos que se entrelazaban, se separaban y se unían.

De pronto notaba que había dado con una idea clave que le parecía comprender y organizar muchas otras, y que entonces, problemas que le habían parecido insolubles se resolvían por sí solos.

Era como un juego enigmático y fascinante. ¿Por qué, en las discusiones sucedía que quien había comenzado defendiendo lo blanco terminaba sosteniendo lo negro, sin percatarse...? «Te puedes alejar tanto de un lugar que en cierto momento comienzas a acercarte a él...».

Había una relación oscura pero fuerte entre los modos de las cosas y los de las ideas. Había un momento misterioso en que una cosa se volvía su contrario.

Era un perseguir de cosas que eran y no eran; una caza de reflejos en aguas trémulas; un coger humo con las manos...

CAPÍTULO V

Anna Belti Ninna

Una tarde del mes de Teshritu, Nidinta Bel fue hasta el barrio llamado Paraíso de Sarpanit, donde se extendían los Lugares de Reposo: parques, viveros, jardines; espléndida fundación de Nebukadnezar. Nidinta Bel pensó que era algo suyo también porque su abuelo Erixíkrates había trabajado largos años en esa empresa soberbiamente bella y civilizadora.

Los reyes de Asiría, terribles como habían sido en otros aspectos, habían dedicado mucho tiempo y trabajo a la forestación de sus ciudades y país. Ahora Gobryas, el virrey de Mesopotamia, tomaba del Paraíso de Sarpanit numerosas esencias forestales, florales y frutales y las enviaba a las Tierras Altas, corazón del imperio, porque los señores persas amaban apasionadamente los jardines, huertas y parques. Llenaban con ellos los alrededores de Susa y Pasargada, y muchas de sus residencias de campo estaban convertidas en lugares del ensueño... gracias al trabajo de legiones de esclavos traídos de todas partes del mundo conocido.

Cuando la señora Mylitta vio a su sobrino, una expresión de alegría iluminó su rostro bello y terso donde el tiempo no había dejado una sola huella. Sus espléndidos ojos verdes eran reideros, leales y llenos de vida.

—¡Qué alegría, hijo!

Lo abrazó, y luego de ponerle un beso en cada mejilla, se apartó un poco y lo observaba admirativamente.

—¡Un buen mozo estás hecho, Nadi! ¿Por qué no has traído a tu madre?

—Tía, mamá vendrá pasado mañana para el cumpleaños de Belitseri.

La señora Mylitta, regocijada, golpeó una palma contra otra.

—¡Qué día vamos a pasar! Tu tío se pondrá contentísimo. Pero, con este calor, ¿no quieres tomar algo? Ven, Nadi, tenemos cerveza en el pozo.

Numerosas habitaciones rodeaban el gran patio umbrío lleno de sicómoros, higueras, olivos, macizos de flores. Una pérgola sostenía un gran parral, a través del cual se fundía una penumbra dorada. Mylitta instaló a su sobrino junto a una mesa de arcilla bajo una enorme higuera y se alejó para llamar a las muchachas, mientras Nidinta Bel aspiraba con delicia el aire fresco, saturado de aromas.

Aparecieron sus primas, pura risa y cariño los rostros. Belitseri era bastante mayor que su hermana; iba a cumplir diez y nueve años dentro de un par de días. Alta, casi rubia, verla era por cierto una delicia. Anna Belti Ninna tenía grandes ojos de extraña transparencia, tal que a través de ellos parecía verse paisajes vagos y

distantes. Sus ademanes eran reservados y a veces singularmente reticentes. Pero ello no obstaba para que abrazase a su primo como con deliberada delectación. Nidinta Bel era gran favorito de Belitseri y esta lo besó y estrujó como a cosa propia, mientras le hacía mil preguntas. Entretanto Mylitta hacía extraer del pozo una gran garrafa de tierra cocida y cuando le quitó el tapón de pulpa de madera molida y prensada se difundió el aroma de la cerveza, hecha con cebada roja bien fermentada. Trajo, además una bandeja con pasteles, higos y dátiles, y se dedicaron a hacerles los honores con buen diente y mejor sed.

Mylitta, dama informadísima, tenía de su ascendencia griega, la afición y el hábito ya hecho aptitud para los temas generales. En esta misma casa se había criado oyendo hablar desprejuiciadamente de acontecimientos y situaciones, creencias, ideas y conductas. Babel estaba en el cruce de los caminos del mundo y la casa de Erixíkrates era el natural punto de llegada de los viajeros más heterodoxos: ingenieros, médicos, enviados comerciales y hombres andariegos de las Islas, trotamundos irreprimibles que viajaban por ver y saber; misioneros de la Gran Madre de Frigia, de Indra y Varuna, dioses del Sindh y del antiguo Mitanni, y de otros cultos, extraños y vagos; audaces capitanes y filósofos ianunas que hablaban sin miedo, del cielo al que consideraban un espacio vacío, y de la tierra, piedra que rodaba en el espacio; peregrinos del Sindh cuya lengua sonaba extrañamente parecida a la ianuna; señores lidios, mizritas y capadocios; viajeros de Nubia, del mundo boscoso de los keltas, de Sarmacia...

—¿Pues... sabes, Nadi, que el noviazgo de Belitseri pasa un mal momento? Resulta que Abil Murasu es del otro lado.

—¡Claro! ¿No estaba Murasu el Mayor entre los que fueron a saludar a Gobryas?

—Y de ello Abil dio una explicación que venía a ser una excusa. «Las simpatías nuestras ya se sabe dónde están, pero nos hallamos como todos en una red de compromisos y necesidades», etc., etc.

—Ya antes de la guerra habíamos notado que Abil miraba las cosas con mucha frialdad. Luego, un tiempo después de la entrada enemiga, Abil contó con satisfacción que la Casa Murasu había cerrado contratos muy ventajosos con el Gobierno General. Hasta ahí... bueno, pero no dejaron de fastidiarnos sus elogios a Gobryas. Luego, un día...

Mylitta continuó el relato:

—Tu tío recordó que Murasu Hermanos administraba los bienes de la princesa Beltiyar y preguntó a Abil qué noticias tenía de ella y su esposo Ai Nekem ^[5].

Abil levantó las manos y las separó como quien declina toda vinculación con algo.

—Ya no somos sus administradores —aclaró Abil—. Como su marido se rebeló contra el Rey...

—¿Cómo? —exclamó tu tío, asombrado. Abil estaba sumamente molesto. Tratando de salir del paso, dijo:

—¡Bueno, claro! Me expliqué mal. Según el punto de vista de algunos, siendo Kurash el Rey, ahora...

—¡Punto de vista! ¡El suyo será! —saltó Nidinta Bel—. ¡Qué...! —y se contuvo—. Sigue, tía.

—El remedio fue peor que la enfermedad y no sé cómo no estalló tu tío. Abil sintió la violencia de la situación y poca después se retiró aduciendo que tenía que hablar con Murasu el Mayor.

Luego de otras consideraciones, la señora Mylitta terminó diciendo:

—La verdad es que Abil es un excelente muchacho y si fuera por él tendríamos a nuestro buen Rey todavía en el trono. Ha ayudado en lo posible la buena causa, mucho más por cierto de lo que han ayudado muchos que se proclaman enemigos de Persia. En cuanto a Belitseri, él ve por los ojos de ella... ¿Por qué exigirle más de lo que se debe? Al fin todos usamos de la prudencia. Luego, Nidinta Bel preguntó por la princesa Beltiyar.

—Aún me parece verla —dijo la señora Mylitta—. Una encantadora morena llena de vida, inocente como un recién nacido.

—Yo estaba aquí —recordó Nidinta Bel— cuando vino con su marido, poco antes de la guerra.

—Es verdad —confirmó Mylitta—. Bueno, ya sabes que ha sido llevada con su marido y los niños al castillo de Vahyasdatia en Media. Hace unos días recibió carta de ella la princesa Kissatt y hasta su ánimo indomable se abatió ante tantas tristezas. Kadashmanbel ha tenido carta de la princesa Bel-Shalti-Nannar, recluida en la Karmania con su marido. Esperan un niño para pronto ¿Sabes que el general Phul Belessys está muy enfermo en Pasargada?

—Sí, y también que el otro gran general, Mardukbaaliddin, ha sido llevado con la señora Tiyi y los niños a una lejana provincia, llamada Bakhtris, en los confines escitas...

Quedaron un momento abismados en tristes reflexiones. Era esa la suerte que habían tenido los hombres que defendieron a la patria en la hora suprema de su historia. Muertos el Príncipe heredero y su esposa Belkiss Makheda, muchos generales y nobles y millares de soldados, y los sobrevivientes, heridos, prisioneros o desterrados.

—Según se dice, estos son los ateos, culpables, indignos... cobardes inclusive, porque hay ruines que llegan hasta decir eso de los muertos, de los heridos, de los que han marchado al destierro. De modo pues, que los honrados, valientes y piadosos... han de ser los otros, los que no han movido un dedo por Babel que les dio todo, y si lo movieron fue contra ella —pensaba Nidinta Bel con rabia fría. No le extrañaba la

furia de su padre cuando tronaba.

—¡Claro, por cien mil diantres! ¡Ahora lo blanco es negro y lo negro es blanco!

Reinó un largo silencio mientras rememoraban los tremendos acontecimientos de los meses pasados. Cuando cayó Nínive, cabeza política y militar del mundo semita durante siglos el Oriente parecía haberse descuajado. Pero había quedado Babel, la inmemorial sede cultural, comercial y religiosa: el alma del País de los Dos Ríos. Esta era la que había caído ahora. Y, como alma que era, más que la fuerza de afuera la había vencido la traición de adentro. Un arma repugnante...

Nabonid había sido un rey sabio, humano y noble; reconocidamente el mejor que Babel había tenido en sus milenios de historia. En defensa de su pueblo había enfrentado a los poderosos. Había muerto, acabado de desastres y melancolías; y esta había sido la recompensa de los dioses...

En eso oyeron voces a la entrada de la casa y vieron aparecer a Amil Marduk que traía singulares novedades.

Lo que contó aportaba nuevos y vivos colores al cuadro de acontecimientos entre los que se hallaban. Esa mañana lo habían amado de Casa Nergalushzézib, los grandes banqueros cuyos intereses se extendían hasta la lejana Tartessos y los fabulosos países de la Escitia.

En sus oficinas una multitud de kushsharri escribían en tiras de piel y papiro con tintas especiales, cuyo secreto, se decía, era exclusivo de los Nergalushezib. Se oía el chirrido de los cuchillos de escribanía que cortaban cañas para escribir. Muchos dupsharri manejaban ágilmente los punzones sobre tabletas de blanda arcilla, con duplicados y triplicados que las hacían tan seguros valores a la vista y tan auténticos como las pesadas monedas lidias y cartaginesas, los «grandes» de Corinto y las Cabezas de Istar de Babel. Y no eran pocos los que las apreciaban más aún porque aquellas monedas afamadas podían perderse o ser robadas a sus dueños, pero las tabletas, fechadas, numeradas por series correlativas y dirigidas nominativamente al librado, no podían ser cobradas o negociadas sino por este, pues si el aviso de cobro o por lo menos de recepción o presentación no venía dentro de cierto término, quedaban anuladas o retenidas. No sólo emitía o recibía órdenes de pago la Casa Nergalushezib. Vinculada a las grandes casas comerciales de Tiro, de Sidon, del Mizri y de las Islas y mediante ellas a los factores de poder, emitía cartas de crédito en especies: buques, mercancías, armamentos... Era un estado real dentro de otro, a veces aparente...

Amil había atravesado numerosas habitaciones, conducido por sucesivos secretarios, hasta que llegó a una donde se encontraba Nergalushezib el Mayor en compañía de un personaje de aspecto majestuoso... Gobryas, virrey del País de los Dos Ríos.

—Quien quiera saber lo que puede la riqueza —continuó Amil— que vaya a casa

de Nergalushezib, si le permiten entrar por lo menos. El abuelo de Nergalushezib, Adasi, logró que se postergara un año la campaña contra Nínive porque no quería que cayese Asiría antes de finiquitar ciertos grandes negocios que tenía allí. He oído a menudo, como cosa sabida por todos, que Asuruballit, el último rey de Asiria, pudo sostenerse en Harrán otro par de años, gracias al perfecto servicio de información de la Casa Nergalushezib, que lo tenía al tanto de todos los movimientos que proyectaban Nabopolasar y Ciajares, sin contar otras negociaciones internacionales que nos dañaron grandemente...

—Y pensar que se destaca el patriotismo de Adasi —exclamó amargado Nidinta Bel.

—Y del Esagíla, que descubrió de golpe que Asuruballit era un fiel creyente —agregó Amil. Luego de un silencio, continuó:

—El derrumbe de nuestro país se debió más que nada a que el Rey osó oponérseles en ciertas cosas: el tráfico de esclavos, la posesión exclusiva de los principales vados del Purattu y del Idiklat, con los que percibían derechos abusivos de portazgo; cerraban el paso a los competidores y prácticamente eran dueños de las entradas y salidas del reino...

—¿Y el Gran Pontífice?

—Yo he visto a Karakhardash esperar audiencia como el último postulante y entrar con gesto humilde y obsequioso. Nergalushezib lo escuchó con aire distraído y luego el urigallu se retiró retrocediendo porque no se atrevía a volverle la espalda.

—Bien, pues —prosiguió—. Nergalushezib me indicó con un ademán que me acercara. Sonrió amablemente, me presentó a Gobryas, quien se dignó dirigirme la palabra en perfecto babilonio y explicarme el caso.

Su Alteza, el Gran Príncipe Kambuzia llegará con su comitiva a principios de Adar. No quiere ocupar ninguno de los viejos palacios. En consecuencia hay que construir lino...

—Su Alteza el virrey inquirió por el hombre a quien se podría encargarse confiadamente obra tal —continuó Nergalushezib—. Y la Casa Nergalushezib, que te conoce como hombre de capacidad y honradez...

—Me quedé de una pieza —continuó Amil—. ¡Lo que faltaba! Y encima, no se puede negar que es una gran muestra de aprecio de parte de Nergalushezib, que al recomendarme asume también su responsabilidad. En fin, si no fuera por otros aspectos, es también un favor muy grande... El caso es que, disimulando mi desagrado aduje que era casi imposible terminar a tiempo las construcciones.

—Su Alteza no conoce la palabra «imposible» —replicó Nergalushezib—. ¿Qué mínimo de tiempo será indispensable?

Luego de inquirir un detalle general de las dimensiones, expliqué.

—Por lo menos, cuatro meses: corte, secado y transporte de maderas; preparación

de ladrillos, corte y acarreo de piedra y su labrado; cocimiento del esmalte, preparación de pinturas, despejamiento de terrenos, reclutamiento de mano de obra general y artesanos especializados, y mil otros detalles. Y si sobreviniera una temporada de lluvias... muy probable...

—¿Y en tres meses...? —sugirió Gobryas. Aunque parecía distraído, en realidad no me había quitado el ojo de encima y no se le había escapado uno solo de mis pensamientos: de ello me di cuenta. Por algo es la mano derecha de Kurash que, por cierto, no es ningún tonto. Cosa extraña: su expresión era casi de cómplice, como si me comprendiera.

Luego Su Alteza habló de nuevo:

—En tres meses —repitió, pero ya en tono final—, un ejército de hombres estará a tus órdenes.

Volvió a sonreír y aludió al pago. Yo no sabía qué contestar. Nergalushezib lo hizo por mí.

—¿Bastarán como honorarios dos mil Cabezas de Istar? —me preguntó.

Lo miré asombrado al oír la enorme suma. Y, sin embargo, Gobryas añadió, sonriendo:

—Y cincuenta más por cada día que se gane sobre los tres meses...

Le oí nombrarlos en persa. Luego se volvió a mí.

—Se entiende que eso es lo tuyo, sin contar la magnificencia del Gran Príncipe. En cuanto a los gastos, la Tesorería te dará órdenes de pago en blanco.

Dirigió una mirada fugaz a Nergalushezib, quien tiró de una cadenilla dorada que pendía junto a su diván. Al instante asomó un joven alto y de rostro inteligente, al que me presentaron como el Jefe de la Casa Militar de Su Alteza Imperial.

Con no poca sorpresa mía, Nergalushezib le habló en un persa fluido, que me demostró la previsión del gran hombre...

El oficial, con una sonrisa afable que le daba un aspecto casi infantil, me miraba atentamente y juraría que penetraba lo que ocurría en mi espíritu. Luego me anunció que mi nombre ya estaba inscripto en el registro de los huverzyanga, y antes de que me diera yo cuenta de nada me puso en la mano una plaqueta con mi nombre, el de Kurash y la imagen de su Ahura Mazda. En realidad es una orden para que toda autoridad se ponga a mi disposición.

Luego entró el Contador Mayor y Nergalushezib le dijo algo. El otro se sentó, escribió en una tira de piel a cuyo pie Nergalushezib puso su nombre, casi, sin mirar mientras hablaba con Gobryas. El Contador agregó sellos, me susurró «por favor, un momento para sacar copias», y salió. No habían pasado dos minutos cuando estuvo de vuelta y me entregó el rollo. A propósito...

Metió la mano en un bolsillo del kaunakes, sacó una plaqueta brillante y un rollo de piel.

En Babili, sexto día de Teshritu del primer año del Gran Rey Kurash. Por la Bit Unati de la Regencia; por su orden y representación. La Casa Nergalushezib pagará a Amil Marduk, huverezyanga y en servicio del Rey, las cantidades que necesite, y en su oportunidad presentará las facturas. Copias registradas en debida forma. Dispuesto por mí.

Nergalushezib.

Amil quedó mirando en torno suyo, disgustado.

—¡Por los cuernos del Daragah-Anna! ¡Yo construyendo un palacio para Kambuzia!

La señora Mylitta intervino con cariño y autoridad.

—Querido... nadie de la gente buena pensará lo que no debe... ¿Y cómo ibas a evitarlo? Por otra parte, ese dinero puede ser muy útil...

«Tío ha actuado perfectamente», pensó Nidinta Bel. Sabía que en esta casa, como en la suya y muchas otras, se ocultaban armas, listas de amigos, y a veces fugitivos de los persas. Había que proveerlos de refugio, ropas, medios de vida, cuidarles la familia... Nidinta Bel pensó con repugnancia en los babilonios que denunciaban a sus propios compatriotas.

Comentaron luego las enormes cantidades de oro de que disponían los persas. «Hace diez años todos los persas juntos no tenían dos mil Cabezas de Istar». Hoy daban esa suma por un asunto casi de rutina. En Ecbatana se habían apoderado, entre otros tesoros, de quinientos lingotes de oro que habían correspondido a Ciajares — como llamaron los ianunas a Huvaksatara—, del saqueo de Nínive, En Sardis calculaban los entendidos babilonios que sólo en oro puro habían encontrado dos mil «biliti», o sea dos mil talentos, como llamaban los hombres de las Islas al «bilitu». ¿Y en Babel? En oro, plata, piedras y telas preciosas, el botín había excedido de veinte mil talentos.

Ahora bien: un bilitu o talento, era el peso en oro que un hombre podía llevar...

¿Y lo que redituaban al año Lidia y el País de los Dos Ríos?

Se había despedido, luego de prometer a Belitseri que no faltaría a su cumpleaños, y sonreía para sí pensando en el regalo que le había destinado. Lo había conseguido luego de buscar mucho... y de gastar muchas Cabezas de Istar. Porque todo le parecía poco cuando se trataba de ella.

Era preciosa Belitseri y tan tiernamente cariñosa para con él que lo dejaba todo trémulo. ¿Cómo se había interpuesto Mali Kalita? En fin, ahora...

Belitseri era como un mediodía radiante. ¿Pero, no es acaso el cielo de esa hora, tan misterioso como el de medianoche...? A veces había dirigido de pronto los ojos: hacia Belitseri y la había encontrado mirándolo, absorta, intencionada, enigmática. En ocasiones le *había* echado los brazos al *cuello* y lo había oprimido tanto que

habían terminado por besarse con pasión... Pero esa era cosa del pasado.

Anna Belti Ninna era una esencia innubicable; algo que se siente sin saberse qué es y en qué consiste. Era a la vez abierta y reticente, inmediata y distante, translúcida e insondable. Si Belitseri era como un cielo radiante, ¿sería Anna quizá como un cielo de media noche? No, hacía pensar en algo innúmero y perdurable, siempre nuevo a la vez que inmemorial.

Nidinta Bel recordó un episodio ya de tiempo. Una vez conversaban su madre, Nereida, y su tía. Entendió que hablaban de la pequeña. Nereida se refería evidentemente a Anna y Nidinta Bel había oído las últimas palabras.

—... tan misteriosamente llegada... luego de semejante sueño. Porque era la Diosa; sí, hermana, era ella...

Nidinta Bel había entrado de pronto y tuvo la impresión de sorprender un secreto arcano; las dos hermanas se habían interrumpido y hasta se figuró que lo habían mirado con espanto.

—¡Qué tontería! —pensaba ahora mientras caminaba por la avenida Borsippa. ¡Saben los dioses de qué hablarían! Por añadidura nietas y biznietas de sacerdotisas de Astarté...

Sin embargo... sin embargo... Si, era muy extraña Anna Belti Ninna. Y de pronto, pensó sin saberlo, algo que muchos años antes su tío Amil había dicho a su padre:

—Solamente la divina Señora podría tener esos ojos.

Súbitamente Nidinta Bel comprendió qué cosa le recordaba Anna: Babel.

—¡Estoy loco! —se dijo—. ¡Vaya!

No obstante...

Alzó los ojos; vio a lo lejos el Etemananke que se elevaba sublime. El resplandor de millares de esmaltes lo asemejaba a una columna de llamas, y justificaba la altanera petulancia de su nombre: *Fundamento del Cielo y de la Tierra*.

Y se encontró reflexionando que así como bastaba un azadanazo en esta tierra negra, húmeda y cálida para que surgieran trigales dadores de vida, bastaba una ojeada sobre su Ciudad para hundirse en el tiempo. Raza tras raza. Habían llegado, vivido y muerto aquí; las olas de extraños conquistadores se habían hundido en este mar humano, y olvidado sus orígenes y lenguas con el pasar de los siglos, tanto que se creían babilonios que estaban aquí desde los días de que habla el Enuma Elish:

*Cuando allá arriba nada tenía nombre,
y tampoco, nada aquí en la Tierra...*

—¡Qué ciudad la nuestra! —reflexionaba—. ¿Se podía decir eso ahora? Decimos «esta casa es mía», y ¿por qué? Porque entramos y salimos de ella cuando se nos

ocurre. Pero nadie puede decir «esta ciudad es mía»... Sin embargo, de algún modo es así. Todos los días la gente dice «nuestra ciudad», y nadie objeta. Recordó que un fenicio describía la suya diciendo: «mi ciudad se alza sobre una gran roca en el mar». Y él mismo había preguntado innumerables veces: «¿cómo es tu país?»... Ahora bien, lo que es de uno no es de otro. Hasta parecía que no se vivía sino para distinguir lo mío de lo tuyo, pues a cada instante se hablaba de pleitos y discusiones sobre la propiedad de terrenos, casas, animales, cosas.

Pero si uno no puede dar lo que no es propio, ¿cómo había sido dada Babel? ¿Quiénes la habían entregado al extranjero? Si se castiga al que da un objeto ajeno, ¿cómo habría de castigarse a los que habían entregado a la Ciudad?

—Es un crimen tan grande... que no parece crimen —pensó, y la idea le cayó como un golpe—. Si yo facilitara la entrada en mi casa de bandidos que mataran a los moradores y saquearan todo... ¿qué sería yo? Un traidor criminal, claro está. ¿Y no eran eso los poderosos y los venerables, que notoriamente habían entregado la Ciudad a un extranjero? Y este había entrado usando de la violencia, ni más ni menos que los que atacan las caravanas o asaltan a alguien...

¡Kurash! Al fin la única diferencia era la cantidad... Matando, no a unos cuantos, sino a millares, robando no unas pocas cosas, sino países enteros. Y luego, como una mofa increíble, había proclamado la paz y el respeto a las vidas y los bienes. Y los venerables afirmaban que si las cosas habían sucedido así, era por disposición de los dioses.

¿Entonces, estaban estos de parte de los bandidos?

Lo asaltaron pensamientos tan apasionantes y apasionados, tan violentos y tempestuosos que sintió que lo destruirían si no se libraba de ellos confiándolos a otros. Pero, ¿cómo transmitir cosas tan terribles?

Las confió a Nersar, a Belnahid, a Urengur, a Baalnabu, que lo escucharon sorprendidos al principio, admirados luego cuando advirtieron que este modo de ver aclaraba de golpe miles de cosas. Fue un quitarse de encima preconceptos, insospechados de tan fundamentales que habían sido, y entonces vieron un mundo nuevo. Alyattes, el andariego muchacho lidio, exclamó al oírlos: Queridos amigos: ¡por fin! ¡Por fin dejamos las fantasías y vemos las realidades!

—Ved la diferencia entre apariencia y realidad. ¿Quién es, después de Kurash, el bandido mayor? Nergalushezib.

Les contó cómo actuaba este gran personaje para aniquilar sin que nadie, o casi nadie, se diese cuenta, a todo el que fuera un obstáculo a sus intereses y planes. ¡Y qué curioso! En vez de reconstruir racionalmente lo que sucedía, la gente pensaba en un «destino» que ayudaba a Nergalushezib y destruía a sus competidores. ¿Cómo relacionar a Nergalushezib con la extraña muerte de Madai, dueño de las caravanas que iban a Media? Borracho, había caído en el Banitu.

—¿Recordáis aquel proceso a Pirusha, el hitita? Cuando este tuvo la concesión del vado de Til Barsip, verdaderamente «se cruzó en el camino» de nuestro gran prócer, que deseaba dominar esa ruta para imponer las mercaderías y precios que le conviniesen.

Inexplicablemente, la ciudad se llenó de historias sobre el ateísmo de Pirusha; convenientemente alertados los del Esagila, lanzan su jauría, y antes de darse cuenta Pirusha tenía ya la casa invadida por sabuesos del urigallu con dos escribanos para labrar acta...

Pirusha queda mudo de asombro cuando los sabuesos «encuentran» en una habitación, rotas y profanadas, varias estatuas de Marduk. Aspavientos de horror, tribunal que se constituye para juzgar tan espeluznante sacrilegio. Pirusha corre por toda la ciudad buscando defensores, pero todos le huyen como si tuviera lepra. El hombre ya se veía en la tortura, cuando un buen amigo se ofrece a suplicar una intercesión poderosa. Ni qué hablar: Pirusha no fija precio a su salvación.

Luego de gestiones tan aparatosas como llenas de misterio, el amigo le trae lo que es solución y precio a un tiempo: ¿cedería los pasos de Til Barsip? El hitita, acorralado, comprende de dónde viene el golpe: acepta transferir la concesión, y ¡oh maravilla!, el proceso por sacrilegio se esfuma como por encanto. Habíase sido un lamentable malentendido: no se trataba de Pirusha, sino de Poruya, rico mitannio, fallecido, hacía tiempo.

El nuevo titular de la concesión, un hombre de Harrán, no era, por supuesto, más que un simple testaferro de la Casa Nergalushezib. Y lo mejor de todo fue que el gran prócer, en desagravio del sacrílego, hizo construir una capilla a Marduk, motivo por el cual se aplaudió una vez más su piedad y rectitud, y se afirma que edificó a muchos...

—¡Pero, muy bien! —comentó Baalnabu, soltando la risa.

CAPÍTULO VI

El viejo profesor

—Esto; esto, lo he de saber al dedillo aunque tenga que pensar tres años seguidos.

—¡No lo entiende ni el Etemenanke todo junto! —exclamó el rubio Nersar—. Hasta nuestros sabios están en desacuerdo.

—¿Qué sabios? —inquirió despectivamente Alyattes—. Y me parece bueno que observen lo siguiente: ahora que hay que andar en las realidades se les acabó la sabiduría.

—¡Pobres perritos sabios! —se lamentó burlescamente Urengur.

—Bueno; todo eso está muy bien. Pero... —interpuso el aristocrático Baalnabu—, ¿por qué hemos sido derrotados? ¿Tendrán los otros más espíritu guerrero?

—¡No! —saltó vigorosamente Belnahid, y por las expresiones de los rostros, muchos lo apoyaron—. ¿Has visto que de igual al igual uno de los nuestros huya ante un persa o diantre que sea?

—¿Será que somos más civilizados y amamos menos la guerra? —terció insinuativamente Nersar.

—Hum... ¿y qué es ser más civilizados?

A partir de ese instante la discusión divagó y se polifurcó tanto que, como había observado Nidinta Bel muchas veces, los que habían comenzado defendiendo una tesis terminaban sosteniendo otra totalmente contraria, sin darse cuenta. Al final, nada.

—Partiendo de fantasías o de cualquier razonamiento ocasional nunca aclararán nada. Se perderán en frases vacías —decía Nidinta Bel a su alter ego Nersar.

Nidinta Bel había sido un estudiante tenaz. No comprender bien una cosa lo desazonaba como si le faltase el suelo bajo los pies, y no quedaba en paz consigo mismo hasta no conocer a fondo sus temas.

Por tal causa solía parecer lento de comprensión y detallista sin vuelo. Sus compañeros de la Gran Casa de las Tabletillas aceptaban, en su gran mayoría maquinalmente, lo que oían a sus profesores, y les desconcertaba el que Nidinta Bel se interesase tanto en comprender bien; y los malos maestros se impacientaban.

Pero había profesores que sabían mucho y gustaban de que se les preguntase. Tomaron gran afecto a Nidinta Bel porque vieron de su aparente lentitud era un calar hondo en las cosas. Entre ellos el más famoso era Mardukiddin, del que se decía que había leído todas las tabletas y rollos existentes en el Etemenanke. Y los ultramontanos no dejaban de agregar venenosamente que sabía de memoria los

escritos impíos de los ianunas.

El viejo erudito, al que consultaban de todas partes, invariablemente comenzaba diciendo:

—¡Cáspita...! ¡Y qué puntería para preguntarme lo que no sé! Lo único que conozco sobre eso...

Y mientras masticaba un trozo de orozuz contra el asma que solía atacarlo, Mardukiddin exponía «lo único que conocía», que poco a poco se iba configurando en un dictamen magistral que desde entonces haría doctrina en la materia, y tan concreto y colorido que, así fuese una abstracta cuestión legal o un puntillo teológico, los que escuchaban creían «ver» la esencia del problema. A menudo alguno comentaba:

—Sólo ahora, oyéndolo al viejo, comprendo en qué consiste este asunto...

Y Nidinta Bel se hizo famoso porque sus observaciones y preguntas abrieron el camino al descubrimiento de extraños hechos, y a la puesta en claro de importantes puntos de historia y jurisprudencia, que adquirieron al instante candente actualidad.

Una vez Mardukiddin exponía la legislación del rey Kadash-manbel sobre litigios entre esposos, herencias de excepción y atribuciones de propiedad. En cierto momento Nidinta Bel levantó la cabeza como si fuese a hablar.

—¿Ibas a decir algo, hijo? —inquirió Mardukiddin.

—Perdón, señor. Parecería que la fraseología de esos decretos no fuera la del tiempo de Kadashmanbel. Tú sabes, mejor que yo, que en su época los legistas usaban aún, y con gran pureza, el sumerio académico de los días de Ur Nammu... En cambio, estos decretos están plagados de giros akadios: un sumerio barbarizado...

Todos se asombraron de la objeción de Nidinta Bel. Pero el viejo erudito había quedado absorto. Y luego habló.

—Hijo, nos pones en camino de quien sabe qué descubrimientos. A mí también me había llamado la atención la híbrida redacción de esos decretos y su léxico mezclado. Pero me expliqué el asunto, suponiendo que los asesores letrados habían usado la lengua corriente de la época, quizá para que el pueblo entendiese también los textos legales. Y ahora recuerdo que esas tabletas no tienen la autenticación de costumbre.

Investigaron en los archivos y hallaron que, efectivamente, una serie de tabletas —precisamente las que legislaban sobre determinadas materias—, habían sido colocadas en los gabinetes-archivos de Kadashmanbel, debiendo haberlo sido en los del tercer Kurigalzú. Las consecuencias de este descubrimiento eran sensacionales. Pleitos por grandes feudos habían sido fallados con error por haberse alegado falsamente que ciertos derechos y antecedentes legales se remontaban a la época de Kadashmanbel y concordaban con la legislación de ese tiempo, cuando en realidad eran muy posteriores y por supuesto no podían haber sido aplicados con

retroactividad de siglos.

—Hijo mío: ¿sabes que la mitad de los nobles corren peligro de perder sus dominios?

Una comisión de archiveros y jurisconsultos llegó a la conclusión de que no había habido error sino dolo en la transpolación, y que este gran fraude había tenido lugar, posiblemente, unos seiscientos años antes, en los muy agitados tiempos del hundimiento de la dinastía de Pashé y la restauración kassita. Seguramente, muchos grandes nobles del nuevo régimen, al casarse con herederas babilonias habían hallado este medio para apoderarse con apariencias legales, de grandes feudos de la corona.

Y vino a suceder algo inesperado. Los antepasados de Mardukiddin habían sido nobles que, unos tres siglos antes —exactamente en tiempo del asirio Aadadnirari III—, habían perdido sus feudos en pleito con unos príncipes asirios.

Con el tiempo la familia de estos príncipes se había extinguido y los dominios revertido al Estado, precisamente por los años de la muerte de Assurbanipal, hacía ahora ochenta y siete años.

Tanto Nebukadnezar, de quien había sido asesor legal y Gran Juez, como Nabonid, de quien había sido íntimo amigo, habían tratado de interesarlo para que investigara la forma en que sus antepasados habían perdido esos feudos e iniciara las acciones del caso. Pero el viejo erudito siempre andaba preocupado con unos problemas u otros, históricos o legales, que le llevaban todo su tiempo y había dejado a un lado el único que le interesaba personalmente.

Ahora Mardukiddin encontró que sus antepasados habían perdido el litigio justamente a causa de la falsa atribución a Kadashmanbel de los decretos-leyes de Kurigalzú III, lo que había dado prioridad de derechos a los príncipes asirios. Y así el viejo erudito se encontró de la noche a la mañana convertido en un noble terrateniente.

Afluyó un mar de gente para felicitarlo y Mardukiddin comentó medio en broma, medio en serio:

—Si esto me hubiese caído a los veinte años, me lo habrían comido las mujeres; si a los veinticinco, los viajes; si a los treinta, mi mujer en joyas y vestidos...

Quedó abstraído un momento, pensando quizá que ninguna gala era más hermosa que lo que había sido su mujer.

Luego volvió al presente, sonrió con travesura y exclamó:

—Los buenos estudiantes no sólo honran a sus maestros. También les restituyen sus propiedades. Bien, pues; las usaremos como sabios que dicen que somos.

Designó Intendente del dominio a Amiri; planeó con este la fundación de una casa para enfermos; una Casa de Tabletas con comedor para los niños de los aldeanos, y a estos les fijó un canon de arriendo, prácticamente nominal.

—¿Para qué me hace falta oro? —rió—. Apenas necesito nada ya...

Nidinta Bel participó en la visita al dominio cuando Mardukiddin fue a tomar posesión, con el Director del Catastro, sus agrimensores y notarios; Nersar, Baalnabu, el príncipe Lidán Ilani y otros amigos.

Al paso lento de mansas muías se habían trasladado a Borsippa donde el Colegio de Los Que Conocían el Agua y la Saliva, en el Etemenanke, salió en pleno a recibir al que desde hacía cuarenta años era una gloria de la Escuela y el gran amigo influyente que «tenía el oído del Rey».

El calor era terrible ahora. Pero las construcciones de muros grosísimos, y el espeso cinturón de higueras, emparrados, olivos y palmeras hacía deliciosa la permanencia en las salas o bajo los follajes umbríos. Reclinados en mecedoras de fibra bebían cerveza o vino mantenidos en profundos pozos, y circulaban bandejas con trozos de asado, pasteles y frutas, mientras escuchaban al ilustre visitante, que entre un comentario y otro, recordaba los pedidos que le hicieran llegar.

—Vuestra solicitud para las refacciones ya está acordada... Adasi, tu chico será designado inspector de canales... Nabunahid, tu asunto tiene ya resolución favorable y de un momento a otro te llegará comunicación...

Cuando amainó el calor al atardecer, partieron. Llegaron tarde en la noche, y Nidinta Bel comprendió que eran esperados cuando vio que varios servidores salían con luces a recibirlos.

Al día siguiente salieron a recorrer el dominio. La residencia era medio castillo, medio fortaleza. En una torre semiderruida había una inmensa habitación llena de armas, capacetes, viejas máquinas de guerra de tipo asirio.

—Tiene un archivo de familia con documentos muy viejos, y como la serie parece no estar interrumpida debe ser cierta la tradición de que este castillo jamás fue tomado por fuerza de armas.

Los campos, muy extensos, estaban cruzados por canales y entre los sembrados se veían máquinas hidráulicas para extraer agua y así, la tierra, negra y fértil, estaba literalmente cubierta de plantas buenas para la vida del hombre, que se multiplicaba como ellas.

—¿Qué tierra puede compararse a la nuestra? ¿Qué hombres? —comentó Mardukiddin con orgullo—. Por eso la codician todos los bárbaros, como a una mujer, como al agua pura y fresca.

Los muchachos escuchaban cada palabra y la guardaban como semilla preciosa.

El mayordomo les mostró los olivares, los granados, con los que los mizritas preparaban un licor ahora muy en boga en Babel, los manzanos, y otras especies aclimatadas con mucho trabajo; viñas plantadas en bancales.

—Ya no necesitamos traer de Armenia los vinos —expresó—. Hemos traído las cepas. Tu abuelo —dijo volviéndose a Nidinta Bel—, facilitó magníficos ejemplares.

Luego de un instante añadió:

—Antes bajábamos los pellejos por el río. Era un viaje largo y peligroso.

—¿Has estado allá? —preguntó Nersar con curiosidad.

—Sí, señor. País de montañas terribles, castillos como nidos de águilas y gentes guerreras que trabajan como nadie el hierro y el cobre.

—Buenas fatigas le dieron al viejo Sargon —comentó Mardukiddin—. ¿Y las mujeres?

—Son altas y flexibles como palmeras; piel como la aurora y ojos color de cielo o de mar.

—¿Es cierto que trajiste una muchacha de Armenia?

—Sí, señor. Era brava como gata silvestre. Pero hace tiempo de eso...

—Dicen que una mujer armenia de cabellos color de trigo maduro fue la dueña de Asarhaddon.

—Es tradición firme que cuando este, vengando a su padre Sennaquerib, venció en Janirabbad a los rebeldes, perdonó a los que por necesidad habían seguido a su hermano Sharezer, y que esta clemencia sin precedentes se debía a los ruegos y sugerencias de la bella armenia, que, se asegura, usó siempre de su poder para salvar vidas...

—¿Has estado en Nínive? —quiso saber Nidinta Bel.

—Dos veces, señor. Es muy difícil desembarcar. Los muelles se han ido derrumbando y todo es un lodazal. Por otra parte, da miedo su soledad. Uno camina horas y horas entre inmensos palacios, templos y fortalezas que se están deshaciendo... hiela el corazón. A veces uno se topa con un gigante que mira con grandes ojos fijos...

—¿Un qué? —exclamó Nersar—. Ah, ya caigo; una estatua.

—Uno se sobrecoge. Tanta vida como hubo; tantos millones de hombres como vivieron, sufrieron...

—... y murieron —completó Mardukiddin.

—¡Eso, señor! Pues... andábamos una vez a lo largo de uno de los antiguos palacios reales. A pesar de que habían pasado más de cuarenta años desde aquel año ciento treinta y nueve de la era de Nabonasar, y de que todo estaba cubierto de polvo, eran patentes los rastros de las tremendas batallas que se habían librado allí. Por todas partes se veían montones de osamentas de hombres y caballos, entremezclados con restos de armas, arneses, carros y máquinas de guerra.

—En el primer momento nos pusimos a comentar vivamente las escenas terribles que debieron tener lugar allí. Mas, luego, no sé cómo, comenzó a entrarnos un temor irresistible, acaso por el impresionante silencio que reinaba. Y sucedió que mientras estábamos así, fue llegando hasta nosotros un rumor sordo y raro que fue creciendo y creciendo... hasta que sobrevino un estruendo tan enorme que el suelo tembló. Antes de darnos cuenta habíamos corrido como locos y, jadeantes, nos encontrábamos a la

vista de nuestras embarcaciones, desde las que nos miraban, asombrados y alertas, nuestros compañeros, que supusieron veníamos perseguidos y ya habían puesto una flecha en los arcos. Cuando narramos la causa de nuestra carrera, el jefe de la expedición se rió y luego nos hizo el siguiente relato:

»—Hace ya muchos años, poco después de caída Nínive, vencido el faraón Nekao y hasta, si mal no recuerdo, tomada ya Urusalin, nuestro señor Nebukadnezar había comenzado a hacer de Babel la maravilla del mundo. No tenían fin las construcciones de murallas y canales, palacios, caminos, templos y fortalezas.

»El aire estaba lleno de polvo noche y día porque innúmeros prisioneros excavaban el suelo sin cesar, hacían ladrillos por millares de millares, cortaban y transportaban selvas enteras desde el Amaños al Zagros; extraían betún para amalgamas; traían piedras desde lejanas montañas...

»Angustiaba verlos agotarse bajo el sol mortal, vigilados por capataces armados. Morían centenares de ellos cada día; el sol los fulminaba en las profundas excavaciones de tierras húmedas y pantanos o los diezmaba el uttuku^[6] de la fiebre; lienzo de murallas se derrumbaban a causa del suelo blando y aplastaban veintenas de prisioneros amarrados unos a otros; cedían los diques y se llevaban cientos de obreros. Enloquecido por los sufrimientos algún prisionero se rebelaba: el puñal de los guardias resolvía el asunto al instante...

»Las guerras eran incesantes; la corriente de prisioneros afluía sin cesar y las expediciones en busca de materiales no tenían fin.

»En una de estas —muy numerosa y escoltada por soldados, cuyo jefe, Antiménides, había venido de una tierra lejana del Poniente llamada Mytilene—, iba mi padre. Debían cortar grandes árboles y echarlos río abajo para que las aguas los trajeran.

»Marcharon río arriba, pasaron por Assur y Kalakh y cuando estuvieron frente a Nínive, Antiménides, que como buen ianuna era curioso y averiguador, y escribía sobre toda cosa singular que llegara a su conocimiento, quiso ver lo que quedaba de aquella célebre ciudad que menos de treinta años antes hacía temblar a las naciones. Partió, pues, con algunos soldados y mi padre, que era contador de la expedición.

»Costearon una inmensa muralla decorada con sirrujes y kerubin —toros alados—, hasta que llegaron a un amontonamiento indescriptible de ruinas. Para saber qué había detrás de la muralla empezaron a trepar las colinas de escombros, cuando algo se vino abajo de pronto y los envolvió una nube de polvo. Cuando aclaró un poco... se encontraron en el interior de un palacio fortificado. Sobre el pavimento de la cámara que había quedado al descubierto estaban tendidos en diversas actitudes unos bultos... esqueletos cubiertos de lujosas vestiduras, armas y cascos dorados...

—Jefes militares de alto rango —dijo Antiménides—. ¿Qué pasó aquí?

«De la habitación donde habían hecho tan macabro hallazgo fueron pasando a

otras hasta que en la oscuridad un muro los detuvo. Regresaron a la primera, salieron con no poca dificultad y dando vueltas a la construcción comprendieron lo que había ocurrido. Los atacantes habían acercado una torre de asalto y arrojado flechas incendiarias. Toda la parte delantera del palacio, a la que sin duda arrojaron haces de leña, máquinas rotas y cuanto otro combustible encontraron a mano, debía haberse convertido en hoguera, y al derrumbarse esa parte los defensores quedaron encerrados». Antiménides explicó:

»—Seguramente en esas habitaciones que recorrimos hemos pasado por alto alguna puerta, oculta por el polvo, la oscuridad, los escombros. Quizá la parte posterior del palacio fue tomada por asalto e incendiada también... sería cuestión de examinar todo. El caso es que aquellos hombres de la cámara siniestra quedaron encerrados y murieron sofocados quizá, o acaso, de hambre y sed. Y también puede ser que aquellos duros veteranos que habían impuesto la ley del vencedor a tantos pueblos, prefirieron la muerte antes de ver el fin de su ciudad, la imperial señora de las naciones...

»Eso fue lo que relató el jefe de la expedición, quien agregó: “Algún derrumbe así fue el que los asustó. Lástima que tenemos el tiempo medido, porque me gustaría echar otra ojeada”.

Estos recuerdos hicieron que Mardukiddin evocara los grandiosos acontecimientos de la caída de Nínive.

—Hubo siempre un entendimiento natural entre los sacerdotes de Assur y los del Esagila contra los Grandes Reyes. El pretexto fue que estos, especialmente desde el segundo Tiglatfalasar eran déspotas militares sostenidos por lanzas mercenarias...

—¿Se habían vuelto amigos de la libertad los del Esagila? —rieron varios.

—Esa fue la careta del momento —respondió Mardukiddin—. La verdad es que los Grandes Reyes estaban gobernando con ideas nuevas que asustaron a los sacerdotes. El imperio de los sargónidas estaba lleno de extranjeros que se interesaban poco por las ideas viejas de milenios, y mucho por todo conocimiento útil.

Hablaron de la libertad que Assurbanipal había otorgado a Babel a la que gobernaba, como virrey, su hermano Shamashumukin. —Pero este escuchó las voces ambiguas y traidoras del Esagila, que temían la paz del imperio, esta paz que comenzaba a ser culta y fecunda para todos los hombres, y buscaban la discordia horrible. Se alió con los enemigos de su hermano, se rebeló contra Assurbanipal. Vencido, se arrojó a las llamas, pero no antes de que Babel y cien ciudades más quedaran reducidas a pilas de escombros y cadáveres^[7]. Los verdaderos culpables se lamentaron hipócritamente de la crueldad asiría, los mismos traidores que hoy instigan a Kurash a perseguir a muerte a los patriotas...

—¿Y qué hará este?

—Pues... les pagaré bien. El también es un tirano y necesita de esa máquina de dominación contra el hombre...

Sus palabras caían como semillas sanas en un suelo fértil, y un día, cuando ya el maestro hubiera ido a dormir con sus padres, harían brotar legiones que dejarían una gloria inmortal.

—Traidores, indiferentes, patriotas; todo eso está muy bien... —dijo Nidinta Bel mirando a sus amigos—. Pero, de pronto, me pregunto si no serán más que palabras que distribuimos un poco al azar. Ayer me encuentro a Belikbi...

—¡Belikbi! —exclamó Baalnabu—. ¿Aquel rubito fuerte para los números? ¿Y qué pasa con él?

—Ya verás. Lo veo cerca de los muelles del Kudur; recuerdo que alguno me había dicho «trabaja para los extranjeros». —Un traidor de porquería—, pensé yo. —¡Cespita!—, un compañero tan bueno... ¡cómo se engaña uno...! Iba a pasar de largo fingiendo no haberlo visto, cuando me acuerdo de las veces que me ayudó en cálculos... me pareció feo lo que había pensado. Me detengo, lo saludo como en los viejos tiempos, me da la impresión de haber envejecido, aunque sin poder explicármelo; le pregunto por sus padres. En eso se acercaba una barcaza.

—Discúlpame un minuto — me dice. De una caja saca un rollo, pregunta a los de la barcaza qué carga llevan, de dónde vienen y adonde van; requiere el permiso de carga y recibo del pago de derechos, anota todo, les arroja un pase y mientras la barca parte, se vuelve a mí. —Trabajo en la inspección de canales urbanos —me dice a modo de explicación. Queda un instante mirando el suelo; luego habla con voz incolora—: Papá murió.

Me quedo algo cortado; al fin atino a expresarle mi sentimiento.

—¿Qué enfermedad tuvo?

—¿Enfermedad? No; lo mataron en Kish.

Luego me cuenta lo ocurrido.

—Como se suele decir, estamos en la calle, y en ella estaríamos realmente porque nuestra casa está hipotecada a los Murasu.

»Pero uno de ellos, el señor Abil, era íntimo amigo de infancia de papá. Apenas supo la noticia vino a casa, tranquilizó a mamá, le dijo que no se preocupara por la hipoteca y le pidió que a la semana siguiente me mandara a su casa. —Vamos a buscar algo bueno para él—. Pasados los días de duelo fui a Casa Murasu. Me recibió casi enseguida. —No ha habido hombre más noble que tu padre. Quise asociarlo a la Casa: yo mismo pondría su parte. “Deja que sea un buen oficial y no un mal comerciante”, me contestaba cuando yo volvía a la carga. Luego de otros recuerdos fue al asunto.

»Bueno; yo quería que entraras aquí. Pero en el momento tenemos sobra de personal. A causa de los acontecimientos que sabes, muchos amigos han quedado en

tu situación, de modo que los hemos tomado nosotros hasta que podamos gestionar su reintegro a sus puestos antiguos o encontrarles alguna cosa. Así, he hablado con el secretario del virrey, que me había pedido le indicara un hombre joven, activo y de confianza para la inspección y control de canales. Le conté lo de tu padre y me contestó:

»Ah, Murasu; me gusta. Quiere decir que es hijo de un hombre que cumplió con su deber hasta el fin. Mándamelo.

»—¿Puedo presentarlo yo mismo?

»—Mejor que mejor. Así charlaremos otro rato —sonrió el secretario.

»—De modo —continuó Abil— que si quieres vamos ahora mismo.

»Una hora más tarde estábamos ya ante el secretario, un armenio joven que habla un montón de lenguas. A pesar de su alta jerarquía y del mundo de gente que había, me trató con la llaneza más amistosa; me animó diciéndome que papá había sido un hombre honrado y valiente, y que estaba seguro de que yo me desempeñaría perfectamente. Puso una mano en mi hombro y otra en el de Murasu. - Que este amigo aprenda el persa; tendrá abiertos todos los caminos.

»Llamó a uno de sus ayudante.

»—El señor va a Inspección General de Canales. Hazle dar la credencial y dos meses de sueldo en concepto de tareas especiales cumplidas en la Secretaría. Tenme al tanto de cómo anda.

»Cuando terminaron los trámites para mi designación y la recepción de ese dinero, salimos del palacio. Murasu me contó que el secretario se llama Urakhá, y que hace unos años fue uno de los jefes más valientes de su pueblo. Gravemente herido en un encuentro, cayó prisionero e indudablemente hubiera sido rematado ahí mismo. Mas dio la casualidad que en ese, instante pasara delante un hermano de Dadarshish, al que Urakhá había salvado la vida en iguales circunstancias el año antes, y había puesto en libertad sin rescate ni condición alguna. El jefe persa retribuyó el favor y lo presentó a su hermano Dadarshish al que llamó la atención la facilidad con que el prisionero había aprendido a hablar el persa, y más aún cuando supo que hablaba perfectamente el babilonio, mizrita y ianuna.

»Transcurren unos meses y al ser nombrado Dadarshish sátrapa de Armenia recuerda a aquel prisionero y se le ocurre que hombre tan inteligente puede resultarle muy útil.

»Lo hizo llamar y cuando lo tuvo ante sí le explicó que el Rey, igual al sol, no desea abrumar a los pueblos con su dominación, sino solamente que se mantengan en paz, de tal modo que un hombre y aun una doncella puedan recorrer el imperio sin peligro.

»—¿Puedes ayudarme a establecer una cosa así en tu país? ¿O tu corazón te lo prohíbe?

»A Urakhá le habían disgustado siempre los hábitos violentos reinantes en su tierra; las guerras sin fin entre ciudad y ciudad; los bandidos que se titulaban jefes y bajaban desde sus escondrijos de las montañas para saquear aldeas y asesinar viajeros. ¿De qué libertad y de qué independencia se hablaba? Quizá sería mejor una fuerte dominación que los obligase a vivir en paz.

»Así fue como aceptó la propuesta de Dadarshish; sirvió inflexiblemente esos fines y no tardó en ver que las energías antes derrochadas en destrucciones y matanzas comenzaban a encauzarse por vías civilizadas.

»Luego había venido esta guerra; Dadarshish, jefe del gran ejército que descendía por la derecha del Idiklat, había traído consigo a su hombre de confianza.

»Cuando Gobryas fue designado Gobernador General —de hecho virrey del País de los Dos Ríos— y buscaron un hombre capaz para secretario, Dadarshish lo había recomendado con entusiasmo, y así era como Urakhá se encontraba en Babel».

—Bien, amigos —continuó ahora Nidinta Bel—. Todos estos hechos me han mostrado que no es tan sencillo el asunto. ¿Traidor, Belikbi? Es acusar a una gota de agua del Purattu por no resistir al Río. ¿Murasu? Tras la fachada acomodaticia y maniobrera hay desinterés y nobleza. ¿Urakhá? Defendió su tierra hasta el fin... por lo menos —terminó riéndose—, ha hecho más que yo.

—Y que todos nosotros, según creo —completó Baalnabu, muy serio.

Pocos días después hicieron otra experiencia que contribuyó a mostrarles cuan complicado era el problema.

Andaban por el barrio hebreo luego de obtener la autorización de regla, cuando se detuvieron ante la tienda de un lapidario y quedaron admirados al contemplar los maravillosos trabajos que el artista ejecutaba en ágatas y malaquitas, lapislázulis, turquesas y otros materiales.

El lapidario notó, encantado, la atención con que observaban sus obras, y tomó nota de las expresiones que cambiaban entre ellos, de sus finos vestidos y general cuidado de sus personas, así como de su actitud comedida y atenta. Hizo una zalema.

—Ezequiel ben Romelia, señores míos. Podéis tomar las piedras para verlas mejor.

Los muchachos agradecieron y aprovechando la autorización admiraron un Gilgamesh que parecía viviente; en un ónix una Istar de senos y caderas triunfantes, la divina cabeza ligeramente volcada a la izquierda y hacia atrás, en éxtasis.

—¡Ah, qué seducción indecible! —comentó Baalnabu casi en un susurro, tan sobrecogido estaba con la belleza de la obra. Nersar miró lo que cincelaba Ezequiel: era un radiante Ahura Mazda.

—¿Te encargan trabajos los extranjeros?

—Muchos —respondió el artífice—. Quizá tengo el doble de encargos que antes. Supongo que por «extranjeros»... debo entender...

—Los mismos, los mismos —asintió Nersar, riendo.

—Yo también lo soy —aclaró Ezequiel.

—¿Come? ¿No has nacido aquí?

—Sí, señor.

—Pues entonces, eres hijo de Babel, como nosotros.

Ezequiel hizo un gesto vago con la cabeza. Tenía un rostro de idealista, ojos soñadores y bondadosos.

—¿Entonces, estás mejor, ahora? —Dentro de mi condición antes estaba bien. Pero...

—... hay un pero —completó Baalnabu.

—Sí, lo hay —confirmó Ezequiel—. Ved cómo es la cosa. Vuestra Ciudad no tiene igual, y en nuestra comunidad los que no son fanáticos ciegos —mala hierba para todo el mundo a fe mía—, reconocen que aquí hemos visto el mundo. Pero... sólo ahora tenemos libertad para adorar al dios de nuestros padres a la luz del día y sin peligro. Sabemos que el Rey Kurash dará, de un momento a otro un decreto para que los cautivos puedan volver a sus tierras y adorar a sus dioses.

—¿Volveréis a la vuestra, entonces? —inquirió Nidinta Bel. Ezequiel pensó un momento.

—Pues... ocurre algo extrañísimo. La hora que pareció de alegría se ha vuelto de desilusión; a la luz de la llegada libertad vemos que estamos atados por las cosas, no por los hombres. Los muchachos lo miraron con perpleja curiosidad. —¿Cómo? ¿Cómo? ¿Puedes explicarnos el asunto? —Es muy serio y enredado. Muchos de los nuestros hablan con emoción y alegría, de volver a la vieja tierra; nuestro corazón se pone trémulo de ternura cuando los que tienen el don de la palabra evocan la patria de leche, vino y miel... Pero, ¿qué significa en realidad, volver a la santa Yerushuloyim? Imaginemos que, nos estamos preparando para partir, porque los hechos son padres y madres; y maestros del hombre.

Los muchachos miraban con profunda atención a Ezequiel, que, la fina cabeza apoyada en una mano, reflexionaba en voz alta.

—Yo, por ejemplo... en cuanto sospecharan que estaba por irme... sería una conspiración universal para ofrecerme precios irrisorios por lo que tengo. No nos alcanzaría, a mi esposa y yo, para cubrir los gastos de viaje. ¿Y resistiremos las fatigas de la travesía? ¿Nos salvaremos de los bandidos y merodeadores del desierto? ¿Obligaré a mi hijo, que trabaja bien aquí, a seguirnos? ¿Y llevaremos a su novia, posiblemente a perecer por ahí, míseramente?

El grupo de sus oyentes estaba estupefacto. Una gran idea se concretaba de modo tan ruin. ¡Y Nidinta Bel volvía a sus viejas meditaciones: salir hacia la aurora y caer en la noche! Y Ezequiel continuó su implacable exposición:

—Suponiendo que llegáramos vivos a Yerushuloyim, ¿qué haríamos? ¿Dónde

alojarnos? ¿Con qué comprar casa y elementos de trabajo? ¿Y a quién interesaría lo que hago?

—¡Cierto! ¡Cierto! —exclamó Baalnabu.

—Los hermanos en la fe, que han ido allá en los últimos años, cuentan que todos viven en la mayor rusticidad y pobreza, entre las ruinas y aún en cavernas, trabados en mil pleitos, riñas y enemistades por motivos que aquí resultarían ridículos por su insignificancia... ¿Qué haría yo con mi oficio que es para las grandes ciudades donde hay una clase de gentes que gustan de estas cosas y las paga bien?

Nuestros jóvenes escuchaban atentamente a Ezequiel y lo miraban con respeto creciente. ¡Eso era explicar una cosa!

—¡Eh, Nersar! —exclamó Urengur, un muchacho de Larsa—. ¡Este hombre habla como Antígono, ese ianuna amigo tuyo!

Luego se volvió a Ezequiel.

—Dime, amigo, ¿por supuesto conoces a un hombre de tu pueblo, llamado Daniel? —Sí, lo conozco.

—¿Es cierto que es un gran adivino? Ezequiel sonrió y se quedó reflexionando. —No sé... ¿Tú quieres decir, como uno de vuestros baru?

—Sí, más o menos.

—Yo diría que más bien es un mahhu. O mejor aún, como uno de esos iavana — que vosotros llamáis ianuni—, que meditan sobre las cosas del mundo y las explican. Sólo que donde ellos dicen «fuerzas», «cosas», Daniel dice Dios...

—¿Y explican todo por lo que vemos, oímos y tocamos, mientras Daniel lo explica por la voluntad de Él...? —inquirió Nidinta Bel.

—Así es.

—¿La diferencia es grande, eh? —comentó Nidinta Bel.

—Total, me parece —asintió el hebreo.

—Sigue explicando el asunto de vuestra partida, que me parece interesantísimo —rogó Nersar. Y Ezequiel continuó hablando. —Es curioso observar cómo, una idea grande en sí, puede resultar desastrosa. Aquí soy extranjero aunque nacido en esta ciudad. Pero de cualquier modo vivo con relativa holgura, tengo amigos que me quieren bien, una clientela numerosa y rica... Y ¿qué sería yo en la Tierra Santa? Un inmigrante más, tan desesperado como los otros, y que tendría que luchar sin escrúpulos para lograr un mendrugo...

Quedó ensimismado un momento. Luego levantó la cabeza.

—¿Quién sirve mejor a la gloria de Jehová? ¿Un buen artista o un mal mendigo?

Los jóvenes encontraron muy sensatas sus palabras.

—Y los demás hebreos, ¿qué piensan?

—Una gran mayoría piensa como yo porque está en igual situación. Imaginad: aquí hay descendientes de los prisioneros hebreos traídos por Tiglatfalasar,

Salmanasar, Sargón... desde hace doscientos años viven aquí pero también en Kutha, Ava, Sippara, sin contar los dispersos y perdidos en Asiría, Media, Armenia y sabe Jehová dónde más. Apenas si, muchos de ellos, conocen a sus padres; no hablan otra lengua que la del país donde se hallan. ¿Qué puede interesarles ir a Yerushuloyim, que vosotros llamáis Urusalim? Luego están los que fueron traídos aquí hace cuarenta y ocho años cuando Nebukadnezar destruyó el reino de Judá...

—Y ahora también su reino ha sido destruido —reflexionó en voz alta Nidinta Bel.

—O mejor dicho —continuó Ezequiel—, están sus hijos y nietos porque los trasplantados de aquel tiempo han muerto casi todos. Quien menos, quien más, a fuerza de sacrificios se ha ganado un pasar; tenemos familia, amigos, ocupación mejor o peor, pera medio de vida al fin; vinculaciones, compromisos... ¿Dejaremos todo eso para llegar hechos una tropa de mendigos, y aún de bandidos, a las ruinas de Yerushuloyim, de Samaría, de Jericó? Mi hermano lezaihía es médico distinguido; mi primo Omri ben Akhab, un gran perfumista; mi tío Malakhías, orífice. Aarías es contador general en Casa Nergalushezib; Romelia, intérprete que habla muchas lenguas. ¿Y los grandes comerciantes y banqueros? Josías vino, niño aún, con su padre que era un gran armero y que de inmediato fue separado del común de los cautivos. Josías fue a la casa de las Tabletas y nadie lo aventajó en escritura y cálculos. Emprendedor y con fe en sí mismo; se relacionaba con todo el mundo; se hacía útil a todos; lo mismo conseguía un carro de los famosos de Mizrayim^[8], una armadura ianuna, una bailarina del Sindh, o corceles persas o de Magán, que nosotros llamamos Havilah. De Havilah recibió una vez una partida de perfumes. Valían un reino, pero los obsequió a la Reina Amytis. Poco después era nombrado proveedor general de los ejércitos... metía a sus compatriotas en puestos importantes, donde le eran útiles. Hoy es un grande de Babel. ¿Qué iría a hacer un hombre así en la vieja tierra? ¿Negociar briznas de paja, boñigas de vaca? ¡Bah! Hay quienes le llaman traidor; me gustaría verlos en su lugar...

—¿Y por qué le llaman traidor?

—Porque declaró que él no vuelve a Judá. «Todo lo que soy, y lo que tengo lo debo a esta ciudad. Además, soy viejo...».

—Me parece que tiene mucha *razón* —aprobó Urengur—. Pero ya que nos explicas tan bien estas cuestiones de tu pueblo, dime, por favor, quiénes son los que le llaman traidor.

Ezequiel sonrió con una sombra de ironía bondadosa.

—Son un grupo de personas que se pasan la vida recordando la promesa del Señor.

—¿Y acaso... que no tienen nada que perder? —sugirió Baalnabu con mirada atenta—. ¿Fracasados? Ezequiel lo miró sonriente.

—Algo así, sí... Cómo estaban a la espera de la palabra de Adonaí... ¿a qué? — parece que pensaron— ¿perder el tiempo en pequeñeces?

—¿Y tú crees en esa promesa? — inquirió alguno. —Sí; no me impide ocuparme de mis cosas. Además, la promesa no dice si hay que ir a Yerushuloyim... — Baalnabu escrutaba el rostro sutil del hebreo— ¿... o si Yerushuloyim está donde uno trabaja bien? —insinuó.

—Tú lo has dicho, señor —contestó Ezequiel, sonriendo a Baalnabu.

Era curioso como se asemejaban los rostros, finos y expresivos, de ambos: ojos y boca donde erraba un pensamiento irónico y tierno a la vez, como de idealistas incurables que, no obstante, saben que no hay que separarse del suelo. Y resultaba claro que el hombre ya canoso y el joven habían comprendido que sentían y pensaban lo mismo.

Cuando se despedían, Ezequiel obsequió a Baalnabu la Istar de malaquita.

—He visto que tus ojos no se apartaban de ella. Que regocije tu corazón, amigo mío.

En vano Baalnabu declinaba el obsequio aduciendo que era muy valioso y le había costado muchas horas de trabajo.

—Por eso quiero dártela, porque también está en mi corazón.

—Puedo pagarla, no es ningún sacrificio para mí —insistía Baalnabu.

—Entre tú y yo no debe interponerse el oro; esa materia preciosa que ensucia todo —enunció Ezequiel con acento final—. Venid cuando os plazca y que Él vele por todos...

Mientras regresaban continuaron discutiendo diversos aspectos de lo que habían conversado con el artista hebreo, y mientras tanto Baalnabu oprimía de cuando en cuando la Istar contra su mejilla o la acariciaba con la mirada.

—Tuve ganas de preguntarle si realmente creía en su Jehová. —Y yo, de pedirle que nos explicara nuestra situación.

Urengur escuchaba, movía la cabeza y caminaba ensimismado. Al fin Nersar exclamó:

—Bueno, ¡por el aromado ombligo de Istar! Clavas los ojos en el que habla; sacudes esa cabezota... ¿Te ha tocado alguno de la bilis de Ea^[9]?

—Pues... me pregunto porqué elogiáis al hebreo —hombre espléndido, a fe mía —, y llamáis traidores a los que aquí piensan como él.

—¿Qué tiene que ver un caso con el otro? ¡Calabazón! Y se trabaron en discusión sobre si los que contemporizaban en Babel obraban como los hebreos que no querían emigrar.

—Chicos: me parece que así no llegaréis a ninguna parte. Creo que ante un problema, hay que estudiarlo bien; y luego ver si lo podemos resolver. ¿Tenemos medios para ello? ¿Cómo los usaremos? Pero vosotros no hacéis más que decir que

los hombres deberían ser así y asá; que no debería suceder esto ni aquello. Todo eso lo sabe cualquiera.

Pero lo que interesa es saber qué hay que hacer. Además, vosotros veis a los hombres y no a las fuerzas que los hacen ser como son y no como quizá quisieran ser... Baalnabu palmeó el hombro de Nidinta Bel.

—Por ahí, hermano; por ahí. Entonces Belnahid intervino.

—Todo ese fino tejer y destejer está muy bien. Pero: ¿los probaremos con el hierro?

Todos miraron a Nidinta Bel.

—Eso desde ya. Justamente por eso hay que estudiar el asunto.

—Eso es lo que interesa —contestó el gordo. Aunque había hablado en voz baja, su tono era tajante y final...

Cuando remontaron una parte alta de la calle vieron a lo lejos las líneas de almenas de los formidables bastiones del Imgur-Bel que habían costado millares innúmeros de vidas humanas y tesoros incontables.

—¿Lo haces tú?

—Yo sí.

Encontraron otro grupo de amigos de confianza.

—¿Qué andáis haciendo por aquí?

—Lo mismo que vosotros —respondió Utti Nergal, un muchacho de Ur que parecía escapado de los relieves de Ur Nammu—. No nos gusta ir a la Bab Belti a ver a los oficiales persas y a los arqueros bakhtrios.

—Pues a mí, sí —disintió inesperadamente Belnahid. Todos se volvieron a él, extrañados—. Me gusta mirarlos y soñar que estoy eligiendo donde meterles una flecha.

Todos rieron.

—¡Ah, Gordo!

Luego Itti Nergal se puso a contar.

—Me ha contado Alyattes que las montañas de Armenia, Lidia y Media están llenas de hombres que niegan obediencia a Kurash. ¿Recordáis aquella división cuyos soldados llevaban justillos rojos y altos gorros blancos?

—¿La que estaba en el castillo de Kurigalzú?

—Esa misma. Fue enviada contra los rebeldes lidios. Mientras atravesaba los países llanos todo anduvo bien. Pero desde que se internaron en las montañas la seguían grupos rebeldes que la hostilizaban desde cada roca y cada grieta. Silbaba una flecha y caía un hombre; en cuanto una patrulla se alejaba algo, desaparecía. Una mañana, cuando la división marchaba de tres y cuatro en fondo por una senda muy estrecha, los montañeses cayeron en masa sobre la retaguardia y la destruyeron a la vista del resto de la división, que no pudo ejecutar un movimiento para defenderla.

»Como era imposible retroceder continuaron la marcha y no bien se internaron en caminos profundos se encontraron envueltos por los rebeldes que, por supuesto, conocen cada pie de tierra. Luego de seis horas de encarnizada pelea la división logró salir de los desfiladeros, pero sólo con mil setecientos hombres de los tres mil con que salió de aquí, y con todos los bagajes perdidos. Y quizá no se habría salvado nadie a no ser que llegaron a una ciudad con fuerte guarnición y muchos víveres...

Nidinta Bel había escuchado sin respirar y parecía haber crecido. Preguntó con voz enronquecida de emoción:

—¿Cómo sabe él eso? Entonces intervino Baalnabu.

—Algo grande anda en el aire y ese amigo debe andar metido hasta el cuello en el asunto... El otro día iba yo a visitar una amiga en el Innini-Istar; ya sabéis quien es. Iba derecho al pabellón de mi rubia... cuando oigo voces detrás de un macizo de arbustos. «Los amigos tendrán todo el oro necesario», decía una voz de mujer. Y oigo la de Alyattes: «¿Para armar mil hombres?». La mujer rió suavemente; daba gusto oírla. «Y para diez mil también, querido mío». En eso les llega el rumor de mis pasos, asoman de golpe... veo a Muballitat, la Gran Diaconisa y a Alyattes, envuelto en un ropaje persa, que le decía: «No tema Tu Santidad: es de los nuestros». A mi vez, me llega una impresión indefinida; la Gran Diaconisa mira algo detrás mío; me vuelvo... y veo un gigantón impresionante que observa interrogativamente a la Diaconisa, y que ante algún signo de esta se esfuma al instante como si nunca hubiera existido.

Alyattes me decía después: «¡Qué susto, amigo, me di, porque no podemos andarnos con cosas chicas! Estamos en un juego en que un hombre desaparece como una hoja que cae al Río; una partida de quien se anticipa a quien, quien mata a quien...».

Hablaron en voz baja de la guerra secreta; de los que desaparecían misteriosamente; de la fría audacia de Alyattes... Nidinta Bel y quizá otros de los amigos sospechaban que Baalnabu era un activo conspirador...

—Parece que a comienzos de Shebitu quinientos hombres del barrio de los Herreros se habían convenido para sorprender la guardia del Kurigalzú. Otros tantos atropellarían la Bab Belti a tiempo que entrase una caravana que pretendería pertenecer al Gran Príncipe Kambuzia. Pero el Jefe prohibió esa aventura porque habría servido sólo para sacrificar un montón de valientes. El golpe hay que darlo al mismo tiempo en varios sitios, igualmente, decisivos, con un plan que mueva todo antes de que el enemigo reaccione dentro de la Ciudad.

—¿Y quién es el Jefe? — inquirió alguien. —Los dioses lo sabrán. Pienso que no es un hombre solo sino un consejo secreto, cuyos miembros no se conocen entre ellos y solamente se reconocen por complicadas credenciales. Hay que tener cuidado con hablar o beber en compañía de gentes que alzan demasiado la voz contra el extranjero. Nunca arrestan públicamente a nadie, lo siguen solamente para saber

quién es. La vez pasada estábamos mirando la procesión del señor Nabu, el 5 de Nisán, cuando me llega la voz de uno que contaba a la gente cómo un capitán persa había raptado a una muchacha. Luego comenzó a protestar violentamente: «son unos bandidos», «somos veinte contra uno», etc., etc... Como es natural, la gente comenzó a entusiasmarse y a aplaudir, y en eso veo a uno que no quitaba ojo del que hablaba ni se le escapaba cosa de lo que ocurría en torno, mirando a cada uno como si quisiese llevar nuestros rostros en la memoria.

»Me pareció que un hombre no podía hacer mejor cosa que meter a este buen amigo cuatro dedos de hierro en las costillas. Me le fui acercando como quien no quiere la cosa, con el puñal ya desenvainado debajo del manto. Mi plan era sencillo: llegar hasta su lado y cuando sobreviniese el inevitable barullo que distraería a la gente, un pequeño movimiento y el buen amigo de ojos de lince iría a los campos de Marduk.

»Pues... me había equivocado de medio a medio. Cuando estuve a su lado reconocí a un caza-espías nuestro. Sin mover casi los labios me informó:

»—Quieto, amigo. Aquel fogoso patriota es Pashú el eunuco. Dos amigos nuestros lo llevarán esta noche a un supuesto nido de conspiradores.

Luego Baalnabu relató para prevención de los amigos varios lances de esta batalla sin cuartel.

—No fiarse ni de viejos compañeros de la Casa de las Tabletillas, y tampoco de mujeres...

—¡Ah, justo! Yo he oído algo sobre Belnishishu. ¿Lo sabes tú?

—Algo sé, sí.

—¡Cuéntalo! —le pidieron.

CAPÍTULO VII

La cazadora cazada

Quién hubiese visto a Belnishishu paseándose lentamente por los jardines del Innini o de Istar Menor, evidentemente recién salido del baño, el cabello arreglado a la última moda, los pliegues del kaunakes cayendo con elegancia, y difundiendo algún aroma suave y; exquisito, se habría equivocado mucho ubicándolo entre los mortales que jamás se han preocupado por algo.

Belnishishu, hijo de uno de los socios de la Casa Nergalushezib, había estudiado con distinción en la Gran Casa de las Tabletas. Luego en la Academia Militar, situada en el gran campo atrincherado al Oeste del Purattu llegó a ser un excelente oficial de artillería: manejo de balistas y catapultas, montaje de torres de asaltos, construcción de puentes y asuntos similares. Se encontraba en Harrán cuando cayó el reino, y entonces se desvinculó del ejército —al menos en apariencia—, y por lo que se podía ver, a la sazón, sus únicas ocupaciones y preocupaciones eran pasar la vida lo más agradablemente posible.

Una tarde tibia del mes de Marchesvan, y justamente por los días en que Kurash visitaba Babel, nuestro joven se paseaba indolentemente por los jardines de la Capilla de Sarpant; cambiaba saludos con las chicas que asomaban de sus pabellones y con las puntas de los dedos le arrojaban besos que él fingía coger en las puntas de los suyos y poner en sus labios.

En ese juego siguió hasta tomar otro sendero donde se cruzó con una desconocida, rubia, de verdes ojos soñadores y andar de diosa.

Pasó ella por su lado sin prestarle atención. Belnishishu quedó sorprendido. Si no buscaba amigos, ¿qué andaba haciendo?

Comentó el caso con su íntimo amigo, el príncipe Adasi.

—Ah, sí; vive en el pabellón de las violetas. Pero no recibe a nadie en su cámara y sólo cuando le parece se detiene a cambiar una palabra.

—¿No será amante de Gobryas?

—¡No, hombre! —rió Adasi—. ¿Por qué iba a tenerla ahí? Además, adora a su mujer, Fedima... he oído algo de lo más sentimental al respecto. Es un cuento de verdadero amor...

Nuestro amigo Belnishishu quedó preocupadísimo; volvió al día siguiente y de nuevo pasaron uno junto a la otra sin que al parecer la dama lo advirtiera.

Pasaron los días y Belnishishu, cada vez más enamorado, no faltaba a su encuentro con la bella que le había cautivado el corazón.

Por fin una tarde los dioses le fueron propicios. Una ráfaga repentina arrebató el precioso chal que la bella llevaba echado al descuido sobre los hombros y nuestro amigo, que por dicha vio lo ocurrido —como que no apartaba los ojos de la hermosa—, no perdió un instante en rescatarlo y devolverlo. Ella le dio las gracias en un babilonio vacilante que hablaba con gracia dulcemente infantil, que terminó de fascinar del todo a nuestro Belnishishu.

Así comenzaron sus relaciones, que poco a poco fueron haciéndose más estrechas, y la bella revelando gracias cada vez más delicadas y exquisitas hasta que resultó imposible a Belnishishu no requerirla de amores. La dama ofreció gallarda resistencia a los avances de enemigo tan atrayente y gentil, aduciendo que se le hacía increíble aceptar que una extranjera desconocida e insignificante pudiera enamorar a un caballero tan cabal. Y esto lo decía con gracia fascinadora, y ojos a los que una vaga melancolía sugería misterioso encanto. Y era como echar buena leña al fuego.

En tal dulce porfía adujo el caballero argumentos tan persuasivos que al fin...

Y la dama, más que con los tesoros de su cuerpo —tibia magia de rosa y marfil, y aromas de ensueño— lo encantó con la bondad y ternura de su trato, y un no sé qué de inocencia y pureza que Belnishishu no podía compaginar con la situación en que había encontrado a Malina, que tal era el nombre de la dama.

Tuvieron una dicha única: la de hallar casi enseguida que por la afinidad de sus sentimientos y actitudes hacia el mundo parecían hechos el uno para el otro, lo que resultó en que se aficionaran mutuamente de tal modo que les resultaban insoportables las breves separaciones y Belnishishu le manifestó su deseo de hacerla su esposa.

Cuando Malina oyó esto quedó presa de una emoción tan grande que rompió a llorar. Cayendo de rodillas, bendijo la nobleza de su amado, díjole que merecía una muchacha buena y pura; que de todas maneras sería su esclava hasta la muerte... y otras cosas tan tristes y con acentos tan conmovedores que el corazón de Belnishishu no pudo soportarlo y sus ojos se inundaron de lágrimas. Levantando a Malina la tuvo estrechada en sus brazos y con tiernas palabras le juró por milésima vez que para él no había otra mujer ni la habría jamás.

A esto ella replicó que lo amaba más de lo que podía imaginar nadie, pero que estaba terriblemente engañado con ella.

—¿Engañado? —inquirió Belnishishu—. ¿En qué? ¿No me dices que me amas?

—Con toda mi alma y mi vida es tuya.

—No te he pedido otra cosa. ¿Dónde está el engaño, entonces?

—En un secreto horrible. Cuándo lo sepas... —Belnishishu la contemplaba sorprendido.

—¿No has asesinado a nadie, pienso?

—¡No, por los dioses!

—¿Ni traicionado esposo o seres queridos?

—¡No!

—¿Y me amas cómo dices? —Y mil veces más. —¿Y en fe y propósitos? — Como te dije. —Pues... entonces, no sé... De pronto una idea surgió en su mente.

—Ah... ya me doy cuenta. ¿Eres acaso espía de los persas? Malina bajó la cabeza; una masa oro y rosa. —Ya ves. No puedo tener secretos para ti porque te amo demasiado. Y mi único consuelo, cuando te hayas alejado de mí, será que no pienses demasiado mal, conociendo las infinitas desgracias que me trajeron a esto.

Belnishishu había quedado ensimismado. Claro... debió haberlo visto antes... Todos esos detalles contradictorios... esa inasible melancolía de aquellos a quienes la vida asestó golpes demoledores.

Belnishishu era hombre de cabeza y corazón. —No soy quien para juzgarte... y creo que hay poco que juzgar contra tí, si lo hay. Y además... te amo... como te dije... —Nací en Armenia, en una ciudad bella y antigua junto al Mar de Van. Sin ser muy ricos —y la verdad creo que éramos mucho más distinguidos que ricos— vivíamos bien. Mi padre había sido inquieto y curioso en su juventud y andado mucho hasta las tierras del Poniente, donde fue capitán de las fuerzas de la gran ciudad que llaman Mileto. Aprendió muchísimo y aún llegó no sólo a hablar correctamente la lengua ianuna sino también a escribir con elegancia en ella, y acaso fue el primer armenio que asignó mayor importancia al estudio que a la espada.

»Quiso que mi hermano fuese hombre instruido y siempre tenía el propósito de enviarlo a Mileto donde había dejado amigos innúmeros.

»Como notase mi deseo de saber lo que decían los numerosos rollos escritos que había traído de su estadía entre los ianunas, no sólo me envió a la escuela del templo para que aprendiera a leer y escribir nuestra lengua, sino que él mismo me familiarizó con el idioma de los hombres de Poniente, puerta para entrar en un mundo de maravillas.

»Había cumplido yo quince años cuando comenzó a hablarse de grandes acontecimientos en las Tierras Altas del Sur, donde un rey llamado Kurash, de jefe de unas tierras de montaña se había alzado en breves años con la realeza de los pueblos orientales. No pasó mucho sin que el temor se extendiera sobre nosotros, porque no sólo el nuevo imperio tocaba ya nuestra tierra sino que comprendimos que había fijado sus miradas sobre ella... De pronto supimos un día que Kurash había intimado obediencia a los armenios, jamás sometidos a un yugo extranjero.

»Entonces mi pueblo se alzó hirviente de indignación y coraje, y todo fue armarse, reparar fortalezas y convocarse a resistir.

»Poco después el enemigo pisaba ya nuestro suelo y el pueblo peleaba sin dar cuartel ni pedirlo. Al fin un ejército persa se presentó ante nuestra ciudad; su general, llamado Vaumisas, intimó la rendición en términos muy humanos, prometiendo que

la ciudad seguiría gobernándose como siempre.

»Pero ella jamás se había rendido, ni siquiera ante Sharduris, el de Urartú, ni ante el gran Sargón. Los habitantes enviaron mensajeros a las otras ciudades, confiados en su valor y seguros de rechazar al enemigo.

»Durante muchos días se combatió con furia y con gran esperanza porque sabíamos que un ejército nuestro avanzaba a socorrernos.

»Mas, de pronto, llegó una noticia terrible. Un ejército persa mandado por Dadarshish lo había interceptado a un día de marcha de nuestra ciudad y luego de sangrienta lucha lo había destruido.

»Ni aún entonces aceptaron capitular los indomables habitantes. Unidos los dos ejércitos persas, Vaumisas recibió orden de dar el asalto y tomar la ciudad, lo que sucedió luego de una batalla espantosa.

»Todavía se peleaba furiosamente cuando estallaron incendios que convirtieron todo en una hoguera, tan inmensa, que vencedores y vencidos tuvieron que huir de ella entre escenas inenarrables...». Me encontré escapando de las llamas entre una muchedumbre enloquecida donde no conocía a nadie. Oficiales persas y ancianas, guerreros y niños de mi ciudad corrían en fantástica fuga entre el bramido de las llamas. Vi a un extranjero vestido como un príncipe levantar a una anciana en su caballo; a un jefe nuestro decapitar a un hombre de un sablazo... y mil otras cosas que no sé si no fueron un sueño horrible.

»Nos reunieron en un lugar donde millares lloraban a gritos la pérdida de un ser querido. El jefe persa mismo, lleno de compasión, trataba de paliar tanta angustia e hizo distribuir alimentos y tiendas para que por lo menos las mujeres y los niños tuvieran un refugio.

»A pesar de todo, pasamos días de espanto. Me hallaba entre los infortunados que habían perdido todo en el mundo. Mis padres habían perecido sin duda, puesto que no dieron resultado las búsquedas, y en cuanto a mi casa era como si jamás hubiera existido.

»Poco a poco iban llevando a los sobrevivientes a las ciudades próximas de Media. Luego, un día, me condujeron ante el general, y este me informó que me haría trasladar a un castillo llamado Dariavatya y que cuidaría de mí. Pude notar que conocía mi nombre y circunstancias.

»—Tu padre y tu hermano han muerto, seguramente. ¡Qué lástima perder hombres tan bravos! En cuanto a tu madre... ¡que los dioses hayan hecho rápido su tránsito!

»Inicié mi viaje más muerta que viva. Pero la vida siguió. Muestra doliente caravana disminuía día a día porque iban dejando en ciudades y aldeas a mis compañeros de infortunio, y debo decir que dentro del horror de todo, no nos trataban mal y aún, en lo que pedían, nos evitaban sufrimientos.

»Por fin, cosa de un mes después de nuestra partida, un día el jefe de la caravana se acercó a la carreta en que iba yo y me señaló una alta colina boscosa coronada por una fortaleza.

»—Ese es el fin de tu viaje. Aquello es Daryavatya.

»Entre lágrimas me despedí de los últimos compañeros, al pie de la colina. El jefe de la escolia me entregó al comandante del castillo, quien, a su vez, luego de leer una carta que le entregaran, llamó a su esposa. Aunque apenas comprendía una que otra palabra persa, me di cuenta de que Vaumisas recomendaba que se me cuidara.

»Allí pasé varios meses con la familia del comandante del castillo, o, mejor dicho, formando parte de ella. Descubrí que poseía una facilidad sorprendente para aprender idiomas y los que me rodeaban se admiraron al verme escribir las palabras persas con caracteres ianunas.

»Cuando ya pude hablar un poco, ello me sirvió de ayuda. Conversando con la mujer del comandante aliviaba mi corazón.

»Un día aquella me hizo saber que Vaumisas llegaría dentro de pocas horas, lo que en cierto modo me llenó de temores, pues por más inocente que fuera no se me ocultaban cuales debían ser los motivos para el trato que se me dispensaba.

»Durante la tarde vino a mis habitaciones la esposa del comandante y me comunicó que Vaumisas solicitaba permiso para visitarme. ¿Qué podía hacer sino acceder? Y se presentó con finura tan natural que pareció un súbdito que venía a saludar a su señora.

»Era de aire imponente pero de trato manso y gentil, y aunque yo era una prisionera extranjera, mucho menos, ¡ay!, que un caballo de raza o una espada bien templada, no usó de su poder ni forzó mi consentimiento en lo más mínimo. Más aún, pienso que tal cosa le hubiera resultado inconcebible.

»Con el tiempo, vencida por su dulzura y fineza, me hizo suya, o más bien yo lo hice mío, y lo pasaba a mis pies, como se dice, llamándome su dueña. Le retribuí con pasión y nuestro amor creció, si cabía, cuando al cabo de un tiempo sentí que iba a ser madre.

»Vaumisas casi enloqueció de alegría. Me había enseñado a andar a caballo y salíamos todos los días por el dominio, que era muy extenso. Al principio me había dejado correr, pero luego, cuando supo de mi estado, hizo traer para mí un caballo mansísimo, del paso más suave que se pueda imaginar.

»Viviendo en común conocí la bondad de su corazón. Le conmovía todo infortunio que llegara a su conocimiento y no paraba hasta remediarlo.

»Había combatido al lado de Kurash desde los primeros días de la carrera que, de jefe de un pueblo pequeño y oscuro lo había llevado al trono de Oriente, y me hablaba compasivamente del rey de Lidia, Cresos, caído desde su alto sitio. Y con la suerte de Kurash había crecido la de sus grandes capitanes, y la de su fiel Vaumisas

en proporción a sus servicios, de modo que siempre nos rodeaba un mundo de gente.

»Me admiró el horror que le inspiraba la guerra y el disgusto con que me solía relatar las escenas terribles o dramáticas que había presenciado.

»Había mandado practicar cuidadosas investigaciones acerca de mi hermano, del que suponíamos que venía en el ejército que había vencido Dadarshish, pero nada en firme se pudo verificar.

»Comenzaba a olvidar las pasadas desgracias, aunque no a mis queridos padres y hermano. De cuando en cuando, la vista de una persona de mi tierra renovaba el dulce recuerdo de mis primeros años, y el doloroso, de los espantos que subsiguieron.

»Entretanto los días pasaban rápidos como un sueño. Vaumisas y yo apenas nos separábamos, y a menudo eran tema de nuestras conversaciones los extraños y terribles caminos por donde habíamos encontrado nuestra dicha, y ya planeábamos pasar nuestra vida allí, porque Vaumisas había resuelto rogar a su Rey que le permitiera retirarse del ejército. Me había contado sus impresiones la primera vez que me viera. “A pesar del maltrato y abandono de esos días me pareciste una reina y desde ese instante mi corazón fue tuyo”, y supe que mientras estuvimos separados se había mantenido al tanto de todo lo que yo hacía y decía. Por ese tiempo, hace casi cinco años ya, fuimos un día hasta un templo consistente en un círculo de altas y gráciles columnas de mármol. No tenía techo y en el centro se veía, como viniendo del abismo, una llama pura que se elevaba hasta el cielo. Allí, delante de muchos nobles guerreros compañeros suyos me tomó por esposa y me declaró heredera y tutora de los hijos que tuviésemos, si él moría antes que yo.

»—¿Y cuántos hijos vamos a tener? —le pregunté cuando estuvimos de vuelta.

»—Los que tú quieras, dueña mía —me respondió.

»De pronto, como rayo en cielo sin nubes, llegaron mensajeros del rey, quien le ordenaba tomar inmediatamente el mando de toda la caballería contra los escitas.

»Vaumisas quería llevarme consigo y yo no quería separarme de él, pero mi estado no me permitía viajar con rapidez. Entonces su madre se encargó de mí. Y luego de muy tristes escenas Vaumisas se arrancó a mis brazos y partió con sus ayudantes.

»No volvimos a vernos. Rodeado por inmensas fuerzas enemigas en los desiertos de Uvarazmiya cayó como valiente.

»Cuando llegó la noticia hacía unos días que yo había tenido un hermoso niño, y en medio de mi infinito desconsuelo tenía al menos el recuerdo y la imagen de mi esposo... y bañaba la cuna con mis lágrimas.

»La buena madre de Vaumisas me reprendía con dulzura y me exhortaba a la firmeza, mientras el llanto corría por sus mejillas.

»—Hija mía: tu esposo ha muerto gloriosamente por los persas y su Rey. Ha sido, sin duda, la voluntad de Ahura Mazda. Pero tú eres la tutora y guardiana de este

tesorito. Yo estoy vieja.

»Y las dos llorábamos. Poco después, fuera que con las angustias y sobresaltos, se me puso mala la leche, o fuera otra causa, mi hijito se enfermó y nadie pudo salvármelo. Y poco tiempo pasó cuando la madre de Vaumisas, herida ya por la muerte de su hijo, no pudo resistir la del nieto. Quedé abatida al extremo y al fin ni quería ni podía comer y ansiaba que la muerte me librara de todo. No tenía veinte años y ya había perdido todo: padres, hermano, esposo, hijo, y a la verdad la vida me inspiraba horror.

»Me hallaba así cuando un día se presentó un correo real y me informó que siendo por mi boda una dama persa del rango más encumbrado, según la ley de los persas el Rey era mi tutor y a él debía presentarme...

»Fue en realidad la reina Kasandana quien me recibió en el castillo de Pasargada, en sus habitaciones, y cuando relaté mis infortunios todas las damas presentes lloraron a lágrima viva.

»—Hija mía —me dijo Kasandana, con voz dulce aunque de imponente majestad —, aunque ahora te parezca imposible, el tiempo cura las penas más terribles. ¿Quién, sino, podría vivir?

»Me admiró que mujer tan hermosa dijera tales palabras porque había imaginado que belleza tan deslumbradora tendría la dicha a sus pies. Pero aunque entreví que guardaba secretos dolorosos en su corazón, reservé mis pensamientos.

»—Su Majestad llora a tu esposo. Pero era un gran soldado y ha caído en su ley.

»Quedó un rato ausente quien sabe en qué reflexiones y luego dijo más para ella que para mí:

»—Y pienso que Su Majestad misma no desea otro fin.

»Aunque la vida en la corte no carecía de distracciones conocí que no me procuraría consuelo, y mucho menos olvido. Ora acudían a mi memoria los días en casa de mis buenos padres; alguien me recordaba a mi hermano; otra cosa me traía a la memoria a Vaumisas o veía a un niño y creía tener ante mí a mi hijito... y me encerraba desesperada. Tendía los brazos... ¿dónde estaba mi niño? ¿Dónde mi esposo?

»Había oído hablar de misteriosas misiones en servicio del Rey, no exentas de peligros mortales y supliqué a Kasandana que me encargaran de una.

»Su Majestad me miró atónita y se hizo un gran silencio. Noté que no daba crédito a sus oídos.

»—Qué estás diciendo, hija mía —exclamó, mirándome como si dudara de algo—. ¿No sabes a qué clase de mujeres se encargan esas cosas?

»—¿Qué clase de mujeres...? —repetí como un eco, medio asustada porque me di cuenta de que había cometido una inconveniencia.

»—¡Claro, muchacha...! Tú sabes, esas mujeres que... Pero, ¡qué cara pones,

Malina!

»—No comprendo, sagrada Majestad —dije, arrodillándome.

»—¡Pero, eres tonta! —exclamó un poco impaciente, mientras me escrutaba con ojos penetrantes—. ¿No sabes...? ¡Pero, sí, creo que en efecto no lo sabe! ¿No has oído hablar de...? —y me dijo varias cosas en un susurro.

»—¿Hay cosas así? —exclamé estupefacta, sintiendo que me ardía la cara de vergüenza. Y Kasandana me contemplaba, más estupefacta aún.

»—Nunca oí cosa tal. ¡Esposa, madre, viuda... no saber eso! Luego de pasárame el bochorno de saber que existían mujeres que comerciaban consigo mismas o se daban a cualquiera, tuve, sin embargo, el valor de insistir. Confié a la sagrada Majestad la tristeza incurable que me abrumaba y lo que se me había ocurrido: que así como en los casos de enfermedades muy graves, los médicos echan mano de remedios desesperados sin que nadie tenga derecho a reprocharles lo que hacen, yo podía hacer lo mismo. Quizá arrojándome a una vida entre gentes y situaciones extrañas que me obligara a estar constantemente en guardia, me distrajese de mi eterno pensar en los seres perdidos, y en mi obsesión de darme muerte para librarme de todo. Expuse mi causa con palabras que eran como las cosas mismas que narraba, y por momentos una niebla de llanto velaba los ojos de Kasandana. Nadie más estaba con nosotras, y hubo un instante en que me tomó una mano y creía que iba a hablar. Sin embargo, quedó callada. Cuando terminé mi discurso, confesión o como podría llamarse, Su Majestad inclinó la cabeza y al cabo de largo rato me contestó:

»—Comprendo todo, hija mía. Sí, muertos... libres de esto que llamamos vivir, estaríamos mejor. Hablaré al Rey. Pero no sé, no sé...

»A su debido tiempo el Rey me explicó:

»—Quien tiene Babel, tiene el mundo. Y nadie la sujetaría si su gente tuviera los mismos intereses, y por lo tanto iguales ideas. Por eso cultivamos con exquisito cuidado todo lo que los divide; recompensamos al malo llamándolo bueno, premiamos al egoísta, postergamos al honrado y tildamos de criminal al que piensa en el honor y el bien de su pueblo... Pero aún así, abundan en Babel los que prefieren morir libres porque desprecian la vida bajo un amo extranjero.

»Pensó un momento y luego continuó:

»De aquí que Babel nos ocupe y preocupe más que nada. Disimulamos todo lo posible nuestra situación de conquistadores. Fijan su propio tributo, que, aún así, resulta enorme. Sus oficiales eligen lugar de servicio y, con amplitud menor sus soldados...

»Sonrió con aire malicioso y meditativo.

»—Ninguno quiere servir en Babel misma, o en la ciudad donde nació. Para nosotros es un peligro menos, pero también un signo de que el pueblo...

»Luego de otras consideraciones el Rey me dijo que sólo la fuerza de las causas

que yo había expuesto lo inclinaban a conceder un pedido que le resultaba tan chocante.

»—Yo había pensado que un nuevo matrimonio remediaría en parte tus pesares. Pero Su Majestad —y miró a Kasandana— me dice que no piensas en ello. No habría noble en el imperio que no se enorgullecería de tu elección... De modo que, creyéndome obligado a hacer lo posible, accedo a ruego tan extraño... Que el señor Ahura Mazda te acompañe, hija mía.

»Se detuvo un instante, soltó una risita intencionada, y añadió:

»—De cualquier modo... no te dejaremos correr ciertos riesgos... ¿no es así, Majestad? —inquirió.

»No comprendí muy bien lo que había querido decir pero se me encendió el rostro.

»Los incidentes del viaje y otras circunstancias forzaron mi atención, me distrajeron de mi obsesión. Comprendí lo disparatado de mi empresa, me di cuenta de que los reyes habían previsto lo que iba a pensar yo, y que me habían dejado venir persuadidos de que todo quedaría en nada.

—No tanto en nada —sonrió Belnishishu.

—En nada digo, refiriéndome...

Nuestros amigos habían escuchado sin respirar el relato, abundaron los comentarios. Alguien preguntó:

—¿Y en qué terminó todo el asunto? —Pues... tuvo consecuencias interesantísimas, aparte de terminar como debía. Sucedió que mientras Malina hacía su relato, Belnishishu tuvo una serie de impresiones a cuál más singular. Primero, que había hablado con Malina en un lugar muy distinto y en él, Malina era algo que resultaba absurdo. Luego, sin borrar esa impresión, creyó recordar que alguien ya le había contado todo esto. Enseguida se dio cuenta de que no había tal cosa, aunque la narración le resultaba inexplicablemente conocida...

—Ayer, anteayer... he oído algo, he visto a alguien. ¿No me estaré haciendo un embrollo? Y ahora recuerdo que ya otras veces algo me ha llamado la atención, pero sin poder comprender qué es...

Cuando se durmió esa noche, todavía daba vueltas al asunto.

Al día siguiente se encontraba en Casa Nergalushezib, cuando entre el rumor de conversaciones oyó que alguien decía:

—Ahí llega el secretario de Gobryas.

Hubo un revuelo de atención; él también se volvió, miró al personaje y sintió que el corazón se le detenía.

—¡Por todo el Kharsagkamma! —pensó—. ¡Si lo he tenido ante los ojos todo el tiempo! ¡Qué sencillo y natural había sido el «misterio»!

De pronto lo sacudió una reflexión.

—Y así es con lo demás. ¡Cuánto cuesta al hombre comprender lo que tiene delante!

Cuando tuvo oportunidad se acercó a Urakhá y le rogó que le concediera una audiencia en privado. Sorprendido Urakhá accedió y pasaron a una cámara inmediata.

—Perdona, señor que venga con una pregunta de carácter privado, pero verás la intención que me guía. Ayer he oído un relato que, no sé cómo, parece tener vinculación contigo. ¿Tenías una hermana llamada Malina?

El secretario, que hasta entonces lo había escuchado con reserva y como en guardia ante tanto preámbulo, exclamó con voz alterada:

—¿Qué dices? ¿Vive mi pobre hermana?

—No puedo asegurar si es ella. Vamos a comprobarlo.

Luego de avisar Urakhá que por asuntos imprevistos suspendía hasta más tarde las entrevistas convenidas, partieron. Mientras caminaban Belnishishu recordó algo.

—¿Tu padre se llamaba Arnauda?

—Sí.

—¿Y la ciudad, Sataparna?

—¡Sí! —y levantó la cabeza. Belnishishu creyó ver a Malina.

—¡La misma cara! —rió Belnishishu mirando al asombrado Urakhá.

Cuando llegaron a los jardines de Istar Menor y la Capilla Verde de Sarpanit, comprendió lo que pasaría por la mente de Urakhá aunque este mantuviese impassible el rostro.

—Malina es la mujer más pura y le he pedido que sea mi esposa.

—Eres muy noble —respondió Urakhá con voz trémula.

Belnishishu sonrió.

—¿Ahora se llaman así los enamorados?

Cuando llegaron al bit hilani de Malina, una muchacha acudió al llamado, y al ver a Belnishishu los hizo pasar.

No se puede describir la escena que se produjo cuando los hermanos se reconocieron. Hasta Belnishishu derramó lágrimas ante los recuerdos tiernos que evocaron Malina y Urakhá.

Oportunamente informado Gobryas quedó encantado del desenlace y aseguró que todo se arreglaría perfectamente.

Más tarde se supo que el Rey, al enterarse de todo, había reído a más y mejor.

—¿Así que el segundo afortunado del imperio es un babilonio? —había comentado el Rey.

—¿Afortunado, Majestad? —había inquirido Kasandana—. ¿En qué, Majestad?

—En el amor.

—¿Y quién es el primero? —había vuelto a preguntar Kasandana, aunque conocía la respuesta.

—El esclavo de la primera bella del imperio —había sonreído el Rey Caballero. Mirándola intencionadamente se llevó la mano al corazón...

CAPÍTULO VIII

Caza de luces entre sombras

—Lo único que saco en claro de todo esto es que antes sabía con ignorancia y ahora ignoro con cierto saber —dijo Nidinta Bel y los amigos rieron.

Habían estado tratando de explicarse por qué Media, Lidia y su propio país, Caldea, se habían desmoronado al primer golpe, y en cambio, ahora —las noticias eran innegables—, Kurash no podía dominar a unos cuantos millares de rebeldes en Media, Armenia y Lidia. Todo el mundo sabía que las mejores tropas, persas inclusive, temían aventurarse fuera de las grandes ciudades.

—Es que donde hay civilización parece que todos están en desacuerdo.

—Y para eso todos dan muy buenas razones.

—¿Será mejor ser salvaje, entonces?

—¿Y qué es ser civilizado, y qué es ser salvaje? Nos reímos de un aldeano porque habla como si lo primordial del mundo fuera su poblado. Muy bien. ¿Y somos menos aldeanos nosotros? —inquiría Urengur, que pensaba sin respeto a nada ni nadie—. Nos repetimos unos a otros que Babel es el ombligo del mundo... Pero, ¡cespita!, ¡esto debió ser más fuerte entonces!

—Los otros días discutimos qué significaba, exactamente, la palabra «traidor». Este gordo repetidor de lo que dicen las tabletas, afirmó que «traidor» es el que desobedece al Rey...

—¿Y por qué hay que obedecer al Rey? —refutó Urengur, despectivo.

—¡Ya! El discurso del gordo iba muy bien hasta que uno de nosotros le hizo observar que ahora no hay rey, por consiguiente nadie le desobedece, por lo tanto nadie es traidor, de modo que esa palabreja no significaba nada. Y Belnahid se quedó con la boca abierta...

—Alto ahí —lo paró Belnahid—. Ahora pensé la cosa. No hay rey, nadie obedece, entonces todos son traidores... Pero como no se puede desobedecer a lo que no existe, nadie es traidor.

—¡Muy bien! ¡Ese es mi hombre! —rió Nidinta Bel—. Pero, ¿cómo que no hay rey?

—Lo hay, dicen, pero nos... en él y en los que lo dicen —aclaró Baalnabu.

—Magnífico, ahí estoy yo también. Pero hay muchos para los cuales Kurash es el rey. Para ellos, ¿qué somos?

—Traidores: eso está claro. ¿Pero, y ellos para nosotros?

—Traidores: eso está claro también —replicó Nidinta Bel, y todos rieron.

—Bueno, ¿y qué se sacó en claro al fin?

—Al fin, absolutamente nada. Uno dijo que traidor era el que no obedecía a los dioses; a lo que otro replicó que nunca había visto a los dioses ni, por lo que sabía, nunca le habían ordenado nada. Otros sostuvo que traidor es el que no sigue las leyes y cuando le preguntaron qué leyes, quedó mudo; un cuarto o quinto afirmó que traidor es el que no es bueno... no supo decir qué es ser bueno... Al fin llegó la noche, y ni sabíamos de qué hablábamos.

—Cada hombre es un mundo de cosas, propias de ese mundo. Y sin embargo hay grandes igualdades: todos sienten hambre luego de cierto tiempo sin comer; sienten pena o alegría según ciertas cosas que les ocurren. Un dolor es un mal...

—Y un bien para los médicos —intervino Urengur, cáustico.

—También eso —admitió Nidinta Bel—. Hay ciertas cosas seguras para pensar, y ciertas ideas que son como fundamento y punto de partida de miles de otras ideas que salen de esas ideas-madres. Por ejemplo, quien cree que existen los dioses funda miles de opiniones en esa creencia, y uno se da cuenta de que si se quita aquella primera opinión todas las siguientes se vienen al suelo...

—¡Cierto! —confirmaron Nersar y Baalnabu.

—Esa opinión que de tanto explicar no explica nada —observó otro.

—Es lo más cómodo que hay —asintió Nidinta Bel, riendo—. Granizo, dolor de barriga, riqueza, inundaciones... todo es por voluntad de los dioses. La cabeza duerme, la lengua anda...

«¡Mira si nos oyese Melishipak! Quedó horrorizado al oír contar a Alyattes que un lidio de Sardes había perdido su casa a consecuencia de un incendio. Encontró que solamente había quedado intacta la estatuilla de no sé qué dios al que había honrado muchos años. Y mientras algunas decían:

»¡Milagro!, ¡milagro!, el lidio...

—¡Hijo de p...! —exclamó enojado—. ¿No te molestó el calor? Tampoco te molestará el olor —y arrojó la estatua al basurero.

—¿No cayó fulminado? —inquirió Melishipak.

—Alyattes lo miró de arriba abajo, hizo unos visajes rarísimos, y al fin le dio la espalda" —terminó Urengur en tono de mofa.

—A veces entreveo otras causas de diferencia —habló otra vez Nidinta Bel—. ¿Qué une a los hombres? ¿Qué los separa? ¿Si todos nacen iguales, por qué, luego, uno es esclavo y otro es rey?

—¿No dicen que así lo han dispuesto los dioses? —anunció alguno dubitativamente.

—¿Quiénes aseguran eso? Los interesados en que se crea —replicó Nersar.

—Y desde ya comenzando por creer que hay dioses —comentó otro.

Uno de los presentes intervino.

—En efecto. ¿Recordáis cuando los del Esagila nos predicaban que los ianunas prostituían a sus hijas desde los diez años?

—Son unos hijos de... —terció Nersar acaloradamente. Los ianunas son hombres y estos unos bestias.

—¿Será la obediencia la que hace la fuerza? —Pero quizá no como la conocemos nosotros. Obediencia a la Ley de la Ciudad, como dicen los ianunas, pero no al Rey. —¿Para qué estaría entonces el rey? —Para hacerla cumplir, obedeciéndola él más que nadie, y dejando de ser rey si no la obedece.

—Eso sería maravilloso —comentó Baalnabu—. ¿Pero, qué sería, concretamente, esta Ley de la Ciudad?

—Es cuestión oscura, compleja y vaga —respondió Nidinta Bel—. Pero lo principal sería que nadie pueda hacer lo que el pueblo no quiere, ni obligar a otros a hacer cosas prohibidas por la ley, como mandar matar, quitar la casa, la mujer, la hija, a otro, o acciones similares que todos comprenden ser injustas o perjudiciales. En las ciudades ianunas está expuesto lo que el rey, o los que mandan, no pueden hacer...

—Hablar de cosas así está prohibido aquí. Es, dicen, el crimen más horrible.

—¿Quiénes? —exclamó despectivamente Nersar.

Un día, luego de hablar horas y más horas sobre estos asuntos, Belnahid se volvió a Nidinta Bel.

—Dime Nadi: ¿crees que los ianunas tienen una vida más sabia que nosotros?

El interpelado pensó un momento.

—Sí.

—¿Crees que podríamos llegar a vivir como ellos?

—¿Por qué no?

—Pues, entonces, desde hoy trataré de ser como los ianunas —afirmó.

Mali Kalita soltó una risa musical al ver como se sobresaltaba Nidinta Bel cuando ella, viéndolo tan ausente, le preguntó de pronto:

—¿Qué te ocurre, Nadi? ¿Dónde andan tus pensamientos?

—Oh, Miti. Antes era señor de mis pensamientos; ahora me dominan ellos: urgentes y apasionados, coloridos y tempestuosos. Se me presentan, como amigos unos, como enemigos, otros.

—¿Queridos los primeros, aborrecibles los otros?

—¡Sí, Miti! Y algunos, sorprendentes como si nadie los hubiera pensado antes...

—Y cuando uno se los tropieza, ¿no parece abrirse un abismo a los pies?

—Ah, Miti... ¿Te ocurre lo mismo que a mí?

—Sí, Nadi. Y al verte tan ensimismado me figuré que tu alma andaba en ese mundo tenebroso y espléndido a un tiempo, al que vamos a buscar respuestas... De pronto encontramos algunas que nos dejan sin aliento. Por ejemplo, que casi todo lo que se dice... es mentira, cosa vacía...

Entonces Nidinta Bel aludió a cómo se estudiaban las cosas insignificantes mientras que las verdaderamente grandes eran pasadas por alto o despachadas con unas cuantas palabras huecas. Y le narró lo siguiente:

Amiri, su padre, había sido citado como testigo en el litigio sobre límites, que sostenían dos vecinos de Mardukiddin. Denunciaba uno de ellos que los kudurri o hitos, habían sido movidos maliciosamente; aducía mil argumentos; visitaba a media ciudad interesándola en su pleito, a Mardukiddin inclusive, quien había dicho riéndose:

—¡Vamos, amigo! ¡Ni que fueran límites entre dos imperios! Se había puesto en movimiento toda la maquinaria de la ley y los mensuradores del catastro vinieron con sus cuerdas y planos trazados en pieles de buey; las partes exhibieron sus tabletas-escrituras que fueron comprobadas y confrontadas con sus duplicados, para prevenir una falsificación o sustitución. Fue cuidadosamente observado el lugar, por si aparecían rastros del presunto desplazamiento —que aún de ser cierta la demanda no hubiese excedido de un codo—, se examinó el concepto público de los litigantes, lo que no favoreció al de la demanda porque era un trapisondista notorio; los jueces leyeron más de dos mil tabletas de antecedentes y precedentes y, en fin, no se hablaba de otra cosa. Bien: la demanda fue desestimada luego de cuidadosas pruebas, contrapruebas, exámenes, apelaciones y peritajes, y sancionado el demandante según la ley, lo que dio motivo a nuevas actuaciones de entendidos, peritos, tasadores, tabletas y sellados a montones.

¡Cuánto aparato para averiguar una verdad insignificante! En cambio, cuando Nergalushezib retuvo los trigos de Harrán para subir su precio, y media ciudad murió de hambre, la ley dormía.

¿Y cuando un rey deseaba robar unas cuantas provincias a otro rey? Miles de hombres partían para matar a otros miles —a los que jamás habían visto—, y el vencedor robaba todo lo que podía, asesinaba, violaba...

Baalnabu se había encontrado en una comida dada a Menandro, recién llegado de las Islas. De sobremesa este habló de las ideas corrientes entre los ianunas y que difundían los pensadores de aquel pueblo, y citó a uno que afirmaba: «los hombres hacen a sus dioses como ellos, y si los caballos pudieran imaginarlo, su dios sería un caballo», y dio muchos ejemplos.

Nidinta Bel había quedado ensimismado.

—¿Entonces, Marduk...? —insinuó en voz baja.

—¿Quién lo ha visto? —inquirió Baalnabu.

—Preguntar eso se castiga... aquí, por supuesto.

—Qué gigante será ese pensador, ¿eh?

—¡Y cómo le temerán los dioses! —dijo como un eco Baalnabu.

CAPÍTULO IX

Mali Kalita

Un día, diez años antes, los muchachos del canal Banitu habían convenido con los del barrio Kasiri librar una batalla de «caldeos y medos», y la suerte había designado capitán de los últimos al rubio Nersar, y entre sus soldados a Nidinta Bel y a Belnahid. Como era natural, en el encuentro los medos fueron completamente derrotados, con el agravante de que su capitán quedó con la cabeza rota y bañado en sangre. Nidinta Bel y Belnahid, que a pesar de pertenecer al bando vencido eran los únicos que no abandonaron el campo de batalla en la dispersión que subsiguió, trataron de restañar la sangre con un trozo de kaunakes y llevaron al herido a su casa.

No fue pequeño el clamor y susto de los familiares y servidores, y no sin razón, porque el pobre Nersar, a juzgar por la sangre que le bañaba el rostro y las ropas, había recibido terribles heridas. Felizmente no tardó en ponerse en claro que se trataba tan sólo de una herida extensa pero superficial en el cuero cabelludo, y un médico de las Islas dictaminó que en dos o tres días Nersar estaría perfectamente.

Mientras lo rodeaban todos, Nidinta Bel había levantado la cabeza y se había encontrado con un par de ojos verdes que lo observaban curiosamente. Nidinta Bel no se atrevía a sostener su mirada. Hasta le pareció notar que el rostro de la muchacha tenía una expresión burlona.

AL día siguiente fue a ver cómo estaba su amigo. Lo encontró con la cabeza vendada pero lleno de animación y, según sospechó Nidinta Bel y pudo confirmarlo luego, perfectamente dispuesto a dirigir otra batalla en la primera ocasión.

Por lo pronto se engolfaron en colorida rememoración del combate y sus peripecias. Nidinta Bel informó a su jefe que no sabía quién lo había herido ni en qué circunstancias, porque él estaba trabado en fiero cuerpo a cuerpo con un «enemigo» cuando alguien dio una voz que aterró a todos: «¡Han muerto a uno!». Cada guerrero, dejando su particular combate había vuelto los ojos en la dirección del grito. Viendo a Nersar bañado en sangre, se había producido una desbandada y sólo Nidinta Bel y Belnahid habían permanecido firmes, resueltos a no desamparar a su jefe.

—¡Mira el gordito! —exclamó Nersar—. Hizo una hazaña.

—Es magnífico el gordo —elogió otro—. Es lento para moverse y hablar, pero piensa bien siempre.

En eso entraron la madre de Nersar, la señora Walukhita, y la muchacha de los ojos verdes... hermana de Nersar.

Traían una gran bandeja con higos en miel, en tazas translúcidas; dátiles, rajadas de

melón, granadas, vasos de vidrio de Sídón y de Assur, y un ánfora chata que sobre fondo claro de barniz brillante mostraba extraños animales y plantas del mar con formas graciosas y juguetonas, llena de vino pesado y aromático de Kaphtor, que los ianunas llamaban Creta. Cuando la señora Walukhita desprendió el tapón, se difundió un aroma de uvas.

—Esta es mi hermana Malí Kalita —dijo Nersar. Nidinta Bel volvió a ver los espléndidos ojos verdes, lagos hondos y secretos—, bajo una gran cúpula de cabellos con reflejos de cobre, y quedó un tanto desconcertado por la expresión entre burlona y triste, del rostro.

—¿Así que tú eres el famoso Nidinta Bel? —preguntó, o más bien, comentó Mali Kalita, y él no supo qué contestar. Sonrió, cohibido.

—Nersar —explicó la señora Walukhita— siempre nos cuenta que tú lo sacas de apuros en la Casa de las Tabletas.

—Otras veces él me salva a mí —aclaró Nidinta Bel.

—No será muy a menudo —interpuso la muchacha—, porque no le gustan mucho las tabletas.

—¿A ti sí? —inquirió Nidinta Bel, con curiosidad. —A ella sí —se metió Nersar con tono burlón—. ¿No sabes que es una sabelotodo? Bonita marisabidilla es...

—El saber no hace mal —apuntó la señora Walukhita—. Muéstrale tu cuarto de estudio —dijo a Mali Kalita. La niña tomó de una mano a Nidinta Bel y lo condujo a una habitación de rollos de piel o papiro, y tabletas. En una gran mesa había frascos con tintas de diversos colores, barras de pasta coloreada, hojas de papiro con dibujos, y extraños instrumentos musicales.

Nidinta Bel vio el cuchillo de escribanía que usaba la niña para tajar al bias ramas de rosal —considerada la mejor madera para ese fin—, y luego les hacía un ligero ahuecamiento en un extremo, para escribir.

—Nersar no saca bien ni una porque no le sabe dar el golpe... A mí me resulta lo más fácil. Te voy a preparar unas cuantas. —¿Por qué te vas a molestar? —dijo Nidinta Bel.

—Al contrario, las haré con gusto, porque estoy segura de que las aprovecharás muy bien —respondió muy seria Mali Kalita.

Luego esta desenrolló un pergamino y Nidinta Bel vio, sobre un fondo de color de marfil viejo, una apretada escritura azul brillante.

—¡Qué escritura tan bonita!

—Parece recién hecha, ¿eh? —comentó ella con el placer del conocedor.

—¿No lo es? —se sorprendió Nidinta Bel.

—No. Este pergamino fue escrito hace muchos siglos por Kikuli, escudero de un rey de Mitanni. Dicen que esta tinta es de un pescado del mar junto al Mizri...

—¡Tú sí que sabes! —exclamó admirado Nidinta Bel—. Buen escriba fue este

Kikuli —añadió, observando las líneas impecables trazadas hacía ya tantos siglos.

—Sí, y lo que cuenta aquí es extrañamente fascinante... uno se pierde en lo que dice... ve y oye a esos hombres, y no se sabe más quién es uno...

Nidinta Bel la miró asombrado.

—¿Quieres decir que leyéndolo te olvidas de todo lo que te rodea?

—No sólo eso. —Hizo un ademán en torno—. Todo esto se desvanece... y aparecen hombres y mujeres que jamás he visto... y sé que me hallo en Wasukanna^[10]

—A mí me suele ocurrir lo mismo cuando leo algo que me entusiasma. ¡Ah!, ¿cómo sabes lo que está escrito aquí? —y tocó el pergamino.

—Yo comprendo bien el mitannio y aprendí fácilmente la escritura. Era más sencilla que la nuestra.

De pronto, como si comunicara un secreto precioso, le dijo en voz baja:

—Era una lengua muy hermosa. Dicen que sus caballeros eran los más gentiles, y sus damas las más bellas.

Tenía la expresión ausente y hablaba como en sueños.

—Hay una canción mitannia... ¿sabes? —susurró. Las palabras eran suaves, con una melodía tan honda que el corazón de Nidinta Bel estaba todo trémulo...

Y luego continuó la marcha de la vida, con sus acontecimientos, unos visibles y a veces espectaculares, y los otros, imperceptibles por su lentitud y universalidad pero que terminan por transformar todo, y lo que existía con brillo y aire de eternidad es como si no hubiera sido jamás.

Sin saberse cómo ni cuándo, cayeron en olvido los entretenimientos infantiles de nuestros conocidos que ahora concurrían año tras año a la Gran Casa de las Tabletas. Nidinta Bel y sus amigos se acercaban al término de sus estudios y apenas se daban cuenta del pasar del tiempo.

Belnishishu pensaba seguir en la Academia Militar, lo mismo que Alyattes el lidio, Baalnabu, y posiblemente los muchachos medos Chitrantakhma y Huvadava. Belnahid quería continuar algo mas no sabía qué. Otros se proponían seguir las actividades de sus padres; algunos ingresaban en el clero y no faltaban los que, sencillamente pensaban vivir de los bienes paternos.

La mayoría frisaba ya en los veinte años; Belnishishu los había pasado.

Y Nidinta Bel apenas se había dado cuenta de que había habido un tiempo cuando Mali Kalita había sido una muchachita traviesa y un tanto desgarbada a veces, camarada suya sin reservas, casi tanto como Nersar.

Aquella compañera de juegos se había desvanecido como un sueño, y sus relaciones con la bella dama enigmática de ahora eran un problema porque estaban interferidas de reticencias y contradicciones, de inexplicable hostilidad que al instante se cambiaba en inconfesado torbellino de ternura...

Los amigos los habían sitiado con bromas en un tiempo, pero ahora todos los consideraban como novios confesos y convictos, y el asunto había pasado a ser cosa corriente y juzgada.

En cuanto a sus familias respectivas, habían terminado por vincularse por estrecha amistad. Siendo gentes de ideas liberales, ambos matrimonios habían decidido que lo mejor era dejar que el tiempo y los interesados arreglaran sus propias cosas.

Y de pronto hubieron de arreglarlas. La belleza y distinción de Mali Kalita interesó a varios jóvenes cuyos padres hablaron al señor Dushratta. Entonces la señora Walukhita llamó como a capítulo a Mali Kalita.

Habían estado hablando de diversas cosas cuando Mali Kalita dijo incidentalmente:

—¿Sabes, Nadi? Han hablado a papá... por mí.

Nidinta Bel la miró asombrado; las palabras de ella le parecieron sin sentido. Pero cuando fue comprendiéndolas sintió como si cayera en un abismo.

—Yo tengo la culpa... Y ahora... es como si estuviese muerto.

Mali Kalita sonrió maliciosamente.

—Pero antes me había pedido otro.

—¿Otro? —repitió maquinalmente Nidinta Bel.

—Bueno... pedido, no; pero, siempre estuve segura de su amor y del mío por él...

Los maravillosos ojos verdes estaban húmedos de emoción, pero aún así brillaban con travesura irreprimida. Sintió que ella le tomaba una mano y le decía:

—Pero, ¿pensabas acaso que después de tantos años...? Yo... siempre, desde aquel día cuando trajiste a Nersar...

Nidinta Bel la contemplaba, completamente embobado.

—¡Y me pareció que estabas riéndote!

—¡Claro! ¡Ponías una cara más rara! Pero a mí me gustó... y ha seguido gustándome...

Nidinta Bel pensó algo.

—¿Rara? ¿Cómo ahora?

Mali Kalita lo miró un instante; soltó una risita.

—¡Oh... justo! ¡Pero, qué linda!

De pronto se echaron los brazos uno al otro, con tanto deseo que el beso los dejó sin aliento.

Y su noviazgo fue como un sueño fabuloso, porque Mali Kalita era infinitamente tierna y ardiente, y a un tiempo y por momentos, incomprensiblemente lejana como si se posesionase de ella otra alma desconocida.

Estaba hablando un día con Nidinta Bel y de pronto le explicó:

—Vi que me hallaba en Wasukanna, en el palacio real de Mitanni.

—Cuéntame ese sueño, Miti.

—¿Sueño? No, Nadi. Era ayer, apenas te fuiste. Estaba pensando en algo que me habías dicho, cuando me encontré en un inmenso salón resplandeciente, aguardando la llegada de las tropas que habían ganado una gran batalla contra los soldados del dios de Assur. Alguien decía que habíamos pasado un gran peligro... De pronto llegaron las legiones y todos te proclamaban el salvador del reino. Luego... estabas conversando conmigo y por lo que me decías resultaba que nos conocíamos de antes, porque me asegurabas que mi recuerdo te había sostenido en las batallas, y yo te escuchaba, palpitante de ternura. Sin embargo, por instantes me desconcertabas porque me contabas cosas que de ningún modo podían referirse a esta ocasión. De pronto noté que tu mismo caías en cuenta de ello, y te detenías perplejo.

»—¿Qué te estoy diciendo? —te preguntaste—Y sin embargo, ya te he contado todo esto... hace mucho...

»—¿Cómo, hace mucho? —inquirí. Y me sobresalté porque comprendí que tenías razón... Cierto... Pero ¿cuándo? ¿Y como podía ser esto?

Te inclinaste hacia mi para decirme en voz baja y premurosa:

—Sí, ¿recuerdas? Era en aquel reino junto al mar...

Yo te miraba asustada pensando que tu espíritu se había enfermado. ¿Te habría tocado la cabeza Sandon el del Hacha Doble, o su paredra, celosa, te habría lanzado una palabra en la Noche?

Y quería tomar en mis manos tu rostro querido, cuando algo ocurrió, como cuando un viento repentino aparta un gran cortinaje.

«... Vi que estábamos en una sala de muros titánicos, a la que llamaban —aunque no sé como lo sabía yo—, “megaron” y por una ventana veíamos el mar próximo y una inmensa muchedumbre de naves. Me hablabas en una lengua sonora de largas palabras musicales, semejante a la que hablaban los ianunas. Vestías un deslumbrante traje guerrero y te rodeaban torvos capitanes ante los cuales proclamaste que me confiabas el Reino, antes de partir para una empresa extraordinaria.

»Y mientras me señalabas las naves, todo se disipó... No sé como, ni cuando, después llegaron mensajeros premurosos, con nuevas de infortunio para mi: tu no volverías. Luego sentí como si atravesara vagos abismos y cuando volví a darme cuenta de las cosas estábamos otra vez en el altivo Palacio de Mitanni.

Nos habían sentado juntos en el banquete de la victoria y me decías que no volveríamos a separarnos, que eras mío y que yo, tuya; mi corazón se disolvía de ternura y tus ojos queridos no se apartaban de los míos. Yo estaba loca de amor y me sentía llena de orgullo porque entre todas las bellas me habías elegido para una danza guerrera...

»Estaban a punto de cumplirse nuestros deseos —de los que hablábamos cada día

paseándonos en los Jardines de Wasukanna— cuando llegó una embajada de hombres morenos y altaneros. Aún antes de que expusieran su misión, mi alma quedó oscurecida por tristes presentimientos y lo mismo la tuya, aunque trataras de disimularlo para no aumentar mi angustia.

»La Corte se puso de fiesta, pero en todos los ojos veía yo la tristeza. Sabíamos que la Reina Mitanni lloraba en secreto porque su alegre hija Gilukhipa sería dada al faraón del Mizri, y con ella iríamos muchas damas que jamás veríamos de nuevo las floridas colinas de Mitanni.

—Dicen que erais las damas más lindas y alegres del Asia, y vuestros galanes los más fieles y rendidos —comentó Nidinta Bel. Y sugestionado por el relato no observó cuan extraño era su fácil asentimiento al increíble cuento de su novia.

—Ah... sí —dijo angustiada Mali Kalita, como si reviviera aquello—. No volveríamos a escuchar, trémulas de ternura, vuestras canciones de amor. Muchos gallardos caballeros quisieron acompañarnos y el Rey accedió llorando. Porque sabía bien que los señores morenos y altaneros os odiaban al notar que no adorabais otras diosas que nosotras, y por eso os llamaban paganos. Pero los paganos eran ellos...

»...a medida que nos alejábamos de nuestra tierra el cortejo era más sombrío y nos sentíamos más rodeados de amenazas. Cada día inventaban nuevos motivos para que vosotros no nos vierais. Un día llegó a nuestro encuentro un grupo que venía del Mizri, y en él un personaje vestido de blanco, de cabeza y rostro rasurados, de ojos fríos y extraños, y ante el cual los señores que nos conducían se postraron como esclavos. Y el miedo heló nuestros corazones porque sentimos la inminencia de algo siniestro.

»Como nuestros caballeros se negaban a prosternarse, el personaje, al que llamaban Primer Profeta de Amon, dispuso que fueran desarmados aduciendo que ya estaban en las tierras del dios del Mizri y por lo tanto, eran súbditos no autorizados a llevar armas.

»Luego, cuando atravesábamos los desiertos del Haurán no supimos más de vosotros... nuestra luz. No volví a verte, alma mía...

»El Mizri era un país extraño y grandioso. Daba miedo ver las tumbas de sus reyes, que llegaban hasta el cielo. Remontando el Río, grande como mar, llegamos a una ciudad tan desmesurada que Wasukanna entera hubiera cabido en uno de sus barrios, y acaso en uno de sus templos.

»Y allí, una tras otra, fuimos agostándonos como de frío y de olvido, porque en Mitanni habíamos vivido como hijos e hijas de una sola familia. Pero allá moríamos de solemnidad y de fastidio, en eternas procesiones ante los dioses monstruosos y cuidándonos hasta en el sueño...

Mientras Nidinta Bel había quedado en suspenso, Mali Kalita tenía la cabeza inclinada.

Luego la levantó y le confió:

—Y... ¿sabes? A veces me llegan recuerdos más singulares, más incomprensibles todavía. Bajo cielos extraños, entre bosques inimaginables andan bestias deformes y gigantes. Las miro con temor y entonces aparece un cazador que las ahuyenta. Cuando se vuelve y me mira sonriente, eres tú. Me llevas contigo y hay un tiempo de expectativa de dicha, pero a poco...

—¿...sucede algo que nos separa?

Ella asintió con desconsuelo infinito.

—Miti, alma mía. Esas visiones te sobresaltan. ¿Quieres que pida a la Pontífice que rece por nosotros el Enuma Elish?

—Sí... Pero estás tan, tan seductor, y me haces tantas cosas...

De pronto la bellísima muchacha se sentó en las rodillas de Nidinta Bel y le echó los brazos al cuello, envolviéndolo en aroma de vértigo.

—Casémonos pronto, Nadi —decía en voz baja.

—¿No estamos casados en tus visiones?

—Ay, sí... al parecer, sí; pero no pasa nada...

Nidinta Bel habló a su viejo profesor sobre las visiones de su novia. Mardukiddin lo escuchó con profunda atención y luego se quedó silencioso, reflexionando, mientras tiraba suave y distraídamente de su barba.

—Tú conoces aquella enseñanza de los solitarios del Sindhu. Afirma que los hombres tenemos un alma que, cuando perece el cuerpo, pasa a otro que nace. Por eso surgen recuerdos inexplicables.

—Nos dijiste una vez, señor, que un pensador ianuna llamaba «anamnesis» a tales recuerdos.

—Muy bien, hijo. Recordáis que yo os repetía que tal doctrina es muy bonita, muy seductora, pero que es desmentida por todo lo que vemos y tocamos. Una cosa, hijo, es tejer bellas suposiciones, y otra muy distinta, el saber lo que han comprobado el ojo, la mano y el oído del hombre.

—Palabras de oro, señor, sin las cuales no daré un paso. El viejo erudito lo miró cariñosamente. Recapacitó y luego dijo:

—Ah, hijo... Yo conocí a la maravillosa Sappho... aquella ianuna cuyos versos tienen movimiento tan vivido y brillante, que te sientes agigantar cuando los lees o los oyes, y son arrebatadores al punto que no sientes el suelo bajo los pies. En Mileto, Epheso, Koos, Halicarnasso, y en todo lugar donde hay hombres que sienten lo sublime sostuvieron muchos que ella no era mortal... Ay, hijo, su doloroso fin probó que lo era.

—Suicidándose por su no correspondido amor hacia un hombre inferior —recordó Nidinta Bel.

—Triste y baja necesidad... —habló Mardukiddin. Se quedó un momento

mirando sin ver.

—Yo la conocí... Una morena grácil y menuda, con un no sé qué de imponente y fascinador... El día en que se arrojó al mar, el rebaño humano perdió una de sus luces más altas y puras... Si hubiera dioses no podría haberse extinguido así tan noble ser... —enunció luego y recayó en su silencio. De pronto reaccionó.

—Bueno, hijo... hablábamos... ¡Ah! Y con motivo de Sappho, otros explicaban así el asunto:

Los mortales comunes aprendemos lenta y penosamente las cosas y podemos, aunque con trabajo, darnos cuenta del camino de nuestro conocimiento. Pero algunos aprenden con tanta facilidad y rapidez que ni ellos ni los demás perciben los pasos dados. Y entonces se produce una ilusión.

—Comprendo, señor. Parece que ya lo sabían; que no aprenden sino que recuerdan.

Mardukiddin contempló encantado a su antiguo estudiante. —Muy bien, hijo. Pues, cuando se produce esa ilusión no hay más que un modo —según algunos, claro está—, de explicarlo: ese recuerdo proviene de una vida anterior. Piensa, además, hijo, en la aparente sabiduría y profundidad de esa explicación... ¿y cuántos intereses oscuros tienden a sostenerla...? ¿Sabes si le enseñaron el mitannio?

—Sí, los padres.

—¿Crees... que lo ignoraba antes de que se lo enseñasen?

Nidinta Bel sonrió.

—He sido estudiante tuyo, señor. ¿Podría yo creer otra cosa? Ahora, eso sí, supongo que por haberlo oído desde que nació fue asimilando palabras y expresiones sin darse cuenta, de modo que cuando comenzó a estudiarlo...

—Casi lo sabía, aunque no desde la otra vida... —sonrió Mardukiddin.

—¿Y las visiones? —preguntó Nidinta a su mujer. La tenía en el regazo y ella se arrollaba contra su pecho.

—¿Las visiones? —rió tímidamente, y las pestañas cubrieron los ojos verdes. Pero luego tomó ánimo y continuó, aunque apretando su rostro contra el de su marido:

—Y... ahora son más completas... En ellas antes me decías cosas dulces que prometían mucho; a veces me tomabas de la mano y yo temblaba porque me parecía que ya sucedía... Pero, entonces sobrevenía algo...

—Y ahora, ¿tienen final las visiones? —inquirió en un susurro Nidinta Bel, y oprimió contra sí a su tesoro, rosa, oro y esmeralda...

El primer tiempo de casados lo pasaron en el dominio de Mardukiddin. Amiri anduvo un poco decaído de salud y quedó en la ciudad, y como Nidinta Bel lo iba a sustituir en su ausencia, los novios apresuraron la boda y se marcharon al dominio.

Hicieron vida muy activa, porque aunque la administración del dominio estaba

bien organizada, había una infinidad de detalles a que atender, y por otra parte la joven y hermosa ama de casa tomaba en serio sus deberes, que no eran pocos. Resolvía toda clase de asuntos propios y ajenos, con una facilidad, acierto y gusto, que encantaban a su marido.

—Bien dijo tu hermano aquella vez, que eras una marisabidilla. Le faltó decir otra cosa.

—¿Qué cosa? —inquirió Mali Kalita, dejándose caer en brazos de su marido...

—Que eras una metome-en-todo — respondió él, besándola. —¿Por qué no voy a meterme en todo? El ojo del amo engorda al buey. Y a propósito: ya tienes el agua lista para el baño. —¿Y tú?

Mali Kalita sonrió sospechosamente.

—Ya me preocuparé yo. Ve, que el asado, en un momento más...

Estaba Nidinta Bel metido en el agua, cuando sintió el tibio cuerpo de su mujer junto al suyo y oyó su risita suave y musical. Se volvió a tiempo que ella, cogiendo agua con las manos se la echaba en los hombros.

—¿Y esta visión rosada? —inquirió él—. ¿Qué final irá a tener?

Ella lo miró, entre audaz y tímida.

—Bueno: báñame y sécame enseguida, porque estás tan lindo...

Por aquel tiempo hubo levantamientos en varias ciudades, Babel inclusive. La versión oficial afirmó que habían sido simples algaradas de bandidos, reprimidas, por supuesto, con toda facilidad, y se trató de cubrirlas con un manto de desprecio y de mofa.

Pero a muchos les resultó difícil de creer que los levantamientos hubieran tenido como objeto asesinar mujeres, niños y ancianos, por más que lo aseguraran gentes consulares. También se proclamó la generosidad de las autoridades que socorrieron a las víctimas de los bandidos, y aún las llevaron con cierta prisa a provincias lejanas para proporcionarles, según se afirmó, un mejor pasar.

Sin embargo, no faltó gente a la que llamó muchísimo la atención el singular detalle de que los favorecidos con un nuevo lugar de residencia eran en general personas de las que se sospechaba simpatías con los «bandidos», y esto aclaraba lo que opinaban no pocos: que se deportaba a todos los que conocían la verdad sobre aquellos sucesos, y con mayor motivo a los participantes, aunque se podía estar seguro que estos habrían emprendido un viaje muy largo.

No podía ser más disimulado el dominio extranjero sobre Babel, ni más lleno de afectuosa benevolencia y deseos de hacer felices a todos. No obstante, la gente fue notando que desaparecían muchas personas y no pareció que careciese de significación el hecho de que los desaparecidos fuesen siempre enemigos del gobierno extranjero.

Pero, según afirmaban gentes importantes, se trataba de rumores difundidos por

gentes perversas y por supuesto ateas, impías y ambiciosas que tendían a engañar al pueblo y quitarle la felicidad de que gozaba con tan paternal gobierno.

Los caseríos del dominio estaban ese día poco menos que desiertos porque los vecinos habían concurrido a las fiestas del Toro Celeste, llevando primicias y otras ofrendas, y sus provisiones de boca para pasar el día.

Nidinta Bel y Mali Kalita habían quedado solos porque aunque la vieja cocinera Nyaya, protestaba y no quería ir a las celebraciones, Mali Kalita la puso en manos de las muchachas cuidadoras de los viñedos.

—Esta vieja supone que sin ella no comemos hoy.

—Palomita mía, ¿te dejo preparado el ganso?

—Tú, vete —le dijo Mali Kalita, asumiendo un aire imponente, y las muchachas, riendo, se llevaron a Nyaya.

—Hoy somos los dueños y señores —dijo Nidinta Bel a su mujer—. ¿Vamos a ver la cerveza?

—Vamos —asintió Mali Kalita, tomando un brazo de su marido.

En las dependencias de la panadería estaban, como era el uso en Babel, las cubas de fermentación y se sentía el aroma de la cerveza, que no sólo preparaban con cebada roja, sino también con trigo.

—Querido: ¿sabes que me mareo aquí? —exclamó de pronto Mali Kalita.

—¿Mucho? —inquirió Nidinta Bel—. ¿Te llevo en brazos? —y la oprimió contra él.

—Te cansarías mucho, querido mío ...

—Y pensar que aun no sé si eres un sueño, una diosa o una mujer.

—¿Aún no? —preguntó ella, mimosamente.

—Quiero decir que eres las tres cosas en un único encanto.

—Yo pienso lo mismo de ti —dijo ella en voz baja.

—¿Así andarías robando corazones en Mitanni? —recordó él.

—Nada más que el tuyo... si era cierto lo que me jurabas.

En aquel verano, poco más de un año después de lo que acabamos de relatar, Shamash, el señor de la Luz, pareció más bien Nergal el señor del fuego, y el namtaru de la peste se abatió sobre Babel. Como incendio que prende en pastizales secos, así el namtaru fulminaba a las muchedumbres en las calles, a los poderosos en sus palacios, a los esclavos en los talleres.

Algunos —entre ellos los médicos ianunas— afirmaban que el espantoso mal había sido traído por tropas llegadas desde el Oriente remoto, donde el frío lo había contenido. Mas aquí, en el clima húmedo y ardiente de la Mesopotamia, había estallado como llama.

Pero voces más respetables anunciaron que era un castigo de los dioses y esto pareció a los sometidos mentales más sencillo y racional que los detallados

razonamientos de los ianunas.

—Cuando esos hombres explican algo hacen doler la *cabeza* porque hacen pensar demasiado. En cambio, es tan fácil explicar todo por la voluntad de los dioses — comentaban algunos, despectivamente, para esos extranjeros de mala fama.

—El que no cree en los dioses se cierra la puerta del saber —sentenció uno de los sabios del Esagila.

Y en toda Babel exorcizaban al namtaru:

*—Que devora al país como el fuego,
Que ataca al hombre como una fiebre,
Que lo atormenta como una peste,
Que desgarrar al enfermo.*

Como salmodiaban los ashipi, momentos antes de que cayeran ellos mismos, fulminados mientras pronunciaban la famosa encantación:

*Su Dios se ha alejado de él,
Ve, Marduk, hijo mío,
Su Diosa se alejó de su cuerpo,
Toma un trozo de arcilla del abismo...*

La madre de Namtar, Ereskigal, reina de los infiernos, había desatado a la lamashtu, que asesina a las que están por dar a luz, a las madres jóvenes y a sus recién nacidos.

Y la perra sanguinaria tendió a Mali Kalita al pie del altar, cuando la muchacha tocaba la imagen del Bondadoso, lo que según explicó el shangu, libró su cuerpo de pústulas y manchas.

Fue un espanto sin nombre, y luego terror sobre terror, cuando, al encontrar a todos llorando a gritos, Nidinta Bel quedó, al parecer, admirado.

—¿Pero, de qué habláis? El cuerpo de ella es todo de rosas... ¿no sabéis cómo perfuma sus ropas?

Nereida le tomó una mano, desesperada.

—Hijo de mi alma, ¿no ves cómo está nuestra muchacha?

Mali Kalita, envuelta ya en telas funerarias y rodeada de flores, parecía dormir. A pesar de su enajenación, algo penetró en las tinieblas que cubrían la mente de Nidinta Bel, que trató de explicarles lo que veía.

—Ya sé lo que pensáis... ¿Pero cómo creéis que iba a dejarme?

De pronto, aparentemente, cayó en cuenta de algo.

—Ah... ya sé. Ha ido a buscar la planta que crece debajo del Apsu. ¡Claro! Por

eso está tan quietita... su espíritu ha ido a buscar a la «Rejuvenece-barba-gris»...

En las semanas siguientes, como si lo torturara una espera insoportable, había dado en recorrer la casa... buscando... Se iba al dominio de Mardukiddin, abría nerviosamente todas las puertas; recorría todos los lugares donde había estado Mali Kalita.

Con el correr de los días, la fe en su fantástica espera se derrumbó; lo abrumaron crisis terribles de llanto. Harmodio, el médico ianuna, dijo entonces:

—Lo peor ha pasado.

Cosa de un mes luego de eso, un día le preguntó a la señora Walukhita:

—¿Dónde está?

Lo llevaron al jardín de la casa y le mostraron el gran macizo de rosales, bajo el cual...

CAPÍTULO X

Bajo la bandera de Persia

La tortura quemante se volvió dolor sordo, y este, insondable melancolía. Veía día y noche, ante sí, la imagen adorada de Mali Kalita, la compañera inolvidable, junto a cuyo túmulo florido solía tender en las noches una manta. Y se le iban las horas, en ensoñaciones inciertas, contemplando alguna estrella en la que creía ver a Mali Kalita.

El mundo se le había vuelto extraño y desconocido; entre él y las cosas familiares se había interpuesto una distancia inexplicable; un tiempo sin tiempo... un abismo de desolación.

De pronto, una visita lo retrotrajo a los días de un mundo y un tiempo que le parecían inverosímilmente lejanos y sólo conocidos por los relatos de fábulas inciertas. Repentinamente había oído la voz de Belnahid, y ya venía con la señora Walukhita.

Pero ya no era «el gordo», obligado blanco de bromas entre los compañeros del Kasiri y de la Casa de las Tabletillas. Nidinta Bel vio ante sí un robusto mocetón de rostro tan tostado que los dientes le brillaban como nieve al sol.

Se estrecharon sin poder decirse una palabra; se miraron con los ojos nublados de lágrimas y luego, con voz enronquecida por la emoción Belnahid le dio los saludos de muchos amigos y conocidos que estaban en el ejército, pues ahora la conscripción se había extendido a todo el imperio. Le contó que gran número de babilonios estaban en las provincias orientales junto al Sindhu, y que se hablaba de que el Rey marcharía contra este país en la próxima primavera.

Nidinta Bel inquirió:

—¿Sabes algo de Alyattes y de Gyges?

—Hay tropas lidias con nosotros, pero sé que Alyattes y Gyges se hallan con las tropas de Armenia. En cambio Chitrantakhma, Fravartish, Kusar, Huvadaiva y otros muchachos medos, están en la Katpatuka y en Lidia, junto al mar de Poniente.

Luego Belnahid había comenzado a hablar de ciertos asuntos cuya índole captó al instante Nidinta Bel.

—En una palabra: vienes a ver qué se hace aquí.

—En una palabra: ¡sí! —respondió riendo Belnahid.

—Veo que pones tu vida en mis manos —hizo notar, muy serio, su amigo.

—Quieran los dioses que siempre lo esté —asintió sencillamente Belnahid, sin sospechar cuan buena profecía estaba formulando.

Fueron a comer a una posada no distante de los jardines de Innini-Istar. Mientras daban cuenta de los platos Belnahid miraba en torno con aire de aparente indiferencia. El posadero se acercó, y preguntó en voz un tanto alta con exceso si deseaban alguna otra cosa; luego se inclinó como para escuchar a Belnahid, y susurró:

—Los amigos ya han llegado.

—Iremos enseguida —anunció Belnahid.

Cuando dieron fin a la comida y arreglaron cuentas salieron del salón, dieron vuelta a la casa y se encontraron en un gran cobertizo lleno de gente.

—No hay ningún peligro —explicó el posadero—. Nuestros amigos vigilan todos los alrededores por si asoma algún sospechoso. Entonces Belnahid comenzó a explicar porqué había venido. En Lidia, Armenia, Media... no se resignaban a la dominación extranjera. En todas partes se formaban gobiernos secretos rebeldes que enviaban delegados a la Gran Unión de Hermanos, un Consejo Supremo que luego de cuidadoso estudio había reconocido que era inútil precipitar levantamientos fuera de oportunidad y sin grandes cantidades de hombres que hubieran pasado por la dura escuela del ejército y la guerra. La insurrección de Ur y de Harrán, la rebelión de Ecbatana que había estado varios días en poder de los rebeldes, resultaron vanos sacrificios y pérdidas de valientes patriotas. «Hay que organizar y coordinar», era la voz de orden.

—Hoy servimos a Kurash. Pero tiene resuelto marchar contra el Sindh y luego contra Escitiá, y si, como lo prevén muchos, parece en una de esas campañas peligrosas, el imperio estará en trance de desintegrarse, porque es cosa sabida que Kambuzia... Y Belnahid se tocó la cabeza.

—Kambuzia es nuestra esperanza —continuó Belnahid. Todos levantaron la cabeza, y él sonrió—. Así son las cosas de los hombres. Los que saben de estos asuntos dicen que el imperio de las Tierras de Arriba está fundado sobre un hombre que, por grande que sea, es un mortal y no un dios. Los grandes señores de Persia están tan persuadidos de esto que, en nombre de todos ellos, Gobryas ha suplicado a Kurash que no se exponga en la guerra. —¿Y qué contestó?

—No en vano piensan los persas que no hubo ni habrá hombre como él. Se dice que, conmovidísimo, les habló como compañero.

—Sé que teméis por mí, por el imperio y por vosotros mismos. No temo al destino que, como soldado, o sencillamente, como hombre, me haya fijado el señor Ahura Mazda. Me aflijo pensando en todos los persas, cuando ya no esté entre vosotros... pero, tarde o temprano, ¿no moriré? Nadie puede eludir su medida... Continuó Belnahid:

—Dicen que la guerra contra el Sindh es de cuidado pero que Kurash no piensa llevarla muy lejos. A lo que todos temen es a la marcha contra Escitia, que según se

asegura comienza en los extremos donde asoma el sol, recorre todo el norte del mundo y sólo termina donde se acaba la tierra en el Poniente. Y tan desmesurada como la tierra es la muchedumbre de los hombres que sustenta: fuertes y valientes, y tan habituados a andar a caballo que pueden dormir sobre él mientras marchan...

—¿Es cierto —preguntó uno de los presentes— que los reyes escitas pueden reunir fácilmente varios ejércitos de cien mil jinetes? —¿Cómo saberlo? —respondió Belnahid—. Pero de acuerdo con lo que cuentan hombres nada amigos de exagerar o inventar, lo que se conoce de los escitas no es más que el borde de un mundo infinito y desconocido.

—¿Y Kurash no teme marchar contra ellos? Belnahid pensó un momento antes de contestar. —Dicen que no sólo reúne todas las fuerzas del imperio sino que, sin darlo a entender claramente, ha tomado disposiciones que sólo se explican en el caso de que él mismo prevea...

—¡Es un valiente! —exclamó alguien.

—Desde ya —concedió Belnahid. Explicó luego que en el caso de producirse esa... eventualidad, se presentaría la ocasión de sacudir la dominación persa. Que para ello debía adiestrarse en las filas el mayor número posible de hombres; que todos debían comprender que sin masas aguerridas era un vano sueño el de enfrentarse a los veteranos de Kurash, endurecidos en más de veinte años de victorias...

Había entre los presentes un joven de ojos negros y vivísimos, al parecer estudiante, que expresó así su concepto de la situación:

—Somos enemigos del extranjero que nos tiene en sus manos. Por eso debemos aprender de él lo mejor que podamos, el arte de la guerra, con lo que lo serviremos lo mejor posible, para combatirlo algún día... lo mejor que se pueda también. Hoy debemos sostenerlo para echarlo mañana. Lindo asunto para pensar...

Algunos rieron de las —en apariencia— pintorescas reflexiones del joven, y Nidinta Bel recordó los dichos de expertos navegantes sobre el acercarse a un punto alejándose de él. ¡Por la tableta!

Belnahid planteaba el problema con sencillez contundente. Con deseos y palabras solas nada se lograría, sino con sólidos batallones de hombres acostumbrados a ver de cerca a la muerte.

Durante las horas de esta reunión Nidinta Bel comprendió que algunos de sus sueños se habían materializado, al ver esta clase de hombres. Nadie se lamentaba, ni clamaba a los dioses ni gastaba palabras inútiles, ni hablaba vagamente. Todos eran hechos. Y se dio cuenta de que en estos tres o cuatro años los hombres habían madurado más que en los mil años anteriores, y que había ocurrido un millón de cosas que él ignoraba.

El día siguiente lo pasó con Belnahid, y como aludiera con pesar, a su ignorancia

de la lucha del pueblo, su amigo respondió:

—Hermano: tu copa de amargura fue grande. No estabas para otras cosas. Yo mismo lloré cuando lo supe. Me pareció vivir de nuevo aquel día cuando llevamos a Nersar, y luego todos los años que hemos pasado juntos...

Hablaron mucho y Nidinta Bel alivió su corazón. Un mes después salía de Babel con una brigada de conscriptos que marchaban a un campo de instrucción en las Tierras Altas. El mando era mixto: oficiales y jefes de Diez, de Veinte y de Cincuenta, del viejo ejército real, y oficiales persas.

El día anterior a la partida lo pasó con sus padres en casa de los tíos. Todos estaban más conmovidos que tristes porque comprendían que Nidinta Bel necesitaba algo así para sobreponerse a la pérdida de Mali Kalita.

—Nadi ha quedado como si le hubieran arrancado el alma —confiaba Nereida a su hermana y a su cuñado—. No me extraña —continuó con la voz velada. —Yo misma no puedo evitar el llanto cuando veo alguna cosa que fue de ella.

Cuando se despidieron, todos lloraron. Belitseri lo *abrazó* como si quisiese meterlo dentro de sí. En cuanto a Anna Belti Ninna, que «había dado un estirón», afirmó con seguridad singular:

—Nada malo te ocurrirá...

Se detuvo, y se hubiese dicho que una sombra de cólera pasó por su rostro. Luego, añadió:

—... al contrario...

Su voz tenía un tono de lejanía y los enigmáticos ojos verdes miraron de pronto como desde una altura inexplicable.

De vuelta, Dushratta y Walukhita, en cuya casa pasó las últimas horas, lo bañaron con sus lágrimas.

Luego, cuando ya partía, cayó de rodillas junto al macizo de rosales bajo los que Mali Kalita dormía su sueño eterno, y sintió que allí terminaba una parte de su vida...

Luego se arrancó a los brazos de su madre, estrechó violentamente a Amiri y salió corriendo.

CAPÍTULO XI

La puerta del Sindhu

Durante varios días marcharon por la llanura, cortada y excavada en todas direcciones por canales que corrían a lo largo de terraplenes enormes; ahuecada por inmensas represas que amortiguaban las crecidas de los Dos Ríos; cruzaba por caminos innúmeros. Nunca se andaba más de dos mil pasos sin encontrar un puente, casi siempre ancho, y con bien construidas barandas de arcilla. Un sargento, Lugal Bau, que hablaba una «koiné» aramea con palabras de todos los dialectos desde Ugarit hasta el Mat Tamtim, conducía una compañía de más de cincuenta hombres entre los cuales iban Belnahid, que se había agregado a ella para ir con Nidinta Bel, y unos veinte babilonios más. Los otros eran de Assur, Harrán, Sippara, Larsa, Ur y Uruk.

Lugal Bau era ordenancista y exacto pero les enseñaba cómo llevar el equipo con la menor fatiga posible; cómo calzarse y marchar sin lastimarse los pies y siempre ganaba los mejores caminos y las primeras horas para viajar con el fresco.

—Durante los primeros días tendréis los pies a punto de desollarse —prevenía a sus hombres—. Bastaría cruzar un rastrojo o un terreno quebrado para que se os pusieran en carne viva, lo que es un sufrimiento cruel.

Conocía todas las hierbas curativas. Caminando al borde de un campo, huerta o rastrojo, o a lo largo de un cerco de arbustos, se inclinaba de pronto y recogía un puñado de hierbas, o se estiraba y cogía hojas de algún árbol.

—Cuando se inflaman los pies basta masticar una hoja o dos de estas. Luego de bien maceradas en saliva se ponen en la planta del pie y entre los dedos. A la mañana siguiente el pie está fresco y como nuevo. No permitía a sus hombres beber agua en cualquier parte sino, en todo caso, la que veía sacar de pozos profundos. Contaba que conocía a un médico ianuna que no permitía beber agua que no estuviese hervida, y que le había visto hacer la siguiente demostración: En una vasija ponía agua hervida, en otra, agua sin hervir; luego tapaba ambas. Días después el agua sin hervir estaba turbia, como revuelta y con oler más o menos desagradable. «Si bebéis esto tendréis dolores de vientre, diarrea, vómitos, quizá fiebre también... Ese médico explicaba que con el calor de adentro se produce algo como en esos charcos que en verano hierven de plantas y animales tan pequeños que no se les ve».

En cambio el agua hervida estaba clara. Sus hombres llevaban las cantimploras llenas de esa agua.

Todas las mañanas y tardes se pasaba lista, y un día se anunció que la compañía

de Lugal Bau era modelo de soldados bien cuidados, y que si las cosas seguían así Lugal Bau sería nombrado Jefe de Cien, lo que equivalía de hecho a ingresar en la clase de los oficiales.

Nidinta Bel había notado la calidad y conocimientos del hombre y tenido la sensación de que Lugal Bau podía mandar con toda facilidad, no una compañía sino una brigada. A veces hacía un comentario sobre temas militares o políticos que demostraba su familiaridad con ellos. Nidinta Bel quedaba intrigado...

Mientras cruzaba Caldea le gustaba instruir a los soldados sobre lo que veían.

—Ningún suelo ha sido tan manipulado como este, salvo quizá el del Mizri. Hasta pienso que dicen verdad los que afirman que ha sido traído puñado a puñado durante miles de años. Es un amasijo de harina, y nosotros, los panaderos. Le hemos dado todas las formas.

Cruzaban un puente sobre un canal.

—Allí se alzó antes una ciudad —señaló a sus hombres—. Ved allí los restos de una muralla...

Nidinta Bel se había inclinado sobre el reborde; distinguió líneas de escritura en una banda de diorita encajada en el muro, pero no alcanzaba a verlas bien.

Un día Lugal Bau les explicó que todos los ríos y canales se comunicaban entre sí y que el ejército persa podría haber sido tomado en una red inextricable, dividido en fracciones y aniquilado por los arqueros desde los terraplenes o ahogado en los bajíos abriendo las compuertas. Cuando atravesaban el sistema llamado la Muralla Meda les mostró una esclusa, abierta la cual las aguas del Idiklat cubrían todo hasta Babel.

—¿Y por qué no las abrieron? — preguntaron algunos. —Para aplicar esa táctica había que dividir el ejército en unidades que iban a combatir aisladas unas de otras. Requeríase también confianza absoluta en que todos y cada uno cumplirían con su deber. Ahora bien: el enemigo había llenado el país de rumores de traición. «Casi todos los generales se rendirían apenas apareciesen las tropas de Kurash; en cada batallón había muchos juramentados para matar a sus jefes...». Por tal motivo el príncipe Bel-shar-ussur y sus generales no se atrevieron a correr el riesgo y llevaron en masa el ejército... Luego se comprobó que generales y soldados eran fieles y bravos. Pero ya era tarde.

Un día, al atardecer, llegaron a un gran canal y Lugal Bau informó que era el Illat, donde hacía cinco años se había dado la primera gran batalla de la guerra.

—El campo está a unos cinco mil pasos de aquí. Todavía hay montones de armas y osamentas de hombres y caballos. Pero no los veremos porque vamos a cruzar el Río mañana temprano y marcharemos directamente hacia las Tierras Altas. Pensó un momento y luego añadió:

—Dentro de tres días dejaremos de oír nuestra lengua y entraremos en un país muy diferente.

A medida que subían, el clima era cada vez más fresco y Lugal Bau cuidaba de que los hombres estuviesen a resguardo del frío de las noches. Los soldados notaban la extraordinaria diferencia del país, que parecía desolado y salvaje en comparación con la llanura caldea.

—No en vano nuestra tierra es cuidada amorosamente como si fuera una muchacha, desde días muy lejanos —comentaba Lugal Bau, y los soldados, labradores muchos de ellos, asentían.

—Ahora que veo esta tristeza, los árboles de nuestra tierra me parecen peinados y adornados como novios —comentó uno de ellos, y los otros rieron alegremente.

—Sin embargo, no creáis que los hombres de aquí eran salvajes. Esto es el Elam, que los persas llaman Uvájá; tan viejo como Sumer. Pero eran más bien, pastores guerreros. A veces llevaron la desolación a sus vecinos; otras, estos se la llevaron.

Cuando les contó que dos mil años antes los hombres de Elam habían sido señores del País de los Dos Ríos, y que muchos de ellos se habían sentado en el trono de Babel, algunos de los soldados levantaron la cabeza.

—¡Dos mil años...! —exclamó Lu Babbar, un muchachote de Uruk, que parecía arrancado de un relieve sumerio—. ¡Por la luz de Nannar y Nidaba! ¡Dos mil años! Eso es tiempo, ¿eh?

Y sacudía la *cabeza*, estupefacto. Los compañeros reían pero sin ánimo de herirlo, porque era muy querido por su bonhomía y mansedumbre. Cuando algunos comenzaban a rezagarse, fatigados, Lu Babbar se cargaba sus equipos como si fuesen otras tantas plumas, sobre sus vastos hombros.

Con el correr de los días los paisajes fueron volviéndose cada vez más abruptos, y a veces caminaban por sendas vertiginosas que daban frío. Los hombres miraban de soslayo y el estómago parecía subírseles a la boca al ver los abismos que costeaban. Algunos rezaban a Ara, el señor del abismo; otros prometían un halcón, «el pájaro sublime», a Enkurnagal, rey del País sin Regreso, o a Imhulu, para que tuvieran sujetos a los Siete Vientos mientras marchaban junto a los precipicios.

Y Lugal Bau les hacía chistes sin cesar para que se distrajesen. Por fin, a la vuelta de unos desfiladeros vieron a lo lejos un valle verde y una gran ciudad: Susa, capital del Elam durante muchísimos siglos. Hacía poco más de cien años, Assurbanipal había vencido en Tuliz, luego de tremenda batalla, a Tiumman, invadido Elam y arrasado Susa y los bosques secretos donde moraban los dioses a los que llevó prisioneros a Nínive^[11].

Lugal Bau contó a sus soldados cómo Tiumman, al ver vencidas sus tropas, se hizo matar por uno de sus escuderos para librarse de la tortura y la muerte a manos de Assurbanipal, en cuyo parque real colgaron la cabeza del rey vencido.

Nidinta Bel recordó que Assurbanipal había encontrado en Susa estatuas de dioses babilonios y asirios llevadas como botín mil cuatrocientos años antes por el

conquistador elamita Shutruknakhunte.

—La fortuna, hijos, es una amante esquiva —resumió Lugal Bau—. El que hoy es dueño del mundo, mañana es mísero esclavo o cadáver que devoran los buitres.

Nidinta Bel se preguntó si esa reflexión tenía algún significado práctico para el presente que vivían.

En Susa permanecieron varias semanas mientras llegaban hombres de todas partes. Comenzaron a aprender ejercicios y movimientos de conjunto, y Lugal Bau les explicó que aplicaban la ordenanza y táctica asirias.

—No se ha conocido ejército mejor organizado hasta hoy —añadió—. Les enseñaban a cuidar a los caballos —de los que vieron cantidades que les parecieron asombrosas— y a montarlos. Fue ocasión y época de risas y sustos infinitos porque, a la verdad, los caballos eran mansos y viejos, pero los reclutas estaban la mayor parte del tiempo dando de cabeza en el suelo.

El campamento se había llenado de mujeres de todas las razas de Asia, cautivas, muchas, de las grandes guerras.

Pero igualmente numerosas eran las que habían seguido a los ejércitos luego de que estos hubieron arrasado sus países y muerto o llevado cautivos a sus familiares masculinos.

Vivían en barrios propios y por motivos evidentes habían terminado por ser los mejor resguardados.

Ellas inundaban el campamento con los vivos colores de sus vestidos y la algarabía de cien lenguas distintas. Usando el lenguaje universal de la seducción se llevaban los soldados a sus casas. Con la nostalgia, las emociones de la vida nueva, el régimen metódico, y aunque duro, sano; y sobre todo, la sangre joven que bullía en sus venas, eran fácil presa de las mujeres. Presa fácil y afortunada porque se enamoraban de ellos y día tras día, al atardecer, la misma venía a buscar al mismo. Cuando una unidad permanecía un tiempo en el mismo lugar, era común que gran número de muchachas, más o menos próximas a ser madres, siguieran a sus hombres.

A Lu Babbar lo venía a buscar una rubia de ojos azules, y por lo que se podía apreciar a simple vista, bien provista de lo necesario en los lugares debidos.

Hablaba mimosa y graciosamente una lengua ininteligible, y como Lu Babbar no lograba entenderle, un día, ella, que llevaba una especie de corpiño sin mangas, le echó los brazos al cuello mostrando el dorado vello de las axilas. Lenguaje tan contundente fue entendido al instante por Lu Babbar que, no bien obtenida la licencia de Lugal Bau, se marchó en compañía de la seductora y no reapareció hasta el otro día. Los muchachos, endiabladamente intrigados, le hacían mil preguntas.

—Di: ¿es rubia también...?

Pero bien pronto se hizo popularísima porque solía traer pasteles a los compañeros de Lu Babbar, y un día, al ver a uno de ellos con los ojos terriblemente

inflamados dio a entender que traería un remedio. Cuando regresó traía un frasco de extraña forma, hojas frescas de un árbol y trozos de tela blanca. Hizo que el enfermo pusiera la cabeza en las rodillas de Lu Babbar, echó unas gotas de líquido en los ojos que aparecían llenos de sangre y pus, los cubrió con las hojas y luego los vendó. El pobre enfermo se quejó mucho al principio, pero en un par de días mejoró grandemente y a la semana no quedaban rastros de la inflamación.

Cura tan delicada convirtió a la rubia en objeto del cariñoso respeto de toda la compañía y en médico de la misma. Y vino a ser la fortuna del modesto y bondadoso Lu Babbar porque una mañana vinieron al campamento dos mujeres lujosamente vestidas y preguntaron por la «doctora Lu Babbar». Llamaron a este y las desconocidas explicaron que pertenecían a la casa de un gran jefe militar cuyo hijito, enfermo desde hacía casi una semana, se había agravado en términos tales que no esperaban se salvase.

Desconcertado, Lu Babbar apenas entendía palabra y Lugal Bau traducía a bulto. Llevó a las damas a casa de la rubia, quien, entendiendo algo y adivinando el resto, las siguió.

La casa era toda angustia y las mujeres rodeaban llorando al enfermito que tenía el rostro azulado y los ojos fijos y vueltos hacia el techo. La rubia lo miró; palpó suavemente el vientre; lo puso boca abajo; hizo algunas manipulaciones en la columna vertebral y luego lo volvió a su primera posición. Ella levantó la cabeza, hizo un gesto dando a entender que no había que asustarse tanto, y tomando de la mano a una de las mujeres salió de la casa.

La rubia se dirigió a uno de los suburbios donde se abría un valle lleno de árboles robustos. Sin duda los viejos reyes del Elam habían tenido allí su parque de aclimatación porque hasta el más descuidado de los paseantes podía notar que había plantas de toda especie. El aire estaba perfumado por arbustos aromáticos y flores espléndidas y extrañas.

Anduvo aquí y allá por el parque, escudriñando, y su acompañante observaba admirada que, más que de los vivos ojos azules se ayudaba con su graciosa nariz un tanto respingada y picaresca. Cuando hubo hecho su provisión la envolvió en una tela blanquísima y tomó la mano de su compañera para regresar.

Ya en la casa del pequeño enfermo preparó unas infusiones; hizo que las bebiera y manipuló con él con resultados que parecieron casi mágicos a las espectadoras. Sabido es que los niños persas eran tenidos hasta los cinco años en los departamentos de las mujeres, claro está, entre los nobles.

No había terminado el día cuando el niño estaba sentado en su camita, todo animado y reclamando alimentos. Y antes de cerrar la noche toda Susa hablaba de este milagro, y sitiaban la casa del general solicitando la atención de la «maga», que por menos no la tenían. Mas esta abrigaba ideas propias al respecto. Cuando la esposa

del general, riendo y llorando al mismo tiempo, la abrazó y quiso poner en sus manos una bolsa de monedas de oro, la rubia explicó con una mímica fantástica y graciosa, que el precio de sus servicios era que Lu Babbar quedara con ella en Susa. Todas reían a carcajadas porque entendían a maravilla los gestos de la rubia. Usando de igual lenguaje la esposa del jefe le contestó que no habría dificultad alguna.

—Nunca hubiese creído que la gente pudiera entenderse así —comentó una de las mujeres de la casa. Y otra, de aire muy desenvuelto, añadió:

—Lo que es la rubia, no debe haber tenido trabajo para entenderse con ese lindo mozo. Con lo que tiene para hacerse comprender...

—¿Y él sabrá contestarle...? —planteó tímidamente la medrosita.

—¿Por qué no haces la prueba? —dijo con petulancia la atrevidilla.

—¡Huy, qué cosas dices! —se espantó la ingenua. Y la atrevida cargó la mano para desconcertarla aún más.

—¿No te gustaría tenerlo un rato...? —insinuó con tono intencionado y arrastrando las palabras.

—A él o a otro. Todos son lindos.

—¿Pero... de qué te asustabas, entonces?

—¡De no tenerlo toda la noche, mujer! —aclaró la palomita, y la otra quedó con la boca abierta.

Lu Babbar quedó adscripto a la casa del general, y como se entristeciera por separarse de sus compañeros, Lugal Bau le reprendió afectuosamente:

—¡Déjate de tonterías, bobalicón de mil demonios! Te salvas de fatigas, hambres y lanzazos.

La víspera de la partida Lu Babbar llevó a cenar a su casa a varios de sus compañeros. Habían comprado un precioso chal que obsequiaron a la rubia, quien, tendiéndolo sobre su lindo cuerpo parecía una reina.

Comieron bien y bebieron mejor, y luego se despidieron muy emocionados. Cuando regresaban, alguien deseó ser el chal que envolvía a la rubia, lo que fue motivo para que elaboraran apasionantes conjeturas.

CAPÍTULO XII

La prisionera

Los días pasados en Susa eran ya casi un vago recuerdo en el espíritu de los muchachos. Habían emprendido la marcha hacia el sudeste, en dirección al corazón del imperio y todo había sido un sucederse de profundos desfiladeros, ríos torrentosos, senderos que daban pavor, al borde de los precipios. Cruzaron las Puertas Persas y al cabo de unos días llegaron a Pasargada.

La mayoría quedó desilusionada cuando vio la capital del señor de Asia. Parecía más bien un amontonamiento de barracones, lo que se explicaba porque no había habido tiempo para otras cosas, y el emperador había estado casi siempre en campaña.

—Apenas si han tenido tiempo para bajar de los caballos —comentó Lugal Bau.

Pero ya en Pasargada vieron que se habían iniciado construcciones por todas partes. Un interminable río de hombres y materiales aflucía lenta y penosamente desde las tierras occidentales, adelantando paso a paso por caminos sin fin, y remontando luego con ingente fatiga las pendientes del Zagros hasta ganar las áridas mesetas. Tardaban años enteros en transportar enormes troncos de árboles —cedros de Fenicia y Líbano— mármoles de las Islas, granitos de raros colores, del Mudraya, placas de bronce o alabastro, estatuas y muebles, armas y telas, lingotes de hierro de Armenia... El Camino del Rey partía de Susa y tenía casi mil parasangas hasta llegar a Sardes en el lejano Occidente, y los correos tardaban casi tres meses en recorrerlo.

Nidinta Bel recordó que cuando marchaban a Susa habían llegado al Camino del Rey cerca de una ciudad llamada Ardéricca. Allí Lugal Bau se había encontrado con un viejo amigo. Este le informó que tenía la misión de mejorar el servicio de postas y ampliarlo todo lo que estimara necesario; como también establecer secciones de arreglos y reparaciones para mantener en las mejores condiciones la gran Ruta Real.

—Espero ver el día cuando los correos lleguen a Sardes en sesenta días —anunció el hombre. Ya estaban prolongando la ruta hacia Pasargada.

A esta llegaban día y noche hombres de todas las naciones. Nidinta Bel y muchos de sus compañeros estaban acostumbrados en Babel a ver toda clase de gentes y notaban que Pasargada entera cabía en un barrio de Babel. Pero, por el incesante llegar y partir de correos con el gran gorro rojo y la placa de oro que les abría todo camino, se daban cuenta de que el poder mundial residía ahora en esta aldea desmesurada.

Ya no hacían la vida apacible de Susa. Estaban ahora en un campamento

gigantesco y todo era ejercicios y más ejercicios. Muchos soldados extranjeros entraban en la caballería, cuyo entrenamiento era peligroso.

Lugal Bau exhortaba a los babilonios y mesopotamios en general a aprender a andar a caballo. Explicaba que en las tierras donde seguramente iban a combatir, el caballo era la salvación.

Muchos soldados apenas si conocían los caballos y, por otra parte, con frecuencia les tocaban caballadas semisalvajes; animales tan bravos que se lanzaban contra los hombres, erizadas las crines y los ojos como dos bolas de fuego.

Los hombres se encogían asustados. Entonces Lugal Bau los socorría en el trance. Por fortuna, entre los contingentes semitas había hombres con las aptitudes más diversas. Así el hebreo Iezaiah ben Romelia, menudo y frágil de físico pero incontrastable en el valor. Un día bregaban con un caballo astuto y peligroso que había herido ya a varios soldados. Iezaiah se le acercó silbándole suavemente y en actitud tan tranquila que el animal quedó impresionado. Había también un mocetón de Babilonia, de fuerzas tan descomunales que le basta coger por la cabeza al caballo y doblársela hasta el suelo, tan irresistiblemente que abandonaba toda tentativa de rebelión. Algunos más tenían otros procedimientos eficaces, y con este grupo Lugal Bau se las arreglaba para los casos difíciles. Por lo demás, predicaba siempre a sus hombres:

—¡Vamos, poltrones! ¿Queréis pasar ahora un poco de miedo y algunos golpes, o preferís ir a pie? Pero, ¿y cuándo vayáis huyendo y oigáis el galope de un tocario que se os viene como flecha y por instantes sintáis que os ensarta su lanza...?

Bien sabían que en las tierras escitas el hombre de a pie era un muerto a *plazo* fijo en el caso frecuente de derrotas, mientras que los jinetes tenían probabilidades de salvarse. Y conociendo que el consejo de Lugal Bau era bueno, afrontaban el aprendizaje de equitación.

En Pasargada Nidinta Bel había encontrado a Baalnabu y algún otro amigo, que servían en un escuadrón cuya instrucción había ya terminado, y tuvo ocasión de conversar con ellos sobre asuntos del mayor interés.

Baalnabu inquirió si los hombres tenían unidad de espíritu y Nidinta Bel, que había entendido perfectamente, contestó que se podía estar seguro al respecto.

—¿Y en caso de una batalla o situación difícil? —preguntó Baalnabu como al descuido.

—Yo creo que responderán como deben —informó sonriendo Nidinta Bel—. Entiendo que recibimos excelente instrucción.

Naturalmente, la «instrucción excelente» no se refería a los ejercicios militares.

La conversación continuó en esa tesitura y ni el más suspicaz podría haber entrevisto nada raro en ella. Hilvanaron una serie de reflexiones que contestaban a fondo ciertos problemas...

Los tres amigos se rieron contentos, seguros de haberse entendido. Y, como había esperado Nidinta Bel, no se franquearon más. El, por su parte, no creyó necesario informar que ya otros amigos habían conversado con él sobre «aquello», y había entrado a ser uno de los hilos de la gran red.

Las palabras con que se despidieron fueron formales; pero el abrazo fue cálido y fraternal.

De pronto llegó la orden de ponerse en marcha hacia el Este. Las tropas comenzaron a salir de Pasargada; en el segundo día la caballería mesopotamia abandonó la capital y poco después marchaban sobre altas mesetas. Ya comenzaba a hacer frío.

Se internaron por desoladas llanuras, pasaron al borde de desiertos de sal, contemplaron ruinas extrañísimas y caseríos solitarios. Iban a las provincias recientemente anexadas por Kurash, junto al vago mundo que llamaban Sindhu o Hind. Los habitantes de esas provincias, montañeses recios y bravos, no terminaban de pacificarse. Luego de más de un mes de marcha descendieron a valles profundos y enormes, circuidos por murallones de montañas desmesuradas. Pero por los veteranos que habían estado ya allí, supieron que estas no eran cosa del otro mundo en comparación con las que había en las fronteras de las nuevas provincias: enormidades que tocaban el cielo con sus cumbres de hielo eternamente envueltas en tremendas tempestades; valles inmensos para descender a los cuales se tardaba semanas enteras.

Los soldados contemplaban ciudades extrañas, castillos en alturas asombrosas, hombres de aire impávido y altivo. Los ríos corrían por cauces profundos y umbríos.

—Dicen que estas gentes nunca habían conocido conquistadores —comentó Belnahid mirando una aldea bastante considerable asentada sobre una altura cuyas paredes estaban cortadas a pico.

—No veo que haya mucho por conquistar aquí —observó Iezaiah.

—Debe ser gente difícil de vencer y que se te va en un instante.

—Mejor que se vayan. Ha de costar más conquistar una de estas aldeas que un reino en la Aram Naharayim —volvió a hablar Iezaiah.

—¿Qué es lo que defienden tanto si apenas tienen qué perder? —inquirió curiosamente Nidinta Bel.

—Pues... porque lo poco que tienen, por lo menos es de ellos. —¿Y en el Aram?

—Allí hay riquezas. Pero no son de los que reciben los lanzazos...

El jefe de la división era un general muy joven llamado Artaxar. Activísimo, estaba todo el día a caballo, y al parecer era gran aficionado a la caza, persiguiendo a la cual se metía por senderos impenetrables. Le gustaba, a mitad de la excursión, preguntar a los oficiales y soldados a qué distancia se hallaban del punto de partida y en qué dirección, y recompensaba pródigamente a los que contestaban mejor. Lugal Bau ganó veinte monedas lidias y el mando provisional de media brigada, porque no

sólo demostró conocer varios senderos importantes y casi invisibles, sino que por ellos llevó toda la partida de vuelta a uno de los fuertes, sin que la guarnición los sintiera hasta que desembocaron en el glacis. Aunque el comandante del fuerte era un noble persa, Artaxar lo relevó al instante. Esta rigurosa imparcialidad impresionó muy bien a los hombres y los estimuló al comprobar que el jefe premiaba al mérito, fuera quien fuese el que lo tenía.

Estaba prohibido bajo pena de muerte hablar palabra sobre estas excursiones, donde los habitantes pudieran oír. De noche salía secretamente el general con una patrulla y se internaba por espesuras fragosas. Luego de un par de horas de marcha, se detenía, dejaban cualquier objeto en el lugar y volvían con igual silencio y secreto.

Cuando se hacía de día enviaba otra patrulla a buscar el objeto y los hombres tenían que orientarse solamente por las huellas dejadas la noche anterior. Iezaiiah venció a todos en esta clase de ejercicios, inclusive a soldados bakhtrios que habían sido pastores, y a un oficial persa pariente de Artaxar, dotado de un instinto asombroso para leer los débiles rastros dejados por el paso de un animal ligero, o un hombre, percibiendo circunstancias que parecían un prodigio.

Iezaiiah fue nombrado jefe de los guías, unidad importante en la situación del momento y tácticas del jefe. Belnahid supo llevar un grupo con tal cuidado y acierto que pasó por entre otros tres que lo vigilaban, sin ser notado; y el general lo agregó a su escolta. Una noche fue tan intrincada la excursión que terminaron por extraviarse. Entonces Nidinta Bel cortó ramas de un lado y otro del árbol y a la luz de una llamita que produjeron, observó los cortes de las ramas.

—El Este es aquel lado —dijo, y señaló en la oscuridad. Luego de marchar unos momentos salieron a un claro y ya continuaron sin dificultades.

—Mi abuelo sabía todo sobre plantas —explicó después— y me enseñó que en un árbol las ramas del lado del Este tienen un corte distinto que las del lado de Poniente.

Los soldados comprendían que en caso de un levantamiento los naturales coparían los caminos y entradas de la región y luego procederían a exterminarlos metódicamente. Por eso el general preparaba su contramaniobra con estos estudios del terreno probable de lucha, y sus hombres estaban alerta en todos los ejercicios, comprendiendo que en ello les iba la vida. Felizmente las poblaciones se mantenían tranquilas.

No obstante...

Casi antes de que se dieran cuenta tuvieron encima el ataque, bien concebido y mejor llevado. No habían tocado el suelo los heridos por la primera descarga de flechas cuando los montañeses llegaron como un muro que se derrumba.

—¡Atención! —gritó el general con voz terrible. Mandó a su ayudante cubrir la retaguardia con un batallón; desprendió a Lugal Bau con una cortina de tiradores

ligeros, seguidos por escalones de apoyo para que coparan un sendero que corría a la izquierda y desembocaba a retaguardia de la dirección del ataque; hizo cubrir la derecha con piqueros pesados. Todo esto se desarrolló en menos tiempo del tardado en contarlo.

—¡A ellos! ¡Vamos, muchachos! —gritó Artaxar, y la masa partió como una exhalación. El choque fue terrible; tan denso el entrevero que, pudiendo apenas mover los brazos unos y otros echaron mano a los puñales o se aferraban de los cuellos. Durante largo rato se prolongó, feroz y casi sin un grito, la pelea, hasta que los tiradores ligeros llegaron a retaguardia de los montañeses y comenzaron a derribarlos por docenas. Nidinta Bel, que acertó a hallarse junto al general cuando se produjo el ataque condujo varios pelotones de la escolta montada y aprovechó el desorden que comenzaba a difundirse entre los montañeses, ahora atacados por todas partes se metió por entre ellos acribillándolos a lanzazos, y al fin los dispersó en todas direcciones.

Muchos hombres habían caído en el primer momento del choque contra los montañeses. El general reorganizó su fuerza y marcharon a escape a apoderarse del poblado vecino, mientras los contusos y los que habían perdido sus caballos se encargaban de los muertos y heridos, que no eran pocos.

Nidinta Bel, Belnahid, Karanatu, Kakkabu, Kusar y oíros mesopotamios habían salido ilesos ellos y sus cabalgaduras, y siguieron a toda rienda hacia la aldea. La vieron en cuanto desembocaron al valle y notaron que los montañeses, tanto los derrotados en el reciente encuentro como los que estaban en el caserío, bastante grande y no del todo desprovisto de lienzos de muralla y otras defensas, se preparaban a defenderlo.

El general y sus jinetes se habían lanzado como un rayo para no darles tiempo a nada, y entraron por una de las puertas, revueltos unos con otros. Un nuevo combate, tan encarnizado como el primero, se desarrollaba en calles y casas, y los hombres mataban y morían por veintenas. Al fin fue decreciendo el estruendo; la organización se imponía al valor por heroico que este fuese, y apenas quedaba aquí y allá algún grupo de montañeses defendiéndose.

Nidinta Bel iba a desmontar, atormentado por la sed, cerca de una casa, cuando comenzó a abrirse la puerta. No bien asomó quien, al parecer, salía, picó Nidinta Bel a su caballo y ya iba a atravesar al sospechoso con su lanza, cuando, al hacer aquel un movimiento como de sorpresa cayó hacia atrás su capucha o gorro. Nidinta Bel apenas pudo desviar su lanza y vio que unos grandes ojos oscuros lo miraban, más con sorpresa que otra cosa.

Se apeó y se acercaba a la muchacha cuando esta le arrojó un cuchillo que le pasó junto al rostro. Furioso, Nidinta Bel se le fue encima; forcejearon violentamente; lo mareaba su aroma embriagante de mujer, su aliento fresco.

De pronto ella se desarticuló totalmente. Se dio cuenta Nidinta Bel de que la muchacha perdía el conocimiento, los grandes ojos estaban cerrados. La levantó y entró en la casa. En la segunda habitación había un lecho; la colocó suavemente en él.

Entonces recordó la sed que le quemaba la garganta, y buscando, encontró una garrafa. Bebió con ansia y se sintió revivir. Pensó en su caballo, y salió corriendo: el animal, agotado y cubierto de espuma, estaba en el mismo sitio; la cabeza gacha, jadeando. Lo trabó, echando agua en el hueco de la mano le hacía beber.

Volvió a entrar en la casa y mirando en torno suyo vio un jarro de madera sobre un estante. Aunque su pensamiento estaba aturdido por las emociones del momento terrible que acababa de vivir, mientras vertía un poco de agua en el jarro notó que la extraña madera de que estaba hecho había sido labrada con un gusto exquisito. Se acercó a la muchacha, le levantó la cabeza y le mojó los labios. Ella abrió los ojos, turbios y vacilantes, que se detuvieron en el rostro de Nidinta Bel. Este miraba, lleno de compasión, la cara que se había vuelto demacrada y descolorida. ¿Qué había sido de la salvaje energía que momentos antes la había sostenido? Ahora estaba quebrada, deshecha...

La cabeza de Nidinta Bel giraba. Había vivido una experiencia terrible: la de matar hombres, herirlos, derribarlos. En el primer combate había sentido a través del hierro de la lanza la penetración en el cuerpo de su adversario, y aún en el apuro desesperado de aquel instante las náuseas le revolviéron todo. Luego, en la persecución había alcanzado a otro y le había dado de filo con el akinakes, le parecía que en el cuello, y continuado la carrera furiosa. ¡Qué horror había sido todo!, pensó vagamente.

De pronto se dio cuenta de que no podía quedarse ahí, sentado; tenía que reunirse con sus compañeros. Se levantó, tocó a la muchacha en un brazo, le puso cerca el agua, le sonrió tristemente, hizo un ademán de compasión y despedida, y salió. Cuando iba a montar llegaron, dando vuelta a una callejuela, Lugal Bau, Karanatu, Belnahid, Kakkabu, y varios lanceros sacios y persas. En dos palabras lo informaron de que los hombres de la población estaban todos muertos, salvo algún fugitivo; y que las mujeres, cautivas, habían sido reunidas en una especie de plaza.

Nidinta Bel cayó en cuenta de algo.

—¿La aldea queda desierta? —inquirió.

—Por lo menos, nadie vivo, que sepamos —contestó uno de los sacios.

—Aquí hay una muchacha —informó Nidinta Bel, indicando la casa.

—Llévala, es prisionera tuya —ordenó Lugal Bau.

Desconcertado, Nidinta Bel entró en la casa y tomó de la mano a la muchacha, que estaba sentada en el lecho, la mirada ausente.

Cuando salieron, uno de los soldados que hablaba algo la lengua del país, le dio a entender lo que había ocurrido y que debía reunirse a las demás mujeres y niños

llevando todo lo que pudiera de sus cosas. Muy pálida, ella había escuchado. Volvió a la casa, y cuando reapareció llevaba una bolsa de piel con ropas. El soldado que había servido de intérprete pidió a Nidinta Bel algún objeto, o que escribiera su nombre en algo, para que sirviera de salvoconducto a la muchacha.

—De otro modo, alguno se meterá con ella. Veo que es mi linda —explicó el hombre, sonriendo.

Lo único que Nidinta Bel llevaba encima, y que podía servir, era un amuleto de Nabu con su nombre al dorso. Abrió el jubón, sacó el amuleto con la cadena de oro y se lo puso a la prisionera.

De pronto se le ocurrió algo.

—Pregúntale cómo se llama —pidió al intérprete. Este se lo preguntó.

—Hayar Malka —respondió la muchacha. La campaña fue muy ruda. Los montañeses, nada abatidos por las derrotas, y aclimatados a las temperaturas extremas, se defendían con inteligencia, aprovechando admirablemente las ventajas del terreno. El general se lamentaba de perder tan buenos soldados como tenía para doblegar a hombres tan valientes. Miraba un día a un grupo que había caído prisionero luego de encarnizada pelea, casi todos los hombres con dos o tres heridas. Pero no deponían su actitud altiva.

—¡Qué lástima! Con cien mil hombres como estos nuestro Rey tendría la Escitia en un bolsillo del kandys —comentó volviéndose a sus oficiales.

Habían tenido que soportar el frío de las terribles alturas. Los persas, montañeses también y veteranos en su mayoría, lo soportaron mejor. Pero los soldados mesopotamios, en especial los de Babel y el Bajo país o Mat Tamtim, sucumbían a la rudeza cruel del clima. Artaxar estaba muy satisfecho del magnífico comportamiento de los mesopotamios, y todos sabían que cada vez hacía más caso de Lugal Bau, sólido veterano, famoso por su tranquilidad y golpe de vista en el combate. Hablando con él una mañana, sobre la epidemia que se difundía, Artaxar lo consultó:

—¿Qué te parece oportuno?

—Con la paliza que les hemos dado, el enemigo no está para más por mucho tiempo. Por otra parte, si seguimos en estas alturas, en una semana más quedamos sin gente...

—De modo que hay que retirarse de inmediato a las guarniciones —completó el general—. Da las órdenes necesarias.

Una mañana Nidinta Bel no pudo subir a caballo. Tan pesado sentía el cuerpo que mover una mano le costaba un esfuerzo tremendo.

Lo pusieron en un carro, lo cubrieron de mantas. Cerró los ojos cuyos párpados le pesaban como piedras, y quedó sumido en la oscuridad.

Luego de un lapso de horas o días —había perdido la conciencia del tiempo— oyó voces en torno suyo, y entreabriendo penosamente los ojos distinguió rostros;

sintió que lo transportaban.

Durante varios días lo pasó muy mal. Un malestar insoportable lo torturaba; terribles punzadas le desgarraban el pecho, le acribillaban la espalda. Entreabría los ojos; veía que el techo subía a inmensa altura y náuseas horribles le revolvían el estómago. Alguien le daba bebidas calientes, reclinándolo cuidadosamente.

De pronto, una noche comenzó a transpirar tan profusamente que se sintió empapado; luego se durmió como una piedra durante muchas horas. Cuando despertó se dio cuenta de que ya no sentía los dolores que lo habían atormentado tanto, pero no podía mover una mano, tan agotado se sentía.

Miró vagamente en torno suyo. En el suelo, cerca de su cama, acurrucada sobre una manta estaba durmiendo una persona, y como tenía el rostro vuelto hacia él reconoció a su prisionera.

Parecía pequeña y frágil, pero recordó súbitamente la lucha sostenida con ella y la fiera energía que había desplegado esta. De pronto un recuerdo lo estremeció... su aroma; y luego un escalofrío al comprender que sin duda era ella quien lo había cuidado. Un sentimiento que era a la vez de remordimiento, compasión y ternura...

Se movió, incómodo, y la muchacha se despertó. En un instante estuvo de pie, alisándose instintivamente las ropas. Se le acercó, lo observó con sus grandes ojos oscuros y Nidinta Bel comprendió que ella reflexionaba sobre su estado.

Hayar Malka tiró de la cadena, le mostró el amuleto y él se tocó el corazón, significándole que comprendía. Ella salió y Nidinta Bel la oyó durante un rato andar en la habitación inmediata. Luego de un momento de silencio escuchó el crepitar del fuego, y comprendió que en el intervalo había ido a buscar brasas.

La muchacha asomó y con una jarra le hizo señas de que le preparaba algo para beber. Pero un instante después entró con un pequeño cubo de agua; empapó un trozo de paño y le lavó rostro y manos. Nidinta Bel quiso hacerlo él mismo pero ella no se lo permitió.

Cuando ella volvió de lo que Nidinta Bel supuso sería la cocina, el ambiente se llenó con el aromático olor de una infusión. Ella lo levantó un poco y le hacía beber de a pequeños sorbos la extraña pócima, de perfume y gusto tan vivificantes que le pareció que lo saturaban todo. Un profundo bienestar se difundió por su cuerpo y no supo cuándo ni cómo se quedó dormido.

Cuando despertó era la tarde, y Nidinta Bel vio a su «prisionera» sentada junto al lecho. Ella le dijo algunas palabras que Nidinta Bel no entendió. La muchacha fue a la otra habitación y reapareció al cabo de pocos momentos con una taza de leche con miel y un trozo de pan.

Nidinta Bel quiso decirle algunas palabras para agradecerle sus cuidados, en una mezcla de persa —de cuyo vocabulario dominaba casi únicamente los términos militares y las muchas expresiones formidablemente gráficas pero irreproducibles,

oídas a los soldados—, y de la lengua del país.

Le pareció que desde un punto de vista puramente filológico, su tentativa había sido el más completo fracaso. Pero el propósito en sí había triunfado y ella sonreía mientras con sus gestos restaba importancia a lo que había hecho. Sacó el amuleto y se lo mostró. Nidinta Bel supuso que ella había querido indicarle que era su sierva y debía atenderlo. El hizo un vivo gesto de negación y la muchacha, luego de mirarlo atentamente se tocó el pecho con el amuleto, y Nidinta Bel volvió a denegar con la cabeza. Se miraron los dos y al fin, captando lo cómico del juego en que se entendían sin entenderse, soltaron la risa al mismo tiempo.

En unos días más Nidinta Bel se repuso y le resultaba increíble sentirse tan bien a poco de haber sido su cuerpo una masa dolorida e inerme.

Por otra parte estaba ansioso de resolver algunos problemas, el más importante de los cuales y que más lo preocupaba era el que la cautiva, luego de cuidarlo durante todo el día —y posiblemente, pensaba él—, durante las noches en que había estado tan mal, durmiera en el suelo. Había notado la presencia de un cofre y llamó la atención de Hayar Malka acerca de él. La muchacha lo acercó a Nidinta Bel, levantó la tapa, y él vio cuidadosamente ordenadas sus ropas y demás objetos.

Con palabras y ademanes quiso saber dónde ella tenía sus cosas. La muchacha fue a la habitación vecina y volvió con la bolsa de piel que Nidinta Bel había visto el día que tomaron la aldea.

Nidinta Bel le dio a entender que las ropas se arrugaban en la bolsa, a lo que ella respondió sacando un vestido y mostrando que estaba en orden. Nidinta Bel replicó que aún así deseaba que estuvieran en el mismo cofre las ropas de ambos. Finalmente le pidió que del cofre tomara un jubón con un bolsillo interior del que extrajo un saquito. Volcó sobre la cama el contenido: cuatro monedas lidias, «ruedas de Sardes que hacían andar muy bien el carro de la vida», como había dicho Alyattes una vez; seis Cabezas de Istar, una larga cadena de oro que sujetaba una medalla con el retrato de su madre.

Hayar Malka lo observó con admiración.

—¿Matar? —inquirió. «¿Tu madre?».

Comprendió, sorprendido, la palabra; la misma que en persa y en ianuna. ¿Así que «madre» se decía lo mismo? Y esta gente, en efecto, era muy semejante a los persas y ianunas...

Entonces cayó en cuenta, también, de que la muchacha era rápida de entendimiento.

Nidinta Bel comprendió que ella había quedado pensando en sus propios padres, y luego de un arduo diálogo sacó en limpio que la madre había muerto hacía tiempo, y en cuanto al padre, que según entendió, se llamaba Pauraua, se hallaba lejos. Nidinta Bel dedujo de lo que alcanzó a comprender, que Pauraua había sido uno de

los jefes del levantamiento, y esto lo llevó a pensar en la natural distinción de su prisionera.

Luego puso en la mano de la muchacha dos Cabezas de Istar indicándole que eran para ella. Hayar Malka dio a entender que las usaría en adquirirlle cosas; fue hasta el cofre y le mostró sus ropas gastadas. Nidinta Bel hizo un enfático gesto de prohibición a la idea, y con igual energía ella le dio a entender su resolución de llevarla a cabo, es decir, comprarle algunas prendas. Finalmente él tomó la medalla con el retrato y haciendo acercar a su cautiva se la puso al cuello, y como era muy larga alcanzó para dos vueltas. Luego miró apreciativamente a la muchacha, pero esta se quitó la cadena y se la puso en la mano, con gestos que significaban «un presente de la madre no debe darse a nadie». Mas él explicó que justamente ella había sido una madre para él...

Mientras discutían esta cuestión estaban cerca uno del otro y él sentía su dulce aroma. Le volvió a colocar la medalla pero ahora él la tenía en sus brazos, y le hablaba sin recordar que ella no entendía su lengua. Ella respondía en voz baja en la suya y estaba acurrucada contra él. Nidinta Bel se tocó la barba crecida y con un gesto sugirió que su aspecto era deplorable. Pero ella le pasó suavemente la mano por la cara y su rostro se volvió indeciblemente dulce. De pronto juntaron sus bocas como si tuvieran inapagable sed uno de otro, y no fueron más que uno...

La rebelión vino a producir un resultado imprevisto: el de convertir las tropas expedicionarias en una colonia militar. En las cruentas batallas, en las tomas por asalto de ciudades, poblados y fortalezas, los montañeses habían sido diezmados en masa y los sobrevivientes habían huido a montes inaccesibles o pasado los ríos, refugiándose en otras tierras del Sindhu o de Aria. En docenas de poblaciones los hombres adultos habían desaparecido casi del todo; y entonces, no tanto como cautivas sino por imposición de los hechos, las mujeres y niños se habían agregado al ejército, una entidad organizada y fuerte que podía salvarlos del desamparo, del hambre de las fieras y el invierno. Por otra parte, el problema de la falta de hombres que trabajaran el suelo afectaba al ejército mismo.

Los lugares antiguos quedaron abandonados y surgieron poblados en torno de las guarniciones. La ley de la vida se imponía; los soldados no sólo se unían a sus relativamente cautivas, sino que trataban de instalarse como habían vivido de antiguo, en casa aparte y con su mujer. Construían sus casas más o menos bien, alrededor de los cuarteles, y se intercambiaban servicios, y así los que habían sido albañiles se encargaban de las construcciones; herreros y carpinteros retomaban los viejos oficios. Habían aparecido tejedores, escribas, músicos y, ni qué decir, los inevitables chalanos y comerciantes, que no se sabía cómo hacían aparecer diversos artículos cuya existencia nadie hubiera podido sospechar en aquellas tierras. En cuanto a los mesopotamios, eximios agricultores desde hacía milenios, aprovechaban el

maravilloso suelo, sembraban trigo, cultivaban huertas y frutales...

La vida múltiple de las gentes civilizadas se organizaba con la ayuda invaluable de las mujeres nativas, que salían de la vida cerrada y sin futuro que habían llevado hasta ahora. Sus espíritus, mantenidos en quietud y monotonía, se abrían de golpe y sin moldes deformadores, a todas las iniciativas y novedades de una vida llena de variedad y color.

El general en jefe comentaba el caso entre serio y risueño:

—Los montañeses intentaron destruir el ejército y lo hicieron más duro y unido. Y he aquí que las mujeres casi me lo han disuelto... Y no hay cómo evitarlo; no puedo prohibir que se acerquen unos a otros, y una vez que se acercan... ¡adiós!

(Artaxar mismo se había «acercado» a una rubia preciosa tomada en un castillo fuerte del Sindh, y él también... ¡adiós!).

—Vamos a solicitar un complemento de tres mil conscriptos, —indicó a Lugal Bau.

Cuando Nidinta Bel despertaba veía junto al suyo el rostro de su «cautiva»; oía la respiración suave que elevaba sus senos; oprimía la pequeña mano tomada de la suya; sentía el cuerpo tibio y adorado. ¡Su cautiva! De los dos, ¿cuál era el cautivo?

La muchacha dormía suavemente, pero pareció sentir su mirada; entreabrió los ojos y se apretó contra él.

—Nadita Bira... —susurró. Nidinta Bel le enseñaba a hablar en babilonio y ella su idioma, suave y claro, extrañamente parecido al persa. Había notado que persas y montañeses se entendían bastante bien al cabo de poco, pero no los mesopotamios, árabes y fenicios.

Hijo refinado de una cultura multimilenaria provista de medios de expresión evolucionadísimos, Nidinta Bel atravesaba por una extraña experiencia con esta muchacha que le expresaba maravillosamente su amor y sus pensamientos más recónditos, con sus ojos, sus actitudes y movimientos. Y suponía que lo mismo era él transparente para Hayar Malka, por iguales motivos y con idénticos medios.

Aún cuando ya podían entenderse bastante hablando, y Hayar Malka aprendía rápidamente la ciencia de la escritura, con esa capacidad de asimilación que poseían las mujeres del país, preferían aún comunicarse con miradas y gestos.

Nidinta Bel había llegado a preguntarse, inclusive, si los lenguajes hablados no serían más que una cortina. Pues las palabras son vagas, inseguras y resbaladizas; un instrumento impersonal que nada puede decir de quien lo usa... Aunque también haya actitudes y gestos convencionales. La veía andar por la casa, contemplaba las hermosas líneas de su cuerpo, la nativa nobleza de sus actitudes. Hayar Malka parecía sentir su deseo y encenderse en él porque se volvía y venía a sus brazos...

Un día tuvo una experiencia a la que no hubiera asignado significación alguna de no haber estado familiarizado en pensamientos afines.

En cuanto había podido caminar sin demasiada fatiga había ido a visitar a su jefe inmediato, Lugal Bau. Tenía este ahora el mando de una brigada y el título de huverezyanga-benefactor del Rey. Herido tres veces durante la campaña, había continuado al frente de sus hombres, y en la fase final de las operaciones cumplió una misión de gran audacia y peligro, acompañado sólo por Iezaiah, Belnahid y veinte soldados mesopotamios. Sin que el enemigo los oyera habían llegado hasta su retaguardia profunda descubriendo una ruta que llevaba a posiciones claves. Al otro día, mientras Artaxar amagaba de frente para distraer a los montañeses, Lugal Bau hizo una rápida marcha, ocupó el nudo de las posiciones de aquellos y la defensa se derrumbó inevitablemente. Belnahid era ahora Jefe de Doscientos y mandaba la escolta; Iezaiah, que ya mandaba a los Guías, tomó a su cargo todos los servicios de información. Bien, pues. Mientras conversaban pasaron por un gran corral donde estaba encerrado un centenar de caballos y de pronto oyeron el alegre relincho de uno de ellos que se acercaba al trote. Reconoció Nidinta Bel al suyo, que lo había traído desde Susa en largos meses de marcha y que ahora, sacando la cabeza por encima de la empalizada la frotaba contra el hombro de su amo. Conmovido, Nidinta Bel acariciaba al fiel «Estrella». Recordó que llevaba en el bolsillo un trozo de esa extraña caña dulce como la miel, que solía encontrarse en el país. Se la puso en la boca y el animal la masticaba con evidente placer mientras continuaba frotando su cabeza contra el hombro de Nidinta Bel.

De pronto comprendió que «Estrella» usaba un modo de expresarse idéntico al suyo con Hayar Malka, y esta con él, y también, igualmente inequívoco. Y se quedó pensando en la sinceridad con que el animal se expresaba, y en la fe que él, Nidinta Bel, sentía en la verdad de su caballo...

Tan absorto había quedado en estas reflexiones que casi se sobresaltó al oír a Lugal Bau.

—¿Qué te pasa? Has quedado inmóvil y con una cara más rara...

Nidinta Bel miró a su jefe y amigo con aire pensativo.

—Perdóname. Siempre he sido aficionado a pensar. Saben los dioses lo que pensarías si te contara lo que me andaba por la cabeza.

—Hum... ¿y quién dice que me asombraría? ¿Ideas raras? Bah, ¿quién no las tiene? Sólo que nos las guardamos...

Se quedó mirando hacia el suelo, dando vueltas a quién sabe qué cosas.

Nidinta Bel notó en su amigo un aire vago, de dulzura y perplejidad a la vez.

De pronto Lugal Bau se volvió.

—¿Vamos a casa? Tengo un vinito... ¡clic! —se regodeó—, y dos patos asados. Espera.

Llamó a un soldado.

—Ve a casa del jefe Nidinta Bel y di al ama que el señor comerá conmigo.

Cuando llegaron a la casa de Lugal Bau —que, como todas, era rústica, pero cómoda y sólida—, Nidinta Bel observó que todo estaba mantenido con exquisita limpieza. Vino a recibirlos la «cautiva» de Lugal Bau, y Nidinta Bel notó al instante que la cautividad era mutua y muy dulce, a juzgar por el beso que cambiaron y sus miradas. Tendría ella unos treinta años; sus ojos azul profundo eran muy bellos y llenos de ternura cuando se fijaron en su dueño; y era evidente para cualquiera, que disponía de todo lo necesario.

—¡Qué hermoso cuerpo! ¡Dichoso Lugal Bau! —pensó, y luego se preguntó qué harían en este país con las mujeres feas... si las había.

—Esta es Haydarit Malitia - Lugal la presentó, y la dama sonrió cariñosamente a Nidinta Bel como si lo conociese desde quién sabe cuándo.

—Muchas veces fuimos a verte cuando estabas tan mal —explicó Lugal Bau. De pronto se golpeó la frente.

—¡Por el señor Dos Tercios! ¡Debí pensarlo antes! ¿Por qué no traes a tu muchacha? ¿Sabes cómo te ha cuidado día y noche? A cada momento estaba en la guarnición pidiendo cosas, hasta que te tuvo a cuerpo de rey, y, a fe mía... le debes la vida.

Nidinta Bel sintió que su corazón se fundía. Bajó la cabeza y dijo con voz un poco ronca:

Sé que no tengo cómo pagarle.

—Amándola mucho bastará —respondió sencillamente el amigo. Se puso este a hablar con su mujer en la lengua del país y Nidinta Bel comprendió, más o menos, que le pedía que fuera a traer a Hayar Malka. Ella no habló nada pero su rostro se iluminó. Entró en la habitación inmediata y reapareció poniéndose un velo, tras de lo cual salió con un aire tan gracioso que Nidinta Bel se quedó boquiabierto.

—¿Por qué se cubrirán los rostros?

—Con tal de que nos descubran lo demás... —filosofó Lugal Bau, con tono que quería ser cínico pero que trasuntaba ternura. Luego se inclinó hacia su camarada.

—¿Sabes? Es preciosa, y tiene un aroma... que...

Hizo un gesto de éxtasis y Nidinta Bel recordó el perfume de Hayar Malka, profundo como un río de olvido.

Un momento después entraban las dos damas parlotando suavemente en su lengua; y no tardaron los cuatro en hacer los honores al vino de una gran garrafa, y a los dos patos que «eran una crema». Hayar Malka había traído una hogaza y pasteles.

—No me extraña que tengas pensamientos raros. Yo también me admiro de lo que ha sucedido conmigo. Casi treinta años he andado por el camino de la guerra, dando y recibiendo golpes y atravesando toda suerte de peripecias. Y a los cuarenta y cinco años, cuando creía haber venido al fondo del mundo a dejar los huesos, encuentro lo que los hombres llaman prosperidad y dicha. Jamás hubiera imaginado que luego de

quedar reducido a nada en nuestra tierra y nuestro ejército, llegaría bajo un dominio extranjero —que por cierto no quiero—, a oficial superior y con perspectivas seguras de llegar a mucho más. ¿Sabes que todas las tropas mesopotamias, árabes y fenicias, van a ser organizadas en un ejército cuyo mando me dejará Artaxar?

—¡No digas! — exclamó contento Nidinta Bel. —Pues... así es. Pero todo ese cambio afortunado ha venido con cosas inesperadas. Me jugué mil veces la vida por un grado, en las primeras filas de los asaltos, y en las misiones peligrosas, y fui ascendiendo pero sin llamar demasiado la atención. Luego, digamos, por mi imprudencia, perdí todo y quedé en simple veterano rutinario, resignado a tirar hasta que el plomo de una honda, un lanzazo o una flecha me tendieran para siempre. Mujeres, cautivas o no, no me faltaron nunca, y vino tampoco. Y mira, justamente aquí, país que no podíamos imaginar que veríamos, encuentro... Miró hacia su mujer.

¿Pero, cómo se entiende... —continuó—, tú que has estudiado tanto?

—¿Cómo se entiende qué? —inquirió Nidinta Bel.

—Que a causa de la fortuna y de la dicha, venidas cuando ya no pensaba en ellas, me sienta a veces pobre e infortunado... ¿No es de creer que uno piensa que va hacia el Este y de pronto se encuentra con que ha llegado al Poniente?

Nidinta Bel lo miró sorprendido. Algo así le ocurría a él también, y por otra parte, la comparación de su amigo había traído a su memoria meditaciones extrañas, paradojas que lo habían preocupado mucho tiempo hacía.

—La cosa no puede ser más sencilla. Antes, a fuerza de no tener nada para ser feliz, al fin lo era, porque tampoco temía perder nada...

—Sospechaba lo que me ibas a decir. A mí me ocurre lo mismo. Pero, ¿por qué estás triste? ¿Tienes enemigos? ¿Te sientes enfermo?

—No. Pero se acerca una gran guerra.

—Finalmente, ¿eh? ¿Los escitas?

Lugal Bau asintió. Nidinta Bel quedó muy impresionado.

—¿Volveremos de ella? —inquirió, casi sin dirigirse a nadie.

—No hay acuerdo entre los grandes jefes. La mayoría teme internarse en esas tierras ilimitadas.

—Y sin saber a cuántos enemigos se habrá de enfrentar.

—Y sobre todo eso, los grandes jefes han recibido recompensas inmensas. Por otro lado, son hombres con edad, hartos de marchas y batallas...

—¡Eso! Pero el Rey, a causa de los acontecimientos que lo han llevado a un increíble poder, aunque hombre de juicio bonísimo, parece creerse un tanto elegido de los dioses...

—¿Y acaso, también, un poco dios él mismo...?

Lugal Bau reflexionó un momento.

—¡Vaya a saberse! Pero, a la verdad, no lo censuraría yo. Los imperios se han

derrumbado ante él casi misteriosamente...

—Pero, sabiendo cómo ocurrieron las cosas...

—Sí, sí. Ya sé que los «designios inexcrutables de los dioses» en cuya virtud él es dueño de Asia, fueron producidos por él mismo; fueron informaciones exactas, astucia para aprovechar las divisiones, cálculo frío para aprovechar ocasiones.

—De modo que es más grande como simple hombre que sabe resolver problemas, que como favorito de los dioses... ¿eh?

—¡Eso!

Entonces Nidinta Bel recordó la visita que con sus compañeros hiciera a la Bab Belti la víspera de la entrada de Gobryas, e incidentalmente nombró a Shanel.

Lugal Bau levantó la *cabeza* sorprendido.

—¿Un jefe de Quinientos, alto, de pecho anchísimo, barba negra...?

—El mismo.

—Fue jefe mío un tiempo. Cuando lo conocí era jefe de Diez; un gran mocetón tarambana. Hice con él la campaña del Haurán del Norte; en las montañas de Aman salvó la vida al general y lo hicieron jefe de Cincuenta, recomendado para jefe de Cien. Luego dimos caza a unas tribus rebeldes del desierto de Amurrú. No podíamos cargar con los prisioneros, así que matábamos a los hombres y llevábamos a las mujeres; nos tocaron a razón de tres y cuarto a cada uno. ¡Por la barba de Marduk!, fue un tiempo movido y loco aquel.

»Luego fuimos a Harrán; había habido no sé qué levantamiento. Los rebeldes eran bravos, muchos y bien organizados, y el asalto fue de lo más sangriento. Shanel plantó la primera escala y trepó; detrás lo seguimos sus hombres como leones y nos apoderamos de una puerta entre un estruendo espantoso, peor que un terremoto. Los cadáveres formaban pilas; no he visto cosa igual. Allí Shanel fue hecho Jefe de Cien con dos collares del valor, lo que equivalía a abrirle el escalafón. Recuerdo que cuando el general Phul Belessys le imponía el grado y los collares, Shanel estaba cubierto de sangre propia y ajena.

»Después lo perdí de vista; supe que estaba en la frontera meda para el lado de Assur.

Lugal Bau se quedó pensando.

—Los bastiones de Babel son inexpugnables y pueden defenderlos hasta las mujeres y niños. Es extraño que Kurash no les haya abierto mil brechas.

—¿Por qué?

—Pues... es hombre mortal; ya tiene años y anda en peligros. Puede sucederle un rey débil; estallar una guerra civil...

—En cuyo caso una rebelión en Babel sería decisiva. Si defienden bien las murallas no bastarían todas las fuerzas del imperio...

—¿Es fundada esa opinión? —preguntó Nidinta Bel con extraña voz, Lugal Bau

lo miró atentamente; le oprimió el brazo con afecto; habló en voz baja:

—Hermano: es lo más seguro que hay. Pero... mientras tanto los otros pueblos deberían moverse, pues Babel se quedaría sin alimentos. Ojo con ese asunto... sin comer no se puede vivir... Por eso, no hay como un gran ejército...

Los dos amigos, seguros de que se entendían bien, quedaron en silencio un rato. Luego añadió Lugal Bau:

—Entretanto, se habla de esta guerra como de la más peligrosa que se pueda imaginar, y estoy seguro de que a todos le volvería el alma al cuerpo si el asunto quedara en nada...

—Con la preciosa rubia que tiene y lo bien que se lleva con ella, maldita la gracia que le hará a Artaxar ir a pasar malos días y peores noches, y con muchas perspectivas de quedar en esas tierras del diablo. Y lo mismo nosotros. Tendríamos que estar locos para entusiasmarnos, dejar nuestras mujeres tan cariñosas e irnos a corretear... dicen que se puede cabalgar semanas enteras sin saber si se va o se vuelve, porque todo es siempre igual...

—¿Pero, qué es lo que busca allá Kurash? Ciudades no hay; riquezas, no hay...

—Pero hay un mar de hombres, fuertes y bravos a más no poder. El mundo de los hombres nómades al que deben temer los hombres de las ciudades donde se amontonan los alimentos, las telas, todas las cosas preciosas: oro, palacios, jardines, mujeres delicadas...

Lugal Bau inclinó la cabeza y se ensimismó quién sabe en qué pensamientos.

—Los hombres son un extraño y fascinante enigma —dijo luego—, y la vida quizá no sea otra cosa que un sueño.

Lugal Bau había propuesto para segundo jefe a Nidinta Bel, con gran sorpresa de este, que temía no estar a la altura del cargo. Lugal Bau se rió y su respuesta admiró a Nidinta Bel.

—Belnahid es un gran jefe, pero excesivamente aficionado al combate. Baalnabu es un gran planeador pero necesita de otro que realice sus planes. ¿Recuerdas a Istarmubelit? Me dice Artaxar que en el ejército de Aria ha realizado hazañas de paladín, pero le encuentran no sé qué pelillo... En fin, eres el candidato de Artaxar, así que te propuse sobre seguro.

Nada se sabía con seguridad, pero por las noticias que llegaban de Pasargada y Ecbatana, todos iban comprendiendo que en cuanto pasara el invierno y los pasos de las terribles montañas quedaran libres de nieve, la temida noticia llegaría y todo se pondría en movimiento.

Cuando terminaba la rutina diaria en los campos de ejercicios y cuarteles, las mujeres iban a buscar a sus hombres y las callejuelas de la guarnición se llenaban de parejas.

—¡Ay!, que no termine el invierno —suspiraban las mujeres. Los hombres no

contestaban nada pero miraban con tristeza sus casas y huertas. Muchos de ellos habían comenzado a olvidar sus tierras natales, y la mayoría vivía mejor que lo había hecho en sus patrias. Y tenían lindas mujeres que les daban hijos.

Todas las tardes Nidinta Bel esperaba el momento de ver aparecer a Rayar Malka, casi siempre con Haydarit Malitia... cuya cintura adquiriría rotundidad significativa.

A pesar de los altos cargos que ahora ocupaban Lugal Bau y Kidinta Bel seguían viviendo en las casas que habían construido al principio. No había aquí la distancia que en Persia y demás países separaba a los jefes de sus subordinados, quizá porque estaban rodeados de poblaciones de otras razas.

Cuando llegaban a su casa ya ardía un gran fuego de troncos preparados por Nidinta Bel durante el verano, y no bien habían entrado se besaban con tanto ardor como la primera vez. Cenaban en el tibio ambiente; recordaban el maravilloso verano último y las caminatas entre los árboles, los baños en los arroyos límpidos, y los hallazgos de sitios encantadores.

Luego se metían en cama y Hayar Malka se acurrucaba contra él.

A veces, por la mañana, cuando Nidinta Bel abría la puerta, veía todo cubierto de nieve. Entonces, aunque Hayar Malka quería levantarse, Nidinta Bel la apretaba contra el lecho y la arropaba, no permitiéndole salir de él hasta que se elevaba la gran llama de oro. Entonces saltaba del lecho como una visión encantadora.

—Estás menos huesuda ahora, ¿eh? —reía él y la vestía rápidamente.

El llevaba, largos pantalones de piel que le había confeccionado Kayar Malka; botas altas y por encima del jubón una gran chaqueta de piel. En la cabeza el gorro, de una lana llena de rizos.

—¡Pareces un osito! —reía la muchacha, y se estiraba para besarlo.

Bebían una gran tazada de leche en la que echaban trozos de la planta dulce. A veces conseguían hojas de cierto arbusto que daba a la leche gusto y aroma exquisitos; otras, los granos de una planta desconocida que, tostados y reducidos a polvo, producían en agua o leche una infusión tónica y deliciosa.

Nidinta Bel lamentaba que plantas tan maravillosas no fueran difundidas por todas partes. Cuando preguntó por la planta dulce le respondieron vagamente que era del Sindh, la tierra más allá de las formidables cordilleras que tenían delante. De allí parecía que traían también en saquitos las hojas aromáticas, pero como sucedió que una vez las trajo una caravana proveniente del lado de la Escitia, su tierra originaria quedó en el misterio.

Sobre la planta que producía los granos tan olorosos y vivificanos le dieron informaciones tan contradictorias que lo único que podía sacarse en limpio era la mayor probabilidad de que su patria fuese Arabia o acaso el Mizri.

—¡Cuan extraño es que mi abuelo nunca me hablara de ella! —decía a Hayar Malka, y continuaba:

—Kurash sería más discreto si en vez de hacer matar hombres por unos desiertos, dotara a su imperio de estos tres productos maravillosos.

Hayar Malka le contaba del Sindh lo que había oído en su casa muchas veces. Sobre llanuras surcadas por ríos colosales y en climas ardientes se extendían vastos reinos, miles de ciudades, una población inmensa. Los pueblos pastores y montañeses habían soñado a menudo con cruzar las cordilleras y conquistar ese mundo de mágicos esplendores. También le dijo algo que sonaba a leyenda. Los montañeses afirmaban que los hombres del Sindh eran parientes suyos que habían vivido aquí antes y llegado junto con ellos desde lejanos países de Occidente. Entonces Nidinta Bel recordó que el dialecto de Hayar Malka y el persa tenían indefinible semejanza con el ianuna, y él mismo había notado muchas palabras prácticamente idénticas en las tres lenguas. Artaxar le había dicho que entre los nobles persas era fe que ellos también habían venido hacía mucho del Poniente, y agregaba sugestivos detalles...

Cuando menos pensaban, un día del mes babilonio de Airu o Ivar, a mediados de la primavera, llegó la orden de marchar hacia Persia.

CAPÍTULO XIII

La batalla de los gigantes

Durante meses y meses el ejército se desplazó lentamente hacia occidente, y a la manera del caudal de un río, tomaba las formas del terreno. Cuando desembocaba en una llanura se ensanchaba y cuando llegaban ante una cordillera la corriente se estrechaba para meterse en los desfiladeros, y a veces, desde algún punto de situación excepcional se veía al ejército entero con sus caballadas, ganados y centenares de carros abiertos, y con toldos, donde iban las mujeres y niños, deslizarse por algún valle, allá abajo, como una serpiente fabulosa.

Eran pocos los que se sentían molestos con esta vida nómada, por lo demás bastante bien equipada. Por otra parte, muchos de los hombres y mujeres que veían en la expedición jamás habían hecho vida sedentaria o muy poco y en condiciones penosas, así que no sólo pasaban la gran vida viendo cada día nuevos paisajes sino que eran de grandísima utilidad. Conociendo todos los usos y medios de la vida nómada enseñaban a los demás cómo llevar el mayor número de objetos y cuáles de estos, en el mínimo espacio y con la máxima comodidad. Nada de cofres: todo se llevaba en fuertes bolsas de cuero o tejidas con una fibra del Sindh que daba una tela fortísima. Llevaban sillas y lechos plegadizos, odres de toda clase y abrigadas tiendas arrolladas que plantaban en pocos momentos al fin de cada jornada y en sitios protegidos ya previstos mucho antes.

En esta población que se desplazaba lentamente tenían lugar; los sucesos de toda comunidad. Una mañana las callejuelas de tiendas se llenaron de regocijado rumor: la dama rubia del general había dado a luz una niña preciosa, y no hubo comadre que dejase de verla. Como había gran número de mujeres próximas a ser madres no faltó quien comentara que el general había dado el ejemplo, como siempre. Fuese casualidad o no, el hecho es que pareció que las cosas venían por escalafón porque muchos jefes siguieron al general y entre los primeros como correspondía, Lugal Bau al que su regordeta Haydarit Malitia obsequió con un niño, nada débil según se vio. Hubo también enfermedades y fallecimientos, pero, como siempre, la vida vencía y por mucho. Cuando los veinte mil veteranos del ejército del Haraiva llegaron a la provincia de Hircania, donde se les había asignado una antigua y semidesierta ciudad Artakhatra, para ocuparla como alojamiento y depósito, había casi seis mil niños y niñas, de los que una buena tercera parte había nacido durante el largo viaje. Los hombres causaban bajas, las mujeres las reponían con sangre, lágrimas y angustias.

Las tropas y sus familias habían llegado en tan magnífico estado de salud y

disciplina que ello fue considerado como una hazaña del general en jefe. Artaxar fue nombrado sátrapa de Hircania, confirmado en el mando con premios cuantiosos y lo mismo gran número de oficiales y soldados que durante la larga y difícil marcha se habían distinguido superando inconvenientes y demostrando dotes de improvisación y presencia de ánimo.

Lugal Bau había alcanzado gran prestigio. Era «el jefe que conocía a cada uno de sus hombres por dentro y por fuera», siendo como un padre para los soldados que lo rodeaban de afecto. Todas las fuerzas mesopotamias, árabes y fenicias estaban a su cargo, y se daba por seguro que ya podía considerársele general. Nidinta Bel y Belnahid conservaban mejorados y aumentados sus cargos, Karanatu y el pacífico Kakkabu, que no hablaban sino de huertas, eran jefes de Cien.

Entretanto, Artaxar había sido llamado a Pasargada, y todos sabían a qué: un gran consejo de guerra: generales, grandes señores del imperio, inclusive lidios, babilonios, armenios y fenicios.

Nunca habían visto los hombres un rey semejante a Kurash porque el sentido de sus actos y palabras era de que todos los pueblos constituían una sola familia. No había memoria de paz como esta: sin ejecuciones en masa, ciudades incendiadas, columnas de cautivos, prisioneros empalados. Y nadie podía dejar de ver la diferencia entre la suerte de los reyes vencidos por Asiría, desollados, encadenados ante las puertas de Nínive, y la de los vencidos por Kurash, puestos por este en el Consejo del Imperio. De donde concluían muchos que era verdadero el aserto de que para Kurash todos los hombres eran iguales. Y los que gustaban de los escritos donde estaban registrados los acontecimientos del pasado afirmaban que solamente había existido otro hombre igual a Kurash, ocho siglos antes: el faraón del Mizri o Mudraya, llamado Ekhnaton. No faltaban los que tejían extrañas e inquietantes explicaciones: Kurash era la reencarnación de Ekhnaton para salvar a todos los hombres.

—Ekhnaton reencarnado... —comentó Nidinta Bel, una noche en que estaban de sobremesa, luego de la cena en la que habían Participado muchos oficiales de las fuerzas que se estaban concentrando en Hircania: lidios, armenios, katpatukos, mushkis, Umma Manda, inclusive hombres de las costas del mar occidental, ianunas, y aún de más allá, unos rubios enormes de largos bigotes, que los ianunas llamaban keltai.

—Yo también he oído esa teoría —dijo un oficial ianuna hablando lentamente en persa—. Algunos, llamados sabios mistagogos la enseñan pero de modo oculto porque el pueblo no la quiere. Pero, en este caso al menos quizá podría ser verdad...

—¿Por qué? —inquirieron varios.

—Porque es el único modo de explicar las cosas.

—Creo que hay otra explicación más natural, derivada de los hechos mismos —interpuso otro jefe ianuna llamado Antiménides, que los babilonios pronunciaban

Antimin, y los persas Antamauñas—. Estando en el Mudraya, que los ianunas llamamos Egipto, oí a menudo relatar los hechos de aquel hombre sin igual... Envió sus mensajeros a todos los pueblos en amor y paz, para que enseñaran que no hay más que un solo dios que da vida a todos los seres...

—Ya, ya —comentarios varios—. El Sol.

—Así es —asintió Antiménides—. Bien, pues. ¿A qué buscar explicaciones irracionales y que nadie puede probar? Más sencillo y arreglado a buen juicio es suponer que hasta el pueblo de Kurash llegó ese mensaje.

Como todos quedaron callados, Antiménides continuó:

—Ahora bien: si no hay más que un dios creador de todo, los hombres somos sus hijos.

—Por consiguiente, somos hermanos —razonó Iezaiah—. Pero esto lo enseñan también nuestros rabís, a lo que El habla...

—¿Cómo se llama ese dios? —preguntó, interesado, un armenio.

El hebreo quedó silencioso un momento. Luego recitó algo en su lengua:

—Shimu d'var adonai malakhi iehuda v'yoshvr Yerushurno-loyim...

«Oíd la palabra del Señor, reyes de Judá y habitantes de Jerusalem...».

Levantó la cabeza.

—Creo que se llama Adonaí, pero ha de tener un nombre secreto. Mas todos le llaman El.

—¿Cómo es su figura? —inquirió un persa.

—Oh, es invisible. Solamente ha dicho *Yo soy el que Es*, y pienso que se asemeja a la luz o quizá al viento...

—Pero vosotros tenéis templos —volvió a hablar el persa—. Nuestro Rey reverencia al señor *Ahura Mazda, el Gran Espíritu* que no se puede encerrar entre paredes. *Es el puro que llena la infinitud*. Por eso no se puede honrarlo sino bajo la cúpula del cielo.

—En realidad, algo así es El, según he entendido —completó Iezaiah—. Mucho discuten en Yerusholoyim sobre ese asunto.

—Que no ha de quitar mayormente el sueño a nuestro pequeño hebreo —habló Belnahid al oído de Nidinta Bel, quien rió silenciosamente recordando una frase de Iezaiah: «Los dioses os libren de ir entre mis gentes: viven arrancándose las barbas por no sé qué pelillos de su dios...».

—Pero, ¿no es el tuyo también? —le habían preguntado.

Iezaiah había sonreído sutilmente.

—¿Y si no se han puesto de acuerdo los que saben de ello, cómo puedo elegir yo?

Un joven oficial persa llamado Arsames intervino en la conversación.

—El señor Ahura Mazda es como una llama pura, por lo cual no admite imágenes ni estatuas que se ensucian, se corrompen o deshacen, ni nada muerto o enfermo.

—Es el señor de la vida —confirmó el otro persa.

—Muy bien —elogió Arsames—. El hombre es soldado de Ahura Mazda contra las tinieblas, contra el Mal.

—¿A qué llamas las tinieblas y el Mal? —inquirió Nidinta Bel.

—A la mentira, sobre todo —respondió Arsames.

Nidinta Bel quedó impresionado por la sencilla grandeza de la respuesta. Recordó cuando en el Haraiva estaban en el fondo de algún valle húmedo y cálido, y luego subían a las mesetas. El pecho se dilataba y la vista llegaba a distancias inmensas... Se acordó de Babel y su adorar estatuas entre el olor de la sangre de los animales sacrificados, las tarifas y el discutir precios... ¿No era más natural levantar la vista hacia el cielo puro? Era algo limpio el culto de estos persas: una llama que surgía del suelo y que, sin sacerdotes codiciosos, cada uno reverenciaba según su sentir.

No obstante, pensó, algo faltaba en los persas, y esto los marraba, frustraba la esperanza que podían haber traído.

Cuando salían, Nidinta Bel oyó a unos oficiales lidios.

—Son grandes, pero no basta que hasta los veinte años aprendan sólo a montar a caballo, disparar con el arco y decir la verdad.

—¿Acaso eso no les ha dado el Asia?

—Supongamos que es así, que no lo es. ¿Y qué? ¿Acaso el fin supremo es poseer el Asia? ¿Y para qué?

—Digo una cosa —intervino otro—. ¿Y si nuestro Rey hubiera mantenido entero su ejército, les hubieran bastado esas tres cosas?

Todos rieron y alguno de ellos dijo:

—Por otra parte, decir la verdad está muy bien, pero la cosa es conocer la verdad.

—¿Cómo, cómo?

—¿Si tú no conoces la verdad, cómo la dices?

—¡Ah, claro!

—Bueno. ¿Y cómo llegas a la verdad de una cosa? Hay que averiguar, buscar con empeño, comparar, dudar, probar; no aceptar a ojos cerrados porque sí; porque otro lo ha dicho sin probarlo. Nuestro Rey Creso pensaba que la guerra no se hacía en invierno, porque esa era al parecer la costumbre y nadie sugirió cosa en contrario. Pero si hubiese puesto a prueba esa costumbre, que no probaba nada en favor ni en contra, hoy sería Rey todavía y no tendríamos que ir a hacernos matar por cosas que no nos importan.

Nidinta Bel había pensado así muchas veces.

—En Sardis —continuó uno de los lidios— me maravillaba siempre de la curiosidad insaciable de los ianunas...

—¿Qué plaga de gente, eh? —recordó riendo el otro lidio—. Con ellos hice un descubrimiento formidable: me di cuenta no sólo de que yo no sabía nada de nada,

sino de que me había pasado la vida repitiendo lo que oía, pero sin pensar si era cierto o no...

—Un milesio llamado Meleagro me preguntaba tantas cosas que un día se me ocurrió que aunque no podía contestar casi ninguna, yo aprendía muchísimo solo con pensar en las preguntas.

—A mí me ha pasado lo mismo —asintió el otro—. Ya ves: en cambio los persas no preguntan nada fuera de algo que les interese en el momento. Los de Mileto y las otras ciudades inquieren a menudo cosas que parecen inútiles, ociosas...

—Pero luego uno ve que no lo son.

—¿Sabes lo que pasa? Las mentes de ellos son como águilas que se remontan a los cielos; las nuestras son como gallinas que van con los ojos pegados al suelo...

—Buscando comida. Así descubrimos el karuke —dijo el otro.

Antes de que llegara el general Artaxar vino la orden y todo el ejército se puso en movimiento. Se decía que marchaban en dirección a una ciudad llamada Nisa y cuando estaban todavía en las montañas de Vehrcana —Hircania— veían por momentos, cuando iban al borde de alguna meseta, todos los valles cubiertos de tropas que se dirigían al Norte. Se tenía por cierto que eran más de cien mil hombres de combate los que llevaba Kurash. Nidinta Bel iba junto a Lugal Bau, pero los dos hombres estaban ensimismados. La nostalgia de Hayar Malka encogía el ánimo de Nidinta Bel; recordaba la dulce tibieza de su cuerpo, el gusto de sus labios, y se entristecía. ¿Qué sería de su muchacha si él perecía en esta campaña? Había observado que los hombres marchaban a disgusto y preocupados. ¿Qué pensarían en el secreto de sus almas? Lugal Bau, chocho con su mujer y su hijito. Karanatu, Kusar, Assurbelkala, Belnahid, Kakkabu... Acababa de recibir saludos de Baalnabu que iba en otra división.

Pero, ¿era secreto para él lo que pensaban? Le bastaba para saberlo mirar dentro de sí mismo.

—Hace dieciocho días que marchamos —le dijo una mañana Belnahid, mientras el escuadrón avanzaba al paso. La frase rebosaba de contenido: profunda tristeza subyacente; inquietud burbujeante. Iban a un país lejano que los mesopotamios apenas conocían de nombre. Un poder superior arrastraba sus cuerpos pero sus almas habían quedado en Artakashatra junto a las mujeres y los hijos; en Babel, en Ur, en los desiertos de Edom o Moab, en Fenicia. Dieciocho días de marcha. Comenzaban a perder de vista las montañas de Hircania y Parthava y andaban por una tierra extraña, de hombres y ciudades más extrañas aún.

El ejército estaba admirablemente organizado y cualquiera se daba cuenta de que Kurash había previsto todo lo que humanamente se podía prever. ¿Pero, previsto con respecto a qué? ¿Con respecto a lo que era previsible? ¿Y quién sabía lo que era previsible allí?

Cierto. Kurash había dominado el Asia. Pero se trataba de cesas que se podían medir y estaban medidas. Mas ahora se internaban en extensiones ilimitadas que espantaban porque eran siempre iguales. Algunos pensaban que todo era una ilusión y que no se movían a pesar de moverse, pues día a día, no contemplaban más que la redondez del horizonte infinito. Otros murmuraban que el ejército entero, víctima de espejismos mágicos, giraba sin cesar.

Por entre las divisiones los soldados veían pasar como saetas los correos y los servicios de información.

Hacía más de cuarenta días que duraba la marcha cuando una; mañana los escuchas, jinetes que precedían al ejército a inmensa distancia, llegaron en sus caballos veloces como el viento, con una noticia que estremeció a todos. A tres jornadas de distancia aparecían las primeras cortinas de jinetes como una nube rodando lentamente por la estepa.

El jefe de la caballería ligera de descubierta había cumplido admirablemente su misión. Había abierto en abanico sus fuerzas. Los dos grupos de la extrema izquierda, los más avanzados, habían flanqueado el avance masageta y entrevisto los escalones sucediéndose en las llanuras: calculaba que se acercaban cuatro legiones de veinte mil jinetes cada una, pero que seguramente, una quinta legión se adelantaba muy al Este —acaso a diez jornadas— para cortar las líneas de comunicaciones de los persas.

Inmediatamente el ejército se detuvo para terminar de concentrarse, tomar posiciones y descansar tranquilamente. El Rey se adelantó con una nube de generales, oficiales, correos: sus caballos parecían tener alas. Pasó delante de las divisiones mesopotamias y los soldados vieron de cerca al vencedor del Asia; sus ojos tranquilos y su noble apostura. A su lado cabalgaban los famosos generales que habían entrado en Ecbatana, Sardes y Babel: un grupo de hombres resplandecientes. Kurash saludó con su bastón a los soldados mesopotamios; se detuvo al ver a Lugal Bau.

—Ya estamos en el campo de batalla donde todos somos iguales —le dijo al verlo a punto de desmontar—. Di a los muchachos; que coman y descansen tranquilos.

Tocó a Lugal Bau con el akinakes, dando un golpe ligero en cada hombro. Miró a Gobryas, que se quitó el triple collar de general y se lo puso a Lugal Bau. Artavardiya le colocó su manto; Arsaces, Arsames, Hutana y Artaxar besaron en ambas mejillas al nuevo colega, Tres veces los coraceros tocaron las corazas con las espadas y los estandartes lo saludaron.

Luego continuó la inspección del campo de batalla mientras los soldados mesopotamios festejaban a su general.

Se supo que Kurash había enviado de vuelta a Persia a sus hijos, dándoles por tutor y consejero a Cresos, quien llevaba un mensaje para la reina Kasandana; y tomado otras disposiciones que lo mostraban preparado para combatir junto a sus

hombres y caer como valiente.

Entonces Nidinta Bel recordó la historia de Belnishishu y las palabras que Kasandana había dicho a Malina, y las comunicó a Lugal Bau.

Todos los soldados se entusiasmaron al ver al supremo señor del Asia dispuesto a morir por el imperio como cualquiera de sus hombres. Y al día siguiente de haberse detenido en las llanuras de Uvarazmiya se difundió como llama en herbazales secos el comentario de lo ocurrido en la tarde anterior.

Kurash recorría el inmenso campamento, cuando de pronto se detuvo ante un fuego donde ocho o diez hombres preparaban su comida, y al verlo se prosternaban.

—Arriba, amigos, que no sienta ver así a hombres que van a jugarse bravamente la vida. No estamos en palacio.

Se acercó a un soldado de poca estatura, pero de apariencia robusta.

—¿De dónde eres, amigo?

—Del Uvajá, señor —respondió el soldado, todo cohibido.

—De allí salen hombres bravos, ¿eh? —sonrió Kurash, volviéndose a los generales.

Luego habló otra vez al soldado:

—¿Cómo anda el ánimo?

—Muy bien, señor.

—¿¿Tienes mujer, amigo mío?

—Sí, señor.

—¿Dónde la has dejado?

—En Artakshatra, señor.

—¿Artakshatra? —exclamó Kurash—. ¿Ah, tú eres de los valientes que nos han dado la nueva provincia de Huvaraiva? Y encima, nos informan, que han traído un multitud de niños. No todo fue guerrear allá, ¿eh?

—Es una tierra de muchachas muy lindas —se animó a decir el soldado.

—En todas partes son lindas, hijo mío —asintió Kurash—. ¡Y a tu edad! Estoy seguro de que extrañáis mucho a vuestras mujeres, ¿eh? —rió dirigiéndose a los hombres, que eran todo oídos.

Algunos se atrevieron a hablar y confirmaron. El rey reía a carcajadas.

—Ya sé, ya sé, hijos. ¡Ah, si me gustaban cuando tenía vuestra edad!

Quedó un instante pensativo. Luego añadió:

—Yo también he dejado a mi reina. Pero teníamos que hacer esta guerra y, antes que nos llame el señor Ahura Mazda, dejar seguras las fronteras. Si salimos bien de este lance no tendremos más guerras mientras viva yo. ¿Sabéis que reino desde hace veintinueve años, y siempre combatiendo? Por eso os pido que tengáis paciencia unos días más. Luego os dejaré libres para que vivéis con vuestras mujeres donde gustéis, bajo la paz de Ahura Mazda... Ese mismo día un rescripto de Kurash fue proclamado

por los heraldos, declarando huverezyanga o sea benefactores del rey a todos los hombres del ejército. De este modo las viudas y huérfanos quedaban bajo la protección del rey y eran parte de la Casa de Kurash. Hizo distribuir todas sus pertenencias, alimentos, vinos, vestidos, joyas, armas y caballos, diciendo que si vivía tendría en Persia mil veces más, y si moría ya no le harían ninguna falta.

Mientras se comentaba todo eso, a la mañana siguiente, se supo que desde las avanzadas se divisaba todo el horizonte lejano cubierto de interminables nubes de polvo levantadas por el enemigo que se acercaba...

Al cuarto día las avanzadas masagetas entraron en contacto con los persas. Giraban en torno de estos y disparaban desde el caballo con arcos de enorme alcance y puntería mortal. Pero los persas no se quedaban atrás y derribaban docenas de enemigos.

Kurash, a su vez, tomó la ofensiva para conocer la fuerza y disposición de los masagetas. Detrás de una doble cortina de arqueros a caballo que avanzó resueltamente, adelantó una brigada de lanceros y otra de infantería acorazada: lidios, cardujos y katpatukos, para que sirviera de pivote, mientras movía otra brigada de lanceros a su izquierda con poderosos escalones de apoyo.

Habrían estado avanzando como una hora cuando los lanceros salieron disparados sobre la formación enemiga y la abrieron. Los infantes formaron un vasto cuadro entre la formación masageta impidiéndoles montar un contraataque a los lanceros; una división masageta se *lanzó* sobre la muralla de picas de la infantería, y el estruendo del choque pareció el de un terremoto.

Cuando Kurash vio bien trabado ese combate lanzó la brigada de la izquierda que tomó un tanto de flanco al enemigo, lo arrolló y a pesar de su bravura, terminó por dispersarlo. Los masagetas, acribillados a flechazos y lanzazos cedieron el terreno, dejándolo cubierto de hombres y caballos.

Aunque todos comprendían que este combate, grande y sangriento como había sido no era más que un ligero preliminar, las tropas se animaron porque se había visto que los míticos masagetas eran, sencillamente, hombres como ellos mismos, vulnerables a las flechas y las lanzas.

Una noticia alegró a todo el ejército: a siete jornadas de allí, en dirección al Este, Mazares, sátrapa de Aria, había derrotado una gran masa de escitas luego de un día de pelea, y se preparaba para seguirla, en la sospecha de que vendrían a reunirse al ejército principal.

Los jefes persas intentaron apresurar la decisión y desde el día siguiente tomaron en masa la ofensiva. Pero los masagetas eludían el contacto y retrocedían. Los persas comprendieron que el enemigo ya tenía noticia de la otra batalla y que el sátrapa de Aria había conjeturado bien: los derrotados venían hacia el cuerpo principal para reforzarlo y podían moverse libremente en país propio mientras Mazares, luego de

reorganizar sus fuerzas y aprovisionarse, tenía que marchar con precaución por un país desconocido y hostil, sin descartar la posibilidad de que lo atacaran de noche, todo lo cual lo obligaba a redoblar la prudencia y demorar.

Sin embargo, en el sexto día el enemigo apareció en masa y se lanzó resueltamente hacia adelante. Por primera vez Nidinta Bel y los soldados mesopotamios vieron a los jinetes masagetas, sintieron el silbido de sus flechas y el impacto de sus lanzas, pero bien sostenidos por los arqueros de a pie, restablecieron el combate luego de furiosos encuentros.

Acababa de llegar una noticia espléndida: el sátrapa de Aria avisaba que venía a menos ya de una jornada de distancia, lo que mostraba que había realizado una marcha prodigiosa.

En esos momentos el enemigo penetró en masa en el dispositivo persa. Kurash lo había previsto: cuatro brigadas de lanceros persas, sacios y lidies cayeron sobre el flanco enemigo barriéndolo con sus lanzas. Pero sobrevinieron nuevos escuadrones de uno y otro lado y la batalla se hizo confusa y terrible. Los jefes de uno y otro bando, imposibilitados para dirigir el conjunto de acciones, combatían al enemigo que tenían enfrente bajo el cielo oscurecido por una cúpula de polvo.

Las tropas mesopotamias se habían mezclado con los persas, armenios y lidios y en un momento del combate Artaxar, Lugal Bau, Nidinta Bel, Belnahid, que habían mantenido la cohesión de sus hombres, vieron a Kurash y se acercaron. El Rey sonrió al verlos; les hizo señas con su bastón. Iba a decir algo a Artaxar cuando al moverse un escuadrón escita quedó visible un grupo de hombres cubierto de pieles preciosas, inmóviles en sus caballos, observando el combate. Eran los jefes enemigos también arrastrados por el torbellino de la batalla gigantesca.

—¡A ellos, muchachos! ¡Por el señor Ahura Mazda! Casi al mismo tiempo los jefes masagetas hicieron lo mismo reconociendo al Rey, y en un instante estuvieron unos sobre otros; Nidinta Bel vio ante sí a un hombre bello como un dios que enristró su lanza para atravesarlo cuando algo derribó al hombre. Siguió otro que le tronchó la lanza de un sablazo. Con el resto del arma se defendía cuando alguien hirió a su adversario y volviéndose vio a Lugal Bau retirando tranquilamente su lanza del cuerpo del enemigo. Todo esto sucedía entre un estruendo tan espantoso que el suelo y el aire vibraban y no se oían los más terribles gritos.

Nidinta Bel había arrojado el trozo de astil y blandía su akinakes cuando vieron al Rey inclinado sobre su caballo, mientras Artaxar, Hutana, Arsames, Aryaramnes, Tajmaspada y otros jefes lo cubrían con sus cuerpos y se defendían a golpes de cimitarra. No se veía más que el girar relampagueante de las hojas, y los hombres, salpicados de sangre, se atropellaban como leones enceguecidos. Lugal Bau, Nidinta Bel, Belnahid y otros se mezclaron en la lucha mortal. Con serenidad de veterano Lugal Bau esgrimía su akinakes y cuando un alto jefe llegaba hasta el Rey, Lugal Bau

lo alcanzó y de un formidable tajo lo decapitó.

Hasta en el furioso torbellino del combate se asombraron del golpe, y Nidinta Bel, a su vez, dio de punta a otro jefe enemigo. Un nuevo asalto llevaron los masagetas y las cimitarras persas volvieron a hacer estragos, cuando de pronto el combate se alejó de ellos y el enemigo se puso en rápida retirada.

Sin prestar atención a lo que ocurría alrededor, los jefes echaron pie a tierra y descendieron al Rey, colocando sus mantos los generales para tenderlo en un pequeño espacio libre de muertos y moribundos.

Vieron que Kurash había recibido varias heridas, casi todas graves. Se arrodillaron al notar que movía los labios. Entreabrió los ojos y dijo, ya con fatiga:

—... soldados de Ahura Mazda... paz...

Se estremeció ligeramente y comprendieron que todo había terminado.

En eso llegaban de todas direcciones partidas de jinetes que anunciaban que el ejército masageta se alejaba como una inmensa nube que un repentino cambio de viento alejara, y se puso en claro que había resultado semidestruido por una sabia maniobra de Kurash.

—Ahora se explica todo —dijo Lugal Bau a los generales—. El Rey se jugó la vida para fijar aquí la atención del enemigo mientras les asestaba un formidable golpe a la izquierda.

—De todos modos —confió luego Nidinta Bel a Lugal Bau— pienso que la victoria tenía que ser nuestra. Porque la caballería puede ganar una batalla, pero solamente la infantería puede asegurar la victoria.

Cuando los hombres reconocían al Rey quedaban como heridos por el rayo. Estaba claro que no podían ni querían creer a sus ojos. Al fin Artaxar y Aryaramnes montaron a caballo y mientras caía la tarde se lanzaron a través de la llanura cubierta de muertos, a buscar a los demás jefes...

Durante toda la noche, baja los cielos hostiles de Uvarazmiya, los hombres se mantuvieron en silencio sin poder convencerse de que, luego de haberlos llevado de la nada al señorío del mundo, hubiera muerto Kurash, el Rey sin igual.

CAPÍTULO XIV

Los recuerdos de Lugal Bau

Era aún de noche cuando los correos partieron para las lejanas capitales del Sur: en unos quince días llegarían a Ecbatana, en Media, corriendo de relevo en relevo. Se suponía que allí encontrarían a Kambuzia, el nuevo dueño de Oriente. Mientras tanto pudieron apreciar la inmensidad de la batalla dada en estos desiertos; no había memoria de tantos mulares de muertos y de heridos, y los soldados miraban con horror estas soledades donde había venido a perpetrarse matanza tan desmesurada. Sobre ello surgieron del fondo de las inmensidades desconocidas tormentas de arena que daban espantoso aspecto al día, como si se hundieran los cielos; los hombres desfallecían sofocados por la arena, derribados por la violencia del viento, enceguecidos por el polvo, agotados por la sequedad del aire. Cuando luego de dos días amainó un tanto la tempestad, el ejército estaba semienterrado y hubo de huir de estos lugares de espanto, dejando sus muertos y heridos y gran parte de los caballos, ganados y equipajes. Durante tres días el ejército marchó en completa disolución y reducido a una masa informe, instintivamente hacia el Sur hasta encontrar un oasis. Allí se repusieron y reorganizaron, a la espera de órdenes; y mientras tanto enviaron delante de ellos el cadáver del Rey, con la solemnidad posible en tales circunstancias.

Veinte días después de la partida del triste cortejo, llegaron instrucciones de retirarse hacia Parthava. Un grito de alegría se elevó por todas partes como si los soldados se sintieran llamados de nuevo a la vida, y la marcha se hizo con tanta gana que diez días después llegaron a las tierras altas de Hircania y Parthava, y como se habían desviado algo hacia Poniente vieron que a su derecha se prolongaba un mar en la misma dirección que seguían. Los primeros campos verdes y arboledas les dieron la sensación de que volvían al mundo de los hombres y casi a los propios hogares; y por otra parte, sentimiento de orgullo, pues los habitantes de las ciudades y aldeas que iban encontrando los contemplaban asombrados, como a héroes que regresaban de la tierra de gigantes fabulosos.

Pero muchos de ellos no olvidaban que allá habían dejado cuarenta mil compañeros.

A medida que se acercaban al centro del imperio los correos aumentaban y como callada corriente fluían extrañas noticias. Se filtraban rumores de inquietud en todo el imperio, de levantamientos y ejecuciones. Lugal Bau había hecho notar a Nidinta Bel el aire secretamente preocupado de los jefes persas y medos.

—A un dios se sometían fácilmente los hombres; pero no a otro hombre —

respondió Nidinta Bel, luego de mirar en torno.

—¿Lo considerabas un dios? —inquirió Lugal Bau.

—Claro que no, pero a los efectos prácticos lo era. ¿Y quién negará que no ha habido conquistador menos sanguinario?

—Y que haya mantenido el Asia en tanta paz...

—¿Y ahora? —preguntó Nidinta Bel.

Lugal Bau se le acercó y dijo bajando la voz:

—Los persas temen a su nuevo Rey. Cuando nombraban a Kurash lo hacían casi familiarmente, pero he observado que cuando tienen que aludir a Kambuzia lo hacen volando y tratando de pasar a otra cosa.

—Yo también he notado eso.

—Todo esto presagia muchas desgracias. Hombres buenos perderán la vida... — comentó Lugal Bau con tristeza.

Todas estas perspectivas oscuras quedaron olvidadas al instante cuando llegó la orden que prescribía dirigirse a Artakshatra a la división venida del Haraiva para tomar parte en la expedición. El Mando Supremo había hecho justicia a los mesopotamios, y como Artaxar volvería a Artakshatra solamente para llevarse a su mujer y su hijita, se daba por seguro que Lugal Bau asumiría el mando de la división, que en realidad era un ejército.

Por lo pronto estaba reorganizándolo. Sus bajas habían sido muy grandes y Artaxar le había avisado que de los depósitos instalados en Ecbatana y Pasargada ya estaban en marcha los reemplazos.

Antes de partir, todos los hombres, desde los jefes hasta el último soldado recibieron recompensas. Lugal Bau, cuyo comportamiento junto a Kurash conocía Kambuzia, recibió un dominio, armas, caballos y trajes de honor. Belnahid recibió el mando de una brigada, y varias distinciones y recompensas; Iezaiiah, el pequeño hebreo fue llevado a Pasargada con un cargo importante. Istarmubelit y Baalnabu eran jefes de brigada en Armenia.

De pronto Nidinta Bel supo con sorpresa que había sido designado segundo jefe del Ejército del Haraiva.

La vuelta a Artakshatra fue realizada en pocos días; tanto deseaban los hombres volver a ver sus mujeres e hijos. Y así, al atardecer de un día de Marchesvan llegaron a la vista de las antiguas murallas y se encontraron con la muchedumbre de mujeres y niños que habían salido a esperarlos.

Los fueros del corazón vencieron todo. Se confundían en abrazos y luego de los terrores pasados lloraban de alegría.

Pero varios miles de mujeres sintieron que el corazón se les despedazaba. No volverían a ver a sus maridos...

Era de noche ya cuando Nidinta Bel y Hayar Malka pudieron ir a su casa, y una

vez en ella le pareció a él que eran un sueño los tremendos acontecimientos vividos durante los meses de la expedición.

Ella no quería que le ayudara a preparar la cena, y se afanaba, mientras él le besaba el cuello y los ojos, y le colocaba un collar de factura antigua y exquisita, encontrado en el bazar de una ciudad llamada Rhei.

Y la contemplaba admirativamente porque estaba muy bella. Cuando despertó a la mañana siguiente vio que ni en el sueño sus brazos habían soltado a Hayar Malka, que dormía, apoyado el rostro contra el suyo, y recordó aquel día en que sus grandes ojos oscuros habían mirado asombrados al desconocido.

Y luego aquella sed insaciable e insaciada, y aquel invierno allá en el Haraiva cuando dejaban afuera la noche de nieves y vientos, comían al amor del gran fuego y luego se metían en cama. El maravilloso verano en aquel país de montañas, de valles y rincones con arroyos donde se bañaban corriéndose en el agua; luego el largo viaje hasta esta ciudad desconocida; la partida para la terrible expedición y el milagro de haberse salvado, y todo parecía un sueño.

Como una fábula incierta se le aparecía su ciudad natal y Mali Kalita que dormía para siempre bajo las flores; aquel tiempo sin tiempo luego de perderla, y su viaje hasta las tierras del profundo Oriente donde en un día de horror y de matanza había encontrado este amor. Mientras los recuerdos pasaban por su alma, se despertó Hayar Malka y sus grandes ojos se llenaron de luz.

—Tesoro, temía que todo fuera un sueño.

Llegado a casa de Artaxar lo hicieron pasar a las habitaciones privadas y vio a su general y a Lugal Bau inclinados sobre la camita de la niña, mientras la madre servía vino.

Artaxar debía ausentarse de inmediato y habría entregado el mando a Lugal Bau en Rhei o Nisa para marcharse a Ecbatana, si no hubiera sido porque tenía que venir a llevarse a su mujer y a su hijita.

Dos días después tuvo lugar la transmisión del mando, y Artaxar se empeñó en que cenasen juntos en privado los tres amigos y sus mujeres; aparte de las comidas oficiales que no fueron pocas. No sólo estaba reconocido Artaxar por los grandes servicios de Lugal Bau, y de Nidinta Bel, que tanto habían contribuido a su propio éxito, sino que había simpatizado con ellos por afinidad de temperamentos y ser hombres de cultura tal que su trato resultaba encantador.

Durante la cena hablaron de su próximo viaje y Artaxar dijo que llevaría a su familia por lo menos hasta Susa.

—Tengo pensado buscaros casa a vosotros también —añadió.

—¿Piensas que tendremos que viajar? —inquirió Lugal Bau.

—Mi hermano me escribe que en Pasargada se da por segura la marcha a Mudraya —informó el persa en voz baja.

—Y aquí lo piensan también los soldados —agregó Nidinta Bel.

—¿Ah, sí? —exclamó Artaxar—. ¿Y cómo lo toman?

—Yo diría que piensan que por lo menos estarán más cerca del País de los Dos Ríos.

—Mudraya no está más cerca...

Lugal Bau se había quedado pensando. Luego exclamó:

—¡Pobres muchachos! Con tal de ver su tierra aunque sea de paso, hasta se resignan a marchar al Mizri...

—Pero, ¿y el problema de las mujeres?

Artaxar hizo un gesto de duda y compasión.

—Hum... Kurash daba mucha importancia a este detalle porque sabía que cuando tenemos mujer se esfuma el espíritu de aventura. Mi hermano le oyó decir muchas veces que los hombres humildes eran cimiento del imperio.

Descuidados, el rey estaba en un tembladeral pronto a tragarlo... Bebió un buen sorbo de vino y continuó:

—Aunque nosotros perezcamos en la marcha o allá en el Mudraya, nuestras mujeres estarán a salvo de lo peor y lo mismo las de quinientos o seiscientos de nosotros. Pero, ¿y las otras? Voy a hablar con el hermano de Kasandana que es medio Pariente mío. Al fin, nuestro señor tiene a todos los hombres del Asia y no necesita tanto de estos seis o siete mil hombres, cuyas mujeres fueron traídas desde los extremos del mundo conocido por nosotros mismos...

—Luego de matarles sus padres, hermanos y maridos —completó Lugal Bau, lenta y sentenciosamente. Bebió un trago y enseguida exclamó:

—¡Maldito sea! Nunca me pude acostumbrar a estas cosas. Recuerdo el asalto a una ciudad llamada Riblah, donde pasamos a cuchillo a todos los hombres, mujeres viejas y niños. Las mujeres jóvenes nos fueron distribuidas, y aún me parece ver a las infortunadas, locas de terror junto a los cadáveres de los suyos, caer en manos de los vencedores. Yo tenía un Jefe de Cincuenta, cruel y malvado con las prisioneras a las que cargaba como si fueran bestias, y las privaba de agua hasta que se sometían, y aún después.

»Yo le había echado el ojo hacía tiempo y cuando entramos en Riblah y vi que entre otras le había tocado en suerte una muchachita, compadecí a la infeliz. Días después fui por no sé qué asunto del servicio a casa de esta fiera y cuando llegaba oí unos gritos que me estremecieron. Entro y veo a la desdichada, desnuda y cubierta de sangre por los azotes que le propinaban las otras cautivas, forzadas a ello. Disimulé mis sentimientos, cumplí los trámites que me llevaron hasta allí y me retiré como si la escena que había presenciado me resultara indiferente.

»Maduré un plan para librar al mundo de este monstruo. Había visto en las afueras de la ciudad una casa que parecía abandonada y lo bastante alejada del

camino real como para que fuese muy poco probable un encuentro con otras personas cuando llegara el momento en el que pensaba con gusto; tanto aborrecimiento había despertado en mí la cobarde ferocidad de aquel hombre. Para asegurar todos los detalles, al día siguiente, en que me hallaba franco, salí de mi casa, di vueltas y revueltas por si alguno fijaba su atención en mí; llegué hasta un cauce seco y a su reparo caminé rápidamente hasta la casa, y metiéndome en ella comprobé que, en efecto, nadie vivía allí desde hacía tiempo. En el patio un pozo y entonces comprendí que tenía resuelto mi problema.

»Regresé luego a la ciudad y cuando oscurecía fui a ver a un hombre y le confié que había dado con una casa así y asá donde estaban ocultas varias muchachas. Oír eso y querer ir enseguida al apoderarse de ellas fue todo uno. A fin, de prevenir una maldita casualidad le sugerí que me siguiera desde cierta distancia que le permitiera verme porque a todo esto había cerrado la noche, como también que se embozara bien porque podía suceder que otros lo reconocieran y quisieran participar de la expedición y botín. No necesito decirles que lo que me interesaba a mí era que nadie supiese palabra ni nos relacionara, pero a él, mi argumentación dirigida a su crueldad y cobardía, lo encegueció más aún, y de inmediato, accediendo a todo, me fue siguiendo a distancia tal que, aunque alguien nos hubiera visto no nos habría relacionado en nada.

»Los dioses me favorecieron: no topamos con un alma y al cabo de quizá una hora llegamos a la casa. Entonces me puse a su lado y hablé con un soplo de voz:

»—¿Ves la casa? Allí está la puerta.

»Cuando, en la oscuridad noté el movimiento que hizo para ubicarla, estiré la diestra con el puñal y se lo metí entre las costillas hasta la empuñadura. Exhaló un ronquido sordo y cayó. Lo arrastré hasta el pozo y ya lo precipitaba en él cuando recordé su codicia desalmada y pensé que probablemente llevaba encima parte de su botín. Lo palpé y, en efecto, le encontré un ancho cinturón de cuero entre la camisa y el jubón. Lo desprendí y por el peso supuse que estaba atiborrado de monedas. Me lo coloqué sobre la carne misma, arrojé el cadáver del hombre perverso al pozo y luego de lavarme las manos en la cercana fuente vista en mi primera visita, volví silenciosamente a mi casa. Examiné mis ropas por si llevaban algún rastro del asunto y me metí en cama. Dio la casualidad de que vinieran dos soldados a buscarme de parte del capitán de mi compañía, lo que vino espléndidamente para cubrirme por todas partes, inclusive ante mis cautivas, a las que había dicho que me encontraba indispuerto y que por esa noche habría armisticio.

»Al otro día, en cuanto pude hacerlo examiné el cinturón y hallé un tesoro de poca monta, consistente en monedas de oro, lidias y fenicias. Dos de estas últimas eran grandes como medallones y las llamaban del “tributo” porque al pagarle anualmente a nuestro Rey acuñaban varias de gran tamaño en señal de vasallaje.

Había varias cabezas de Istar y otras cuyo origen no conocí hasta tiempo después. En cuanto al cinturón, podía haberlo visto alguien, de modo que me deshice de él.

»La desaparición del jefe tuvo, como es natural, cierta repercusión, pero como el cadáver no fue encontrado y, por otra parte, nadie quería al desaparecido, al cabo de tres días nadie se acordaba más del caso.

»Entonces visité a las cautivas y supe que dos de ellas eran de Hamath, mientras que la muchachita era de los alrededores de Riblah. Les expliqué que, sabiendo cuantos infortunios habían padecido quería hacer algo por ellas, y lo que parecía posible hacer en las circunstancias.

—Bien —continuó Lugal Bau—. Como abundaban tanto las cautivas, nadie hacía caso de ellas, de modo que un día salí con Susana —así se llamaba la pequeña, que tenía quince años—, con aire despreocupado; y una vez en los suburbios tomamos a buen paso por un sendero y en poco más de media hora llegamos a casa de los tíos de Susana.

»Cuando la vieron lloraron a lágrima viva considerando el caso y peligros en que se había encontrado. Pero Susana les explicó que se sentía ahora en la gloria, desaparecido su cruel captor y puesta en mis manos por la bondad de no sé qué dioses.

»Aunque hablaban un dialecto que yo entendía poco, me daba cuenta en general de lo que decía la muchacha y quise aclarar bien cómo era en realidad el asunto; pero noté que ni Susana ni sus tíos se interesaban gran cosa en ello. Se interesaron más —ellos por lo menos—, cuando les propuse lo siguiente: les daría cinco monedas de oro, que podían cambiar fácilmente por siclos de plata o de cobre en las ciudades de la costa de Damasco. Con eso podían mejorar la casa y ampliar la huerta y el rebaño, pues ya había observado que eran gentes activas y cuidadosas. Traería a las otras dos cautivas y cuando pasase el estado de guerra, lo que se esperaba para poco, las conducirían a Hamath, devolviéndolas a sus familias.

»No sabían cómo agradecermelo y la pequeña se abrazaba mis rodillas. Cuando quise despedirme la muchacha no quiso dejarme ir solo aduciendo que debía volver a buscar sus cosas y traer a las otras cautivas, a las que había yo asignado dos monedas de oro para que les sirviesen de dote.

—Por nuestro señor Ahura Mazda; eres como los sabios del Sindh —comentó Artaxar.

—Oh, no, mi general —respondió Lugal Bau, como avergonzado de que se le atribuyesen virtudes que no poseía—. Debo aclarar que, sin duda por temor a recaer en la desgracia anterior y quizá por sincero afecto ante mi generoso trato, las dos cautivas de Hatmath y la pequeñuela me retuvieron como guardián suyo un mes y acaso más, con sus noches. Me tenían a cuerpo de rey y me rodeaban de cariños, pero eran ordenancistas a más no poder...

—¿Ordenancistas? —inquirieron admirados sus oyentes.

Lugal Bau bajó virtuosamente los ojos e informó:

—El servicio era exigente y no perdonaban turno... especialmente la pequeña, a la que apasionaba este nuevo tipo de servicio por lo que ansiaba interiorizarse de los menores detalles...

Se quedó un momento en silencio. Luego explicó:

—Soy jardinero por vocación. Un jardincillo donde uno ha trazado el primer sendero y ha regado cuidadosamente los rosales, cultivando con amor cada hierbecilla; verla cómo crece exuberante, y como todo el jardín tiene un aire de dicha... ¿qué es al lado de eso, ser rey de aquí o allá?

Sus oyentes se miraron sonriendo traviesamente.

—Muy sabias son tus palabras, amigo mío, dijo Artaxar—. Feliz jardinero. Y, en fin, ¿cómo te libraste?

—¿Liberarme por mis propias fuerzas? ¡No! Me liberaron... aunque... ¡hum...!

—¿Partió de Riblah el ejército?

—Nada de eso —respondió Lugal Bau, cohibido y vacilante—. Como hacía ya más de un mes que no aparecía por casa... (aquí se achicó todo), mis dos cautivas, una morena y otra rubia, sea dicho de paso, hicieron sus averiguaciones de las que resultó que yo no estaba con misión oficial en Hamath. Algún «buen amigo» las orientó bien, y una tarde se aparecieron y me reconquistaron... sí, puede decirse, a viva fuerza...

—¿Para someterte a su servicio, sin duda? —inquirió riendo Artaxar.

—Riguroso por cierto, hasta poner las cosas al día... —informó Lugal Bau, bajando modestamente los ojos al suelo.

—¿Y en qué terminaron las cosas? —preguntó Nidinta Bel, lleno de curiosidad.

—Pues... duraron mucho y se complicaron más aún. Por aquel tiempo nuestra guarnición tuvo que hacer algunas salidas contra tribus rebeldes y al parecer anduve de suerte en todo, de manera que, cuando quise darme cuenta, me encontré Jefe de Doscientos y jefe accidental de la plaza fuerte de Hamath. Dispuesta mi fuerza y su tren de equipajes —del cual eran parte principalísima la rubia y la morena— he aquí que se me presentan las otras dos cautivas y se arrojan a mis pies suplicándome por el Baal de Riblah y la Astarté de Hamath, que las amparase y las admitiese en la expedición.

La invocación a tan poderosas divinidades tocó profundamente las fibras de mi piedad —afirmó Lugal Bau, y sus oyentes pusieron caras raras—. En cuanto a la fibra sentimental y humana, ¿qué podía hacerse si junto con aquellas invocaciones me abrazaban tiernamente y me llamaban su héroe salvador? Sentía el tibio calor de sus cuerpos y oía sus suspiros. ¿Qué hacer ante el sagrado nombre de los dioses? No podía hacer otra cosa que acceder, aún previendo que mi rubia y mi morena, lejos de

conmoverse por el lado de la compasión tomarían por el lado de la furia y me armarían una escena en comparación de la cual Karkemish había sido uní encuentro de amigos, sólo que algo movido. Por otra parte... ¿y si suponían que todo había sido preparado de acuerdo...?

Artaxar y Nidinta Bel miraron sospechosamente a Lugal Bau.

—¿Y la pobre pequeñuela? —interpuso de pronto Artaxar. Lugal Bau explicó en actitud contrita.

—Oh... ya la había enviado a Hamath el día antes, para evitar suspicacias...

El jardincillo donde hallaba alivio a mis pesares, no sólo era una gloria de flores y suaves hierbecillas, sino que en ese suelo fecundo... Levantó el rostro en además piadoso, ...en fin, el Cielo premiaba mis afanes... Hizo un gesto. Luego, aunque las damas estaban en la habitación inmediata parlotando a más y mejor, habló con un hilo de voz:

—Nunca pude desprenderme de esa joya, ni pensé en ello. Está en Babel y el jardincillo floreció otras dos veces...

Los dos amigos lo miraban con caras que expresaban miles de cosas. ¡Lindo pescado este Lugal Bau!

Luego prosiguió su relato.

—Durante el viaje las cosas marcharon bien que mal, aunque mis «cautivas» me tenían como con centinela de vista y no me perdían pisada. Llegamos a Hamath y mientras la guarnición se instalaba llevé a mi familia a la casa que me habían asignado; atendí lo referente a la joyita a cuyo jardincillo consagré los indispensables cuidados, y luego verifiqué la situación de la ciudad, recursos en víveres, estado de la fortaleza y demás detalles. Al otro día mi segundo me habló reservadamente de las dos muchachas que, bañadas en tiernas lágrimas, le habían suplicado que intercediera por ellas ante mí.

»—¿Qué les pasa ahora? —pregunté, un tanto fastidiado.

»—Señor —informó mi segundo—, parece que los parientes que tenían en la ciudad se han ido a otra parte, de modo que volvieron a la fortaleza invocando su calidad de primas tuyas...

»—¿Primas mías? ¡Por la barba de Marduk que son atrevidas...!

»—Cómo decía, señor, hube de cederles tu departamento del comando, y dispuse que se les proveyese de comida y demás...

»—Hum... ¿y ahora?

»—Pues, señor, ahora te están esperando.

»Cuando entré en la habitación mis dos archiconocidas echáronse un velo sobre los rostros, como tristes suplicantes, y entre sollozos que contenían según dijeron por respeto a mí, me rogaron que no las dejara expuestas a cruel desamparo sino que mirara por ellas como hasta entonces. Esther apoyaba su cabeza cuya cabellera olía a

violetas, en mi hombro derecho. Lía, cuyos cabellos de oro olían a rosas, reclinaba la suya en el izquierdo, y mientras tanto arrullaban como dos palomas y desmoronaban mi firmeza con dulces súplicas, recordaban cómo había atendido a sus jardincillos e invocaban a los dioses. Esther me decía en suave susurro que su cuerpo era mal construida choza, comparado con el mío, columna de oro y marfil de no sé qué templo y muralla de no sé cuanto. ¿Y cómo despreciaría a la pobre choza, también obra de los Señores del Cielo? En cuanto a Lía, con trémulo arrullo afirmaba que Astarté destinaba el águila heroica para proteger a la tierna avecilla que se refugiaba bajo sus alas...

»—¿Cuidarás, héroe mío, de esta esclava tuya? —susurraba. Y su voz era como un arpa cuando la acariciaban los dedos de una doncella.

—Amigos: ¿qué podía hacer la columna de marfil y águila heroico? —añadió Lugal Bau en actitud de pía resignación.

—General —exclamó Artaxar— a fe mía, contra semejante asalto y estrategia tal, no hay resistencia posible.

—Así es, mi general —asintió Lugal Bau—. En cuanto capitulé, acariciándolas y diciendo ternezas, arrojaron sus velos y vi que sus encantadores rostros no tenían una lágrima. Me explicaron que ello se debía a la dicha de saber que continuarían bajo mi protección.

—«Y a mí, ¿quién me protegerá?» —inquirí en mi alma...

Otra buena garrafa fue trasegada antes de que Lugal Bau pusiera fin a los recuerdos de su vida, y sus oyentes no dejaron de captar que el viejo diablo omitía muchos tan coloridos como los que hemos relatado.

En cierto momento Artaxar formuló una observación.

—Ahora me explico algo que me había llamado la atención desde que te conocí: la amplitud de vistas y facilidad con que desde el principio manejaste grandes unidades...

—Y yo también me había sospechado algo así... —comentó Nidinta Bel.

Luego de un rato de silencio Lugal Bau continuó:

—¡Ay, amigos! La vida es un camino de tinieblas. Era gobernador militar de Damasco; mis cosas habían prosperado grandemente, cuando para desgracia mía y de mis damas, otra, de sin par belleza fijó su atención en mí y por medio de una esclava me requirió de amores. Traté de eludirla con prudencia no sólo por el misterio de la dama, sino porque era feliz con las mías. Pero al parecer mi conducta encendió aún más su pasión y sus mensajes se volvieron más premurosos y aún amenazadores.

»Intrigado por su tono imperioso hice cautelosas averiguaciones y me di cuenta con espanto de que se trataba de una princesa, hija de Nebukadnezar. Tarde comprendí que la imprudencia hubiera sido en este caso la mejor prudencia...

»¿A qué contaros todo? Gracias a la protección de Phul Belessys salvé la cabeza

pero de Jefe de Quinientos descendí a soldado raso... Envié a Susana a Babel, donde vive con mis padres, que la adoran, así como a los nietos. En cuanto a mis cautivas — aunque debería decir, mis otras dueñas—, hice lo posible para dejarlas en la mejor situación. Las doté y les encontré buenos esposos. Las pobrecillas querían seguirme aunque fuese a pie, marchando con el ejército, y sólo después de muchas lágrimas pude persuadirlas de que la mía era la mejor solución, y de que también a mí me pesaba en el alma nuestra desgracia. Lloraban y me recordaban de qué esclavitud las había librado; cuan cariñoso había sido con ellas, y los años felices que habían pasado conmigo, a pesar de alguna tormentilla que no había faltado en nuestra complicada familia. Yo sentía la sinceridad con que me hablaban y me pedían que abandonara el ejército, que entre todos, y con los medios de que disponíamos podíamos buscar trabajo y vivir no mal del todo. Pero yo era simple soldado, y momentáneamente nada podía hacer, ni mis buenos amigos tampoco. Había que ceder a la necesidad, con el corazón triste porque también yo me había aficionado a ellas y les debía años de dicha... Poco a poco fui, no olvidándolas, pero al menos acostumbrándome a la ausencia.

»A ello me ayudó mi pequeña, a la que consagré ahora todos mis afanes y el jardincillo floreció una vez más. Con el tiempo comenzó mi suerte a cambiar para bien. En cuanto fue posible Phull Belessys gestionó para que se reviera todo mi asunto y se me abriese de nuevo el escalafón, cuando vino la guerra...

En eso, las damas, que habían estado hablando de sus hijitos de vestidos, y confiándose sus preocupaciones sobre el futuro de sus maridos, volvieron, y la conversación tomó otros rumbos.

—A decir verdad —decía Artaxar— el rey de Madruya es un gran hombre, y en los largos años que lleva en el trono, Mudraya ha convertido en espléndido reino, con un gran ejército. Luego, tiene millares de soldados de las Islas, sólidos compadres cubiertos de bronce que, felizmente para nosotros, los de esta parte del mundo, están siempre desunidos y peleando entre ellos.

—No deja de ser curioso que los hombres que han mandado más ianunas juntos hayan sido hasta hoy un rey de Babel y un faraón del Mizri —comentó Nidinta Bel.

—He oído cosas increíbles de esos hombres —interpuso Lugal Bau—, tales como que en las ciudades del Poniente nadie es rey, o acaso sería mejor decir que todos lo son.

Se quedó pensando un momento buscando palabras exactas para lo que quería decir.

—Es más extraño aún. Parece que los que gobiernan allí no hacen sino obedecer lo que todos mandan que se haga, así que el verdadero rey es la opinión y los llamados gobernantes no son sino ejecutores...

Nidinta Bel recordó antiguas conversaciones en Babel e iba a hablar cuando el

persa se anticipó.

—He oído muchas veces que en esas tierras, cuando sobreviene algún peligro, o asunto que interesa a todos, los habitantes se reúnen, y un heraldo, luego de explicar el caso, pregunta: «¿Quién quiere hablar sobre esto?». Y lo más curioso es que todo transcurre en orden, pues nadie se precipita a hablar y a menudo la multitud misma designa a aquellos cuya opinión desea conocer y que casi siempre son hombres acreditados por su saber y juicio. Lo más curioso es que suelen designar a hombres que notoriamente difieren en opinión y así, de escuchar a unos y a otros, se hacen una composición de juicio que aprovecha lo mejor de cada modo de ver.

—Otro detalle —comentó Lugal Bau— es que cuando están reunidos allí no interesa quien habla sino lo que dice y así sucede que el parecer de un herrero se impone al de un noble y el de un marinero al de su capitán, si, a juicio del pueblo el herrero o el marinero han emitido un parecer mejor para todos...

—¿Y puede ser verdad eso? —preguntó el persa.

—Por lo menos todos los ianunas concuerdan en que esa es la costumbre de casi todas sus ciudades, en unas más, en otras menos.

Artaxar levantó la cabeza.

—Así que es... como el Consejo de los Persas, pero allá interviene todo el pueblo, ¿eh?

—Esto me recuerda lo siguiente —evocó Lugal Bau—: Una vez nos habían mandado al Khanigalbat para reprimir unos disturbios cuando nos encontramos con que los insurrectos habían copado todos los pasos y nos tenían lindamente encerrados en un valle estrecho, y para peor, sin una gota de agua.

»Los jefes dispusieron forzar el paso y ya nos disponíamos al asalto cuando uno de los soldados dijo:

»—Yo, si dirigiera esto, daría una buena sorpresa al enemigo. Como el que había hablado era veterano, se me ocurrió que tenía alguna buena razón.

»—¿Cómo así? —pregunté con curiosidad.

»—Fingiría este ataque para atraer su atención, pero a la noche mandarían cien hombres hasta aquellas alturas, y en cuanto amaneciera las escalaríamos. Caeríamos a retaguardia de los que están en el paso.

»—¡Pero eso es imposible! ¡Si las rocas caen a pico!

»—No he visto que nadie haya ido a comprobarlo —retrucó el soldado.

»Varios hombres escuchaban; no dijeron nada, pero noté por su expresión que aprobaban lo que decía el compañero. Como todos sabíamos que forzar el paso sería asunto de mucha sangre, fui hasta donde estaba mi Jefe de Quinientos. Este comenzó a escucharme con ceño fruncido pero terminó por decir:

»—Hum... acaso es una buena idea; lástima que la tuvo un soldado. ¿Cómo se llama?

»—Malik Kauzú, señor.

»—¡Quién sabe cómo lo tomarán! Yo también observé que en realidad no se hizo un reconocimiento a fondo. En fin, voy a ver al general.

»Se alejó a grandes pasos mientras yo me arrepentía de haber hablado. No habría transcurrido media hora cuando llegó corriendo un soldado, con la orden de que me presentara llevando a Malik Kauzú.

»Cuando llegamos, el general nos espetó una reprimenda espantosa.

»—¿Así que sabes más que los jefes? —gritaba hecho una fiera—. ¿Sabes lo que hacen en Tiro con perros así? Pues los suspenden bonitamente de una cruz, ¡bien clavaditos! Ahora, irás tú y tu jefe —y me señaló—, que ha sido tan loco como para escucharte, y como esa montaña sea imposible de escalar... ¡os cuelgo a los dos! Y, por Baal, ¡encontrad como salir de esta ratonera!

»Cuando volvíamos el veterano sonreía socarronamente.

»—Cuando el viejo diablo gritó tanto se me fue el miedo. Tormenta de mucho trueno suele irse en ruido.

»Luego Malik Kauzú me propuso partir de inmediato, pero sin decir palabra. —Aquí ha de haber quien los tiene al tanto de todo—. Me gustó la idea; nos proveímos de un poco de pan y asado y partimos. Mi compañero inquirió:

»—Señor: tomemos una dirección contraria hasta que no nos vea nadie, luego hacemos un rodeo por sitios cubiertos y nos deslizamos a nuestro fin.

»Así lo hicimos, y mientras marchábamos Malik me explicaba que seguramente los rebeldes tenían vigías que no perdían detalle, por lo que debíamos marchar ocultos.

»Habríamos andado unos dos mil pasos cuando mi compañero se descalzó para caminar con el menor ruido posible y me pidió que lo siguiera a suficiente distancia como para verlo.

»—Puede haber una celada...

»Lo dejé que se adelantara por entre los árboles y malezales, cuando al cabo de unos doscientos pasos lo veo volverse y hacerme señas. Me descalzo yo también y cuando llego hasta él me tocó el brazo y señaló al pie de la cuesta. Miro y... ¿qué veo? Dos hombres que miraban hacia nuestras posiciones en el valle: de seguro, escuchas enemigos. Malik me susurró:

»—Tenemos que asegurarnos de que no haya otros. Si es así, es pan comido; nos acercamos y metemos una flecha a cada uno. Lástima que el día se acaba, aunque quizá sea mejor...

»Nos acercamos cautelosamente, escudriñando los alrededores, y por las trazas no había nadie más; notamos que los escuchas estaban completamente descuidados. Comenzaba a oscurecer y no podíamos esperar más. Preparamos los arcos, salieron las flechas a un tiempo y vimos caer los hombres; nos precipitamos puñal en mano y

los rematamos.

»—¡Cáspita! Los hubiéramos interrogado —me lamenté.

»—También lo pensé yo —asintió Malik—, pero, ¿y si mentían?

»—¡Por Baal! ¡Cómo las gasta el compadre! —pensé. Y ya que sus ideas eran de lo más acertado, pregunté: "-Y ahora, ¿qué hacemos?

»—Podríamos seguir adelante hasta que cierre la noche. Tiene que haber algún paso por aquí.

»—Sí, y no ha de ser difícil ni de gran distancia porque estos hombres ni habían traído víveres, y sin duda estarían por volverse.

»—Eso pienso yo también —respondió Malik.

»A poco andar cerró la noche; no tenía objeto ni carecía de peligro avanzar en la obscuridad. Al pie de un gran árbol notamos que había blanda hierba; nos tendimos y como la marcha y demás peripecias nos habían dado un apetito de leones, dimos cuenta de nuestros víveres y de una garrafa de vino del Haurán que Malik había llevado para auxilio del alma. Nos envolvimos en nuestros mantos y quedamos dormidos al instante.

»Con las primeras claridades del amanecer despertamos y nos pusimos en marcha no tardando en comprobar que la supuesta muralla no existía y que por el sendero podíamos sorprender bonitamente al enemigo.

—No vale la pena continuar —terminó Lugal Bau—. El golpe resultó a maravilla y con cinco heridos salimos de la trampa. Malik fue hecho Jefe de Cincuenta y de un lindo saquito de monedas de oro, y el general se convenció de que cada hombre sabe algo que otro no sabe.

—Muchos ojos ven más que uno aunque sea el de un lince —interpuso Nidinta Bel.

—¿Das razón, entonces, a los hombres de las Islas? —inquirió Artaxar, y Nidinta Bel captó una mirada de Lugal Bau, indicando prudencia.

—Oh, no... me refiero a casos ocurridos.

La respuesta era como no decir nada. Felizmente nadie pidió que aclarase.

—No me explico cómo hay hombres que puedan subsistir así —reflexionó Artaxar en alta voz—. Por eso los venció Kurash.

Sus oyentes pensaron que algunas ciudades ianunas habían tenido que someterse a Kurash, no porque se gobernaban por la opinión pública, sino más bien por no haberla escuchado más; y también por la enorme superioridad de fuerzas... Pero, naturalmente, no objetaron. Únicamente Lugal Bau preguntó:

—¿Y Lidia y Babel, gobernadas por reyes?

—Alguno tenía que resultar vencido —respondió Artaxar, y sus interlocutores pensaron que no valía la pena continuar el tema. Pero Artaxar prosiguió:

—Sin embargo, mucha gente simpatiza con los hombres de aquellas tierras, en

Persia misma y entre los grandes señores inclusive, como mi pariente Hutana, por ejemplo. Jamás ha creído que los persas hayamos realizado una gran *hazaña*, al someter a todos los pueblos de Asia y recuerdo haber oído a mi tío Mazares, luego de una larga estadía en Mileto, contestar a mi padre, que preguntaba cómo encontraba la patria:

»—Como caballeriza, muy próspera; ahora ocupa todo el Asia.

»Una noche banquetearon en casa de Arsaces con gran profusión de vajillas de oro, cuando vino el mayordomo a avisar al dueño de casa que una yegua árabe había parido un hermoso potrillo. Al punto casi todos abandonaron la mesa y asistidos por multitud de esclavos con antorchas corrieron a los establos.

»Mazares siguió comiendo no sin antes comentar. "

—Ahora sí se han ido a su comedor.

Los dos mesopotamios sonrieron cortésmente.

—De cualquier modo —atenuó Lugal Bau—, los pueblos han gozado de profunda paz, no conocida hasta hoy.

Alzó una mano, como excusándose.

—Sé que son palabras impropias de un viejo soldado, pero francamente, he visto demasiadas batallas, demasiados hombres pudriéndose al sol.

—¡Y los que veremos! —interpuso Artaxar. También yo diré palabras extrañas para un noble persa, y encima, general. ¿Porqué qué diablos tantos millares de hombres dejaremos lo bueno nuestro para llevar la desgracia y la muerte a otros?

Comentaron luego que se estaba en tratos con los jefes del desierto para establecer puestos con agua a lo largo de doce jornadas, a través de los arenales sin fin. Enseguida de salir de ellos, se hallaban las lagunas de Serbón y se conjeturaba que no lejos de esas aguas estériles los esperaba el enemigo. Artaxar comentó que el Mando había adoptado las vistas de Fanes de Halidernasso, el famoso general ianuna que por un asunto personal abandonado hacía poco el servicio del faraón.

Recordando los horrores del Uvarazmiya los tres hombres se entristecieron.

Unos días después —su familia había salido antes porque viajaba en lentos carruajes de toldos— se despidió Artaxar del ejército que había mandado tanto tiempo. Un grupo numeroso de jefes y amigos lo acompañó todo el día hasta llegar al poblado donde habían preparado alojamiento.

Allí supieron que la familia de Artaxar había pasado dos días antes. Los amigos cenaron pero no quisieron pernoctar, de modo que luego de despedirse de Artaxar con un «¡hasta pronto en Susa!», dieron la vuelta a Artakshatra, a la que llegaron la mañana siguiente.

CAPÍTULO XV

La marcha a Mudraya

No había memoria entre los hombres de un poder tan formidable como el imperio persa. Desde las soledades ilimitadas del Uvarazmiya y las Altas Tierras hasta más allá del Haraiva, y de allí hasta los lejanos mares de Poniente, todos los pueblos del mundo conocido, menos Mudraya, Cartago y los ianunas de ultramar, tenían un solo rey: Kambuzia, hijo de Kurash.

Durante siglos y siglos Mudraya había sostenido un duelo mortal con los imperios que habían surgido en la Naharinna —el País de los Dos Ríos— y siempre, gracias a su hábil diplomacia, había logrado eludir un golpe decisivo. Ciertamente era que unos cuarenta años antes, Asarhaddon y luego su hijo Assurbanipal habían logrado vencerlo tras furiosos asaltos. Mas, uno había perecido casi inmediatamente bajo la maldición de los viejos dioses, y el hijo, aun viviendo, había visto desmoronarse su obra; y felizmente para él, había ido, a dormir con sus padres no mucho antes de la destrucción de su raza y su imperio.

Pero ahora parecía llegada la hora final para el reino misterioso. Todos los hombres del mundo conocido estaban en manos de Kambuzia y poco después de que hubo tomado la tiara fue secreto a voces que estaba resuelta la expedición contra el País del Cocodrilo.

Cuando ya se esperaba por momentos el estallido de las hostilidades murió Amasis luego de un reinado de cuarenta y cuatro años, durante los cuales lo acompañó constantemente la fortuna.

Bajo perspectivas sombrías asumió Psamétikos III la corona de las Des Tierras. Duraban aún las fiestas de la coronación cuando se supo que había llovido en la provincia del Cetro Divino alrededor de Nu Amon, que los ianunas llamaban Tebas, por primera vez desde hacía cien años. Ello terminó de abrumar los espíritus como augurio de catástrofe, y los últimos aliados en Occidente abandonaron al faraón infortunado, cuando se supo que ya estaban en marcha los ejércitos de Oriente.

Solamente la marcha resultaba una epopeya para los soldados, porque estos veían convergir hombres por todos los caminos del Asia. A veces se encontraban divisiones que venían de extremos opuestos del mundo y los hombres resultaban tan extraños unos a otros por los cuerpos, los vestidos, las armas y las lenguas, que se contemplaban con admiración. Había tropas que habían marchado un año hasta concentrarse en Babel, proyectado como punto general de reunión.

Invocando el título de huverzyanga que Kurash había conferido a los soldados

que, veteranos del Haraiva, habían acompañado en su última campaña al Fundador, y también echando mano de su autoridad de madre, Kasandana había logrado de su hijo que los veteranos del Haraiva que tenían hijos quedaran exceptuados de la expedición y asignados a las guarniciones de Ecbatana, Susa y Pasargada. Conociendo el natural violento y receloso de su hijo, Kasandana no dejó de hacerle notar que a la vez que medida magnánima, digna de un gran soberano, era también político dejar lejos de su tierra, satisfechos y atados por vínculos de familia a tantos hombres armados y notoriamente valerosos.

A última hora el consejo de generales temió concentrar en una metrópoli inmensa y dudosa como Babel, tantos centenares de miles de hombres, en su mayoría llevados a la fuerza. ¿Qué sucedería si se amotinaban dentro de ese colosal sistema de campos atrincherados?

Acordaron distribuir estratégicamente las tropas y continuar la marcha. La división de Haraiva descendería directamente desde Susa hacia Ur y Eridu, junto con las fuerzas medas, sacias y persas. Cuando la división llegó de paso a Susa hacía ya más de dos meses que Hayarit Malitia y Hayar Malka estaban instaladas en una casa vecina a la de Artaxar, a cuya afectuosa previsión se debía el que hubiesen logrado alojamiento, pues la ciudad rebosaba de gentes: vasallos, feudatarios y aliados. Damas venidas con los jefes de más allá del Haraiva, de Bakhtris, del Sughda al este del Uvarazmiya, de Armaniya y aún de Escitia, llenaban las calles de Susa con su parlerío, en cien lenguas a cual más rara, pero con una gracia que no necesitaba traducción y que todos entendían al instante: morenas pequeñas y encantadoras de mágicos ojos oscuros; escitas, tocarías y turanias altas y airosas, de verdes ojos ligeramente oblicuos y sugestivos; lidias de sensuales curvas y armenias de ojos color de cielo.

Cuando Lugal Bau y Nidinta Ben entraron en Susa les costó trabajo orientarse: era una ciudad nueva la que encontraban, porque la afluencia de extranjeros era inimaginable y ya habían oído que el Camino del Rey que venía desde el lejano Occidente había sido provisto de luminarias, pues el tránsito no cesaba ni de noche.

Millares de artesanos mesopotamios levantaban en Susa barrio tras barrio sin contar las residencias de la corte, enormemente ampliada. Sobre todo ello, apenas podían encontrar a alguien que los entendiese y cuando ello sucedía, era para escuchar «yo tampoco conozco la ciudad». Pero al fin dieron con un hombre —un mercader de Harrán que había tenido la excelente idea de venir a Susa con toda una caravana de telas finas—, quien no sólo conocía a Artaxar, sino también la casa donde residían Hayarit Malitia y Hayar Malka, «dos damas de la casa real», según afirmó, asombrando a nuestros amigos.

Cuando por fin llegaron, lo hicieron al mismo tiempo que otro personaje, de no menuda importancia a juzgar por la prosopopeya y séquito que traía. Al ver nuestro

amigos al que parecía llegar como a su casa lo contemplaron y quedaron boquiabiertos.

—¡Lu Babbar! —exclamó Lugal Bau, estupefacto.

—¡Mi general! —estalló Lu Babbar y cayó en brazos de su antiguo sargento, besándolo cariñosamente. Luego hizo lo mismo con Nidinta Bel, y llamándolo «viejo compinche, ladrón de mujeres lindas». Reía todo emocionado y contento y ellos veían que a pesar de estar hecho un personaje de padre y señor mío, seguía siendo el corazón sencillo y leal de los viejos tiempos.

—¡Pero, qué casualidad! —exclamó Lugal Bau—. ¿Conoces la casa? ¿Cómo?

Lu Babbar rió con toda la gana.

—¡Por la señora Nin-Kharsag! Muy sencillo. En primer lugar, es —mejor dicho, era—, mía. En segundo lugar, supe por Artaxar que venían vuestras mujeres y al punto conversé con la mía. Convinimos en que esta era la casa ideal para ellas y nos cambiamos a otra más grande, porque habéis de saber que tenemos tres chiquillos a cuál más hermoso. Es aquella —continuó, señalando una gran casa blanca rodeada de árboles—. Y en tercer lugar, venía ahora a ver si habíais llegado y llevarme a mi mujer.

Sólo entonces nuestros amigos observaron que la comitiva de Lu Babbar traía una litera. ¡Por Kharsaghalamma la divina montaña! —pensaron—. ¡Pues nada ha progresado Lu Babbar! Y bien está porque es un corazón de oro.

Entraron en la casa y al cabo de dos o tres amplias habitaciones dieron con las damas que estaban muy ocupadas vistiendo al niño de Lugal Bau. Quedaron admirados al ver a la mujer de Lu Babbar: una real mujer con sus cabellos de color de oro peinados a la persa, su piel que, a juzgar por lo que se veía, estaba hecha con pétalos de rosa y el traje que realizaba sus líneas seductoras. Al instante acudió Nidinta Bel el recuerdo de aquel día —que le parecía fabulosamente lejano—, cuando al echar ella los brazos al cuello de Lu Babbar vieron la penumbra dorada bajo las axilas.

Mas las otras damas no cedían en nada a la rubia. El traje verde claro de Hayarit Malitia le sentaba a maravilla, y el traje de gasa blanco —una tela del Sindhu— que llevaba Hayar Malka y que contrastaba con el marfil de su piel y los grandes ojos oscuros sombreados por largas pestañas, hacían de ella la fascinación misma.

Hubo un tumulto de besos y saludos, un borboteo de mil comentarios. Y la rubia de Lu Babbar, Imerezia, se las tomó con Nidinta Bel.

—Pero, ¿y vosotros? ¿Para qué tienes semejante muchacha? Cuando llegó... veo que no trae ni un niño...

—Tiempo al tiempo —interpuso Lu Babbar, conciliador.

—¡Tiempo al tiempo! —imitó la rubia—. Menos mal que tú lo aconsejas a otros. —Se volvió a Hayar Malka:

—Uno de estos días vamos a salir a buscar unas hierbas...

Hayar Malka se ruborizó, pero tuvo ánimo para contestar:

—¡No!, si anda muy bien. A lo mejor, ahora...

Todos soltaron la risa, y en eso llegó un hombre de la casa de Artaxar, avisando que el general los esperaba. Imerezia comentó:

—La rubia tiene encargado otro niño; no es extraño, porque a toda hora están haciéndose mil mojigangas.

—¡Entonces... claro! —filosofó Lugal Bau—. ¿Qué va a hacer el general...?

—... ¿sino lo que hace? —completó la desfachatada.

Luego Imerizia contó que Lu Babbar estaba entusiasmado por acompañar la expedición porque su patrón Aryaramnes comandaba el ala Sur del Gran Ejército llevando como segundo a Artaxar. Pero Aryaramnes se oponía porque lo había hecho designar intendente de los bienes reales, además de los suyos propios...

—Me alegro; me alegro, y que los dioses os acompañen. Así cuidaréis también de nuestras mujeres —dijo Lugal Bau.

Ya las cuidaremos a estas niñas —rió la rubia incorregible, que no pudo abstenerse de aplicar a Hayarit Malitia una buena paleada en salva sea la parte— y a la esposa de Artaxar.

—¿Sabéis, amigos? Cuando vi a los viejos compañeros me tembló el corazón. Si no hubiese sido por tus cuidados, ¡cuántos habríamos quedado en el camino! —y Lu Babbar miró emocionado a Lugal Bau.

—Y tú no tendrías esta compañera tan buena y hermosa—contestó este último, tratando de ocultar su emoción.

Lu Babbar no pudo contener una lágrima y exclamó:

—¡Debería estar a tus pies toda la vida!

—¡Tontito! ¿Y qué ibas a hacer ahí? —dijo la rubia con un gesto tan picaresco que sugería todo, y se estrechó contra él.

No hicieron más que llegar todos a casa de Artaxar y luego de los abrazos y besos de rigor se sentaron a la mesa.

—Estamos todos juntos como allá en el Haraiva —dijo Artaxar—, y recordaron el tiempo pasado que les parecía un sueño.

Luego la conversación tomó otros rumbos.

—El señor Ahura Mazda nos ha protegido a muchos —comentó Artaxar bajando la voz—. Pero las cosas no van nada bien. Nuestro Rey está enfermo y el mal se agrava por el abuso sin límites del vino y las mujeres. A él mismo no se le escapaba lo peligroso de esta situación y entonces, imaginando lo que pensamos —y a veces lo que no pensamos— se vuelve intratable al punto que sus parientes y mujeres temen por sus vidas...

—¿Así están las cosas, eh? —dijo Lugal Bau—. Efectivamente, he notado

reticencia y preocupación en muchos rostros.

—Días pasados se proponía mandar destruir las imágenes de los templos en Babel, Ur y Harrán y enfurecido por las objeciones; quería decapitar a todo el Consejo de los Persas... Sólo la venerable autoridad de Kasandana pudo evitar este desastre, invocando lo decretado por Kurash, el Rey sin igual. Pero, ¿por cuánto tiempo?

—¿Y el príncipe Bardiya? —preguntó Nidinta Bel, animado a hablar ya que un noble encumbrado como Artaxar comentaba cosas tan delicadas.

—Nadie osa preguntar palabra sobre él —respondió Artaxar en un susurro.

—Algunos dicen que está en un castillo de Media... —e inclinó la cabeza con aire de desesperanza.

—Quizá de esta expedición resulte algún remedio —sugirió Lugal Bau.

—Sólo Ahura Mazda lo sabe —respondió el persa con tristeza, y comprendieron que el amigo no veía salida por medios humanos...

Al décimo día la división veterana del Haraiva partió de Susa en dirección a la Baja Mesopotamia —el llamado Mat Tamtim, «país del mar»—, para cruzar luego el Eufrates y emprender la peligrosa marcha por el Desierto.

CAPÍTULO XVI

La batalla de Pelusion

A pesar de que se habían hecho todos los preparativos posibles y tomado las precauciones imaginables, la marcha por el desierto resultaba penosísima. El aire reseco extraía hasta la última gota de humedad a los hombres, atormentados por continua sed; el resplandor de las arenas inflamaba y enceguecía los ojos; de día los quemaba el sol y de noche se congelaban. Y cuando sobrevení­a el viento, el polvo hería el rostro y les entraba en la nariz, garganta y ojos; sentían que miles de invisibles cuchillos los desgarraban. Avanzaban entonces entre la oscuridad de los remolinos de arena, y era imposible detenerse so pena de perecer: había que llegar hasta el siguiente depósito de agua. La desesperación abatía a los hombres; el polvo impalpable los desgarraba por dentro y los asfixiaba, y diariamente algunos hombres perecían o se suicidaban. Pero la mayoría sabía que la única vía de salvación estaba en seguir adelante y salir cuanto antes de esos lugares de horror.

El viejo Lugal Bau estuvo a la altura de su fama. Ya desde Artakshatra venía cada hombre provisto de los odres posibles; luego de cruzar el Eufrates los llenaron, y se prohibió bajo pena de muerte usar de esa agua sin permiso. Obligaba a todos a llevar cubiertas nariz y boca; cada hora las compañías y pelotones pasaban revista y se permitía un trago de agua y humedecer los trapos que cubrían los rostros. De este modo llevaban una reserva de agua para casos imprevistos.

Cuando las noches eran tranquilas las estrellas brillaban con limpidez asombrosas en la atmósfera desecada hasta lo indecible. Nidinta Bel se envolvía en la gruesa manta que le había tejido Hayar Malka y se ponía a recordar los días de Susa y el primer día de su llegada, cuando ella se había quitado el traje de gasa que la hacía tan bella. Y debajo, la camisa persa... Y era toda ella un aroma que embriagaba... Le había susurrado: «No quiero dejarte deseos. No sea que alguna maga del país del Cocodrilo te enamore...».

Y se habían amado apasionadamente hasta el alba.

Un día surgieron dos jinetes del fondo del desierto. Eran correos del comando central. Ya se hallaban a cuatro días de los vagos límites del Mudraya y se ordenaba a Lugal Bau, cuya división ya estaba saliendo del desierto en estado casi perfecto, adelantar dos jornadas más hasta determinado lugar al que llegaría una división selecta de persas, sacios y baktrios; debía tomar el mando de las dos divisiones, que formarían la primera cortina. Desde el día siguiente podía dar agua y alimentos a discreción porque ya encontrarían oasis y poblaciones.

Era un gran honor para Lugal Bau. Sus hombres desde hacía un par de días usaban en abundancia las reservas de agua, y ahora, entusiasmados, sacaban fuerzas de flaqueza.

Cuando se reunieron las dos divisiones hubo inmensa algazara y los soldados abrazaban las palmeras y sicómoros, y hasta las malezas achaparradas les parecieron jardines.

Lugal Bau fue informado de que el grueso del ejército llegaría dentro de tres días. Preparó una avanzada con mil jinetes escogidos, la puso al mando de Nidinta Bel y la lanzó hacia adelante luego de darle instrucciones que resumían treinta años de experiencia: audacia y circunspección. Tras ella adelantó cuatro escalones más con orden de mantenerse en contacto unos con otros a menos de tres horas de aviso. A mediodía de la partida de Nidinta Bel, Lugal Bau movió sus divisiones.

Al tercer día una descubierta comenzó a costear unos bañados que se prolongaban hacia Poniente, y a lo largo de los cuales se sucedían aldeúchas míseras. Ya estaban a las puertas de Mudraya y los soldados clavaban sus ojos con aprensión en el horizonte. En un poblado de unas veinte casas encontraron varios habitantes que, interrogados por los intérpretes, informaron que días antes habían andado por allí algunos jinetes.

Nidinta Bel envió en abanico pelotones para explorar las aldeas. Luego continuaron marchando parasangas y más parasangas sin encontrar oposición. Al amanecer del quinto día Nidinta Bel ocupó los puntos extremos explorados y se preparaba para avanzar hasta descubrir al enemigo, luego de avisarlo a Lugal Bau, cuando se le incorporaron los escalones trayéndole orden de adelantarse hasta trabar contacto con el enemigo. Llegó un grupo de generales y oficiales del alto mando, escoltas de caballería ligera, guías y correos y Nidinta Bel conoció que el Gran Ejército avanzaba en masa al encuentro del enemigo.

Nidinta Bel organizó su *fuerza* —ahora de casi cinco mil hombres— lanzó adelante numerosos pelotones y los siguió de cerca, ya en formación de combate. Habrían andado unas tres horas cuando los elementos avanzados comunicaron que se acercaban fuerzas seguramente enemigas, desde poniente, pero que no eran muy numerosas. Nidinta Bel concentró sus formaciones y continuó el avance. Pe pronto sus avanzadas se le incorporaron; comunicaron que el enemigo se acercaba. Apenas habría pasado el mediodía, cuando vieron que venía resueltamente a su encuentro: escuadrones egipcios, libios y carios que, a pesar de la manifiesta inferioridad numérica, esperaron a pie firme y cuando estuvieron a cien pasos atropellaron vigorosamente a los invasores. Nidinta Bel se alegró de tener sus veteranos del Haraiva y Uvarazmiya porque el choque fue muy rudo y los jinetes cesaron en sus ataques solamente cuando una fuerte reserva amagó su derecha.

Luego de dar comida y descanso a sus hombres, continuaron el avance

produciéndose numerosos encuentros en los que los jinetes del faraón demostraron gran espíritu ofensivo.

Al atardecer vieron nuevas fuerzas de caballería entre cuyos claros se distinguían masas de infantería que avanzaban rápidamente. Llegaron hasta unos quinientos pasos pero mientras los adversarios ejecutaban movimientos y tanteos, sobrevino la noche, y unos y otros se replegaron. Durante la noche fueron y vinieron los correos; los jefes presentes opinaban que la batalla no podía retardarse más de un par de días. Lugal Bau comunicó que a la mañana llegaría con toda la vanguardia reforzada por numerosas fuerzas porque quería tantear resueltamente al enemigo para conocer su poder y disposición.

En efecto: a la mañana siguiente llegó Lugal Bau con Artaxar, que venía del mando supremo y Aryaramnes, que mandaba la izquierda y deseaba darse cuenta de la situación, pues un ataque egipcio llevado con bastante energía y fuerzas podía arrojar a los persas contra los pantanos de Serbon, embotellarlos, cortarles las comunicaciones y rendirlos por hambre.

La batalla se trabó hacia mediodía: la caballería egipcia, luego de cargas furiosas, rechazó a los jinetes orientales y despejó el terreno para su infantería que llegó como una inundación sobre la infantería persa y mesopotamia. Fue tan furioso el choque que durante largo rato Artaxar, Lugal Bau que mandaba en jefe, Arsaces, Nidinta Bel, Pauraua y otros jefes del mando supremo estuvieron en medio del enemigo. Por fin, a la caída de la tarde nuevas fuerzas persas de caballería restablecieron el combate, superaron a los jinetes del Nilo, y la valiente infantería defensora, en peligro de ser envuelta, retrocedió.

—Si hubiesen dispuesto a tiempo de otra brigada de caballería, nos destruyen — comentó Lugal Bau.

Dos días después, concentrado todo el ejército —más de trescientos mil hombres de combate— Kambuzia avanzó resueltamente en busca del enemigo que lo esperaba en masa delante de Pelusion.

La batalla en que el Egipto inmemorial iba a perder su independencia por más de veinticinco siglos fue disputada con heroica valentía por una y otra parte, sin que los soldados de Psamético III se asustaran ante el poder entero del Oriente que se les venía encima.

A pesar de que Kambuzia lanzaba sin cesar nuevas masas al combate, los soldados del faraón defendían obstinadamente sus posiciones. Durante la mañana, por dos veces su infantería acorazada avanzó irresistible hasta cerca del lugar donde se hallaba Kambuzia, pero falta de protección en sus flancos y cargada en masa por la Guardia de los Inmortales y los veteranos del Haraiva, quedó cortada y al intentar retirarse se abrió su dispositivo. Por las brechas se metieron tropas de Mazares y de Lugal Bau y la destruyeron en detalle.

Al caer de la tarde, sea porque se les agotasen las reservas, por algún ataque que imposibilitó toda defensa ulterior, porque la voluntad de combate de Psamético III falló, o por todos estos factores juntos, la resistencia se derrumbó. Cuando se ponía el sol de aquel día fatal del año que llamamos quinientos veinticinco antes de Cristo, el último ejército del Egipto independiente que tenía miles de años de historia, se disolvía en el pánico. Cientos de miles de hombres huían en dirección a Sais y a Menfis con su infortunado faraón.

Todos los habitantes del mundo antiguo «civilizado» —menos los ianunas de Europa—, estaban en manos de un solo hombre: Kambuzia, hijo de Kurash...

La batalla había sido tan vasta y encarnizada que el ejército vencedor mismo había quedado casi totalmente desorganizado.

Cuando pudieron reunir algunas formaciones de las menos agotadas y desangradas, apenas pudieron abrirse paso entre las montañas de muertos y heridos, caballos y equipajes, y la inmensa muchedumbre de fugitivos, embotellados en los caminos que llevaban a los pasos del Nilo.

—¡No maten! ¡No maten! —gritaban Lugal Bau, Prithava, Pauraua, Mazares, Nidinta Bel y otros generales, al ver que los lanceros se echaban lanza en ristre sobre la multitud.

—Esos hombres no pueden apartarse. Y además, ya son como nosotros, súbditos de Kambuzia —filosofó Prithava, mientras contemplaba la escena. Era un hombre de estatura colosal y todos decían que si engrosaba un poco más no habría caballo que pudiese llevarlo mucho trecho. Había defendido valerosamente su tierra mientras hubo posibilidad; luego capituló y Kurash lo había llevado siempre consigo demostrándole gran afecto.

Ahora había venido con sus antiguos compañeros y cubierto con un inmenso escudo se había abierto paso entre el enemigo, segando a los adversarios como si fueran cañas.

—Los hombres somos animales raros —comentó Mazares—. ¡Estos pelearon bravamente y quién sabe lo que hubiera sucedido si el miedo no les hubiese hecho volver la espalda!

—¡Eso!... —asintió Arsames—. A medio día las cosas pintaban tan feo que de pronto me encontré pensando: «¿Y si los árabes viéndonos flaquear nos destruyeran los depósitos de agua?».

Dos o tres de los generales soltaron la risa declarando que habían pensado cosas por el estilo. Luego echaron mano a las cantimploras y todos bebieron.

En eso llegó Nidinta Bel con su escolta y comunicó que se trataba de despejar los caminos y avanzar rápidamente con todas las fuerzas medianamente montadas, porque corría el rumor de que Psamético III se dirigía a Menfis para esperar allí los ejércitos del Alto Egipto.

—¿Los habrá? —inquirió, escéptico, Lugal Bau.

—¿Cuarenta o cincuenta mil hombres? —objetó Paurau—. Bueno, y nosotros, ¿con cuántos capaces de combatir hemos quedado?

—Y antes de un mes no podremos reorganizarnos —informó Aryaramnes—. Debemos tener un número enorme de muertos, heridos, enfermos...

—Quién sabe si Psamético no tiene en estos momentos más fuerzas que nosotros —reflexionó Mazares—. Y si fuese un jefe audaz...

—No lo quiera Sandon el del Flecha Doble —rió el general cario, Antígono.

El Alto Mando persa copó el Patrañera o Delta con una tenue cortina antes que los vencidos se repusieran del primer espanto. Fueron ocupadas Sais, Bubastis, Mendes y Tanis. Kambuzia exigió imperiosamente la rendición de Menfis, donde la muchedumbre enfurecida masacró a los parlamentarios. Pero los persas vieron que no había que perder un instante: asumiendo una actitud imponente marcharon derecho sobre la inmensa capital con todas las fuerzas que pudieron mover y luego de algunos asaltos cuya utilidad habrían notado y aprovechado los egipcios si no hubiese reinado total desconcierto, Menfis abrió las puertas, y el ejército persa ocupó enseguida los castillos, el Muro Blanco, las esclusas del lago Moeris y otros sitios estratégicos; y tomaron prisioneros al faraón, su familia y su gobierno. Ingenieros griegos y babilonios tomaron enseguida la dirección de las esclusas y canales; los ingenieros egipcios entregaron los planos trazados sobre papiro y los modelos de esas grandes obras, hechos en arcilla y madera. Mazuru, ingeniero jefe babilonio, contempló los admirables trabajos y comentó tristemente:

—¡Ellos, como nosotros, supieron hacer estas maravillas y no supieron defenderlas!

Contadores egipcios y griegos practicaron un arqueo en la Doble Casa de Plata.

—¡Pensar que todavía llevan doble contabilidad siendo uno el reino! —comentó Neomides, el contador milesio, mirando las dos divisiones correspondientes, respectivamente, al Alto y al Bajo Egipto, y que databan del tiempo cuando había dos reinos en el valle del Nilo.

—¡Para qué guardaron estas filas de lingotes y pilas de oro! —añadió Nabunahid, su colega babilonio.

—¿No te parece que el mundo está regido por la estupidez? —susurró Neomides—. Con esto, Psamético habría movido diez ejércitos como el que ha movido.

—No me recuerdes lo que pasó en mi ciudad —contestó el babilonio.

El emperador mundial se instaló en el castillo de Menfis y recibió el homenaje de todas las naciones, y sus tributos. Todo el ejército se rió al saber lo ocurrido con el tributo de Cirene. Kambuzia, al saber que consistía en quinientas monedas de plata, se había asomado a una de las ventanas y arrojó por ella las monedas a la explanada donde estaba de guardia un batallón.

Hasta los que conocían Babilonia contemplaban estupefactos estas edificaciones magníficas y titánicas y los de temperamento filosófico se preguntaban cómo el triste y precario ser humano había erigido estos prodigios.

La Sala del Trono tenía paredes altísimas cubiertas de pinturas de asombrosa vida. Al fondo se alzaba el trono: una masa titilante de piedras preciosas y Nidinta Bel vio a Kambuzia, rey del universo, con la tiara cubierta de rubíes, perlas, diamantes, esmeraldas; lo mismo que las botas, el kandys, el akinakes.

Cuando movía la cabeza surgían maravillosas llamas multicolores que arrojaban su luz sobre un rostro en que disputaban su imperio el día y la noche. La conciencia de su poder y la de su trágica enfermedad se reflejaban en su actitud a un tiempo majestuosa y frágil. Nunca sabía si en el próximo instante no lo derribaría el ataque, del que luego despertaría quebrado de cuerpo y espíritu.

—¿Y yo soy el rey del mundo? —pensaba. Entonces, los cortesanos, compadecidos y aterrados, le presentaban preciosas muchachas desnudas, vinos exquisitos, bailarinas y músicos maravillosos.

CAPÍTULO XVII

La maga del Mizri

Ahora, las fatigas de la expedición y esta victoria desmesurada minaban sus nervios agotados. En busca de lo extraordinario y lo imposible olvidaba que no era más que un hombre que mandaba a otros hombres, y daba órdenes más irrevocables cuanto más insensatas.

Cuando las voces se hicieron tan altas que llegaron hasta Kambuzia, su rostro se ensombreció. Volvióse a Prexaspes, y con voz ronca de rabia pronta a desatarse, preguntó:

—¿Qué pasa allá? ¿Quiénes olvidan la presencia de su rey?

Prexaspes se dirigió al fondo del salón donde estaban muchos generales bebiendo, mientras los guardias que estaban con los akinakes desnudos se pusieron tensos al oír al Rey.

Prexaspes regresó, evidentemente turbado. Kambuzia tenía la cabeza gacha y miraba de soslayo al cortesano, con aire sombrío.

En el calor de la discusión, señor del mundo, Fanes alzó la voz...

—¿Qué decía Fanes? —interrumpió el Rey.

—Señor, discutían sobre la batalla...

—¡Te pregunto qué decía Fanes! —gritó Kambuzia, apoyando las manos con tanta violencia sobre la mesa, que se volcaron varias copas.

—Sostenía que la carga decisiva...

—¿No la dieron los sacios y los medos, eh? —estalló Kambuzia, echándose hacia atrás. La tiara refulgía como el sol y sus ojos como los de un tigre.

Prexaspes, pálido, continuó impasible, aunque su voz había perdido toda tonalidad.

—Perdón, señor. Dice que la dio la división venida del Haraiva.

—¡Que venga Fanes! —gritó el rey. Fanes lo oyó y se acercó por entre las mesas. Era robusto, y el pelo cortado al rape hacía más amplia su frente descubierta y más marcial su rostro de huesos prominentes.

—¿Qué estabas diciendo? —inquirió Kambuzia, conteniéndose.

—Decía lo que en verdad ocurrió, señor —respondió Fanes, excitado. Nidinta Bel se asombró de la «parrhesía» de este ianuna y recordó que ni él ni los otros oficiales ianunas se prosternaban.

—¡Claro, maestro de la guerra! ¿No serás tú en vez de mi padre, el conquistador del Asia? —se mofó Kambuzia—. ¿La verdad? Vamos a verla aquí y si no aparece...

Fanes lo miró serenamente.

—Oh, Rey de Reyes... más de una vez no voy a morir. ¿Puedo hablar?

Kambuzia se había quedado mirándolo, enigmático. De pronto sonrió y contestó irónico y ambiguo:

—¡Vaya si puedes!

Con una barra de pasta Fanes trazaba el croquis de la batalla de Pelusion y explicaba sus diversos momentos, con tal claridad que confirmaba su fama de táctico de primer orden. A veces levantaba la cabeza y preguntaba a alguno de los generales:

—¿No fue así?

Sí, así había sido esto o aquello.

Terminada la exposición de Fanes, Kambuzia comentó:

—Tienes la lengua presta, ianuna.

Recorrió con la vista el grupo de generales persas.

—¿Qué pensáis vosotros?

Nadie osaba decir palabra. Al fin, Arsaces expresó, luego de mirar a sus compañeros.

—No hallamos nada en contra de su descripción, señor.

El rey se quedó silencioso mirando ante él.

—Bien; la verdad es deber de todo persa. Aquí la ha dicho un ianuna pero sigue siendo la verdad. Y esta es Ahura Mazda mismo. Lo demás no es nada...

Todos se tranquilizaron. Kambuzia volvía a sus momentos de salud cuando se mostraba verdadero hijo de Kurash, el Rey sin igual.

—¿Dónde está Lugal Bau? —preguntó. Aryaramnes fue a buscarlo; estaba en una de las últimas mesas.

Cuando vinieron los dos generales, Kambuzia se volvió a su secretario Bagoas, hombre de estatura colosal.

Bagoas se inclinó.

—Trae aquello.

El secretario desapareció tras un cortinaje y cuando regresó traía una bandeja con un pequeño almohadón sobre el que vieron el gran collar con el sol radiante de Ahura Mazda. La sensación fue grande: ¿iría el viejo sargento Lugal Bau a entrar en el Consejo de los Persas?

—Me dicen que debo este gran reino a tu división, a la que declaro benefactora del Rey por segunda vez, ya que mi padre la declaró tal la primera. Este es mi reconocimiento personal. El Consejo se pronunciará en cuanto al reconocimiento del reino.

—¿Me es permitido hablar, señor? —inquirió Lugal Bau.

—¿Otro croquis? —rió Kambuzia—. Sí, habla.

—Fue el segundo jefe de la división el que vio el momento y llevó la carga. Yo

apenas hice más que aprobar...

Kambuzia lo contempló largo rato, contento. Luego una sombra de tristeza veló su rostro expresivo.

—¿Cómo sucede que los hijos de mi Casa no ven las verdades, y estas me llegan por boca de hombres no persas?

Luego se dirigió a Lugal Bau.

—Vamos, hijo.

Lugal Bau se arrodilló; el Rey le colocó el collar, lo besó en ambas mejillas, le tocó los dos hombros con el akinakes.

—Hombre de verdad y lealtad... ¡Que Ahura Mazda sea contigo, hijo!

Trajeron a Nidinta Bel y Kambuzia lo observaba como pesándolo y midiéndolo.

—Has prestado al reino un servicio que muchos guerreros beneméritos no pudieron prestar en larga vida de combates... Es visible que te favorece Ahura Mazda. Toma el mando de la división dos veces huverezyanga y ocupa el Castillo Blanco. Me pongo en buenas manos, creo... —terminó, sonriendo. Hizo una seña a Aryaramnes quien se quitó el collar de general y se lo colocó a Nidinta Bel.

Pasmado, este atinó sólo a inclinarse profundamente. Cuando levantó los ojos vio que Kambuzia lo miraba curiosamente con una expresión extraña que fue transformándose en sonrisa casi infantil, de tan traviesa y amistosa que era.

—Voy a encargarte de una campaña muy especial. Sí... muy especial...

Se puso serio aunque sus ojos chispeaban maliciosos.

—La llevarás hasta el fin...

Sorprendido, Nidinta Bel respondió:

—Oír es obedecer, señor.

—Eso espero —dijo Kambuzia, y soltó una risita alegre. Intrigados, vieron que Kambuzia se alejaba unos pasos con Bagoas y le hablaba en voz baja. Casi doblado en dos el secretario contestaba algo, y el suspenso de todos creció cuando notaron el aire pensativo y divertido con que dirigió su mirada a Nidinta Bel.

Cuando Kambuzia regresó a su asiento, Bagoas adelantó unos pasos —los presentes no pudieron menos de pensar en una torre que avanzaba— hacia Nidinta Bel. Sonrió amablemente al rogarle que lo acompañara, y se internaron por unas galerías de muros claros y lucientes cubiertas de placas con jeroglíficos brillantes como joyas.

Al fin Bagoas se detuvo ante una puerta, la abrió y entraron en una cámara cuyas paredes de mármol rosa tenían, incrustadas, bandas de aquella extraña escritura en que cada signo era una miniatura asombrosa.

—Zeser zeseru^[12] —oyó Nidinta Bel que decía Bagoas inclinándose en suave reverencia y comenzando a retroceder. Sorprendido, Nidinta Bel, al que la luz que entraba por un ventanal había impedido percibir bien el interior, volvió la mirada a un

lado y vio a, la dama...

Nidinta Bel recordó cuando en la Gran Casa de las Tabletas los muchachos sentían exaltarse sus sueños de amor leyendo las novelas secretas de Lilith. Ellas contaban que la Dama Divina solía poner sus deseos en algún mortal; lo llevaba a su cámara y le brindaba sus secretos de enloquecedores encantos. En voz baja, embargados de terror sagrado y de deseo, hablaban de Innini-Lilith, la señora de las dulces caricias. Algunos soñaban con hundirse en sus vellos suaves y profundos como la Noche; en sus besos que embriagaban más que todos los vinos, en sus senos cuya leche, contaban las zikari, era más dulce que la miel y más potente que el fuego; y los más desfallecían en el deseo de sus caderas sagradas...

Mas otros preferían a la Kusarikka, una encarnación del amor celeste, aunque no menos seductora y fascinante. Y los que conocían estas cuestiones y habían oído a los sabios ianunas, explicaban que era la proyección de una «Koure» ianuna, la Parthenos inviolada, que no se daba sino a uno en un amor sin fin.

Todo esto pasó en un instante por su mente mientras la dama se acercaba, grácil como un junco del Pa-to-me-ra que ondula a la brisa. Por encima de los ojos infantiles surgían del cabello, extendidas, las alas de Horus y en medio la filigrana de hilos de oro.

—Bienvenido a la cámara de la esclava de la diosa —dijo en babilonio.

Tan suspendido estaba Nidinta Bel que las palabras, inesperadamente en su lengua natal, lo sobresaltaron. Ella soltó una risita suave y un poco gutural, mientras alzaba el rostro y lo miraba con inocente divertimento.

—¿Te asustaron mis palabras? Sobre todo porque hablé en tu idioma. No lo sé muy bien...

—Perdóname. Me he portado como un tonto.

Pero como se imaginó la cara que habría puesto, Nidinta Bel terminó por reírse:

—Me había puesto a pensar unas cosas más raras...

—¿Raras? —exclamó la muchacha—. Yo también suelo pensarlas...

El observó que el rostro de la muchacha tomaba expresión de profunda ternura y luego se acercaba a él y bajando un poco la voz le confió con tono serio y ansioso como preocupada de que comprendiese bien:

¿Sabes? Muchas veces me pongo a meditar en cosas que poco a poco se van haciendo más enredadas y misteriosas. Y de pronto, cuando estoy lejos, como suspendida en los aires, mamá me habla... y me sobresalto. Mamá me dice medio enojada, medio riendo: "¡Pero, qué tonta eres, Merirura!

—¿Merirura? —interpuso Nidinta Bel—. ¡Qué lindo nombre!

—¿Te parece hermoso? Dicen que es muy, muy antiguo. Miles de miles... de cuando Ra el señor puro gobernaba la Tierra Negra y El no necesitaba estatuas ni templos... ¡Pero te sonríes! ¡Qué pensarás de mis tonterías!

Los dos se rieron, pero luego él se puso serio y respondió:

—Al contrario: es interesantísimo lo que dices. Me sonreía por el agrado de escucharte y también... ¡bueno! Cuando mi madre...

—¿No eres muy parecido a ella? Creo que la conocería aunque la viera entre la muchedumbre en el templo de Neith o la columnata de Bast.

—Sí que me parezco a ella. Pues, cada vez que me hablaba tardaba yo un buen rato en contestarle, regresando de qué sé yo qué mundo. Y mamá me rezongaba:

«¿Pero este muchacho está siempre en la luna?».

Ella desató en sordina una cascada musical.

En eso sobrevino de pronto la noche, como ocurre en Khemit —lo que sorprendía a Nidinta Bel—. En el mismo instante entraron trayendo unas antorchillas como varas y encendieron las lámparas cuyas pantallas de colores producían efectos fantasmagóricos, y otros servidores portaron bandejas con fuentes cubiertas, ánforas, copas.

—El Señor de los Dos Mundos lo envía.

Nekhtanebe, su padre, había nacido en San, que llamamos Tanis, y su madre, Neferura, de la nobleza de funcionarios, era hija del pontífice del templo de Ra en On, que llamamos Heliópolis, tan antigua que los primeros Hijos de Ra habían erigido el templo siglos y siglos antes de Menes, en los días legendarios de los Servidores de Horus. Luego, le contó la muchacha, hacía ochocientos cincuenta años, el Compasivo había suscitado a Aton, quien se encarnó en Ekhnaton para redimir a los pobres, a los esclavos y a los tristes... Y los de Ra jamás se habían inclinado ante Amón, el dios de los poderosos.

Merirura se había criado en la quietud de las dependencias del templo, grande como una ciudad. Jugaba y estudiaba con las hijas de los sacerdotes y de las sacerdotisas, que desde los días de la avenida de los Hixos habían llegado con ellos, y en tiempo del santo Ekhnaton habían explicado su doctrina de fraternidad. Se paseaban por los boscajes y correteaban en torno de los estanques, cuando estaban libres de sus obligaciones; y quehaceres, que no eran pocos según dedujo Nidinta Bel. Pues de acuerdo con lo que explicó la muchacha, quien no sabía hacer cosas pesaba injustamente sobre sus hermanos. Mientras le servía de las fuentes y le escanciaba vino le hablaba de todas estas cosas sencillas y grandes y luego, de cómo Set, el señor de las Tinieblas, había despedazado a Osiris el Bondadoso, de cómo Isis, la esesa amante, había recorrido tierras y mares hasta volverlo a la vida. Nidinta Bel la escuchaba como en sueños, tan irreal le parecía todo, tanta realidad ponía ella en el relato, sin embargo. Mientras relataba las peripecias de la teogamia empujó un ánfora y se inclinó para rescatarla a tiempo que Nidinta Bel extendía su brazo. La manga del jubón se enganchó en las alas doradas de Horus y la cresta, que cayeron sobre el regazo de Nidinta Bel.

Ella lo miró con extraña expresión.

—¡La señal de la diosa! —exclamó sin aliento—. ¡No apartes tus ojos de mí! ¡Isis santa!

Nidinta Bel miró desconcertado, sin comprender lo que había ocurrido y vio a Merirura quitarse la túnica traslúcida, bajo la cual aparecían, como es costumbre en Khemit, los senos con las puntas pintadas de rojo.

—Eres el dueño que me destina la Madre Santa —sonrió, disimulando su pánico.

Ahora comprendía Nidinta Bel, y como había notado que al verse sin la túnica había temblado, no quiso violentar su pudor.

—Póntela, te lo ruego, niña mía —le pidió y él mismo se la colocó. Ella pareció más tranquila y segura.

—Así estás muy bien. Pero, ¿cuántos años tienes?

—El veintiséis de Athyr, cuando Isis se regocija por la resurrección de Osiris, voy a tener veintiún años.

—¡Veintiún años! —se asombró Nidinta Bel—. ¿Y cuándo es... quiero decir, falta mucho?

—Estamos en el mes de Athyr —explicó ella—, y faltan cuatro días.

Nidinta Bel la miraba fascinado. Sí, ahora que sabía su edad comprendía que era ya una mujer; por cierto una mujer preciosa, pero... ¿y su mirada? Era inocente como la de un recién nacido y al mismo tiempo llena de viva inteligencia.

Entonces Nidinta Bel se acordó del príncipe Lidan Ilani que una vez les había contado allá en Babel su visita a un solitario del Eridu. «Su mirada es como la de un cordero, su saber es hondo como el mundo».

—Dime: ¿dónde aprendiste a hablar mi lengua?

Ella sonrió infantilmente.

—Oh, mamá nunca cedía en eso. En el colegio de la diosa enseñan tu idioma y el de los haunebt, que vienen por los caminos del Muy Verde...

—¿Haunebt? —inquirió él. Al instante cayó en cuenta.

—¡Ah, pequeña sabia! ¿Hablas la lengua de los hombres de las Islas? —dijo en jonio.

Ahora tocaba a Merirura el turno de sorprenderse.

—¿Hablas como los hombres de bronce? —exclamó, muy contenta—. Me gusta mucho oír ese idioma. Es... como oír música en un gran campo... de mañana temprano. ¿Cómo lo has aprendido?

—Oh, —respondió Nidinta Bel—, mi padre anduvo mucho por las costas y las islas, y mi madre es medio ianuna... se llama Nereida, así que... Mejor diría que es ianuna del todo —terminó riendo.

Ella lo miró con expresión inteligente. «Comprendo lo que quieres decir».

—Siempre llegan gentes raras a casa —sonrió Nidinta Bel.

—Me las imagino —respondió ella—. Hace unos meses llegaron viajeros ianunas a casa para visitar a mamá. Hablaban y preguntaban cosas... —sonrió.

—¿Que daban miedo?

—No... entusiasmaban, como si estuviese al llegar algo grande en el mundo.

Nidinta Bel sintió que le faltaba el aliento.

—¿Ellos también esperan, a pesar de estas cosas tan tristes? ¿Qué esperan, hermana?

—Mamá me habla siempre de todo esto, y luego de la visita de los amigos ianunas... rogó a los Dioses... por una resurrección.

—¿Resurrección? —inquirió él, perplejo.

—Dice mamá que los llamados vivos están tan muertos como las momias —susurró la muchacha a su oído.

—¡Ah!, también yo lo he pensado a menudo. Y es claro; nos manejan cosas muertas de siglos y siglos. Entonces... ¿solamente los cuerpos están vivos pero las almas están muertas?

—*Malista ge*^[13] —sonrió ella, contestando en griego.

—¿Sabes que en mi tierra se habla mucho de eso, también? Y a mi casa llegan amigos lejanos y secretos...

—Lo sé. Mamá tiene amigos secretos en tu ciudad de Babel, y más lejos aún, detrás de las Tierras de Arriba...

Nidinta Bel quedó ensimismado.

—¿Y cómo te confías en mí? —le preguntó de pronto.

—En primer lugar —sonrió la dama— un instante antes de que entraras aquí tuve aviso de que llegaba un «hermano». Luego... no hay más que mirarte. Tú no haces mal —contestó la muchacha con un acento que acaso resultaba más modulado y profundo por la elaborada enunciación en una lengua tan distinta, intelectual y abstracta como la ianuna, comparada con la mizrita y la babilonia. Pero también por la emoción que los traspasaba...

Nidinta Bel sintió los mitos más profundos que el tiempo, en que la virgen supera los abismos y somete los dragones, y cruza indemne el bosque del Mal.

Vio, fascinado, a la diosa, la del nombre grande y secreto, que es madre, hermana y amante. Y era como un sueño extraño en que el dolor daba fuerza inagotable a la vida...

Unos días después la muchacha se lo había llevado a On, y caminaban por una avenida solitaria flanqueada de estanques donde chispeaban en las aguas las escamas de los peces sagrados. Al fin de la avenida la aguja de Sesostris se erigía sin par, con su vértice de oro «que se perdía en los cielos».

Cuando llegaron a su pie, Nidinta Bel quedó absorto ante la masa de granito rojo pulido, brillante como cristal, donde cada jeroglífico resaltaba con espléndida

limpidez.

Levantó la vista siguiendo las columnas de signes que ascendían hasta el remate y los ojos se perdían entre su multitud.

Ella caminaba oprimida contra él. Recorrió la escritura y vio el signo Heth, la figura de una muchacha.

—¿Sabes lo que significa? —inquirió indicándolo.

—Miles de miles... la eternidad —añadió. Lo miró fugazmente y luego bajó los ojos.

—¿Quieres decir... que así me...? —preguntó él.

—Ella asintió con la cabeza.

—Yo también... —y la oprimió contra él.

—Este rojo recuerda la sangre de los esclavos que murieron para cortar este bloque y transportarlo desde lejos, bajo el látigo, el sol...

—Y Ra miraba eso... —comenzó Nidinta Bel, y se detuvo.

—Mamá dice que Ra da la vida, no la muerte, y que fue sacrilegio atormentarlos así, luego de que Osiris muriera por los hombres... Por ese crimen, no quedó nada de lo que hicieron, salvo esta aguja.

Luego de un momento ella añadió completando sus pensamientos:

—Querría tenerte en una isla, en un mar inalcanzable... Te amo tanto que tiemblo...

Le enseñaba el egipcio mientras le tejía telas suaves como la brisa fresca que viene del Muy Verde, para que se envolviese en ellas. En la ciudad, antiquísima y adormilada en tiempo y silencio, ocupaban una casa de las dependencias del templo; iban a buscar las provisiones y cuidaban todo.

De tarde salían a caminar a la vera del *brazo* del río entre los cañaverales y macizos de papiros, mientras Merirura le hablaba de doctrinas secretas que por caminos ocultos se difundían por todas partes y todas santificaban la mano que trabaja. Hablaba de los días de Ekhnaton y le mostró en un escondrijo secretísimo del templo una tabla de marfil donde el Enviado mismo había escrito su Himno a Aton.

A veces se iban muy lejos y cuando se daban cuenta, el astro de Isis, que en Khemit es casi tan brillante como el sol en las tierras de ultramar, bañaba de plata los poblados, estanques y monumentos, y no se oía más que el rumor del Río. Entonces ella le decía palabras de inigualable ternura y como estaban muy lejos de su casa, lo llevaba a su cámara secreta en las profundidades del templo...

CAPÍTULO XVIII

La marcha contra Etiopía

Los días pasaban como instantes cuándo un atardecer del mes de Epiphi llegó un correo con graves noticias. La enfermedad del Rey se había agudizado por las contrariedades, y en los frecuentes accesos se convertía en locura declarada durante la cual ordenaba ejecuciones por motivos insignificantes, aún contra los grandes jefes y señores persas.

—Anteayer —informó el correo, que era oficial de confianza y amigo de Nidinta Bel y Lugal Bau— han ocurrido cosas terribles. Durante la tarde llegó la respuesta insolente de los nubios y el Rey se puso fuera de sí. Por añadidura vinieron unos sacerdotes a quejarse de haber sido atropellados por soldados escitas. Según los señores que estaban en esos momentos cerca del Rey, Kambuzia contestó que él no había autorizado tal cosa y que los culpables serían castigados. Pero el hecho es que algunos oficiales escitas entendieron todo lo contrario y comentaron el asunto.

La noticia no tardó en llegar a los escitas y baktrios, que salieron a la calle y se metieron en un templo donde comenzaron a destruir imágenes. Los sacerdotes corrieron a defender sus ídolos y fueron acribillados a flechazos; la muchedumbre, ya excitada, atacó a los soldados y poco a poco la batalla se extendió por toda la capital, produciéndose numerosos incendios. Menfis está bajo el humo.

Nidinta Bel no se sorprendió demasiado, pues, como muchos otros, había previsto sucesos de esta clase. Pero la situación era de cuidado.

—Parece que estos hechos han disgustado al ejército en general y aún a los persas que, aunque aborrecen los ídolos consideran que estando por salir la expedición...

—¿Qué expedición? —preguntó Nidinta Bel con desagradable presentimiento.

—Contra la Etiopía.

—¿Y los preparativos?

El oficial se encogió de hombros. Ambos se miraron espantados.

Luego de dejar seis hombres al mando de Kakkabu para que escoltaran a Merirura, Nidinta Bel había salido a escape. Traspasaron el Río frente a las grandes Pirámides, vieron luego la de Zoser que les recordó las ziggurat de su Naharanna y poco después estuvieron ante los baluartes avanzados de Menfis. Reconocidos por los guardias pasaron al instante, y el jefe, un oficial lidio, les facilitó un guía para que, sorteando laberintos de callejuelas, llegaran al Castillo Blanco.

—Las grandes avenidas son un hormiguero de gente —explicó el guía—. ¡Maldita ocurrencia la de meterse con sus dioses gatos y cocodrilos! —rezongó.

Desde las terrazas almenadas del Castillo Blanco, las avenidas de Neith, Ptah, Rey de Armas y Doble Adorno, se veían hirviendo de gente y su rumor parecía el del mar.

—Estas murallas son inexpugnables —dijo Belnahid—. Es como mirar desde un acantilado el chocar de las olas. Pero...

—No se puede estar siempre sobre el acantilado —completó Nidinta Bel.

—¡Eso! —respondió Belnahid. Apoyados de codos entre dos almenas miraban hacia abajo, de donde subían gritos hostiles; y Belnahid informaba.

—Estamos en una encrucijada. Esto no podrá sostenerse mucho así...

Bajó la voz y continuó:

—El Rey está peor cada día; todos se dan cuenta de que va a ocurrir algo.

—¿Hay conspiraciones? —inquirió Nidinta Bel, con un hilo de voz.

—Entre las tropas de los países vasallos reina inquietud. Hay rumores de levantamientos en Baktris, Media, Armenia y Sagartia.

—Es probable eso, ¿eh? —hizo Nidinta Bel, reflexionando.

—Ya lo creo. Como que ni en vida de Kurash estuvieron quietos.

—Falta el País de los Dos Ríos —enunció Belnahid—. ¿Y nosotros? ¿Marcharíamos contra nuestra Ciudad?

Nidinta Bel comprendió toda la mortal gravedad de la pregunta. Su propia vida pendía de un hilo, pues como comandante de las tropas mesopotamias podía ser ejecutado por sospechas en cualquier instante, lo mismo que Belnahid, Baalnabu y otros jefes importantes. ¿Acaso estaba seguro nadie, ni el más encumbrado? Conociendo toda la trascendencia de su respuesta, expresó:

—Eso nunca. ¿Qué piensan los hombres?

—Exactamente lo mismo —contestó Belnahid—. Está funcionando una especie de consejo de tropas no persas y se sabe que han acordado que en caso de no haber más rey, cada ejército volverá a su tierra. Y que obrarán unidos contra el que se oponga.

—Único camino a tomar —asintió Nidinta Bel.

Los tumultos en la ciudad demoraron la partida de la expedición. Ese mismo día, al anoecer, Merirura llegó con la escolta. Había viajado por el Río y en los muelles de Menfis la esperaba una litera que apenas llamó la atención de nadie.

Esa noche Nidinta Bel trabajó hasta muy tarde porque los generales comprendían que la expedición, resuelta sin los preparativos indispensables, era un suicidio. Sin comunicar nada a Kambuzia esa misma noche despacharon correos con fuertes escoltas al Pa-to-res^[14] llevando instrucciones para almacenar víveres y reunir todos los medios de transporte posibles.

—¿Y si el Rey sabe de estas medidas? —preguntó uno de los generales.

—Las presentaremos como de rutina en el movimiento de tropas, como lo son

realmente —contestó Aryaramnes—. Si pereciéramos a causa de ellas... pues lo mismo nos sucedería si no las tomamos.

—Tienes razón —reconoció Hormizdas—. ¡Que nos ampare Ahura Mazda!

Todos se sentían arrastrados por la fatalidad y se ayudaron para salvarse.

Merirura había suplicado a Nidinta Bel que la llevara consigo y le costó mucho disuadirla, haciéndole comprender lo imposible de su pedido. Anukhit, la Gran Madre de Neith, la llevó con ella, asegurándole que a su lado estaría a salvo de todo peligro, ocurriera lo que ocurriera. La anciana, conmovidísima, dio a Nidinta Bel un amuleto donde había hecho grabar esta inscripción:

Nidinta Bel, hijo de Atniri, a su vuelta del Ta Nubt dedicó esto a la Gran Señora Neith que lo salvó de la muerte y lo trajo de nuevo a Mennefer^[15].

La venerable pontífice había cumplido una ceremonia solemne dando gracias a la Diosa por la vuelta de Nidinta Bel y había prometido a «la Verde cuyo verdor es más que todo verde», hacer decorar una cámara con pinturas que la representarían salvando a Nidinta Bel de mil peligros exorcizando al demonio de la fiebre, haciéndole beber leche de sus propios senos para que no pereciera de hambre y sed, y alejando de él los agudos dardos de los nubios. La anciana quedó muy contenta porque los creyentes de Ptah, de Bast, de Uazit y de Isis le aseguraron que todos los signos mostraban que la Diosa había aceptado el sacrificio. Y para que no pudiera retractarse comenzaron de inmediato a pintar las escenas.

Merirura se consoló un poco y Nidinta Bel le secaba las lágrimas con sus besos.

Luego partieron.

Los soldados marchaban, siempre viendo a derecha e izquierda las dos cadenas que limitan el Valle, y que a veces lo estrechan tanto que los hombres hacían chistes sobre ese extraño país que en ciertos lugares no tiene apenas más que un parasanga de ancho. Así trataban de olvidar sus presentimientos.

Oían los nombres de las ciudades por donde pasaban y que habían florecido miles de años antes: Khniminsu, que algunos ianunas llamaban Herakieópolis; Thinis, otra antigua capital del reino; Abtu, que los ianunas llamaban Abydos, donde parecía que aún moraban los dioses de los primeros tiempos; Nu Ámon, llamada Tebas por los ianunas, y que muchos agipcios llamaban todavía Uaset —la Grande—, y Niut —la Ciudad—; luego pasaron por Nektén —la Ciudad del Halcón—, cuyas leyendas se perdían en la noche de los tiempos...

Comenzaron a disminuir las poblaciones; el aspecto del país cambiaba; los soldados comprendieron que salían de Egipto y entraban en la marca o país fronterizo, el Takhont. De cuando en cuando llegaban a formidables fortalezas erigidas por los viejos reyes; pasaban por inmensos cementerios solitarios.

Un día vieron unas islas en medio del Río, cubiertas de asombrosos monumentos. Allí el ejército descansó dos días y muchos hombres, particularmente ianunas, fueron

en botes —y algunos a nado— a visitar las hermosas islas, desde las que se veía un paisaje maravilloso.

Los hombres iban y venían por entre las vastas columnatas. Nidinta Bel se había apoyado de codos al borde una terraza y contemplaba un promontorio en la curva del río; avanzaba como un espolón de rocas y cerraba la vista del río hacia el Norte; el azul del cielo y las aguas, el rojo de las rocas y el verde de la ribera hacían una vista preciosa.

Sintió de pronto que alguien le tocaba un hombro. Se volvió: era el príncipe Hutana.

—Amigo... vale la pena haber llegado hasta aquí para ver esto —dijo, sonriendo melancólicamente—. ¡Cuan pocos de mis compatriotas han venido a contemplar tal hermosura! —agregó.

Pasaron por una angostura del Río que les pareció la entrada a un mundo temible, porque el país aparecía desolado y salvaje. Luego de muchos días pasaron por los templos de Abu Simbel, excavados en rocas.

Y la marcha continuaba.

Cuando la desesperación de tantos sufrimientos juntos superó todo límite de resistencia o temor, los soldados comenzaron a comer a los compañeros que caían y aún a echar suertes para ver quien sería sacrificado.

Los jefes no tardaron en conocer estos horrores. Los soldados y oficiales perecían en masa bajo los remolinos de arena ardiente y sofocante; por la sed, hambre, enfermedades, agotamiento. Ya el ejército había perdido toda apariencia militar y no era más que una masa que avanzaba resignadamente hacia la muerte.

Cuando una mañana se encontraron con que casi la mitad de los sobrevivientes había muerto durante la noche o no tenían fuerzas para ponerse de pie, resolvieron presentarse todos juntos al Rey, exponerle la horrible situación a que habían llegado y ofrecerle sus cabezas.

—Señor nuestro —informó Arsames— ya no hay ejército. Si nos ataca la más pequeña tribu todo lo que podremos hacer será formar una muralla de hombres medio muertos, en torno tuyo, y terminar de morir.

Kambuzia escuchó. Los hechos eran tan espantosos que penetraron las nieblas que oscurecían su mente. Luego contempló el grupo de sus generales: ningún cuidado personal; los ojos hundidos entre las barbas y cabellos polvorientos.

No lejos estaba la muchedumbre informe y desastrada de sus soldados, y luego el horizonte horrible, oscuro de arena en revuelo, el sol sangriento.

De pronto miró a Lugal Bau.

—¿Cómo anda ese brazo?

—Flojo, señor. Desde anteayer no comemos.

Kambuzia quedó ensimismado. Luego de un rato observó la fila más próxima

donde cada tanto se veía caer un soldado al suelo, como las últimas gotas de un hombre que se desangra.

—Viendo a Nidinta Bel cerca suyo, inquirió:

—¿Y tu división del Haraiva?

—Allí está, señor.

El ojo militar de Kambuzia apreció al instante el desastre.

—¡Pero allí veo unos ochocientos hombres!

—¡Majestad! Tu mirada es infalible; tu golpe de vista es el del gran general que eres: son setecientos noventa hombres —informó Nidinta Bel.

Kambuzia pensó un instante; se enderezó, tiró del akinakes y saludó a la división.

La brillante hoja despidió un relámpago.

—¡Todos los soldados ascendidos a oficiales! —ordenó.

Se volvió a Aryaramnes.

—¿Cuántos hombres hay?

—Unos ocho mil, señor. Pero muchos están tan agotados.

—Ya sé...

Miró a Prexaspes.

—¡Maldito país con sus malditos ídolos de cara de perro!

Contempló la triste masa de los sobrevivientes y un estremecimiento de piedad lo traspasó:

—¿Por qué nos has abandonado, Ahura Mazda? ¡Sálvame a estos hombres! —exclamó, elevando los brazos al cielo—. ¡Si hay alguna culpa, que caiga sobre mí, señor!

Y dispuso el regreso de inmediato.

CAPÍTULO XIX

El asesinato del buey Apis

Quizá ninguno, ni Kambuzia mismo, habría vuelto con vida, si el mando persa en Egipto no hubiese adelantado puestos de auxilio en el desierto. Un hombre de la Doble Casa de Plata les había mostrado un plano secreto donde estaban señalados los viejos puestos militares con cisternas y pozos, excavados más de mil quinientos años antes por los Amenemheit y los Usirtasen de las dinastías XI y XII. Sin pérdida de tiempo enviaron jinetes árabes y libios conocedores del desierto, al mando de oficiales persas y ianunas.

Fue así como al tercer día de la marcha de vuelta, distinguieron un grupo de jinetes que avanzaban desde el Norte. Resultaron ser exploradores en busca de los expedicionarios, cuya situación imaginaron por los desastrosos rastros encontrados.

Luego de muchos días de marcha el ejército vio de nuevo las islas cubiertas de templos. Los ianunas que venían en la expedición mostraron a Nidinta Bel unas rocas donde habían escrito sus nombres los «hombres de bronce» de Psamético I, que habían andado por allí unos sesenta años antes.

—Siempre me ha asombrado que el hombre que dura un instante, escribía para la eternidad —dijo Menandro, capitán nacido en una isla que los egipcios llamaban Keftiu y los griegos, Krethe.

—La vida sólo sirve para dejar una gloria eterna —respondió otro oficial.

En otra isla encontraron una comunidad de desterrados o emigrados hebreos que acudieron con toda la ayuda posible en honor del hijo de Kurash, que los había libertado de las cautividad. Muchos de ellos lloraron al ver las tropas que volvían al lejano Norte donde estaba su inolvidable Yerushuloyim, y algunos, dejando todos sus bienes, se agregaron al ejército.

Cuando llegaron a Tebas una trágica noticia sobrecogió a todos como desgracia terrible, y anuncio y causa de otras. Cuando habían Partido para esta infortunada expedición, Kambuzia había enviado al mismo tiempo cincuenta mil hombres contra el misterioso oasis de Ammon. No se había sabido más de ellos, tragados sin duda Por alguna tempestad de arena.

La inmensa mayoría vio en estos infortunios tremendos la maldición de los dioses de esta Tierra Negra, Khemit, como la llamaban sus hijos: país de dioses enigmáticos y magias terribles según creían casi todos. Y aun los que no estaban dispuestos a aceptar sin examen todo lo creíble en aquellos tiempos —por cierto no tan distintos de los nuestros—, no podían sobreponerse, no sólo a la fe general que los imponía,

sino a la impresión de que las inmensas desgracias que abrumaban a Kambuzia no habían venido por mano de hombre sino de las cosas: de la naturaleza extraña y hostil que parecía meditar maldades.

La estaba misma en Tebas abrumaba el ánimo de muchos porque parecía una ciudad construida por titanes. Había barrios donde las edificaciones enormes se hallaban intactas aún y daba miedo andar por esas avenidas de soledad y silencio.

—Se me ocurre que todo esto piensa y que en cualquier momento resucitarán las muchedumbres que lo habitaron —dijo Menandro, estremeciéndose.

En uno de los templos, grande él solo como una mediana ciudad, vivía un grupo de familias. Nidinta Bel pensó que en tal inmensidad toda esa gente no ocupaba más espacio que el de unos cuantos nidos de pájaros, Menandro, que hablaba bastante el egipcio, entabló conversación con un hombre del grupo, quien les mostró los barrios devastados por las tropas de Assurbanipal, ciento cuarenta años antes, y explicó que por tal profanación habían desaparecido él y su reino. Cuando siguieron su paseo Menandro y Nidinta Bel convinieron que lo mismo habría desaparecido Assurbanabal ya que ningún hombre puede vivir tanto. En cuanto a su reino les pareció que su destrucción se podía explicar por causas más naturales...

Cuando llegaron frente a las ruinas de Ikhaton —Horizonte del Disco—, situada en la margen oriental, el ejército acampó varios días porque Kambuzia deseaba visitar la ciudad donde había reinado el gran faraón que se había rebelado contra la idolatría, la guerra y la esclavitud, ochocientos años antes^[16]. Casi todos pasaron a la otra ribera; recorrieron los restos de la capital de la Revolución; fueron hasta el estrecho valle donde estaban las tumbas del faraón Ekhnaton, su Reina y su familia, profanadas y devastadas en tiempo de la restauración de las tinieblas. Kambuzia hizo cumplir solemnes ceremonias bajo la bóveda del cielo y proclamó a Ekhnaton como un grande y puro guerrero de Ahura Mazda, destructor de los ídolos inmundos.

Vestido de blanco inmaculado, Kambuzia rezó una oración frente al sol, símbolo de Aton y de Ahura Mazda, señores de la Verdad, y vuelto hacia la ciudad desierta saludó el gran recuerdo levantando el akinakes de hoja relampagueante...

Luego se acercaron a Menfis viendo a su izquierda las Pirámides. Y en una tarde del mes de Pharmuthi, cuando en toda Khemit recogían las cosechas, las tropas entraron en la capital por la puerta del Sur.

Kambuzia se instaló en el enorme castillo real custodiado por veinte mil hombres y licenció a todos los ianunas que lo habían acompañado en la expedición luego de otorgarles recompensas magníficas.

Nidinta Bel retomó su comando del castillo del Muro Blanco.

Durante su ausencia habían llegado miles de conscriptos para reconstituir la gloriosa división Haraiva sobre los cuadros de los cinco mil hombres que habían quedado de guardia y los setecientos noventa veteranos que habían sobrevivido,

soldados de almas y cuerpos de granito, todos oficiales ahora.

Encontró a su muchacha, increíblemente seductora; ella se estrechó contra él riendo y llorando a la vez. Apenas pudo desentenderse un tanto de sus obligaciones se fueron a On, en cuya paz los días transcurrieron como minutos.

Unos días después de la vuelta del ejército a Menfis, la ciudad apareció una mañana de fiesta; el pueblo llenaba alegremente las calles; flameaban gallardetes en todas las casas; las plazas estaban cubiertas de puestos donde se veían pilas de pasteles, frutas, asado y bebidas que la gente compraba y consumía ahí mismo mientras admiraba a juglares, cantores, arpistas y narradores de cuentos.

En el castillo real se supuso, no sin lógica, que el regocijo público tenía por motivo las derrotas que acababa de sufrir el conquistador, y se llamó a los magistrados de la capital. Cuando llegaron y se prosternaron ante el monarca, este los interrogó por el motivo de tanta alegría en el pueblo.

—Señor nuestro: se nos ha aparecido el buen dios Apis.

Cuando Kambuzia supo que, en realidad, este dios era un novillo y además nacido de una ternera virgen, quedó estupefacto.

Luego miró despectivamente a los magistrados.

—¡Vaya con el país donde los animales son dioses y los hombres animales; donde las mujeres mean de pie y los hombres sentados^[17]! —exclamó—. ¡No es posible que seáis tan locos!

Quedó reflexionando un momento y añadió:

—¡Y encima, nacido de una ternera que no ha visto toro!

Se volvió a los guardas.

—Cortad las cabezas a estos embusteros. Y llamad a los cerdotes.

Cuando estos comparecieron, Kambuzia miró sus cabezas rapadas, y les hizo la misma pregunta. Uno de ellos contestó luego de largo tiempo había aparecido el dios Apis, que desde hacía miles de años traía dicha y prosperidad.

—No para vosotros, al menos —respondió Kambuzia—. Dadles doscientos azotes. Yo mismo iré a ver ese famoso dios de cuatro patas... ¡digno dios de estas bestias de dos patas!

Llevaron a los sacerdotes y el Rey dirigióse al templo donde estaba el dios viviente, atendido y honrado por una muchedumbre de sacerdotes, pontífice, profetas, acólitos y diáconos.

Kambuzia y su comitiva quedaron contemplando al animal, que era verdaderamente hermoso, con su pelo que brillaba, con sus pezuñas limpiísimas y pulidas. Tenía enroscadas en las astas tiras de biblos a las que habían aplicado sellos hechos con una arcilla especial...

Algunos de los que venían con el Rey se enternecieron ante la mirada dulce del novillo, que alzó los ojos al oír el rumor de los que entraban, y seguramente muchos

pensaron que era muy natural que se tratara de un dios encarnado.

Pero Kambuzia lo miraba con la repugnancia de quien odia las imágenes y la idolatría, con la aversión ciega del fanático.

De pronto tiró de su daga y fue a clavarla en el vientre del novillo, pero este, sobresaltado por el ademán violento del hombre, se movió, y la hoja entró en el muslo, del que comenzó a salir sangre. El animal gimió y dirigió la mirada asombrada de sus grandes ojos apacibles al que lo hería, mientras estallaba el clamor horrorizado de los sacerdotes y todos quedaban sobrecogidos.

—¡Monos que andáis tras el trasero de los perros y dormís entre muertos! —gritó furioso el Rey—. ¿Me queréis engañar así?

¿Creéis que un hombre en su sano juicio puede creer que *esto es un dios*? ¿Qué pensáis que es la divinidad? Es una luz pura en el cielo azul, una llama...

Levantó la mirada y se quedó en actitud sublime.

Luego volvió a la realidad.

—¡Bonito dios que come hierba! ¡Azotad a estos hasta confiesen que me querían engañar! ¡Hasta que confiesen!, repitió con voz terrible. ¡Haced saber que morirá todo el que sea sorprendido en esta abominación pagana!

Cuando informaron a Kambuzia que los hombres habían muerto repitiendo que decían la verdad, quedó muy sorprendido, y lo mismo, del hecho de que la gente seguía concurriendo a adorar al novillo herido y luego se sometía al castigo.

Como un decreto del Rey no podía ser revocado se resolvió ignorar la existencia de casos de adoración al Apis, de modo que no habría lugar a la aplicación de la ley.

Tiempo después se supo que *Kambuzia* enviaba de vuelta a Persia a su hermano Smerdis o Bardiya, joven gentil que había salvado a muchos de la muerte.

Unos comentaron que el Rey estaba disgustado porque Bardiya había encorvado un enorme arco que los etíopes habían enviado por mofa a Kambuzia y que este no había podido encorvar. Mas otros sostuvieron que el amor que todos tenían al bondadoso príncipe y aún ciertas comparaciones imprudentes con su padre Kurash, lo habían convertido en un reproche viviente para Kambuzia.

Luego, se cuenta, la enfermedad del Rey había ido en aumento al exacerbarse por dificultades, fracasos y desilusiones y a todo ello hay que atribuirle la comisión de las atrocidades que se cuentan. Sin embargo, es significativo que todo el relato de las mismas se parezca a otros relatos sobre reyes o personas que incurrieron en la enemistad de sacerdocios.

Unos dos meses después de la partida de Bardiya para Persia, una noche, a altas horas ya, Lugal Bau llegó a la residencia de Nidinta Bel, un pabellón dentro de las murallas del Castillo Blanco.

Luego de los saludos de rigor Merirura se retiró por más que Lugal Bau le rogara que se quedase. Quitó el tapón de un ánfora; puso un par de vasos y saludando

graciosamente al viejo amigo, dejó solos a los dos. Las noticias que traía eran grandes. Prexaspes partía a la mañana siguiente para Persia, con Lugal Bau, nombrado comandante de la guarnición de Susa, uno de los mayores cargos del imperio.

—Lo único que me alegra es que veré a mi mujer y a mi hijo. Estoy cansado, muy cansado —dijo el viejo jefe. Efectivamente, Nidinta Bel notó que había envejecido mucho en los últimos tiempos.

—¿Sabes? —confió Lugal Bau— abrume esperar la muerte cualquier momento; saber que se acercan cosas tremendas... Bebió lentamente y luego, con voz conmovida le dijo:

—Hijo: sé que no abandonarás a nuestros muchachos. ¡Cuántos han perecido ya y sus madres y mujeres no volverán a verlos! De los primeros, aquellos que fueron con nosotros al Haraiva, ¡qué pocos quedan ya...!

Bajó la cabeza, profundamente entristecido.

Mucho tiempo conversaron y cuando llegó la hora de separarse Nidinta Bel comenzó:

—Dile... —su voz enronqueció y no pudo pasar de ahí, porque los sollozos pugnaban por salir, y los recuerdos por descargarse.

—Sé todo, hermano. ¿A qué hablar?

Lugal Bau susurró haciendo un gesto:

—¿Sabe ella...?

—Todo. Cuando me mira con esos grandes ojos negros es como si viera mi alma.

—Mejor; lo suponía —respondió Lugal Bau—. Bueno, es tarde y todavía tengo que atender mil cosas. ¿Puedo despedirme de ella?

Cuando entró Merirura, Lugal Bau no pudo menos de pensar que si en el mundo había seres y cosas admirables, ninguno ni nadie se podía comparar a la conmovedora gracia de esta muchacha.

Traía dos cajas pequeñas, una de alabastro, otra de mármol rosa. Abrió la primera y vieron una joya-amuleto, una gran esmeralda.

—Los ojos de tu dama son azules como el cielo. ¿Sabes que en tu tierra, donde todos tienen ojos negros, los azules son temidos? Para proteger los suyos del mal de ojo debe llevar esto... —dijo a Lugal Bau—. Dile que se lo envía su hermana del Mizri.

Luego abrió la otra caja y una piedra irradió claridades indescriptibles.

—Para la dama de los grandes ojos oscuros... de parte de «la maga del Mizri...».

Se interrumpió un instante, con suprema elegancia se tocó la frente y el corazón, y añadió:

—... su sierva y hermana.

Los dos hombres estaban mudos de emoción. Lugal Bau la abrazó.

—Hija mía: que los dioses te guarden, y que te vuelva a ver. Se desprendió de ella; estrechó a Nidinta Bel y salió silenciosamente, luego de hacer una señal de que iba seguro y conocía el camino a su alojamiento.

Mucho se comentó secretamente el viaje de Prexaspes, uno de *los* más íntimos del Rey y el instinto de todos se orientó a suposiciones siniestras. Nidinta Bel y los mesopotamios quedaron muy tristes y se sintieron como huérfanos.

Muchos de los viejos amigos de Nidinta Bel estaban en las tropas venidas a Egipto: Belnahid, Baalnabu, Kakkabu, Karanatu, que habían hecho todas las campañas, aunque Baalnabu no había estado en el Haraiva sino en Aria, más al Norte. Belnahid había ganado el collar de general por la brillante campaña sobre el oasis de Ammon. Luego de cuidadosos preparativos y llevando de jefe de vanguardia a Iezaiah, marchó resueltamente por el desierto, llegando al santuario oculto en las soledades. El oráculo había llamado a Kambuzia rey del mundo y enviado su homenaje. Como esta *hazaña* borraba el desastre pasado el Rey quedó muy contento y él mismo le colocó el collar, confiriéndole además otros honores y las rentas de una ciudad del Patomera. Como Artaxar estuviera presente al acto, narró al Rey las hazañas del pequeño hebreo en el Haraiva. Kambuzia, que estaba muy bien ese día, quedó encantado y lo agregó al comando de su guardia personal.

También estaban recientemente llegados de Babel, Belnishishu y Nersar, el hermano de Mali Kalita.

Por temor a despertar sospechas se reunían pocas veces y en casas de mucha confianza, pero se encontraban a menudo en actos de servicio y se informaban mutuamente. Y así Nersar le había comunicado que era inminente una rebelión en todo el imperio desde las costas de Poniente hasta Haraiva y Uvarazmiya.

—Las adivinas han anunciado la muerte del Rey para pronto, confióle Nersar. En Dura nació un niño sin la oreja derecha.

—Hum... —hizo Nidinta Bel—. Aún sin ese presagio, las cosas andan mal.

—También se comenta que durante el mes de Nisan creció el idiklat y sus aguas se pusieron rojas.

—¡Si estuviera Alyattes y nos oyera hablar de presagios! —sonrió Belnishishu.

—¡Pobre Alyattes! —recordó Belnahid—. Las tropas lidias que ° están aquí, han sido llevadas muy lejos hacia Aria y Uvarazmiya.

—Sí, pero están esperando... —dijo Belnishishu, y los tres amigos que hacían gestos como si despreocupadamente hablaran de lo que veían, se miraron.

—El camino de vuelta es largo.

Pero los medos y armenios les darán paso, facilitándoles todos los medios posibles. Sé que ya están determinadas las rutas para acercarles víveres y otras cosas.

—¿Y en nuestra Ciudad?

—Allí hay la confusión de siempre. Hasta los templos se han dividido y dicen que

en el Esagila se acusan mutuamente los bandos, de traición. En cambio el Etemenanke, el Edaraghanna y el Innini-Istar... - Belnishishu hizo un gesto significativo «con nosotros». —¿Y los demás?

—Muy turbio está todo —explicó Nersar—. En general, los contrarios dicen que, al fin, se va viviendo...

—Y sobre todo, vendiendo... —rió Nidinta Bel.

—¡Eso! —asintió Belnishishu.

—¿Y qué se dijo de los cuatro mil hombres nuestros que murieron en los arenales?

—Oh... —enunció Nersar—. Los mejor informados se interesaron tanto como si en vez de cuatro mil hombres hubiesen sido cuatro mil hormigas o mosquitos. Ellos no tienen hijos en el ejército. Por otra parte, se preparaba en Durilú el Banquete de los Dioses... gran espectáculo.

—Y nosotros asistíamos a otro: ver como moríamos. —Mientras estabais en eso, Nergalushezib inauguró su nuevo palacio, algo fantástico. Hubo banquetes y fiestas a las que asistió el Gobernador General y varios príncipes persas. También se festejaba la apertura de una sucursal en Ecbatana, que se encargará del comercio con los escitas...

—Pero, ¡que bueno! —comentó Nidinta Bel, sarcástico. De pronto, se volvió a los otros.

—Ahora que nombras a Ecbatana recuerdo una cosa —añadió—. Aquí, en una ciudad llamada Pa-Uazit, que los ianunas pronuncian Buto, hay un oráculo de los más venerables y antiguos. Pues bien, ha profetizado que el Rey morirá en Ecbatana.

—Entonces tenemos para rato —dijo Belnahid—. Hasta que vaya allá.

—Quien sabe si no convendría a los hombres todos un largo reinado de Kambuzia —enunció pensativamente Nersar—. Odia la superstición que embrutece al ser humano. ¡Y cuan raro...! Lo acusan de fanático por eso.

—Me imagino quienes lo acusan —interpuso Belnahid—. ¿A que son los que tienen por único Dios... a las Cabezas de Istar? —rió Belnishishu—. ¡Esos son, si!

CAPÍTULO XX

El heraldo escarlata

Khemit, la Tierra Negra, estaba ensombrecida de presagios y corrían relatos de extraños prodigios. En los últimos días de Pharmuthi, mes de la diosa Ermutet, un pastor había entrado en una capilla olvidada de Abydos, donde estaba la estela de Uto, faraón que había reinado en días inmemoriales.

Miraba el jeroglífico que indicaba su nombre —una serpiente—, cuando vio que esta se animaba y huía de la inscripción. Los sacerdotes guardianes de la capilla habían acudido al oír el grito del pastor, y comprobado el prodigio. Llevados ante el gobernador militar, negaron que se tratase de una triquiñuela, y como nada se pudiese aclarar, fueron remitidos a Menfis. El gobernador militar, hombre que no abrigaba mucha simpatía por los prodigios, hizo practicar una búsqueda y en la casa de uno de los guardianes se encontró la estela con el jeroglífico de la serpiente, así como cierta pintura que, aplicada a una superficie desaparecía evaporándose al cabo de poco tiempo, y al hacerse la prueba con la estela vista por el pastor, se vio que la serpiente pintada se desvanecía... Pero, fuera de los ianunas y algunos extranjeros, nadie hizo caso de tales comprobaciones impías.

Se supo, asimismo, que en Nu Amon habían caído lágrimas de los ojos del santo dios Khonsu, y si bien un ingeniero ianuna mostró que la estatua tenía un mecanismo para mover los ojos, que eran dos ampollas con agua, nadie creyó en cosa tan complicada y dudosa, cuando todo el mundo conocía mil casos de estatuas que movían los ojos, lloraban y hasta pronunciaban palabras... ¿Quién no había visto eso? Y lo que no había visto uno, estaba perfectamente atestiguado en actas de los sacerdotes...

—¡Qué bárbaros son estos hanebu! Su alma busca siempre detalles ridículos. Si un hombre mortal mueve los ojos y lenguas sin necesidad de mecanismos, ¿por qué los necesitaría un dios poderoso?

Así habló un sabio sacerdote a propósito de ese ingeniero ianuna o sea en la lengua de Egipto, «hanebu». Y todos encontraron que la sabiduría misma había hablado por boca del santo varón. El ianuna insistió en que sin los hilos y ruedas del mecanismo y las ampollas con agua la estatua no lloraría. Pero el sacerdote respondió que si la divinidad quería llorar, lo haría.

Y el ianuna no supo qué contestar y se retiró; humillada su ignorancia, según pensaron todos.

Durante el mes de Epihi, cuando el Río estaba en crecida, se notó en Ombos que

las aguas se arremolinaban en forma extraña y que, inclusive, dejaban entrever confusamente bultos como extraños monstruos. Llamaron exorcistas, que luego de cumplir los ritos tradicionales para estos casos, invocaron a Ra, llegando a amenazar al dios con pronunciar su nombre secreto si el Río no recobraba su aspecto normal y no se aquietaban los remolinos. Fue grande el espanto del pueblo cuando resultó evidente el fracaso de este gran conjuro, infalible según los sacerdotes. Dos o tres mil años antes había sucedido algo similar, y pronunciando aquella fórmula habían resucitado un muerto y detenido una inundación. Lo atestiguaban, se decía, las inscripciones de unas estelas próximas y nadie dudó de ellas, tanto más que nadie sabía leerlas...

Hasta los niños comprendían lo que anunciaban estos portentos: los dioses se preparaban a huir de Khemit, donde un rey impío —como en los días de los Hixos innominables, o en los tiempos terribles del faraón hereje—, osaba entrar en los templos y poner al descubierto sus secretos venerables para que los vieran todos. ¿Quién no se daba cuenta de que todo esto anunciaba cosas terribles? Por otra parte, ocurrían sucesos de carácter más terrestre pero no menos impresionantes, como incendios de depósitos, casas, naves... asesinatos de correos y de extranjeros que se arriesgaban solos por lugares peligrosos, y casos por el estilo.

En Menfis, Bubastis, Mendes y Tanis fueron encontrados muertos algunos sacerdotes nombrados por el Rey. El de Bubastis había sido ejecutado evidentemente por el propio dios ya que el puñal, tinto en sangre, estaba en la diestra de la estatua. El de Mendes había sido muerto por un trozo de columna que le había caído en la cabeza, indudablemente por mano divina, puesto que todas las columnas estaban intactas en la sala. Ello probaba que el dios había rehecho la columna para que el santuario conservara su perfección.

Sin embargo, a pesar de la hostilidad de los dioses, el poder de Kambuzia no se conmovía, *quizá* porque al fin y al cabo también él era un dios. En las grandes ciudades las muchedumbres, si bien no simpatizaban con los conquistadores, no tenían tiempo ni humor para preocuparse demasiado. Los barrios de mujeres, las tabernas y comercios florecían como nunca, gracias a los millares de soldados que derrochaban alegre y generosamente el colosal botín de templos y palacios. Muchedumbres de muchachas sitiaban el Castillo Blanco y los acantonamientos en las otras grandes ciudades del Delta, en un bienestar nunca visto que les permitía comer bien por primera vez en sus vidas y rodear los bazares de los comerciantes armenios y fenicios, babilonios e ianunas que en ese ambiente de afluencia económica andaban como el pez en el agua y vendían brillantes telas, calzados, perfumes, muebles preciosos. Más de un lecho precioso que había pertenecido a un príncipe pasó a una muchacha que hasta entonces había dormido en el suelo... Con la gente ocupada en la agradable tarea de aprender a manejar monedas de oro y plata, y

adquirir el hábito de comer más y mejor, el fanatismo religioso y nacionalista se desdibujaba, y los venerables beneficiarios de estos sentimientos se desesperaban. Maldecían al pueblo «cuya religión era la *panza*», afirmaban, sin caer en cuenta que ellos mismos nunca habían tenido otra...

Miles de extranjeros tomaban mujeres egipcias y el sátrapa Aryandés daba generosa dote a los soldados que se casaban, para que permanecieran en Egipto.

En el Castillo Real y en el Muro Blanco las tropas se adormecían en la molicie y un número prodigioso de mujeres. Los grandes jefes mismos descuidaban el servicio, consagrados en sus suntuosas residencias a la atención de las damas, la buena mesa y el provecho propio. Aryandés, nombrado virrey del Mudraya o Egipto, vivía en el palacio Tatai, rodeado por un enorme harén que le insumía todo su tiempo y energías, y lo mismo hacían Aryaramnes, Mazares, Histaspes, Shapura, Vindafrana, Tajmaspada, Prithava, Pauraua...

El mundo estaba conquistado y en paz; la vida era una Jauja. ¡Qué diablos!, pensaban. Después de todo, habían envejecido batallando, y esta era la recompensa.

Nidinta Bel pasaba los días tratando de que en su comando el servicio no se deteriorara demasiado; diariamente pasaba revista a sus tropas y exigía severamente puntual asistencia a todos, así como Permanencia en los cuarteles durante las horas de servicio. Al atardecer iba con Belnahid al castillo real, veía a Bagoas, con quien se había hecho muy amigo, y asistía a la copa del Rey.

El resto de su tiempo lo pasaba con Merirura, y un par de veces mes hacían una escapada a On. Allí pasaban dos o tres días sin ver a nadie, uno en brazos de otro. Una vez pasaron varios días navegando por los riachos y cañaverales de papiros y Nidinta Bel recordó aquellos días de paz cósmica allá en el Haraiva... con Hayar Malka.

Muchos amigos tenía Nidinta Bel y entre ellos, uno de los guardias de Kambuzia, un joven noble llamado Daryavash (Darío-hijo de Histaspes). Era rubio, alto y gentil y solía pasearse por la gran *plaza* de Menfis frente al castillo real, envuelto en un magnífico manto rojo, obsequio de Syloson, ianuna de una lejana isla llamada Samos.

Se contaba que este hombre era hermano del gobernante de aquella isla, Polikrates, famoso por lo afortunado, y del que se narraban cosas asombrosas.

Nidinta Bel y el joven noble se habían sentido misteriosamente atraídos uno al otro, pero aunque sintieron gran respeto mutuo no llegaron a la intimidad confiada.

A ella, en cambio, había llegado con varios ianunas, uno de los cuales, patricio comerciante de Halikarnassos, le propuso llevarlo con él.

—Amigo; esto no acabará bien —díjole un día Herakleitos, que así se llamaba el patricio—. Lástima que la vida de un hombre como tú esté pendiente de un chisme, de la antipatía de un envidioso.

—Por otra parte —continuó Herakleitos—, y perdona que toque un asunto íntimo

tuyo... tienes una muchacha verdaderamente preciosa, que te adora. Sería triste...

—Que quedará sola —completó Nidinta Bel, conmovido.

—Sí, ya lo creo. Y las cosas van rodando tan rápido...

Quedó pensando un momento y luego, bajando la voz, le confió:

—¿Has oído ese rumor que anda... anda...?

Nidinta Bel levantó la cabeza.

—No sé nada.

Herakleitos lo miró fijamente, acercó su boca al oído de Nidinta Bel.

—Las noticias son extrañas. Media y Persia, el corazón del imperio, se han rebelado y negado la obediencia a Kambuzia.

Nidinta Bel sintió un escalofrío.

—¿Y quién...? ¿Se ha proclamado un nuevo rey?

El otro hizo un gesto.

—¡Quién sabe! Pero, algo sucede. Mi primo Pirro ha llegado anoche de Náukratis en una nave rápida y me confió que un buque fenicio ha llegado hace dos días a Náukratis. Su capitán, muy amigo suyo, le previno que en Tiro y Sidón corrían rumores singulares y que desde hacía quince días no llegaba ningún correo de Damasco ni de Karkemish.

—¡Ahí está! —profirió Nidinta Bel—. Todos estos días he tenido una impresión extraña, como si hubiésemos caído en un mar de silencio... ¿Y qué? ¿Se habrá rebelado Smerdis?

—Peor que eso... —aseguró Herakleitos—. Al menos, en Náukratis me dieron a entender hace ya un tiempo, que Smerdis ...

Hizo un gesto indicando que lo habían muerto.

Entonces Nidinta Bel recordó las circunstancias del viaje de Prexaspes. Los motivos con que se quiso explicar el envío del personaje no habían convencido a nadie, porque resultaban sin proporción frente a la importancia de Prexaspes y todos habían pensado que iba a otra cosa... secreta.

—Pero, entonces...

—Entonces el imperio se deshace —dijo Herakleitos—. Y no hay duda de que correrá mucha sangre. Los pueblos... si se extingue la casa de Kurash...

Nidinta Bel quedó abrumado. ¿Habría llegado la hora? Ah, en Babel sabrían seguramente lo que estaba ocurriendo, y también en Marran, Damasco...

—Por eso, yo te proponía... —enunció Herakleitos—. Mandarías primeramente a tu muchacha en la nave de mi primo... y acaso tú mismo podrías irte con ella. Para pasado mañana estabais a salvo en Náukratis, fuera del alcance de Kambuzia ...

—No puedo —dijo Nidinta Bel con tristeza—. Hay toda clase de motivos que me atan. El Rey me ha conferido uno de los mandos más importantes y me demuestra tanta confianza que no envía sus «ojos y oídos» al Muro Blanco. Por otra parte, mis

soldados, que son también mis compatriotas, confían enteramente en mí. ¿Cómo abandonarlos, ahora?

El ianuna se quedó mirándolo.

—Comprendo, amigo... Bien, si puedo hacer algo por ti o tu mujer... Mira, si se produce una rebelión y afloja el brazo de los Persas, no sería difícil que los fanáticos sacrifiquen a todo extranjero y a todo el que haya tenido algo que ver con él. Tengo una hermana en Kition, casada con un señor de Salamine. En tres o cuatro días ponemos allá en salvo a tu muchacha, desde Náukratis... Esto va a incendiarse.

—Yo también he pensado en eso. Desde la isla, Merirura estaría más cerca de Karkemish. Pero, ¿quién sabe cómo ocurrirán las cosas? De cualquier modo, no sé cómo agradecerte... Cuando estaban por cenar llegó de On un hombre con una canasta de frutas que enviaba la madre de Merirura, y Nidinta Bel quedó un tanto intrigado por el envío...

Pero cuando el portador se retiró, Merirura, en la que Nidinta Bel había captado algo raro, lo miró poniéndose un dedo en los labios.

—¡Un mensaje! Seguramente ocurre algo extraordinario.

Levantó el paño que cubría las frutas y quedó un instante mirándolas. Nidinta Bel vio que estaba asustada.

—Están colocadas de cierta manera y se comienza por la derecha... Noticias... de donde sale el sol... cabeza nueva... rebelión... pueblos... muchos...

—¡Era cierto, entonces! ¡Oh, querida mía!

La tomó en sus brazos; la estrechó como si quisiese meterla dentro de sí.

Mandaron llamar a Anukhit y cuando esta llegó, le bastó una ojeada al canasto para comprender el mensaje. Entonces Nidinta Bel relató la conversación de ese día con Herakleitos.

—¿Está aquí? —exclamó Anukhit, admirada—. ¿Cómo no ha venido a verme?

Acababa de decir esto cuando oyeron pasos en la antecámara y una de las mujeres, apartando las cortinas, dio paso a un hombre de mediana edad, rostro de expresión importante aunque simpática, vestido al modo de las Islas: Herakleitos.

—¡Por el cinturón de Kypris! —exclamó asombrado al ver a Nidinta Bel—. ¡Y yo que iba a irme, sin tiempo para hacerte una visita! —dijo a Anukhit—. ¿Así que se conocen?

—Pero, es muy sencillo —respondió Anukhit—. Esta es hija de mi hermana Peroe, la que vive en On.

El ianuna se quedó con la boca abierta. Se adelantó y puso las manos en los hombros de Merirura.

—¿Así que eras tú, kore encantadora, lo que me atraía, a través de este feroz conquistador asiático? —le dijo, riendo cariñosamente—. ¡Ni se me ocurrió preguntar de qué familia eras! Resulta que somos parientes.

Se volvió a Nidinta Bel.

—Mi hermana está casada con ese señor de Salamine que te decía hoy y que es hermano de Anukhit y Peroe. Por algo me interesaba en esta chica tan linda...

Entonces contó Anukhit que cuando llegaron los persas hace apenas un mes que Merirura había llegado de On y entrado en el número de las azafatas o damas de Perankhi, la reina de PsamtikoIII.

Cuando Kambuzia ordenó la ejecución —luego suspendida—, de dos mil muchachos y muchachas de la corte, Merirura iba entre las azafatas que, salvados, quedaron en el Per Nubt —el Palacio de Oro—, y desde entonces Kambuzia había estado dándolas a sus generales.

Luego Anukhit comunicó a Herakleitos el mensaje secreto que había llegado de On.

—Y hablando de frutas —dijo Anukhit—, es hora de cenar y mientras tanto conversaremos.

El ianuna celebró mucho un ganso asado sobre ascuas por Merirura e hizo cumplido honor a la cerveza de cebada roja, mientras explicaba cómo veía la situación.

—El haber estallado la rebelión en el centro del imperio denota que hay guerra civil y que la raza de Kurash ha terminado su tiempo. ¿Volverá el señorío de los medos? ¿Se alzaría Babel como reina de los Dos Ríos? ¿Resurgirá Lidia? ¿Luchará cada pueblo por su libertad?

—Yo pienso esto último —respondió Nidinta Bel—. Pero, ¿lucharán todos unidos?

Herakleitos pensó un momento, y luego preguntó:

—¿Es fuerte el ejército persa?

—Sí, y lo hace formidable la unidad de ideas y de intereses.

—Claro —interpuso Anukhit—. Una vez resuelto quien se sentará en el trono reconquistarán el imperio si los pueblos no se unen.

—Y tendrán que aliarse y juntar sus ejércitos en el campo de batalla. En realidad, habría que marchar directamente sobre Susa y Pasargada —dijo Nidinta Bel.

—Hum... —reflexionó en voz alta Herakleitos—. Es el plan mejor. Pero los persas tienen un gran ejército y una sola línea posible de conducta, que seguirán todos porque no pueden hacer otra cosa. En cambio, ¿accederán los lidies, por ejemplo, a que los mande un babilonio? ¿Y el tiempo *para* organizar los gobiernos, los ejércitos, liquidar las fracciones vendidas al extranjero?

—Y cuyo poder no hay que menospreciar; justamente son los que han mandado siempre —completó Nidinta Bel, recordando a los poderosos de su tierra.

Quedaron ensimismados en la anticipación de los sucesos que se avecinaban y que iban a sacudir el Asia. Comprendían que les dramas y angustias personales nada

eran frente a las batallas que se Desatarían, los ríos de sangre que iban a correr.

Convinieron en el viaje a la isla. Anukhit y Peroe acompañarían a Merirura hasta Salamine, y no se perdería tiempo. Era imposible que demoraran mucho en difundirse las noticias de lo que estaría ocurriendo en el Oriente, y Nidinta Bel sospechaba que el Rey y sus íntimos debían ya tener informaciones, las que retendrían hasta resolver su línea de acción.

Merirura *había* querido ir con el ejército, cuya vuelta a Persia se podía prever para cualquier instante. Pero Nidinta Bel, a pesar de sus deseos de llevarla comprendió que la expondría a formidables peligros. Todos pensaban que podía estallar la lucha armada entre los persas y los vasallos, quizá antes aún de emprender la vuelta o acaso durante esta, al conocerse de cierto lo ocurrido en Persia. Los griegos, lidios y fenicios, ¿se dejarían llevar al fondo del Asia? Y las tropas de Mesopotamia, ¿hasta dónde obedecerían? ¿Y los armenios, escitas, baktrios y sindhi? ¿Y qué ocurriría de producirse una batalla entre las fracciones del Gran Ejército? ¿Y si vencían los persas, como era muy posible a causa de la unidad de sus fuerzas e intereses?

Si los grandes jefes temían llevar sus mujeres en una marcha durante la cual se esperaban catástrofes inenarrables, ello era imposible para los simples soldados, y este hecho fue una fuente de aflicción para Nidinta Bel y los otros jefes mesopotamios, y sin duda para todos los comandantes, sin excluir a los persas. El amargo problema del desgarramiento de miles de hogares formados durante los casi tres años que llevaban en Egipto era conocido por el Rey, pues era el problema de todo el ejército. Pero los acontecimientos apresuraron su marcha.

—La travesía de los desiertos, en plena *fuerza* y preparativos, fue difícil. Hoy, desorientados en cuanto a lo que puede ocurrir, minado el poder que representábamos unidos...

—Lo que faltaría —y que es muy probable— es que estallen disensiones durante la marcha. Entonces el Gran Ejército se disolvería y podemos prever el que las fracciones caigan unas tras otra presa de los jinetes del desierto... que, por lo que se sabe, se preparan.

—No podemos llevar a las mujeres. —Las llevaríamos a una pérdida casi segura.

—¿Y si no ocurre nada? —inquirió Nidinta Bel.

—¿Cómo saberlo? —replicó Baalnabu.

Cada hombre era un nudo de angustias, salvo algunos felices.

De pronto se supo que los bagajes y varias damas nobles del Rey habían partido Río abajo la noche antes, para ganar tiempo, y las tropas se dieron cuenta de que la vuelta al Oriente era cuestión de días, acaso de horas.

Aryandés quedaba como virrey del Mudraya, con cincuenta mil persas, además de formaciones griegas y otras constituidas por soldados de todos los pueblos, que se

habían casado en Egipto, y e ayudados en toda forma por Aryandés, que deseaba retener el mayor número posible de soldados, preferían la prosperidad presente a las aventuras más que dudosas de la vuelta.

Iba con su división, con el espíritu embargado por mil preocupaciones. Las angustias íntimas y la terrible responsabilidad de su situación oficial, no le daban punto de reposo.

Alzó los ojos y miró otra división que marchaba cerca y pensó que el Gran Ejército era un montón de hojas que el viento había traído hasta aquí y ahora lo llevaba... ¿adonde?

Cuando pasaron cerca de On sintió que lo ahogaba la pena y deseó ser uno de los que habían muerto en las batallas. A última hora habían resuelto que lo mejor era que Merirura volviera a On, a casa de sus padres, donde estaría segura. Nidinta Bel le había transferido las posesiones donadas por Karmbuzia.

Cuando se dominó miró en torno suyo. Los hombres marchaban silenciosos y tristes, perdidos cada uno en sus pensamientos, y seguro de que añoraban a las mujeres que dejaban, morenas gráciles, vivaces y amorosas.

—¡Con qué gusto se hubieran quedado! —reflexionó.

A pocos pasos de él iba Nasr Beladar, uno de sus oficiales. Lo conocía desde los tiempos del Haraiva y por su capacidad había llegado a capitán. Después de la conquista lo habían enviado en misión a Tanis y de allí había vuelto casado con una mujer verdaderamente preciosa.

—¡Pobre Nasr! —se dijo Nidinta Bel al vario con la cabeza inclinada—. ¿Qué le importarán guerras y reyes? Con su linda mujer era rey del mundo.

Se le acercó hasta poner su caballo a la par del de Nasr.

—¿Querrías volver a Menfis con una carta para Aryandés? —le preguntó en voz baja.

Nasr lo miró conmovido.

—Señor... mi mujer ha quedado desesperada. Es fina y delicada como la tuya.

Luego añadió:

—Pero, cómo abandonaros... justamente ahora. Siempre será una espada menos. ¿Y qué dirán?

—En Babel hay incontables millares de hombres, Nasr.

—Pero, si todos hiciésemos lo mismo... objetó este.

—Muchos no lo hacemos porque no podemos —insistió Nidinta Bel—. ¿Crees que no me atormenta el recuerdo de mi pobre muchacha? Pero no puedo abandonar a veinte mil hombres. A no ser por eso, compañero...

En el campamento, esa noche, entregó a Nasr la carta para Aryandés y un saquito.

—Monedas lidias y uteniu de aquí. En caso de apuro podéis vivir mucho tiempo con ellas. Cuando puedas ve a On a ver a mi muchacha.

Nasr lloraba.

—Sé lo que sientes, pero... No te hagas más problemas, hermano; vete.

Los dos hombres se abrazaron y luego Nidinta Bel quedó solo. Pero sentía que había hecho un bien y esto lo consolaba un tanto.

Al día siguiente habían dejado atrás Pelusion cuando comenzaron a pasar a la vista de los montones de osamentas que blanqueaban al sol. Eran los caídos hacía ya tres años.

Cada hombre hizo reflexiones adecuadas a sí mismo. Alguien exclamó:

—¿A qué naceremos?

—¡Hombre! —respondió otro—. Sin eso no moriríamos...

Ya se habían internado en Siria cuando una mañana vieron surgir en el horizonte, por el gran camino que venía de Karkemish y Damasco, jinetes que aparentemente venían a su encuentro. Cuando estuvieron algo más cerca fue visible el resplandor de armas, y al instante las cabezas de columnas desplegaron en posición de combate porque podían ser las avanzadas de un ejército que los esperase. Dióse la señal de alerta y al punto se incorporaron las fuerzas de caballería más próximas y varios generales se adelantaron con sus ayudantes para ver lo que ocurría.

Pero no aparecieron más hombres en el horizonte y entretanto el grupo de jinetes había disminuido la rapidez de la marcha y ahora se distinguían los lanceros y arqueros a caballo, en medio de los cuales venía un hombre vestido de rojo.

Un heraldo real... ¡Ya estaba la cosa!

Mientras acudían más tropas de la retaguardia los jinetes continuaron su marcha ahora al paso, y todo el ejército miraba en silencio al hombre de aspecto imponente que se adelantó impasible hasta las primeras líneas, penetró por entre ellas y se detuvo en medio del ejército, sin que nadie osara moverse o decir palabra.

Entre un suspenso sobrenatural el heraldo levantó su bastón dorado a cuyo gesto clavaron todos sus ojos en él, y luego, con poderosa voz proclamó *que por orden del Rey Smerdis intimaba a todo el ejército a negar desde ese instante obediencia a Kambuzia, hijo de Kurash, que no reinaba más, y se obedeciera a Smerdis, hijo de Kurash, que había tomado la tiara en Ecbatana.*

CAPÍTULO XXI

La muerte en Ecbatana

Todos los rostros continuaron como estáticos, vueltos hacia el hombre escarlata. Nidinta Bel se hallaba entre los más próximos, con otros generales, y él también contemplaba asombrado al joven, alto y airoso, que ahora, proclamada la orden de Smerdis, paseaba tranquilamente su mirada en torno. ¡Tenía fibra este hombre para venir a meterse en las fauces del dragón!

De pronto vio Nidinta Bel que se adelantaba un pelotón de lanceros de la Guardia, y Arsaces, su jefe, habló:

—Heraldo: te invito a presentarte a Kambuzia, hijo de Kurash.

—Oír es obedecer —respondió el joven y puso su caballo a la par del de Arsaces.

Entretanto, los demás rodeaban a los hombres de la escolta del heraldo y los acribillaban a preguntas. Eran jóvenes nobles de altiva apostura y trato fino y atrayente, y a Nidinta Bel le llamó la atención el que casi todos fueran medos. Pero dejó de lado el detalle por escuchar las respuestas que daban.

Al parecer, no sabían mucho fuera de que Smerdis, hijo de Kurash, había tomado la tiara en Ecbatana y que de inmediato había eximido a todos los pueblos de impuestos y de servicio militar.

—¿Y qué dicen los hombres? —inquirió alguno.

—Todos bendicen a Smerdis —respondió el interrogado. Luego los de la escolta contaron que se había enviado correos a todas partes del imperio para intimar a los ejércitos que se reconociera a Smerdis, y se pusieran en vigencia sus decretos de paz y de alivio de cargas y prestaciones. Hacía seis días que se habían separado del heraldo que corría hacia Sardes llevando la orden hasta las más lejanas tierras de Occidente...

Mientras tanto, estas sensacionales nuevas se difundían por el Gran Ejército y se propagaban los gritos de regocijo entre las tropas de los pueblos vasallos al conocer la liberación de impuestos y servicio militar. Hasta hubo conatos de arrojar las armas y marchar al instante cada uno a su tierra.

Sea porque en el desconcierto del momento los jefes persas, más que a otra cosa estaban atentos a lo que resultaba de la conferencia del Rey y los grandes señores con el heraldo, sea que comprendieran la conveniencia de que en circunstancia de tanto peligro los vasallos se desarmaran por sí solos, el caso es que el mando persa dejaba hacer. Pero sus propios jefes se opusieron con energía:

—Sin armas, cualquiera os detendrá en el camino... muy largo por otra parte. Ni

siquiera podréis llegar a nuestra tierra. Hombre sin armas es hombre muerto...

Conferenciaron los jefes mesopotamios, elamitas, lidios, armenios y medos amigos, y pusieron en claro que si se desarmaban se ponían en poder de cualquier enemigo. Un jefe sagartio, Spitamenes, exhortó:

—Obraríamos como niños estúpidos. ¿Qué más querrían los persas? Arreglarían sus cosas. Más aún, ¡aprovechemos esta ocasión y ataquémoslos!

De pronto se difundió otra noticia extraordinaria. El Rey estaba herido. Al montar a caballo el akinakes se había salido de la vaina y la hoja lo había herido en el muslo. En esos momentos lo trasladaban en una litera improvisada, a una población cuyas murallas se veían a un parasanga de distancia.

Justamente pasaron junto a las tropas mesopotamias que, conmovidas, contemplaron el triste cortejo: el Rey, pálido como un muerto y los grandes señores deshechos en llanto y lamentos. Muchos jefes y soldados vasallos se agregaron al cortejo y al llanto porque, fuere como fuere, Kambuzia había sido un gran jefe y un señor de generosidad sin par cuando los recesos de su terrible mal daban paso a su natural magnánimo. Por otra parte, sus momentos buenos los habían experimentado todos; los malos, solamente los grandes en torno suyo...

Y Nidinta Bel, sobre quien habían llovido las mercedes del Rey, contempló dolorido al que hasta esa mañana había sido señor de todos los hombres y pocas horas después se encontraba reducido a extremidad tal que inspiraba piedad al último esclavo.

Mientras Nidinta Bel meditaba estas cosas, oyó decir a su lado:

—Está herido en un muslo. Dicen que es en el mismo lugar donde hirió al dios toro en Mudraya...

—Es la maldición de los dioses del Mizri —comentaba un soldado de Harrán. Y el rumor se difundió por todo el ejército, llenando de piadoso espanto a muchos, edificando a no pocos, dando qué pensar a otros, y haciendo sonreír con tristeza a unos cuantos, ante el poder de las fábulas sobre la simplicidad y la ignorancia.

Nidinta Bel reflexionaba en la fama de brujería, de magia, que tenía el Mizri entre los otros pueblos. Y se le encogió el corazón al recordar las palabras entristecidas de Hayar Malka: «... no sea que te enamore una de las magas del país del Cocodrilo».

Pero en Merirura no había encontrado otra magia que la de la ternura y la bondad.

Y sobrecogido por desconsuelo insondable, una vez más deseó la muerte.

Le pareció que su destino era especialmente extraño. No tenía la más mínima ambición ni gusto de aventuras ni de ver tierras nuevas. Su ideal de vida había sido la quietud, unos cuantos amigos fieles con quienes cambiar ideas para meditar, una mujer para sus días y sus noches.

La pérdida de Mali Kalita lo había lanzado por caminos insospechados, donde encontraría otro gran amor... sólo para perderlo. ¡Ah, aquel invierno en que *había*

renacido a la vida entre le brazos de Hayar Malka!

Y luego el hombre-dios había descuajado millones de vidas humanas, arrancándolas a los efectos y a los hábitos para ir contra el Mizri, y allí le había dado una mujer inolvidable, y lo había hecho un gran jefe. Mas todo se había desvanecido con la rapidez de un sueño; ahora él había perdido a la muchacha, el hombre-dios estaba moribundo y todo se deshacía en una inmensa catástrofe. Cientos de miles de hombres estaban perdidos en Siria, sin saber qué hacer ni qué pasaría...

El ejército se encontraba inmovilizado, y todo en el mayor desconcierto, cuando un día se oyeron grandes lamentos en el campamento persa y se supo que la herida del Rey, convertida ya en gangrena, le devoraba la pierna y era cuestión de horas su muerte. Con sus últimas fuerzas el Rey había pedido perdón a todos por sus errores.

Cuando el ejército supo esto, todos lloraron.

Mientras tanto, los jefes afrontaban un problema gravísimo: el de la subsistencia de tantos millares de hombres. En realidad muchas tropas naturales de países próximos ya se habían separado del ejército y puéstose en marcha por su cuenta.

—Mejor, porque los víveres ya van faltando —comentó alguien.

Había dos o tres batallones de chipriotas, mandados por un señor llamado Evagoras, que se había hecho muy amigo de Nidinta Bel.

—Mi muchacha ya habrá llegado a Kition —confiaba a Nidinta Bel—. ¡Ah, qué ganas tengo de verla...! Si llego a salir sano de esta... no me cogen más. ¿Por qué no vienes con nosotros?

Nidinta Bel escuchó con tristeza estas palabras.

—Tú sabes que no puedo...

El jefe griego lo miró, conmovido.

—Comprendo, hermano...

Estuvieron silenciosos un rato. Evagoras tenía el casco en una mano y se pasaba la otra por los cabellos donde se veía alguno que otro gris.

Un hermoso tipo de hombre, pensaba Nidinta Bel.

Se encontraban cerca del camino que del Mudraya llevaba hacia el Norte y luego del Orontes se encontraba con el Camino del Rey. No muy lejos de donde estaban ahora lo cruzaba el camino que venía de la costa y se prolongaba hacia Damasco. El campamento se extendía a perder de vista.

—¿Hasta cuándo irán y vendrán los hombres por estos caminos, siempre para matarse unos a otros...? —suspiró el ianuna, como si se lo preguntara a sí mismo. Luego continuó:

—Babel es maravillosa... Acaso valga la pena vivir para ver, lo que ocurre. Hermano: buena suerte. ¡Buena suerte!

A Nidinta Bel le pareció que Evagoras estaba por agregar algo más. Pero no lo hizo; sonrió y saludándolo con un ademán dióse vuelta y se dirigió a, grandes pasos

hacia las tiendas de sus hombres.

—¿Recuerdas —díjole Belnahid uno o dos días después de la marcha de los chipriotas—, lo que pronunció el oráculo de Buto, sobre Kambuzia?

—Sí —respondió Nidinta Bel—. Y a propósito, parece que falló...

—Al contrario... Acertó, pues, en efecto, Kambuzia, hijo de Kurash, está muriendo en Ecbatana.

—¿Qué dices? —exclamó Nidinta Bel, mirando asombrado a su amigo.

—¿No sabes que aquella población se llama Ecbatana? —respondió este señalando hacia la ciudad adonde habían llevado al Rey.

Nidinta Bel se quedó contemplando a Belnahid sin saber qué decir.

Ese mismo día se supo que Kambuzia, hijo de Kurash, había dejado el mundo de los vivos, y los soldados, conmovidos por sus Desgracias y fin tan dramático, se pusieron luto espontáneamente.

Un consejo de generales asumió el mando del ejército. Vinieron a ofrecer a Nidinta Bel un lugar en ese Consejo, Artavardiya, Vidarna, Histaspes, con su hijo Darío.

Los jefes de los contingentes vasallos ya se habían puesto de acuerdo para que rechazaran el ofrecimiento quien o quienes lo recibiesen, aduciendo que por tratarse de un diferendo entre persas, los no persas querían mantenerse neutrales.

—¿Y cuando esto se solucione? —inquirió Darío, mirándolo atentamente.

—Yo no puedo decir nada. Obedeceré a quien mande en Babel. Por otra parte, pienso dejar el mando en cuanto llegue, ya *qué* muertos vuestros reyes no soy nada allá.

—Nuestros reyes han muerto, pero Persia no —respondió Artavardiya—. Y ella recuerda que te debe servicios eminentes y que eres uno de sus mejores generales.

Los jefes lo miraron y se dieron cuenta de que este hombre joven aún, de ancha frente y ojos apartados como los de un ianuna, no tenía el menor interés por el poder.

Darío se había quedado observándolo pensativamente, como si lo midiera y lo pesara.

—¡Qué lástima! —exclamó con sincero pesar y como si previera el futuro—. En fin, ¡qué hacer!

Luego sonrió traviesamente.

—¿Tienes algún encargo para Susa? Con muchísimo gusto...

—Eso sí, te lo agradeceré infinito.

Darío se acercó y lo besó.

—Es una lástima... ¡que Ahura Mazda esté sobre todos!

—Así sea para todos —respondió Nidinta Bel—. Bueno, en su momento, te daré una carta.

—Lo que quieras, amigo —replicó Darío.

Cuando el ejército llegó a los límites del Mat Tamtim —la Baja Mesopotamia—, se separaron las tropas no persas. Eran todavía como sesenta mil hombres que habían sobrevivido a las dos penosas travesías, a las batallas, privaciones y cambios de clima.

A pesar de prohibiciones y dificultades, más de dos mil mujeres habían seguido al ejército mesopotámico, con hijos de los conquistadores, y Nidinta Bel, que no había tenido ánimo para arrancarlas de sus hombres al partir, había cuidado de ellas, compadecido y pensando en Merirura.

Algunas de ellas habían sido traídas al Mizri desde Nubia y parecían magníficas estatuas de bronce dorado.

Excepto los mesopotámicos que ya llegaban a su tierra, los armenios, baktrios y parte de los medos que no quisieron seguir con los persas, pensaban continuar la ruta que costaba el Idiklat o Tigris, y cruzar el río cerca de Nínive.

Los persas tenían más o menos el mismo número de hombres, pero como eran un solo pueblo poseían la superioridad del mando único. No opusieron obstáculos a la separación. A última hora se apartaron también los sagartios y se agregaron a los baktrios, armenios y medos secesionados.

Los persas habían juzgado aventurado intentar obligarlos a ir con ellos y, además, estaban casi seguros de que el nuevo Rey, Smerdis, no era tal, sino un audaz impostor.

Si era así, la dinastía de Kurah había terminado y nadie sabía lo que podía ocurrir. En tal caso, los que tenían un poderoso ejército como el que llevaban podrían dominar los acontecimientos en Persia.

CAPÍTULO XXII

Esgrima de astucias

Durante la marcha a Babilonia, el Ejército de los Libres —nombre que según se contó, le había dado un capitán ianuna llamado Klisthenes—, se convirtió de hecho en Ejército de Liberación.

En efecto, al conocerse sucesivamente la aproximación de las tropas no persas cayeron casi por sí solas las autoridades que representaban al poder extranjero y se instalaron en el poder hombres conocidos y seguros. En Ur, donde el gobernador y la pontífice de Nannar intentaban pasar por alto la presión popular, bastó que se acercaran fuerzas mesopotamias para que los postizos dignatarios fueran ahuyentados.

Al acercarse a la gran capital creció la insurrección y el pueblo salía a los caminos para recibir al ejército entre escenas indescriptibles de cariñosa emoción, y llevándole provisiones de toda clase.

Los generales mesopotamios, medos, armenios, baktrios, sagartios y de otros pueblos, comprendían que la situación estaba abierta a todos los triunfos, pero que también estaba llena de peligros mortales.

—Hay solamente dos caminos y el que tomemos habrá que seguirlo hasta el fin —expresó el medo Fravartish en el Consejo de Generales—. O rebelarse del todo, o someterse del todo.

—Totalmente de acuerdo —aprobó Rusas, armenio. Se volvió a los jefes mesopotamios—. Vuestra tierra y vuestra ciudad son la llave. Babel y Karduniash son un semillero de hombres y pueden levantar un formidable ejército en pocos meses. ¿Qué decís?

Los jefes mesopotamios no sabían qué contestar. Al fin habló por todos Nidinta Bel.

—Somos hombres de guerra, ¿no? Tenemos que representarnos las cosas cómo son. ¿Qué estamos haciendo en este momento?

Rusas levantó una mano pidiendo la palabra. Nidinta Bel asintió con un gesto.

—Estamos dispersándonos, dejando que los persas arreglen tranquilamente sus asuntos para venir luego contra todos nosotros.

—¿Quieres decir que deberíamos haberlos atacado? —inquirió Fravartish.

Muchos movieron sus cabezas con incertidumbre.

—Habría sido una medida... desesperada. Por otra parte, los compañeros baktrios y sagartios no se habían separado aún... —respondió Nidinta Bel—. Podríamos haber

triunfado...

—¿Y si se consultara a los soldados? —propuso Chitrantakhma que descendía de Huvaksatra-Ciajares—, y mandaba a los medos separados.

Varios hablaron al mismo tiempo. Los hombres estaban cansados de marchas y de guerras, de rehacer sus vidas aquí y allá sólo para deshacerlas de nuevo. Habían creado familias en sus países natales, luego en Susa, en Haraiva, en Arya, en Hircania y las habían dejado porque los llevaban al Mizri. Durante los años pasados allí habían vuelto a tomar mujeres sólo para tener que dejarlas de nuevo, cruzar otra vez los desiertos... ¿a qué? ¿Por qué?

*El Rey es como un viento eterno,
Nosotros, los tristes soldados,
Sin esposas, sin madres y sin hijos
Hojas muertas que lleva aquí y allá.*

Así decía la canción que tarareaban los hombres.

—Por otra parte, apenas sabemos lo que está ocurriendo en nuestros países —comentó Fravartish.

—Quizá no ocurre nada —interpuso Belnahid—, pues la liberación de impuestos y servicio militar tiene que haberlos alegrado.

—¿Y si no encontramos apoyo? —inquirió Frada, el bakhtrio.

—Para saber cómo salió un pastel, hay que comerlo, ¿no? —sonrió Belnahid.

—Oh, ya antes, por el aspecto, algo se sabe...

—Pero para eso, antes tienes que haberlo amasado y puesto al fuego...

—Oh, ya te entiendo de sobra, viejo diablo —rió Frada—. No temas, me sobran deseos de comenzar el amasijo.

—De cualquier modo, por fuerza tenemos que ir a nuestros Países para organizar las cosas.

—Hay un asunto del que depende todo... por un tiempo. ¿Reina Smerdis, o fue muerto, como sospechamos? Si realmente vive, el ejército lo aclamará en cuanto lo vea, recibirá refuerzos y los tendremos encima antes quizá de que lleguéis a Media y Armenia. Ahora, si lo mató Kambuzia, es claro que un impostor se sienta en el trono...

—¿Y, entonces... pueden pasar muchas cosas, eh? —comentó Frada, mirando significativamente.

—Ahí está nuestra posibilidad —expresó Nidinta Bel.

Fravartish levantó la cabeza. Era un hombre gigantesco, de ojos azules y alegres.

—Más, aún —enunció—. ¿No convendrá, para ganar tiempo al menos, ayudar a este impostor?

Nidinta Bel sonrió; se rascó una ceja, y contestó:

—Eso pienso yo también. Pero habremos de andarnos con gran cuidado. Resultaría entonces... —se detuvo un momento, reflexionando...— resultaría que, en todo caso, nos conviene apoyar *el nombre* de Smerdis. Si reina el verdadero, salvamos las apariencias. Si reina el impostor, fingimos, mientras nos convenga, estar persuadidos de que es el verdadero, y entretanto hacemos nuestro juego. No olvidemos que hasta cierto punto ellos también están en esa situación hasta que se aclare la cesa.

—Es como una nube de humo que oculta realidades tremendas —habló meditativamente Fravartish, como si se hablara a sí mismo.

—Ficción que oculta lo cierto —asintió otro de los presentes—. Conocí a un adorador de Istar, tan entusiasta que aseguraba caer en éxtasis cuando veía la imagen de la Señora. Mas luego averigüé de cierto que sólo se extasiaba cuando la imagen estaba grabada en oro o plata.

Cuando se hallaban a pocas jornadas de Babilonia comenzaron a llegar embajadas provenientes de distintos grupos sociales. Era evidente, por supuesto, que venían a explorar los sentimientos y la actitud del ejército. Se acordó entonces, secretamente, por los generales y delegados de las hermandades, que los no mesopotamios no harían declaración alguna, aduciendo únicamente que se dirigían a sus países.

En cambio, Nidinta Bel, designado portavoz, trataría de explorar qué era lo que querían y esperaban de ellos, y qué influencia y fuerza tenían esos grupos. Por su parte, no soltaría prenda alguna y aduciría que aguardaban órdenes de Smerdis.

Nidinta Bel cumplió estrictamente sus instrucciones. Sonrió cuando los enviados de los banqueros y del Esagila le pidieron que licenciara el ejército antes de entrar en Babel.

—Pero el ejército está a órdenes del Rey —respondió Nidinta Bel, aparentando extrañeza.

—¿Qué Rey? —exclamaron desconcertados los embajadores.

—¿Cómo, qué Rey? —interrogó Nidinta Bel, como si dudara del sano juicio de sus interlocutores. Estos se miraron unos a otros sin saber qué decir ni hacer, y Nidinta Bel rió para su capote, comprendiendo que no se atrevían a descubrirse más. Pero resultaba evidente que pensaban que el que estaba en el trono era un impostor y que temían un levantamiento por la independencia en la capital.

—Desde ya, sabréis, claro está, que Smerdis reina en Ecbatana. ¿No llegaron sus heraldos y correos a Babel?

—Sí que llegaron —tuvieron que responder. Con esto resultaba aparentemente disparatada la pregunta «¿qué Rey?», que habían formulado antes.

—Bien, pues —dijo Nidinta Bel—. También llegó uno al ejército, viviendo Kambuzia aún.

—¿Y...? —aventuró el Gran Sacerdote.

—Y... pues, luego murió Kambuzia —respondió ingenuamente Nidinta Bel.

Se entreoyeron algunas risas sofocadas y una untuosa sonrisa movió el rostro del sagrado personaje.

—Sí, bien —insistió—, pero... quiero decir: ¿qué resolución tomasteis?

—¿Qué resolución íbamos a tomar? La de obedecer a Smerdis, pues.

—¿De modo que llevarás el ejército a Babel? —inquirió Rapahu, el gran banquero.

Nidinta Bel levantó las manos y luego las apartó suavemente, como al cabo de sus recursos.

—Pues, ¿qué otra cosa puedo hacer? ¿Dejarlo por los caminos? Mira que mi cabeza no seguiría mucho sobre los hombros.

—¿Y entregarás el ejército al gobernador?

—Yo entregaré mi mando, no el ejército, a quien me presente el sello de Smerdis.

—Pero Smerdis... —interpuso el shangu mahhu, y se detuvo, no osando explicarse más. Pero, por supuesto, todos entendieron lo que estaba implícito en esas palabras: «Pero Smerdis no existe».

Nidinta Bel se había quedado como esperando que el shangu mahhu continuara. Al fin inquirió:

—Bien, pues, Santidad. Smerdis, decías...

—No tenía importancia —dio por terminado el shangu mahhu.

Intervino de nuevo el gran banquero.

—Supongamos que el gobernador no quiere o no puede recibir tu mando.

—¡Tendrá que recibirlo! —exclamó Nidinta Bel, fingiendo no darse cuenta de la situación—. Ya tendrá órdenes al respecto, de Parte de Smerdis.

—¡Y dale con Smerdis! —parecían decir las caras de los enviados.

El gobernador que estaba en Babel era el nombrado por Kambuzia y por eso los grandes dignatarios trataban de sostenerlo. «Los de aquí sostienen a los de allá, y los humildes no son más que ganado, o menos aún para estos hijos de...», reflexionaba Nidinta Bel, comprendiendo perfectamente lo que pensaban y deseaban ellos. ¿Babel? Un negocio hermoso. ¿Su pueblo? Gente que había que exprimir.

Y él, por su parte, fingía no darse cuenta de que el gobernador no duraría un minuto en cuanto llegara el ejército. ¿Y quién sería tan idiota como para creer que si en Ecbatana —¡cuan sugestivo: en Ecbatana, no en Susa ni en Pasargada!—, reinase el verdadero Smerdis hijo de Kurash y no un usurpador, él, Nidinta Bel, estaría aún mandando un poderoso ejército que al llegar a su ciudad natal, inmensa en hombres, riquezas, fortificaciones y espíritu de rebelión, sabían los dioses lo que iría a producir?

El Gran Sacerdote era un hombre aristocrático, en, la flor de la edad, de barba y

cabellos cortos, sedosos y ondulados. Su mitra roja chispeaba de piedras preciosas, lo mismo que la túnica y el manto, y las sandalias lucían inmaculadamente blancas. A cada movimiento de sus manos regordetes, suaves y blancas, se difundía un levísimo y exquisito aroma. Y aunque su rostro parecía la bonhomía más confiada, Nidinta Bel sabía que los ojos del personaje no le perdían detalle, y que menos peligrosa era la proximidad de una cobra que la de este sonriente y rendido cortesano.

—«¡Sé, canalla perfumado, lo que quieres adivinar! —pensaba Nidinta Bel—. Lo que quieres saber es cuanto conozco yo del asunto Smerdis, porque entonces comprenderías nuestro juego».

—Hablemos con el corazón en la mano, hijo mío. ¿No es Babel nuestra madre común? —arrulló el Venerable, revistiéndose de un, aire de emocionada sinceridad que causó inmensa gracia a los presentes, y ganas fenomenales de reír. «¡Felices espectadores de la comedia!», pensaba Nidinta Bel.

—Así es, Padre Santo. ¿Quién podría dudarlo?

—¿Quién se despreocuparía de la situación de nuestro pobre ejército?

—Pienso que nadie, Augusto Guardián de los santuarios —respondió Nidinta Bel mientras pensaba: «no te preocupaba tanto cuando moría en el Uvarazmiya y en los arenales...».

—¿No has considerado que podría caer en manos...?

—Pero, ¡fuente de la verdad! No me atrevo a pensar que te comprendo bien. Seguramente estoy equivocado... —fingió titubear Nidinta Bel.

—¿Cómo dices? —inquirió el shangu mahhu, aunque entendía perfectamente.

—Digo... sugieres que podría ser usado... ¿quieres decir que el Rey...?

—¡El señor Marduk nos libre y guarde! —profirió el shangu, echándose hacia atrás con espanto teatral—. Pero tú sabes, hijo, que las cosas de este mundo toman caminos tan intrincados...

«Como los tuyos», pensó Nidinta Bel, pero dijo, continuando las palabras del Venerable:

—... que no son para un pobre soldado como yo, Santo Guardián. Mi deber está claro: obedecer al Rey. Quiero entregar el comando lo antes posible.

—Y dime, hijo. ¿Si una comisión de notables tomara el gobierno de la Ciudad?

Nidinta Bel levantó las manos con las palmas hacia afuera.

—Eso es cosa vuestra, señores, que, por cierto, sabéis más. En cuanto me presenten la orden del Rey, entrego el mando...

—Entregas el ejército.

—¿Cómo entregar lo que no es mío? ¿Acaso estos miles de hombres son ganado? Lo único mío es el mando, por gracia del Rey ya fallecido y hasta que me releve el Rey Smerdis...

Nabuzardan, fino diplomático, exploró por otro lado, comprendiendo que a pesar

del peligroso asalto no habían podido penetrar la guardia de Nidinta Bel.

—Dime, amigo. ¿Cómo no seguisteis a Persia con el resto del ejército? ¿Hubo diferencias?

«Mucho ojo», pensó Nidinta Bel, y contestó cuidadosamente:

—Que yo sepa, ninguna. Venía del Mizri todo el ejército cuando se presentó el heraldo de Smerdis. Anunció que los pueblos quedaban liberados por tres años del servicio militar. Y por supuesto las tropas no persas se consideraron comprendidas en el decreto del Rey.

—¿Y los persas no se opusieron?

—Absolutamente —repuso Nidinta Bel, como si no cayese en lo que el hecho significaba, o sea que a los persas les convenía la dispersión y desarme de los no persas, mientras ellos mismos arreglaban sus asuntos. Y no se le escapó que los enviados captaban muy bien la cosa; que por otro lado era evidente.

—¿Y por qué lo harían? —inquirió el Venerable.

—¿Harían qué? —preguntó Nidinta Bel, como si no hubiera comprendido.

La voz del shangu mahhu tuvo un levísimo tono de impaciencia.

—¿Por qué no se habrán opuesto?

—Ahora que me lo preguntas... no había pensado en ello, Santo Guardián... quizá la explicación es sencillísima. Si el Rey ha liberado a los pueblos del servicio militar... pues, ¿cómo se iban a oponer los persas *a su propio Rey*? Al menos, eso se me ocurre —terminó como excusándose.

«Es más escurridizo que una anguila. O el tonto más grande que existe», pensaron varios. Pero por allí vio una brecha Rapahu, brecha que no escapó a Nidinta Bel.

—Pero, entonces, tú debes licenciar el ejército, justamente de acuerdo al decreto del Rey Smerdis.

—El asunto no es fácil al no conocer la reglamentación del decreto. ¿Desde cuándo está en vigencia? ¿Comprende a las fuerzas armadas actuales? Porque entonces sería retroactivo. De eso no sabemos nada. ¿Y no sería excederme de facultades que, por otra parte, entiendo no tener, disolver el ejército? Ahora, cuando vea la orden del Rey...

«Que nunca llegará» —pensaron muchos de los presentes—. ¿Y lo sabrá este? Si lo sabe, quiere decir que lo que menos piensa es entregar el ejército.

Comprendieron que la posición pura y llanamente legal de Nidinta Bel era inexpugnable y que para saber algo de lo que realmente sabía y pensaba, habría que hablar claramente del rumor conocido por todos, de que un impostor había usurpado el trono de los persas. Pero hablar de eso podía ser interpretado como incitación a la rebelión, como un sacrilegio; en una palabra, podía costar la cabeza en un santiamén. ¡Hum... vaya a saberse cómo podía tomarlo o fingir que lo tomaba, el escurridizo compadre este! Ahora que habían comenzado a tomarle la medida se dieron cuenta de

que había jugado con ellos...

Durante la comida los enviados intentaron sonsacar a los jefes. Pero estos, bien prevenidos y adiestrados, comieron y bebieron de todo lo que había traído la embajada, y hablaron, al parecer con fe y desde ya con ruidoso entusiasmo, de las perspectivas de paz y felicidad bajo Smerdis... No los pudieron sacar de ahí y los enviados regresaron a Babel dándose a todos los diablos de la Tierra de los Dos Ríos...

CAPÍTULO XXIII

La aparición de la diosa

No terminaba Nidinta Bel de reconciliarse con su situación, que, aparentemente, gustaba a todos menos a él. Recordaba con nostalgia sus años de estudio y, no digamos, su vida con Mali Kalita; e inclusive los tiempos cuando no tenía más que esperar órdenes de Lugal Bau o de Artaxar. Verdad es que jefes como esos los había muy pocos: eran padres, o mejor aún, hermanos para los soldados. Le vino a la memoria aquel día cuando, andando de exploración y caza en lo más fragoso de la montaña, Artaxar se había lanzado contra un león entrevisto en la espesura... sólo para encontrarse con un precipicio lleno de agua que fluía lentamente bajo la *maleza*. La fiera, irritada por el ruido de los hombres, se había puesto en pie de un salto y con la melena erizada estaba a punto de lanzarse sobre Artaxar, cuando los hombres, viendo en peligro a su jefe, atropellaron ciegamente; salvaron el precipicio cayendo al otro lado sobre un reborde tan estrecho que apenas podían hacer pie los caballos y espantando al león con el ímpetu de su ataque.

No, pocos jefes había como aquellos. Otros eran odiados y temidos por sus hombres.

—¿Por qué diantre habrá hombres así? —pensaba Nidinta Bel. Y en general, tantos, enfadosos, ruines, envidiosos, vanos. ¡Y cómo gusta al hombre el poder, el decidir de las vidas ajenas...! ¡Cáspita, qué mala pata haber sido el hombre decisivo en Pelusion! Hubiera sido Belnahid, que tan a gusto sé sentía en el mando; o Istarmubelit, amante de la gloria, o Baalnabu, al que placía explicar cómo arreglaría todo de ser comandante en jefe, o Nersar, que no se estimaba en poco a sí mismo, con razón, por cierto. ¡Pero, qué ironía!, justamente a él le había caído el mando, y hasta por decoro tenía que aparentar que se sentía satisfecho.

Pensó en Adar Malik. ¡Con qué convicción movía hombres y cosas! ¡Qué fe en que era el hombre para el puesto y sólo un siniestro criminal podía disputárselo!

—¡Por Istar! —rió Nidinta Bel—. ¡Si alguien me disputara el trono cuánto se lo agradecería!

Pensando en estas cosas, caminaba una tarde del mes de Tamuz hacia la casa de su tío Amil Marduk. Harto de asuntos, muchos de los cuales apenas comprendía y cuya complejidad provenía casi siempre del enredo producido porque las partes desfiguraban los hechos y las intenciones, se había evadido por una poterna que daba

al Purattu, luego de avisar a Belnahid, quien, estaba seguro Nidinta Bel, lo haría custodiar discretamente.

Se había vestido medio a la moda ianuna, lo que no llamaba la atención porque en Babel se veían todos los indumentos imaginables, desde las preciosas pieles escitas hasta los taparrabos. En la cabeza llevaba un petasos de anchas alas, justificadas por el fuerte sol de Tammuz, y que ayudaban a que no fuera reconocido.

Había echado a andar por el desembarcadero de la Vía de los Dioses, llamada así porque en él desembarcaban la estatua de Nabu cuando la traían del E-zid-da de Borsippa el 6 de Nisan, para las fiestas del Año Nuevo; allí se encontraba con las procesiones que conducían las estatuas de los otros dioses y todos se encaminaban solemnemente el 8 de Nisan al Akipu, donde permanecían tres días. Unos trescientos pasos más allá se desvió del Río y tomó por una calle llamada el Arco de Istar, bordeada de higueras, sicómoros y palmeras, y antes de muchos minutos llegaba a la casa de Amil Marduk, de aspecto sencillo, pero muy amplia y rodeada de higueras enormes, olivos, pinos, cedros y otros árboles aclimatados en Babel por el suegro de Amil Marduk, nuestro conocido Erixíkrates, fallecido no *hacía* mucho mientras su nieto Nidinta Bel se encontraba en el Mizri. Estas plantaciones la hacían umbría y fresca durante los terribles veranos de la Baja Caldea. El gran patio rectangular alrededor del cual corrían las habitaciones estaba sombreado por espesos emparrados de diversas especies de viñas importadas con gran trabajo y costo desde Armenia, Aram, Mizri y las Islas hacía ya muchos años, en tiempo de Nebukadnezar.

El portal tenía los infaltables dibujos laberínticos destinados a enredar a los uttuki —demonios—, que intentasen entrar, y el *llamador* de bronce tenía grabado el nombre-conjuro: «Soy *el invencible defensor de esta casa. ¡Atrás, maldito!*», y representaba una kusarikka, llamada también suhurماشu, uno de los símbolos potentes del Dios Bueno, Ea. Sólo que esta kusarikka era una verdadera sirena, ya que la parte delantera del cuerpo, en vez del tradicional antílope, era una mujer, con la parte inferior de pez.

Al llamado de Nidinta Bel acudió una anciana que se quedó asombrada cuando lo reconoció.

—¡Hijo, si pareces un verdadero ianuna! —exclamó la buena vieja, que había tenido mil veces en su regazo a Nidinta Bel.

La señora Mylitta, que oyó voces, asomó de una de las habitaciones y también se admiró al reconocer a su sobrino y llena de alegría se adelantó a besarlo.

—¡Hijo, qué alegría! —exclamó la dama. Sin soltarlo de sus brazos se apartó un poco para mirarlo.

—¡Qué real mozo de las Islas! ¿Y esta vestimenta?

—Tía: para andar tranquilo como cualquier otro. Aunque estoy seguro de que Belnahid me ha hecho seguir, temeroso de que ocurra algo.

—Hace bien, Nadi, como fiel amigo y patriota. ¡Quién hubiera imaginado a lo que llegaría! Pero, pasa, pasa, que aquí está fresco. ¿Qué quieres tomar? Tenemos cerveza, fruta y vino en el pozo...

—Después, tía. El sol está terrible, pero he venido casi todo el camino por debajo de árboles. ¡Qué lindo está esto!

Luego de otras palabras del momento, Mylitta dijo:

—Anda, Anna está en el jardín. Voy a ver qué hacen las muchachas en la cocina.

Mientras miraba irse a su tía, Nidinta Bel la contemplaba con admiración porque continuaba joven y hermosísima.

Luego salió a la parte de atrás de la casa donde unas higueras y granados de enorme tronco rodeaban el jardín y vio a Anna-Belti-Ninna sentada ante una mesa, medio cubierta con una tela.

Cuando la muchacha lo vio dejó el telar y se adelantó a recibirlo con su aire de suprema naturalidad que causaba a Nidinta Bel el efecto de una penumbra dorada de bosques cuando se llega de una luz enceguecedora.

Ella le tomó la mano y sus grandes ojos cariñosos lo miraban de frente; unos ojos claros de profundos paisajes distantes.

—¡Has sido muy bueno en venir, Nadi! ¡Cuánto me gustaría tenerte toda la tarde conmigo! ¿Y si te quedaras hasta mañana...?

La extraña voz de Anna, de modulaciones tan hondas y registro tan extenso que parecía increíble en un ser humano, sorprendía siempre a Nidinta Bel, y le sugería singulares expresiones.

—¡Pero Belti! —exclamó—. ¡Fuera yo siquiera un conversador maravilloso como Lidan Ilani, tocador de arpa como Nabuzardan o bailarín como Baalnabu!

Ella lo escuchaba muy atenta con sus grandes ojos fijos en los de él. Tan cariñosa y leal era su mirada que pudo oír sin turbarse lo que ella contestó:

—Yo te quiero a ti... ¿Por qué dices que no sabes esas cosas?

Las haces mejor que nadie. Pero aunque no las supieses, te querría lo mismo...

—Eres muy buena, Belti. Más de lo que pueden decirlo las palabras. Tú, sí, mereces un trono.

—¡Pues, lo primero que hacía era sentarte a mi lado! —exclamó Anna, riendo—. Bien que iba a aprovechar mi poder para hacerme el gusto.

—Pues, ese gusto merece un palo.

—¡Oh, hecho el gusto...!

Ambos soltaron la risa y como Anna echara la cabeza hacia atrás, sus pesados senos se dibujaron a través de la fina tela que los envolvía y sus puntas se marcaron en relieve.

Nidinta Bel pensó oscuramente en Istar, la divina Señora que da vida, y sin saber por qué, se le ocurrió que en las profundidades de Anna había fuerzas formidables en

su amorosa mansedumbre... Le pareció que ella era como la propia tierra de Babel, fértil y cálida, inagotable en tesoros de vida para el hombre.

—Me elogias tanto que me da vergüenza lo que iba a decirte...

Anna lo miró un instante y luego su rostro se iluminó.

—¡Ya sé, Nadi! Te lo adivino en la cara. Te vas a quedar... ¿cierto?

Había hablado en voz: baja, como si lo hiciera para sí misma, y su voz de registros profundos dejaba vibrando en torno una sensación extraterrena.

—¿Lo sabe mamá? ¿Se lo dijiste? —inquirió con premura, mirándolo de cerca.

—No, porque no lo había decidido del todo.

—Voy a decírselo, Nadi —dijo Anna. Le tocó ligeramente la mano y pasó junto a él con su andar ligero. La entreoyó hablar volublemente a su madre y un instante después estaba de vuelta.

—¡Qué alegría! Mamá va a hacer aquellos pasteles con dátiles y miel y un poco de regaliz, que te gustaban tanto... ¿Recuerdas? Vas a dormir en la habitación al lado de la mía; así te tengo cerca. Ya has estado lejos, bastante, me parece...

¿Fue ilusión de Nidinta Bel? Las largas y sedosas pestañas se movieron un instante y tendieron una sombra sobre los lejanos paisajes verdes de sus ojos, como para velar un relámpago de enojo.

—Dice mamá si quieres vino o cerveza...

—¿Cómo pudiste hablar tanto con tía, en un instante? —inquirió él, verdaderamente intrigado.

—Hablé de prisa para volver aquí.

Nidinta Bel la miró y dijo:

—¿Viste que tengo razón cuando te digo que eres tan buena...?

Ella lo miraba con expresión singular.

—Siempre estoy contigo, en verdad... Pero no siempre te tengo todo...

Convinieron en beber un jarro de cerveza de escanda y luego ir hasta el Río por entre los árboles. Como cruzarían algún trecho de sol Anna se puso un gran sombrero de juncos y cambió por unos borceguíes de cuero de jabalí las sandalias de fibra de palma.

Cuando llegaron al Río el sol estaba muy bajo y vieron por sobre las aguas perezosas muchas barcazas chatas que los barqueros dirigían con largas pértigas.

Cuando pasaron cerca, Nidinta Bel los saludó.

—¡Os dé buen viaje el señor Nabu!

—¡Sea propicio también a vosotros! —respondieron.

Como Anna saludara con la mano, los barqueros cantaron a una:

*Tócame en flauta de cristal;
Dime, encanto, que me amas...*

*Dime, flor incomparable;
Ojos que son cielos para mí,
Tócame en flauta de cristal,
Dime, flor incomparable.*

Anna rió, contenta. Las barcas se perdieron en un recodo de barrancas.

—En una media hora llegarán a los muelles del Banitu y desembarcarán los hombres —dijo Nidinta Bel. Se quedaron mirando hacia el Norte y el agua, ya en sombra, parecía un camino azul oscuro bordeado a trechos de palmeras.

—Yo sé en qué te has quedado pensando —sonrió Anna-Belti-Ninna.

—¿Sí? —Inquirió él.

—Que si siguiéramos ese camino azul llegaríamos a Karkemish.

—¿Cómo...? —exclamó Nidinta Bel, asombrado. Anna se había quitado el sombrero y miraba de soslayo en aquella dirección. Y él pensó que de existir Istar, tenía que poseer esos grandes ojos claros donde se entreveían paisajes inmensos y ese no sé qué inubicable de su actitud.

—¡Oh, Nadi; te conozco tanto!

Se volvieron hacia el Este y se quedaron contemplando el Etemenanke, cuya sublime cúspide, la Cámara de Oro de las Bodas de Marduk, brillaba a los rayos del sol como un penacho fantástico de llamas.

—Bueno; vamos, Belti.

Tomados de la mano iniciaron el regreso. Cuando llegaban a la casa cayó súbitamente la oscuridad. Nidinta Bel alzó los ojos y vio que allá, en las profundidades del cielo, surgía una estrella.

—Tú —dijo a Anna—. La Casa de Istar.

La muchacha le oprimió la mano y se volvió a él, tan resplandeciente que Nidinta Bel se preguntó cuál era la estrella...

Lámparas de bruñido cobre y de arcilla barnizada, llenas de aceite de sésamo, iluminaban la estancia. Se habían sentado a la mesa para comer, aunque había un comedor con cojines para ciertas ocasiones.

Los platos eran sencillos pero exquisitos: asado de cabrito y un pato relleno que difundían un olor sano y apetitoso.

—Los habíamos cebado con huesos molidos de dátiles y estaban gordos a más no poder —dijo la señora Mylitta.

Había fuentes con olivas, dátiles, higos y uvas alargadas y enormes, rojas como rubíes, de una cepa traída de Chipre hacía mucho. En otra se elevaba una pirámide de galletitas secas y crocantes, y en una tercera los famosos pasteles hechos en honor de Nidinta Bel. Había dos ánforas pequeñas de forma antigua: una contenía cierto vino de color de rosas, de una lejana tierra llamada Khíos en ianuna; la otra, vino rojo de

Khalybon. Se veía también una gran jarra de cerveza de escanda, que al ser servida en las copas exhalaba un aroma tónico y grato.

Amil Marduk ya no vendría. Había prevenido que de no llegar hacia la puesta del sol, quedaría en casa de Nidinta Bel continuando con Amiri las tareas que les habían encargado los miembros de Consejo Secreto. En cuanto a Belitseri, cuyos treinta años y sus tres niños no habían tocado en nada su belleza espléndida, era probable que viniera al día siguiente.

Por supuesto, no podían eludir el tema obsesionante. Mientras Anna y Nidinta Bel habían estado de paseo, había llegado un oficial de Belnahid para comunicarle que no había novedad y que al día siguiente vendrían a verlo los generales.

Los sucesos estaban en marcha; de ellos dependía la vida de todos. Dentro de un día, una semana, un mes... ¿qué sobrevendría?

—El mundo que conocimos era una casa vieja, carcomida. No cabían arreglos, sino demolerla y construir otra. Pero descubríamos mil razones para dejar correr las cosas y sobrevino la tempestad. Mylitta se quedó pensando.

—Una casa muy vieja. Pero llena de recuerdos de cuatro mil años, arraigados en el fondo de las almas. A mí, misma, hija de otro mundo de ideas, y otra vida, me impresiona esta Ciudad donde los milenios pasan como días.

—O quizá los días como milenios —interpuso Anna—. Esta Ciudad, Madre de los primeros Dioses... —y Nidinta Bel vio su mirada lejana, como si contemplara un paisaje de los primeros días—. Su pueblo los creó y construyó sus moradas.

¡Los hombres, padres de los Dioses!

—¿Tú también piensas eso? —exclamó Nidinta Bel, mirando les ojos serenos de Anna. Ella asintió con la cabeza, sonriendo—. ¿Te acuerdas de aquel capitán cario que te enseñaba a manejar la espada?

—¡Hegesístratos! —recordó Nidinta Bel y le pareció volver á ver a su profesor de esgrima, un gigantón ruidoso y alegre, capitán en las tropas carias. Quién sabe qué había sido de él...—. «Nadi, no hay más dioses que estos» —y luego de señalar su espada, cogía entre el índice y el pulgar una moneda.

Una vez les había contado lo siguiente:

—Hallándome en Tarso, a la espera de una contrata, el asunto se alargaba más de lo previsto y ya me quedaban solamente unas pocas monedas: tres Cabezas de Istar y dos «grandes» de Corinto. Fui entonces a comer en un albergue cuyo dueño me parecía sumamente piadoso porque no hacía más que invocar a los dioses. Satisfice el hambre y la sed y luego le dije:

—Amigo mío, te ruego que postergues por dos o tres días el cobro de mi deuda; hazlo en nombre de Apolo Tarsio, al que veneramos tanto.

El hostelero levantó los brazos, afligido.

—O en nombre del señor Sandon, dios inmortal de esta Ciudad. Como viera a mi

hombre cada vez más triste, invoqué otras divinidades: Melkarth de Tiro, Teshub de Samuhá, Baal de Karkemish y, por de contado, a Marduk de Babel y no sé cuál divinidad del Mizri. Todo en vano. Mi posadero estaba al borde del Manto, todo cariacontecido.

Al fin, echo mano a mi bolsillo y traigo a la luz una Cabeza de Istar.

—Ah, comprendo amigo mío: veneras más a las Diosas. He aquí la Señora, a la que sin duda rindes culto fervoroso.

Noté que al ver el disco le volvía el alma al cuerpo.

—Ah, mi buen señor: retorno a la vida.

Se inclinó profundamente ante la santa imagen y mascullaba una letanía:

*Madre del Cielo y de la Tierra,
Istar de oro brillante,
Señora de Durilú,
Reina de las batallas,
Estrella de la mañana,
Istar de oro, creo en ti...*

—... y no quitaba el ojo de mi moneda.

—¡Basta! ¡Basta! —exclamé riendo—. ¡Qué fe conmovedora!

—... creo en ti, Señora del Horizonte... —seguía mi hostelero.

—Pero, como yo también la venero, sobre todo cuando veo su santa imagen en este material que la *realza* tanto, trata de no dañarla mucho...

—Duele tanto dañarla... —se lamentó mi hostelero.

—Que te gustaría tenerla intacta, ¿eh?

—Ay, sí, señor mío.

—Y a lo mejor, acompañada por una cabeza del señor Shamash —insinué produciendo una.

—Oh, Shamash, señor todopoderoso... —comenzó a orar.

—No era una sanguijuela y me preguntó si me parecía bien que le pagara medio siclo de plata por día con la condición de que, si lograba yo sacar a flote mi contrata le daría una Cabeza de Istar por el último día de hospedaje. No tuvo inconveniente en arreglar así.

Todo salió bien; mejor aún de lo que yo había esperado, y cuando finalmente arreglamos cuentas, agregué a la Cabeza de Istar una de Shamash, y mi hostelero, que a la verdad me había cuidado bien, les hizo innúmeras zalemas. Por lo demás, he visto mil casos semejantes en mis andanzas. Tuve un amigo en Sidon, tan apasionado admirador del rey de la ciudad que se desvivía coleccionando sus retratos... siempre, por supuesto, que estuvieran en discos o placas de oro o plata.

Rieron, recordando el cuento; luego la señora Mylitta fue a disponer algunas cosas para el día siguiente.

—¿Qué piensas de todo esto? —inquirió Nidinta Bel.

Anna alzó lentamente la cabeza; contempló con extraña expresión a Nidinta Bel, que por un instante tuvo la ilusión de que ella asumía las proporciones de la Diosa Guerrera y de que en sus ojos claros veía como a través de una ventana un inmenso paisaje donde ardían las batallas.

—Siempre te acompañé... en el sangriento tumulto del combate... y fui una contigo, a través de otras...

Su voz llegaba a Nidinta Bel como desde la profundidad de los sueños y recordó aquella vez que la vio tan vividamente en el Mizri. ¿Era ella la que había hablado ahora?

Anna se había puesto de pie.

—En la Durshimati están escritas las tabletas. Lo que tenga que ser, será —dijo como hablando para sí misma—. Pero ahora te tengo a ti.

—¡Cómo se van las horas contigo! —añadió, luego de mirar el aceite de una lámpara. Se rió como si ronronease con regodeo lento y sabroso, de modulación inacabable en cuya gama no faltaba un matiz de travesura. Luego su rostro se llenó de alegría silenciosa y en su mejilla onduló un hoyuelo, juguete de amor.

—¿Y de qué hemos hablado? —moduló echando la cabeza, hacia atrás, con lo que su nariz pareció más respingada de lo que era, mientras sus ojos miraban a través de las pestañas—. Cuando te hayas ido me lo pasaré recordando lo que has dicho.

—Tú has dicho cosas más interesantes —replicó Nidinta Bel—, que son como aroma suave pero que dura y dura...

—Cuan bueno eres, Nadi —exclamó Anna, contenta—. Lo dices de todo corazón. ¿Hay otro hombre como tú en Babel?

—¿Hay otra muchacha como tú en Babel?

Los dos se rieron.

—¿Han hablado bastante ya? —preguntó la señora Mylitta entrando de vuelta—. He discutido con Heliadora lo que vamos a comer mañana. En honor tuyo quiere preparar platos de las Islas. Hasta está cantando canciones de su tierra.

—Yo me encargo del kandaulos en honor del huésped —dijo Anna—. Y vamos a abrir esa jarra que en letras del Mizri dice «ocho veces bueno».

Luego de convenir que si Belitseri no venía al día siguiente irían a visitarla el tercer día y que Nidinta Bel lo haría directamente desde el Palacio, exclamó la señora Mylitta:

—¿Sabes una cosa, Nadi? Tu posición... no... acabo de acostumbrarme...

—¡Y yo menos! Bastante pesada se me hace... —rió Nidinta Bel.

—Pues yo la encuentro muy natural —refutó Anna con calor.

—¡Esta! —exclamó su madre mirándola—. No sé si quiere ser profeta, pero insiste en que serás rey de Babel.

—¡Los dioses me libren! —prorrumpió sinceramente espantado Nidinta Bel, y volviéndose a su prima inquirió—: ¿Es posible que digas tal cosa?

—¿Y quién otro podría serlo? —preguntó a su vez Anna.

—¡Pues, hay tantos! ¿Y por qué precisamente yo?

—Uno tendrá que ser, ¿no? —insistió ella—. Entonces, ¿por qué no puedes ser tú?

Nidinta Bel no supo qué contestar.

—Además, todo te lleva a ello. Eres el jefe del ejército, quieras o no...

—Realmente, Anna razona bien —asintió Mylitta.

—¡Pero es que yo no quiero nada de eso! —porfió Nidinta Bel.

—El pueblo te impondrá la corona, Nadi.

—Los dioses resolverán —concilio Mylitta—. Ahora, vamos a descansar y mañana iremos hasta los viñedos. Pasaremos un día tranquilo...

—Todo eso, tía —interpuso sonriendo Nidinta Bel—, será siempre que de un momento a otro no vengan a buscarme para algo, o por alguna noticia que nos ponga a todos en movimiento.

—Tendrá que llegar, ¿eh? —insinuó Mylitta.

—¡Vaya si vendrá! Los grandes señores persas no estarán quietos. Han de estar preparándose sensacionales acontecimientos en las Tierras de Arriba. Y cuando las nuevas se difundan... ¡quien tuviera el temperamento de Istarmubelit!

Nidinta Bel se interrumpió un momento. Luego recordó:

—Estando yo en Mudraya —la costumbre de oír a los persas nombrar al Mizri *hacía* que lo llamara en persa sin darse cuenta— miraba una vez una figura del Halcón Horus, cuando me percate de que me recordaba a alguien muy conocido. Pero no pude acertar con la persona hasta que horas después, de vuelta en el Castillo Blanco, me encontré con Istarmubelit. Era el mismo rostro, impávido y terrible.

Se habían sentado al pie de un sicómoro y miraban la espesura verde y fresca, cuando uno de los muchachos se acercó y anunció que varios señores querían verlo.

—Se acabó la paz —exclamó Nidinta Bel. Se puso de pie, tomó una mano de Anna y se encaminaron a la casa.

—¡Hah! —comentó Belnahid cuando los vio—. ¡El Rey y la Reina de Babel! Istarmubelit y Baalnabu pensaron que tenía razón Belnahid.

—¿Vais a llevar a Nadi? —inquirió Anna luego de los saludos.

—No. Venimos a molestarlo con algunas consultas —contestó Belnahid.

—Cuando le hayamos puesto la cabeza como «el cobre retumbante de Anu»...

—... como el timbuti, «la piel del Gran Toro» —interpuso Baalnabu, riéndose al citar solemnemente una expresión escolar del Etemenanke.

—... entonces, Majestades, nos retiraremos —completó Istarmubelit.

—Veo que nada serio ocurre —habló Nidinta Bel, viendo que los generales estaban de chanza.

—¿Por qué no? —objetó Baalnabu—. Pasa que no nos ponemos serios.

—Me parece una gran idea —concordó Anna. Los cuatro la miraron con admiración—. Bien, os dejo —añadió la muchacha.

Pero le rogaron que se quedara. Había una mesa de arcilla, la misma donde la tarde anterior Anna había tendido la tela que tejía, y sobre ella Belnahid colocó varios rollos escritos. Eran los asuntos sobre los cuales querían consultar a Nidinta Bel.

—Tú —dijo Istarmubelit a Belnahid— informa al jefe.

Belnahid tomó uno de los rollos.

—Asunto de los caballos sirios. El Consejo autorizó a cerrar trato con los jefes de Edom y Moab a razón de una moneda real de Lidia por cada caballo... Hay más: ofrecen un arquero montado y otro a pie, por cada caballo. El todo a dos Cabezas de Istar mensuales.

—¿Cuántos serían los caballos? —preguntó Nidinta Bel.

—Mil doscientos —respondió Belnahid.

—Dos mil cuatrocientos hombres —comentó el jefe—. ¿Cuándo llegarían?

—En la segunda mitad de Ab. A más tardar el dos o el tres, de Teshritu.

—¿Se ha pensado quién mandará ese cuerpo?

—Podría ser Iezaiah, yerna del rey de Moab.

—¿Iezaiah, nuestro antiguo jefe de Guías? —inquirió dubitivamente Nidinta Bel.

—El mismo. No le sientan los aires de Urusalim. En el Haraiva y el Mizri perdió la escasa ortodoxia que tuvo alguna vez, si la tuvo, y además se acostumbró a los asuntos grandes. Cuenta que en Urusalim no se discute y pelea más que por pelillos teológicos, día y noche, por lo que buscando la tranquilidad solicita reingresar en nuestro ejército. De modo que él y doscientos hombres más han llegado ayer, hartos de tiquismiquis y chismeríos —terminó de informar, muy serio, Belnahid—. Buscan la paz...

—Buen lugar han elegido —comentó Baalnabu. Belnahid hizo una risita gutural y relató:

—Estuvo unos días en Urusalim. Lo entrevistaron delegaciones de infinitas sectas, que titulándose modestamente dueñas de la verdad, solicitaban su adhesión. Todos salían espeluznados al darse cuenta de que Iezaiah no se interesaba un comino. —¿Pero Kurash no dio libertad de cultos? —les preguntó. Lo miraron furiosos y nuestro amigo comprendió la astucia de Kurash, que los había dejado libres... para que se degollaran unos a otros.

—¿Y qué tal es la princesa de Moab? —inquirió Anna.

—¡Ah...! No hay palabras... —enunció Istarmubelit, con acento de convicción.

—Yo no vacilaría un instante entre esa maravilla y la corona de Persia —sentenció Baalnabu—. Y pensar que en Urusalim le llamaron pagano porque se casó con una moabita... ¡Cuántos nombres tiene la envidia!

Todos rieron, de acuerdo. Belnahid tomó otro rollo.

—Flota sobre el Idiklat —enunció—. Están cortando árboles en Urartú: el río transporta muy bien los troncos. Ya se han construido los primeros barcos.

Se quedó mirando la verde alfombra de hierbas; el rostro de halcón de Istarmubelit estaba impenetrable. Al fin murmuró:

—¡Hum!...

—No te convencen mucho los barcos, ¿eh? —comentó Nidinta Bel.

—Caballos, caballos; y marchar para adelante. —Claro. A mí tampoco me agrada mucho esperar el ataque. Pero, siguiendo esas ideas...

—... demoleríamos las murallas —completó Belnahid.

—¿Y por qué no? —planteó Anna—. El día en que nadie se ilusione con muros o barcos, cada uno comprenderá que hay que tomar un arma.

—¿Viste? —saltó encantado Istarmubelit—. Es mejor general eme nosotros. ¡Eso! ¡Eso! Si tuviéramos el valor de destruir las murallas, el enemigo sabría que se va a encontrar con quinientos mil hombres... Ya sé; ya sé —exclamó al ver la actitud de los otros.

—Con el pretexto de las fortificaciones inexpugnables evitan que pongamos en pie de guerra a la población.

—Temen que si la armamos...

—... ¡Sabe Dios la que se arma! —hizo el chiste Baalnabu.

—Un arma transforma al esclavo en hombre libre —suspiró Nidinta Bel.

Luego se rió y como lo miraron interrogativamente, se explicó:

—Me vino a la memoria la proposición de Menandro, de convocar a todo el pueblo delante del Palacio para que diga lo que hay que hacer.

—¿A la manera de los ianunas? —sonrió Anna—. ¿Y por que no se puede hacer?

—No digo que no se pueda. ¿Pero... quién lo convocaría?

—Los notables, no. Buen susto se llevarían —comentó Baalnabu.

—A lo mejor se convoca solo. ¿Por qué no? —volvió a hablar Anna.

Los cuatro la miraron atentamente. Al fin Nidinta Bel comentó:

—¡Verdaderamente! ¿Por qué no?

—¿Quién lo convocó cuando llegasteis del Mizri, eh? —insistió ella.

Los cuatro guerreros percibían en el rostro de Anna una transfiguración que los impresionó, con los grandes ojos extraños y claros que recordaban un paisaje de dioses y batallas.

—¡Si así fuera nuestra Ciudad! —exclamó Nidinta Bel como Para sí, volviendo a

su impresión familiar.

Todos lo miraron desconcertados, con un vago terror. Comprendieron el sentido de la oscura sugestión que emanaba el rostro de Anna-Belti-Ninna. Como le había ocurrido a Nidinta Bel la noche anterior, los generales, por un instante fuera del espacio y el tiempo, vieron los ojos terribles de la Señora de las Batallas y fue como si oyesen su voz de bronce que mandaba en las primeras filas del asalto...

Belnahid se encontró de rodillas.

—¡Salva a tu Ciudad, Reina de Babel!

—¡Sálvala! —impetraron los otros como un eco. Las gentes de la casa sintieron algo desusado se asomaron y quedaron llenas de estupor.

Días después corría entre el pueblo un rumor que semejaba una profecía: una virgen en la que estaba encarnada la Señora, salvaría a su pueblo.

Más aún: las muchedumbres, conmovidas, se aglomeraron en el Innini-Istar y el E-daragh-anna, y comentaban que la Dama misma se había aparecido a los generales. Y algunos aseguraban que ya les *había* designado a la doncella y que las sacerdotisas tejían el manto imperial en obediencia a la orden del cielo...

CAPÍTULO XXIV

Amor, dios invencible

A pesar del estado anormal de las cosas y de la certidumbre general de que se acercaban grandes acontecimientos, la vida cotidiana con sus necesidades ineludibles mantenía en movimiento a la gente. Las caravanas y las flotas de barcazas seguían llegando a Babel y en la Ciudad los talleres trabajaban y los mercados estaban llenos de gente como de costumbre, aunque todos vivieran preocupados, y aún muchos desearan que sucediese de una vez lo que tuviere que suceder, pues el presentimiento y tensión continuos se hacían insoportables.

Pero las circunstancias parecían seguir tranquilamente su curso y no faltaban quienes comenzaban a pensar en la posibilidad de que, al fin, nada ocurriera. Pero otros aducían que luego de varios meses del cambio de Rey, todo se presentaba más misterioso que nunca. De Susa no llegaban correos y últimamente ni siquiera viajeros, como si la vieja tierra del Elam se hubiera vuelto un mundo distante.

Tampoco llegaban o se sabía algo, de correos de Occidente más allá del Tauro, en donde, según conjeturaban algunos, estaba cortado el Camino del Rey, que llegaba hasta Sardes y el mar. ¿Por quién? ¿Por qué?

Las únicas comunicaciones más o menos normales eran con Ecbatana, siempre muy circunspectas, aunque, eso sí, muy amistosas. A la invitación de la Ciudad para que el Rey la visitase, este había contestado afectuosamente, pero nada más. Otro correo llegado el 28 de Tammuz traía cartas secretas para Nidinta Bel, aconsejando reforzar el ejército sin perder instantes y adquirir armas, caballos y elementos, así como enganchar tropas extranjeras sin reparar en gastos. «Tomad del tesoro real, para el servicio del Rey. Envío cincuenta lingotes de oro que mi buen servidor usará según su Juicio...».

Los generales, los hombres del Consejo del Pueblo y los delegados de las hermandades conferenciaban largamente. ¿Comenzaba la crisis? ¿Qué ocurriría en las Tierras Altas? Si las cosas eran como se conjeturaba, la chispa que surgiera allí iba a convulsionar el Oriente entero. ¿Qué harían los medos secesionistas, los pueblos de Margu y Sagartu llenos de jinetes belicosos que habían tolerado apenas la suzeranía persa?

Las comunicaciones llegadas el día 28 sugerían que el Rey contaba a los babilonios, y de estos a determinada parte, como amigos y aliados. El envío de ese tesoro y la autorización para usar el que estaba en el Maravilla de los Pueblos movería millares de hombres, y el Rey se había dirigido a la parte que aparentemente

representaba la resistencia contra los persas. Ello significaba que el Rey Smerdis no era persa, ni hijo de Kurash... La noche He ese día los jefes del ejército deliberaron con Adar Malik, Al Mindar, Urengur, Burnaburyah y otros dirigentes.

Faltaba mucho para que amaneciera el 29, cuando por la Bab Belti, la Bab Nippuru y por el campo atrincherado del Oeste, salieron mensajeros con fuertes escoltas, en todas direcciones: a las ciudades del Sur; a las regiones del Norte y del Poniente: Assur, Harrán, Karkemish, Damasco. Llevaban cargas de oro e instrucciones para hacer uso pródigo de este y decidir a jeques y príncipes, comerciantes y caravaneros a encaminar hacia Babel todos los hombres, caballos, armas y víveres que fuese posible. Un jinete recibiría un siglo de plata por día... Los hombres del desierto, hartos de su dura vida, acudirían al resplandor de Babel, sus aguas, verdor y abundancia, y sus mujeres seductoras...

Iban también hábiles y audaces delegados a ponerse al habla con los amigos de esas ciudades para volcarlas en favor de Babel... con un poquito de fuerza si fuese necesario.

El 3 de Ab debía haber llegado el correo regular de Ecbatana, pero reinaba una gran tempestad y el trueno de Adad rodaba sobre las llanuras de Caldea. Quizá lluvias enormes habían hinchado el caudal del Idiklat y convirtiéndolo en un mar furioso, imposible de atravesar. Podía ser también que...

Al atardecer de ese día un pequeño grupo de jinetes apareció ríe pronto entre la cortina de llovizna ante los glacis exteriores de la Bab Belti y cuando acudieron los arqueros de la guardia, quedaron admirados al saber que venían nada menos que de Susa. Traían las ropas empapadas y se veía que estaban cansados hasta el agotamiento.

—¡Cómo está el muchacho ese! —dijo uno de los arqueros. No creo que hubiese aguantado muchos minutos más sobre el caballo.

En efecto, uno de los jinetes, que tenía la cabeza y parte del rostro envueltos en un gran pañuelo oscuro, inclinaba la cabeza *sobre* el pecho y apoyaba las manos en la silla. Se veía que estaba mortalmente cansado.

El que hablaba preguntó donde podía hallar al general Nidinta Bel.

El Jefe de Diez contestó:

—¡Cespita! Es lo más fácil. Venid: vamos a llamar al comandante de la Puerta.

Se internaron entre las enormes galerías y los jinetes dejaron de oír el ruido del viento y de sentir sobre ellos el golpe de la lluvia. Desembocaron en un gran patio rodeado de una galería cubierta, donde muchos soldados admiraron el aspecto asendereado de los que acababan de llegar. El Jefe de Diez se dirigió a una alta puerta, tras de la cual desapareció. Un instante después se le vio de nuevo, acompañado por varios hombres, entre ellos el comandante de la Puerta. Era Kusar; había partido como soldado raso para el Haraiva, hecho todas las campañas y llegado

en el Mizri a Jefe de Quinientos. Ahora, como hombre de toda confianza, mandaba la guardia de la Bab Belti.

Llegó rápidamente hasta los viajeros y su rostro mostró el mayor asombro al ver a uno de ellos.

—¡Lu Babbar! ¡Hermano! ¿Cómo estás aquí? ¡Descended!

—¡Cuidado, que se cae! —gritó uno de los arqueros, y corrió a sostener al muchacho que, terminada su resistencia, caía del caballo.

Kusar acudió y vio que el muchacho estaba inerte. Al darle vuelta el pañuelo resbaló de la cabeza y Kusar miró el pálido rostro.

—¡Dioses santos! ¡Istar! —exclamó, como fuera de sí, y se dirigió a sus oficiales:

—¡Corred al Kurigalzú; que venga el general al instante!

Se volvió a Lu Babbar.

—¿Es ella, no? ¡Pobrecita!

Lu Babbar asintió mientras decía:

—No lo habría creído si no lo hubiese visto. Se ha sostenido días enteros sobre el caballo.

Mientras tanto trasladaban a Hayar Malka a una habitación y llamaban a las mujeres de oficiales y soldados que residían en las dependencias de la fortaleza y Kusar les explicó en dos palabras lo que ocurría, sin ocultar de quién se trataba. Las damas abrieron tamaños ojos y se apresuraron a pasar a la habitación, rodeando a Hayar Malka.

—¡Mira como está de fría!

—¡Claro! ¡Quién sabe cuánta agua le ha caído encima!

—¡Qué linda muchacha! ¿De qué nación será?

Ya preparaban la medicina propuesta, a la que agregarían miel.

Al rato, Kusar, que había permanecido afuera, oyó el rumor de cascos de caballos y casi enseguida el de voces excitadas. Kusar corrió a recibir a Nidinta Bel.

—¡Es ella, señor!

Y se quedó mirándolo con aire tan triste que Nidinta Bel exclamó espantado:

—¿Viene enferma?

—¡Marduk nos proteja! No. ¡Muerta de cansancio la pobrecita! Cansancio y frío.

Nidinta Bel entró rápidamente a tiempo que Hayar Malka ya había vuelto en sí y paseaba sus grandes ojos oscuros por la habitación. Cuando lo vio se quedó sonriendo y él se arrodilló junto al lecho.

—¡Oh, mi pequeña! —y tendió sus brazos. Juntaron sus rostros y todo el tiempo de separación les pareció un sueño. El sintió el mágico aroma de sus cabellos; creyó hallarse en el Haraiva, en aquel tiempo...

Todos miraban, conmovidos, ante la *hazaña* de la muchacha por reunirse con el jefe, y las mujeres la acariciaban.

Nidinta Bel no acertaba a decir palabra. Pero algunas de las mujeres ya habían salido en procura de ropas y otras a preparar un baño caliente. Luego entre todas se llevaron a Hayar Malka.

«El amor es más fuerte que la muerte. Mi general estaba tranquilo en el Haraiva, en Uvarazmiya, en el Mizri... Y ahora creo que ni se da cuenta de lo que pasa», se decía Kusar mirando a Nidinta Bel.

Entonces él mismo había tomado disposiciones. Envió un mensajero al pequeño palacio llamado de Lugalsaggizi, que siempre había pertenecido a algún miembro de la familia real y que ahora estaba vagamente agregado a los bienes del Estado. El mensajero dio instrucciones al mayordomo para que preparara habitaciones de inmediato y preguntó si no habría una litera porque una de las personas que irían estaba enferma.

Había una y la enviaron al momento a la Bab Belti.

Mientras tanto, Hayar Malka se había recobrado un poco y cuando reapareció acompañada por las mujeres, estas estaban evidentemente orgullosas de su obra, pues la muchacha parecía una linda babilonia. La habían perfumado y pintado y reían con satisfacción en que se mezclaban picardía y bondad.

Nidinta Bel se quedó boquiabierto y la tomó en sus brazos.

En eso llegaba Kusar; explicó lo que había dispuesto; y la litera llegó un momento después.

—No sé si hice mal, pero me pareció del caso comunicar la novedad al general Belnahid por si debías pasar la noche fuera del Maravilla de los Pueblos.

—Gracias, gracias, Kusar. Has hecho bien todo. Bueno —dijo, y entregó un saquito de oro a las buenas mujeres—. No es para pagaros lo que habéis hecho por mi mujer y por mí; eso no lo podré pagar nunca. Pero es para que celebréis la llegada...

—¡Pero con esto vivimos un año entero con nuestras familias! ¡Y, además, lo hemos hecho con tanto gusto!

—Habéis devuelto la vida a Hayar Malka.

—¡Qué nombre hermoso! ¡Es como ella! —contestó una morena pizpireta—. Voy a comprar un par de palomas para dedicarlas en su nombre a la Señora.

—Yo tengo una canasta de dátiles: los consagraré al señor Daragh-Anna para que dé fuerza a la muchacha —informó otra, cuyo rostro ancho y ojos negros y vivos decían a las claras su ascendencia sumeria.

—Yo llevaré un pato a la señora Sarpanit —añadió una tercera mujer.

—Gracias, amigas, otra vez —dijo Nidinta Bel y se alejó para acompañar a Hayar Malka al Lugalsaggizi. Cuatro soldados levantaron la litera como una pluma; Hayar Malka asomó y sonrió a las mujeres.

—¡Chicas, os espero allá! —invitólas, y partieron.

Antes de cinco minutos pasaron un portal y un pequeño jardín. Ya acudían el

mayordomo y dos hombres con antorchas porque entretanto había cerrado la noche sacudida de ráfagas y llovizna.

La mujer del mayordomo mostró a Hayar Malka grandes cofres atestados de ropas y vestidos, que al ser movidos exhalaban aromas de hierbas salutíferas y, aunque Hayar Malka se resistiera, tuvo que dejar que tratara sus cabellos con suaves aceites y le echara unas gotas de perfume de extraña y exquisita sugestión.

—¿Qué perfume es? —inquirió Hayar Malka—. ¿Qué nombre tiene?

—Los hijos del desierto le llaman Noche de Al Ilat —respondió la buena dama sonriendo con sutil malicia.

Apareció el mayordomo y anunció a Nidinta Bel que había Preparado una colación con lo que en el momento había en el palacio.

Mientras comían, Hayar Malka le relató cómo Lugal Bau y Lu Babbar habían arreglado secretamente el viaje, mientras ella se ejercitaba en andar a caballo vestida de hombre. Athrina les había indicado los caminos a lo largo de los cuales encontrarían amigos secretos que los hospedarían y prevendrían de todo peligro.

Habían partido desde la campaña y quién sabe si hasta ahora se habían dado cuenta de su huida. En cuanto a Lu Babbar había dado a entender que haría una inspección que duraría quince o veinte días, y pensaba reaparecer en Susa muy tranquilo. Por lo demás, los persas tenían otras cosas en esos momentos...

Llegó un mensaje de Belnahid con saludos de los jefes a la señora Hayar Malka, felicitándola por su llegada y pidiendo permiso para venir a saludarla a la mañana siguiente.

—¿Por qué no han venido ahora?

—Seguramente pensaron en tu cansancio —respondió Nidinta Bel. Luego se dirigió al soldado—: ¿Y Lu Babbar y los compañeros? El soldado sonrió.

—¡Oh!, están festejando el feliz viaje.

Luego de haberse retirado el mensajero, Hayar Malka le contó que en Susa habían vivido casi sin saber nada de lo que ocurría.

Pero no se habló mucho más de esas cosas, porque como en los días maravillosos del Huraiva, Hayar Malka estaba sentada en el regazo de Nidinta Bel y él sentía su cuerpo tibio junto al suyo y lo sugestionaba el mágico aroma de Magan... Noche de Al-ilat.

El recio temporal se había abatido sobre las llanuras de Caldea y durante varios días, en la capital misma inclusive, los chubascos, ya fríos, traídos por impetuosas ráfagas, redujeron la vida de comunicación al mínimo posible. Hasta la Aiburshabu, la Avenida Procesión de Nebo, la Plaza de la Explanada y la Perspectiva de Hammurabi que llevaba a la Puerta de Nippur, estaban casi desiertas y sólo se veía uno que otro transeúnte que caminaba presuroso envolviéndose en su manto. De

cuando en cuando un jinete cruzaba la explanada del Maravilla de los Pueblos en dirección a la Bab Belti o el Gran Puente, inclinando la cabeza para eludir el azote del viento y la lluvia.

En la mañana del 4 de Ab, Belnahid, Istarmubelit, Baalnabu y otros jefes veteranos del Haraiva y de Arya fueron a saludar a Hayar Malka. Fue grande la alegría y emoción de todos al encontrarse con la amiga de aquellos tiempos que los habían unido en fraternal amistad para toda la vida. Hayar Malka se había repuesto un tanto de las enormes fatigas del viaje y sus grandes ojos oscuros brillaban alegremente. Llevaba un vestido verde claro tan sencillo que era poco más de una túnica y la ausencia de todo adorno revelaba aún más sus formas seductoras.

La conversación se prolongó porque había mil recuerdos para evocar. Se habló de Artaxar, generoso amigo que había cubierto el viaje de Lu Babbar dando como pretexto de su ausencia de Susa el haber partido en inspección de varios dominios; de Lugal Bau, el jefe querido que había llorado al despedirse de Hayar Malka, a la que había cuidado como a una hija; de su mujer Haydarit, que le había preparado ropas especiales para el viaje; y de la mujer de Lu Babbar, todo corazón como él.

—¿Siempre está igual? —inquirió Istarmubelit, aludiendo a su léxico desenfadado.

Hayar Malka asintió, un tanto avergonzada, porque le parecía que todos habían oído las barbaridades que la rubia le había dicho, estando presentes Lugal Bau y su mujer y el propio Lu Babbar, al despedirse.

—Es hora de volver a usarla, hermosa ...

Mientras conversaban había asomado el mayordomo y hecho un gesto que significaba:

—¿Comida para todos? Nidinta Bel asintió.

La comida transcurrió alegremente, contribuyendo a ello no sólo el excelente asado, pasteles y dátiles, sino también varias ánforas de un vinillo de buena cepa que por cierto subía a las cabezas.

Cuando se retiraban dijo Belnahid:

—Todavía se le conoce el cansancio del viaje a la señora.

—¿Del viaje? —susurró Baalnabu, y los generales sonrieron traviesamente.

—¡Qué bien me ha hecho este paseo! —suspiró de satisfacción Istarmubelit—. No se habló de los acontecimientos.

—Descuida, viejo —observó Baalnabu— que ya se hablará.

—Desgraciadamente.

En el Lugalsaggizi quedaron solos Nidinta Bel y Hayar Malka y por un momento les pareció que habían vuelto a los tiempos del Haraiva.

—¿Te acuerdas de aquel primer invierno en las Tierras Altas de Oriente? —le preguntó ella en su lengua nativa.

Al volver a oíría luego de tanto tiempo, Nidinta Bel sintió estremecerse el corazón y vio ante sí aquellos días, cuando terminado el servicio de rutina volvía a casa al atardecer, mientras comenzaba a nevar. Abría la puerta y Hayar Malka se echaba en sus brazos. Luego cenaban junto al fuego, mirando la llama de oro y comentando los chismes de la guarnición, hasta que se metían en cama.

Había sido tiempo de profunda paz del alma, como no había tenido otro en su vida.

—Me acuerdo... ¡Qué tiempo! —contestó él, y se quedó viendo las elevadas montañas.

—¿Recuerdas el día en que nos conocimos? —inquirió suavemente Hayar Malka.

—¡Cómo íbamos a pensar que nos amaríamos tanto! —le dijo él en voz baja.

—Y sufrir tanto también... —susurró ella.

—¿Por qué no te acuestas un rato? —sugirió Nidinta Bel.

—Contigo, sí.

—Claro que conmigo —rió Nidinta Bel, y la llevó en sus brazos.

Los días pasaron sin que llegara el correo de Ecbatana, lo que a los hombres que eran autoridad en Babel pareció segura señal de que habían ocurrido o estaban ocurriendo graves acontecimientos en las Tierras Altas.

El 9 de Ab hubo una reunión de civiles y militares y se había resuelto enviar correos a las ciudades de la frontera, cuando llegó uno, procedente de Assur, cuyo gobernador comunicaba que desde Media llegaban rumores de que existía gran agitación en el reino. El gobernador había enviado mensajeros secretos a las ciudades medas próximas a Asiria. Nada se sabía de cierto, pero se hablaba de que había estallado la revolución en Susa y Pasargada. Otros afirmaban que era en Ecbatana donde se desarrollaban los principales acontecimientos.

Estas noticias pusieron en gran conmoción a Babilonia y a pesar del mal tiempo inmensas muchedumbres se echaron a la calle, multiplicándose al infinito los rumores. Los jefes militares tomaron medidas de precaución y se convocó a los veteranos y a los que quisiesen voluntariamente servir; de inmediato se presentó un enorme número de hombres. Se resolvió llamar a todo el mundo a las armas en cuanto se confirmaran los rumores, y se intensificaron los preparativos para la guerra.

El 24 un correo enviado desde la frontera cerca de Dizful, llegó con la noticia de que la gente del otro lado comentaba que el Rey había sido muerto por los rebeldes, en el castillo de Sikhyauvatis en Media, y que tenían lugar recios combates y matanzas en todo el reino.

Al instante se puso en estado de alerta a todo el ejército y la capital entró en extrema tensión. Mientras se decretaba la conscripción general, al amanecer del 27, llegó un correo de Assur con un mensaje tan breve como estremecedor.

«Mi hermano ha venido de Ecbatana. Los señores persas, rebelados, mataron al Rey en Sikhyauvatis dando por motivo que era un usurpador. Hay batallas y matanzas; una confusión indescriptible. Se dice que los pueblos se han rebelado en Urartú, Armenia, Margu, Hircania y Parthava y que mandan mensajeros a los otros pueblos para que nombren reyes propios... Aquí los hombres se arman y miran lo que hacéis vosotros».

En una inmensa sala del Maravilla de los Pueblos se había reunido todo lo que significaba algo en Babel: oro, propiedad, religión, saber oficial, jerarquías reconocidas: los poderes tradicionales.

Pero había algo nuevo también: hombres que expresaban con la fuerza de las grandes realidades el sentir del pueblo, su claro deseo de independencia y sus oscuras aspiraciones a una vida nueva. Como un hombre que viaja dormido y que cayendo de su camello se da un gran golpe, se despierta y se encuentra tendido sobre la arena, así había sido aquel derrumbe del imperio veinte años antes. La trama de engaños y traiciones que trajeron la derrota había sido puesta al descubierto con el tiempo. El pueblo había comprendido que era la organización total misma la que había fallado, porque esa organización no había estado al servicio de todos como se había creído, sino para beneficio y grandeza de unos cuantos. Gobernaban a la ciudad más grande del mundo y su imperio, con las ideas de quien maneja y dispone de un rebaño propio y por eso, justamente, Kurash la había tomado como un rebaño.

No tenían la culpa los gobernantes de aquel tiempo. Jamás Babel había tenido hombres mejores al frente, pero poco podían hacer con la estructura social que tenían entre manos. Y sobre ello, los verdaderos beneficiarios y perpetuadores de ese estado de cosas habían culpado a los gobernantes de sus propias traiciones y crímenes.

Los hombres nuevos salidos del pueblo no tenían intereses creados ni su modo de pensar estaba modelado por una cultura ya huerta para la vida actual. Libres de esas anteojeras veían las cosas como eran y no a través de tradiciones; no confiaban en los Dienes, a los que nada tenían que agradecer, pero sí en hechos que ellos mismos producirían. Herreros y carpinteros, albañiles, caravañeros y conductores de barcas, escribas y pequeños comerciantes soldados y clérigos de rango inferior, gentes cuya experiencia de las durezas de la vida les había dado resolución y coraje. Muchos habían estado entre los ianunas y traído una noticia extraña y sugestiva: allí el hombre que sabía hacer cosas era como un rey. Estos eran la fuerza secreta que iba vertebrando la rebelión en Babel, sin consultar a las influencias y poderes tradicionales notoriamente incapaces de enfrentar una situación nueva como esta y dispuestos a cualquier acomodo que preservara sus privilegios.

Pero no los atacaban de frente porque su poder era muy grande aún.

—No interesa si el pueblo va a los templos por convicción o por pura costumbre. El hecho es que va —había dicho Adar Malik—. Por otra parte, el problema del

momento no es ese, sino el de reunir a todo el mundo para afrontar el enemigo. Si el urigallu mismo tomara el arco contra los persas... tanto mejor.

—Yo mismo —intervino un caravanero— hago mis devociones a Istar, aunque después de andar y ver tanto...

Estos hombres eran los que habían hecho afluir soldados, elementos de guerra y víveres a Babel y los que habían impuesto a las vacilantes autoridades tradicionales el llamado a las armas. Sus delegados se metían por todas partes, daban confianza, señalaban la formidable fuerza que Babel unida poseía, disipaban el mito de la invencibilidad persa.

—¿Por qué Babel va a recibir órdenes de Pasargada, que es apenas poco más de una aldea grande comparada con ella?

—Al fin, si se salvaron en Uvarazmiya y en el Mizri, fue gracias a nuestra fuerza.

—Hemos gobernado muchos pueblos por nuestro saber. Hemos enseñado nuestra escritura a los persas. ¿Vamos ahora a arrodillarnos ante ellos?

Afuera parecía que toda Babel se había volcado en las calles, como un agitado océano de hombres que se sabían ante una trágica encrucijada. Pero las muchedumbres no estaban deprimidas, sino más bien irritadas. Grandes multitudes llenaban los templos del E-daragh-arma y el Innini-Istar, tradicionales divinidades guerreras y eso era un buen signo. También denotaba la escasa popularidad del Esagila, ante el cual *habían* aparecido apiladas monedas de arcilla, símbolo de lo que el pueblo pensaba.

Adar Malik contaba que había encontrado un grupo de jóvenes que salían de E-daragh-anna y les había dicho:

—Habéis hecho bien en rogar al Toro Celeste que proteja a Babel.

Uno de ellos respondió, riéndose:

—Que nos proteja a nosotros le hemos pedido.

—¿Cómo?

—Que nos proteja en el combate. A Babel la protegeremos nosotros con nuestras armas.

Como habían previsto muchos, no salió gran cosa de la reunión efectuada más por costumbre que por otra causa. Los que hablaron lo hicieron con circunspección y eludiendo no sólo los problemas de fondo, sino también su posición personal.

Sin embargo, no faltó quien hiciera notar que no se podía pasar por alto el hecho de que con el asesinato del Rey impostor o no, había terminado la dinastía reinante en Persia y por lo que se sabía, ni esta misma tenía gobierno.

—Por consiguiente, Babel y la tierra Entre los Dos Ríos ha quedado sin gobierno y debernos constituir uno.

El que había hablado insistió:

—¿O es que esperamos algún amo cualquiera que venga de cualquier lado?

—¿Quién es el que habla? —inquirió con displicencia el banquero Nergalushezib.

—¿Qué te importa quién es? ¡Importa lo que dice! —replicó fastidiado uno que estaba a su lado y Nergalushezib calló.

Como era evidente la sensatez del orador, alguien comenzó por admitir que, en efecto, y siquiera fuese por vía de precaución para poner a Babel a cubierto de cualquier aventura, golpe de mano, o contingencia como inundación, peste o carestía, era indispensable instalar una autoridad. Por otra parte, numerosas ciudades habían enviado representantes pidiendo instrucciones, porque nadie sabía a quién dirigirse para muchos problemas de importancia general, como los canales, represas, etc.

La discusión fue larga y hubo toda clase de sugerencias. ¿Qué forma de autoridad establecer? Hubo quien propuso gobernarse como en Mileto o en Atenas...

Un sector hizo grandes aspavientos, como si hubiera escuchado algo sacrílego. Luego alguien intervino.

—¿No se puede designar un Rey? —preguntó. Y defendió Su opinión diciendo que no lo asustaba un gobierno como el de Mileto, pero que le parecía que las circunstancias aconsejaban un rey que pudiese resolver rápidamente.

—Podíamos hacer las dos cosas —sugirió otro—. Un rey que escuche lo que piensa el pueblo.

—¡Escuchará lo que dice! —corrigió alguno, riendo—. ¿Y cómo escucharía?

—Pues, teniendo un consejo y atendiendo lo que este opina.

—¡Un Rey de juguete! —comentó despectivamente el representante del urigallu, que temía como al fuego un gobierno popular, que tocaría sus privilegios.

—¿Y por qué un hombre va a disponer de otros como si fueran ganado? —protestó uno desde el fondo, y muchos aplaudieron.

—Al fin todo rey ha tenido consejeros —admitió Nergalushezib, que prefería un rey al que se pudiese aislar y dominar, a la alternativa probable de un gobierno como el de los ianunas.

—¿Y qué poder tenían estos para oponerse?

—Bueno. ¿Y no se podría establecer, por ejemplo, lo que el rey puede hacer y lo que no puede hacer? Así no erraba tanto... —habló alguien.

—¿Cómo, cómo? —preguntaron algunos. El hombre pensó un momento y luego explicó:

—Supongamos que se hace saber a todo el pueblo que el Rey no podrá ordenar la muerte de un hombre sin exponer antes los motivos al consejo y sin que este los apruebe, antes de ejecutarlo. Y que si el Rey no cumplía ese requisito dejaba de ser Rey y tenía que expiar su crimen...

Algunos se burlaron, otros protestaron. Pero muchos reclamaron:

—¡Escuchadlo! ¡Que no se le impida hablar!

—¡Muy bien! —aplaudían otros—, ¡es interesante eso! ¡Nunca se oyó antes!

—¡Pero entonces tendríamos la República de Mileto con nombre babilonio!

—¿Qué? ¿Te gusta más un rey que hoy te lleva la hija y mañana la *cabeza*? —replicaron varios, y se oyeron risas y *aplausos*.

—¡Todos los hombres son iguales! —gritó alguien.

Todos se sentían cansados por la interminable discusión. Entonces Adar Malik dijo que esa cuestión era asunto largo y difícil pero que, era urgente establecer alguna autoridad.

—Ved que sin gobierno, no sólo cualquier grupo de aventureros puede apoderarse de la ciudad sino que hay que atender la entrada de víveres, el resguardo de caravanas y caminos, el cuidado de los diques y canales. O formamos gobierno, o una de estas mañanas lo forman, y con razón, Harrán, Assur o cualquier otra ciudad.

Todos comprendieron que tenía razón.

Más que nunca era urgente instalar una autoridad. El representante del E-daragh-anna habló entonces:

—Propongo que, hasta resolver en definitiva, se nombre un gobernador con el nombre de Regente del País de los Dos Ríos, con diez consejeros, de los presentes.

Se aprobó la propuesta entre grandes rumores de aprobación y se pasó a deliberar sobre quién sería designado Regente. El representante del E-daragh-anna volvió a hablar:

—Los momentos son terribles; nuestro destino depende quizá de un cabello. No sabemos qué puede sobrevenir en cualquier instante. Debemos elegir un hombre acostumbrado a los peligros y a mirar serenamente la muerte, mientras resuelve bien y pronto. Tenemos aquí a este hombre...

Se detuvo un instante mirando los altísimos techos. Luego dijo en alta voz:

—¡En nombre de los Dioses y del amor a nuestra Ciudad: propongo para Regente a Nidinta Bel, comandante en jefe del Ejército!

Un segundo silencio; luego una inmensa ovación llenó el espacio, mientras Nidinta Bel, petrificado de sorpresa intentaba protestar. Pero ya todos se acercaban a felicitarlo y asegurarle su total apoyo.

Entonces la Gran Guardiania del Innini-Istar, que había querido asistir, se puso de pie y se acercó a Nidinta Bel, quien al verla quiso arrodillarse. Pero la bella y majestuosa dama le tomó las manos y lo besó en las mejillas.

CAPÍTULO XXV

Regente del país de los dos ríos

Una onda de divino aroma envolvió a Nidinta Bel mientras sentía en su rostro la suave presión de los labios de la dama:

—No, hijo querido de los dioses. El Regente no puede arrodillarse ante nadie.

Luego alzó los ojos y rogó:

—Gran señora: ¡protege al Regente!

Se volvió sonriente, y dijo:

—Las mujeres nos ocupamos de vestidos y ornamentas.

Desprendió su gran collar de rubíes ardientes; lo colocó a Nidinta Bel; se apartó un poco, lo miró y exclamó:

—¡Qué hermoso Regente tenemos!

Todo el mundo rió. Por otra parte, la resuelta adhesión de esos dos templos populares —dos cultos antiquísimos—, era cosa seria. Nergalushezib reflexionaba:

—Probablemente es Adar Malik el que ha hablado por boca de esos dos sagrados personajes. Hum...

Y se acercó sonriendo finamente para felicitar a Nidinta Bel, mientras pensaba con sacrílega irreverencia:

«Qué buena está la hembra esta. ¿Y si se le antojara al Regente?».

En cuanto al delegado del Esaglia, le aseguró su adhesión personal ya que no tenía instrucciones que cubrieran un caso como el que acababa de producirse.

Entretanto, la noticia había trascendido y volaba por la Ciudad. Anocheceía cuando una enorme muchedumbre se aglomeró con antorchas ante el Maravilla de los Pueblos y enviaba una aclamación oceánica al Regente. De pronto abrieron la gran Puerta de la Justicia, un torrente de luz se derramó hacia afuera y vieron al Regente que desde la silla gestatoria saludaba al pueblo.

Los correos habían partido hacía horas ya para Harrán, Karkemish, Damasco, Assur; a las ciudades del Sur: Nippur, Larsa, Eridu, Ur. La noticia y el nombre del Regente bastaban para que los amigos supieran lo que había que hacer.

El correo que iba a Damasco despacharía desde allí mensajeros a Chipre, Fenicia y Egipto, mientras conferenciaba con los reyes de Ammon, Edom y Moab.

Belnahid llegó al Lugalsaggizi; encontró a Hayar Malka leyendo y a la espera de Nidinta Bel. Ella se sobresaltó un poco al ver la expresión entre riente y solemne, del general.

—¿Qué ocurre? —inquirió un poco trémula. Belnahid expresó:

—Señora: quiero ser el primero en saludarte como Su Alteza, la esposa del Regente — y dobló ligeramente una rodilla. Hayar Malka lo miró, estupefacta. — ¿Acaso, Nadi...? Belnahid asintió con la cabeza.

—Sí, Alteza. Hace menos de dos horas ha sido proclamado Regente de la Tierra de los Dos Ríos, hasta tanto se tome una resolución definitiva...

Se detuvo, sonrió y completó:

—... que confirmará lo de hoy.

La muchacha lo miró atentamente pero no dijo nada. Belnahid vio que había comprendido. Luego ella inquirió:

—¿Vendrá esta noche? El jefe sonrió:

—En realidad, su residencia es ahora el Maravilla de los Pueblos. Pero creo que esta noche, por lo menos, vendrá... No hay tiempo para preparar el traslado de la Regente, de hecho ahora, princesa imperial.

Luego Belnahid le trazó rápidamente un esbozo de los sucesos del día y no había terminado cuando entró el mayordomo:

—Alteza: un oficial de los Guardias solicita audiencia. Hayar Malka se echó un poco atrás; fue a decir algo, pero al fin asintió con un gesto.

El oficial entró; se tocó la cabeza y el pecho.

—Imperial Alteza: el Regente me manda comunicarte que llegará dentro de una hora.

—Te agradezco la noticia. ¿Está muy cansado... el Regente? —Ha tenido un día terrible, Alteza. ¿Puedo retirarme? —No antes de que os sirváis un vaso de vino. Tiró de un cordón y apareció el mayordomo. —¿Hay algo para las grandes noticias?

El hombre asintió sonriendo. Se alejó y no tardó en reaparecer con un ánfora y una bandeja.

Poco después se retiraron Belnahid y el oficial. La Regente los acompañó hasta la puerta del jardín y la guardia ya instalada en torno del Lugalsaggizi tomó posición de atención al verla.

Había pasado algo más de la hora cuando llegó el Regente con varios generales, miembros del gobierno y soldados, a tiempo que por la otra dirección aparecieron antorchas y una litera. Reconocieron la litera y gentes de la Augusta del Innini-Istar y echaron pie a tierra para recibirla.

—Deseo conocer a tu muchacha, de la que me cuentan maravillas. No vine antes porque el ceremonial me prohíbe visitar particulares —dijo la Augusta tendiendo una mano a Nidinta Bel para que le ayudase a descender. Luego hizo un ademán de bendición a los presentes y apoyándose en el brazo del Regente subieron la breve escalinata.

Hayar Malka ya salía a recibirlos.

—Tienes más huéspedes, hija mía —rió la Augusta. Se acercó a Hayar Malka y la

contempló sonriente.

—¡Qué linda muchacha! —comentó. La abrazaba y besaba dulcemente.

—¡Qué linda muchacha! Harás lo que quieres con el Regente, ¿eh? —decía con intencionado retintín. Nidinta Bel se dirigió a su mujer:

—La Augusta del Innini-Istar ha tenido la bondad...

—¿La bondad? —rió Nyaya Kaludushi—. No; la curiosidad: soy mujer. Dime, hija, ¿cuándo podrás visitarme? Quiero que me cuentes todo.

—Cuando lo disponga Tu Santidad.

—Mañana... pasado... tendrás la instalación en Palacio. ¿Qué te parece el día siguiente a la tarde?

Volvió a besarla y se despidió de todos. Se volvió a Nidinta Bel.

—Tú, ven a buscarla, así me informarás qué ayuda puedo prestarte.

Los Regentes la acompañaron hasta la litera y cuando ya partía, entreabrió las cortinas y les arrojó un beso con la punta de los dedos. Los generales y secretarios de estado felicitaron a Hayar Malka y aceptaron sólo un vino, para regresar luego a descansar un poco, porque se hallaban ante una tarea de gigantes.

Cuando quedaron solos él se inclinó burlescamente:

—Alteza...

Hayar Malka se inclinó más aún.

—Excelentísimo señor... mío —y soltó la risa. El también soltó la suya y se abrazaron estrechamente.

—¿Recuerdas los días de allá? Aquella paz y nosotros dos.

Ella levantó sus ojos, un inmenso cielo nocturno.

—¿Cómo no recordar?

En alguna parte de la conversación él preguntó:

—¿Tan transparente soy?

—Para mí, sí.

—Mejor, entonces; así sabes cuánto te amo... sin tener que decírtelo.

—¡Ah, no, que me gusta oírlo!

—¡Bah! ¿Y cuando no nos entendíamos?

—¡No nos entendíamos hablando! Pero... —se detuvo y no supo como decirlo.

—Pero... ¿eh Alteza? —rió Nidinta Bel y el movimiento que hizo encendió en rojas llamas el collar de rubíes. Se quedó mirando el pavimento de esmaltes al estilo asirio, que despedía vivos reflejos donde no lo cubría la alfombra. De pronto le acudió una idea que lo hizo sonreír.

—¡Qué poco vanidosos somos! Acaban de nombrarme Regente de Babel y no se nos ocurre otra cosa que noviar...

—Me pasa como en aquel tiempo... —susurró Hayar Malka, acurrucándose contra él.

—¿Qué era, joyita?

—Pues... —respondió ella, acercando su boca al oído de Nidinta Bel —es que deseaba siempre que llegara la noche para meternos en cama.

—¡Alteza! —se espantó cómicamente él—. ¡Confesar eso!, Pero yo recuerdo algo mucho peor.

—¿Qué es? —inquirió ella en voz baja.

—Cuando nos metíamos en cama a media mañana —respondió besándola—. ¿Pero, y esta noche no comemos?

El ir y venir de peatones, jinetes y toda clase de vehículos y caravanas y barcas por el río era siempre enorme en Babel y mayor aún en estos días de ardientes preparativos cuando embajadores y correos llegaban o partían, de modo que no llamó demasiado la atención el grupo de soldados y jefes que partiendo del Lugalsaggizi cabalgó unos cientos de pasos por la avenida Hammurabi, costeó unos minutos el canal de Kudur Mabug, lo cruzó por un puente frente a los bastiones del Maravilla de los Pueblos y en un momento más desembocó en la avenida de Marduk y doblando a la izquierda estuvo ante la explanada interna del Palacio. Los oficiales y soldados de la Guardia, veteranos del Haraiva, de Arya, Uvararniya y Mizri reconocieron al jefe supremo, pero quedaron asombrados cuando se dieron cuenta de quién era el pequeño jinete de blanco rostro y grandes ojos oscuros, que en un caballo árabe iba en medio del grupo. A pesar de la disciplina no pudieron contenerse y la rodearon.

Los rostros atezados eran pura risa al mirar a Hayar Malka cuyo viaje a Babel para reunirse a su marido se había vuelto hazaña legendaria. Por otra parte ella conocía a casi todos los veteranos del Haraiva y al volverlos a ver los saludaba cariñosamente.

—¡Me alegro de volveros a ver, amigos!

Las caras de los viejos soldados eran todo arrugas de sonrisas afectuosas y se llenaban de orgullo cuando ella les recordaba algún suceso de aquel tiempo.

Un Jefe de Cien habló por todos.

—¡Y nosotros de verte de nuevo, sana y salva, Alteza!

Luego continuaron por patios y galerías sin fin hasta que se detuvieron al pie de una escalinata donde varios hombres y mujeres aguardaban a la Regente para recibirla y conducirla a los departamentos privados.

Los viejos servidores eran casi todos del tiempo de Nabonid, y cuando vieron que la Regente descendía del caballo, vestida con pantalones largos, a la escita, que le llegaban hasta los borceguíes; con jubón, chal y manto sobre los hombros, creyeron ver a la princesa Beltiyar regresando de algún paseo de incógnito con su marido Ai Nekem. Llenos de emoción se acercaron a Hayar Malka y muchos no pudieron contener las lágrimas; tan hondo era el sentimiento acumulado durante veinte años,

de dominación extranjera. La que había sido *azafata* mayor de la princesa Beltiyar tocaba con manos trémulas las ropas de Hayar Malka y decía llorando:

—¡Ay! ¡Vuelvo a ver a mi princesa!

Conmovidísima, Hayar Malka la acariciaba y las azafatas decían:

—¡Cuan parecida! Hasta es pequeña, morena y cariñosa como ella.

—¡Ya se los conquistó a todos! —sonrió el Regente, mirando a los jefes.

—¿Y a quién no? —comentó Istarmubelit, y su torvo rostro de halcón se ablandaba de inconfesada ternura.

El día fue ocupadísimo para el Regente. El Consejo se había constituido con hombres que parecían tener las soluciones en la punta de los dedos, y que en pocas horas comenzaron a mover la máquina de gobierno. Casi todos tenían experiencia *organizadora* y conocían cientos de hombres del pueblo capaces de montar rápidamente los servicios y poner en movimiento a todo el mundo. Para cada asunto ponían al hombre que mejor lo conocía, con facultades ilimitadas. En pocas semanas el nuevo gobierno sabía de qué elementos se podía disponer y los estaba multiplicando y concentrando con acierto.

Las primeras reuniones habían durado hasta doce horas; durante ellas se había examinado a fondo y sin prisa la situación total: hasta el material humano fue clasificado. Centenares de hombres de confianza dieron sus informes al Consejo y recibieron sus instrucciones.

Estaba por ponerse el sol cuando se levantó la sesión y el Regente pudo ir a sus habitaciones privadas.

—¡Qué elegante está Su Alteza! —dijo Nidinta Bel mirando a Hayar Malka.

La muchacha estaba preciosa en verdad y sus damas habían insistido en ponerle una diadema de piedras preciosas.

—De cualquier manera tus ojos brillan más —afirmó con convicción.

Ella se acercó y se apretó contra él.

—Cómo estarás de cansado, querido mío —habló suavemente y apoyó su cabeza contra el pecho de él. Este olisqueó y quiso saber:

—¿Qué perfume es este? ¿No es Leila Al Ilat?

Ella levantó su rostro y lo miró fugazmente.

—No...

—¿Cómo se llama, entonces? —insistió él, tomándole el rostro.

—Noche con el Regente —susurró ella bajando los ojos. El atrajo hacia sí el rostro de Hayar Malka y lo besó con insondable ternura. Luego inquirió:

—Supongo que tendré mis habitaciones propias. ¿Pero, para qué las quiero?

—Las hay, sí. Pero parece que el Rey Nabonid las usaba sólo Para sus rollos y tabletas. Todavía están.

—¡Ah! Les echaré una ojeada; ha de haber cosas curiosísimas. Encargaremos a

uno de los amigos ianunas que examine todo y que escriba sobre ello para que no muera...

—¿Dónde se bañaba el Rey?

—Pues... en las habitaciones de la Reina —exclamó Hayar Malka, riendo.

—Seguiré ese precedente, querida mía —asintió él—. Y una vieja costumbre.

CAPÍTULO XXVI

Señor del país de los dos ríos

Estaba por comenzar el mes de los trigos, Elul; y Nidinta Bel a punto de salir de la capital para inspeccionar las líneas de defensa sobre el Tigris cuando falleció su madre.

Habían estado conversando en casa de Amiri, hallándose reunidas las dos familias, y justamente, Nereida había aludido a su salud invariablemente buena y dirigido algunas insinuaciones, intencionadas a Hayar Malka porque el día anterior esta había estado ligeramente indispuesta, cuando notaron a Nereida recostada en su asiento con los ojos cerrados y en actitud tan apacible que parecía dormida.

—¿Estás cansada, Neri? —inquirió Amiri, y como su esposa no diera señal de oírlo, se acercaron todos, sorprendidos...

No hubo más.

No se decretó luto oficial en el reino. Amiri y Nidinta Bel adujeron que no era bueno impresionar al pueblo en esos momentos inciertos; de modo que cumplidas las ceremonias usuales fue colocada al lado de Malí Kalita en el jardín de la vieja casa.

Luego el Regente partió para el Tigris. Hayar Malka no quiso quedar en la capital y como Nidinta Bel insistiese en que la ausencia sería breve, Amiri intervino:

—Tiene razón la niña, hijo. Cada hora de estos tiempos vale por años de antes. Tengo el magnífico coche liviano de construcción mizrita que me regaló el Rey hace tanto ya. Le pondremos dos caballos mansos y de andar suave y la niña viajará cómoda.

Nidinta Bel, contento de llevar a Hayar Malka había accedido y habían partido.

Encontraron la derecha del Tigris en plena actividad. Los barcos ya botados estaban tripulados con marineros nativos del Nagiti y del Mat Tamtim, descendientes de los que dos siglos antes habían dado tanto trabajo a Sennaquerib, y con muchos marinos chipriotas y fenicios que aparte de su solidaridad con Babel estaban espléndidamente pagados.

Millares de arqueros se adiestraban en combatir desde los barcos en los que se habían instalado máquinas de guerra de gran alcance y el Regente estuvo observando los ejercicios de tiro, acompañado por Hayar Malka y los generales. Subieron a bordo y recorrieron un largo trecho para darse cuenta exacta de las condiciones en que iban a combatir los hombres.

—Brava la corriente, ¿eh? —comentó el Regente, mirando las rápidas aguas.

—Hum... —asintió uno de los jefes navales—. A fines de Iyar parecía un mar.

Las aguas llegaban hasta aquella población —y señaló un caserío a la distancia.

—Y peor, quiero decir con menos agua, ha de estar durante Tishri y Marchesvan. Hasta pueden quedar varados los barcos de cierto calado...

—Ojalá llegara el enemigo a comienzos de Sivan —agregó otro de los capitanes—. O a fines de Iyar.

—Quizá no tarden tanto —sonrió el Regente.

—Siempre esta maldita situación defensiva —comentó Istarmubelit.

—Defensiva y ofensiva —rectificó Nidinta Bel—. Eso depende de las circunstancias.

Istarmubelit era un combatiente agresivo y tenaz; no se despegaba del enemigo ni ante nubes de flechas. El Consejo de Guerra lo había designado jefe del frente del Tigris con poderes de Regente desde Armenia hasta la desembocadura del río.

Regresaban a Babel cuando en la mañana del 5 de Elul los alcanzó cerca de Kish un correo de Istarmubelit. Ya la gran noticia había llegado al Idiklat y volaba seguramente por los caminos de Asia: *El persa Darío, hijo de Histaspes, había sido proclamado Rey de los persas y los medos.*

—¡Darío! —exclamó Nidinta Bel, luego de leer el mensaje, breve pero lleno de presagios. Lo comunicó a su séquito y despacharon un correo a Babel aunque no descartaban que la noticia hubiera llegado ya a la capital por otra vía.

Quedó luego en suspenso y le pareció hallarse de nuevo en la plaza de Menfis y ver a aquel mozo rubio, alto y gallardo, que se paseaba entre el gentío llamando la atención a causa del suntuoso manto rojo que *realzaba* su aire majestuoso. El mismo, le había contado más tarde que se lo había obsequiado un hombre ianuna de alto rango llamado Syloson, oriundo de una lejana isla llamada Sanios.

—¡Cáspita! ¡Cuándo lo conocí era simple guardia de Kambuzia y ya parecía un rey!

—Ahora parecerá un dios —comentó Belnahid.

—Artaxar —habló Nidinta Bel— me relató una vez que Darío ha corrido peligros de muerte a causa de su aspecto tan notable. Cuando Kurash se hallaba en su última campaña contra los masagetas sucedió que un día recordó quién sabe por qué motivo a aquel joven de aire tan real, y que había quedado en Persia por no tener aún edad militar, faltándole algo para cumplir veinte años. El caso es que a la noche, ya dormido, le pareció verlo en sueños, con alas en los hombros, las que cubrían una el Asia, la otra los mares y tierras de Poniente... Llamó a Histaspes, le relató el sueño que había tenido y le encargó que volviera a Persia y averiguase lo que pasaba con su hijo. Histaspes le juró que de encontrar la más mínima sombra de traición él mismo mataría a su hijo. Pero antes de que llegara a Pasargada, toda la situación nacida del sueño se deshizo al perecer Kurash.

—¿Los dioses mismos le habrían enviado ese sueño? —inquirió Hayar Malka.

Alguien venido en la comitiva, intervino.

—¿Por qué no le anunciaron cosas más a la mano, como, por ejemplo, que no hiciera la guerra a los escitas, cómo curar a Kambuzia o evitar que este matara a su hermano?

—Eso pensaba también yo —enunció Adar Malik—. El hecho es que la proclamación de Darío presagia guerra.

—Si he medido bien a ese hombre —aseguró Nidinta Bel— no se resignará a ser solamente Rey de los persas y los medos.

—Y si he medido bien a los pueblos —dijo riendo Adar Malik—, dudo que se resignen a obedecer.

A Nidinta Bel le interesó mucho la observación, porque Adar Malik hablaba únicamente lo indispensable, y porque conocía a muchísima gente no sólo en Babel sino en Media, Asiría y Armería. Tenía los hilos de muchos movimientos y era difícil que las circunstancias lo cogieran desprevenido.

Continuaron luego el camino y cuando se encontraban a menos de dos parasangas de Babel vino a su encuentro una delegación del Consejo y gentes que se habían agregado. Aparte de la noticia de que Darío había tomado la tiara, nueva traída por un correo de Assur, se sabía que los elamitas se habían rebelado en Hudya y proclamado Rey de Elam a Athrina; y que la rebelión contra el dominio persa se extendía en Armenia, Media, Asiria y Parthava y que allí asumiría la realeza Fravartish, tomando el nombre de Kchatrita.

—¡Si pudiéramos reunir los ejércitos y marchar contra Darío! —exclamó alguien.

—Darío es una sola cabeza y un solo brazo, ambos muy fuertes. Nosotros... —respondió el Regente—, somos varias cabezas y varios brazos.

Cuando llegaron a la Puerta de Istar encontraron a la capital hirviente de excitación y una muchedumbre tan enorme que era imposible dar un paso. Rompieron en gritos de alegría cuando visitaron a Nidinta Bel y Hayar Malka, cuya hazaña había tocado el corazón del pueblo y vuéltola popularísima. Los detalles de su llegada y de cómo varias mujeres de oficiales y soldados la habían atendido y ahora iban como si tal cosa a visitarla al Maravilla de los Pueblos; cómo había sido prisionera de Nidinta Bel y lo había cuidado durante una grave enfermedad, la habían convertido en heroína de leyenda y de fiel amor para los humildes que ahora rodeaban su coche y le dirigían palabras cariñosas. Muchas mujeres se le acercaban para tocarle las ropas e invocar para ella las bendiciones de la Señora del Cielo.

—¡Para vosotras también, hermanas! —respondía Hayar Malka, y acariciaba las cabezas de los niños que le presentaban.

Los habían recibido con una ovación tan enorme que el eco retumbó como un trueno. La multitud estaba irritada porque se corría que Darío había exigido ya la sumisión de Babel. No se sabía cómo había surgido el rumor, y la furia popular

amainó sólo cuando hombres de la confianza del pueblo y la Gran Augusta del Innini-Istar aseguraron que Babel estaba en buenas manos y que se tranquilizaran.

—¡Que venga a tomarla! —¡Que se siente cómodo para esperar!

—¡Nada se hará sin que vosotros digáis lo que se debe hacer! —gritó el Regente—. Ningún hombre de Babel dejará de decir lo que piensa: si la Ciudad tiene que arrodillarse o seguir de pie.

—¡De pie! ¡De pie! —contestó la muchedumbre—. ¡No nos entregamos al primero que llegue! ¡Tenemos armas!

—¡Estad tranquilos! —volvió a hablar el Regente—. Nadie ha venido a exigir obediencia y si vienen lo sabréis y diréis lo que hay que responder. Como soldado, cumpliré lo que ordenéis. Pero, medita bien la respuesta. El pueblo comprendió.

—¡Lo sabemos! ¡La guerra! ¡No es la primera! Somos tan hombres como ellos.

Balnabu, que no perdía nunca el buen humor, comentó riendo:

—Lo creo porque veo que cada mujer lleva un hijo en brazos.

—Y otro... —lo tiró de la lengua, Nersar.

—Y... otro, en marcha —completó Balnabu. Su rostro se endulzó; pensó en su mujer, la dulce Muballitat Shirúa, y en el hijo que esperaban...

Al fin la gente poco a poco dio paso al Regente y su comitiva y pudieron llegar al Palacio, que también había sido invadido por la muchedumbre.

Mientras Hayar Malka era recibida por las azafatas y conducida a las habitaciones privadas, el Regente recibía a su vez a los Notables, espantados por las noticias llegadas de Persia, y, según pensaron muchos, más espantados aún por el movimiento del pueblo y su resolución de resistir toda imposición extranjera.

El gobierno había trazado su estrategia partiendo de que Babel era el primero y más importante de los problemas militares de Darío, porque este gigantesco bastión no sólo tenía una población enorme y más de la mitad de las riquezas de Asia, sino que por su situación central controlaba todas las comunicaciones entre Oriente y Occidente. Mientras Babilonia, se sostuviera independiente, el imperio persa, fragmentado, estaba reducido de hecho a las Tierras Altas, pobres de medios y con la mayoría de los pueblos rebelados.

Dado el carácter que se presumía en Darío, la capacidad y experiencia de sus generales y la solidez de sus veteranos, así como el espíritu de victoria que los inspiraba, parecía natural que todo su poder sería lanzado contra Babel, dejando sólo fuerzas secundarias para contener las otras rebeliones. Si estas lograban afirmarse y tomar la ofensiva, Darío estaba perdido.

Por consejo de un ateniense llamado Hipérides que se había hallado en media docena de guerras civiles y sitios, se logró sublevar abiertamente a Kalakh y Assur para proteger al frente Este en su ala izquierda; y a la gran ciudad de Harrán para cubrir a la Mesopotamia de un eventual ataque de los ejércitos persas de Occidente,

acampados en las casi fabulosas ciudades de Sardis y Daskylion. Aseguradas Kalakh y Assur, Darío no podía eludir el tener que forzar el paso del Tigris más al sur.

Entretanto los días pasaban sin otras novedades que la extensión de las rebeliones y los preparativos que proseguían día y noche para poner a Babel en condiciones de afrontar cualquier contingencia.

Terminaba el mes de los trigos —Elul, hacia mediados de setiembre de nuestro calendario— sin que hubieran aparecido los temidos heraldos de Darío, y no eran pocos los que pensaban que acaso no aparecerían. Quizá había pasado para siempre la hora de los persas, y ya su imperio de veinte años parecía a muchos un sueño. Había quienes pensaban en una posible resurrección del imperio asirio. Podía alzarse alguna de las viejas familias principescas en Kalakh o en Assur y no hay duda que la población las hubiera seguido.

Pero los jefes militares medían bien la fuerza de los persas: aún sus ejércitos ocupaban el Occidente y el Mizri, y todo inducía a pensar que prestarían obediencia a Darío si ya no lo habían hecho. —Sólo nosotros estamos como una enorme cuña —decía Nersar—. Kurash creó un imperio y dejó su figura.

—Y tan cierto es eso que nosotros mismos estamos viendo un imperio que desde la muerte de Kambuzia no existe; que es sólo una idea y una amenaza —asintió Baalnabu.

—Es curioso pensar cómo nacida una cosa no sólo tiende a persistir sino a mantener su marca sobre las almas y las cosas —filosofó Nersar—. Pues, no solamente Darío y sus persas creen que tenemos que obedecerles sino que muchos de nosotros se piensan obligados a ello sin otro motivo que haber obedecido a Kurash... Por fin aparecieron los heraldos a orillas del Tigris. Recibidos cortésmente a la derecha del gran río emprendieron su camino hacia Babilonia, escoltados por un escuadrón de lanceros. Durante el viaje no hubo el menor incidente ya que las autoridades habían recomendado al pueblo la mayor circunspección.

El 9 de Teshritu, mediada ya la mañana llegaron ante la Bab Belti y entraron inmediatamente en la capital. Un mar de gente bordeaba la avenida de Marduk y se mantuvo en el mayor silencio cuando pasaron.

El jefe de los heraldos cabalgaba al lado de Belnahid, que los había recibido en nombre del gobierno en cuanto pasaron la Puerta de Istar, y miraba los inmensos monumentos.

—Vuestra ciudad no tiene igual bajo el sol —dijo, sonriendo afablemente.

—¿Para qué este esplendor si no fuera libre? —respondió Belnahid como si no esperara respuesta.

—Tienes razón, amigo —asintió el persa, un noble de los Kakamaniya. O sea, de los Aqueménides.

Cuando llegaron a la entrada del Maravilla de los Pueblos, se asombró al ver la

colosal muchedumbre.

—Muchos nos esperan —comentó.

—Son los que darán la respuesta —aclaró Belnahid. Se abrieron paso hasta llegar al inmenso patio llamado de las Espadas, donde se había levantado una alta tribuna. Allí los enviados de Darío fueron recibidos con tranquila cortesía por el Regente y los individuos del Consejo.

Luego de conversar un momento se dispuso que los heraldos de Babel distribuidos en lugares del Palacio y la Explanada comunicaran la novedad. Con poderosa voz que repercutía contra los muros proclamaron, mientras millares de rostros se volvían hacia ellos en un silencio indescriptible:

—¡Pueblo de Babel! Están entre nosotros los heraldos que esperábamos. Escuchadlos y dad la respuesta cortésmente.

Descendieron para que los heraldos del Rey de Persia expusieran lo que tenían que decir. Hablaron en lengua de Babel.

—Darío, hijo de Histaspes, por la gracia del señor Ahura Mazda ha tomado la tiara como heredero de Kurash. Recordando que este gran pueblo estuvo unido a su corona nos envía para solicitaros la unión, bajo las condiciones dadas por Kurash, y jurando mantenerlas. ¿Qué contestáis?

—¡Que no! —respondió la muchedumbre.

—¡Que también nosotros recordamos haber sido libres siempre!

—¡Ya tenemos Rey! —gritó de pronto un hombre y dirigiéndose al Regente le prestó el homenaje.

La muchedumbre calló un instante, sorprendida, y luego se desató el caos.

—¡Rey! ¡Rey de Babel! ¡Volvemos a tener Rey! ¡Que lo bendigan los Señores del Cielo!

Unos se abrazaban llorando de alegría; otros gritaban como locos y salían disparados gritando: «¡Rey! ¡Rey!»; muchísimos se arrodillaban. En las terrazas se oyeron tambores y trompetas, y llegaba de afuera un ruido como el del mar.

Los hombres del Consejo y los jefes, luego de que reaccionaron de su sorpresa, prestaron inmediatamente homenaje al Rey y atinaron a formar des líneas de guardias para conducirlo a la Sala del Trono entre una ovación tan desmesurada que parecía un trueno continuo, y debían hablarse a gritos. El retumbar se extendía como una tormenta por sobre los templos, los palacios y la ciudad entera a medida que la nueva se difundía por todas partes.

Pero algunos viejos servidores no perdieron la cabeza. Por una puerta lateral llegaron a los guardarropas reales y extrajeron el traje as ceremonia, la espada y la mitra cubierta de piedras preciosas que, ochenta y tres años antes, habían servido para la coronación de Nabucodonosor II el Grande.

—Esto va a servir —dijo uno de ellos, llorando de emoción. Nunca supo Nidinta

Bel quiénes ni cómo lo revistieron de las insignias reales. Sólo recordaba cómo se encontró sentado en el trono y viendo allá abajo sobre el pavimento reluciente a la muchedumbre postrada.

—¡De pie, hermanos! ¡De pie, como Babel! ¡Tomo el nombre de Nabucodonosor III y ruego a los dioses que nos ayuden!

—¡Viva el Rey! —resonó por todas partes y se veían las escenas más extraordinarias. Un hombre subido en un muro bajo hablaba con grandes ademanes, pero como no se oía nada resultaba de lo más cómico porque parecía un alarde de mímica y no la verdad. Una dama cuyo otoño aún era una buena continuación de la primavera ya lejana, abrazó a un soldado que llegaba a su verano, y si alguien hubiese tenido humor para observar lo pequeño en medio de lo grande habría notado que ambos, con muy buen juicio, dejaban a los próceres solucionar los problemas grandes, y ellos, por su parte, se alejaban de la escena para solucionar otros asuntos...

De pronto, se abrió una de las puertas de la gran sala y vieron adelantarse un cortejo que rodeaba a una mujer hermosísima que parecía envuelta en luces: tantas piedras preciosas la cubrían. El Rey reconoció a Hayar Malka, descendió vivamente del trono, se adelantó hasta ella y la tomó en sus brazos. La muchedumbre estalló en tales muestras de alegría y ternura, y con tanto ímpetu que faltó poco para que aplastaran a sus soberanos recién proclamados: tal era el torrente humano que quería acercarse a los reyes. Muchas horas pasaron antes de que se pudiera restablecer cierto orden en este océano humano que había desbordado riberas inmemoriales, Atardecía cuando, por fin, la muchedumbre, física y moralmente agotada, como un vasto refluo fue alejándose del Palacio, comentando los inauditos acontecimientos de ese día.

Hacía mucho que había caído la noche cuando Belnahid, ahora lugarteniente general de todos los ejércitos de Caldea, se acercó al Rey.

—Su Majestad ha trabajado excesivamente hoy. Le suplico que se retire a descansar y acompañe a Su Majestad la Reina...

—¿A qué hora la noticia llegará a Istarmubelit? —El correo debe haber llegado a Kish al oscurecer y calculamos que *las* señales de luces llegarán antes de medianoche al frente... ¡Qué barullo se va a producir!

Cuando los domésticos lo condujeron a las habitaciones privadas, el Rey les echó una ojeada y rió:

—¡Muy hermosas! ¿Pero crees que tendré tiempo y humor para vivir un poco aquí y otro poco en las habitaciones de la Reina?

El viejo chambelán había reído también.

—¡Ah, Majestad! Bien dicen algunos que el mundo está perdido. Pero si es así, hace rato que está perdido.

—¿Por qué? —inquirió el Rey.

—Bien, señor. Sucedió que al presentarme al rey Nabonid, que acababa de tomar

el trono, Su Majestad echó una ojeada al horario, puso una cara divertida y me espetó:

—«Pero, ¿a qué hora atendería entonces las cosas realmente importantes? No, amigo mío; no me compliques la vida... ¡Y mi reina tiene departamentos tan cómodos!».

—¡Ah! ¿Dijo eso? —exclamó Nidinta Bel—. Yo temía romper un precedente sagrado. Bien, ya sabes donde encontrarme.

Cuando entró en los departamentos privados de la reina, Hayar Malka corrió y se estrechó contra él. Nidinta Bel comprendió que ella se refugiaba en sus brazos. La oprimió contra sí diciéndole tiernas palabras hasta que ella levantó sus grandes ojos oscuros.

—¿Hubo alguna vez reina tan bella?

—¿Hubo alguna vez rey tan amado?

Mientras comían recordaron un poco a la ligera los acontecimientos del día; no los mencionaban alegremente, porque presentían el final; y por momentos los miraban como un sueño grandioso, trágico y magnífico.

—Yo había ido a las cocinas porque quería ver cómo iba ese asado hecho sobre ascuas y vigilaba para que tuviese ese punto que te gusta...

—Y que nunca te fallaba cuando lo hacías allá... Todo a punto, el asado y...

—¿Y qué más?

Ella se sentó en el regazo de Nidinta Bel y sonreía con tímida travesura.

—Bien lo sabes. ¡Tú!

Luego contó:

—En eso se oyó un gran rumor y entró corriendo Sharah, y se abrazó a mis rodillas. «¡Mujer, que me haces volcar la salsa! ¿Qué pasa?».

—¡Majestad! ¡Majestad! ¡Hay Rey en Babel! Tu esposo...

—Bueno, hija, ¡levántate! —le dije yo, y en eso venían las azafatas a buscarme, justamente cuando el asado se ponía color de oro...

—¡Qué lástima!, ¿eh? —sonrió Nidinta Bel.

Esta era la realidad para ellos. Los ojos de Hayar Malka resplandecían más que la corona y su cuerpo era más capitoso que los aromas de Magán con los que estaba ungida...

CAPÍTULO XXVII

Hierro y llamas en el Tigris

Los meses pasaron; Teshritu, Marchesvan... La rebelión se propagaba en todo lo que había sido el imperio de Kurash. Kchatrita, que había tomado la corona de Media y Armenia, había firmado una alianza con Nabucodonosor III, y con tropas reunidas a toda prisa derrotó a los persas en varios encuentros. También Athrina se sostenía bien en el Elam.

—Magníficas noticias, por cierto —comentó el Rey—. Pero es indudable que esos triunfos se deben no tanto a la fuerza de nuestros aliados, como al hecho de que Darío prepara sus principales ejércitos para operar contra nosotros.

Era también la opinión del Consejo de Guerra. Efectivamente, al comenzar el frío mes de Kisleu aparecieron los ejércitos persas ante el frente del Tigris. Traían millares de obreros y de cargas de madera y en pocos días lanzaron centenares de embarcaciones casi planas, protegiéndolas de los barcos babilonios con nubes de arqueros y máquinas de guerra. Pero el mayor obstáculo para los defensores era la bajante que obligaba a los barcos a mantenerse en el centro de la corriente para no varar en los bajíos. Entonces Istarmubelit echó al agua barcazas ligeras provistas con arqueros e intentó apoderarse de las embarcaciones persas. Mas aunque los arqueros forzaron a los enemigos a ponerse en salvo, sus máquinas de guerra enviaban proyectiles y flechas incendiarias que dañaban a las barcazas de Istarmubelit. Durante muchos días se sucedieron encarnizados combates sin que cedieran el ataque ni la defensa y proseguían con variada suerte los encuentros y abordajes. Istarmubelit, siempre agresivo, montó un contraataque a las instalaciones persas. Una noche pasó el río con cincuenta voluntarios armados solamente de puñales y hachas, y sorprendió las baterías de máquinas de guerra. En un instante los servidores fueron dominados y copadas las catapultas. Ya Istarmubelit iba a ordenar la destrucción cuando, notando que el enemigo próximo *había* sentido algo, resolvió ampliar el ataque. Regresó a la orilla derecha, embarcó doscientos hombres más y cincuenta especialistas en el manejo de las máquinas, volvió al lugar del ataque, atrincheró arqueros, instaló las máquinas hacia el enemigo y luego se dirigió cautelosamente hacia otra gran batería donde lo que menos imaginaban era un desembarco babilonio. En un minuto cayó la posición. Hizo lo mismo con una tercera, pero aquí ordenó cortar los nervios de las máquinas y sacarles partes importantes que arrojaron al río; porque con tan pocos soldados no podía cubrir una cabecera de puente tan extensa. Luego formó un frente desde la primera a la segunda batería, trajo más arqueros y zapadores y cuando

amaneció ya habían abierto fosados y colocado obstáculos para estorbar el ataque.

Cuando el enemigo se dio cuenta de lo ocurrido lanzó ataque tras ataque, fracasando con grandes pérdidas porque sus propias máquinas le impedían acercarse. Durante tres días se sostuvo Istarmubelit hasta que el enemigo reunió tal fuerza que inevitablemente lo echarían al agua. En cuanto cayó la oscuridad reembarcóse sigilosamente con sus hombres y retornó a la orilla derecha llevando varias máquinas y dejando destruidas las otras. Entonces Darío lanzó hasta la corriente principal donde estaban los barcos mayores gran cantidad de brulotes, que la rápida corriente llevaba contra los barcos babilonios. Como un ataque de ese tipo había sido previsto, los buques llevaban largas pértigas para mantener alejadas las almadías en llamas. Pero los persas habían lanzado audazmente muchas barcazas con arqueros que derribaban a los hombres que manejaban las pértigas, de modo que, al fin, algunos buques se incendiaron y otros, al tratar de eludir los brulotes, embarrancaron. Al otro día se reanudó el encarnizado combate y el río estaba cubierto de humo y buques y barcazas incendiados. Por momentos un barco defensor era atacado por barcazas que aparecían repentinamente y desde las que lanzaban vasijas con nafta y flechas incendiarias, y si bien los babilonios no se quedaban atrás, el resultado era que el buque quedaba incendiado, aunque rechazaran primero el abordaje. Sucedió que a favor de las densas humaredas varios comandos persas de asalto lograron instalarse en la orilla derecha y aunque luego fueron echados al agua, Istarmubelit comprendió de dónde podía venir el peligro.

—Cuando el viento sople de la otra orilla, el enemigo intentará el asalto con todo su poder —dijo al Rey, que había presenciado todos los combates.

—Sospechas que nos quieren sahumar, ¿eh? —respondió Nabucodonosor III al jefe del frente. Este no bien sospechó algo, tomó disposiciones para neutralizar el peligro; ordenó colocar altas empalizadas y caballos de frisa cerca de las márgenes e impartió instrucciones detalladas a los barcos y barcazas que se habían salvado de los combates anteriores.

En la noche Istarmubelit realizó una atrevida incursión sobre la orilla enemiga, sin encontrar, no obstante, lo que había esperado; grandes brulotes cargados de betún. Pero, siguió pensando que a Darío tenía que habersele ocurrido un medio así.

Después de los combates de los primeros días reinó calma hasta pasado el 15 de Kisleu, lo que aprovechó Istarmubelit para rehacer sus barcazas. Entonces los comandos de exploración y los vigías informaron que el enemigo estaba en gran actividad y todos sintieron la inminencia de una batalla decisiva. Dadas las condiciones, que podían ser de sorpresa, los generales pidieron a los reyes que, por lo menos de noche, se alejaran del frente inmediato, para ponerse a salvo de alguna contingencia imprevisible.

En la noche del 25 de Kisleu el viento comenzó a soplar del Este, acompañado de

una tenue llovizna que hacía más tenebrosa la noche. Informado al instante Istarmubelit puso todo en estado de alerta. Envió botes ligeros que acercándose a la orilla izquierda percibieron un movimiento enorme pero circunspecto, de modo que no se podía sacar en limpio nada concreto. Pero hacia el amanecer el enemigo entró abiertamente en movimiento: centenares de barcas cargadas de soldados fueron lanzadas al agua, echando delante brulotes que arrojaban nubes espesísimas de humo hacia la orilla derecha.

No tardó en trabarse un enorme combate que la humareda hacía confuso, y cada uno combatía al que tenía enfrente.

Los persas lanzaban hombres y más hombres al río y los babilonios no podían evitar que algunos llegaran a la otra orilla, pues la humareda no dejaba ver quienes lograban avanzar y quienes no.

Más arriba y más abajo de la zona principal de batalla los *persas* se habían lanzado al ataque luego de desembarcar, y aunque una y otra vez fueron echados de nuevo hasta el borde del agua, se trataba de sólidos veteranos que se mantuvieron junto al río apoyando el desembarco de otras tropas.

La confusa batalla se interrumpió al llegar la noche. La situación era de ventaja para la defensa, pero el enemigo se mantuvo en una cabecera que no se podía atacar de flanco. Istarmubelit resolvió sostenerse el mayor tiempo que fuese posible. Con audacia sin par llevó sus máquinas contra la cabecera cuyos ocupantes estaban sitiados en la posición, y con esta artillería estaba demoliéndola y obligaba al enemigo a hacer salidas desventajosas.

Pero el mando persa actuó con energía desesperada: a lo largo de todo el frente lanzó desembarcos en masa, y aunque en general fueron destruidos todos, bastó el éxito de dos o tres para que Istarmubelit tuviera que dividir sus fuerzas.

Durante la noche del 27 el enemigo aumentó sus tropas en las cabeceras que había formado y las amplió y fortificó con increíble diligencia. Istarmubelit había retirado todos los hombres de las embarcaciones y las había hecho destruir, y ahora ponía a salvo a su infantería que estaba en tranquila retirada hacia el oeste.

Durante el 28 continuó la lucha con los arqueros y lanceros a caballo, dirigiendo ataques ventajosos donde podía efectuarlos sin mayor pérdida.

Cuando llegó la noche contempló el río que ofrecía un aspecto fantástico, iluminado por buques, barcas y almadías ardiendo, por entre las cuales veía las embarcaciones de los persas trasbordando soldados y caballos. Luego recogió todas sus fuerzas y marchó él también hacia el oeste.

El paso del Tigris era un gran éxito táctico de Darío, pero su ambicioso plan de forzar el paso y destruir al ejército caldeo no se realizó más que en la primera parte, y a costa de graves pérdidas y tiempo muchísimo mayor que el calculado. Cuando

terminó la batalla los hombres estaban agotados por casi una semana de incesante actividad, sin apenas alimentarse. Constantemente mojados en un tiempo que de noche se hacía sumamente frío, gran número de soldados cayeron enfermos.

Las unidades estaban totalmente desorganizadas, porque en las peripecias mortales del paso cada uno de los llegados a la orilla izquierda nada sabía de los demás.

Darío había continuado el transporte de hombres y caballos con extrema energía, aprovechando algunos barcos tomados y manteniendo el incendio de otros que iluminaban el río. Hizo construir trincheras para proteger las cabeceras, e instaló alrededor toda clase de obstáculos para dificultar su acceso.

Había comenzado la mañana del 29 cuando se vio cuan acertado había estado Darío en sus previsiones. En efecto, Istarmubelit reapareció de pronto con numerosos escuadrones de caballería y atropello a fondo a la infantería. Esta fue arrollada por las lanzas de los jinetes hasta meterla en los reductos principales. Algunos escuadrones persas hicieron una vigorosa salida y luego de un gran combate de caballería tuvieron que volverse a los reductos, a la espera de refuerzos cuyo transporte veían los babilonios ejecutar a menos de mil pasos de distancia.

Cuando Istarmubelit vio que la caballería persa, ella sola superaba a la fuerza de que disponía él, y que en cualquier momento podían atacarlo, se alejó en dirección a Zazanu cerca del Eufrates donde se concentraba el ejército caldeo, dispuesto a probar la suerte en campo abierto.

En cuanto pudo los siguió Darío y el 1 de Tebitu, en el mes persa Anamaka, hacia la fecha que llamamos 21 de Enero de quinientos veinte, acampó frente a las posiciones de Nabucodonosor III, Rey de Caldea.

La batalla del día siguiente fue ardientemente disputada y muy sangrienta. Desde el amanecer los persas se habían puesto en movimiento lanzando ataques a lo largo de todo el frente caldeo, que respondía vigorosamente con una lluvia de flechas y descargas de las máquinas portátiles de guerra.

A mediados de la mañana los jefes caldeos notaron que el enemigo montaba un ataque en masa contra su izquierda: se veían llegar batallones tras batallones. Nidinta Bel observaba tranquilamente el combate. Se volvió a los generales, sonriendo.

—¿De veras, nos creará Darío tan bisoños? Amenaza nuestra izquierda, pero está claro que le interesa destruir nuestra derecha y cortarnos de Babel.

—Esto mismo pensaba yo —respondió Nersar—. La maniobra es ostensible por demás.

El Rey llamó a Istarmubelit y a Baalnabu para que notaran las maniobras que tan abiertamente efectuaba el enemigo.

—Hum... —eso es para asustarnos— habló Baalnabu. Era un gusto verlo tan sereno y aristocrático como cuando a los veinte años se paseaba por la Aiburshabu; el

rostro color de marfil y expresión un es no es displicente; los ojos llenos de ironía que no llegaba a ser cruel. Contrastaba con la aparente rudeza de Istarmubelit, cuyo rostro terrible de halcón caía bien en esta hora de *matanza*.

—Vamos a atender lo que preparan a nuestra derecha —dijo el rostro de halcón y corazón tierno.

Dispusieron concentrar cuatro mil jinetes en la extrema derecha, ocultos tras unos bosques de higueras.

Istarmubelit realizó el movimiento cuidadosamente, disimulándolo tras unas lomadas y lamentando arrumar pastizales para no levantar demasiado polvo que llamara la atención del enemigo. Remontó la lomada por entre los árboles y vio que no se habían equivocado en sus previsiones. Al pie de las lomadas se extendía un llano y allí vio alinearse interminables escuadrones. Cuando esta inmensa masa de jinetes se precipitase no habría infantería, por brava que fuese, que pudiera aguantar su choque. En el encuentro la formación atacada tenía por fuerza que abrirse en algún lugar, y entonces grupos de lanceros se meterían en el interior del dispositivo y lo destruirían.

Había que sorprender esa masa cuando iniciara su impulso y dividirla con una carga a fondo. Hizo llamar a Baalnabu y le mostró la formación enemiga, mientras que del Noroeste les llegaba el estruendo de la batalla. Luego volvieron a su propia posición discutiendo cuanto tiempo tardaría aún el enemigo en lanzar su ataque y calculándolo en poco más de una hora.

Mientras Baalnabu salía a escape para informar al Rey de lo visto y dispuesto, Istarmubelit llamó a los jefes de la caballería, mostró a cada uno la unidad que debía atacar hasta destruirla y discutieron cómo desplegar para llegar al enemigo en el menor tiempo y con la menor fatiga posibles. Los oficiales partieron al instante para distribuir sus fuerzas y tomar posiciones para el ataque.

Había pasado como una hora cuando el enemigo comenzó a mover su vanguardia. Istarmubelit hizo dar la señal de atención. Un momento después, cuando ya la vanguardia persa se lanzaba, ordenó atacar y toda la masa de jinetes se precipitó cuesta abajo tomando de flanco al enemigo, que ya no tenía tiempo de cambiar de frente. Un clamor indescriptible se alzó hasta el cielo: miles de hombres y caballos chocaron con violencia haciendo temblar el suelo. El trueno llegó hasta el resto del frente y Nidinta Bel comprendió que había que aprovechar el instante. Acompañado por Belnahid, Baalnabu, Nersar y otros, se precipitó a las primeras filas y las arrastró hacia adelante erizadas de picas, al encuentro de los jinetes persas. Durante un largo rato se prolongó el terrible forcejeo. Pero el ataque sorpresivo de la caballería caldea había neutralizado la fuerza de los persas y estos, luego de perder muchos hombres, se retiraron para rehacerse.

Pero, entonces, la masa enorme de la infantería persa hundió el centro caldeo, y

avanzando sin pararse en pérdidas, lo empujó hasta el río aislando la izquierda caldea. Belnahid no perdió la serenidad: lanzó todos sus hombres sobre el flanco de los que habían roto el centro, y Nidinta Bel los cargó con los lanceros y coraceros de la escolta real. Tomado entre dos furiosos contraataques el enemigo se desorganizó y retrocedió dejando cubierto de hombres el terreno, mientras los caldeos iniciaban su retirada por detrás de la batalla de caballería.

Darío y sus generales comprendieron lo que ocurría pero era imposible montar un ataque general y decisivo mientras su caballería estaba trabada en lucha con Istarmubelit. Este iba formando reservas con los escuadrones que volvían del primer choque y los lanzaba contra los jinetes persas en cuanto intentaban una reacción ofensiva.

Así se sostuvo varias horas bloqueando los movimientos del enemigo hasta que cuando caía la noche supo que el grueso del ejército ya estaba fuera de todo peligro inmediato, retirándole hacia Babel, en buen orden y casi sin dispersos.

Istarmubelit comprendió que Darío, aunque podía ser considerado vencedor por su permanencia en el campo de batalla, no tenía ya cómo marchar de inmediato contra la capital, y si había existido algún plan para sorprenderla, no era ahora más que un vano sueño desvanecido.

Cerró la noche y entonces Istarmubelit y Baalnabu fueron recogiendo sus escalones y retirándose hacia Babel. A medianoche se encontró con el Rey que con tropas frescas de la guarnición acudía en su apoyo. Pero ya los ejércitos habían perdido todo contacto y sólo se veía a lo lejos, de Norte a Noroeste, la línea interminable de los vivaos enemigos.

El Rey y el Ejército estaban llenos de ánimo porque si bien los persas habían quedado dueños del campo de batalla las pérdidas sufridas los inmovilizaban. Por otra parte, los caldeos se habían sostenido un día entero en campo abierto a pesar de la inferioridad numérica y habían hecho una retirada hábil y audaz.

Detrás de sus formidables murallas y por mucho tiempo al menos, eran invencibles.

CAPÍTULO XXVIII

Alta estrategia

Aunque Darío proclamó que el paso del Tigris y la batalla de Zazanu habían sido dos grandes victorias, la verdad es que lo eran solamente desde el punto de vista táctico. Estratégicamente, la situación había quedado sin resolver.

En el Consejo de Guerra los persas deliberaron largo tiempo.

—A mi ver —decía Vidarna—, la situación ha cambiado mucho. Babel ha dejado de ser, por el momento al menos, nuestro objetivo fundamental.

—¿Por qué motivos? —inquirió Dadarshish. —Porque lo hemos inmovilizado.

—Hum... eso no lo sabemos —objetó Histaspes, padre de Darío—. Han mostrado una voluntad de combate igual a la nuestra por lo menos, y tienen un mando formidable.

—Tú —se dirigió el Rey a Vidarna—, al decir que Babel ha dejado de ser nuestro objetivo fundamental, ¿quieres decir que deberíamos interrumpir esta campaña y marchar contra los otros rebeldes?

—Sí, señor. Podemos marchar contra Media, Armenia y Uvajá y sabemos que actuando con resolución y con toda nuestra fuerza podemos vencer y destruir a los rebeldes que no tienen un gran ejército como el de Babel todavía, ni gigantescos sistemas fortificados como este. Una vez restablecido nuestro señorío sobre aquellos pueblos, abriríamos comunicaciones amplias con nuestros ejércitos de Occidente y de Mudraya; volveríamos aquí y los encontraríamos con el ánimo decaído al haberse disipado sus grandes esperanzas en la ayuda de los otros rebeldes. Entonces cobrarían influencia nuestros amigos de allí y quién sabe lo que podría ocurrir...

Darío reflexionó un momento sobre las razones que exponía su general.

—Tu razonamiento no es malo. Pero me parece que si dejarnos esta campaña en el punto en que está, todos lo mirarían como una gran victoria de los babilonios —como creo que sería la verdad—, y la rebelión sería como un incendio que no se puede dominar. Reconstituirían su dominio hasta el Tigris... sabe Ahura Mazda, nuestro señor, si podríamos forzar otra vez el paso.

—¿Y no podemos estorbarles? —inquirió Artavardiya.

—Si dejamos pocas tropas, las devoran de un golpe. Si dejamos muchas, no sólo nos debilitamos para las otras campañas sino que en el caso nada improbable de que las derrotan perdemos una parte importante de nuestras fuerzas y recibiríamos un golpe moral que aumentaría en otro tanto el ánimo y resolución de los enemigos...

—De modo que, exactamente, la situación es esta: o quedamos aquí con todo el

ejército, o nos vamos de aquí con todo el ejército —anunció Histaspes.

Darío asintió con un gesto.

—Y eso si nos dejan —aclaró—. Si nos dejan irnos o nos dejan quedarnos...

—¿Qué? ¿Serían tan osados de darnos otra batalla en campo abierto? —se admiró Ariaramnes.

—¡Ha! Osados de darla y capaces de ganarla —replicó el Rey—. Entrar en batalla con ellos es meterse en un campo de tinieblas. ¿Sabemos acaso cuántas tropas habían dejado en Babel el otro día?

—Sí... —insinuó Histaspes—. Como que el ataque de su caballería...

—Fue un trance bravo para nosotros —completó Darío—. Pudo producirse un pánico por una de esas causas que nadie puede prever ni aclarar, por un rumor siniestro que cae justo en el mal momento...

—Estoy seguro señor de que ellos están haciendo las mismas reflexiones.

—Hay una diferencia —interpuso Histaspes—. En realidad ellos están sitiados lo que siempre comporta ventajas de fondo...

—Y desventajas de fondo también —replicó Darío a su padre. Este inclinó la cabeza asintiendo. Luego habló de nuevo.

—Nosotros también estamos sitiados en cierta manera aunque ello se presente en forma algo distinta. ¿No estamos rodeados de enemigos?

—Quizá todo dependa de cuál de los dos lados puede aguantar más tiempo.

—Mucho de lo cual depende de lo que puedan hacer los rebeldes en Media y Armenia.

—Y de lo que se atrevan a hacer. No olvidemos que una actitud imponente y resuelta denota fuerza moral y duplica la fuerza material.

—¡Hay que hablar claro! —profirió bruscamente Histaspes. Todos levantaron la cabeza con curiosidad.

—Aquí, donde estamos discurriendo los medios para someter a los pueblos, debemos comprender que la fuerza moral la tienen ellos porque defienden lo suyo, su tierra, sus mujeres, sus hijos. Lo nuestro son ficciones. Vencidos, ellos tendrán razón. Vencedores, no la tendremos.

Darío miró a su padre y sonrió agriamente.

—Otro Hutana —pensó. Y Artavardiya también parece tener atada el alma por escrúpulos. ¡Qué desgracia es lidiar con hombres inteligentes! Pero, ¿qué hacerle? Los brutos no sirven. Tengo que echar mano de generales a los que mis órdenes vencen pero no convencen.

—¿Y tú, Hutana, qué dices? —preguntó al noble que cuando la gran crisis había dicho pestes de la monarquía y luchado ardientemente por la república.

—Ha hablado un hombre mucho más grande que yo, el noble Histaspes, señor —respondió Hutana, sonriendo.

En Babel habían llegado más o menos a las mismas conclusiones. La situación extremadamente compleja, los problemas enormes que tenía que afrontar cada bando, las pérdidas sufridas en las dos batallas y el inmenso número de heridos y enfermos en ambos ejércitos, paralizaban las acciones y la voluntad de combate.

Como si fueran pocas las plagas desatadas por los hombres, el mes de Tebitu azotó la Mesopotamia con grandes temporales. Dentro de la capital y sus formidables bastiones los soldados estaban por lo menos al abrigo de la intemperie, pero el invasor padecía cruelmente, expuesto en su mayor parte al mal tiempo, ya que no se atrevían a alejar mucho a las unidades por temor a un repentino ataque de los babilonios.

Las acciones de guerra continuaban pero en escala reducida y los caldeos las aprovechaban para aguerrir a los soldados nuevos; acostumbrarlos al horror de los combates y la vista de los persas renombrados. Istarmubelit se consumía de impaciencia pero tenía que resignarse a mirar los combates desde las terrazas de los bastiones. El Rey había dispuesto que sólo con su autorización personal podría salir al exterior.

—Haces muy audaces a los hombres —observó el Rey a Istarmubelit.

—¿Cómo, señor?

—Cuando vas con ellos creen que los protege una muralla —había contestado Nidinta Bel.

Por lo demás, lo tenía ocupado en la dirección de maniobras en los campos atrincherados, donde los soldados se endurecían en interminables ejercicios. Istarmubelit trabajaba con pasión e infundía su fiereza indomable a los soldados, a los que acompañaba en las guardias nocturnas, apareciendo a cualquier hora, siempre con un trozo de asado, un pan y una jarra de buen vino o cerveza.

Por supuesto, el problema más grave era el de los víveres. En previsión de las circunstancias actuales, hacía mucho tiempo ya que, por medio de organizaciones, se había estado enviando fuera de la ciudad a todos los que tuvieran parientes o amigos en otra parte. Durante meses se había estado introduciendo sin mirar el costo inmensas cantidades de trigo, cebada, aceite, vino, aves y ganado; bosques enteros enviados por el Río, y todos los elementos posibles, tomándose estrictísima cuenta de todo, y organizándose una distribución por barrios, vigilada por todos. Cuando se informó sobre la situación alimentaria se vio que aunque Babel estuviese tan estrechamente sitiada que ni un pájaro pudiese entrar en ella, no *había* peligro de hambre por un año y medio. Como Babel era una verdadera provincia fortificada se dispuso sembrar hasta el último pie de tierra.

Mas, como no existía ejército que pudiese rodear enteramente a Babel, que, por otra parte, tenía toda la simpatía y apoyo de los pueblos, durante mucho tiempo llegaron por el río —que además proveía de pescado—, barqueros audaces que

recostándose a la orilla derecha venían hasta el centro de la ciudad con víveres, mercaderías y noticias.

A través de los desiertos de Aram y de Magán llegaban también caravanas amigas por rutas secretas.

Cuando terminaba el mes de Tebitu, una gran desgracia se abatió sobre todos los patriotas. La rebelión en el Elam fue vencida. Athrina cayó prisionero y se supo que había sido traído al campamento de Darío.

Quedaron dolorosamente impresionados porque Athrina, por su bondad y valor, había conquistado el cariño general y era una gran figura de su pueblo.

Tanto lo querían que lamentaron más el aspecto personal que el hecho de que la derrota de Athrina significaba una derrota para todos. Sin embargo, por el momento no se sentían sus efectos. La rebelión se había extendido a casi todo el imperio y se supo que se habían declarado independientes la Persia misma, corazón del imperio, donde Vahyasdata se había presentado, al decir de Darío, como Smerdis y ceñido la tiara; Media, cuyo rey había obtenido varias victorias contra Vidarna, enviado por Darío; Armenia, cuyos patriotas no sólo se habían alzado resueltamente, sino que tomando la ofensiva habían avanzado hasta Achitu en Asiria y obligado a Darío a destacar tropas al mando de Dadarshish para contener tan peligroso ataque; Parthava e Hircania que se habían aliado con los ruidos rebeldes contra los cuales había sido enviado Histaspes, padre de Darío; los satagidas, los bakhtrios, markuanos y nammiris. Los agentes secretos de Babel en el Poniente y Mudraya informaban de mucha gente que deseaba en aquellos países seguir el ejemplo de los pueblos orientales.

Estas grandes noticias levantaron el espíritu en Babel y Nidinta Bel planteó al Consejo y a los generales la posibilidad de salir y dar una gran batalla en campo abierto. Concordaron todos en que había que planear cuidadosamente esa gran operación de guerra y que, entretanto, convenía desplegar una actitud imponente y amenazadora frente al enemigo con fuertes ataques a los puestos avanzados persas, algunos de varios miles de hombres. Esto mantendría en respeto a Darío, y en alto el ánimo de los babilonios.

Baalnabu, excelente estratega, quedó encargado de proyectar los planes e Istarmubelit de llevar a cabo las operaciones que debían ser rápidas y sorprendidas.

Mientras el mando supremo meditaba cómo dar los peores ratos posibles al enemigo, la población de la capital trataba de adaptarse a las condiciones, más de bloqueo que de sitio.

Llegó el mes de Shebet con tempestades más prolongadas que lo corriente en esa estación, y frías ventiscas que aullaban por las desiertas callejuelas; muchos de los habitantes creían oír el aullido de los uttuki. Colocaban a modo de burlete un ovillo revuelto junto al umbral, ponían en las manos de los niños una estatuita de Ninkarrak,

«la gran dama Doctora», o de Mami, la «belitilé» —señora del desierto—, y murmuraban apresurada y medrosamente: —¡Que se aleje el uttuku malo, el allu perverso! Y alguna viejecilla, «justa de voz», como decían los mashmashi del Mizri, mascullaba con voz cascada y atropellándose:

—¡Añade tu palabra pura a la mía; tu pura voz a la mía...! Y los Siete de los Siete y todas las binut aralli de la Noche se alejaban en busca de casas que no tuvieran tan formidables defensas mágicas.

Pero de día la vida, con sus necesidades ineludibles imponía su dinámica. En los mercados y tabernas, mentideros inmemoriales el disminuido movimiento comercial y sus inevitables lugares comunes se compensaban con el relato de tal hazaña cumplida por un grupo de patriotas que habían logrado introducir una gran caravana del Padam Aram; o la de unos barqueros audaces que habían llegado nada menos que de Karkemish con un gran cargamento de vino de Aram occidental y hasta de Khittim. A fines de Adar, gracias a una buena organización y el mal tiempo, una flota de grandes barcas pudo arribar con una enorme cantidad de alimentos.

»Se evitó la especulación dando a estas expediciones carácter oficial o mediante contrato y pagando un sobreprecio convenido. Todo particular que deseara proveerse de artículos o productos especiales y podía pagarse una expedición de estas, era libre de hacerlo y las expediciones colectivas se generalizaron.

Para la gente humilde cuya mayoría nunca había salido de Babel, y no pocos apenas conocían fuera de sus barrios, la Ciudad, la vida había cambiado y para bien. Muchos millares de personas se encontraron con que la entidad vagamente conocida que gobernaba sus vidas, ahora no sólo imponía deberes. Los que nunca habían conocido hombres importantes se encontraron de pronto con que el herrero, caravanero, escriba, soldado y otros vecinos se habían vuelto gente de poder. De pronto, uno mismo se encontraba en la organización y su palabra era escuchada, y ya le encargaban una tarea de importancia. Uno se daba cuenta de que no era tan insignificante como siempre había creído y caía en que algo había sucedido en Babel, en cuya virtud él era estimado y considerado útil donde nadie antes lo tomaba en cuenta.

Vagamente un pensamiento de gran trascendencia comenzaba a alborear en millares de cabezas: un hombre podía llegar á algo en el mundo por su propio esfuerzo, sin deber nada a los dioses. Nabunasir, que de simple soldado había llegado a Jefe de Cien por su heroísmo en el Tigris y en Zazanu; Marduk-balatsuikbi, que de tejedor era ahora comisario de los abastecimientos en el Kasiri; y cientos de otros hombres pensaban así por experiencia vital y lo enseñaban a otros.

El gobierno no era ya ese ente que castigaba y exigía sin dar nada; era algo que todos conocían y amaban comenzando por los reyes, y era ciegamente obedecido.

CAPÍTULO XXIX

Pesca de una perla

Tampoco faltaban los audaces que salían para el lado de los persas. De aldea en aldea, de casa amiga a casa amiga, se deslizaban por todas partes y sabían lo que había que preguntar y cómo. La población los protegía salvándolos de incidentes y encuentros peligrosos.

—Me sentía tan seguro como aquí — informaba uno de esos agentes, que no pocas veces volvían acompañados por gentes que traían sus propias provisiones para no pesar sobre las de la ciudad. Traían no sólo noticias sino relatos reideros y a menudo dramáticos de las jugarretas hechas al invasor. Así una vez un grupo regresó de una atrevida incursión —o más bien «excursión»— que había durado casi veinte días, trayendo no sólo anécdotas a granel, víveres y hasta armas, sino también varias muchachas sustraídas al harem de un personaje extranjero, y cuya resistencia al «rapto» pudo calificarse como inexistente.

Mal lo hubieran pasado sin la protección unánime de los aldeanos que disfrazaron de aldeanas a las fugitivas. El personaje había lanzado un verdadero ejército tras ellas y no podía explicarse cómo parecía que se las había tragado la tierra.

Una de ellas, con los pies descalzos y el rostro descubierto de colorete ocre que disimulaba su blancura limpiaba malezas en un campo mientras sus perseguidores, a pocos pasos, interrogaban al labrador en cuya casa estaba refugiada.

Entre las fugitivas había una que hablaba una lengua que nadie entendía. Era muy joven, alta, airosa y de cabellos dorados, los que, con sus preciosos ojos azules habían constituido el mayor peligro por la imposibilidad de ocultarlos. El oficial que había mandado la expedición —digamos de paso, el pobre había sucumbido al certero impacto de esa catapulta de encantos—, había conjeturado que era una prisionera noble y que su antiguo dueño debía estar muy altamente situado. Seguramente, había sido o era aún gobernador de la lejana tierra de donde provenía la muchacha. De allí, y hacía poco, había venido trayéndola. ¿Por qué? Porque la muchacha no hablaba el persa.

Una vez de vuelta y depositado el botín, se dirigió a palacio con las prisioneras ya vueltas a su aspecto natural aunque con vestidos al uso de Babel.

Cuando el jefe de la guardia exterior vio a su camarada sano y salvo de la peligrosa misión, lo abrazó cariñosamente y luego escuchó atentamente el lacónico pero sustancial informe mientras miraba reflexivamente a las extranjeras. El mismo, farfullaba media docena de lenguas pero no pudo entenderse con la bellísima rubia.

Justamente en ese momento llegaba Baalnabu. Enterado del caso felicitó al oficial por su hazaña; interrogó a la muchacha. Cuando esta habló se quedó mirando, sorprendido.

—¡Barca de Nabu! ¡Qué parecido al ianuna, al persa, al sinhdi! Pero ya encontraremos quien le comprenda en esta ciudad. ¡Vamos!

Recorrieron galerías y más galerías; subieron una escalinata. Se detuvieron ante una gran puerta custodiada.

—¡Un momento! —dijo a sus acompañantes. Se perdió tras la puerta y al cabo de un rato asomó uno de los secretarios reales que hizo seña al oficial para que entrara. De esa sala pasaron a otra donde Nabucodonosor III estaba sentado ante una enorme mesa con Istarmubelit, Belnahid, Adar Malik, Baalnabu, Nersar y otros.

—¡Por la clava de Gilgamesh!

—Parece que ha entrado una mujer.

—¡Bendita sea la Dama del Cielo, hija de Bel del Horizonte! ¡Nos ha mandado su retrato hecho por el bel nimeqi!

—Retrato que pestañea...

Ella se dio cuenta, aunque hablaban a media voz y sin mirarla, de que era el tema de la conversación; movió las pesadas pestañas y flechó hacia el grupo de generales una mirada de ensueño.

—Te mira con dos cielos —dijo el Rey a Baalnabu, como si le hablara de unos documentos que estaban sobre la mesa. Se volvió a Istarmubelit y muy serio, le preguntó:

—¿Qué piensas, general, de ese frente?

Mas Istarmubelit, ni corto ni perezoso, replicó:

—¿Y Vuestra Majestad, que es especialista en rupturas de frentes?

—¡Cáspita! —exclamó el Rey, cuando oyó hablar a la muchacha—. ¿Recordáis el caso de Assurbanipal cuando llegaron del lejano occidente aquellos mensajeros cuya lengua nadie entendía?

«Las lenguas de Oriente y Occidente que Assur me había dado a manos llenas...» —citó uno de los secretarios.

—Sin embargo en Babel se hablan todas las lenguas... —reflexionó en voz alta el Rey. Se quedó pensando y de cuando en cuando miraba atentamente a la muchacha. Al fin se volvió al oficial, llamado Nabonasar.

—Jefe de Quinientos, hijo de Shamsiudad...

El oficial que estaba en posición de atención se enderezó más aún y dijo:

—Perdón, Majestad; soy Jefe de Doscientos.

Baalnabu se adelantó:

—¿Pero... vas a saber más que el Rey?

De algún lugar extrajo un collar triple de Jefe de Quinientos —coronel— y se lo

puso a Nabonasar, que enrojeció de alegría y orgullo. Baalnabu lo miró severamente y le apuntaba con un dedo:

—Así no controvertiré las palabras de Su Majestad. Todos rieron, y luego el Rey continuó:

—Amigo mío... creo que es hora de comer. Espero que Su Majestad la Reina no hará mayor objeción a dos huéspedes más.

¿Quién otro come aquí hoy?

Todos agradecieron; el Rey se despidió y marchó con sus dos invitados a los departamentos particulares, donde encontraron a Hayar Malka.

El oficial se inclinó profundamente y los collares tintinearón con un sonido que sin duda fue música celeste para él y para la muchacha que comprendió quien era la dama que la miraba curiosamente; hizo una graciosa reverencia.

—Nabonasar, uno de nuestros valientes, ha vuelto de una misión peligrosa trayendo, además de valiosísimos informes, una prisionera...

Hayar Malka recordó su propio apresamiento y sonrió:

—No han tardado en invertirse los papeles, me parece...

—Como en cierto caso que quizá recuerde aún Su Majestad —respondió Nidinta Bel, mirando cariñosamente a su reina—. ¿Y que habrá para comer?

—Muchas hazañas no haremos con nuestra despensa. Pero saldremos adelante.

—Veremos si esta misteriosa dama nos puede dar informes.

—¿Por qué es misteriosa, señor mío? —preguntó Hayar Malka.

—En primer lugar porque todas vosotras sois un misterio —respondió el Rey, traviesamente—. Pero también porque nadie comprende su lengua...

—Como sería de misteriosa yo, en aquel tiempo... —dijo la Reina. Y sus grandes ojos como una noche de estrellas lo miraban soñadores—. Sin embargo... sin embargo...

—... Sin embargo —soltó la risa el Rey.

Mientras comían dijo Nidinta Bel:

—Háblale tú. Quizá te evoque algo, o tú a ella.

La Reina le habló en su idioma natal y la desconocida la miró sorprendida. Luego trató de contestar en su lengua y ahora la sorprendida fue Hayar Malka.

—Yo he oído esa lengua.

Se volvió al Rey.

—O mucho me confundo o esta muchacha ha nacido en un país de valías profundísimos donde viven gentes muy rubias y de alta estatura. De allí, en los veranos solían venir algunos hasta nuestras tierras.

—Hum... ¿Será quizá de ese país al que se llega desde el Haraiva, yendo siempre hacia el Norte? —preguntó el Rey.

Hayar Malka lo miró reflexivamente mientras trataba de recordar escenas de su

niñez, que recordaba como un relato lejano.

La muchachita del poblado montañés se agarraba a los rudos pantalones de cuero del hombre alto que era su padre y alzaba los ojos curiosos hacia los tres desconocidos rubios, de ojos azules, altísimos según le pareció a su edad de siete u ocho años, y *que*, hablaban una lengua tan extraña que de buena gana se hubiese reído a grandes carcajadas.

El hombre alto y rudo que era su padre contestábales en aquella misma lengua, pronunciando con lentitud cada palabra por lo que ella las percibía tan claramente que pudo repetir varias con gran diversión de los cuatro hombres. Los huéspedes habían permanecido cuatro o cinco días en su casa y de cuando en cuando el más joven le mostraba objetos, los nombraba y le hacía repetir la palabra... Si pudiera recordar algunas... ¡Ah! ¿Cómo, cómo eran?

De pronto se volvió a la desconocida.

—¿Tokhari iasti chalavak?

—¿Chalavak? ¡Nia! ¡Nia! —se le escapó a la desconocida, mientras miraba a la Reina con aire de alegría, pero también como si hubiese oído algo muy cómico.

—Saben los dioses qué disparates habré dicho —exclamó Hayar Malka, riéndose.

—Lo esencial es que ha comprendido algo. Y de ahí resulta, amigo mío —dijo el Rey que tus deducciones demuestran gran sagacidad. Quedas agregado a mi estado mayor— dijo el Rey a Nabonasar.

Nabonasar no sabía cómo agradecer al Rey y evidentemente la desconocida se dio cuenta de todo, aunque no comprendiese una palabra, mientras que Hayar Malka había extraído del juego de miradas de la rubia y el flamante Jefe de Quinientos la certidumbre de un gran incendio. Los dos cielos azul profundo no se apartaban sino con dificultad de los ojos pardos del guerrero, que, por cierto, parecía uno de los astrónomos del Etemenanke por la asiduidad con que estudiaba aquellos cielos...

Para media tarde ya tenían dos hombres que podían entenderse perfectamente con la desconocida: uno, caravanero de Nergalushezib; otro, misionero del Innini-Istar, que había viajado mucho por las tierras orientales.

El relato de la muchacha resultó de lo más novelesco. Pero lo que interesó a los hombres cuya tarea era defender Babel, no fueron los extraños lances por los cuales la princesa tokharia Imerezia había venido a parar a la metrópoli del Eufrates, sino las revelaciones que aportó sobre los planes persas. Eran detalles sueltos y aparentemente sin relación unos con otros, pero los generales de Nabucodonosor III juntaron hilos y comprendieron el significado de hechos, en apariencia casuales, en una palabra: penetraron los propósitos concretos del enemigo. Imerezia, princesa de un pueblo guerrero, había oído de planes militares desde su niñez y cuando la interrogaron con acierto recordó y relacionó cosas que, dispersas, nada significaban.

Lo que dedujeron Nabucodonosor III y sus generales fue que el plan persa,

brillante, sencillo y audaz, era llegar al centro de Babel por la orilla del Eufrates, mientras atraían la atención de los defensores con grandes ataques contra los bastiones del Este con máquinas y torres de asalto. Pero para que resultase bien este ataque por el río, y directo al corazón de Babel, era indispensable tomar todo el sistema de Sippara. Entonces el sistema central quedaba a merced de un asalto victorioso.

Imerezia había visto montañas de troncos y fustes de árboles, interminables depósitos del «agua que arde» y betún.

—Me huele a brulotes, barcazas, torres de asalto, escalas, rampas... —dijo el Rey—. Mañana iremos a inspeccionar el sistema de Sippara. Les prepararemos un gran recibimiento.

Cuando supieron en Babel que toda una banda de territorio hasta el Tigris había sido aislada y que esta banda llegaba hasta el Noroeste de Sippara, comprendieron que habían conjeturado bien y que el enemigo apresuraba sus preparativos. Ellos también ultimaron los suyos para la recepción.

—Quiera la Dama Celeste que podamos dar una sorpresa de las buenas a mi hermano de Susa...

CAPÍTULO XXX

Dos hombres: Dos mundos

Casi a la misma hora el Consejo *de los Persas*, reunido a menos de cinco parasangas del Maravilla de los Pueblos, estudiaba cómo llevar la desolación y el fuego a las muchedumbres de Babel y Darío alzó los ojos al alto cielo:

—*¡Ahura Mazda: Señor del puro cielo y la verdad! ¡Concédeme tu fuerte auxilio para que pueda yo someter al Rey de Babel!* El príncipe Hutana, uno de los Siete, llamado Otanes en las historias que el ianuna Herodoto —o Haradata, como pronunciaban en Pasargada— legó a los más lejanos futuros, levantó la cabeza y preguntó con no muy disimulado sarcasmo:

—¿Pero, no hemos proclamado en toda la Arufaya, el Aram, Armenia, Media, Parthava y Uvajá, que Nadita Bira es un impostor, un embustero vil que ha mentido al pueblo de Babel diciendo: «yo soy Nabukdrakhara, hijo de Nabonedo»? ¿Cómo el vicario de Ahura Mazda, el puro señor de la verdad, puede llamar «Rey» al vil impostor?

El Gran Rey lo miró con expresión indefinida en la que se mezclaban la vanidad herida, el odio y el respeto involuntario, y respondió:

—¡Oh, Hutana, hombre en quien por momentos reina Ahriman, el Príncipe de las Tinieblas y la impostura, cuando proclamas que los hombres son iguales y deberían vivir como hermanos!

—¿Me permites decir lo que siente mi corazón, Rey de los Persas y los Medos, *shar kibratim arbaim*?

Darío rió con un poco de impaciencia, mientras miraba a su gran general. Por otra parte, no *había* dejado de halagarlo, sobre todo en boca de Hutana, el altanero título semita de Rey de las Cuatro Regiones^[18].

—¡Dale a esa música tan oída ya! —autorizó, llevándose a la boca un copa de vino.

—Pienso que no es el Malo quien me inspira a hablar por mi boca, sino el santo señor Ahura Mazda cuando sostengo que ningún hombre debería ser Rey sobre los demás, sus iguales, a los que no puede ser buena ni agradable la omnipotencia de uno. Los mejores hombres...

—Entre los cuales está aquel hombrecito de piel amarilla como nuestros limones de Media, y de ojitos puestos de través, ¿eh Hutana? ¿Aquel que decía *guela* por guerra? —exclamó mofándose Darío.

—Sí, señor... ¿Pero, qué pensaría él de nuestra piel blanca y de nuestros ojos?

Por lo demás decía cosas muy sensatas...

—¿Y también estarán tus amigos ianuni que para gobernarse —si eso puede ser posible, y que sean gobiernos de hombres y no de comadres—, se reúnen en una plaza y se recitan mentiras unos a los otros? ¿Cómo se llama ese juego de payasos, tú que sabes su bonita lengua?

—Democracia, señor —respondió Hutana, sonriendo porque sabía que Darío conocía bien esa palabra.

—¿Democracia, eh? —exclamó Darío—. Linda cosa ha de ser donde cada quisque se sienta igual a su mejor. ¿Cómo se llama esa ciudad donde han echado tres veces a su príncipe? —Atenas, señor.

—¿Te parece que vale algo el poder de ese príncipe? —Ya lo creo, señor, porque su poder viene del pueblo que lo eleva...

—¿Pero quién lo ha privado de ese famoso poder, entonces?

—El mismo pueblo, señor, cuando no gobernó bien.

—¿Es, entonces, esclavo de la turba?

—Entiendo que nunca se consideró otra cosa que servidor de su ciudad.

—¡Vaya! Ha de haber sido un pobre hombre^[19].

—Al contrario, Gran Rey. Hasta donde se me *alcanza*, los hombres de Occidente lo respetaban más que a ningún otro.

—¿Más que a Kurash?

—¿A Kurash, señor? Quizá le temieran algunos, pero creo que la mayoría...

—¿Lo respetaban, me dices, y lo echaron tres veces?

—Y lo volvieron a traer.

—No comprendo ese enredo... ¿Tiene ejércitos?

—Prácticamente sus soldados eran menos que los cocineros de la sagrada Majestad de los Persas y los Medos.

—¿Cómo le obedecían, entonces?

—Porque al parecer, lo que disponía era razonable y mejor que toda otra cosa.

—¡Cespita! ¿Sabes lo que pienso? Que han de ser gentes de ningún ánimo.

—Al contrario, señor. De acuerdo a lo que vi, allá gustan con pasión de la paz y las fiestas y no se duermen en el arte de hacer oro, pero si llega el caso van al combate como a una fiesta más. Cuando se traía de la gloria de su ciudad ni siquiera hace falta convocarlos.

«La gloria de su ciudad...» —repitió el Rey, pensativo—. No la gloria del Rey.

Había inclinado la cabeza y repetía las palabras de Otanes.

De pronto se enderezó como si lo sacudiera un pensamiento extraño.

—Dime, Hutana, tú que piensas cosas tan raras: ¿No te parece que allí —y señaló en dirección a Babilonia— está sucediendo algo así? ¿No pelean por la gloria de su ciudad?

Otanes miró de frente a Darío y sonrió más bien con tristeza.

—Tal vez esté sucediendo algo así, señor, pero no mucho. Por fortuna para nosotros, y gracias a que ese gran pueblo ha sido mantenido en el abatimiento durante milenios...

—¿Cómo, por fortuna para nosotros?

—Señor: si recién nacidos a una vida nueva nos dan tanto trabajo, ¿qué sería si estuvieran como en Atenas o Samos?

—¡Ajá! ¿Qué sería? —insistió Darío.

—Permítame, mi señor, que me calle.

—¡No! ¡Habla, hombre de Ahrimán! —mandó el autócrata.

—Pues... ya estarían en Susa y Ecbatana.

—¿Qué dices? —se sobresaltó Darío, encolerizado. Miró en torno suyo con el ceño fruncido.

—¿Qué respondéis vosotros a esto?

Ninguno habló y el Rey, comprendiendo, quedó ensimismado. Luego de largo rato levantó la cabeza y miró a Hutana. El rostro de Darío tenía una sonrisa de tristeza.

—Cuándo ese príncipe hablaba a sus súbditos, ¿le contestaban estos como tú a mí?

Por primera vez Otanes rió con verdadera gana.

—Oh. ellos hablan con «parrhesía»...

—¿Qué significa eso? —preguntó Darío, intrigado.

—Decir lo que se piensa, tal como uno lo piensa.

—¡Pero, se estarán matando unos a otros!

—No; están acostumbrados a discutir. La verdad, creo que se reirían mucho si alguien tirase de la espada porque no le ha gustado una verdad.

—¿Pero, y si insiste con la espada? —porfió Darío.

—¡Ah, si quiere hablar ese lenguaje todos lo saben hablar muy bien y no tardaría en darse cuenta de que ha cometido una locura!

El Rey se había quedado mirándolo con profunda atención.

—¿Me has hablado con «parrhesía»? —le preguntó, riendo.

—Todo lo posible, señor.

—¿Mandarás las tropas contra esos hombres, algún día?

Otanes lo miró sorprendido.

—Sabré morir al frente de mis soldados, señor mío.

—Yo te mandaré a vencer, no a morir —replicó Darío.

Otanes no encontró palabras para responder al Rey...

CAPÍTULO XXXI

Las bodas de Marduk

Los días de Adar fueron fluyendo. En Babel vivían casi sin darse cuenta de ello una nueva vida. Instituciones que desde que había memoria de hombre habían sido consideradas sagrado sostén y fundamento de todo, quedaron a un lado sin que nadie se percatara de ello salvo unos cuantos afectados. Hombres hasta entonces desconocidos surgieron al poder y supieron darle una eficacia y fuerza sin precedentes, e inspiraron al pueblo conciencia de su poder y sus derechos. La muchedumbre los conocía, comprendía y amaba, y una palabra de Adar Malik tenía más fuerza que todos los decretos del Esagüa.

—Tú, diablo, has seducido a la diosa de lo imposible y le haces un hijo por día —le decía, riendo, el príncipe Lidán Ilani, que había pertenecido siempre al partido nacional.

—¡Y lo que veríamos si pudiésemos vencer el peor enemigo, peor porque es invisible!

—¿Quién es? —preguntó intrigado Lidán Ilani.

—La costumbre —respondió gravemente Malik—. Temo más a la costumbre que a los persas.

Muchos se daban cuenta de que si triunfaban los babilonios comenzaría un tiempo nuevo en la historia de los hombres, cuando empezase a pesar en el mundo la voluntad de estas inmensas multitudes... Nunca había existido gobierno más poderoso porque llegaba a las profundidades del pueblo, que vigilaba todo. Y como gobierno y pueblo eran una sola corriente, las cosas salían con tal facilidad que parecían hacerse solas...

Llegó el Año Nuevo; desde el 1 al 12 de Nisan se realizaron las ceremonias inmemoriales, con el esplendor de los mejores días, y Nabucodonosor III inauguró oficialmente el primer año de su «sharrutia» —reinado—. El 5 de Nisan llegó a Esagila en medio de un colosal cortejo; a su lado iban la Guardiania Augusta del Innini-Istar, el Sumo Pontífice del E-daragh-anna, los legados de los templos de Nannar y de Sin en las ciudades santas de Ur y de Harrán. En medio de un silencio impresionante Nabucodonosor III se quitó las insignias de la realeza ante la estatua de Marduk, montaña de oro rutilante, y luego de rozarle la mejilla con su mano enjorjada el urigallu se las colocó de nuevo en signo de que el dios lo consagraba Rey, lleno de la fuerza y pureza del nuevo año.

—Bel ashiputi... Mashmash Ilani... —salmodiaban los sacerdotes innúmeros.

En la noche del 11 de Nisan el Rey estaba en el templo Akitu para participar en la representación de los misterios del Enuma Elish, el gran drama de la guerra de los dioses contra los titanes, y la Creación.

*Cuando allá arriba no estaba nombrado el cielo
ni tenía su nombre la tierra aquí abajo,
en el tiempo en que no había ningún dios,
ni había sido nombrado ningún hombre,
ni fijado aún destino alguno...*

Cuando estallaba la guerra entre los dioses, Ea y Anu rehuían intimidados el formidable combate. Entonces los dioses, reunidos en la Sala de los Destinos pedían a Marduk que fuera su jefe.

El Rey personificaba a Marduk. Lo armaron con la gran red, el arco, las flechas, el sable corvo; le impusieron insignias que simbolizaban el rayo, los cuatro vientos y las tormentas; amuletos invulnerables y talismanes irresistibles.

—Prueba tu poder, supremo capitán —suplicó el shangu mahhu.

*En medio de ellos colocaron un vestido,
y a su hijo mayor, Marduk, dijeron:
¡Sea tu destino, Señor, el de los Dioses!
Destruye y crea; habla una palabra y que se cumpla.
Una palabra tuya, y que perezca,
otra palabra tuya, y vuelva a ser».
El vestido a su voz desapareció,
y cuando habló de nuevo, ¡volvió a ser!*

Y la muchedumbre veía materializarse en el aire la tela santa que un momento antes había visto desvanecerse.

Probado así su poder, comenzaba la batalla por el dominio de los cielos y la tierra. Marduk echaba la red inmensa contra Tiamat, la diosa monstruosa que trataba de paralizarlo con formidables conjuros que levantaban los abismos; descuajaban las montañas, desataban las tormentas. Pero Marduk no cedía y de un solo tajo dividía a Tiamat; con una mitad hacía el cielo, con la otra la tierra y el mar. Sobre esta tierra así creada Marduk ajusticiaba al torvo gigante Kingu, que detentaba las tabletas de los Destinos, y con su sangre creaba a la humanidad...

*Crearé al hombre: lo haré servidor de los dioses,
para que los dioses estén contentos.*

—¡Ban kala, Creador de todas las cosas! —salmodiaban los acólitos.
—Bel Nimeqi, Señor de la Sabiduría.
—Belme-balati, Señor de las Aguas de la Vida.

*De veras es el joven Sol,
el Sol de los Cielos...*

Luego los Dioses se reunían en un Gran Consejo Divino para fijar los destinos inmutables y después venía el banquete de la victoria sobre los enemigos sacrílegos, que habían combatido por un orden mundial sin dioses ni servidores...

Y por fin venía la Hierogamia, el matrimonio divino de Marduk y Sarpanit.

Macerado en aromas, revestido con telas nupciales, el Rey fue conducido en litera y, mientras caía la noche tibia, mil sacerdotes lo llevaban lentamente al son de epitalamios divinos. Remontaron las rampas de la ziggurat hasta la cúspide donde estaba la Cámara dorada del Tálamo, en cuyos muros las nubes dejaban jirones.

El Rey entró en la Cámara donde lámparas de oro quemaban aromas que encendían, y producían nubes traslúcidas a través de las cuales vio, escoltada por hieródulas, a la Novia, vestida tan sólo con un collar fabuloso de rubíes.

La mesa de cristal de roca junto al lecho, contenía la cena sagrada, y las hieródulas se retiraron cerrando las puertas.

La diosa sonreía fascinante, tomó la mano del Rey y lo sentó junto a ella. Volvió a él sus labios y sus grandes ojos claros —paisajes en que huían las batallas... —y Nidinta Bel reconoció a Anna-Belti-Ninna.

Ella lo ciñó con fuertes brazos, ansiosos y tibios, y susurraba:

—Nadi querido... de veras soy esta noche... Reina de los Cielos...

Reía con risita trémula, tan modulada que parecía irse a distancias de sueño, y suspiraba de dicha mientras se besaban.

—Me contenía para no tomarte... ni yo misma... el decreto de los Annunaki.

Era extraño el tibio resplandor que emanaba el cuerpo de Anna, como si fuera la Señora divina; indecibles su dulzura y su fuerza.

La Cámara del Tálamo era como un abismo de luz en el que ascendían y descendían entretejiendo inefables ternuras.

Hasta el fin de la noche se estuvieron en suave fiebre; subían con premura hasta dulcísimas cumbres y recaían en tiernas simas de paz y olvido, sólo para empezar de nuevo su ascenso a los cielos.

A la mañana siguiente, cuando la luz de Shamash alumbró la Cámara Áurea, él abrió los ojos y vio junto a sí el tibio cuerpo rosado, agotado por dulce fatiga.

Ella también se despertó. Y en suave crescendo...

CAPÍTULO XXXII

En el infierno de Sippara

—Es extraño que el enemigo no nos haya molestado durante las fiestas de Año Nuevo. Tú sabes que en tiempo de Nabonid, hace veinte años, sus enemigos —los nuestros de hoy— aprovecharon el hecho de que un año no se pudo realizar la Procesión, y en otro el Banquete, para difundir la excomuniación contra mi antecesor decía Nabucodonosor III a Adar Malik.

—Este levantó los ojos chispeantes de malicia.

—¡Oh, el urigallu es todo lo canalla que un hombre puede ser! Pero él y sus amigos saben que tenemos el brazo más largo y rudo que Nabonid. ¡Qué sea feliz en el banquete de los dioses! —se persignó con reverencia. Aludían al hecho de que la jerarquía había aducido diversos inconvenientes, tratando de que no se celebraran las fiestas y aprovechar el suceso para sembrar presagios y rumores que asustaran al pueblo. Pero los hombres del Gobierno sabían cómo tratar a esos cucos sagrados y fueron estos mismos los que solicitaron humildemente que se realizaran los actos...

—Fue el más santo de nuestros reyes —comentó Nidinta Bel.

—Y tú, señor, el más amado por su pueblo.

—Es mi deber servirlo lo mejor posible —contestó sencillamente el Rey. Y alzando la vista, cambió de asunto—. Pero ahí veo a Baalnabu que viene con cara de novedades. Ven, hermano.

Efectivamente. Había enorme movimiento en toda la zona de Sippara y los babilonios esperaban por momentos ver aparecer en el horizonte las torres de asalto de los persas. En la mañana del 18 de Nisan estos avanzaron con enormes fuerzas, detrás de las cuales venían interminables trenes de piezas para levantar las torres, planchadas y terraplenes, y centenares de máquinas de guerra para batir las murallas y alejar a los defensores. Pero estos habían minado con fosos en zigzag y caballos de frisa todo el frente, y como conocían por cuáles lugares se podía únicamente avanzar sin peligro, salieron en masa a esperarlos, y sólo después de una semana de recia pelea y grandes pérdidas pudieron los persas quedar dueños del campo, cegar los fosos y extraer los caballos de frisa. Sin embargo, dos días más tarde los babilonios hicieron una salida repentina y mientras el enemigo, sorprendido, montaba un contraataque los comandos, provistos de nafta y hachas lograron destruirle numerosas máquinas e incendiarle materiales. Pero lo mejor de todo fue que la salida tuvo lugar hacia el mediodía, cuando el enemigo se disponía a comer, muy distante el ánimo de otras cosas. Los babilonios cayeron como repentino aluvión y como era de preverse

llevaron todo por delante en el primer momento. Al encontrarse con los víveres los babilonios cargaron con ellos, y dañadas las instalaciones próximas, volvieron a la carrera a los baluartes mientras dos escuadrones de lanceros mantenían en respeto al enemigo. Todo el episodio no había durado media hora.

—¡Mira a Nazibugash! ¡Trae media oveja ensartada en la pica! ¿La mataste combatiendo?

—¿Y Beladar? ¡Mira donde lleva ese pan!

Efectivamente, Beladar, no sabiendo cómo llevar una enorme hogaza que había tomado «prisionera» la ensartó en la espada cerca de la empuñadura y así había combatido.

—¡Mira si encuentras a la panadera!

—¡A esa la ensartaba también! —rió Beladar.

Más allá otro grupo se divertía en grande viendo a Belmarduk y a Nabukurush, que luego de cortar los cordajes de una catapulta dejándola inutilizada en un abrir y cerrar de ojos, se habían apoderado una gran marmita de carne cocida.

—La rodeáis con más ánimo que a los de afuera, ¿eh? —se burló Belmarduk.

—¡Es que esta llena la *panza* y los de afuera te la agujerean! —contestó otro.

—Esta no manda flechas —agregó uno de los hombres, cuyo brazo chorreaba sangre, pues un dardo le había arrancado un trozo de piel.

El episodio, heroico en sí, demoró algo aunque no mucho el ataque de los persas, que protegidos por nubes de flechas y empujando ante sí armazones de gruesas tablas y vigas recubiertas de pieles mojadas acercaron las altas torres paso a paso, mientras los arietes eran arrimados a las murallas bajo gruesos techados para evitar los proyectiles y flechas incendiarias. Otros comandos, bajo espesas «tortugas» excavaban al pie de las murallas para ayudar al efecto de los arietes.

Las grandes catapultas y arietes eran armas formidables pero difíciles de manejar y frágiles: una sola cuerda que se lograra cortarles con un tajo bien asestado bastaba para inutilizarlas como un hombre al que se hiere un músculo vital.

Las puertas de Sippara tenían rebordes avanzados llenos de aspilleras vigiladas por arqueros infalibles: donde ponían el ojo ponían la flecha. Una mañana los batientes de la enorme puerta llamada de Kutha se abrieron lentamente y asomaron varios escudos tan gruesos que solamente los conmovía un proyectil de balista. Detrás, de ellos *avanzaban* arqueros terribles, mientras los de las aspilleras disparaban una lluvia de flechas incendiarias que obligó a los persas a dejar sus refugios. Los babilonios aprovecharon el instante para adelantar a la carrera, amenazando con sus flechas mortales y protegiendo a un soldado famoso por su velocidad, quien en pocos instantes llegó a una de las torres y estrelló contra ella una gran vasija con nafta. Casi enseguida llegaron flechas incendiarias y se elevó una gran llama. Mientras los persas desatendían un instante, los babilonios volvían a la

puerta protegidos por un techo de flechas que partían de las aspilleras.

Pero los persas continuaron su aproximación hasta hacer ya muy difícil la defensa de las murallas. Al fin, cuando terminabas Nisan lanzaron su ataque: durante seis días atacaron sin tregua entre el estruendo de los arietes que batían día y noche las murallas, el chirrido de las máquinas de guerra, el silbar de las flechas y el clamor de los hombres que combatían. El 6 de Iyar los persas lograron abrir una gran brecha por encima de una muralla medio derrumbada y hasta la cual, trabajando día y noche, levantaron un terraplén de rampa suave. Los defensores trataron de alejarlos con feroces contraataques y durante tres días se fueron amontonando cadáveres hasta que al fin estos formaron una muralla que dificultaba a los adversarios venirse a las manos. De pronto sucedió una cosa terrible. Toda la zona estaba impregnada de nafta que se arrojaban para incendiarse unos a otros las máquinas, los arietes y los refugios, y a menudo se veía algún soldado que, tocado por una flecha incendiaria, quedaba en un instante envuelto en llamas y huía dando gritos espantables. Alrededor de la zona de la brecha unos y otros tenían depósitos de materias inflamables aproximados hasta la línea de batalla para usarlos al primer aviso. Una de las grandes torres se incendió y las chispas, saltando a todos lados provocaron la explosión del depósito babilonio. En un segundo las llamas se extendieron hasta los persas tomando en medio a los combatientes cuyo encarnizamiento era tan grande, y tal el estruendo de la batalla que, antes de que se percataran, ya los había envuelto el fuego y se les veía correr en todas direcciones, estrellándose contra los muros, cayendo en los fosos, chocando contra los restos de las máquinas.

Hacia el mediodía del 10 de Iyar todo el este de Sippara estaba envuelto en llamas; sólo aparecía libre la ziggurat, cuya cúpula al surgir por encima de las nubes de humo y aparentemente sin relación con la tierra, presentaba un aspecto fantástico como si flotara en el aire.

El Rey, Belnahid, Baalnabu, Adar Malik, Belnishihu que mandaba toda la artillería, Nersar e Istarmubelit que mandaba la batalla, contemplaron el tremendo espectáculo.

—Si llega a cambiar el viento habrá que abandonar el bastión Esperanza —dijo Istarmubelit.

Ese bastión había sido construido a través del centro de Sippara para tener una nueva línea de defensa, cuando se previó la dirección principal del ataque persa.

El viento era un aliado inseguro y como se estaba en el cambio de estación variaba veinte veces al día, y tan pronto el fuego, se echaba sobre los persas como, en repentina vuelta, sofocaba a los babilonios. En la noche del 13 sobrevino un viento huracanado de las montañas del Zagros. Las llamas alcanzaron el sector izquierdo del sistema Esperanza, donde este llegaba al Río, y hubo que abandonarlo totalmente porque una vez que el fuego se extinguiera los persas podrían flanquear a los

defensores.

Pero también la batalla fue extinguiéndose. Hacia fines de Iyar los persas fueron ocupando penosamente las ruinas de Sippara, útiles únicamente por su valor estratégico, su situación.

Esta les daba una ventaja terrible; la de poder *lanzar* ataques de cerca contra el corazón mismo de la capital. Además habíanse puesto río arriba con respecto a ella. Desde el río —cuyas aguas estaban creciendo— se podían enviar barcos que se ponían a la vista del Maravilla de los Pueblos. Pero por ahora eran posibilidades.

Aunque por un tiempo no hubo operaciones en gran escala, porque los persas necesitaban reemplazar los millares de soldados perdidos y reconstruir sus armamentos, se podía ver que muchos factores comenzaban a actuar en contra de los sitiados, que no podían reponer sus materiales con tanta facilidad. Por otra parte, quedaba demostrado el acierto de Darío al considerar a Babilonia como el principal objetivo de la guerra.

Nidinta Bel había resumido el resultado de la batalla de SipPara:

—Nos han dejado el brazo izquierdo medio estropeado.

CAPÍTULO XXXIII

Asuntos oscuros

Las tremendas carnicerías de los meses de Nisán y de Airu, que los hebreos llamaban lyar; el agotamiento físico y moral de los hombres, y la destrucción de elementos de guerra pesaban más sobre los persas que debían traer los materiales a través de largas distancias. Pero en empresa que requería tiempo tenían la ventaja — enorme y decisiva—, de la libertad de espacio y acción, y tiempo ilimitado.

Demostrado que Babel debía eventualmente caer, pero en un futuro relativamente lejano, Darío se disponía a reponer sus pérdidas y volver a tomar la ofensiva pero en mejor situación estratégica y con la experiencia de la batalla de Sippara. Y sobre ella, los babilonios contarían ahora con muchos menos materiales y sin una posición formidable como el sistema perdido. No obstante, también era cierto que el enemigo había conquistado a costa de pérdidas terribles una posición arrasada. En ese sentido Sippara había sido una gran victoria babilonia. Mas ello no invalidaba la verdad de que el enemigo había obtenido una ventaja estratégica tremenda.

La caída de bastiones de por sí inexpugnables y que habían sido defendidos con inteligencia y valor; la certidumbre que ahora comenzó a ser general de que Darío tomaría a Babel o moriría ante sus muros; el espectáculo de millares incontables de heridos y muchas dificultades que comenzaron a gravitar sobre el ánimo del pueblo eran un factor en contra. Sin embargo, la gente comprendía que había entrado en una nueva vida. «Por primera vez cada hombre de Babel es igual al rey», decían millares y millares de hombres y mujeres, y casi sin darse cuenta preferían morir antes que perder esta maravillosa libertad.

—¡Ah, si esta llama se extendiera! —suspiraba alguien.

—Sobre todo en el campo enemigo —contestaba riendo otro.

Mas, otra parte del pueblo se dejaba influir a pesar de su sincero amor a la nueva vida, por los rumores agoreros que, no sin realismo pero con perversa intención, difundían con cautela el Esagila y los poderosos, disgustados por la interrupción de sus negocios pero más que por eso por el vuelo que iba tomando la libertad, y la firmeza que adquiriría la intervención del pueblo en todo.

—Si esto dura y se arraiga, Babel está perdida —se horrorizaba el urigallu. Tal era el patriotismo de este sagrado personaje para el cual la gente de Babel no era más que ganado al que había que mantener en oscuridad.

Y conspiraban contra un pueblo sobre el que pesaban tres mil años de miedos sagrados, de total sometimiento de cuerpos y de almas.

Apenas habían comenzado las masas a oír hablar de ese extraño pueblo ianuna, del que se contaban cosas que la mayoría hallaba terribles, cómicas a veces y casi siempre incomprensibles, por falta de conocimiento previo. Pero a fuerza de escuchar relatos espeluznantes contra los ianunas, en muchos hombres sencillos, a los que orientaba un oscuro instinto, había surgido el concepto de que los griegos no eran monstruos sino superhombres.

Y este era el tema de que hablaban dos hombres humildes una tarde del mes de Sivan del año que llamamos quinientos veinte.

—¿Por qué hablan tanto contra los ianunas? —decía en voz baja el tejedor Burlipie a su compañero de taller, Abil Shamash—. Yo conozco uno que se llama Nikanor. Mi padre estaba atormentado por dolores, se había vuelto flaco y amarillo. Nikanor, que vive al lado, le preguntó qué cosas comía, dónde y a qué hora sentía los dolores, y otras muchas cosas. Luego de que mi padre lo informó lo mejor que pudo, Nikanor le dijo:

—He curado a otros enfermos de lo mismo que te aflige. Dime: ¿has comido frutas verdes? ¿Tortas, también?

—Sí, justamente —respondió admirado mi padre.

—Todos enfermáis de lo mismo aquí. Mira, te prepararé una infusión de hierbas; tomarás un poco en ayunas, y antes de las comidas. Te diré lo que comerás durante un tiempo; verás que quedas como nuevo.

—Pero... ¿y el médico del templo? —inquirió mi padre, preocupado.

—¿Qué necesidad de darle cuenta tienes? —replicó Nikanor.

—Tendré que llevar una medida de harina al dios —objetó mi padre.

—¿Come harina tu dios? —exclamó riendo Nikanor—. Que se cuide, porque si la come mal cocida pronto estará como tú.

—Papá lo miraba asustado —prosiguió Burlipie— y cuando se fue Nikanor me consultó acerca de si no sería pecado tomar sus remedios. La verdad sea dicha, Nikanor me daba también a mí algo de miedo y cuando lo oía reírse de ciertas cosas solía yo tocar mi amuleto y rezar para mí mismo. Pero no sé por qué y el señor Marduk me perdone, Nikanor me gusta. Todos dicen que es capaz de dar su pan y su camisa. Compáralo con el médico del templo que para cobrarle a Istarmiri, nuestra compañera de taller un maldito siclo que esta le debía, le quitó la hija y la vendió ya sabes para qué...

—Recuerdo eso, sí; fue cosa asquerosa en verdad —comentó Abil Shamash. Y luego continuó: ¿Y se curó tu padre?

—Pues... como te dije, mi padre me consultó. Le contesté que si el señor Nabu le permitía tomar los remedios, señal era de que no pecaba porque de lo contrario habría enviado presagios. Papá estuvo atento a cuanta cosa veía; un niño que lloraba, una mujer vestida de rojo, un carro al que se le salía la rueda, el vuelo de un pájaro, la

forma de una nube, y mil cosas más...

—¿No será una señal del cielo? —me preguntaba.

—Son hechos comunes y nada ominosos —le respondía yo. De modo que terminó por tomar los remedios de Nikanor y hoy... come más que yo y para él no hay más médico que Nikanor. Ni mejor amigo tampoco.

—¿Y qué tuvo que darle por la curación?

Burlipie bajo la voz y secreteó:

—No quiso recibir nada y como papá insistiese comenzó a contar casos y cosas como para quedar con la boca abierta, porque, francamente, ¿cómo creer que hay tierras donde los hombres son iguales?

—¿Iguales de cara, de alto, de ancho...?

—No, hombre. Quiere decir que no hay amos como aquí.

—¿Entonces, son todos esclavos?

—¡Al contrario! Si no hay amos tampoco hay esclavos, o más bien, todos vienen a ser amos.

—¡Pero, vamos! ¿Qué galimatías es ese?

—A mí también me costó bastante entender el asunto porque siempre oí decir que los amos dan de comer a los siervos, de modo que tenemos que estarles muy agradecidos y venerarlos como a nuestros padres.

Cuando le dije esto a Nikanor se puso a reír con tanta gana que se le saltaban las lágrimas.

—¿Cómo es la cosa, entonces? —inquirió Abil, muy preocupado.

—Pues... luego que rió a su gusto y sacudió la cabeza muchas veces entró a preguntarnos:

—Decidme: ¿trabaja el amo o vosotros?

—¿Cómo va a trabajar el amo? Trabajamos nosotros.

—¿Y qué hacéis con las telas?

—Pues... se las lleva el amo.

—¿Y él?

—El las vende.

—¿Y eso es lo único que hace?

—Eso no más.

—¿Y no podríais venderlas vosotros mismos?

—Venderlas... sí, podríamos...

—¿Ganaríais más?

—¡Y sí! —respondió mi padre—. Porque aunque el amo se finge enojado, y dice que son malas y que tiene que darlas por nada, sabemos que son muy buscadas y le dan oro por ellas.

Luego Nikanor volvió a preguntar:

—Si vosotros no hicierais todas esas telas, ¿podría tejerlas el amo?

Aquí nos reímos todos.

—¡Qué va! Si no sabe tejer... La tejeduría se la dejó el padre.

—Y si el amo faltara, ¿podrías seguir el trabajo solos?

—¡Claro! A nosotros maldita la falta que nos hace él para tejer.

—Y ya me habéis dicho que podríais venderlas, lo que creo bien porque ¿quién mejor conoce una cosa que el que la ha hecho? Aunque en mi tierra hay quien dice que mejor las conoce el que la usa^[20]. Pero eso lo dicen para rebajaros a vosotros.

—¿Cómo, cómo?

—¿Cuál sabe más y vale más? ¿El que hace una tela o una casa, pongamos por caso, o el que las usa?

—Yo digo que será el que las hace.

—Claro está. Hasta el más inútil puede usar una tela o una casa. Pero las hace el que sabe.

Burlipie terminó así:

—Estábamos cuatro o cinco escuchando a Nikanor y luego que se fue discutimos todo el asunto de nuevo; recordamos muchos otros casos y vimos que habíamos vivido como durmiendo sin ver lo que pasaba ante nuestros propios ojos...

Abil permaneció un buen rato rumiando todo lo que su compañero le había dicho.

—Me gustaría oír a ese ianuna... Hum... ahora comprendo por qué el amo dice que los ianunas son como demonios perversos. Mira, recuerdo que antes de entrar tú aquí, trabajaba con nosotros un hombre venido del país de Martu, luego de haber andado por muchas tierras. Sucedió que un día vino el intendente del amo y nos dijo:

—De hoy en adelante tendréis que dar dos brazas de tela para el señor Marduk.

»Todos quedamos afligidos porque dos brazas de tela nos cuesta tres días de trabajo, y encima teníamos que pagar la lana. Pero, ¿qué hacer? Entonces, el compañero que te dije, afirmó que el asunto era todo un embuste porque Marduk era una estatua y no necesitaba telas, y que a estas las venderían a medias el amo y los del Esagila.

Y nos explicó todo más o menos como Nikanor a vosotros.

»Sucedió dos o tres días después que unos guardias del templo aparecieron en nuestro taller, acusaron al compañero de una cosa rara y se lo llevaron.

»Pasó un tiempo y un día uno de los capataces que había venido algo ebrio maltrató a algunos de nosotros y se jactó de que “había limpiado la mala hierba del taller”. Poco a poco nos dimos cuenta de que él había denunciado a nuestro compañero, al que habían estrangulado...

»Poco después estábamos bebiendo cerveza en esa hosterías junto al canal Kudur y... hete aquí que aparece como por casualidad nuestro limpiador de malas hierbas, sin duda para hacernos hablar. Todos lo obsequiamos a porfía y luego cuando vimos

que apenas podía tenerse nos ofrecimos para acompañarlo a su casa. Al pasar por un lugar desierto y oscuro el pobre cayó al agua, qué sé yo cómo; y como por desgracia ninguno sabía nadar...

—¡Y si él lo hubiera sabido... se os arma una buena! —interrumpió Burlipie.

—Hum... —respondió Abil— no creo... le habíamos atizado una puñaladita...

—La vida de este Nikanor —contó Burlipie a su amigo—, tú la estarías escuchando tres días sin acordarte de comer ni de dormir. En medio del gran mar de Martu hay una tierra muy grande, y su nombre quiere decir Tres Puntas^[21]. Allí nació Nikanor y cuenta que desde niño, donde había un enfermo allí estaba él escuchando y observando y era tanto lo que le gustaba pensar en ello que casi sin darse cuenta llegó un momento en que le bastaba mirar a una persona para saber si estaba enferma, y de qué. Muchas veces viendo a un hombre se ponía a pensar:

—Este Agorax... dicen que es fuerte como un toro. Sin embargo respira de un modo... Hum, pronto estará en cama.

O sino:

—¿Cómo dicen que Pirro tenía poco tiempo de vida? Ese hombre vivirá mucho. La enfermedad que suele tener es como esos actores que vinieron el mes pasado; nos hicieron ver batallas, muertes, tormentas, heridas... Pero luego vi que nadie tenía un rasguño.

Como vivía obsesionado por ese asunto de las enfermedades, a menudo metía su cuchara en las conversaciones de los mayores, con observaciones que al confirmarse después asombraban a algunos de buena memoria. Pero una vez su padre lo reprendió ásperamente a causa de sus interferencias. Algunos rieron por la humillación de Nikanor, pero uno de los visitantes, Demokedes, que era médico, observó:

—Sin embargo, este chico ha dicho algo muy, muy notable.

Lo miró un momento y luego preguntó:

—Dime, hijo, ¿a quién oíste eso?

Nikanor, cohibido por la reprimenda, no se atrevía a hablar.

—¿No lo oíste de Philoxeno, el filósofo?

—¿Sabe de enfermedades? —replicó con tal aire de desdén que Demokedes soltó una carcajada de las más sinceras de su vida; reconoció el hondo saber del muchacho que ya había calado la superficialidad de Philoxeno.

—¿No lo habrás leído en los libros de tu escuela?

Nikanor denegó con la cabeza, sonriendo escépticamente.

Demokedes quedó pensativo y al fin preguntó al padre de Nikanor:

—¿Tiene buena memoria?

—Como tener buena memoria... creo que sí.

El médico recayó en su meditación, hablando como para sí.

—Quizá lo ha oído alguna vez... ¿pero a quién? ¡Por Asclepios! Daría diez minas

de plata por saber a quién le oyó eso...

Por fin Nikanor se impacientó y exclamó:

—¡Es que yo no lo oí a nadie!

—Pero, hijo mío: ¿cómo puedes saber eso? ¡No, no puede ser, hijo mío! O en otro caso.

—¿Es tan importante? —preguntaron intrigados los otros.

—Y tanto que me lo confió en secreto, Anaxágoras, el que llaman Hygiaios. Me aseguró que el día en que se comprenda claramente ese asunto casi ni habrá enfermos.

Todos conocían, por supuesto, a Anaxágoras, llamado el Saludable, y no dejaron de mirar con curiosidad al muchacho. Mas, como no pudo Nikanor explicar de quién lo sabía, el asunto quedó olvidado. Menos por Demokedes que hizo muchas averiguaciones sobre qué viajeros notables habían llegado en los últimos tiempos a Krotona. Nada pudo sacar en limpio hasta que el enigma se explicó por sí solo.

Sucedió que no mucho después un joven amigo de la casa de Nikanor, muy rico y a punto de casarse estuvo de visita. Luego de que se hubo retirado, los presentes comentaron entre otras cosas cuan afortunada era la novia por esto y por aquello, y dio la casualidad de que en ese instante la mirada de Demokedes se posara en Nikanor, y notara la viva expresión de fastidio y desacuerdo que causaban al niño las afirmaciones que oía.

—¿Qué pasa, mi pequeño Asklepios? ¿No piensas que es afortunada la novia?

—No, señor... no pensaba nada.

Demokedes no quedó convencido y en cierto instante oportuno le preguntó en voz baja:

—Tú estabas por decir algo... contrario a lo que decían les demás, ¿eh? —susurró Demokedes en tono de cómplice.

El pequeño Nikanor sonrió.

—Dilo sin miedo; te guardaré el secreto.

—El pobre Hyperides pronto va a toser sangre; lo veo en su cara.

Demokedes lo miró asombrado, pero como en ese instante es, acercaran otros visitantes, acaso sospechando algo interesante, no insistió en sus preguntas. Mas quedó tan ensimismado que le resultó imposible seguir la conversación y terminó por despedirse aduciendo un quehacer cualquiera.

Unos días después apareció el médico por la casa de Nikanor y con pretexto de observar sus escritos escolares se estuvo con él largo rato preguntándole cómo sabía que Hyperides estaba enfermo, cosa que él, Demokedes, acababa de verificar, pero no en el grado anunciado por Nikanor. ¿Cómo había sabido que estaba enfermo, y cómo se atrevía a hacer esas previsiones? Encantado de hablar sobre un tema que le

apasionaba, Nikanor explicó todo a su manera pero con un lujo de observaciones y detalles que Demokedes quedó estupefacto contemplándolo durante largo rato sin saber qué pensar ni qué decir. Luego, con ojos humedecidos de emoción, le puso la mano en el hombro y le dijo:

—Hijo mío, yo no comprendo cómo es esto, pero a tu lado los médicos no somos más que unos practicones...

De pronto le preguntó:

—¿Quieres venir conmigo a ver un enfermo?

Nikanor dio un salto de alegría. Como Demokedes, aparte de íntimo amigo y médico de la familia, era personaje considerable aunque discutido por ciertas opiniones suyas sobre los dioses y los poderosos, el padre no opuso reparo alguno.

Luego de recorrer algunas calles llegaron a una lujosa residencia ante cuyo dueño, uno de los ciudadanos más ricos de Krotona, se encontraron un momento después...

—Allí comenzó la fama de Nikanor que, con el tiempo, y siendo aún muy joven, fue el médico que se disputaban las ciudades.

Entretanto, se encendió una guerra entre ricos y pobres. Demokedes y Nikanor pusiéronse de parte de los pobres y como estos fueron vencidos ambos debieron huir. La nave que los llevaba cayó en manos de piratas y nuestros médicos fueron vendidos como esclavos. De Demokedes no sabe Nikanor cuál fue su suerte y en cuanto a él mismo vino a parar a una gran ciudad llamada Mileto, donde por haber curado milagrosamente a un gran personaje...

—¿Quizá el rey?

—No hay rey en Mileto —informó Burlipie—. Era un hombre muy rico que ya creíase condenado a morir. Nikanor lo levantó en poco tiempo; se hizo famoso y logró su libertad. Por desgracia allí también hubo grandes disputas entre ricos y pobre y Nikanor tuvo que huir de nuevo porque los ricos, aunque reconocían que Nikanor tenía una gran cabeza, querían cortársela...

—Fue a parar al Mizri pero no anduvo bien con los sacerdotes, que son los que mandan allí. No sé cuántas vueltas dio hasta aquí, donde estudia cómo curan los médicos nuestros.

—No han de saber más que él, ¿eh? —inquirió Abil.

—Yo también pienso eso. Pero me parece que se ocupa más de otras cosas. Explica a la gente lo de amos y esclavos, el asunto de los dioses...

Abil había quedado ensimismado y sus negros ojos clavados en un punto lejano.

—Dime, si los ricos sen pocos y muchos los pobres, ¿cómo vencieron los ricos?

Burlipie se rió.

—Oh, eso pregunté yo también. Parece que los ricos enredaron tanto la cuestión que al fin resultaba que los pobres se habían levantado contra los dioses y eso era un

pecado espantoso. Entonces muchos pobres se asustaron y para evitar la ira divina ayudaron a los ricos contra los otros pobres. Así fueron vencidos estos y se les cortó lindamente la *cabeza*.

Abil volvió a quedarse muy preocupado.

—¿Viste que nuestro amo, en cuanto pedimos algo más por nuestro trabajo, se pone a hablar de que vamos contra los dioses; y de que teme la ira del cielo, y la discusión viene a parar en qué sé yo qué, menos en lo que queremos nosotros?

—¿Será que a los dioses no les gusta que ganemos mucho? ¿Cómo puede ser?

El misterio era demasiado oscuro y profundo para nuestros amigos. Resolvieron consultar a Nikanor o a algún otro ianuna en la primera ocasión.

CAPÍTULO XXXIV

La crecida del Purattu

En los últimos días del mes de Abu el pueblo sufrió mucho a causa del verano ardiente. En los barrios populares la gente se sofocaba en sus cuchitriles, en las callejuelas estrechas y polvorientas.

Entonces el Consejo del Rey tomó una medida sin precedentes. Abrió los parques, los palacios reales y las grandes residencias abandonadas para que el pueblo se refugiara en las frescas penumbras arboladas y en las umbrosas salas y galerías palaciales. También abrieron sus puertas algunos templos grandes como ciudades. Por consejos de médicos ianunas y rnizritas se dispusieron medidas de precaución contra las epidemias de verano que, en la situación de sitio en que se hallaba la capital podían producir una catástrofe, decisiva en pocos días.

A principios del mes de Elul las aguas procedentes de los deshielos en las lejanas montañas del Urtú, comenzaron a llegar en masa a la Baja Mesopotamia, y el Purattu, el Río Divino, parecía cubrir toda la tierra con la inmensidad de sus aguas revueltas. Había subido tanto que en Babilonia había cubierto los muelles y las olas tocaban la plataforma del Maravilla de los Pueblos y la escalinata desde la cual el Rey se traslada a la nave real. Los habitantes iban a contemplar la crecida y cuando las aguas producían un rumor profundo, como el de las tempestades de Adad y parecía que iban a devorar la urbe, no faltaba alguien que pidiera exorcismos y propiciaciones.

—¡Que venga alguno que conozca su saliva!

—¡Maldita sea la hija de Anu; esa prostituta ha de ser la culpable!

Y comenzaba a pronunciar los nombres de la Lamashtu, amenazando con decir su nombre secreto.

—Hija de Anu: es su primer nombre.

—Y el segundo: Hermana de los dioses de las calles.

—Y el tercero: Espada que hiende el cráneo...

Y así hasta el séptimo, que era un conjuro tremendo, para ahuyentarla. Las mujeres le tenían horror porque mataba a las parturientas y sus recién nacidos.

—La Hija de Anu es una prostituta entre los dioses, sus hermanos —exclamaba una, a modo de exorcismo, y apretaba un amuleto sobre el hijito que llevaba en brazos.

—¡Que Sin le imponga una hidropesía! —maldijo otra.

—¡Que le hinche la *panza* un perro sarnoso! —fulminó una tercera, aludiendo a

sus amores con toda clase de monstruos.

Pero en eso llegaron los hombres «que conocían su saliva»: los ashipi o exorcistas; casi enseguida el Rey, que llevaba un manto rojo para espantar a los demonios que turbaban las aguas del Río Divino, y Hayar Malka, enteramente cubierta de joyas mágicas. Otro cortejo llegó con la Gran Novia del Año Nuevo: Anna Belti Ninna, enjorada como un ídolo. Se contaba que en los siglos del pasado, cuando el Río Divino se embravecía, la Gran Novia era enviada bajo las aguas y el Dios del Purattu, ocupado con la muchacha, se calmaba al instante. Pero hacía más de dos mil años que esa costumbre atroz estaba en desuso.

El Rey, en una mano la red de Marduk, y en la otra el sable con que el dios había despedazado a Tiamat, se acercó hasta que las aguas salpicaban sus sandalias doradas y con voz clara y fuerte que se sobreponía al rumor del, Río pronunció la fórmula akadia:

—*¡Nish Shame!* ¡En nombre de los cielos! *¡Nish Ersitim!* ¡En nombre de la Tierra!

—*¡Bel-Me-Balati!* ¡Señor de las Aguas de la Vida!

Todo el pueblo repitió con el Rey la antigua fórmula akadia:

—*¡Nish Shame!* ¡En nombre de los cielos! *¡Nish Ersitim!* ¡En nombre de la Tierra!

El Rey rezó al Purattu:

*Agua muy brillante, agua pura,
Agua resplandeciente, agua santa...*

—*¡Natum-Illi!* ¡El Río es mi dios! —pronunció un ashipu y todo el pueblo rezó con el Rey:

*¡Tú eres el Río, de las cosas creador!
Cuando los dioses excavaron tu cauce
Pusieron el favor en tus riberas.
En ti ha puesto su morada
Ea, el sublime Rey del Apsu,
Y abundancia sin par te concedió;
fuego y furor, terror y espanto
¡Ea y Marduk te concedieron!
Juzgas el juicio de la humanidad,
¡Oh, Río inmenso, Río sublime,
oh, Río de los satuarios!*

Luego en un rito de magia, un ashipu, en su carácter de Mash-mash-llani, — Conjurador de los Dioses—, se adelantó llevando puñados de muñecos vestidos como demonios, y otros con los uniformes del enemigo y los echaba a las revueltas olas, pronunciando:

*¡Las aguas puras de los dioses,
no pueden su presencia soportar!*

Los tenía sujetos con largos hilos casi invisibles y cuando pronunciaba esa encantación y hacía un gesto de horror sacudiendo los brazos, los muñecos caían otra vez en tierra como rechazados por las aguas divinas.

Luego otro mashmash asumía la personificación de Ea:

*Mi fórmula de encantación es la de Ea,
mi fórmula de encantación la de Marduk.
Su santa encantación a la mía está mezclada,
su palabra santa a mi palabra,
su saliva santa a mi saliva,
¡su oración santa una es con mi oración!*

Un anciano revestido con un kaunakes blanco como la nieve, clamó:

—¡Irsitum! ¡Irsitum! ¡Irsitum! ¡Oh Tierra! ¡Oh Tierra! ¡Oh Tierra!

Luego una viejecilla pronunció un conjuro que nadie ya entendía, salvo el Río Divino:

—¡Ki rishti libiki rishisti la libiki la libi...!

—Amén, madrecita —hicieron eco varios soldados, convencidos de la santidad del incomprensible conjuro.

Anna Belti Ninna avanzó con un gran grupo de niños y niñas cargados de flores y cuando la música indecible de su voz se extendió sobre las aguas, estas parecieron adormecerse y ronronear apenas:

*¡Ama y defiende, poderoso dios,
esta sagrada primavera humana!
Ella sin tus aguas no existiera...
¡oh, dios!, pon tus palabras de poder,
igual que un muro en torno de ella...*

Los niños arrojaban una a una las flores al Río que fluía mansamente.

Luego se acercó la nave real; se deslizaba como un ave sobre las aguas. Tendieron

una planchada; primero subió, solo, el Rey, y llevaba a su lado, trotando, la pantera de Marduk. Luego subieron la Augusta del Innini-Istar y la Gran Novia del Año Nuevo; Hayar Malka y la Gran Guardiana de Istar de Nippur; enseguida algunos miembros del Gobierno y generales.

La nave partió como una flecha por el medio de la inmensa sabana de agua entre una gloria de oriflomas y de brillantes armas. A lo lejos, las aguas eran como un espejo y la nave corría veloz.

—¡El Dios del Río ha acogido bien al Rey! —se regocijó el pueblo.

—¡Es el Hijo querido de los Annunaki!

Cuando oyó estas últimas palabras un hombre del pueblo recordó algo y dijo al que tenía a su lado:

—Sí que lo es. ¿Acaso la Gran Novia no parece Istar?

—¿Y no podría ser la Señora misma? ¿Recuerdas que se dice que Ella apareció ante los generales y prometió que una virgen salvaría a Babel? Y luego, ¿no cuentan que cuando las bodas de Año Nuevo, la Cámara del Tálamo estaba circuida de resplandor?

Cuando llegó la noche terminaron las ceremonias propiciatorias de las Aguas, el Rey escuchó los informes de secretarios y generales y luego se retiró a las habitaciones privadas.

Hayar Malka vestía un traje hecho de aquella tela inimitable y enigmática que le había obsequiado Kunming, jefe de los comerciantes venidos del país llamado Tsin, tan distante que habían tardado dos años en llegar a Babel.

—Mi reina está más seductora cada día —galanteó Nidinta Bel. Y, en efecto, Hayar Malka parecía un sueño de fascinación, y cuando movió apenas las pestañas, los grandes ojos oscuros eran como un vino capitoso. El olió la cabellera.

—¿Noche de Ilat? —inquirió besándole suavemente el cuello.

Ella se acurrucó contra él.

—Noche con mi Nadi, se llama —contestó en voz baja y volviéndose juntó sus labios a los de él.

Como de costumbre y particularmente desde la llegada de los persas, comían solos a la noche, en una cámara de muros pintados al estilo minoico, pavimentada con placas de cerámica vidriada a la moda asiría, recubierta con una alfombra de pelo de camello. Sobre una mesa baja ya estaba dispuesta la cena.

Hayar Malka rió y contaba a Nidinta Bel:

—En cuanto estuve de vuelta, despaché a nuestro servicio. «A descansar cada uno», dispuse. Luego me preparé un trozo del cordero que acababa de enviar Shami Karantu y cuando me hiciste avisar que sólo te faltaba oír un informe, lo puse a asar, me bañé y cambié.

Nidinta Bel la tenía sobre sus rodillas.

—Tesoro... —díjole al oído. Ella frotó su rostro mimosamente contra el de él, estiró luego un brazo y levantó el paño blanquísimo que cubría los platos.

Nidinta Bel vio el color de oro del asado y sintió su aroma; los panecillos invitaban. Había un ánfora de forma extranjera.

—¡Por Bel-me-balati! —exclamó el Rey.

Hayar Malka reía contenta y le mostró la tapasello, en la que leyó Nidinta Bel:

«Entrado en el año XII del Rey Nabonid. Nikomedes lo había cosechado en Samos cuatro años antes».

Se volvió a su reina.

—¿Y qué significa esto, vida mía?

Hayar Malka hizo un travieso mohín.

—No sé si hacer una escena de celos o qué. Tu amiga, la dama Shami Karanatu, cuyas caravanas llegaron con toda felicidad, acompañó con esto el cordero que nos envió.

—¡Esa dama sí que es un poder! —sonrió Nidinta Bel.

Porque Shami Karanatu era la mujer de negocios más importante de Babel, o sea del mundo entero. Inmensamente rica, no temía a nada ni a nadie y ya bloqueada la capital, después de la batalla de Zazanu, había osado ir al campamento de Darío a reclamar por unas caravanas detenidas. Cuando todos pensaban que su increíble atrevimiento le habría costado la cabeza, vieron entrar las caravanas por la Bab Belti, y un día después a la dama en su litera.

Sin embargo, nadie pensó mal de ella. Orgullosa de su vieja estirpe ya notoria en tiempo de los kassitas, no ocultaba su desdén por los entreguistas y los persas.

—¡Gente que sólo aprende tres cosas... hum! Les va a ocurrir como a nuestros maridos. Creen que nos van a devorar vivas... y al fin los devoramos nosotras.

No les costaba trabajo creerle, porque era sabido que aún viviente su marido había hecho uso generoso de los ciudadanos de Babel... Y jamás había ocultado su corte de bellos jovencitos traídos de Lidia y de las Islas. Hasta se contaba que Kurash le había obsequiado dos.

Esta altiva dama se había encariñado con el Rey, Hayar Malka y los hombres del partido nacional. Ahora mismo había enviado un billete a Hayar Malka avisándole que a la mañana siguiente le mandaría su litera para que fuese al palacio del barrio Kasiri y eligiera de los artículos traídos lo que le gustara. Como era extremadamente libre en su vocabulario, le decía:

—Hay unos perfumes que... Echas una gota en... y el que te dije...

Con su parienta, la Gran Augusta del Innini-Istar, visitaba a menudo a los reyes y mientras comían discutía con el Rey los asuntos de la ciudad con agudeza y conocimiento admirables y diciendo crudezas que ruborizaban a las damas. Entonces se volvía a la Augusta:

—Tu Santidad me absolverá.

En cuanto a Hayar Malka, la besaba:

—Perdóname, joyita. ¿Pero, te ruborizas también cuando...? —y se lo soltaba al oído.

Y ahora estaban sentados, uno junta al otro, en un gran cojín. Cuando Nidinta Bel veía algún bocado que sabía gustaba a Hayar Malka, se lo ponía en la boca, y ella hacía lo mismo con él. Y casi siempre usaban una sola copa.

Hayar Malka protestaba.

—Me atiborras de comida y bebida, querido.

—Eso para que estés fuerte, joyita.

—¿Para qué? —inquirió ella, insinuante.

Nidinta Bel la miraba. ¡Cuan sabrosa era! Como el pan, el vino y esas comidas simples y vitales que no cansan nunca y que apenas necesitan condimentos...

En la sensibilidad aguda de la hora que vivían sintió la suprema nobleza de la mujer querida, y un torbellino de emociones oscuras le recordó aquellos versos inmemoriales:

*Mami, la que modela los destinos,
con los anntinaki los fijó.
Deciden de la vida y de la muerte,
pero el día postrimero ocultan
y ningún hombre lo conoce...*

La tenía en su regazo, acariciándola.

—¿Pero, no llevas nada, debajo?

Ella rió suavemente y los Nueve Señores Misteriosos^[22] sonrieron maliciosos...

CAPÍTULO XXXV

De como Hisir rescato a Susana de entre los muertos

Anochecía luego de un día sofocante de fines del mes de Ululu, que llaman Elul en la lengua de Urusalim, cuando un grupo de amigos se reunió en casa de Hisir en la perspectiva de Hammurabi, no lejos del Kurigalzú. Los últimos rayos de sol daban en los altivos frisos del castillo y encendían los esmaltes brillantes que representaban un cortejo de sirrujes y kusarikkas, bestias fabulosas los unos, que simbolizaban al Señor Marduk; y las otras a las Sirenas, acaso surgidas del Apsu o abismo primordial, cuando Ea el Bondadoso había modelado con arcilla al primer hombre en la santa ciudad de Eridu y le había enseñado mil artes para que no viviera como los animales del campo y de los cañaverales.

Los visitantes habían subido la empinada escalera que llevaba a la terraza techada, común en las casas de Caldea y Asiría, y a la que la gente huía para salvarse del insoportable calor y del «ziz-zili» —mosquito—, plaga de la Baja Mesopotamia, producida en los inmensos bañados que cubrían el Mat Tamtim o País del Mar.

Justamente a causa del «zizzili». Hisir acababa de hacer un chiste a Burlipie. Había notado que llevaba suspendido del cuello un amuleto^[23] y se lo pidió para leer el conjuro:

ZIZZILI Mosquito,
ILIE vete de aquí!
ZIZZILI Mosquito
TURTULI mínimo,
PIGALLI atrás!
¡PAN BURLIPIE ¡De delante de Burlipie
TUENNEN!, vade retro!

—¡Por la Dama! —exclamó fingiendo asombro—. ¡Todo un hombre de la época, admirador de los ianunas, y con un amuleto contra los mosquitos! ¡Si por lo menos estos pudieran leer el conjuro!

El buen Burlipie quedó un tanto desconcertado porque todos rieron, pero se recobró y dijo:

—Señor: estoy de acuerdo con todo lo que Nikanor nos ha explicado y hecho comprender, tan fácilmente que nos asombramos de no haber caído antes en cuenta.

Por eso no creo en los dioses porque nadie los ha visto. Pero a los mosquitos los vemos todos.

No peco rieron de la salida de Burlipie, y luego según el gusto y humor de cada uno bebían cerveza de escanda o de cebada, vino de uva o de dátiles, y comían asado, patos rellenos, pasteles de harina de dátiles, higos sicómoros empapados en miel, manzanas y albaricoques que echaban en el vino.

Los amigos eran de diferentes países: nuestro viejo conocido Kusar, que había salido sin un rasguño de las batallas del Tigris y de Zazzanu, del infierno de Sippara donde ni siquiera se había tostado un cabello, y de otros lances menores; el lidio Gyges y el medo Huvadaiva; Nikanor, que comprendiendo que curaba a uno con su ciencia mientras el modo de vida mataba a mil, luchaba contra este último. Alguien del pueblo había aludido a la patria de Nikanor como la tierra donde el Sol tenía sus rebaños, por lo cual era allí donde pasaba la noche. Nikanor explicaba:

—Allí vemos al Sol ponerse, muy lejos hacia poniente; lo mismo que lo vemos aquí. ¡Pero, qué curioso!, no faltan algunos que cuentan lo siguiente:

—El mar de Martu o de poniente, como lo llamáis vosotros, es muy grande. Luego de muchos días de navegación desde Tiro, el Mizri o Mileto, se llega a mi tierra, Trinacria o Sikelia, la isla mayor del mar y muy cercana a Europa y África. Siguiendo luego siempre hacia poniente y también luego de muchos días se llega —si Poseidón lo quiere, como dicen los helenos—, a un lugar donde vuelven a acercarse Europa y África. Por esa estrechura de agua, que los fenicios llaman las Puertas de Gades y nosotros las Columnas de Herakles, se entra a un mar desconocido y tan inmenso que el mar que conocemos no es a su lado más que un pequeño lago. Dicen que allí existen unas islas llamadas de los Santos o también las Afortunadas, porque entre una eterna primavera florecen jardines con manzanas de oro... Tras de esas islas, cuentan, se retira el Sol a su palacio al cabo del día.

—¿Pero, a qué hora da la vuelta por debajo de la tierra para salir a la mañana siguiente? —había inquirido alguien.

—Es un misterio que ha preocupado a muchos —respondió Nikanor. Se quedó pensando, hizo el ademán de quien recuerda algo singular y exclamó—: He conocido a muchos hombres sabios y les he oído cosas más maravillosas que todos los cuentos de los dioses juntos. Estuve un tiempo en la gran escuela médica de una isla llamada Koos. Os aseguro que al oírlos al principio, me daba vueltas la cabeza.

—Como a nosotros, cuando nos explicaste aquello de amos y esclavos —exclamó Burlipie, que habiéndose hecho gran amigo y admirador de Nikanor, lo seguía a todas partes para escuchar y «guardar en su hígado» toda palabra que dijera.

—¡Eso! —rió Nikanor—. Llegaban hombres de todas partes; unían su saber y hablaban de lo que pensaban, sin temor...

—¡Qué bueno era aquello! —suspiró Hisir—. Allí tuve la impresión de ver

hombres por primera vez. Un día, cómo o por qué, no recuerdo, se planteó precisamente la pregunta de cómo el Sol reaparecía en el Este. Varios de los presentes afirmaron que se podía explicar sencillamente la cosa si se suponía que la tierra era la que daba vueltas...

—¡Oh, se les habían desatado los hígados! —exclamaron los babilonios entre chocados y divertidos.

—Dejad vuestros famosos hígados —replicó riendo Nikanor, aludiendo a la creencia mesopotámica de que el hígado era el fundamento de la vida.

—Pues —continuó Nikanor— también me chocó a mí, pero... Uno de esos sabios, llamado Bías, me preguntó:

—¿Has corrido en un caballo veloz junto a una cerca o una línea de árboles?

Yo asentí.

—¿Y en una barca con buenos remeros? —También.

—¿Y no te pareció que eran los árboles, casas y otros accidentes los que corrían, en vez de la nave o el caballo?

—En efecto —respondí— pero sé que eran el caballo y la nave los que se movían.

—Claro, hijo —me contestó Bías—. Pero supón que viviéramos sobre un caballo o en una nave tan grande como lo es para nosotros la tierra, y además que, habiendo nacido sobre ellos, estaríamos tan habituados a su movimiento y modos de ser que ni los notaríamos, como ocurre con ruidos y hechos habituales: nuestra respiración, nuestro estómago, corazón, el rumor de un río próximo a nuestra casa y tantas cosas más...

—Ya comprendo —dije, impresionado. Continuó Nikanor:

—Hum... entonces veríamos moverse... claro, al sol, las estrellas; digo, nos parecería, cuando en realidad... Pero, Bías, ¿y ese movimiento no nos arrojaría a los espacios, como cuando un carro parte de golpe?

—No, porque el movimiento que arroje afuera, retiene también.

—Ahí sí, que no te entiendo —confesé.

—¿Sabes que toda cosa está compuesta de contrarios? ¿Que el camino hacia arriba es como el camino hacia abajo? ¿Has visto que el amor y el odio, suelen volverse uno en otro hasta parecer iguales, como la extrema vejez y la extrema infancia, la excesiva riqueza y la pobreza sin medida?

—Le respondí que de todo eso algo se me alcanzaba, como que a menudo había notado que la hartura mata tanto como el hambre; y que una vez, una mujer que no me gustaba se me aficionó tanto y me importunó en tal forma con sus no deseadas caricias que terminé por pensar que su amor y mi desamor eran lo mismo...

«De nada demasiado» —enunció Bías.

—Lo que es tan malo como «de todo demasiado» —rió Hisir—. Pero, sigue,

amigo.

—Bías tomó entonces un vaso, lo llenó de agua, lo colocó en una especie de honda y comenzó a voltearlo suavemente, aumentando la velocidad del giro; luego la fue disminuyendo hasta que cuando lo iba a detener quitó el vaso de la honda sin que se hubiese desprendido ni una gota de agua.

Bías me sonrió alegremente y me dijo:

—Es opinión de muchos hombres que es así como se mueve sin despedirnos, esto en que vivimos.

Me quedé pensando un rato, medio dando forma clara a muchas cosas que había entrevisto en mis reflexiones sobre los hechos del mundo... Y respondí al sabio Bías.

—Entonces, por analogía, cuando por ejemplo un caballo va disparado y si se detiene de pronto y coge desprevenido a su jinete, este es lanzado hacia adelante, debemos concluir que si la tierra detuviera su giro...

—Saldríamos disparados como por una catapulta.

—Y cuando el caballo parte de golpe y su jinete está distraído, ¿no ocurre exactamente lo mismo, sólo que al revés?

—Sí, sí; no lo había pensado...

—Entonces... si partir y pararse aunque vulgarmente nos parezcan contrarios no son más que momentos de lo mismo, ¿no podríamos aplicar ese pensamiento a las demás cosas como odio y amor, guerra y paz, muerte y vida...?

—¡Hijo mío, cuan audaz eres para pensar! —rió Bías.

Como Abil comentara que la prueba del vaso de agua la había visto a menudo, Hisir comentó:

—Sí, pero aquí lo único que supimos hacer fue aprovecharía para pequeñas engañifas o para probar si algún pobre diablo es culpable o no. Si el inculpado hace girar bien el vaso, Marduk, se supone, lo declara inocente... En cambio, los ianunas, ya ves qué reflexiones geniales hacen con ese hecho en que tal vez está el secreto de los mundos...

Hisir, hijo de Hisir, el famoso médico heterodoxo y rezongón de Nabonid, era hombre hermoso y llevaba totalmente afeitado el rostro, y cortos los bigotes y cabellos, diciendo que ya existían demasiados basureros y criaderos de piojos, insinuando determinadas instituciones.

Viajaba por los países de Poniente cuando Kurash había entrado en Babel, y durante mucho tiempo no había querido regresar a su ciudad natal. Cuando lo hizo, luego de haber pasado años en las escuelas de Koos, Rodas y Egipto, los piadosos idiotas dirigidos desde el Esagila lograron que el virrey persa le prohibiera ejercer su profesión. Sin embargo, era un secreto a voces que el virrey, Gobryas, no sólo se atendía con él sino que lo recomendaba a todo el mundo.

Estando de viaje hacia Rodas, Hisir había llegado a Ugarit, la antiquísima ciudad

del Aram, con el venerado santuario a la lasciva Astarté.

Allí hallábase de parranda una noche, con amigos... y amigas, cuando alguien habló incidentalmente de la Playa de las Exposiciones, en la que sobre unas rocas se colocaba a los que nacían deformes o tenían enfermedades incurables.

Cuando fue de día Hisir les pidió que lo llevaran para ver quiénes habían sido conducidos allí durante la noche para que murieran llevados por las olas.

Encontraron solamente una niña. Los guardias, que esperaban que un golpe de mar la llevase, para irse de allí, explicaron que estaba cubierta de lepra, de resultas de la cual había perdido la vista.

Hisir se sintió transido de compasión.

—Levantad el sudario; quiero verla —mandó a los guardias. Pero estos, espantados, no se atrevían ni a acercarse. Entonces él mismo lo levantó y se puso a observarla.

—¡Oh, bestias! —exclamó luego de una ojeada a la enferma—. ¡Lepra es la que tenéis vosotros! —profirió con aire tan terrible que todos retrocedieron—. Es un eczema. ¡Pero cuan malo está...!

Se quedó un rato, de pie, la cabeza sobre el pecho. Al fin la levantó.

—Yo soy médico, hijo del médico del Rey de Babel. Voy a intentar curarla.

Todos lo miraron boquiabiertos. Uno de los guardias objetó:

—Pero, señor... los médicos del templo...

Hisir los increpó con ferocidad enviándolos a quienes los habían dado a luz.

—Está consagrado a los dioses... —murmuró otro, y se alejó alarmado ante la mirada que le echó Hisir a tiempo que rugía—: ¡Los dioses...!

Luego de un momento los que rodeaban a Hisir notaron que sonreía. Llamó a uno de los guardias.

—¿Dónde está ese famoso templo?

No estaba lejos. Allá fue Hisir y mediante una donación para el dios, se convino en que los guardias dirían que habían visto que el mar se llevaba a la enferma.

El dios no diría nada.

Le dieron el nombre de los padres y le indicaron la casa. Era en el puerto, porque Ithobaal trabajaba haciendo cordeles.

Cuando estuvo entre ellos les declaró quién era; cómo había encontrado a la niña; y qué enfermedad era la que realmente tenía y su casi seguridad de curarla.

Ithobaal y Iezbeel quedaron mudos. El aire imponente y simpático del joven desconocido los conquistó; pero, en resumen, si no era un dios, ¿qué quería?

—Pero, ved que yo estoy de viaje y la llevaré conmigo. Voy a Koos; ¿sabéis dónde está eso? Hay grandes médicos... La volveréis a ver sana y salva; en el peor caso, muy mejorada. Mi padre ha curado muchos casos así. ¿Estáis de acuerdo?

La madre lloraba amargamente. El padre contestó:

—Señor. Entre creerla ya perdida en el mar y saber que está viva y que la enfermedad no es tanto...

—No, no es ni sombra de lo que estos bestias decían. Allá donde voy hay médicos maravillosos... ¿Era linda tu niña?

La madre sollozó:

—Señor, era mi sol.

—Llévala, señor —dijo Ithobaal, esperanzado.

Antes de irse, Hisir, que les había preguntado si tenían otros hijos; si alguno era enfermo y otras cosas, echó mano a su bolso.

—Aquí tenéis para muchas cosas. Cada moneda de estas vale tanto como todo lo que tenéis. Tú, madre, veo que no andas bien de salud. Vete a ver a un médico llamado José ben Romelia, dile que vas de parte mía y te dejará como nueva. Antes de embarcarme con tu hija la llevaré para consultar con él, y le diré que vas a ir tú...

La mujer cayó de rodillas.

—¿Eres el dios Sandon, señor mío?

—No, madre. No hay dioses. Soy un hombre como tu marido, nada más.

Sonrió, levantó a la pobre mujer y poniéndole una mano en el hombro le dijo:

—¿Sabes? Cuando esté linda la traeré para que la veas. ¿Qué edad tiene?

—Quince años, señor.

—¿Quince años? —exclamó asombrado Hisir—. ¡Pobrecita! Pensé que tendría nueve o diez a lo sumo...

Luego de asegurarles que volverían a verla, Hisir consultó con algunos colegas heterodoxos, hizo que José Ben Romelia examinara a su enferma; recorrió algunas herboristerías, e hizo trasladar a la muchacha a la nave.

A la tarde desplegó sus veías en el puerto de Ugarit y fue alejándose sobre el verde y móvil abismo del mar hasta desaparecer en el horizonte, mientras una madre se postraba ante los ídolos muertos y les suplicaba que dieran poder para curar a su hija —carne de su carne, dolor de su dolor—, al hombre extraño y majestuoso que había prometido sanarla.

Un dios desconocido, pensaba la infortunada.

Y luego el tiempo pasó.

Lleno de compasión, pero con ojo y mente alertas se inclinaba sobre el torturado cuerpecito. ¿Era posible, ¡recuerdos!, que ocurrieran estas cosas? Susana, es decir, Azucena, se llamaba este montón de llagas infectadas y purulentas. Mas, por repulsiva que fuese su vista no le resultaba tanto como la podredumbre de superstición y codicia con que los presuntos médicos pretendían curar a los enfermos recitando absurdos galimatías.

—A estos canallas les haría tragar sus conjuros.

Y ahora, todas las experiencias de su vida estaban en tensión iodo lo que había

visto, oído, tocado, sentido, probado, él mismo o su padre. ¡Ah, qué gran hombre había sido! ¡Qué ganas habían tenido siempre sus «colegas» de probarle alguna transgresión al código de Hammurabi —sección Ejercicio de la Medicina (Artículo 218)—, y hacerle cortar una mano! Lo habían denunciado muchas veces por prácticas ilegales, sacrílegas, ante el gran Nebukadnezar.

—Cuídate, no hagas que se me echen encima estos sucios chacales —lo reprendía el Rey.

Habían vuelto a la carga en tiempo de Amil Marduk. Pero este loco coronado que acostumbraba a acostarse con tres o cuatro muchachas y estarse hasta una semana con ellas, había sido cuerdo esta vez porque sabía que Hisir era el que lo salvaba de las consecuencias de sus excesos.

—Observar, reflexionar... Pero sobre todo, observar, observar y observar —le repetía su padre—. Un buey abierto, la herida de un soldado, un enfermo que te explica qué come, cómo vive, en qué trabaja y dónde, esos son los verdaderos maestros.

Habían andado por mataderos, carnicerías, mercados, campos militares de ejercicio, hospitales, lugares de ejecución, observando o practicando hasta hartarse. Vueltos luego a su casa —que durante muchos años había sido una dependencia del Maravilla de los Pueblos—, discutían los casos, los comparaban y clasificaban. No pocas veces concurrían médicos extranjeros, ianunas y mizritas —estos últimos solían ser muy buenos también—, y la noche se les iba vaso en mano, discutiendo casos y cosas de su ciencia.

—Tienes que ir a Koos. Tienen una inmensa biblioteca porque anotan todo lo que observan y no se anota nada que no esté rigurosamente comprobado por muchos.

—Allí no hay fantasías...

Mientras recordaba todo esto Hisir revisaba cuidadosamente a su enferma. En cierto momento exclamó:

—¡Pero, claro! ¡Si es ya una mujer! ¡Pero, cuan consumida!

Abrió una caja que le había dado su colega e íntimo amigo José ben Romelia, un hebreo de rostro austero y mirada bondadosa, exilado de Urusalim... por ateísmo, según decían.

—Es moho raspado de viejos muros —le había confiado José—. Tiene un poder maravilloso para curar llagas purulentas. ¿Por qué? No *alcanzo* a darme cuenta...

—¿Cómo encontraste esto? —preguntó maravillado Hisir.

»—Sólo descubrí al beneficiado —sonrió José—. Sucedió que me hallaba en una callejuela de Ramoth Galaad cuando noté que un niño cuyo rostro tenía eczema lo posaba sobre un derruido muro verdoso. Admirado, le pregunté porque hacía eso y me respondió:

»—Por que me hace fresco.

»Naturalmente, me pareció una chiquillada y seguí mi camino. Pero dio la casualidad de que al día siguiente pasara por la misma callejuela y me lo encuentro aplicando su mejilla contra el muro.

»—Pero, vamos a ver, ¿qué me quisiste decir ayer con que te hace fresco?

»Y, me hace fresco; no me pica...

»Iba a reírme cuando noté que la mejilla mostraba señales de curación rápida. Comencé a preguntarle... probé con otro enfermo...».

Tomó una pinza y fue colocando partículas del precioso moho sobre los párpados cubiertos de llagas. Luego los vendó con una tela fina y dióle a beber unas cucharadas de cierta infusión calmante.

—Cuando estemos en Koos atacaremos esto por todas partes —pensó alegremente.

Al otro día comenzó a levantar la venda con extremo cuidado temiendo hacer sufrir a la enferma. Pero la venda no estaba adherida.

Cuando miró los párpados no creyó lo que veía. La horrible inflamación y purulencia se habían reducido enormemente...

¡Qué secretos tenía la naturaleza! ¡Qué no podría hacer el hombre investigándola! Y recordó a su padre.

—¡Ah, si mi viejo hubiese alcanzado a ver esto!

Volvió a curar a su enferma, la alimentó, le dio la infusión.

—¿Has dormido algo anoche, Susana?

La niña entreabrió penosamente los labios.

—Sí... creo que he dormido muchísimo.

Volvió el rostro en la dirección de donde le llegaba la voz amiga y ensayó una triste sonrisa.

—... y tengo ganas de dormir más.

—Mejor, mejor; necesitas dormir mucho. ¿Cómo andas aquí? —preguntó tocándole los párpados.

—No me duelen nada.

—¿Sabes? Ahora también vamos a curar los labios...

La nave era velera y los marineros, hábiles, sabían navegar inclusive «dentro del viento».

Poco antes de llegar a Koos, una mañana miraba a través de la ventana del pequeño camarote de su enferma, el paisaje de cielo y mar bajo un sol espléndido. A lo lejos se veía la línea azulada de las costas de Asia Menor e Hisir había quedado pensando que entraba en otro mundo, cuando algo que no alcanzaba a ser rumor hizo que se volviera hacia su enferma.

Quedó estupefacto porque Susana se había quitado la venda y la miraba con ojos

que eran dos prodigiosas esmeraldas resplandecientes.

—Oh, tenía miedo de mirarte. Creía que vería algún gigante... Hisir la miró sorprendido; hizo sus reflexiones y exclamó: —¿Gigante? ¡Bah! ¿Cómo estás? ¿No te molesta la luz? Llevaba cartas que le abrieron todas las puertas en Koos; por otra parte él también era conocido, y además iba bien provisto del talismán al que nada resiste, de modo que la mísera expuesta de Ugarit tuvo en torno suyo a los mejores médicos de la época.

Aquella escuela inmortal no se basaba en principios aplicados automáticamente por igual a todos, vinieran o no al caso, sino que estudiaba a cada enfermo en su particularidad irrepetible; rastreaba el origen del mal y efectuaba pruebas y contrapruebas hasta asegurarse de estar en lo cierto.

«Atacaron por todas partes», como había planeado Hisir. Comidas, remedios, ejercicios, paseos por la costa del mar, baños, reposo, aprendizaje de muchas cosas y sobre todo la vida feliz, realizaron lo que parecía un milagro. A los tres años, Susana, curada hacía mucho, se había transformado en una beldad, de abundante cabellera casi rubia y que apenas se distinguía de las «korai» ianunas. Era la hija de la Facultad de Koos y orgullo de sus médicos, porque todos habían puesto su saber para salvarla.

Pero entonces sucedió algo que pareció reducir a nada el saber del hombre. Susana se volvió huraña y hostil, sobre todo para con Hisir; tenía crisis de llanto, palideció, perdió el apetito y desmejoró en términos de alarmar a todos. Y la aflicción general creció cuando un día Susana manifestó que se dejaría morir de hambre o se arrojaría al mar si no volvía a Ugarit.

Cuando Hisir quiso *razonar* con ella Susana se limitó a mirarlo furiosamente y se encerró en su habitación.

¡Quién sabe en que hubieran venido a parar las cosas si Nereida, la «maia»^[24] en jefe no hubiese dicho a los médicos y sobré todo a Hisir!

—¡Hombres sabios que veis a mil estadios, pero no lo que tenéis ante la nariz!

Se volvió a Hisir.

—Tú y tu famosa ciencia oriental... ¡Mírame con esa carita de Apolo! Anda y pregúntale el porqué de sus llantos y rabietas.

—¡Pero... yo no le he hecho nada! —acertó a decir Hisir, estupefacto.

—¡Justo! No le has hecho nada... —repitió con retintín—. Pero se lo haces a esa sirena de Khíos que te tiene engatusado. El pobre Hisir no atinó más que a preguntar una bobada.

—¿Pero cómo ha sabido...?

Nereida puso los brazos en jarras y miró de arriba abajo a Hisir.

—¡Pero... qué hombre! ¿No sabes que eres maravilloso? ¿Te figuras que abriste los ojos de Susana para que mirara las nubes y no para ver eso? Y con lo enamorada que está de ti y la salud que le habéis dado, ¿te parece que le hará mucha gracia que

cuando llega la hora de dormir la acompañes hasta la puerta de la habitación y todo termine en un «hasta mañana»? ¡Mira, si no fuera que es toda una dama más de uno y una estarían bien arañados!

Y fue el caso que cosa de un año después de este acontecimiento llegó una nave de las Islas al puerto de Ugarit y entre otros viajeros distinguidos desembarcó un matrimonio de abolengo, de seguro bendecido por los dioses porque traía con ellos un precioso niño. Varios servidores se encargaban del equipaje.

El señor, que hablaba arameo con un poco del acento musical de las Islas, preguntó a un hombre:

—Queríamos ir de aquí a la casa de Ithobaal el cordelero.

—No lo conozco —respondió de primera intención. Pero luego recapacitó—: Un momento, señor mío. Conozco un Ithobaal pero ya no es cordelero, aunque anda más o menos en lo mismo. Tiene un gran comercio... es aquella casa.

Hisir supuso que no podía ser otro el que buscaba, de modo que luego de agradecer a su informante se dirigió con su familia y servidores a la casa indicada, de la que se veía entrar y salir gente, y llegados a ella se metieron también.

—¿Está Ithobaal? —preguntó a un empleado que desataba un fardo de mercaderías. El hombre, al ver señor tan distinguido, se apresuró a llamar a su amo.

Cuando este se acercó, por poco cae de rodillas al reconocer a Hisir.

—¡Señor mío! ¡Que te bendigan Melkarth y Sandon!

—¿Y tu mujer, amigo?

—Está muy bien, señor mío. ¿Sabes que el buen doctor la curó tan bien... que tuvimos otro hijo?

Y comenzó a llamar.

—¡lezbeel!, ¡lezbeel! ¡Ven enseguida; mira quién está!

lezbeel apareció y al ver a Hisir dejó caer el ánfora que llevaba.

—¡Señor; señor nuestro! ¡Bendito sea este día! ¡Qué bella muchacha tienes! ¡Que Astarté te la conserve!

Hisir miró a su esposa, que apenas contenía las lágrimas.

—Os traigo noticias de Susana —dijo alegremente.

—¿Está mejor la pobrecita? —preguntó llorando la madre.

—Se curó muy bien; está hermosísima, y se casó también...

Ithobaal y lezbeel se miraron asombrados.

—Se casó conmigo. ¿No la reconocéis?

Hubo tal escena de sollozos y risas, besos y abrazos, imposible de describir. Hasta los empleados y público lloraron al conocer la historia y no perdieron instante en difundir el prodigio por la ciudad, y desde ella fue volando por las ciudades de Fenicia proclamando la fama de Hisir, favorito de los señores del Cielo. Cuando esto

llegó a la frontera del Mizri, ya Hisir, transformado en un dios desconocido, había resucitado a Susana de entre los muertos y era casi el relato de Gilgamesh. Y esto, que virtualmente no dejaba de ser verdad, era más creíble y natural para la gente, y no que viva, la hubiera curado por medio de cuidados científicos de los que prácticamente nadie tenía la menor idea. Sonaba raro y aún un tantillo con olor a sacrilegio...

—Eso de que la salvó con remedios estudiados es una fábula para chicos —comentaba un ciudadano en el mercado de Tiro, envolviéndose con tranquila importancia en su manto purpúreo.

—Son artificios impíos de los ianunas —afirmó un hebreo de la santa Yerushuloyim—. Ya estaba consagrada a los dioses, y si bien son ídolos abominables, se les debe respeto. Ese pagano de Babel ha cometido un crimen.

—¿Quién no se da cuenta de ello? —aprobó un gran señor de Damasco—. Está claro que la resucitó un dios. ¿Qué tiene de raro? ¿Cuántos casos no vemos diariamente? Cuando los Baalim^[25] quieren... —terminó sentenciosamente.

Y otro de los presentes comentó que los iavanas —que nosotros llamamos jonios —, eran bárbaros.

—Los pueblos civilizados rogamus a los dioses por lo que deseamos, pero los iavanas en su ignorancia quieren lograrlo por su solo saber...

—Aunque hay que admitir que como soldados, son buenos —reconoció magnánimamente otro.

—Sí, siempre que los manden oficiales mizritas o babilonios —añadió alguien, displicentemente.

Y si algún hombre, de la casta extraña de los que gustan captar lo que ocurre en las mentes hubiese estado allí, escudriñando los rostros y miradas, habría notado que la observación del segundo interlocutor encontró sólida aprobación mientras que la del primero mereció ojeadas de desconfianza de los honrados personajes.

Esta es la historia de cómo Hisir había regresado a su ciudad natal con una bellísima esposa y un hermoso niño, hermano mayor de otros que a su tiempo se convirtieron en ciudadanos de Babel.

«Hacía mucho que estaba la diosa Gula», es decir, había cerrado la noche. La conversación tomó otro rumbo y se comentaron los triunfos de los armenios y medos. Kchatrika se sostenía bien y en tres batallas seguidas había contenido a los persas mandados por Vidarna, uno de los mejores generales de Darío. Los armenios también habían derrotado en sangrientos encuentros a Dadarshish y se decía que Darío destacaría fuerzas a las órdenes de Mazares, para reforzarlo.

—Nuestro amigo Chitrantakhma se está sosteniendo bien con su ejército de

sagrarios.

—Tiene un enemigo mortal en Tajmaspada —dijo Kusar—. Tajmaspada combate con odio y encono a sus propios compatriotas. Por desgracia, es un general hábil y valiente. Lo conocí en la campaña del Mizri y fue allí donde supe que las familias de Chitrantakhma y de Tajmaspada están mortalmente enemistadas desde el tiempo de Ishtivegu, cuando la familia del segundo tomó el partido de los persas.

—Y en medio siglo su fortuna no ha dejado de crecer.

—No se la envidio —dijo Gyges.

—Yo tampoco —respondió Hisir.

En ese momento entró un grupo de militares que realizaban una inspección. Entre ellos venía uno de los jefes más famosos:

Belnahid.

Cuando vio a Hisir sonrió alegremente.

—Lástima que esto ha de hallarse medio desmantelado —dijo haciendo un gesto que indicaba comida.

Hisir contestó que si le concedían media hora habría víveres en cantidad y que en cuanto a bebidas había cerveza de varias clases, vino de uva y, shikaru. Por lo demás había asado frío y pan, con lo que se podía empezar.

Belnahid se volvió a sus acompañantes:

—¿Esperamos?

Todos asintieron. Hisir, que como médico conocía a Babel entera y era amigo de todo el mundo, envió un billete a un pariente suyo medio mitanio, cuya casa estaba magníficamente provista en la paz o en la guerra, y antes de media hora llegaron varios cestos cargados de frutas, fiambres, pasteles y el señor mismo, que era amigo de Belnahid...

CAPÍTULO XXXVI

La comedia humana

—¿Recuerdas, señor, lo que hizo Kurash en vísperas de su última batalla? —preguntó Istarmubelit.

—¿Cómo no recordarlo? Distribuyó todo lo que tenía, diciendo que si vivía tendría mil veces más, y si no, no le haría falta nada.

—¡Bien, señor! ¿Y si Babel hiciera esto, pero no para morir sino para vivir?

—A ver: te escuchamos.

—Desde hace *quizá* más de tres mil años los hombres de Babel están en primera fila entre los que saben hacer cosas deseables para los otros hombres, y por otra parte, todos los caminos vienen hacia aquí.

—Así es —asintió el Rey.

—Es tal nuestra capacidad que a pesar de saqueos, incendios y destrucciones, en poco tiempo nos rehacemos y surgimos mayores que antes, mientras que nuestros saqueadores, consumido lo robado, tienen que venir a pedirnos que les vendamos.

—Todo es como dices.

—Bien, señor. En estos momentos tenemos la mitad o acaso más, de todas las riquezas de Asia dentro de nuestras murallas. Y, ¡cosa extraña!, cada día se multiplican porque nuestros hombres ahora que no tienen capataces que látigo en mano, los apuren, producen alegremente en medio día lo que antes producían tristemente en tres.

—Claro, porque el que ha hecho un tanto de trabajo tiene derecho a irse a su casa, y cultivar su huerta, acostarse, o ir a pescar... según le dé la gana...

—Sí, señor; ahora tiene sentido la vida. Bien, pues: ¿por qué no hacemos que todas esas riquezas pongan en movimiento a los países? Hay cientos de reyezuelos y jefes en el Padam Aram, Khanigaibat, y en los desiertos de Magán y Aram, dispuestos a jugarse la cabeza por un siclo. Si saben que pagaremos a peso de oro todo lo que traigan, víveres, armas, soldados... pienso que se moverán hasta las arenas...

—¡A ver si le deshacemos el ejército a Darío! —exclamó el Rey.

—¿Pero, podrán llegar hasta aquí? —inquirió Nersar.

—¿Está rodeada, acaso, la ciudad? —replicó Istarmubelit—, por lo demás, es cosa de ellos.

Ese mismo día, al caer la noche de Teshritu, salieron hábiles conocedores de las sendas del desierto y de las que llevaban a Harrán y el viejo Mitanni, con un mensaje

poderoso.

Oro, tejidos preciosos, calzados, remedios, aromas... para los que traigan algo necesario a Babel.

No había terminado Teshritu cuando del desierto comenzaron a brotar hombres, primero en pequeños grupos, que luego se unían unos a otros y terminaban por formar caravanas custodiadas por verdaderos ejércitos, que derrotaban a los persas y se introducían en los campos atrincherados de la derecha del Eufrates.

Y resultó —aunque acaso ya lo había previsto el astuto Adar Malik—, que no salía tanto oro ni plata ni cosas como pareció en un principio. Pues las cosas a comprar con oro y plata estaban en Babel misma. Por otra parte los millares de muchachas seductoras de los jardines de Istar eran una atracción irresistible para los soldados del desierto. Muchos de ellos pedían por sueldo una muchacha. Entonces el Rey mismo dotaba a la novia y oficiaba como testigo en la boda. Si querían quedarse en Babel se les proveía de habitaciones y había un soldado más. Si querían salir —lo que sucedía raras veces— era una boca menos para alimentar.

Río arriba, los amigos de Babel se ocupaban en echar bosques enteros al Purattu, y si bien los persas sabían adonde iban, no les era nada fácil detener los troncos en la inmensa corriente. Por otra parte, enjambres de audaces guerrilleros solían acompañar las almadías.

Desde el gran puente sobre el Río sujetaban estas flotas, cuyas maderas eran esenciales elementos en una tierra sin árboles forestales como la baja Naharanna.

La moral del pueblo, pasados los primeros terrores de las grandes batallas y del sitio había vuelto a ser alta.

—Fue el primer chapuzón en el agua fría —comentó el Rey.

—Inclusive, creo que está mejor que antes —añadió Adar Malik.

—Tendrían miedo al miedo, ¿eh? —sugirió el Rey.

—Lo digo por mí mismo —confesó riendo Malik—. No hacía más que preguntarme: «¿Y si hemos calculado mal?».

—¿Y si hubiera sobrevenido un pánico en Zazanu? —insinuó Istarmubelit, revelando que también él, bravo entre los bravos, había sentido miedo—. Yo creo que el maravilloso ánimo del pueblo se debe a que le hemos dado en qué pensar, ocuparse, resolver... mientras antes esperaba que le mandaran...

—Así debe ser —se metió Nersar—. Tengo un amigo que desde hacía años vivía sombrío y fastidioso a fuerza de ver todo negro. Ni se había casado, aduciendo que no quería más tiranos ni molestias que las que ya tenía. Ahuyentaba a los mejores amigos a fuerza de lamentarse como el Justo Sufriente... Bueno: lo designé para que organizara el cuidado y distribución de víveres del barrio E-darag-anna. Y ahora vive alegre como un pájaro cantor. Corre todo el día, conferencia con medio mundo, verifica depósitos, lucha con mil problemas y está orgulloso de cómo lleva todo. Se

ha casado y cuenta a la ciudad entera que le ha caído en suerte una mujer que no sólo tiene lo necesario en los lugares debidos, sino que es la mejor compañera del mundo, y que él ha tenido una fortuna maravillosa al conquistarla.

—¿Y el caso de mi primo Nazibugash? —exclamó Arad Nansai—. Su matrimonio había resultado un desastre; ni hijos tenían. Hasta pensaba repudiar a su mujer, devolverle la dote... ¡qué sé yo! Una calamidad. Pero, comienza todo esto y Nazibugash, que no se ocupaba más que de sus imaginaciones y de pelear con su mujer —la que por cierto hacía lo mismo—, cambia de la mañana a la noche y resulta un hombre utilísimo, activo como un diablo y, como se suele decir, un corazón de oro. Llego el otro día a su casa, me encuentro a los dos hechos unos tórtolos. «Resulta que ya hemos encargado un niño», me cuenta Judith, como si se tratara de un hecho glorioso.

Disimulé mi asombro, hice como que echaba la noticia a broma.

—¿Pero... no dormíais en distintas habitaciones?

—¡Oh, eso es historia vieja! —exclamó Nazibugash, pellizcando una mejilla a su mujer. Luego me explicó la cosa.

—Como todos nos viene a la boca, no teníamos preocupación alguna y entonces nos aburríamos de nosotros mismos y uno del otro, y de allí venía el malhumor y el buscarnos pelillos. Pero he aquí que un día viene Burlipie el tejedor; pregunta por mí, mando que lo hagan pasar y cuando estamos uno frente al otro me explica:

—Señor mío; sabemos que has hecho tus estudios, eres un señor y eres un buen hombre. Pensando en quién nos podría amparar y ayudar recordé tu nombre... Somos pobres ignorantes. Vemos las tabletas y las pieles donde está anotado lo que hacemos y es como si fuésemos ciegos. Bien podrían mandar allí que nos cortaran las cabezas... No somos malos, somos pobres...

—A fe mía —continuó Nazibugash—, me tocó no sé qué adentro. Había quien me creía bueno y capaz de algo. Le pregunté:

—¿Y qué quieres de mí?

Y Burlipie:

—Verás, señor. Somos cientos de tejedores y ninguno sabe escribir o leer cuánto teje...

—¿Y por qué no habéis tomado un hombre escriba?

—Señor: eso queríamos hacer, pero no sé qué pasa: ninguno acepta nuestro dinero. Sospechamos que a unos los han amenazado y a otros les pagan...

—¡Cómo! ¿Es posible que pasen esas cosas?

Burlipie sonrió con tristeza.

—Si no fuese más que eso...

Y me cuenta cosas asombrosas.

—Pues, veremos si a mí me amenazan.

Vi que era justo lo que me pedía este hombre; me fui con él, me recibieron como si fuera Nabu mismo; veo que se ponen en mis manos. ¿Qué podía hacer yo, dime Nanai? Comienzo a darme cuenta de su vida, de sus sufrimientos, y de que no hay en ellos maldad alguna... Examinó las cuentas, hablo con ellos: veo que los roban desvergonzadamente. Y yo, con todo en la mano, fastidiaba a medio mundo, ¡creyéndome desdichado! Vuelvo a casa tan preocupado con todo lo que había visto y oído, que le cuento todo a mi mujer. «¡Y defenderé a esa pobre gente, se enoje quien se enojase!».

—Mi mujer, que acaso no me había creído capaz de entusiasmarme por nada, me escucha admirada y me anima: —¡Claro que debes hacerlo! Yo te ayudaré. Miro mi mujer; se disipa como un mal sueño el rencor contra ella; la veo hermosa en su emoción; me doy cuenta de que a ella ha de estar sucediéndole lo mismo. No sé cómo la tengo en mis brazos, la beso, le pido perdón, ella me lo pide a mí... Luego deliberamos y resolvemos...

—Dormir en la misma habitación... —interpuso Baalnabu.

—¡Y cama! —confirmó el Rey, riendo.

—¡Eso... desde luego! —soltó el buen Arad Nanai, que hacía el cuento, y continuó: —Pues resuelven que entre ambos pueden enseñar a leer y escribir a varios tejedores para que se defiendan por sí mismos; entretanto, llevarles las cuentas, ver a un médico para que los atienda, enseñar a las mujeres a cuidar sus niños; en fin, hablar a Malik sobre todo el asunto. Y ahora están metidos en tantas cosas útiles que no hacen más que lamentar cómo han derrochado su vida anterior.

—Un caso que da risa es el del príncipe Nunadar —recordó otro de los presentes—. Creyéndose a punto de morir ya se había hecho preparar tumba y todo, y molía a media Babel con el tema de su muerte próxima. Pues bien: llega la guerra y Nunadar entra en el ejército, diciendo que prefiere morir de un *lanzazo* antes que del terrible mal que, según él, lo estaba consumiendo. Ha sucedido que, no se sabe cómo, la enfermedad se ha esfumado y Nunadar no hace más que bendecir al dios Tener Algo Que Hacer.

—Hablando de leer y escribir, parece que entre Nikanor y Hisir han inventado un alfabeto tan sencillo —al estilo del que usan los ianunas—, que en pocos meses casi todos leen y escriben.

—¡Y pensar que con nuestro viejo sistema hay que sudar tres o cuatro años! —exclamó el Rey.

—Y eso que tú eras un gran estudiante —recordó Belnahid.

—¡Si pudiésemos hacer marchar todo así!

Nidinta Bel rió:

—Ya veo. ¡Al último tendríamos un «agora», como los ianunas y allí tus famosos Burlipie y Nazibugash me iban a poner de todos los colores!

—¡Oh, tú les responderías cumplidamente!

—¡Hum...! ¡Quién sabe! —dudó el Rey, muerto de risa.

De cuando en cuando, cada uno pensaba que la muerte estaba cerca, pero en la rareza de esta nueva vida y en la urgencia de lo que había que hacer, la idea de morir resultaba un poco irreal.

—Vivimos hoy, mañana veremos —parecían pensar todos.

Así transcurría el mes de Marchesvan y la gente se había habituado tanto, que a veces y por días enteros nadie se acordaba de la guerra omnipresente. Se regocijaban por la llegada de una gran caravana, por el éxito de algún encuentro con los persas, por alguna jugarreta ingeniosa que los de Ur o Larsa habían hecho a los invasores.

Nunca había habido tantas iniciativas. Hacía furor el nuevo alefato; todo el mundo quería aprender a leer y escribir, dominar esa ciencia misteriosa que hasta ahora había sido un privilegio sagrado. El Esagila lanzó una excomunión contra la «escritura del demonio» y prohibió a los escribas enseñarla. Pero el miedo al Gran Cuco se había disipado, y la gente se aglomeraba en las plazas, mercados y cuarteles para seguir las lecciones.

—¡Si esto pudiera seguir unos años... que nos alcancen después! —decían algunos. Por algo el Urigallu había expresado:

—Un año más así, y Babel está perdida.

Por esos días algunos ianunas tuvieron la idea de imitar ciertas representaciones de Mileto, en las que se trataban asuntos públicos. Las primeras representaciones de «Victoria de Babel» mostraban a los dioses salvando a la patria. Pero a los pocos días apareció otra versión donde el pueblo tomaba el lugar de los dioses, y durante meses la muchedumbre entusiasta deliró ante el espectáculo jamás visto de contemplarse a sí mismo como héroes. Pronto «Victoria de Babel» tuvo un rival en «Triunfo de Amor». Una bella se consumía de nostalgias lejos de Babel donde su esposo combatía por la Ciudad. La dulce ninfa expresaba sus tiernos sentimientos en apasionados párrafos, acompañada por el son de arpas asirías, flautas frigias y liras ianunas, y las lágrimas de los espectadores corrían a mares.

Entonces la bella resolvía reunirse con su amor aun al precio de peligros y de riesgos que eran mencionados sin eufemismo y celebrados por los ingenuos espectadores, con exclamaciones a un tiempo de emoción y malicia. Un día uno del público sugirió:

—Pongan un traidor que le quiere... comer la manzanita.

Retumbó una carcajada formidable, y los actores, ni cortos ni perezosos, comprendieron que la sugestión era magnífica, y al día siguiente ya figuraba entre los que acompañaban a la heroína amante, un villano traidor que, con no poca gracia y malicia trataba de adueñarse de los tesoros de la bella entre el suspenso de todos, y ya parecía a punto de lograr lo que deseaba cuando la dama, penetrando sus designios y

defendiendo su virtud, atravesaba al traidor con un puñal, entre tempestades de aplausos.

Continuaba la bella su odisea y la multitud reía encantada por las jugarretas que hacían al enemigo, hasta que alcanzada la Puerta de la Dama los amantes caían uno en brazos del otro, entre un delirio de aclamaciones. Todo el mundo sabía a qué se aludía y el amor a la reina que había vivido tan romántica aventura, creció más aún.

Había comenzado Kislimu, que los hebreos llaman Kislev, cuando una tarde Nidinta Bel y Hayar Malka salieron secretamente del Palacio. Habría sido difícil reconocer a la Reina, aunque dondequiera y como quiera habría llamado la atención el rostro expresivo y la brillante noche de sus ojos, en el jovencito tocado con un gorro de piel de marta, jubón, capa de piel y gruesos pantalones hasta los tobillos, porque los atardeceres de Kislimu eran fríos.

Subieron a una barca que surcó ligeramente las aguas al impulso de los remeros y que, al cabo de media hora, enfiló el Canal Occidental, a lo largo de cuyas orillas continuaba el bosque de casas, y bien podía decirse así porque donde había agua había casas. A mil codos del Canal comenzaba el desierto.

Otros quince minutos habrían pasado cuando la barca se detuvo junto a un pequeño desembarcadero cuyos escalones más altos se perdían entre los árboles, enormes sicómoros y palmeras, olivos, pinos y cedros.

Nidinta Bel saltó primero y tendió una mano a Hayar Malka. Los remeros amarraron la embarcación y luego se dirigieron a una casa próxima mientras los reyes subieron la escalinata y luego por entre los árboles se dirigieron a una casa, a cuya entrada los recibió una *azafata*.

—¡Qué malo es ser rey! —exclamó Nidinta Bel—. No podemos estar solos nunca.

—¡Cuánto me gusta esto! —dijo Hayar Malka—. ¡Qué silencio!

—¿Sabes que me recuerda la casita que teníamos allá lejos? —comentó él mientras paseaba la mirada por la habitación de techos bajos—. Hasta el fuego parece el mismo —agregó al ver la llama de oro que se alzaba.

—¿Recuerdas aquel día cuando la nieve cubría casi las casas, llevamos la cama a la cocina y nos dormimos al calor del fuego? —evocó Hayar Malka.

—¿Cómo no recordarlo? —respondió Nidinta Bel—. Pero recuerdo también cómo dormías en el suelo junto a mi lecho. Y también tu viaje para reunirme conmigo. Nunca podré pagarte eso, corazón... Años tendría que dormir en el suelo, y tú...

—¿Y piensas que iba a ser tan tonta y dormir sola estando tú a un paso? —susurró Hayar Malka.

—... y todo lo que me has dado...

—¿Te gusta todavía? —y bajó los ojos.

—Parece que sí —respondió él, estrechándola.

—Yo soy quien nunca podré pagarte, Nadi querido. Era una salvaje de las montañas

—Y una salvaje maravillosa. Pero no: el salvaje era yo; quise matarte...

—Y yo te quise clavar mi cuchillo...

—Lo hiciste por defenderte. Mientras luchábamos penetraba en mi sangre algo que me desarmaba... y ese olor tuyo, tan...

—A mí me pasaba lo mismo, dueño mío; mi fuerza se iba... Pero...

—¿Pero...?

—No soy como Anna-Belti-Ninna, que va a darte un príncipe...

Aludía a que la Gran Novia había quedado encinta inmediatamente.

Nidinta Bel la miró seria y amorosamente.

—Tú eres una mujer divina. Te prohíbo decir esas cosas. Sigo adorando cada parte de tu cuerpo... y mientras viva...

No pudo decir más; tan estrecho era el abrazo de Hayar Malka.

—¿Sabes? Con ese fuego parece que estuviésemos allá...

Fueron por entre los árboles hasta el borde oriental del bosque y miraban hacia Babel. Cuando el sol se puso cayó de golpe la oscuridad del desierto y vieron que un resplandor sin fin señalaba la colosal ciudad.

—¡Ah, si pudiéramos salvarla! —dijo Nidinta Bel.

—Nacería un nuevo mundo —completó Hayar Malka.

Ambos estaban muy juntos y pensaban las mismas cosas, como siempre.

Soplaba el viento del desierto.

—¿No tienes frío? —preguntó Nidinta Bel.

—No. ¡Llevo tantas cosas encima!

—¡Qué lástima! —bromeó él, besándola.

—En casa ha de estar hermoso el fuego —dijo ella, y volvieron.

Cuando la anciana azafata vino a buscarla para el baño, Hayar Malka respondió:

—Esta noche no soy reina, y mando yo. Vete a comer y descansar, madre mía.

Luego se volvió:

—Tú serás mi bañero, Nadi; yo me ocuparé de ti...

Luego cenaron dándose bromas.

—Traje de aquellas ánforas que nos dio Shami Karanatu.

—¿Te gustó ese vino? —inquirió Nidinta Bel.

—Me pareció que era fuego lo que corría por mi cuerpo.

—Yo siento ya ese fuego —informó él. De pronto propuso:

—¿Llevamos la cama junto a la llama?

Riéndose, y con no poco trabajo, la llevaron.

Cuando se habían acostado Hayar Malka se apretó contra él. Rió y dijo en voz baja:

—Ese vino... es un fuego...

CAPÍTULO XXXVII

Un amor de Darío

Darío, hijo de Histaspes, solía pasarse horas enteras mirando hacia Babel. Cuando faltaban aún minutos para que saliera el sol, quedaba como fascinado contemplando la luz que ya iluminaba las cúspides del Etemenanke de Borsippa, del otro Etemenanke, la gran ziggurat que se elevaba en el centro del templo de Marduk, en la Aiburshabu; del Innini-Istar coronado de estandartes que flameaban a prodigiosa altura, los castillos de Nabucodonosor I y de Kurigalzú; la Puerta de la Dama con sus frisos de dragones y la kusarikka; el Maravilla de los Pueblos, donde residía su rival...

Cuando había salido el sol contemplaba la coraza prodigiosa que defendía a Babel, el cinturón amurallado en el que se sucedían los formidables bastiones.

—Nunca he deseado a una mujer como deseo a Babel —dijo a Artavardiya. Este sonrió cortésmente y se inclinó ante el Vicario de Ahura Mazda.

Darío estaba en la flor de la edad y por su belleza y apostura tenía el aire de un dios. Artavardiya pensó que si alguna vez había deseado a una mujer, aun antes de ser rey, no habría tenido más que decir una palabra para que fuese suya.

—He visto tu sonrisa, Artavardiya —dijo de pronto, volviéndose a su gran general—. Aunque no lo creas, yo sé lo que es eso, Muchos años amé a la princesa Atossa, la bella de cabellos de oro como la luz de Ahura Mazda, mi fuerte protector. Muchas noches he pasado contemplando las estrellas y soñando despierto que la tenía en mis brazos. Y cuando la violencia que le hizo Kambuzia...

Artavardiya bajó los ojos para no ver el espantoso rostro de Darío. Hubo un largo silencio, hasta que se dominó.

—Había un gran consejo de clan de los Hakamánidas y fui al castillo de Pasargada a tomar mi puesto. Me dirigía al salón del consejo, cuando al atravesar una galería donde estaban varias personas vi una estatua que me pareció una de esas diosas que, según dicen, hacen los ianuni, y ya apartaba mis ojos de ella cuando movió la cabeza y dio un paso. Me quedé con la boca abierta y tan estupefacto que todos lo notaron, y no obstante mi desconcierto me llegó un cuchicheo. No sé cómo la ira y la vergüenza no me tendieron ahí mismo como atravesado de un lanzazo; ni cómo no eché mano a la espada y arremetí como un loco contra todos.

»Naturalmente, la historia corrió en un instante por toda la corte. Pasé días horribles porque se me figuraba que todo el mundo reía de mí por detrás. Un día no pude soportarlo más y como al levantar la vista casualmente sorprendiera la mirada

de Hutana fija en mí y sonriente, tiré de mi espada con ánimo de atravesarlo.

—¿Qué pasa? —exclamó Hutana, y en su actitud serena noté algo que me hizo sospechar que yo cometía una locura—. Amigo, ¿qué te ocurre?

—Perdóname; no sé qué me figuré. Un espíritu de Arriman me dominó.

—¡Tú! ¡Tú, a quien Ahura Mazda ha mostrado su favor!

Lo miré asombrado.

—¡Vaya!, ahora eres tú presa de Ahrimán. Hutana rió y acercándose me confió en voz baja: —¿Pero no sabes que eres la envidia de la corte? —¡Con el triste papel que he hecho!

—Amigo mío, estás en la luna. Todos han entendido que pensaste que estabas ante una diosa y no ante Atossa...

—¿Ah, era la princesa Atossa? Pues eso pensé... una diosa... —Bueno; se comenta en la corte que no hay memoria de más fino homenaje que el de tu rostro estupefacto. Su Majestad, Kasaridana misma, lo ha celebrado y te ha puesto por las nubes expresando:

—Caballeros tan gentiles como el joven Darío, nuestra corte los necesita mucho. Nuestros paladines han conquistado el imperio a caballo, pero desde allí no podemos educarlo...

—Así, que... —murmuré, sin saber qué decir.

—¡Eso no es nada! —continuó Hutana. Se inclinó y me dijo al oído—: Corre entre las damas como cosa juzgada que Atossa está enamorada de ti... hecho que, mirándote, no me cuesta nada creer. Se agrega que Su Alteza no sólo ha hecho averiguar, celosamente, si tenías algún amor o preferencias por vagas que fueren, sino que ha dicho que serás de ella. Ten cuidado, hermano... prefiero la ira de Kurash al enojo de Atossa...

—Yo quedé como loco desde ese instante y veía a Atossa dentro de mí, noche y día. Vivía como en un sueño.

»Así pasó un tiempo hasta que una mañana, cuando me dirigía a las salas de los pajes, iba cruzando el paraidaeza^[26] que detrás de la apadana se extendía a lo largo de los muros del harén. Arbustos y flores de todas partes del mundo hacían maravilloso el lugar. Yo caminaba pensando en lo de siempre, cuando al dar vuelta un inmenso rosal... veo a Atossa que me miraba. Intimidado, retrocedía con la cabeza inclinada, cuando oigo una música del cielo.

—¿Por qué huyes de mí, Darío? ¿Es tan fea para ti la pobre Atossa?

Levanté la cabeza y la miré. Era, Artavardiya amigo, ver la gloria misma del Señor... Yo estaba como la piedra... privado del habla; mi alma... había huido... Pero Ahura Mazda se compadeció: me dio fuerzas para balbucear:

—¿Cómo no huir de ti? Eres el resplandor mismo de Ahura Mazda, y yo un mortal...

Vagamente sentí que se acercaba ligera como una brisa; su rostro de gracia embriagadora rozó el mío; oí de nuevo la música celeste.

—¿Soy tan fea? —y me llegó su risa de cristal. Sentí que me ponía algo en la mano, y se desvanecía como si todo hubiera sido un sueño. Aturdido, miré lo que tenía en la mano. Un pequeño rollo. Lo desenvuelvo: «*Llévala junto a tu corazón hasta que mi corazón esté junio al tuyo. Toda tuya*». Y una esmeralda...

—¿A qué decirte como quedé luego de semejante encuentro y mensaje? Y después... nuestras citas fugaces y secretas, único instante en que vivíamos, aunque entre riesgos mortales...

—Sé lo que es eso, señor mío —explicó Artavardiya, y miró afectuosamente al rey.

—Y luego... hermano... aquel horror... los años de separación.

Apartó su rostro un momento; Artavardiya miraba el suelo.

—Por eso, Artavardiya, nunca tomaré a un hombre la mujer que ama.

—Que Ahura Mazda te bendiga, señor.

—Pues bien —dijo Darío—. Así deseo a Babel, y mientras me siga un persa no me moveré de aquí hasta morir o conquistarla. ¿Qué piensas?

—Sombra de Ahura Mazda. Pensaba que esta Ciudad es como una mujer que tiene ya su amado.

—¿Y resistirá hasta la muerte?

—Eso creo, señor. Por lo demás, con los inmensos medios preparados, ya estamos en el principio del fin.

—¿Te parece? —inquirió Darío.

—Señor: los hombres de Babel no pueden hacer lo imposible.

CAPÍTULO XXXVIII

El hijo de la diosa

Al anochecer del 28 de Kislimu, que no en vano significaba «nubes» en las viejas lenguas del País de los Dos Ríos, nació un príncipe en el castillo de Nabucodonosor^[27]. Miles de antorchas iluminaron al instante las calles, y la reina Hayar Malka, la Augusta del Innini-Istar, el generalísimo del reino, Belnahid, los generales Nersar, Baalnabu, Istarmubelit, los embajadores de los pueblos aliados, los legados de los grandes santuarios de Sin en la santa Harrán, de Nannar en Ur, de Innini-Istar de Nippur, de Ea en Eridu; los miembros del Gobierno, los abuelos, tíos y primos del recién nacido y una inmensa cantidad de personas de todas las clases presenciaron la imposición del nombre Nabucodonosor al niño, mientras el actuario mayor del reino registraba con sus secretarios en placas de arcilla y pieles las circunstancias del acto; y escucharon la invocación a los dioses por la vida que comenzaba. Le colocaron el collar —un hilo de oro del que pendían tallados en piedras preciosas el sable de Marduk y el pez de Ea, el rayo tridente de Adar, la tableta de Nabu y el signo de Istar; amuletos y talismanes invencibles—, y luego el shangu mahhu recitó un capítulo del enuma elish. Los mashmashi pronunciaron los grandes exorcismos:

*A mi cuerpo no debes acercarte,
ni precederme ni seguirme.
No debes estar donde esté yo,
ni sentarte, no, donde me siente.
Entrar no debes a mi casa,
ni ponerte próximo a mi lecho...*

Y las letanías:

*En, nombre de Bel Rey del país,
en nombre de la Dama del país,
de Ninurta el héroe poderoso,
de Nusku el Ministro Venerable,
de Istar, Señora de la Guerra.
¡Exorcizado seas!*

Así se tendía una valla protectora contra los demonios de las enfermedades.

Entretanto, en la cámara de la reina Anna-Belti-Ninna, el gran ashipu de Eridu pronunciaba los conjuros para ahuyentar a la Lamashtu, la Maldita que se arroja como leona contra las madres que acaban de dar a luz:

*Contra ti el árbol Tízkur que cierra tu boca,
y el Amhulu, invulnerable al sortilegio,
y el Arbusto But que los disuelve;
Imhur Ashru que no deja que se acerquen
los venenos mortales a los cuerpos,
y la piedra Ittamir que el maleficio
de las Siete Brujas deja en nada...*

—¿Qué podridos colegas, eh? —dijo Nikanor a Hisir, en voz baja.

—He hecho lavar hasta las paredes y traer telas blancas como la nieve, a las que hice pasar por agua hirviendo, y no dejo tocar si no con pinzas —le contaba Hisir hablando en jonio—. A la partera casi la sumergí en potasa y agua hirviendo antes de que tocara a la reina... ¿Cómo la encuentras?

—Maravillosamente bien. Ni pareció que el trance le hiciera mucho. ¡Que muchacha sana!

—Y preciosa... Aró un buen campo el Rey, ¿no?

Los dos médicos se miraron con expresión traviesa. Hacía calor en la cámara. Anna-Belti-Ninna, adormilada, extendió un brazo y se descubrieron las dos esferas perfectas de los senos.

—¡Qué grito poderoso dio el muchacho! —recordó Hisir.

—Es como un toro —asintió Nikanor.

Los ashipi y mashmashi terminaban sus oficios.

—En cuanto estos haldudos dejen de gangosear y se vayan haré limpiar esto —susurró Nikanor.

—Respecto a eso no hay miedo; tienen que observar la más perfecta limpieza para exorcismos —aclaró Hisir.

—Ya sé; pero lo mismo haré limpiar.

Hisir lo miró, riendo suavemente.

Había un tazón lleno de vino ardiente de dátiles; Hisir introdujo las manos largo rato; las dejó escurrir; cuando estuvieron enjutas se acercó a la reina; le tomó el pulso; le tocó la frente.

—Duerme como el hijo.

Tebitu fue un mes de vientos helados; Shebaitu hizo honor a su nombre, que vale por «destrucción», a causa de las violentas tempestades que en sus días recorren la Naharanna. Cuando comenzaba Adaru, último mes del año, los generales de Nabucodonosor III supieron que el enemigo había terminado sus preparativos. A pesar de que casi todo el imperio estaba en rebelión contra Darío, este había podido extraer de ese semillero de hombres que eran las Tierras de Arriba, nuevos ejércitos, y por primera vez la fortuna comenzaba a premiar su constancia. Vaumisas, enviado para reforzar a Dadarshish pudo vencer a los armenios que habían avanzado hasta Achitu en Asiría. Era a fines del año que llamamos quinientos veinte antes de Cristo, y los generales persas atrincherados en Parthava, Hircania, Sagartia, Media, Armenia y Kurdistán realizaban una estrategia de dilación, esperando los resultados de la gran lucha que se avecinaba en Babel.

Las fiestas de Año Nuevo tuvieron todo su esplendor milenario y al inaugurar su segundo año oficial —en realidad tercero—, de reinado, Nabucodonosor III apareció entre su pueblo envuelto en la llama viva de las gemas centelleantes. La alta mitra blanca estaba ceñida por la banda escarlata, cuyas puntas le caían sobre la espalda; la túnica, la sobreveste, el cinturón, estaban constelados de piedras preciosas, rubíes y esmeraldas que ardían al claro sol del 1 de Nisán del año que llamamos quinientos diez y nueve.

La corta sobreveste de color azul claro sembrada de rosas de oro, ondeó cuando el Rey tiró de la cimitarra y levantándola en el aire brilló la hoja refulgente. Era el signo de que Istar, señora de las batallas, estaba todavía con su pueblo.

Y este rodeaba a su Rey, y su aclamación oceánica rodaba como un trueno lejano, repercutía en las murallas y llegaba hasta Darío que a menos de un par de miles de pasos de los bastiones, contemplaba como fascinado a Babel.

El acto final de los misterios sagrados del Enuma Elish eran las Bodas Divinas en la noche del 12 de Nisán. Desde mediados de Adaru la Novia era macerada por las acolitas en mágicos aromas. En el anochecer de la inminente primavera ya tibia y florecida, el cortejo sagrado, solemne, inmenso, remontó como un lento océano la rampa del Etemenanke hasta la dorada *Cámara* de las Bodas Divinas.

La Diosa viviente no llevaba más que los zapatitos dorados, el gran brazalete de rubíes de Sarpanit y el collar de Innini-Istar; una red de perlas le sujetaba los cabellos y mágicos aromas la vestían.

Los grandes ojos oscuros miraban a su dueño y él se internaba en ellos como en una noche de diamantes.

—Sombra del Cielo en la Tierra... —susurró Hayar Malka.

—Luz del Paraíso... —respondió el Rey. Ella lo metió contra sí tan

estrechamente que Nidinta Bel sentía el latir de su corazón.

Se sentaron en el lecho. La mesa de cristal estaba cargada de manjares: copas y cuchillos producían un son hondo y dulce.

Ella le servía trocitos tan a punto que se deshacían apenas puestos en la boca, y vino aromatizado.

—Queridito, ese trozo te gusta a ti...

—A ti también; tómalo.

Ella lo tomaba pero con la beca lo ponía en la de Nidinta Bel; como este no quería privar de su bocado favorito, ella le tomaba el rostro y lo apretaba contra el suyo.

Nidinta Bel miró la piel de tigre y sobre ella como dos rosas los piecitos de Hayar Malka.

—Este vino tiene fuego —confió ella, mirándolo de soslayo.

—Sí; le ponen no sé qué...

—No te olvides, vida mía, de aquello.

—¿Qué cosa, tesorito? —inquirió Nidinta Bel.

—De lo que me prometiste aquella noche en el bit hilani del Canal.

—¡Cómo olvidarlo, corazón! —y levantando el rostro de Hayar Malka lo besaba.

—¿De veras, querido? —repetía—. Te debo tanta dicha... y si pasara algo... yo no...

—Yo pienso lo mismo —contestó él—. Te amo tanto...

—¿Cómo la primera vez? —preguntaba ella con un susurro trémulo.

CAPÍTULO XXXIX

El duelo de los titanes

El estruendo de la enorme batalla alcanzaba hasta el cielo y era incesante noche y día, porque los centenares de barcas incendiadas alumbraban el vasto campo de batalla y los persas querían agotar no solamente los elementos de guerra de los babilonios, sino también sus cuerpos y sus almas. La guerra se había vuelto feroz y para aterrar a los sitiados, algunas tropas incontroladas de Darío crucificaban o empalaban a los prisioneros a la vista de las murallas.

A fuerza de energía y sin reparar en pérdidas, los persas, luego de una semana de pelea sin tregua entre las ruinas de Sippara y en el río, mientras elevaban terraplenes titánicos al nivel de las murallas del sector Este, habían llegado a menos de quinientos pasos del Maravilla de los Pueblos y algunas avanzadas habían logrado, por momentos, pisar la inmensa Explanada.

Mientras observaban las humaredas que se elevaban en el Eufrates y en Sippara, los generales deliberaban en la mañana del 11 de Iyar con el Rey, sobre la posible conveniencia de lanzar una contraofensiva.

—Este sector, en realidad, se ha vuelto muy vulnerable —dijo el Rey.

—Como lo teníamos previsto, señor —respondió Belnahid.

—¡Claro! No podemos evitar que ataquen por allí o lancen sus barcazas.

La gran desventaja de los babilonios era la falta de terreno para maniobrar. Todas las veces que lo habían querido habían rechazado al enemigo, pero no tenían espacio para montar un gran despliegue estratégico que permitiera asestarles un golpe fuerte.

Mientras cambiaban ideas llegó aviso de que los persas habían traído enormes refuerzos y reanudaban el asalto.

Cuando el Rey, que iba con Hayar Malka, Istarmubelit, Adar Malik, Belnishishu, Assurbelkala y muchos otros jefes y miembros del Consejo de Guerra salió a la Explanada, la batalla ardía furiosamente desde la orilla del río, donde los persas avanzaban en masa siguiendo el borde mismo de las aguas y protegiendo sus propias barcazas cargadas de hombres, hasta algún lugar detrás del Esagila.

—¡Por la maza de Gilgamesh! —exclamó Istarmubelit—. Es el ataque de una maldita avispa.

No podía ser más acertada la comparación porque, espectacular y peligroso como era este ataque de la extrema derecha enemiga, e imposible de bloquear sin operaciones grandes y de riesgo; por otra parte y por el momento al menos, se desarrollaba sobre un frente demasiado estrecho para constituir un peligro inmediato

y mortal. Para que lo fuese debía extenderse hasta la Puerta de Istar y hacer caer este bastión. Pero aquí estaba el corazón político, religioso y sentimental del País de los Dos Ríos, y de ningún modo se podía permitir que el enemigo hiciera pie a la vista del Maravilla de los Pueblos.

Todos rieron de la comparación de Istarmubelit, ya que, en efecto, la situación era la de un guerrero acorazado al que una avispa amenazara el rostro descubierto, y se *lanzara* derechamente a los ojos.

Acordaron ejecutar un contraataque por la izquierda —es decir, el ala este del ataque persa—, apoyándose en los caseríos de la avenida Arco de Istar y en poderosos destacamentos de la Bab Belti; y otro contraataque en el centro para desarticular el dispositivo persa. Junto al río lo estrecho del terreno obligaba al enemigo a presionar de frente, tratando de arrollar a los patriotas por el puro peso de las masas.

Mientras se tomaban estas disposiciones se notó que el asalto persa progresaba con ímpetu irresistible; era evidente que los persas habían lanzado un mar de hombres en una operación extraña y costosa para apoderarse por dentro de la capital.

—¿Habrán lanzado todo el ejército aquí? —inquirió el Rey.

Llegaban las fuerzas necesarias para el contraataque y mientras tanto se preguntó por señales a las fuerzas apostadas en los bastiones del Este y del Sur qué hacía el enemigo. Momentos después llegó la respuesta: «Sin novedad». Baalnabu tomó la dirección de la derecha del ataque; Istarmubelit la del centro con una brigada de veteranos y otra de tropas nuevas que él mismo había adiestrado. Nersar se encargó de contener el ataque de la extrema derecha enemiga. Adar Malik llevaba a los voluntarios que aunque tenían armas y entrenamiento inferiores apoyaban muy bien a las tropas de batalla; se encargaban de heridos y prisioneros, y contra tropas diezmadas o fatigadas actuaban como las mejores. Y detrás iban destacamentos que apoderándose de las armas enemigas tomaban parte enseguida en la lucha.

Poco después de mediodía la situación se configuraba como delicadísima. Varias brigadas persas de caballería, en un asalto de salvaje energía habían pasado por encima de su propia infantería y de la enemiga y habían irrumpido en la Explanada, llegando algunos pelotones hasta los fosos mismos del Maravilla de los Pueblos, y cortado, por la avenida de Marduk, las comunicaciones con la Puerta de Istar.

Sólo se detuvieron ante el muro de lanzas de los coraceros a caballo con los que Nidinta Bel había dado la carga decisiva en Pelusion, y la infantería veterana del Haraiva, Uvarazmiya y Mizri.

Los persas notaron la presencia de Nabucodonosor III y de algunos de los grandes jefes. Se veía a los generales persas deliberando, y desde las primeras filas, los babilonios habían reconocido a Arsaces, sátrapa de Katpatuka, a Aryaramnes, primo de Darío, a Arsames, Kutana, Artavardiya, Artakshatra y otros grandes caudillos.

Belnahid mandaba en jefe la defensa. Con tranquilidad pasmosa dictaba sus disposiciones: delante, pero junto a los lanceros a caballo puso líneas de arqueros que jamás erraban el blanco y que mellarían en parte el filo del ataque; detrás, grandes balistas y catapultas que tiraban por elevación.

Luego el enemigo se lanzó en masa; los babilonios sintieron temblar el suelo y vieron los rostros de los jinetes agachados sobre los caballos.

—¡Atentos a las órdenes, muchachos! —gritó Belnahid. Casi enseguida los jefes de las máquinas gritaron:

—¡Disparad!

Se oyó el chirrido de las balistas, el silbido de las grandes flechas, el susurro de los proyectiles que pasaban por encima de las cabezas, y se veía a los jinetes y caballos caer como fulminados o hacer extraños movimientos.

—¡Arqueros! —gritaron los oficiales. Tomaban fríamente su blanco, disparaban, y se veía a los jinetes levantados por el impacto hacer contorsiones absurdas, un ademán horriblemente cómico, y luego derrumbarse bajo los cascos de los caballos. Un alto jefe, a juzgar por su casco dorado, se empequeñeció de golpe sobre su caballo y no se le vio más: una gran piedra de catapulta le había aplastado la cabeza. Otro jinete dobló la *cabeza* como si su cuello fuera un trapo y todavía avanzó un segundo con la *cabeza* colgando: un gran dardo le había seccionado el cuello.

Miles de cosas terribles vieron los babilonios en ese instante irreal en que la inminencia de la muerte multiplica y agudiza las facultades de percepción hasta un grado increíble. Pues todo eso no duró ni medio minuto.

El choque resonó como un enorme trueno; se sintió conmoverse las filas en una inmensa repercusión metálica que hacía crujir hasta los huesos: tan aguda fue la vibración del aire. Hasta pareció que sobrevenía por un momento un extraño crepúsculo. No se oía nada individual: todo era un interminable clamor sobrehumano y un monstruoso jadeo.

Nidinta Bel miró a Hayar Malka, conmovidísimo, porque sabía que soportaba este horror innominable con tal de estar a su lado.

Le oprimió cariñosamente una mano; miró el rostro querido que estaba sereno; los grandes ojos oscuros no descubrían el menor temor.

—No olvides que soy hija de una raza guerrera —sonrió la Reina.

—Tesorito querido —dijo el Rey en voz baja.

Luego miró a Belnahid que, tranquilísimo, pero con ojos sagaces y rápidos, observaba la batalla y reflexionaba tan apaciblemente como cuando estudiaba en la Gran Casa de las Tabletas. Se acercó al Rey y le dijo con un tono tan corriente como si hablara del tiempo:

—Todo va muy bien, señor, ya que los hombres han aguantado el primer choque. Esto ya está ganado; nuestros muchachos son maravillosos... Su Majestad sí que es

valiente —agregó, mirando cariñosamente a la Reina.

—Me pregunto cómo habrán salido Istarmubelit y Baalnabu —habló el Rey—. Todavía han de estar en las primeras fases. Si pueden desarrollar bien la operación, hoy los aplastamos... Viene otra carga, cuidado con Su Majestad...

Llegó de nuevo como una tempestad; un huracán de hierro. Los oficiales habían gritado sus órdenes, tajantes como sablazos y las miradas fijas y las almas tensadas hasta lo sobrenatural captaron extrañísimas escenas. Un atacante quedó por un segundo acostado sobre el caballo con las piernas al aire en v, como si jugara; otro dio un salto tal que un tercer jinete pasó en ese instante por debajo de él.

CAPÍTULO XL

Hayar Malka va al paraíso

Casi frente mismo al Rey una carga afortunada pasó por encima de la línea patriota y los primeros caballos persas saltaron dentro del dispositivo. Detrás llegaban arqueros que dirigían los caballos con las rodillas y casi sin apuntar disparaban con puntería mortal. Mataron a Tutul, que había salido indemne de cien batalláis y a Ittamir, que tenía siete collares del valor; a Tugulti, que en el Uvarazmiya había derribado a veinte escitas y a Shapibel, que jamás había errado el blanco; a Kusar que era como una muralla en los combates, a Kakkabu, que con su cimitarra parecía un segador, a Urengur, que en la batalla había sido como un fuerte que marchaba indetenible. Todos estos paladines del pueblo yacían entre el polvo del combate, rodeados de enemigos muertos.

Y mataron al buen Burlipie, que había luchado por la libertad y ahora estaba extendido junto a los cascos del caballo de Nikanor. Cuando este vio así a su amigo, cuya bondad y mansedumbre lo habían conquistado, se sintió arder de rabia y atropello con furia. Levantó a un persa en la punta de la lanza; luego mató a otros dos hombres más, riendo con ferocidad.

—¡Eh, que tu misión es curar! —le gritó el Rey, que estaba cerca y que no esperó la respuesta de Nikanor porque Belnahid le hablaba con premura.

—Hay mucho peligro para Su Majestad, señor —previno, indicando a la muchacha que estaba al lado del Rey.

—¿No lo hay para todos, mi buen amigo? —respondió sonriendo Hayar Malka.

Fue a decir algo al Rey, cuando repentinamente inclinó la cabeza y vieron que una flecha la había herido en el corazón mientras miraba por última vez a Nidinta Bel...

—No ha sentido nada. La muerte que escribe cosas tan horribles en nuestros rostros, solamente ha empalidecido el suyo —dijo Hisar. Y el gran médico quedó como abismado en sí mismo, contemplando acaso un mundo menos siniestro.

—Ha ido una santa al Paraíso —murmuró Belnahid. Y cuando caía la tarde y llevaban a Hayar Malka, las mujeres del pueblo que la acompañaban creían ver una niña dormida.

A la luz de los vastos incendios continuó durante la noche la persecución implacable del enemigo, completamente derrotado luego de más de veinte horas de combate, en que el pueblo al saber que habían matado a la Reina, había surgido de todas partes, y, unido al ejército había avanzado sin que hubiera fuerza humana capaz de contenerlo. Habían atacado con tal furia que pasaron por encima de Sippara de un

solo golpe y avanzaron hasta no ver más un enemigo. Junto al río, donde fuertes grupos enemigos habían quedado aislados por el ataque de Baalnabu e Istarmubelit, se desarrolló un combate salvaje hasta que el enemigo fue exterminado. Desde la Explanada hasta más allá de Sippara el suelo, las calles, las casas... estaban cubiertas de muertos y heridos.

Y ahora, al amanecer, rodeaban al Rey sus desolados generales victoriosos.

—Se ha dormido... un poco antes que nosotros; nada más, señor —dijo como saliendo de un sueño, el férreo Istarmubelit, que no tenía igual en él combate de la lanza.

Pero su corazón estaba lleno de ternura y su alma sencilla era la de un niño; sus hombres lo adoraban y lo seguían hasta el infierno.

Cuando le daban bromas porque no visitaba dos veces a la misma muchacha, contestaba:

—Es que si volviera a estar con ella, ya no iría más a las guerras... Y esto no puedo hacerlo.

Ahora lo abrumaba un gran dolor. ¡Hacía tanto tiempo que conocía a Hayar Malka! Recordaba aquel día de combate y cómo le habían dicho a Nidinta Bel:

—¡Llévala! Es tu prisionera.

Ella los había hecho prisioneros con su bondad.

Dejó de ver lo que tenían ante sí —¡cuan insondablemente doloroso!—, y le pareció que se encontraba en el Haraiva y que iba por las callejuelas de la guarnición con Lugal Bau, Belnahid, Kakkabu —también él había muerto el día anterior—. Habían ido a ver cómo seguía Nidinta Bel y le habían llevado víveres y algunas comodidades que habían podido conseguirle.

Ahora regresaban comentando:

—Ya pasó lo peor —decía Lugal Bau—. Lo ha salvado la muchacha.

—Sí... lo ha cuidado como una... madre. ¡Y qué linda es! —admiró Belnahid—. Nunca he visto una reina... pero, se me figura que tiene que ser como ella.

—Y a pesar de esas ropas raras que usan aquí —*había* exclamado el pobre Kakkabu.

Y él mismo, Istarmubelit, había añadido:

—Por ahí se ve que la muchacha es preciosa. Los ojos parecen dos cielos.

—¡Bueno! Con ropas de lujo y joyas cualquier mujer es preciosa.

Lugal Bau había reído.

—Chicos; ¡y más preciosas si no llevan nada! Todos habían reído alegremente. De pronto Lugal Bau se había puesto serio, y hablado con tono importante. —Pero no habéis reparado en lo principal. Todos lo habían mirado sin saber qué quería decir. — ¿No habéis notado que ella duerme en el suelo, sin nada, para no molestarlo? Por eso hice que lleváramos esos abrigos de cama, como si fueran para Nidinta Bel. ¡Pobre

muchacha! Dormir en el suelo con los fríos terribles de aquí.

Al oír eso Istarmubelit había sentido una emoción inexplicable y desde entonces había mirado a Hayar Malka como algo misteriosamente santo; como aquellas montañas de silencio; como lo que sentía cuando contemplaba las filas de soldados destinados a morir; como cuando miraba al pueblo de Babel.

Luego habían venido esos años en que, a través de peligros inmensos, un gran destino se había encarnado en ese grupo de babilonios que habían restablecido la independencia. Cuando Hayar Malka llegó a Babel le pareció natural que hubiera sucedido así, y cuando fue su reina pensó que las cosas del mundo eran, por fin, como debían ser. El, Istarmubelit, no había conocido a sus padres, y ahora los había encarnado en su Rey y en su Reina.

—Era una santa... por eso se ha ido —pensaba. Aunque recorriendo otro camino de meditaciones, había llegado a iguales resultados el aristocrático y elegante Baalnabu. Bajo su expresión un tanto burlona y displicente se ocultaba el sentimiento insobornable de la rectitud y una ternura que se disfrazaba de ironía.

—Muchas mentiras hay, pero el Rey y la Reina son una verdad —había pensado muchas veces. Sabía que habían dado el ejemplo y tomado el camino austero y duro del deber, sin una palabra.

Y ahora, mientras miraba por última vez a su Reina, Baalnabu sabía que estaban en el principio del fin...

Un océano humano en silencioso llanto acompañó a Hayar Malka el 13 de Iyar hasta la capilla de la Dama Celeste en el Innini-Istar. Y un coro de mujeres del pueblo la despidió.

—¡Duerme, ángel mío...!

CAPÍTULO XLI

El principio del fin

Cuando se vieron los estragos de la batalla todos quedaron horrorizados, inclusive los veteranos de uno y otro lado, del Uvarazmiya. Los cadáveres formaban verdaderas colinas en la Explanada; en el sector donde Nersar, Istarbmubelit y Baalnabu habían cogido en medio a las fuerzas enemigas, y en muchos lugares de las ruinas de Sippara. Se encontraban muertos hasta sobre los techos de las casas y en los ramajes de los árboles, tanta había sido la furia de los combatientes.

Ante el peligro de la peste inminente, los de Babel gestionaron una tregua para recoger y enterrar a los muertos, a la que accedió Darío porque en la batalla habían caído centenares de sus nobles más ilustres, príncipes de la familia aquemenide, sátrapas y generales.

La tregua, de hecho, duró meses, porque los ejércitos habían resultado semidestruidos. Ni la voluntad misma de Darío podía imponerse al espanto de los hombres y la depresión de los espíritus.

Fue otro tiempo de horror ver morir a los heridos por millares. Ya no se atrevían como en los viejos tiempos a rematarlos de un mazazo en la cabeza y los hombres agonizaban días y días.

Los exorcistas se lo pasaban cumpliendo ritos mágicos y pronunciando encantaciones y letanías.

—*Mashmash Ilani...*

—*Bel pirishti...*

—*Bel shipti...*

—*Bel me balati...*

—*Bel nimeqi...*

*su dios, se ha ido lejos de él,
a su cuerpo, su diosa no se acerca.
Marduk lo ha visto. ¿Qué puedo yo?
Anda, Marduk, ve, hijo mío;
haz una imagen de su cuerpo
Con un trozo de arcilla del abismo.
De Eridu el conjuro ha de cantar,
vuelve su rostro hacia Poniente*

*para que el Namtar perverso
afloje sus garras del enfermo...*

Mas no salvaban a ninguno con estos ritos y conjuros, en contraste con los médicos egipcios y griegos que con intervenciones y procedimientos racionales salvaban a los que era posible salvar.

Un soldado de guardia en un depósito de heridos, harto de los cantos y conjuros, no pudo soportarlos más, y una noche, viendo agonizar a su hermano, estalló:

—¡Dejadlos morir tranquilos, malditos seáis!

—Los matan con sus malditos galimatías —increduló otro.

En efecto: los conjuros eran pronunciados en sumerio y akadio, lenguas muertas desde hacía muchos siglos, y que por supuesto los conjuradores desconocían.

—¡Estos saltarines gangosos no conocen su saliva!

—¡Nunca vi que curaran a nadie!

—¡Vete con tu Belpirishti! —se mofó uno, y de un lanzazo abatió a uno de los exorcistas.

Fue la chispa. En un instante exterminaron a todos los que encontraron y el asunto se extendió a los otros hospitales.

La maravillosa victoria arrancada al más temible de los ejércitos hizo comprender a los babilonios que aún reducidos a su capital constituían una formidable fuerza militar. Al fin y al cabo la situación no era peor que la que habían sufrido en tiempo de Sargón, Sennaquerib o Assurbanabal, para no hablar del saqueo de Mursil el hitita y de Gandish el kassita.

¿No había hecho Sennaquerib pasar a espada la población, incendiar la ciudad y desviar el Río de modo que sus aguas cubrieran todo? ¿Y Assurbanabal no había vuelto a destruirla? Y sin embargo, cuarenta años después los babilonios habían borrado de la tierra el imperio de Assurbanabal...

Algún otro solía recordar al indomable Mardukbaaliddin que durante muchos años había sido la pesadilla de los reyes asirios Sargón y su hijo.

—El pueblo debe saber lo que han hecho nuestros antepasados —había dicho Nabucodonosor III, recordando un tema favorito de su gran profesor Mardukiddin, y ahora muchos dejaban las ceremonias religiosas y se iban a presenciar esa extraña novedad, de los hombres que en las plazas, mercados y talleres leían a la gente los anales y crónicas, entre los aspavientos de los del Esagila que hablaban de los «sagrados secretos» sacados a la luz pública.

Entonces se reveló una vez más el superior entrenamiento de los ianunas en cosas de la inteligencia y libertad de juicio. Vivía en Babel un samio llamado Erixíkrates

que ya en su tierra había aprendido y cultivado la ciencia de las cosas del pasado. Venido a Babel, lo había fascinado su grandeza y antigüedad inmemorial. Por un permiso de Kurash tuvo acceso a los archivos reales y llevaba muy adelante una historia escrita con tan sencillez y visión, que la gente creía vivir los acontecimientos que describía. A toda hora y lugar alguien estaba leyendo en voz alta alguna parte de su libro y hasta los actores representaban, teatralizándolos, sus episodios ante un público que vivía un mundo jamás sospechado hasta entonces.

Los generales sabían que la situación sería insostenible en cuanto los persas atacaran en dos frentes, y por ello, cuando a fines del mes de Sivan comenzaron a construir terraplenes colosales cerca de las murallas, comprendieron que el fin se acercaba. Docenas de miles de hombres se turnaban sin tregua bajo la protección de vastas techumbres portátiles, y colocaban montañas de ladrillos secados al sol junto a los muros del sistema de Kish, del de Nippur y de la Puerta del Sur.

Poco podían hacer los sitiados. Toda reacción conduciría a gastar sin mayor provecho los elementos de guerra y armamentos que ya escaseaban visiblemente, pues las armas eran heterogéneas, recogidas en las últimas batallas, que por otra parte habían consumido elementos ireemplazables. Había que cuidar los víveres porque prácticamente las regiones del desierto habían dado todo para la inmensa población de la capital...

De cualquier modo para cuando este problema se hiciera serio, haría tiempo que todo habría terminado.

CAPÍTULO XLII

La hija de Bel del Horizonte

El 22 de Airu del segundo año oficial de Nabucodonosor III, el pueblo y el ejército rogaron al Rey que tomase esposa.

Se pensaba, y acaso con razón, que el Rey y todo lo que se relacionara con su vida era imagen y presagio de la comunidad. Rey sin descendencia y por añadidura, sin esposa, parecía hombre de quien los dioses se alejaban, con igual peligro para el reino, y por ello la posesión casi habitual de un harén numeroso era una necesidad religiosa más que una admitida exteriorización de poder.

El gran amor que el pueblo sentía por Hayar Malka y Nidinta Bel había neutralizado las insinuaciones tendenciosamente ominosas de los enemigos ante el hecho de que no tuvieran hijos. Felizmente, la Gran Novia había quedado encinta inmediatamente de la hierogamia y esto fue considerado señal patente del favor de los dioses... Nabubaaliddin, archivero mayor del reino y depositario de las leyes, lo expresó en nombre de todos.

—Durante once días hemos llorado a la Madre Hayar Malka, por cuya vida sagrada hubiéramos dado las nuestras. Pero la llamaron los Señores del Cielo. Ahora bien, señor nuestro, según la ley antigua, de la que no se puede transgredir un punto, así como el Trono del Dragón no puede estar sin ocupante, el lecho del Rey no puede estar sin reina que alegre su corazón...

—Como el campo fértil es para el arado, así es la mujer para el hombre; y como la semilla para la tierra húmeda y cálida, así el hombre para la mujer —enunció el legado del E-daragh-anna, y la Augusta del Innini-Istar hizo un gesto de asentimiento.

—Los Augustos llenaron a Babel de muchachas hermosas para que Su Majestad elija según su corazón —expresó el enviado de Harrán la santa.

Y luego habló la enviada secreta de la Augusta de Ur.

—Rey, reflejo de Nannar: por la ley de días muy lejanos, tú, el patesi en Sumer y el isakku en Akkad, eres el dueño del país, sus hombres y mujeres. No tienes más que nombrar tus elegidas...

La mañana del 2 de Sivan estaba tan límpida, tibia y aromada que las gentes decían que era la sonrisa de Istar, deseosa de consolar a su pueblo y darle un día de dicha y olvido.

Pero cuando Anna-Belti-Ninna apareció en la entrada del Lugalsaggizi —en el que residía desde el 2 de Nisan del año anterior—, todos pensaron que la Señora

misma había venido desde el Cielo.

—La Señora anda en Babel —decía el pueblo.

—¿Será la Dama del Cielo? —preguntó un soldado a otro.

—¡Ya quisiera! ¿Más hermosa que la Reina?

Mujeres del pueblo habían tejido la tela de la ceñida túnica que vestía; tela parecida a esas nubes mórbidas, translúcidas y como saturadas de luz que fascinan los ojos humanos en algunas mañanas de verano. Luego de aromarla y vestirla, la habían cargado de gemas. La tiara estaba medio cubierta por un turbante formado por una banda de perlas al medio, otra de rubíes y una tercera de esmeraldas, y en los zapatitos blancos llevaba turquesas y zafiros.

La muchedumbre era tan inmensa que la litera abierta avanzaba apenas y tardó cerca de una hora en llegar hasta el puente sobre los fosos que rodeaban el Maravilla de los Pueblos.

Anna-Belti-Ninna misma llevaba a su hijito y lo levantaba para que lo vieran las muchedumbres, a las que costaba trabajo no creer que era Istar misma: tan seductora estaba.

La ceremonia se realizó en el inmenso patio antes de llegar a la Sala del Trono y los testigos de los reyes fueron de todas las clases. Para unir las palmas de las manos el pueblo designó a Malik, el ejército a Istarmubelit, y para atarlas con un cordón, a Mylitta, la madre de Anna-Belti-Ninna.

La Sala del Trono resplandecía con los rayos irisados que se filtraban por los vidrios asirios historiados y daban en los muros y pavimentos de esmalte produciendo efectos maravillosos de color.

Cuando los reyes ocuparon los tronos todos pensaban:

»—Marduk e Istar han tomado en persona la soberanía de Babel”.

Y luego del homenaje al Rey los tres mil presentes lo prestaron a la divina emperatriz. Era la segunda vez que una mujer se sentaba públicamente al lado del Rey.

¿Pero, qué no había cambiado en Babel?

Prácticamente no había quedado más autoridad que la del pueblo y el ejército, y estos, desde hacía tiempo, pero en especial desde el 11 de Iyar, no eran más que una sola cosa.

—¿Cómo había venido a suceder esto? —se preguntaban muchos, ante esta novedad apenas concebible.

Nikanor, que había visto tantas revoluciones en las tierras de los ianunas, lo resumía una noche, de sobremesa, con varios amigos.

—Ha sucedido algo simple y maravilloso. Se ha escuchado la lección que nos daban las cosas mismas; lección que el pueblo sabía de memoria pero que sus gobernantes ni sospechaban.

—Siempre mandaba uno que no sabía lo que mandaba —comentó Assurballit—. Por eso había tantos castigos.

—Ahora comprendo que lo que llamaban orden era desorden. Hombres mantenidos en eterna niñez.

—¡Qué caos! ¡Qué complicación de locos! —rió Hisir—. El otro día encuentro al Rey y a la Reina paseándose tranquilamente y cuando les pregunté cómo habían encontrado tiempo, el rey rió:

—¡Las cosas parecen hacerse solas ahora, amigo! Hasta creo que uno de estos días me van a comunicar que este oficio de rey no hace ya falta... ¡si es que alguna vez la hizo!

—Jamás he visto a un hombre reír con mejor humor —continuó Hisir—. ¡Y pensar que de los quinientos reyes que hemos tenido casi todos vivieron temblando y matando...!

CAPÍTULO XLIII

El fantasma

El fantasma había andado por los campamentos persas sin que nadie, al principio, captara su presencia u oyese sus silenciosos pasos. Quizá siempre había estado presente pero no había salido del alma de algunos hombres.

Los sucesos lo habían puesto en movimiento. Los prisioneros babilonios y de los otros pueblos rebelados, y los prisioneros persas liberados por los babilonios habían sido los vehículos de la «infección».

«Impostura» lo llamó Darío, y así lo hizo escribir en la roca de Behistún. Pero cualquiera que esté en su sano juicio sabe que luchar por la libertad de la patria y morir por ella no es una impostura.

Rumores extraños rodaban por los campamentos, observaciones singulares motivaban conversaciones insólitas, luego de las cuales los hombres quedaban inquietos y preocupados.

Se habían puesto en marcha dando por supuesto una campaña breve y fructífera como en tiempos de Kurash; tan fácil que parecía que los vencidos merecían la derrota. Pero los formidables golpes asestados por los babilonios comenzaron por infundirles respeto que terminó en admiración. Muchos persas eran sagaces y se interesaron en lo que pasaba entre sus adversarios y cuando lo supieron, la propia causa les inspiró aversión.

Un día llevaban a crucificar a un medo que había caído prisionero luego de defenderse valientemente.

—¡Perros esclavos que morís como, moscas por un amo! ¡Muero contento por mi pueblo! —gritó a los persas que lo llevaban.

Otro día un batallón de prisioneros se negó a trabajar en los terraplenes. Los persas vieron que deliberaban entre ellos y que luego destacaban a uno de los suyos, que se adelantó.

—Hablo en nombre de todos —dijo el hombre—. No somos esclavos vuestros ni de nadie. Allá —y señaló hacia Babel—, defienden lo suyo, y no vamos a mover un brazo contra ellos.

El jefe persa lo miró asombrado.

—¿No?

—No —contestó el prisionero mirándolo serenamente.

El jefe quedó un instante sin saber qué hacer. Luego se volvió a sus hombres.

—A ver, cuatro de vosotros. Llevad a este perro y que lo crucifiquen.

Nadie se movió. Estupefacto, el jefe repitió la orden, añadiendo:

—¿Estáis sordos o qué?

Se acercó furioso a un jefe de veinte hombres y le pegó en la cara con el látigo.

—Tú, ¿has oído?

El jefe de veinte respondió impasible:

—He oído, señor.

El otro levantaba ya su sable cuando lo detuvo el rumor hostil y amenazador de los hombres.

—¡No somos verdugos!

—¡Hemos venido a tomar a Babel, no a crucificar hombres!

—¡Es asqueroso!

En ese momento pasaba un general con su escolta, y notando algo extraño se detuvo. Cuando el jefe le hubo explicado lo que ocurría, el general miró curiosamente al prisionero. Luego avanzó hacia la línea persa.

—¿Os ha enloquecido Ahrimán? ¿Os habéis vuelto rebeldes? Se dirigió a los cuatro hombres que tenía más cerca. —¡Tomadme este hombre y llevadlo!

Ninguno se movió. El general se lanzó hacia adelante y atravesó a los tres primeros con la lanza, cuando al ir a herir al cuarto notó que llevaba tres brazaletes del valor y el collar de huverzyanga, y se detuvo admirado.

—Tú, valiente, que llevas tantos premios, ¿eres rebelde? —Rebelde, no; no soy verdugo.

El general pareció a punto de agredirlo, pero se detuvo. —¿Quién te hizo huverzyanga? —El Rey sin igual, señor.

—Has andado mucho, ¿eh? —inquirió el general—. ¿Has guerreado con los ianuni?

—He combatido con ellos, señor.

—Y allí... y allí... oíste muchas cosas... hum —comentó pensativo—. ¿Estuviste mucho tiempo allá? —Tres años, más o menos, señor.

El general se quedó mirándolo. Luego le preguntó en griego: —¿Oíste allá la palabra «eleuthería»? —La he oído, señor.

—¿Cómo se dice en persa «eleuthería»^[28]? —No la tenemos... creo. —La palabra... ¿o qué?

El huverzyanga sonrió ambiguamente.

—Digo que no sé si tenemos esa palabra.

El general sonrió también ambiguamente. Se volvió al jefe del batallón que había desobedecido.

—Deja las cosas como están.

Luego partió con su escolta.

El Consejo de los Persas concordó que el tiempo no los favorecía tanto como

habían pensado. Cierto que Babel se debilitaba en elementos de guerra, pero de día en día sus hombres se agigantaban en ánimo mientras que las propias tropas no sólo estaban desmoralizadas sino también irritadas.

Darío se volvió a Hutana.

—Tú, que cuando discutíamos después de la muerte del mago, te declaraste con palabras terribles contra la monarquía, y en favor del gobierno del pueblo, de la multitud, di lo que piensas.

Hutana se quedó callado. Darío lo miró atentamente, y luego, extendiendo la diestra, expresó:

—Por esta mano que mató al mago, y por el señor Ahura Mazda, juro que sin temor de enemistad ni venganza, puedes hablar.

—Yo pienso, señor, que los hombres de Babel...

—... están haciendo algo grande, ¿eh? —interpuso Darío.

—Tú lo has dicho, señor.

—Adelante, adelante —incitó Darío, viendo que Otanes no seguía.

Otanes sonreía, evidentemente sin deseos de hablar.

—Ah... aquí también hay quienes sueñan con un rey de barro que la chusma modele a su gusto —exclamó Darío con amarga mofa—. Y como cambia tanto de gusto, al fin no habría quisque que alguna vez no hubiese sido rey...

El rostro de Otanes tenía una extraña expresión. Darío lo miraba atentamente, y continuó:

—Ya sé lo que piensas: que ese rey de barro y esa chusma saben morir como bravos...

—Tú lo has dicho, señor —repitió Otanes.

—Y tú, Artavardiya, que algunas veces piensas como Hutana: ¿qué dices?

—Señor, pienso que habríamos de apresurar las cosas.

—¿Tan extendida está la impostura entre los nuestros? —preguntó Darío, que había comprendido perfectamente.

Gobryas sonrió irónicamente.

—¿Impostura, señor? Otros no le llaman así.

—¿Cómo, entonces? —inquirió Darío.

—No sé si con una palabra se puede explicarlo, señor. Pero parece que se comienza a sentir que donde hay amos la vida es igual a la muerte.

—¿Qué? ¿Te ha atraído Vahyasdata?

—¡Ahura Mazda me libre y guarde, señor! —rió el gran general, que lo había acompañado en la terrible aventura en el castillo de Sikhyauvatis, cuando mataron al falso Smerdis. De habitación en habitación lo habían perseguido hasta que lo habían acorralado en una cámara que estaba a oscuras, y Gobryas lo tenía estrechamente agarrado.

—¡Dale! ¡Dale! —gritaba Gobryas a Darío. Pero este no distinguía nada; sólo oía la respiración entrecortada de los dos hombres que luchaban ferozmente. «¡Temo herirte!», respondió Darío. De pronto sintió el estertor de Gobryas, al que Smerdis estrangulaba. «¡Guíame, mi Ahura Mazda!» suplicó Darío, y soltó una puñalada. Un grito horrible sonó: el falso rey era el herido...

De esto hacía ya casi cuatro años.

—De los persas el más digno de reinar eras tú, y lo sostendré con mi vida. Pero ocurre que muchos, y la mayoría de los mejores, se preguntan: «¿Y por qué tiene nadie que reinar si es un hombre como cualquier otro?».

Hubo un largo silencio. Luego el rey se dirigió a todos.

—¿Pensáis que no hay que perder tiempo?

—Eso pensamos, señor.

—¿Hasta dónde me acompañaréis?

—Mientras que tengamos vida, señor.

Darío notó que Artavardiya miraba la mesa, ausente.

—Tu espíritu estaba lejos de aquí, Artavardiya.

—Estaba pensando que tenemos acorralados a los de Babel, pero que las ideas que andan allí nos tienen acorralados a nosotros.

—Tomada Babel, terminaremos con ellas.

—Nadie puede con ellas, señor. ¿Habría que matar a todos los hombres y entonces, ¿sobre quiénes reinarías?

Darío pensó, de pronto, algo importante.

—¿Qué piensas de los ianunas?

—Lo que vemos en los de Babel es una chispa de la llama ianuna...

—¿Nos quemará? Un día los probaremos con nuestros arqueros.

Luego pasaron a deliberar sobre el ataque a Babel.

CAPÍTULO XLIV

¡Adiós, alma mía!

Habían sido descentralizados todos los servicios: arsenales, depósitos de víveres y elementos de toda clase para evitar que el enemigo acertara a dar un golpe afortunado y paralizara a la defensa; las grandes calles estratégicas fueron cruzadas con fosos y barricadas y los accesos a ellas convertidos en trampas; y se abrieron pasajes a través de los bloques de casas para que los defensores pudieran ponerse a salvo o acudir donde fuera menester.

Una calma siniestra y extraña reinó durante el mes de Abu. Los días eran terriblemente cálidos y la gente se refugiaba en templos, palacios y parques. Cuando se ponía el sol subían a las terrazas techadas y dormían al fresco allá arriba a salvo de los mosquitos.

Y luego pasó casi todo Elulu.

Cuando estaba por terminar este mes llegaron a Darío refuerzos de todas partes. Los generales en campaña contra los pueblos rebelados se habían atrincherado y enviaban hasta el último hombre posible para el supremo esfuerzo contra Babel. Si el asalto resultaba bien ya sobrarían tropas para reconquistar las provincias rebeldes.

Si fracasaba... era casi seguro que los hombres no soportarían otro horror como el de Sippara o la batalla de la Explanada, donde tropas de la Guardia fueron barridas por hombres armados con palos...

La idea general del plan de los persas era dividir la atención y fuerzas de los babilonios, y ocupar un punto tal que separara los grandes grupos de la defensa y batirlos en detalle.

Para lograr esto tenían que atacar simultáneamente en dos o tres frentes a la vez, en la esperanza de dominar por lo menos uno, con lo que, automáticamente, tomarían entre doble amenaza a otro. Si vencían en el frente Norte se internaban en la ciudad, bloqueaban el Maravilla de los Pueblos, y el Esagila podía montar su contrarrevolución, excomulgando a «los rebeldes» y ordenando a sus fieles a ayudar al extranjero sin contar con que tomaba por la espalda a los que defendían los frentes del Este. Si podían vencer en estos, el frente Norte se derrumbaba.

Algunos generales de Darío pensaban que se podía asaltar y tomar la capital presionando siempre desde el Norte. Finalmente se resolvió el ataque múltiple, y simultáneo, por lo menos en su fase final... si llegaba a haberla.

—¿Pero, qué es eso, Majestad? —inquirió Nidinta Bel acercándose a Anna-Belti-Ninna, y mirando los objetos que la reina iba colocando sobre una mesa. Esta era un

obsequio de bodas de la Gran Augusta de Innini-Istar y estaba hecho con una madera translúcida que exhalaba un aroma singular. Tenía una inscripción en caracteres del Sindhu que, traducida, resultaba: «Mi Nombre es Alegría de Mujer», y otra que declaraba su origen: «Mahayana el artista sin igual, me talló para ser parte de la dote de Arya Anna en sus bodas con Kurigalzú, el señor de Babel».

—¿Y estos borceguíes?

—¿Recuerdas aquella tarde, cuando fuimos hasta el Río por entre los árboles de casa?

—Recuerdo que los barqueros te llamaron Istar de Oro.

Anna sonrió mirando a Nidinta Bel. Levantó suavemente las pestañas y él vio en toda su gloria a Istar, señora de las batallas. Luego las bajó y era la Dama de las caricias...

—Tenía puestos —continuó con acento soñador— estos *zapatos* de fibra, y este vestido. Conservo todas las cosas que me dabas cuando yo” era pequeña —añadió.

—¡Menudo montón de baratijas! El «Boca de Dragón» es mucho mejor —replicó Nidinta Bel, rozando con los dedos el collar de perlas del Mar del Viento Inferior.

Contábase que a su regreso del País Sin Vuelta Gilgamesh había estado en la cámara de los destinos con la Dama del Puro Tesoro. Seducida por el héroe irresistible, cuando se despedían le había dado como recuerdo de amor este collar, cuyas perlas habían sido quitadas de la boca de un dragón del Mar Azul.

Nidinta Bel se había quedado mirando el finísimo vello dorado que nacía en la nuca de Anna.

—¿Qué miras con tanta atención? —inquirió, volviéndose, Anna.

—Envidiaba al Boca de Dragón que está sobre un lecho tan tibio...

—Oh, él tiene una parte... que es tuya también. Pero tú... me tienes toda —ronroneó Anna con voz de modulaciones insinuantes.

—¡Es que quisiera tenerte por una eternidad!

—¡No te vi tanto apuro para tenerme! —lo riñó con un mohín seductor. Pero al instante lo abrazó y le decía—: ¡Oh, Nadi querido! ¿Cómo pude decirte eso?

—¿Cómo? Moviendo esa lengüita —le contestó acariciándola Nidinta Bel, y agregó—: Su Majestad es rápida con ella.

—Y Su Majestad lo es en otras cosas —respondió ella. Tomó la mano del Rey y la llevó...

—¿Sientes, Nadi? —habló apenas—. Eres rápido...

—Y tú en colaborar en...

Y no hablaron más.

Durante siete días las olas sucesivas de asaltantes trataron de colocar las monstruosas planchadas sobre las murallas.

Los que las transportaban iban tan protegidos de corazas y cascos que apenas podían maniobrar con las planchadas y no bien, las asentaban encima de los muros los babilonios las dislocaban, empujándolas con enormes vigas. Las inmensas rampas estaban llenas de cadáveres y de máquinas de guerra destruidas, y al pie del bastión se hacinaba una siniestra colina de despojos humanos y restos de toda clase de elementos. Por fin, en la mañana del octavo día una planchada cayó bien, los clavos se agarraron; los defensores no pudieron dislocarla a tiempo. Antes de medio minuto los persas llegaron a la terraza del muro en corriente continua, aunque los defensores los derribaban por docenas planchada abajo.

Había quienes contemplaban fascinados de horror las contorsiones de los que caían, haciendo los movimientos más extraños.

No tardaron los atacantes en tener superioridad numérica en este punto; instalaron varias balistas pequeñas y forzaron a los babilonios a retirarse un poco. Enseguida tendieron más planchadas y pasaron nuevas olas de asalto, que se esparcieron a derecha e izquierda por las terrazas. Había aparecido desde el primer instante un general persa, rodeado de ayudantes. Era muy joven y los cabellos rubios le caían sobre los hombros dándole aspecto de muchacha.

Pero llevaba varios brazaletes del valor en el brazo izquierdo y dos collares de huverezyanga.

Lo primero que hizo al hallarse sobre las terrazas fue acercarse al borde del lado de la ciudad y se quedó como fascinado contemplándola.

—Parece que mirara a una muchacha... en la cama —pensó uno de sus ayudantes.

El general se volvió luego, con la expresión de quien ha visto un prodigio; miró a sus ayudantes con ojos llenos de intención, pero no dijo nada. Un minuto después, con voz tranquila comenzó a dictar disposiciones.

—Masistia: trae carpinteros, martillos, clavos grandes y betún, para asegurar la planchada antes de que llegue el contraataque. Pielles frescas para recubrirla luego de extender una capa de tierra de...

Miró su mano con los dedos juntos y completó:

—... cuatro dedos.

A modo de explicación agregó:

—Van a hacer un esfuerzo supremo para echarnos abajo con planchadas y todo.

Luego sonrió como si fuera a decir un chiste.

—Los que salgan vivos del combate que tendremos aquí merecerán una satrapía. Y no quedarán sobrevivientes para todas...

Se quedó serio, inclinada la juvenil cabeza, como si algún pensamiento ajeno al instante lo hubiera llevado muy lejos. De pronto tuvo una expresión como si alejara de sí un rostro adorado, y se dirigió a otro ayudante:

—Lámame aquellos hombres que se arriesgan inútilmente; la muerte es una muchacha ardiente pronta a la cita. Mira, Mukavas, di a Datta que traiga gente para improvisar dos parapetos; nos harán mucha falta.

Los ayudantes salían disparados porque sabían que aunque el general Ardashir había hablado casi en voz baja y sin gestos, estaban ante un mortal peligro.

Habían comenzado a asegurar las planchadas de asalto cuando llegó el contraataque babilonio. Lo traían veteranos que sólo se detenían cuando los hería de muerte un proyectil y esto no era fácil porque avanzaban detrás de enormes escudos con dispositivo para mantenerse erectos, mientras los hombres disparaban pesados dardos que rompían las corazas dobles inclusive y destrozaban los miembros.

De pronto las primeras filas del contraataque babilonio se arrojaron al suelo; tras ellas se oyó el crujido de las catapultas ligeras y ballestas pesadas, casi el seguida el «sss» de los proyectiles y el sordo ruido de huesos aplastados. Una segunda fila de máquinas descargó y en cuanto los babilonios sintieron pasar los proyectiles sobre sus cabezas saltaron hacia adelante con hachas y puñales y, casi junto con las piedras y dardos llegaron contra los persas. Tras la primera ola de asalto corrían hombres con artesas sujetas con cuerdas y seguidos por otros con flechas incendiarias.

No se oía más que el espeluznante ¡fru-fru-rass!, del acero cortando carne; de las mazas que demolían huesos; los cráneos resonaban como ánforas que se estrellan; retumbaba algún escudo golpeado por hacha o maza, y el olor a sangre y un vaho horrible hacían siniestramente espeso el aire.

Los hombres de las artesas oyeron la orden; las volaron tomando puntería y las lanzaron. Los arqueros las seguían con la mirada y luego dispararon. Un instante después se oyó un gran clamor: uno de los dardos incendiarios había caído sobre la nafta de las artesas que acababan de estrellarse en el suelo. De pronto vieron a un hombre convertido en antorcha caer desde las murallas.

Los babilónica se acercaban con empuje metódico e irresistible. El general rubio dictaba órdenes tranquilamente:

—Echad tierra aquí. Más, más; ha caído nafta. Pon otro clavo... ¡aquí!, ¡aquí! Tú Siduri, a ver si me le metes una flecha al gigante aquel del hacha. ¡Cuidado, muchachos: las catapultas!

—¡Atención!

Llegaron piedras rugosas y se oyó el horrible ruido. El general vio a uno de sus ayudante tendido a sus pies con la *cabeza* aplastada.

—¡Atentos! Atención balistas y catapultas: ahora les toca a ellos. Una, dos...

Crujieron las máquinas persas; luego se oyeron golpes sordos y gritos. A treinta pasos de allí los hombres babilonios eran demolidos.

—¡A ellos! —gritó el general con voz terrible.

Baalnabu había previsto el contraataque feroz.

—Si sostenemos esto, no aguantan más. Tranquilos, muchachos; no son más que nosotros.

Los persas llegaron como ciclón. El gigante que venía en la primera fila voleaba como relámpago el akinakes y derribaba hombres como si fueran cañas. Baalnabu lo ensartó con su lanza y echó mano a la cimitarra.

Con un envión salvaje los babilonios los llevaron de vuelta hasta las planchadas donde el general rubio seguía dirigiendo el combate tranquilamente. Al verlos llegar dijo:

—Bueno; ya los tenemos aquí. ¿Y aquel hombre que parece una dama?

Masistia, que había estado en Babel, lo reconoció.

—¡Baalnabu, aquí!

—¿El famoso general?

—El mismo, señor.

—Me lo figuraba muy distinto.

—¿Como un gigante tremendo, quizá?

—Una cosa así, sí. Ya me veo a un hombre pequeño y tan elegante...

—Si los generales son así...

—¡Cómo serán las damas!, ¿eh? —rió suavemente Ardashir.

Entretanto, Baalnabu dictaba sus disposiciones para el ataque a las planchadas. Uno de los ayudantes, Miri Adar, le rogó que no se expusiera tanto.

—Hijo... Morir hoy, mañana o pasado... Lo siento por Sbirúa... ¡Vamos!

El general rubio saltó hacia adelante entre el remolino de sables y puñales; derribó a dos enemigos y de pronto un violento empujón de la multitud que luchaba lo envió sobre Baalnabu, tan inmediato que únicamente pudo asestarle un violento golpe con la mano que tenía el sable. Baalnabu no tuvo más que estirar la mano y su puñal se introdujo en el cuello. El muchacho rubio vaciló un instante y cayó al suelo.

Enseguida Baalnabu saltó hacia el lugar junto a la planchada. Veía a los hombres rodar abrazados entre charcos de sangre; caer de la planchada y las terrazas.

El combate era horrible y se prolongaba...

De pronto recordó al muchacho rubio y se volvió. Al hacer el movimiento notó que no sentía la pierna derecha; vio que se estaba desangrando. Ah, cuando luchaba con el muchacho rubio había sentido un golpe... Le pareció que oscurecía; un cansancio invencible lo doblaba; lo invadía el sueño. Ah, si estuviera en su casa... Sintió que lo empujaban; comprendió vagamente que estaba sentado en el suelo, recostado contra algo.

De pronto recordó a Muballitat Shirúa, su mujer; le pareció sentir el aroma de su cuerpo, de sus cabellos. ¡Qué ojos!

Sintió frío. Si estuviera Muballitat a su lado. ¡Y sí!, estaría con él; era de noche... Pero, ¿cómo...?

—Muballitat Shirúa... querida...

Quedó con la *cabeza* inclinada sobre el pecho. El pálido rostro tenía una sonrisa inmortal...

CAPÍTULO XLV

La señora de las batallas

En el décimo día de la ofensiva contra los sistemas del Este cayó el reducto llamado Escudo de Gilgamesh y dos días después la saliente Seno de Istar. Pero los patriotas habían dividido el dispositivo de la defensa en verdaderos compartimientos estancos; las ventajas enemigas quedaban reducidas a éxitos locales. Tierra clásica de la ingeniería militar, surgían como por encanto los muros y fosos a cada paso, agotando la tenacidad del invasor.

Los ejércitos de Darío reaparecieron en el ensangrentado sistema de Sippara; cientos de barcas protegidas por tropas que avanzaban en masa por la orilla del río perdiendo docenas de hombres por minuto, lograron apoderarse de los desembarcaderos luego de un espantoso forcejeo.

Allí mataron a Nersar, jefe del frente y uno de los patriotas más ilustres. El Rey estaba presente cuando llegó una carga de los sacios, que pasó por encima de la infantería y rodeó al grupo. Nabucodonosor III combatía como un simple lancero y había derribado a dos o tres enemigos cuando lo reconoció el sátrapa de Parthava que había sido su compañero de armas en la campaña del Mizri.

—¡Ahí está el Rey! —gritó a sus hombres y se lanzó adelante—. ¡Ríndete, rebelde! —intimó a Nidinta Bel. Este se precipitaba a su encuentro, cuando se le anticipó Belnahid.

—¿Qué dices de rebelde, perro? —rugió atropellando al sátrapa que se le venía encima lanza en ristre. Belnahid eludió el golpe tejiéndose a un costado de su caballo, y enderezándose, atravesó al sátrapa con su pica.

En eso llegó un contraataque desde la Explanada del Palacio y los sacios retrocedieron dejando allí la mitad de sus hombres. Pero su ataque había facilitado el desembarco de los que venían en las barcas y por la orilla del río. En un furioso asalto Nersar los echaba al agua cuando fue herido casi en el mismo instante en que llegaba Belnahid con los lanceros de la escolta, como un huracán, y aniquilaban hasta el último hombre desembarcado.

Los ojos verdes de Nersar se apagaban como su vida cuando Belnahid lo tomó en sus brazos. —Hermano... —Dile a Nidinta Bel que muero contento...

Llegaba el Rey. Saltó del caballo y se abrazó llorando a Nersar.

—¡Hermano! ¡Hermano querido!

—Hermano de toda la vida... Nadi... hazme poner al lado...

—¿De Mali Kalita? —inquirió Nidinta Bel.

—Sí... y al gordo...

Al tercer día de la batalla en el frente Norte los persas lograron abrirse paso a la izquierda del Esagila, irrumpiendo hasta la avenida de Marduk. El formidable bastión de la Bab Belti quedó aislado del Maravilla de los Pueblos por esa calle y los persas que encontraron la avenida Procesión de Nebo defendida por enormes trincheras se desviaron tratando de encontrar algún punto débil para llegar a la Perspectiva de Hammurabi que conducía a la Puerta de Nippur.

Pero el avance era difícil y sangriento porque las callejuelas eran caminos de muerte; dédalos donde los defensores tenían todas las ventajas. Al terminar la semana los invasores alcanzaron la Perspectiva de Hammurabi y abrieron comunicaciones con los que atacaban desde el Este, que, finalmente, luego de una quincena de continuo combate habían logrado abrir una brecha para entrar en la capital pero sin poder explotarla.

Entonces estalló la contrarrevolución en las zonas ocupadas por les persas. Desde el Esagila se ordenó al pueblo que negara obediencia «al impío usurpador y traidor Nidinta Bel y prestara homenaje al legítimo Rey Dariyavush...».

—¡Los dioses se alejan del usurpador maldito! —sentenció el urigallu.

Pero el shangu mahhu del Innini-Istar proclamó que Nabucodonosor III «tenía la buena sombra» de la Dama del cielo; y el barú del E-daragh-anna vio, de pie sobre el Maravilla de los Pueblos, una sombra gigantesca en la que reconoció al Toro Celeste acompañado por Gilgamesh, quien agitaba amenazador su arco en dirección a los persas.

Por otra parte, se supo que a tiempo que el urigallu lanzaba su proclama traidora la estatua de Nabu en el Etsmenanke había despedido llamas...

La plaza se llamaba Reposo de Gilgamesh porque las zikari contaban que en días muy lejanos, cuando el héroe andaba por la tierra de Akkad flechando dragones y otros monstruos, la divina Señora, Istar, había seguido con ojos de amor al invencible libertador de hombres. Tomando la figura de la Kusarikka —la Sirena—, se había dejado ver por él remontando las aguas del Purattu, y con artes de mujer fingía huirle cuando en realidad deseaba ser alcanzada.

El héroe, que había dejado en la santa Eridu a su compañero Enkidu, había seguido a la Kusarikka, primero con curiosidad y al fin encendiéndose en amor a medida que la Señora iba insinuando entre vislumbre y vislumbre sus divinos encantos fingiendo uno u otro accidente, y que su propio corazón se encendía en este juego más y más por el héroe.

Los Annunaki habían ido siguiendo desde el cielo este juego de amor y al ver que los corazones de ambos estaban urgidos de dulce deseo rogaron a Marduk, señalándole el sitio donde estaban los dos.

—¡Oh, Mashmash Ilani! ¡Oh, Zu-A! ¡Sabio del Agua y la Saliva! ¡Da nombre allí

a un aire tibio como el de los últimos días de Sivan; da nombre a un espeso y blando tapiz de flores aromadas para que cubra el suelo; da nombre a impenetrable muro de bosque para que se amen en dulce secreto!

El Conjurador había obedecido a los Nueve Señores Misteriosos y había dado nombre, es decir, creado pronunciando una palabra de poder, todo aquello. Y llegó hasta Istar tibia brisa cargada de aromas que embriagaban; miró el prado y comprendió para qué había surgido. Entonces, abandonando la figura de Kusarikka la divina Señora fingióse en peligro de ahogarse e hizo que el héroe corriera en su ayuda y la sacara del agua...

*Sólo sus encantos la vestían.
Talismanes irresistibles,
Eran ante ellos como cera
Los Annunakis mismos...*

Ella tendió una nube, impenetrable aún para los Annunakis y luego se sentó sonriendo dulcemente mientras la tierra entera se aromaba. Y allí donde se había sentado había impreso la divina marca, indeleble y emanando aromas y seducciones que ni los hombres ni los Dioses mismos pueden resistir.

No se sabía qué patesi o qué isakku de días muy lejanos, reverenciando la divina señal había hecho rodear el lugar con un estanque que imitaba las formas de aquella y por ello se llamaba la Cuenca de la Dama.

*—¿Quién es el cazador,
Y quién, dime, el cazado?
Dijo la Dama del Cielo.
Fléchame, dulce arquero.
—¿Flecharte? —sonrió el arquero—,
Por tu dardo estoy herido;
En tu divino bosque
Soy un viajero perdido...
—¿Temes perderte en él?—,
La Dama le interrogaba.
—Contigo me perdería
Si así lo quieres, arquero...
—Por toda la eternidad—,
El héroe le respondía
—Otro tanto te amaré—,*

*La Dama le contestaba,
Y sus labios le tendía
Para que el héroe bebiera...*

¿Qué hombre o mujer en Babel no sabía y no había visto en las noches cálidas de Sivan o de Tammuz descender una estrella hasta la cúpula sublime del Innini-Istar? ¿Y quién ignoraba que era la muchacha celeste viniendo a su eterna cita con el paladín?

En ese lugar, corazón de Babel era donde los incontables millares de sus muchachas seductoras paseaban con sus galanes, y en sus jardines tenían lugar los oaristys de las esclavas sagradas.

Y allí tuvo lugar el último gran encuentro de los patriotas y los persas.

—Buen sitio para probarlos con el hierro —dijo Istarmubelit con el tono más apacible del mundo.

—Y para que nos prueben ellos también —añadió Belnahid, otro hombre tranquilo.

—Siento que no nos acompañen Nersar y Baalnabu en esta última batalla. Hubieran dado sus buenos golpes...

—¡Pobre Baalnabu! Me contó Adar Malik que se quedó con una sonrisa en el rostro.

—Recordaría a su dulce Muballitat.

—¿Sabes? La encontraron como si durmiera apaciblemente, así que no hubo más que llevarla al lado de Baalnabu. Triste fue despedirse de hermanos tan queridos. Pero, al mismo tiempo... ¿creerás?, nos sentimos alegres al verlos para siempre libres y para siempre juntos.

Istarmubelit miraba a su viejo compañero de peligros.

—Comprendo... está bien. Lo pensé cuando se nos fue Hayar Malka, esa compañera sin igual. Pensé que una santa como ella no era para este mundo...

Adar Malik meditó un momento en lo que decía el gran general.

—Fue una santa, sí. Y nuestra reina actual también lo es, aunque en otra forma.

—¡Eso! —exclamó Istarmubelit, con aire singular. Y luego bajó la voz y les confió—: Y creo... creo que está fuera del alcance de la muerte.

—¿Tú también lo piensas? —inquirió Belnahid, estupefacto.

Miraron frente a ellos donde se veían las líneas enemigas.

—¿Y el Rey? ¿Accederá al pedido del pueblo?

Istarmubelit había quedado pensando en la zikar de Istar y Gilgamesh. No supo porqué, respondió:

—Creo que el Rey es invulnerable. Pero de cualquier manera, ha prometido que si luego de penetrar tres veces en las filas enemigas sale indemne...

Belnahid había quedado pensando. De pronto se volvió a Istarmubelit.

—¿Por qué crees que el Rey es invulnerable?

Istarmubelit lo miró con extraña expresión. No era de temor a cualquier peligro humano sino de aversión, muy humana también, a acercarse al Misterio.

—Tú mismo me has hablado a menudo de aquel día cuando pensasteis que la Dama misma estaba ante vosotros...

—Sí —respondió Belnahid, e Istarmubelit comprendió que su compañero meditaba las mismas cosas que él. Y respondió:

—Bien, pues... la Dama otorga la inmortalidad a su amado...

Belnahid no supo qué contestar.

Nabucodonosor III llegaba con su escolta de lanceros y arqueros a caballo, varios generales y miembros del Gobierno. Istarmubelit y Belnahid se acercaron y todos se dieron el abrazo matinal. Belnahid inquirió:

—¿Y la Reina, señor? ¿Está bien?

—Perfectamente. Tu mujer y los niños están con ella.

—¿Está como siempre el ánimo de Su Majestad?

—Ha soñado que veía a la Señora y que esta le decía: «Di a tu general Belnahid que Yo misma iré hoy junto a él en el combate para que siegue al enemigo como a trigo maduro». Y como mi mujer le preguntara por Istarmubelit, la Reina Celeste rió. «Lleva mi nombre, y estaré a su lado prestándole mi brazo...». Así que...

Belnahid estuvo por inquirir: «¿Y sobre ti mismo?». Pero de pronto sonrió pensando: «El duerme con ella en sus brazos, de modo que...».

El Rey miraba las casas, las arboledas, el gran estanque, las calles que convergían a la Cuenca de la Dama.

—Dime, ¿la brigada de Assurballit está bien colocada?

—Como para pelear tres días, señor, y no se van a mover aunque tronase Adar.

En eso notaron que se movían las líneas persas.

—Bueno, ya vienen —dijo el Rey—. ¿Viste, Belnahid, qué aire traen?

Acababan de matar junto a Nidinta Bel, a un general llamado Adadshumuzur, cuyas hazañas fabulosas hacían que el relato de su vida fuese como una leyenda de dioses y gigantes. El pobre Baalnabu le llamaba siempre el nuevo Gilgamesh, y se recordaba que una vez contando alguno que la noche anterior habían visto descender una estrella sobre el Innini-Istar, se había vuelto a Adadshumuzur y le había preguntado:

—¿Anduviste de cita, anoche, hermano?

—¿Ah, sí? Pues te felicito —había bromeado el Rey—. Y con la falta que nos

hace tener protecciones allá arriba...

Adadshumuzur había mirado medio con enojo a Baalnabu. Pero la reina Hayar Malka había intervenido.

—Déjalo que insinúe cosas, Adadi. ¿No ves que está amarillo de envidia?

—¿Teniendo tan exquisita dama como Muballitat? —había inquirido el paladín.

—Dama que según se dice tiene con centinela al señor general —había comentado el Rey. Y la flecha no iba lejos del blanco porque el elegante Baalnabu había sido adorado por muchas bellas, y al decir de los amigos la dulce Muballitat había mantenido una discreta vigilancia...

Y ahora un sacio lo había derribado de un lanzazo y Adadshumuzur yacía en el polvo. Adasi, el escudero del Rey, se adelantó rápido como el rayo y levantó al sacio en la punta de su lanza. Un jefe persa iba a asestarle un sablazo cuando Nidinta Bel se le fue encima y cambiaban golpes como relámpagos cuando Istarmubelit lo alcanzó con su lanza. Otros lanceros habían rodeado a Adasi, pero este se deshizo de ellos como jugando.

—Hay que sacar al Rey —dijo Belnahid, notando que estaban envueltos. Se volvió al Rey—. Señor, volvamos a nuestras filas.

Los arqueros tendieron una cortina de flechas mientras el rey y sus compañeros volvían sus rápidos caballos.

Cuando la brigada de Assurballit salió de sus posiciones y cargó a la izquierda persa, Nidinta Bel atropello con la escolta y llegó hasta el centro donde estaba el mando enemigo. Adasi iba a su lado voleando como una pluma su larga lanza. El Rey enfrentó un hábil jinete, eludió su golpe, lo derribó de un sablazo y enseguida hirió a otro. Un tercero le rozó el casco de un sablazo. Lo alcanzó Adasi con un ligero puntazo en el cuello, su golpe favorito, y el hombre cayó como bajado por un rayo...

La batalla ardía desde el Escudo de Gilgamesh hasta el castillo de Kurigalzú. Un batallón de aristócratas sorprendió la entrada del castillo, defendido por gente del pueblo. Allí se encontraron Malik y Belbani, el jefe de los aristócratas. Y este cuando vio al jefe del pueblo soltó una carcajada y profirió con mofa, lleno de odio:

—¡Pero, con un látigo basta para este perro sarnoso!

—¿Ah, ese es tu nombre secreto? —replicó Malik muy tranquilo—. ¿Y qué, quieres dedicarte al oficio que te conviene? ¡Traidor!

Belbani le disparó una flecha que pasó rozando el rostro de Malik; este se precipitó como un halcón y con su pica tendió a Belbani, quien quedó cubriendo el suelo con su cabellera perfumada.

Luego de un largo y sangriento forcejeo, galería por galería y cámara por cámara, los aristócratas tomaron el castillo. Pero no pudieron tomar prisioneros a los defensores sobrevivientes porque estos desaparecieron por los pasadizos y se dispersaron en los caseríos vecinos.

Alrededor del Escudo de Gilgamesh y la Cuenca de la Dama habían estallado enormes incendios. Las llamas alumbraban toda la ciudad y se reflejaban en el estanque como en un tranquilo espejo.

Nidinta Bel y sus generales miraban los refuerzos enemigos que llegaban; los coraceros de Histaspes que se concentraban para un nuevo ataque; los arqueros de Fravartish que tomaban posiciones en los techos de las casas vecinas; las balistas de Hormizdas; la infantería meda de Tajmaspada.

Hacia unos momentos habían tenido noticia de que la Bab Belti y la Bab Nippuru estaban totalmente rodeadas, aunque fuesen casi inexpugnables. Los mensajeros habían llegado hasta el mando supremo a través de vericuetos y pasajes que hacían de Babel un laberinto inextricable.

—El enemigo ha de estar entrando en masa, señor —dijo Istarmubelit.

—Seguramente —contestó el Rey. Se volvió a Belnishishu—. ¿Nuestra gente está toda a salvo, allá? —y señaló los caseríos donde estaba apostado el enemigo.

—Desde ayer no hay nadie allí; mis hombres incendiarán todo sin temor.

—Bueno, hermanos —habló el Rey con voz tranquila—. Hemos vivido una vida muy grande que no olvidarán los hombres y que servirá. Nuestra ciudad ha sido invencible y libre durante más de dos años. Hemos dado un gran ejemplo...

Sonrió infantilmente. Durante un momento miró la Explanada cubierta de hombres, y más allá, al otro lado de las líneas persas.

Luego se volvió.

—¿Recuerdas, «Gordo», cuando estudiábamos sumerio en la Casa de las Tabletillas?

Los ojos de Belnahid se llenaron de lágrimas al oír el viejo sobrenombre.

—¿Y cuando llevamos a Nersar a su casa?

El pobre Belnahid no pudo menos de sonreír.

—¡Qué susto nos llevamos cuando gritaron «han matado a uno»!

—¡Mira nosotros asustados por una pedrada en la cabeza! —soltó Nidinta Bel, sonriendo.

—De golpe recuerdo todo... Me parece ver a la señora Mali Kalita, cuando os casasteis. ¡Qué hermosa estaba! ¿Y la señora Hayar Malka? ¡Y pensar que ya son un sueño!

—Ah, era una santa como lo es la dama del Mizri, Merirura... ¡Qué destino singular el tuyo, señor! —dijo Istarmubelit, volviéndose al Rey.

Este se volvió a Adasu.

—¿Tienes ahí la cantimplora?

Bebieron todos.

—Bueno, señor; si queremos abrírnos paso...

El Rey los abrazó y besó a todos, compañeros de tantos años terribles y

magníficos.

—Adasu: tú no te dejes llevar del gusto de la pelea; justo al que tengas enfrente y nada más...

Adasu, un mozo de unos veinticinco años, de rostro travieso, contestó:

—Señor; es que la lanza es tan ligera en mi mano y me resulta tan fácil derribar hombres...

—Bueno, no te apartes de mí; cuando yo salga, sales tú.

—Sí, señor.

—Mucho te debo, Adasu. Recuerda que tienes esa linda muchacha, esperándote y sufriendo; oro no te falta...

—Gracias a ti, señor.

—Nunca podría pagarte. ¿Cuántas veces me has salvado la vida?

—Yo no, señor. La Señora por mi mano.

El Rey se quedó mirando, sin ver. Luego se volvió a Belnahid y le apuntó muy serio con un dedo.

—Tú también, recuerda que tienes mujer e hijos... Y otro en camino, según chismes... ciertos —completó riendo—. Así que nada de bravuconadas; abrirse paso en el menor tiempo posible... y si es posible.

—Pero, ¿y el sueño de Su Majestad, la Reina?

—Ese sueño indica, señor general, que hay que colaborar con la voluntad de la Señora del Cielo.

—¿Lo hace Su Majestad, el Rey?

Nidinta Bel y Belnahid se miraron con extraña expresión. Al fin, el Rey contestó:

—Yo, sí.

Estiró la mano y pellizcó ligeramente la mejilla de Belnahid.

—¿Recuerdas la ceremonia del 5 de Nisán a la noche cuando el urigallu tocaba la mejilla del Rey y este comenzaba una nueva vida?

—Yo te toco la mejilla, hermano... y nueva vida. Nada de sables ni lanzas —rió el Rey.

—¿Nueva vida, eh? —enunció lentamente Belnahid—. O más bien, vida vieja.

—Ella nunca es vieja. El hombre la hace vieja cuando deja de soñar. Es como la mujer: es vieja cuando dejas de amarla.

—¿Puedo decir algo yo también, señor? —preguntó Belnahid.

—Habla, hermano; no es momento de ceremonias.

—Iba a decir que otros también deben cuidarse: tienen mujer, hijo... y otro en camino, según chismes...

—Perfectamente ciertos —dijo riendo el Rey—. Me cuidaré, hermano.

Istarmubelit y Adasu habían escuchado, riendo.

Se estuvieron un momento oyendo los grandes rumores que llegaban de todas

partes. A unos centenares de pasos se vetan portes del Maravilla de los Pueblos iluminadas por el resplandor de los incendios.

El Rey recorrió el frente de su escolta; habló a cada hombre de hermano a hermano, exhortándolos a cuidar la vida por sus mujeres, los hijos, la patria.

—¡Babel no ha muerto aún, hermanos! ¡Que los dioses os amparen!

Los persas se acercaban; se oían las voces de mando.

—Tú mandas —dijo a Istarmubelit el Rey.

—Bien, señor. ¡Atención! ¡Vamos!

CAPÍTULO XLVI

Lo que el pueblo recordaba

Entre el pueblo perduraron siglos y siglos los relatos de estos años prodigiosos y de lo que habían hecho los héroes que vivían ya en la leyenda.

Vueltos al yugo milenario los hombres de Babel o de Ur, de Larsa o Harrán, se agachaban en los talleres o sobre el surco, presenciaban las procesiones de los grandes o llevaban el obligatorio diezmo a los templos, pero se miraban entre ellos y se confiaban en voz baja:

—¿No volverán los nuestros?

Y ante esa posibilidad los ojos brillaban y los rostros morenos se ensanchaban.

Adasu, el de las Mil Lanzas, era uno de los héroes favoritos en las narraciones populares del País de los Dos Ríos, en el Padan Aram y en Magán. En las frías noches del desierto cuando los caravaneros rodeaban el fuego donde se cocía un cabrito en leche de camella y circulaban las cantimploras de vino de dátiles, infaliblemente se terminaba por recordar a los grandes hechos y sus hombres.

—¿No es Adasu «Lanza de Mil Puntas?» —inquirían Udanu, Hamida o Vathek ben Moawyah, que habían sido soldados de Nidinta Bel.

—Ah, sí. Los hombres de las Tierras Altas le llamaron así también porque aquella noche cuando iba al lado de su Rey, cada uno de los mil que los rodearon creyó tener ante sí la punta de la lanza de Adasu.

—¡Claro... y el miedo da una vista! —rió Nergalekur—. ¿Y se salvó?

—Por supuesto, porque cuando cuatro años después se alzó de nuevo Babel reapareció Adasu, invencible como siempre.

—¿Y qué fue de Istarmubelit?

—Los extranjeros contaban un cuento falseado. Decían que Marduk mismo le había dado esa noche y por una hora cien brazos, cada uno con un akinakes... ¿Pero, por qué Marduk? No era más que un dios, extranjero y de los ricos. En todo caso habría sido la Señora. Pero los babilonios se burlaron del cuento porque comprendían que con él querían disimular su derrota. ¿Acaso no lo conocimos todos y no sabemos que Istarmubelit valía por cien guerreros...? Y luego de esa noche una muchacha del Innini-Istar —¡benditas sean sus caderas!—, lo tuvo mucho tiempo oculto en su pabellón de los jardines sagrados, hasta el segundo alzamiento...

—¿Qué pasó, entonces? —preguntaron, aunque lo sabían bien.

—Vosotros sabéis que desde hacía unos días circulaba un rumor formidable... no hacíamos más que avisarnos unos a otros... ¡hermano! Y nos íbamos a nuestros

trabajos con puñal, espada o lo que tuviéramos, escondidos bajo el mando para estar listos al primer ruido... De repente llegó... salían hombres por millares de todas partes...

»Íbamos al asalto del Maravilla de los Pueblos cuando noté que uno de los nuestros daba golpes tales como no los había visto desde Zazanu y Sippara. El corazón me tembló en el pecho... ¡entonces no había muerto, como decían los traidores! ¡No había más que un hombre que pudiera hacer eso... y ese hombre estaba aquí! ¡Sentí que me agrandaba y avancé sin darle paz al hierro hasta ponérmelo al lado...! ¡Hermanitos!; ¡era él! ¡Le teníamos tanta fe que me pareció que no había flecha ni lanza que pudiese herirme...! Una vez vi arder un bosque: era un bramido que helaba la sangre. Así entramos nosotros y... ¡bendita sea Al-Ilati!, delante nuestro iba Istarmubelit y ahora todos lo sabían. ¡Qué hombre! Miraba con ojos de halcón sin que se le escapara cosa alguna y al mismo tiempo, a cada movimiento de su brazo caía un hombre... —¿Y qué fue luego de él?

El interrogado bajó la cabeza abrumado por espantosos recuerdos.

—Tres mil de los nuestros fueron crucificados cuando Vindafrana tomó por asalto a Babel. A lo largo de la Aiburshabu, de la Procesión de Nebo, en la Puerta de la Dama y en la Explanada los habían puesto en filas, inspirando horror a los persas mismos, que alejaban, amenazándolos con sus picas, a los del Esagila que iban a quemar con antorchas los pies de los crucificados. Muchos pasábamos como por azar para saber qué compañeros estaban, y el corazón se nos quebraba al verlos agonizar allá en los postes.

—Mis dos hermanos estaban vivos y ya los buitres les habían devorado los ojos —dijo Hamida.

—Mi padre, denunciado por alguien, fue empalado ante la Bab Belti y estuvo cinco días allí antes de morir —recordó Vathek ben Moawyah.

—Vi todo eso, hermanos... Pero no estaban Adasu ni Istar-mubelit.

—Un tiempo después de eso —intervino Udanu —iba por la Perspectiva de Hammurabi cuando me crucé con dos mizritas que se asombraban de todo lo que veían. La voz de uno de ellos me pareció la misma que nos había gritado «¡Adelante!» en Sippara y en la Cuenca de la Dama; miro, ¿y a quiénes veo?: a Istarmubelit y a Belnahid. Los sigo y cuando no había nadie cerca me acerqué a ellos.

—¡Hermanos! —los saludé.

—¡Udanu! —y caímos en brazos.

Nidinta Bel se desvaneció en el seno inmenso de las muchedumbres. Mucho sabía el pueblo sobre su gran paladín y cualquiera de los que vivían allí podía contar como, en su nacimiento, había estado presente la Señora, porque estaba naciendo un varón que por ella iba a sufrir mucho y a combatir mucho. La diosa guardiana del Puro

Tesoro de los destinos le había mostrado las tabletas donde el Bel-Pirishti había inscripto el destino del niño que nacía. Istar había llorado al leerlas y compadecida de su gran paladín había suplicado a la augusta guardiana:

—Usa de tus encantos irresistibles, seduce al señor de los destinos para que rompa estas tabletas y escriba otras más benignas.

—Hermana —había contestado la augusta— si pudiese lo habría hecho ya. Pero está fuera del alcance de los Annunaki mismos. Mas, tú puedes agregar algo que ilumine algunos de sus días.

La Señora, entonces, había inclinado su rostro resplandeciente sobre el niño.

—Serás varón de corazón manso. Pero vivirás en el trueno de las batallas por mi ciudad de Babel. Tres hijas mías te amarán apasionadamente, mas una tras otra te serán quitadas y será como si te arrancaran el corazón. Y la cuarta...

Cuando dijo estas últimas palabras la cámara se había iluminado y parecía que el mundo se aromaba. Y ella continuó:

—Pondré en tu corazón un inmenso amor por el pueblo de Babel y en él verás a todos los hombres que los Annunaki han creado. Ese amor seré una fuerza invencible porque en el dolor de todos el tuyo se perderá como un río en el mar...

Luego volvió a quedar en silencio meditando en su corazón y contemplaba amorosamente al niño porque ella ve el pasado y el porvenir... y ahora miraba los años futuros.

—Y mira, querido y fiel servidor. Siempre estaré a tu lado; mi mano será tu escudo impenetrable. He dado el hombre a la mujer y la mujer al hombre para que puedan soportar la oscura prueba de la vida. Te daré santas mujeres... Cerca de las tres estaré siempre.

Así había hablado para sí la divina Señora, tratando de aliviar la carga que al niño habían impuesto seres que son ignotos aún para los dioses mismos y a los que estos temen también. Y ella estaba allí invisible y ningún ojo mortal podía verla. Pero la habitación se había llenado de luz sobrenatural y estaba saturada del aroma amoroso que emanaba la diosa.

Y por supuesto, todos sabían que cuando los héroes se lanzaron contra el enemigo, una estrella se había desprendido del cielo y trazando un arco de fuego llegó a la cúspide cimera del Innini-Istar. Los dragones de la Bab Belti rugieron; en el estruendo se distinguió el rodar de un carro de guerra y he aquí que la Señora misma iba delante de su servidor Nidinta Bel y su *lanza* de cien codos abría ancho paso a sus paladines y disolvía las legiones enemigas.

Y cuando todo pasó, la Señora había quedado sola con Nidinta Bel y lo miraba con su divina sonrisa.

—Me viste siempre en los ojos verdes de Malí Kalita, compañera de tu niñez, esposa de tu juventud; en los ojos oscuros de la santa Hayar Malka; en los ojos

negros e inocentes de Merirura...

Al oír estas cosas el corazón de Nidinta Bel se quebraba en su pecho.

La gran divinidad había descendido del carro y soltado la lanza que quedó erecta como una flecha de luz.

Se había acercado tanto a él que lo envolvía en los efluvios de magia de su aliento y su cuerpo, y con el resplandor de sus grandes ojos claros, campos bajo el sol donde pasaban las legiones.

—Nadi, dueño mío... —y él reconoció la risita un poco ronca, la voz de modulaciones increíbles. Se apretaba mimosa y juguetona contra él, tan estrechamente que sentía palpitar el vientre de ella.

—Rápido eres, dueño mío... —susurraba cálidamente. Lo besaba con lenta delicia y tomándole una mano la puso donde palpitaba.

—Ahora te tendré para siempre... querido —decía ella, mientras él sentía el palpitar. Luego una idea surgió en ambos y ella miró hacia la noche donde sonaba el estruendo lejano del enemigo, y sus ojos y rostro se volvieron terribles.

La voz de la diosa se difundió, lenta, inmensa, irresistible, como un mar de vibraciones musicales que llenaba la noche y desembocaba en la aurora:

—Los hombres de la libertad no morirán jamás.

Luego volvió a sus mimos y sobrehumana dulzura.

—Nadi, querido; para tenerte por siempre... te he dado la inmortalidad...

Tomó entre las manos divinas el rostro del héroe y apretada contra él lo saturaba con el fuego aromado de sus besos, mientras en los ojos inmortales pasaban fantásticos paisajes en que ardían las batallas...

APÉNDICES

LÉXICO

Akinakes —sable, cimitarra.

Anámnesis —reminiscencias: usada técnicamente por Platón como «recuerdo de una vida anterior».

Apeliotes —en griego «del lado del sol»; viento del Este.

Aiburshabu —la famosa Vía Sacra, la avenida de Marduk.

Apsu —en sumerio: el abismo; de allí el griego «abyssos», abismo.

Aram - Siria.

Aram Naharayim —«Siria de los Dos Ríos». (La Mesopotamia).

Arufaya —en persa: la satrapía de Mesopotamia.

Asarhaddon - 681-669, rey de Asiría, hijo de Sennaquerib, conquistó Egipto.

Ashipu —exorcista.

Assurbanabal o *Asurbanipal* - 669-626. Rey de Asiría, hijo de Asarhaddon.

Azadana - El gran salón del trono.

Bab Belti —«Puerta de la Dama»; la famosa Puerta de Istar.

Bel-shalti-nannar - Princesa hija de Nabonid.

Bel-shar-usur - Príncipe hijo de Nabonid; murió en el campo de batalla, 539 a. C.

Bel ashiputi —señor de los exorcismos.

Bel-me-balati —señor de las aguas de la vida.

Bel shimati y *Bel pirishti* —señor de los destinos.

Bel nimeqi —señor de la sabiduría.

Bel shipti —señor de las encantaciones.

Bit hilani —casa o pabellón de verano, introducido por los hititas.

Bit Tabraat Nishim — «casa maravilla de los pueblos» —el gran museo y biblioteca del Palacio y por extensión este mismo.

Bit unati —«casa del tesoro»; la Tesorería real.

Binut aralli —«hijas del mundo subterráneo» el arallu.

Cabeza de Istar - Cabeza de Shamash - Monedas mayores babilonias.

Columnas de Herakles —nombre griego del estrecho de Gibraltar; los fenicios: Puerta de Gades.

Demokedes —célebre médico griego. Curó una luxación a Darío, y una infección a la reina Atossa (V. Herodoto).

Dos Tercios —sobrenombre de Ea. Los sumerios asignaban un número a sus dioses: Anu tenía el 60; Istar el 15.

Dupsharru —escriba en tabletas.

E-daragh-anna —«casa del Toro del Cielo»; templo famoso.

Elam —gran potencia militar cuya capital era Susa. Elam fue destruida por Assurbanipal hacia 645.

Eleuthería —en griego: «libertad».

Enuma elish —«cuando allá arriba...», el gran poema de la creación. Era recitado en solemnes oficios y representaciones sacras.

E-sag-ila —«casa de la *cabeza* elevada»; el templo supremo de Babel.

E-temen-anke —«casa fundamento del cielo y de la tierra»; la gran *ziggurat*, la Torre de Babel de la Biblia.

Gobryas —famoso general de Kurash. Mandaba las tropas que entraron en Babel el 17 de Tammuz de 539 a. C.

Heracles - Estrecho de Gibraltar.

Hitita —(Hatti en su propia lengua; *Huatti* y *Khatti* en asirio-babilonio; *Kheta* en egipcio). Famoso imperio regido por una aristocracia indoeuropea de jinetes; llegó a extenderse hasta Siria. Desapareció hacia 1230. Inmensos archivos descifrados por Hronzny.

Hixos —probablemente los hititas. Conquistaron el *Pa-to-mera* (Bajo Egipto), hacia 1700— Expulsados totalmente por Ahmosis hacia 1580.

Hutana —el famoso Otanes de Herodoto, quien cuenta que Hutana se declaró contra la monarquía por su despotismo y falta de respeto a la persona humana.

Idiklat. - El Tigris en babilonio.

Ianuna —«ionios» en griego-jonio.

Isehtivegu-Astyages —rey de Media, derribado por Ciro en 555.

Imgur-Bel —«placer de Bel», uno de los sistemas de fortificaciones de Babel.

Innini-Istar —el gran templo de la Dama del Cielo.

Istar —(Esther) - La Gran Señora del amor y de la guerra.

Kambuzia, kandys, kaunakes —prendas de vestir.

Karkemish —famosa ciudad hitita del Alto Eufrates. Nabucodossor venció allí a Necho II en 604.

Khimit —(Chipre). El nombre proviene de la ciudad de Kition.

Koiné —en griego: «común». Lengua franca, idioma internacional.

Kurash - Ciro, fundador del imperio persa.

Kushsharru —escriba en pergamino, papiro, etc.; el *dupsharru* escribía con punzón en placas de arcilla.

Lavana —jonio, en hebreo.

Leyla al Ilat —«noche de la diosa».

Lamashtu —temido demonio femenino.

Los de la bilis de Ea —los demonios.

Luddi —los lidios.

Madai —los medos, en asirio.

Mat Tamtim —«país del mar», la Baja Mesopotamia.

Mashmash —conjurador.

Martu —«amargo»; el mar Mediterráneo.

Mitanni —reino gobernado por jinetes nobles indoeuropeos. Destruído por los asirios hacia 1230.

Mizri - Egipto, en semita.

Mudraya - Egipto, en persa.

Nabonid —sabio y arqueólogo, último rey de Babel independiente.

Nabu —dios de la sabiduría.

Naharinna —«entre dos ríos», como Mesopotamia en griego.

Nabopolasar —libertador de Caldeo. Aliado con Ciajares, de Media, destruyó el imperio asirio. (Campañas 615-606).

Nabucodonosor —en babilonio *Nabu-kudur-usur*: *Nabu*, protege la corona; en hebreo *Nebukadnezar*, Rey de Babel (604-562).

Nannar —en sumerio «el luminoso»; la gran divinidad de la Luna en Ur; una de sus grandes sacerdotisas fue la princesa *Bel-shalti-nannar*.

On —en griego Heliópolis, «ciudad del sol». Antiquísimo centro de ese culto, colegios de teología, etc.

Ombos —ciudad del sur de Egipto.

Pareara —que se sienta a su lado, su esposa.

Pasargada - Una de las ciudades santas de los persas.

Pa-to-mera —«país de la inundación»; el delta.

Pa-to-res —«país del sur».

Petasos — del griego *petannumi*, yo extendiendo —sombrero griego de alas anchas.

Pithyoessas —las islas Baleares.

Pontos Euxinos —«mar Hospitalario», nombre propiciatorio por temor a sus tormentas. El Mar Negro.

Puratti —de la raíz *bur*, vaso, lo que contiene. El Eufrates.

Patesi —en sumerio, vicario de los dioses. En akadio: *isakku*..

Ras Shamra —«cabeza de hinojo». Cabo en la costa norte de Siria. Cerca de allí, la célebre *Ugari*.

«*Rejuvenece-barba-gris*» —la planta de la inmortalidad.

Sirtes —rocas y bancos de arena en la costa norte de África.

Sindh y *Hindh* —nombre vagos de la India.

Shangu mahhu —«sacerdote grande». Gran dignatario del Esagila. *Shangu* se solía llamar, por respeto, al escriba.

Shar kibratim arbaim —«rey de las cuatro regiones», es decir, del Mundo.

Sharru ra bu Babili —«rey grande de Babel».

Sharrutia —reinado.

Shamash —el sol.

Sirruju —animal fabuloso, típico de la mitología mesopotámica.

Susa —capital del Elam, tomada por Assurbanipal en 645; luego residencia de los reyes persas.

Ta ailak o Pa ailak, de donde el griego *Philae* —la famosa isla del Nilo.

Ta khont —«país del extremo», confines de Egipto con Nubia.

Trinakria —«tres puntas», o *Sikelia* - Sicilia.

Tsin - China.

Urtú - Armenia. Reino destruido por Sargón hacia 708.

Uset —«la grande»; *Niut, Nut, Nú*, «ciudad». La famosa ciudad de Tebas, que los egipcios llamaban comúnmente Nu Amon, «ciudad de Amon». En 664 sufrió mucho, saqueada por las tropas de Assurbanipal; en 29, destruida por orden del prefecto romano Cornelius Gallus.

Ugarit —célebre ciudad de Siria del Norte, centro del culto de Astarté.

Urigallu —el Sumo Pontífice del Esagila.

Wasukanna - Capital del reino de Mitanni.

Zikar —historia, relato.

(Nota: Las citas en bastardilla, de oraciones, conjuros, etc., son textos auténticos, salvo los versos de las páginas 155, 164, 219 al fin y 220 al comienzo, y 263 que son del autor).

EL CALENDARIO DE BABEL

Nisanu (Nisan) - 21 de marzo-20 de abril.

Airu, Aiaru (Iyar) - 21 de abril-20 de mayo. Airu, «claro».

Simanu (Sivan) - 21 de mayo-20 de junio.

Duuz o Tammuz (Tammuz) - 21 de junio-20 de julio.

Abu (Ab) - 21 de julio-20 de agosto. *Abu* significaba «enemigo», por los calores mortíferos.

Ululu (Edul) - 21 de agosto-20 de setiembre. Ululu, «trigo».

Teshritu (Tishri) - 21 de setiembre-20 de octubre.

Marchesvan - 21 de octubre-20 de noviembre.

Kisleu (Kislev) - 21 de noviembre-20 de diciembre. Kisleu, «nubes».

Tebitu (Tebet) - 21 de diciembre-20 de enero.

Shebitu (Shebat) - 21 de enero-20 de febrero. *Shebitu*, «destrucción».

Adar (Aadar) - 21 de febrero-20 de marzo. *Adar* «oscuro».

La forma hebra va entre paréntesis.

El año comenzaba el 1 de nisan (21 de marzo), primer día de primavera.

Los sharri —reyes— comenzaban su *sharrutia* —reinado— oficial el 1 de Nisan, no importa en qué fecha del año anterior hubiesen subido al trono.

Fechas famosas:

12 de Tebitu de 722 a. C. Sargón sube al trono de Asiría, fundando la dinastía de los sargónidas.

12 de Abu de 705. Asesinato de Sargón. Lo sucede su hijo Sennaquerib.

20 de Tebet de 681 (enero de 680 para nosotros). Sennaquerib es asesinado por algunos de sus hijos. Uno de ellos, Sharezer, toma la corona. Pero las tropas de Armenia proclaman a Assarhadon, que desafiando las nieves y tormentas del invierno se pone en marcha para vengar a su padre—. Vence en una gran batalla cerca de Milid a Sharezer.

10 de Marchesvan de 668. En viaje a Egipto, muere Assarhadon.

10 de Tebet de 589. Comienza el sitio de Jerusalem por Nabucodonosor.

9 de Tammuz de 586. Toma de Jerusalem.

10 de Ab, es decir, un mes después. Destruída por orden de Nabudoconosor.

5 de Tebet. El profeta Ezequiel, que estaba en Babel, recibe la noticia de la destrucción. 17 de Tammuz de 539. Los persas mandados por Gobryas entran en Babel.

BIBLIOGRAFÍA SINTÉTICA

Historia de los Pueblos Antiguos de Oriente, por Maspero.

Historia de Babilonia y Asiría, por Hommel.

Historia de Oriente, por Homo, con nuevos documentos.

Le Historia Comenzó en Sumer, por Kramer.

Le monde d'Ur, d'Assur et de Babylone, por Schmockel, con descubrimientos de tabletas hasta 1954.

Historia de las religiones, por Tacchi Ventura.

Historia de la Persia antigua, por Justi.

Historia de las técnica, por Danilevsky.

Historia de la medicina mundial, por Loebel.

El Médico en la Historia.

Historia de los griegos, por Duruy.

Historia de Roma, por Mommsen.

Grandeza y Decadencia de los Romanos, por Perrero.

La prodigiosa historia de la humanidad, por Ribard.

Breve historia del Mundo, por Wells.

Varias historias de la civilización Minoica.

Varias historias del pueblo de Israel.

Varias historias de los árabes: cultura, guerras, estados.

Historia del pueblo chino, por Goodrich.

El Alma de China, por Marín.

El antiguo Oriente, por Hogarth.

El amanecer de la Historia, por Myres.

El imperio de las Estepas, por Grousset —el mundo de los nómadas y el mundo de los sedentarios.

Ur, por Woolley.

Ur de los Caldeos, por Woolley.

Historia de Mahoma y texto del Koran, por Savary.
El Mensajero (Historia de Mahoma), por Bodley.
Los Hititas, por L. Delaporte.
La Anábasis (La Retirada de los Diez Mil), por Jenofonte.
La Guerra del Peloponeso, por Tucídides.
Historia de Alejandro, por Arriano.
Alejandro de Macedonia, por Lamb.
Historia de Alejandro, por Droysen.
Historia de Alejandro, por Cummings.
Las grandes culturas de la Humanidad, por Turner.
Historia de las culturas, por Weber.
Ciro, rey del mundo, por Champdor.
La Ciropedia, por Jenofonte.
El mito del eterno retorno, por Eliade.
La rama de oro, por Frazer.
Los Nueve Libros de la Historia, por Herodoto.
La mentalidad primitiva, por Levy—Bruhl.
Nuestros contemporáneos primitivos, por Murdock.
La Magie chez les Babyloniens et les Assyriens, por Contenau.
La Medicine chez les Babyloniens et les Assyriens, por Contenau.
Mand and his superstitions, por Carveth Read.
Estudio del hombre, por Linton.
La condición del hombre, por Mumford.
Man makes himself, por Gordon Childe.
Qué pasó en la Historia, por Gordon Childe.
El pensamiento Antiguo, por Mondolfo.
El desarrollo del Humanismo en la Historia, por Tagle.
Mitos y Leyendas del Egipto Antiguo e Historia, por Mackenzie (en inglés).
Introducción a la Historia, por Bloch.

Concepto de la Historia, por Huizinga.

Idea de la Historia, por Collingwood.

Teoría e Historia de la Historiografía, por Croce.

Técnica Antigua ingeniería civil y militar, por Diehl.

Influencia del poder naval en la Historia, por el almirante Thayer Mahan.

Ciencia Griega, por Farrington.

Safo de Lesbos, por Weigall.

Arte egipcio, por Wórringer.

Art égyptien, por Desroches Noblecourt.

Arte egipcio (Summa Artis), por Pijoan.

Otras historias del arte egipcio.

Arte del Antiguo Oriente, por Scháfer y Andrae.

Arte del Asia Occidental —Babilonia, Sumeria, etc—, por Pijoan.

Arte del Islam (Summa Artis), por Pijoan.

Arte del Islam, por Gluck-Diez.

Historia de la Arquitectura —civil y militar—, por Choisy.

Otras historias del arte antiguo.

El Toro de Minos, por Cottrell.

Egipto bajo los faraones, por Cottrell.

En tiempos de Ramsés y de Assurbanipal, por Máspero.

La Familia, por Müller-Lyer.

Origen de la familia, por Morgan.

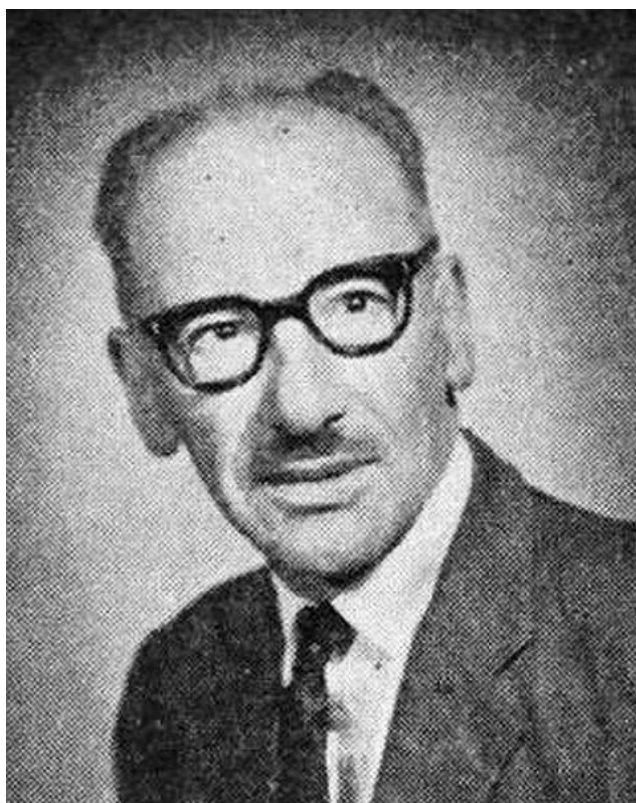
La Ilíada.

La Odisea.

Manava Dharma Sastra.

Los más antiguos cuentos de la Humanidad, encontrados en las ruinas de ciudades de Oriente.

Textos sagrados de los sumerios y babilonios.



VALERIO FERREYRA nació en Maipú, provincia de Buenos Aires, hijo de humildes campesinos. Fue maestro rural durante mucho tiempo; más tarde, en la ciudad enseñó idiomas, historia, filosofía; fue traductor. Ahora, y desde hace años, es funcionario municipal en Tandil.

Apenas tiene biografía externa. Es su vida interior la que está llena de acontecimientos, porque nació y ha vivido con sed inagotable de saber. Literatura, ciencias, arte, filosofía, antropología, prehistoria, historia obsesionan su vida desde hace quien sabe cuantos años, y en los diarios de Tandil ha escrito más de un centenar de documentados trabajos. «Historia de la Mujer en las culturas prehistóricas» publicado en sucesivas ediciones de «Tribuna»; en «El Eco de Tandil» y «Nueva Era», estudios sobre la validez, índole y alcances de la Historia; Prometeo; los antiguos pueblos de Oriente...

Desde su juventud lo fascinó el mágico prestigio de las primeras grandes civilizaciones mediterráneas y orientales, y emprendió la tarea singular y difícil de hacer revivir aquellas generaciones disueltas ya en un pasado casi fabuloso. En sus novelas, donde la concienzuda erudición se disimula bajo los hechos románticos y dramáticos, los hombres y mujeres de hace miles de años andan en las calles, jardines y casas de Babilonia, Ur, Hattusás, Nínive o Tebas de Egipto, aman y odian, sueñan y combaten... De esa resurrección *Claridad* publica hoy «Rebelión en Babilonia» que se adentra en uno de los siglos más dramáticos que haya vivido la humanidad, en ese siglo VI a. C. en que junto a la aparición de los griegos en la gran escena del mundo

se derrumban los imperios teocráticos y el señorío de la «oikumene» pasa a manos indoeuropeas por más de mil años.

Es, que sepamos, el primer escritor novelista que trata el tema, y el futuro, próximo o lejano, dirá su juicio, sobre el hombre y su obra, que con amor profundo y comprensión entrañable trata de hacer revivir en el presente a aquellas generaciones a las que debemos casi todos nuestros males y nuestros bienes.

«Tanto puedes, alejarte de un punto, que en determinado instante puedes hallarte muy próximo a él», esta reflexión que se hacían los pensadores griegos bastaría por sí sola para conmover la concepción teocrática que dominaba la vida de los pueblos que integraron en Asia el vasto imperio de Ciro, el Gran Kurash, aletargados y estancados en sus verdades milenarias.

Las guerras incesantes mezclaron lenguas, sentimientos, costumbres, religiones y modos de pensar. Así los vencidos de ayer se convertían en vencedores. De la nebulosa de los tiempos asoma Babel, la ciudad estado al modo de los ianunas, como se denominaba a los griegos; maravillosa, rica e imponente, apetecida como el máximo trofeo por los omnipotentes conquistadores. Cien veces destruida, saqueada, y arrasada tornaba a renacer de cada muerte con más empuje y esplendor... Llegó a ser el símbolo del intercambio, convergían a sus murallas las caravanas de las más remotas comarcas de occidente portadoras no sólo de los productos típicos de aquellas extrañas regiones, sino también, y lo más importante, de la elevadas especulaciones del intelecto.

Esta apasionante novela exhuma uno de los capítulos más heroicos de la era precristiana: El sitio a Babel por Darío, luego de la desintegración del Imperio persa de Ciro, el Grande. El autor nos conduce a través de la versión novelada de los hechos que precipitaron el acontecimiento culminante de este relato, manejando con suma destreza el aporte de las fuentes informativas para lograr la estructura de la obra, donde la imaginación creadora del artista hace el resto con suma fortuna.

Aquella Babel está lejos en el tiempo, pero las mutaciones sucesivas y múltiples del género humano, por el virtuosismo con que la presenta Valerio Ferreyra nos hacen entrever la omnipresencia de sus problemas de fondo, de sus desencuentros e incongruencias, tan eternos como el hombre mismo.

Babel resiste dentro de sus murallas, una y cien veces el asalto de las tropas persas, más allá de lo heroico como si hubiese pactado con los dioses. La confrontación revela dos actitudes que responden a razones disímiles: Fuera de las murallas los sitiadores se inmolan para gloria de su caudillo; dentro de ellas las filas se estrechan y se renuevan en custodia de una libertad recientemente conquistada. Afuera se lucha por lo ajeno, adentro por lo propio, de ahí que el ardor y la fe se multipliquen con estupor para Darío que comprende que aún venciendo será vencido...

La exaltación del amor, la amistad, el arrojo y otras nobles y nacionales expresiones del género humano se identifican como sostén vertebral de los más caros designios de las sociedades de todos los tiempos.

Notas

[1] Hacia el 10 de diciembre de 522 a. C. <<

[2] Hacia el 21 de enero de 521 a. C. <<

[2a] 539 a. C. <<

[3] Jefe del Eragila. Ver la novela *Bel-Shalti-Nannar*. <<

[4] De «theoró», observo y razono. <<

[5] Ver La novela *Bel-Shalti-Nannar*. <<

[6] Demonio. <<

[7] En 644 a. C. <<

[8] Egipto. <<

[9] Es decir, «¿estás endemoniado?». <<

[10] Capital del reino de Mitanni <<

[11] En 645 a. C. <<

[12] Sublime de las Sublimes. <<

[13] ¡Muy bien! <<

[14] El Alto Egipto. <<

[15] Para comprometer a la diosa a salvarlo. <<

[16] 1375 – 1358 a. C. <<

[17] Así lo cuenta Herodoto. <<

[18] Rey del Mundo. <<

[19] Hablaban de Pisltrato, fallecido unos años antes, en 527 a. C. <<

[20] Alusión, a Platón. <<

[21] Trinacria, Sicilia. <<

[22] Los Nueve Señores, o sea, los Annunaki. <<

[23] Todavía existe. Es una piedra negra, ovoide, plana, perforada para llevar colgada al cuello. <<

[24] Partera. <<

[25] Baalim, plural de Baal, señor, dios. <<

[26] Paridaeza, «paradelsos»: Jardín. <<

[27] Nabucodonosor I. Reinó hacia 1016 a. C. Fue un Jefe hábil y valiente. <<

[28] «Eleutheria»: libertad. <<